LA ERA DEL CAPITAL, 1848-1875



Biblioteca E. J. Hobsbawm de Historia Contemporánea

Título Original
THE AGE OF CAPITAL
1848-1875
Weidenfeld and Nicolson, Londres

Hobsbawm, Eric
La era del capital: 1848-1875. - 6a ed. 2a reimp. - Buenos Aires : Crítica, 2010.
360 p. ; 21x15 cm. - (Biblioteca E. J. Hobsbawm de Historia Contemporánea)

Traducción de: A. García Fluixá y Carlo A. Caranci
ISBN 978-987-9317-16-7

1. Historia Contemporánea I. García Fluixá, A., trad. II. Caranci, Carlo A., trad.
III. Título.
CDD 909

6ª edición, 2007
2ª reimpresión, 2010

Rediseño de tapa: Gustavo Macri
Ilustración: Detalle de *El Banquero*, óleo sobre tela de Quentin Metsijs
Traducción de A. GARCÍA FLUIXÁ y CARLO A. CARANCI

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Impreso en Buenos Aires Print,
Sarmiento 459, Lanús, en febrero de 2010
Tirada: 1000 ejemplares

ISBN 978-987-9317-16-7

A Marlene, Andrew y Julia

PREFACIO

Si bien este libro tiene una entidad propia, como los demás volúmenes de la Historia de la civilización *de que forma parte, sucede que el volumen que le precede cronológicamente en la serie ha sido escrito por el mismo autor. Así,* La era del capital *pueden leerla igualmente quienes ya conocen* La era de la revolución, 1789-1848 *como quienes no la conocen. A los primeros les pido disculpas por incluir, en diversos momentos, material que ya les es familiar, con el propósito de aportar la necesaria información de fondo para los últimos. He intentado mantener esa duplicación al mínimo y hacerla tolerable distribuyéndola a lo largo del texto. Este libro puede —eso espero— leerse independientemente. En efecto, no debiera exigir más que una educación general suficiente, puesto que va destinado a un lector no especializado. Si los historiadores desean justificar los recursos que la sociedad destina a su tema de estudio, por modestos que sean, no deberían escribir exclusivamente para otros historiadores. Con todo, supondrá una ventaja tener un conocimiento elemental de la historia europea. Supongo que los lectores podrán, si es realmente necesario, entendérselas sin ningún conocimiento previo de la toma de la Bastilla o de las guerras napoleónicas, pero tal conocimiento les ayudaría.*

*El período de que trata este libro es comparativamente corto, pero su ámbito geográfico es amplio. No es ilusorio escribir sobre el mundo de 1789 a 1848 en términos de Europa, en realidad, de Gran Bretaña y Francia; sin embargo, puesto que el tema principal del período después de 1848 es la extensión de la economía capitalista a todo el mundo, y de ahí la imposibilidad de seguir escribiendo una historia puramente europea, sería absurdo escribir su historia sin dedicar una sustancial atención a otros continentes. Mi enfoque se divide en tres partes. Las revoluciones de 1848 constituyen un preludio a una sección sobre los principales movimientos del período, que analizo desde una perspectiva continental y, cuando es necesario, mundial, más que como una serie de historias «nacionales» independientes. Los capítulos están divididos temática y no cronológicamente, si bien los principales subperíodos —*grosso modo*, la tranquila pero expansionista década de 1850, la más turbulenta de 1860, el auge y la depresión de principios de la de 1870— deberían ser claramente discernibles. La tercera parte consiste en una serie de secciones interrelacionadas sobre la economía, la sociedad y la cultura del tercer cuarto del siglo* XIX.

No pretendo ser un experto en todo el inmenso tema de estudio de este libro, sino más bien en minúsculas partes de él, y he debido confiar en información de segunda —y hasta tercera— mano. Pero es inevitable. Se ha escrito ya abundantemente sobre el siglo XIX *y cada año añade más altura y volumen a la montaña de publicaciones especializadas que oscurece el firmamento de la historia. Como la gama de intereses de los historiadores incluye prácticamente cada aspecto de la vida que despierta nuestra atención a finales del siglo* XX, *la cantidad de la información que debe asimilarse es, con mucho, demasiado grande para incluso el más enciclopédico y erudito de los estudiosos. Aunque él o ella sean conscientes de la situación, a menudo, en el contexto de una síntesis de amplio espectro, la información debe reducirse a un parágrafo o dos, una línea, una mención pasajera o ser omitida con pesar. Y debe confiarse necesariamente, de una manera cada vez más superficial, en el trabajo de otros.*

Desgraciadamente es imposible seguir la admirable convención según la cual los estudiosos dan cuenta pormenorizada de sus fuentes, y especialmente de sus deudas con los demás, para que nadie más que sus propietarios originales reclame como suyos los hallazgos accesibles libremente a todos. En primer lugar, dudo de que pudiera seguir la huella de todas las sugerencias e ideas que he tomado prestadas con tanta libertad hasta su origen en algún libro o artículo, conversación o debate. Sólo puedo pedir a aquellos cuyo trabajo he saqueado, conscientemente o no, que perdonen mi descortesía. En segundo lugar, tan sólo el intento de hacerlo cargaría el libro con un inoportuno aparato de erudición. Puesto que su propósito no es tanto resumir hechos conocidos, que implica orientar a los lectores a más enfoques detallados sobre varios aspectos, sino más bien trazarlos unidos en una síntesis general histórica, para «dar sentido» al tercer cuarto del siglo XIX, *y seguir la pista de las raíces del presente hasta este período, tan lejos como sea razonable hacerlo. Sin embargo, se ofrece una orientación general en las Lecturas complementarias (véanse pp. 340-345), que incluyen algunas de las obras que he considerado más útiles y a las cuales quiero manifestar mi deuda.*

Las referencias han sido reducidas casi por completo a las fuentes de las notas, los cuadros estadísticos y algunas otras cifras, y a algunas afirmaciones que son controvertidas y sorprendentes. De la mayoría de las cifras dispersas tomadas de fuentes estándares o de compendios inestimables como el Dictionary of Statistics *de Mulhall no se ha hecho constar su procedencia. Las referencias a obras literarias —por ejemplo, las novelas rusas—, de las que existen muy variadas ediciones, se limitan a los títulos: la referencia exacta a la edición concreta usada por el autor, pero que tal vez no sea la que posee el lector, sería pura pedantería. Las referencias a los escritos de Marx y Engels, que son los grandes comentaristas en este período, constan del título familiar de la obra o la fecha de la carta y el volumen y la página de la edición estándar (K. Marx y F. Engels,* Werke, *Berlín Oriental, 1956-1971, citada en adelante* Werke*). Los topónimos se han traducido cuando tienen traducción habitual, y si no se dejan en la forma usada generalmente en las publicaciones de la época. Esto no supone un prejuicio nacionalista en un sentido u otro. Cuando es necesario se añade el nombre actual entre paréntesis, por ejemplo Laibach (Ljubljana).*

Sigurd Zienau y Francis Haskell han sido tan amables de corregir mis capítulos sobre ciencias y artes, y corregir algunos de mis errores. Charles Gurwen ha contestado mis preguntas sobre China. Nadie es responsable de mis errores y omisiones salvo yo mismo. W. R. Rodgers, Carmen Claudín y María Moisá me ayudaron enormemente como ayudantes de investigación en diferentes ocasiones. Andrew Hobsbawm y Julia Hobsbawm me ayudaron en la selección de las figuras, como también hizo Julia Brown. Estoy asimismo en deuda con mi editora, Susan Loden.

E. J. H.

INTRODUCCIÓN

En la década de 1860 entra una nueva palabra en el vocabulario económico y político del mundo: «capitalismo».* Por eso parece oportuno dar a este libro el título de *La era del capital*, enunciado asimismo recordatorio de que la obra cumbre del más formidable crítico del capitalismo, el *Das Kapital* (1867) de Karl Marx, se publicó precisamente en aquellos años. Y es que el triunfo mundial del capitalismo es el tema más importante de la historia en las décadas posteriores a 1848. Era el triunfo de una sociedad que creía que el desarrollo económico radicaba en la empresa privada competitiva y en el éxito de comprarlo todo en el mercado más barato (incluida la mano de obra) para venderlo luego en el más caro. Se consideraba que una economía de tal fundamento, y por lo mismo descansando de modo natural en las sólidas bases de una burguesía compuesta de aquellos a quienes la energía, el mérito y la inteligencia habían aupado y mantenido en su actual posición, no sólo crearía un mundo de abundancia convenientemente distribuida, sino de ilustración, razonamiento y oportunidad humana siempre crecientes, un progreso de las ciencias y las artes, en resumen: un mundo de continuo y acelerado avance material y moral. Los pocos obstáculos que permanecieran en el camino del claro desarrollo de la empresa privada serían barridos. Las instituciones del mundo, o más bien de aquellas partes del mundo no entorpecidas aún por la tiranía de la tradición y la superstición o por la desgracia de no tener la piel blanca (es decir, las regiones ubicadas preferentemente en la Europa central y noroccidental), se aproximarían de manera gradual al modelo internacional de un «estado-nación» territorialmente definido, con una constitución garantizadora de la propiedad y los derechos civiles, asambleas de representantes elegidos y gobiernos responsables ante ellas, y, donde conviniera, participación del pueblo común en la política dentro de límites tales como la garantía del orden social burgués y la evitación del riesgo de su derrocamiento.

No es tarea de este libro rastrear el primitivo desarrollo de esta sociedad. Bástenos con recordar que durante los sesenta años anteriores a 1848, dicha

* Como se sugiere en la Introducción de *La era de la revolución*, quizás su origen pudiera remontarse incluso a antes de 1848, pero la investigación estricta revela que dicho término apenas se usa antes de 1849 o llega a ser corriente antes de la década de 1860.[1]

sociedad ya había —digamos— logrado su histórico despegue tanto en el frente económico como en el político-ideológico. Los años que van de 1789 a 1848 (que ya he tratado en mi anterior obra, *La era de la revolución* —véase el prefacio, *supra*, p. 9—, y a los que nos referiremos de vez en cuando) estuvieron dominados por una doble revolución: la transformación industrial iniciada en Gran Bretaña y muy restringida a esta nación, y la transformación política asociada y muy limitada a Francia. Ambas transformaciones implicaban el triunfo de una nueva sociedad, pero por lo visto sus contemporáneos tuvieron más dudas aún que nosotros respecto a si iba a ser la sociedad del capitalismo liberal la triunfante, o lo que un historiador francés ha denominado «la burguesía conquistadora». Detrás de los burgueses ideólogos políticos se hallaban las masas, siempre dispuestas a convertir en sociales las moderadas revoluciones liberales. Debajo y alrededor de los empresarios capitalistas se agitaban y movían los descontentos y desplazados «pobres trabajadores». Las décadas de 1830 y 1840 fueron una época de crisis, cuyo exacto resultado sólo se atrevían a predecir los optimistas.

No obstante, el dualismo de la revolución acaecida entre 1789 y 1848 proporciona a la historia de ese período unidad y simetría. En cierto sentido es fácil escribir y leer acerca de esos años, ya que cuentan con un tema claro y una forma clara, además de que sus límites cronológicos se hallan tan claramente definidos como podemos esperar de los asuntos humanos. Con la revolución de 1848, que es el punto de partida de este volumen, se quiebra la anterior simetría y cambia la forma. Retrocede la revolución política y avanza la revolución industrial. El año 1848, la famosa «primavera de los pueblos», fue la primera y la última revolución europea en el sentido (casi) literal, la realización momentánea de los sueños de la izquierda, las pesadillas de la derecha, el derrocamiento virtualmente simultáneo de los viejos regímenes existentes en la mayor parte de la Europa continental al oeste de los imperios ruso y turco, de Copenhague a Palermo, de Braşov a Barcelona. Se la había esperado y predicho. Parecía ser la culminación y la consecuencia lógica de la era de la doble revolución.

Pero fracasó universal, rápida y definitivamente, si bien este último extremo no fue comprendido durante muchos años por los refugiados políticos. En adelante, no se daría ninguna revolución social general del tipo que se había vislumbrado antes de 1848 en los países «avanzados» del mundo. El centro de gravedad de tales movimientos sociales y revolucionarios y, por tanto, de los regímenes sociales y comunistas del siglo XX iba a encontrarse en las regiones marginadas y atrasadas, aunque en el período que tratamos en este libro los movimientos de esta especie siguieron siendo episódicos, arcaicos y «subdesarrollados». La expansión repentina, vasta y aparentemente ilimitada de la economía capitalista mundial proporcionó ciertas alternativas políticas en los países «avanzados». La revolución industrial (británica) se había tragado a la revolución política (francesa).

La historia de nuestro período es, pues, desproporcionada. Se compone primariamente del masivo avance de la economía mundial del capitalismo industrial, del orden social que representó, de las ideas y creencias que parecían legitimarla y ratificarla: en el razonamiento, la ciencia, el progreso y el liberalismo. Es la era de la burguesía triunfante, si bien la burguesía europea vacilaba aún en comprometerse con el gobierno político público. En este sentido, y quizá sólo en él, la era de la revolución no estaba muerta. Las clases medias de Europa estaban asustadas, y siguieron estándolo, del pueblo: se pensaba todavía que la «democracia» era el seguro y rápido preludio del «socialismo». Los hombres que oficialmente presidían los asuntos del victorioso orden burgués en sus momentos de triunfo eran nobles profundamente reaccionarios en Prusia, imitaciones de emperador en Francia y una sucesión de aristócratas terratenientes en Gran Bretaña. El miedo a la revolución era real, y profunda la inseguridad básica que ella indicaba. Al mismo final de nuestro período, el único caso de revolución en un país avanzado, una insurrección de corta vida y casi totalmente localizada en París, produjo una carnicería mayor que cualquier otro alboroto en 1848 y un atropellado intercambio de nerviosas notas diplomáticas. Con todo, los gobernantes de los estados avanzados de Europa empezaron a reconocer por entonces, con mayor o menor desgana, no sólo que la «democracia» (es decir, una constitución parlamentaria basada en un amplio sufragio) era inevitable, sino también que, a pesar de ser probablemente una molestia, era políticamente inofensiva. Los gobernantes de Estados Unidos hacía tiempo que habían hecho este descubrimiento.

Consecuentemente, los años que van de 1848 a mediados de la década de 1870 no fueron un período de los que inspiran a los lectores que disfrutan del espectáculo dramático y heroico en el sentido convencional. Sus guerras —en cantidad más considerable que los treinta años precedentes o los cuarenta posteriores— o fueron breves operaciones decididas por la superioridad tecnológica y organizada, como la mayoría de las campañas europeas de ultramar y los rápidos y decisivos combates por los que se estableció el imperio alemán entre 1864 y 1871, o matanzas absurdas que ni siquiera el patriotismo de los países beligerantes quiere explicar con agrado, como la guerra de Crimea de 1854-1856. La mayor de todas las guerras de este período, la guerra civil norteamericana, la ganó en última instancia el peso del poder económico y de los recursos superiores. El Sur perdedor tenía el mejor ejército y los mejores generales. Los ejemplos ocasionales de heroísmo romántico y pintoresco resaltaban por su misma rareza, como el caso de Garibaldi con sus cabellos sueltos y su camisa roja. Tampoco existía gran dramatismo en la política, donde los criterios de éxito habría de definirlos Walter Bagehot como la posesión de «opiniones comunes y habilidades extraordinarias». Era evidente que a Napoleón III le resultaba incómodo vestir la capa de su gran tío el primer Napoleón. Lincoln y Bismarck, a cuyas imágenes públicas han beneficiado las marcadas facciones de sus rostros y la belleza de su prosa, fueron indudablemente hombres sobresalientes, pero sus verdaderos triunfos los lograron por sus dotes de diplomáticos y políticos; lo mismo podría decirse de Cavour en Italia, quien, sin embargo, adoleció por completo de la falta de lo que ahora consideramos como carisma de aquéllos.

El drama más obvio de este período se hallaba en lo económico y lo tecnológico: el hierro, extendiéndose en millones de toneladas por todo el mundo, serpenteaba como rafles de ferrocarril a través de los continentes, los cables submarinos cruzaban el Atlántico, se construía el canal de Suez, las grandes ciudades como Chicago sacudían el suelo virgen del Medio Oeste norteamericano, se producía el enorme movimiento de emigrantes. Era el drama del poder europeo y norteamericano con el mundo a sus pies. No obstante, si exceptuamos la partida numéricamente pequeña de aventureros y pioneros, descubrimos que aquellos que explotaban a este mundo vencido eran hombres sobrios con trajes discretos, los cuales propagaban respetabilidad y un sentimiento de superioridad racial junto a las plantas de gases, las líneas de ferrocarril y los empréstitos.

Era el drama del *progreso*, palabra clave de la época: masiva, ilustradora, segura de sí misma, autosatisfecha, pero, sobre todo, inevitable. Casi nadie con poder e influencia, ni siquiera en el mundo occidental, confiaba ya en contenerlo. Sólo unos cuantos pensadores y quizá un número algo mayor de críticos intuitivos predijeron que su inevitable avance produciría un mundo muy distinto del que parecía iba a procurar: tal vez incluso su opuesto. Ninguno de ellos, ni siquiera el Marx que había vislumbrado la revolución social en 1848 y para una década después, esperaba un trastrueque inmediato. Por la década de 1860 las esperanzas de Marx eran inclusive a largo plazo.

El «drama del progreso» es una metáfora. Sin embargo, fue una realidad literal para dos tipos de gente. Significó, por ejemplo, un cataclismo para los millones de pobres que, transportados a un nuevo mundo, frecuentemente a través de fronteras y océanos, tuvieron que cambiar de vida. Para los miembros del mundo ajeno al capitalismo, a quienes éste tenía en sus manos y los zarandeaba, significó la posibilidad de elegir entre una resistencia resuelta de acuerdo con sus viejas tradiciones y modos de vida, y un proceso traumático de asir las armas de Occidente y hacer frente a los conquistadores; o dicho de otra manera, significó la posibilidad de comprender y manipular por sí mismos el «progreso». El mundo del tercer cuarto del siglo XIX estuvo formado por vencedores y víctimas. El drama no hay que buscarlo en el apuro de los primeros, sino lógicamente en el de los últimos.

El historiador no puede ser objetivo con respecto al período que escoge como tema. En esto difiere (con ventaja intelectual a su favor) de los ideólogos típicos que creen que el progreso de la tecnología, la «ciencia positiva» y la sociedad han posibilitado la visión de su presente con la incontestable imparcialidad del científico natural, cuyos métodos consideran (erróneamente) que entienden. El autor de este libro no puede ocultar un cierto disgusto, quizá un cierto desprecio, por la época que está tratando, si bien la admiración por sus titánicos logros materiales y el esfuerzo por comprender hasta lo que no agrada mitigan en parte estos sentimientos. Uno no comparte el nostálgico anhelo por la seguridad y la confianza en sí mismo del mundo burgués de mediados del siglo XIX que tienta a muchos de los que, un siglo más tarde, miran hacia atrás desde un mundo occidental obsesionado con la crisis. Mis simpatías están con aquellos a quienes hace un siglo escucharon unos pocos. En cualquier caso tanto la seguridad como la confianza en sí mismos fueron una equivocación. El triunfo burgués fue breve e inestable. En el preciso momento en que pareció completo, se demostró que no era monolítico, sino que estaba lleno de fisuras. A principios de la década de 1870 la expansión económica y el liberalismo parecían ser irresistibles. Hacia finales de la década ya no se los consideraba así.

Este momento crítico señala el final de la era que trata este libro. Al revés de lo ocurrido con la revolución de 1848, que indica su punto de partida, ninguna fecha conveniente o universal señala tal coyuntura. Y si fuera necesario elegir una, ésta tendría que ser 1873, el equivalente victoriano del colapso de Wall Street en 1929. Porque entonces comenzó lo que un observador contemporáneo denominó como «el más curioso, y en muchos sentidos sin precedentes, desconcierto y depresión de los negocios, el comercio y la industria». Los contemporáneos llamaron a este estado la «Gran Depresión», y habitualmente se le da la fecha de 1873-1896.

> Su peculiaridad más notable —escribía el mismo observador— ha sido su universalidad; ya que ha afectado a naciones implicadas en la guerra y también a las que han mantenido la paz; a aquellas que cuentan con una moneda estable ... y a aquellas que tienen una moneda inestable ...; a aquellas que viven con un sistema de libre intercambio de productos y a aquellas cuyos intercambios se encuentran más o menos limitados. Igual de penoso ha sido para viejas comunidades como Inglaterra y Alemania, que para Australia, Suráfrica y California, representantes del mundo nuevo; ha sido una tremenda calamidad, insoportable tanto para los habitantes de las estériles Terranova y Labrador, como para los de las soleadas, productivas y dulces islas de las Indias orientales y occidentales; y no ha enriquecido a aquellos que se hallan en los centros de los intercambios mundiales, cuyas ganancias son de ordinario mayores cuando los negocios fluctúan y varían más.[1]

De este modo escribía un eminente norteamericano el mismo año que, bajo la inspiración de Karl Marx, se fundó la Internacional Socialista y del Trabajo. La Depresión iniciaba una nueva era, y por esa razón puede servir adecuadamente de fecha final de la vieja.

Primera parte

PRELUDIO REVOLUCIONARIO

1. «LA PRIMAVERA DE LOS PUEBLOS»

Lee por favor los periódicos con mucho cuidado; ahora merece la pena leerlos ... Esta revolución cambiará la hechura de la tierra —¡como tenía que ser!—. Vive la République!

El poeta GEORG WEERTH a su madre, 11 de marzo de 1848[1]

Verdaderamente, si yo fuera más joven y rico de lo que por desgracia soy, emigraría hoy mismo a América. Y no por cobardía —ya que los tiempos pueden hacerme tan poco daño personal como ellos—, sino por el insuperable disgusto que siento ante la podredumbre moral que —usando la frase de Shakespeare— apesta hasta el alto cielo.

El poeta JOSEPH VON EICHENDORFF a un corresponsal, 1 de agosto de 1849[2]

I

A principios de 1848 el eminente pensador político francés Alexis de Tocqueville se levantó en la Cámara de Diputados para expresar sentimientos que compartían la mayor parte de los europeos: «Estamos durmiendo sobre un volcán ... ¿No se dan ustedes cuenta de que la tierra tiembla de nuevo? Sopla un viento revolucionario, y la tempestad se ve ya en el horizonte». Casi al mismo tiempo dos exiliados alemanes, Karl Marx y Friedrich Engels, de treinta y dos y veintiocho años de edad, respectivamente, se hallaban perfilando los principios de la revolución proletaria contra la que Tocqueville advertía a sus colegas. Unas semanas antes la Liga Comunista Alemana había instruido a aquellos dos hombres acerca del contenido del borrador que finalmente se publicó de modo anónimo en Londres el 24 de febrero de 1848 con el título (en alemán) de *Manifiesto del Partido Comunista*, y que «habría de publicarse en los idiomas inglés, francés, alemán, italiano, flamenco y danés».* A las pocas semanas, de hecho en el caso del *Manifiesto* a las pocas horas,

* En realidad, se tradujo también al polaco y al sueco en el transcurso de aquel mismo año, si bien hay que advertir que, fuera de los pequeños círculos de los revolucionarios alemanes, sus ecos políticos fueron insignificantes hasta que fue reimpreso a principios de la década de 1870.

las esperanzas y temores de los profetas parecían estar a punto de convertirse en realidad. La insurrección derrocó a la monarquía francesa, se proclamó la república y dio comienzo la revolución europea.

En la historia del mundo moderno se han dado muchas revoluciones mayores, y desde luego buen número de ellas con mucho más éxito. Sin embargo, ninguna se extendió con tanta rapidez y amplitud, pues ésta se propagó como un incendio a través de fronteras, países e incluso océanos. En Francia, centro natural y detonador de las revoluciones europeas (*La era de la revolución*, capítulo 6, pp. 126-127), la república se proclamó el 24 de febrero. El 2 de marzo la revolución había llegado al suroeste de Alemania, el 6 de marzo a Baviera, el 11 de marzo a Berlín, el 13 de marzo a Viena y casi inmediatamente a Hungría, el 18 de marzo a Milán y por tanto a Italia (donde una revuelta independiente se había apoderado ya de Sicilia). En aquel tiempo, el servicio informativo más rápido de que disponía un *grande* (el de la banca Rothschild) era incapaz de llevar las noticias de París a Viena en menos de cinco días. En cuestión de semanas, no se mantenía en pie ninguno de los gobiernos comprendidos en una zona de Europa ocupada hoy por el todo o parte de diez estados;* eso sin contar repercusiones menores en otros países. Por otro lado, la de 1848 fue la primera revolución potencialmente mundial cuya influencia directa puede detectarse en la insurrección de Pernambuco (Brasil) y unos cuantos años después en la remota Colombia. En cierto sentido, constituyó el paradigma de «revolución mundial» con la que a partir de entonces soñaron los rebeldes, y que en momentos raros, como, por ejemplo, en medio de los efectos de las grandes guerras, creían poder reconocer. De hecho, tales estallidos simultáneos de amplitud continental o mundial son extremadamente excepcionales. En Europa, la revolución de 1848 fue la única que afectó tanto a las regiones «desarrolladas» del continente como a las atrasadas. Fue a la vez la revolución más extendida y la de menos éxito. A los seis meses de su brote ya se predecía con seguridad su universal fracaso; a los dieciocho meses habían vuelto al poder todos menos uno de los regímenes derrocados; y la excepción (la República Francesa) se alejaba cuanto podía de la insurrección a la que debía la existencia.

Las revoluciones de 1848, pues, tienen una curiosa relación con el contenido de este libro. Porque debido a su acaecimiento y al temor de su reaparición, la historia europea de los siguientes veinte años habría de ser muy distinta. El año 1848 está muy lejos de ser «el punto final cuando Europa falló en el cambio». Lo que Europa dejó de hacer fue embarcarse en las sendas revolucionarias. Y como no lo hizo, el año de la revolución se sostiene por sí mismo: es una obertura pero no la ópera principal; es la entrada cuyo estilo arquitectónico no le permite a uno esperar el carácter de lo que descubriremos cuando penetremos en este estudio.

* Francia, Alemania occidental, Alemania Oriental, Austria, Italia, Checoslovaquia, Hungría, parte de Polonia, Yugoslavia y Rumania. Los efectos políticos de la revolución pueden considerarse también igual de graves en Bélgica, Suiza y Dinamarca.

II

La revolución triunfó en todo el gran centro del continente europeo, aunque no en su periferia. Aquí debemos incluir a países demasiado alejados o demasiado aislados en su historia como para que les afectara directa o inmediatamente en algún sentido (por ejemplo, la península ibérica, Suecia y Grecia); o demasiado atrasados como para poseer la capa social políticamente explosiva de la zona revolucionaria (por ejemplo, Rusia y el imperio otomano); pero también a los únicos países ya industrializados cuyo juego político ya estaba en movimiento siguiendo normas más bien distintas, Gran Bretaña y Bélgica.* Por su parte, la zona revolucionaria, compuesta esencialmente por Francia, la Confederación Alemana, el imperio austríaco que se extendía hasta el sureste de Europa e Italia, era bastante heterogénea, ya que comprendía regiones tan atrasadas y diferentes como Calabria y Transilvania, tan desarrolladas como Renania y Sajonia, tan cultas como Prusia y tan incultas como Sicilia, tan lejanas entre sí como Kiel y Palermo, Perpiñán y Bucarest. La mayoría de estas regiones se hallaban gobernadas por lo que podemos denominar ásperamente como monarcas o príncipes absolutos, pero Francia se había convertido ya en reino constitucional y efectivamente burgués, y la única república significativa del continente, la Confederación Suiza, había iniciado el año de la revolución con una breve guerra civil ocurrida al final de 1847. En número de habitantes, los estados afectados por la revolución oscilaban entre los treinta millones de Francia y los pocos miles que vivían en los principados de opereta de Alemania central; en cuanto a estatus, iban desde los grandes poderes independientes del mundo hasta las provincias o satélites con gobierno extranjero; y en lo que se refiere a estructura, desde la centralizada y uniforme hasta la mezcla indeterminada.

Sobre todo, la historia —en su sentido de estructura social y económica— y la política dividieron la zona revolucionaria en dos partes cuyos extremos parecían tener muy poco en común. Su estructura social difería de modo fundamental, si bien con la excepción de la preponderancia sustancial y casi universal del hombre rural sobre el hombre de la ciudad, de los pueblos sobre las ciudades; un hecho que fácilmente se pasaba por alto, ya que la población urbana y en especial las grandes ciudades destacaban de forma desproporcionada en política.** En Occidente los campesinos eran legalmente libres y los grandes estados relativamente insignificantes. En muchas de las regiones orientales, en cambio, los labriegos seguían siendo siervos y los nobles terra-

* Tenemos asimismo el caso de Polonia, dividida desde 1796 entre Rusia, Austria y Prusia, que sin duda hubiera participado en la revolución de no haber sido porque sus gobernantes rusos y austríacos lograron con éxito movilizar al campesinado contra los revolucionarios. (Véase p. 28.)

** De los delegados al «preparlamento» alemán procedentes de Renania, cuarenta y cinco representaban a ciudades grandes, veinticuatro a pueblos pequeños y únicamente diez a la zona rural, en donde vivía el 73 por 100 de la población.[3]

tenientes tenían muy concentrada la posesión de las haciendas (véase el capítulo 10). En Occidente pertenecían a la «clase media» banqueros autóctonos, comerciantes, empresarios capitalistas, aquellos que practicaban las «profesiones liberales» y los funcionarios de rango superior (entre ellos los profesores), si bien algunos de estos individuos se creían miembros de una clase más elevada (*haute bourgeoisie*) dispuesta a competir con la nobleza hacendada, al menos en los gastos. En Oriente la clase urbana equivalente consistía sobre todo en grupos nacionales que nada tenían que ver con la población autóctona, como, por ejemplo, alemanes y judíos, y en cualquier caso era mucho más pequeña. El verdadero equivalente de la «clase media» era el sector educador y/o de mentalidad negociadora de los hacendados rurales y los nobles de menor categoría, una variedad, asombrosamente numerosa en determinadas áreas (véase *La era de la revolución*, pp. 24, 188-189). La zona central desde Prusia en el norte hasta la Italia septentrional y central en el sur, que en cierto sentido constituía el corazón del área revolucionaria, de diversas maneras era una combinación de las características de las regiones relativamente «desarrolladas» y atrasadas.

Políticamente, la zona revolucionaria era también heterogénea. Si exceptuamos a Francia, lo que se disputaba no era simplemente el contenido político y social de los estados, sino su forma o inclusive su existencia. Los alemanes se esforzaban por construir una «Alemania» —¿unitaria o federal?— partiendo de una asamblea de numerosos principados alemanes que variaban en extensión y carácter. De modo similar, los italianos trataban de convertir en una Italia unida lo que el canciller austríaco Metternich había descrito, despectiva pero no erróneamente, como «mera expresión geográfica». Ambos estados, con la habitual visión parcial de los nacionalistas, incluían en sus proyectos a pueblos que no eran ni se consideraban frecuentemente alemanes o italianos, como, por ejemplo, los checos. Alemanes, italianos y en realidad todos los movimientos nacionales implicados en la revolución, aparte del francés, chocaron contra el gran imperio multinacional de la dinastía de los Habsburgo que se extendía hasta Alemania e Italia, a la vez que comprendía a checos, húngaros y una porción sustancial de polacos, rumanos, yugoslavos y otros pueblos eslavos. Algunos de éstos, o al menos sus portavoces políticos, consideraron que el imperio era una solución con menos falta de atractivo que la absorción por parte de algunos nacionalismos expansivos como el de los alemanes o los magiares. «Si Austria no hubiera existido —se cree que dijo el profesor Palacky, representante checo—, hubiera sido necesario inventarla.» La política, pues, funcionó a través de la zona revolucionaria en diversas dimensiones simultáneas.

Se reconoce que los radicales defendían una solución simple: una república democrática, unitaria y centralizada en Alemania, Italia, Hungría o del país que fuera, formada de acuerdo con los probados principios de la Revolución francesa sobre las ruinas de todos los reyes y príncipes, y que impondría su versión tricolor que, según el ejemplo francés, era el modelo básico de la bandera nacional (véase *La era de la revolución*, p. 135). Por su parte, los moderados se hallaban enredados en una batalla de cálculos complejos cuya base esencial era el temor de la democracia, a la que creían capaz de igualar la revolución social. Allá donde las masas no habían derrocado aún a los príncipes hubiera sido insensato alentarlas para que minaran el orden social, y en donde ya lo habían conseguido, hubiera sido deseable apartarlas o sacarlas de las calles y desmantelar las barricadas que eran los símbolos esenciales de 1848. Así que la cuestión consistía en a cuál de los príncipes, paralizados pero no depuestos por la revolución, se podría persuadir para que apoyara la buena causa. ¿Cómo podría lograrse exactamente una Alemania o Italia federal y liberal, con qué fórmula constitucional y bajo los auspicios de quién? ¿Podría contener al rey de Prusia y al emperador de Austria (como pensaban los moderados «alemanes superiores», a los que no hay que confundir con los demócratas radicales que por definición eran «grandes alemanes» de una especie distinta), o tendría que ser la «pequeña Alemania», excluyendo a Austria? Del mismo modo, los moderados del imperio de los Habsburgo practicaban el juego de inventar constituciones federales y plurinacionales, proyectos que únicamente cesaron cuando se desmoronó en 1918. Allá donde estallaba la acción revolucionaria o la guerra, no había mucho tiempo para la especulación constitucional. Donde no había tales brotes, como sucedía en la mayor parte de Alemania, la especulación contaba con amplio campo. Puesto que una gran proporción de liberales moderados de este país se componía de profesores y funcionarios civiles —el 68 por 100 de los representantes en la Asamblea de Frankfurt eran oficiales y el 12 por 100 pertenecían a las «profesiones libres—, a los debates de este parlamento de corta vida se les aplicó un epíteto que designaba la inteligencia fútil.

Las revoluciones de 1848, pues, requerían un detallado estudio por estados, pueblos y regiones, para el que no disponemos aquí de lugar. Digamos, no obstante, que tuvieron mucho en común, como, por ejemplo, que ocurrieron casi simultáneamente, que sus destinos se hallaban entrelazados y que todas ellas poseían un talante y estilo comunes, una curiosa atmósfera romántico-utópica y una retórica similar, para la que los franceses inventaron la palabra *quarante-huitard*. Cualquier historiador lo reconoce inmediatamente: las barbas, las chalinas y los sombreros de ala ancha de los militantes, los tricolores, las ubicuas barricadas, el sentido inicial de liberación, de inmensa esperanza y de confusión optimista. Era «la primavera de los pueblos», y como tal estación, no perduró. Echemos ahora una breve ojeada a sus características comunes.

En primer término todas ellas prosperaron y se debilitaron rápidamente, y en la mayoría de los casos de manera total. Durante los primeros meses fueron barridos o reducidos a la impotencia todos los gobiernos de la zona revolucionaria. Virtualmente, todos se desplomaron o se retiraron sin oponer resistencia. Sin embargo, al cabo de un período relativamente corto la revolución había perdido la iniciativa casi en todas partes: en Francia, a finales de abril; en el resto de la Europa revolucionaria, durante el verano, aunque el movimiento conservó cierta capacidad de contraataque en Viena, Hungría e Italia. En Francia el primer signo de resurgimiento conservador fueron las elecciones de abril,

en las que el sufragio universal, si bien eligió únicamente a una minoría de monárquicos, envió a París una gran mayoría de conservadores votados por un campesinado que, más que reaccionario, era políticamente inexperto, y al que la izquierda de mentalidad puramente urbana no sabía aún cómo atraer. (De hecho, en 1849 ya habían surgido las regiones «republicanas» e izquierdistas de la Francia rural familiares a los estudiantes de la posterior política francesa, y es aquí —por ejemplo, en Provenza— donde encontramos en 1851 la más encarnizada resistencia a la abolición de la república.) El segundo signo fue el aislamiento y la derrota de los obreros revolucionarios en París, vencidos en la insurrección de junio (véase p. 29).

En la Europa central el momento decisivo se produjo cuando el ejército de los Habsburgo, con más libertad de maniobra debido a la huida del emperador en mayo, tuvo ocasión de reagruparse para derrotar en junio una insurrección radical ocurrida en Praga, no sin el apoyo de la moderada clase media checa y alemana; así reconquistó las tierras de Bohemia, el corazón económico del imperio, mientras que poco después volvía a obtener el control del norte de Italia. Por su parte la intervención rusa y turca dominaba una revolución tardía y de corta vida acaecida en los principados del Danubio.

Entre el verano y el final del año los viejos regímenes recuperaron el poder en Alemania y Austria, si bien se hizo necesario recurrir a la fuerza de las armas para reconquistar en octubre la cada vez más revolucionaria ciudad de Viena, al precio de unas cuatro mil vidas. Después de esto el rey de Prusia reunió el valor suficiente para restablecer su autoridad sobre los rebeldes berlineses sin dificultades, y el resto de Alemania (con la excepción de cierta resistencia en el suroeste) siguió el mismo camino, dejando que, en tanto aguardaban el momento de su disolución, prosiguieran sus discusiones el parlamento alemán, o más bien la asamblea constitucional elegida en los esperanzadores días de primavera, y las otras asambleas prusianas más radicales. En el invierno sólo dos regiones seguían todavía en manos de la revolución: algunas zonas de Italia y Hungría. Después de un reavivamiento más modesto de acción revolucionaria ocurrido en la primavera de 1849, hacia mediados de aquel mismo año fueron también reconquistadas.

Después de la capitulación de húngaros y venecianos acaecida en agosto de 1849, murió la revolución. Con la única excepción de Francia, todos los antiguos gobiernos habían recuperado el poder —en algunos casos, como en el del imperio de los Habsburgo, con mayor autoridad que nunca—, y los revolucionarios se desperdigaron en los exilios. De nuevo con la salvedad de Francia, virtualmente todos los cambios institucionales, todos los sueños políticos y sociales de la primavera de 1848 desaparecieron pronto, e inclusive en Francia la república contó solamente con otros dos años y medio de vida. No obstante, hubo un grande y único cambio irreversible: la abolición de la servidumbre en el imperio de los Habsburgo.* Con la excepción de este único logro, si bien reconocidamente importante, 1848 aparece como la única revolución de la historia moderna de Europa que combina la mayor promesa, la más amplia meta y el éxito inicial más inmediato, con el más rápido y completo fracaso. En cierto sentido recuerda a aquel otro fenómeno masivo de la década de 1840, el movimiento cartista en Gran Bretaña. Finalmente se consiguieron sus objetivos específicos, pero no por la revolución o en un contexto revolucionario. Tampoco desaparecieron sus aspiraciones más amplias, pero los movimientos que las iban a adoptar y a llevarlas adelante serían totalmente distintos de los de 1848. No es accidental que el documento de aquel año que ha tenido el efecto más duradero y significativo sobre la historia del mundo fuese el *Manifiesto comunista*.

Todas las revoluciones tuvieron algo más en común, que en gran parte fue la causa de su fracaso. De hecho, o como inmediata anticipación, fueron revoluciones sociales de los trabajadores pobres. Por eso a los liberales moderados a quienes habían empujado al poder y la hegemonía, e inclusive a algunos de los políticos más radicales, les asustó por lo menos tanto como a los partidarios de los antiguos regímenes. Unos años antes (en 1846) el conde Cavour del Piamonte, futuro arquitecto de la Italia unida, había puesto el dedo en esta llaga:

> Si se viera de verdad amenazado el orden social, si corrieran un grave riesgo los grandes principios sobre los que ese orden descansa, entonces muchos de los más decididos oposicionistas, de los republicanos más entusiastas, estamos convencidos de que serían los primeros en incorporarse a las filas del partido conservador.[4]

Por tanto, quienes hicieron la revolución fueron incuestionablemente los trabajadores pobres. Fueron ellos quienes murieron en las barricadas urbanas: en Berlín se contabilizaron sólo unos 15 representantes de las clases educadas y alrededor de 30 maestros artesanos entre las 300 víctimas de las luchas de marzo; en Milán se encuentran únicamente 12 estudiantes, oficinistas o hacendados entre los 350 muertos de la insurrección.[5] Era su hambre lo que potenciaba las demostraciones que se convertían en revoluciones. La zona rural de las regiones occidentales de la revolución se hallaba relativamente en calma, aunque el suroeste de Alemania observó mucha más insurrección de campesinos que lo que se recordaba comúnmente. Sin embargo, por todas partes el temor a la revuelta agraria era lo suficientemente agudo como para situarse en su realidad, si bien nadie necesitaba utilizar mucha imaginación en zonas semejantes al sur de Italia, donde los labriegos de cualquier lugar organizaban espontáneamente marchas con banderas y tambores para dividir los grandes estados. Pero el miedo solo bastó para concentrar de forma

* Hablando en términos generales, la abolición de la servidumbre y de los derechos señoriales sobre los campesinos en el resto de la Europa occidental y central (incluida Prusia) se había producido en el período revolucionario francés y napoleónico (1789-1815), si bien algunos restos de dependencia en Alemania se abolieron en 1848. La servidumbre en Rusia y Rumania duró hasta la década de 1860 (véase el capítulo 10).

prodigiosa las mentes de los terratenientes. Asustados por falsos rumores respecto a una gran insurrección de siervos al mando del poeta S. Petöfi (1823-1849), la dieta húngara —una opresiva asamblea de hacendados— votó la inmediata abolición de la servidumbre el 15 de marzo, pero sólo unos días antes el gobierno imperial, que pretendía aislar a los revolucionarios partiendo de una base agraria, decretó la inmediata abolición de la servidumbre en Galitzia, la abolición de los trabajos forzados y de otras obligaciones feudales en tierras checas. No cabía duda del peligro que corría el «orden social».

Dicho peligro no era exactamente igual en todas partes. Ocurría a veces que algunos gobiernos conservadores sobornaban a los campesinos, especialmente cuando sus señores o los comerciantes y prestamistas que los explotaban pertenecían a nacionalidades no tan «revolucionarias» como la polaca, la húngara o la alemana. Es improbable que a las clases medias alemanas, entre ellas los confiados negociantes que prosperaban en Renania, les preocupara terriblemente cualquier posibilidad inmediata de comunismo proletario, o inclusive el poder proletario, que apenas tuvo consecuencias, salvo en Colonia (donde Marx instaló su cuartel general) y en Berlín, donde un impresor comunista, Stefan Born, organizó un movimiento obrero importante. No obstante, al igual que las clases medias europeas de la década de 1840 creyeron reconocer el carácter de sus futuros problemas sociales en la lluvia y el humo de Lancashire, también creyeron reconocer otra concepción del futuro detrás de las barricadas de París, esas grandes iniciadoras y exportadoras de revoluciones. Por otro lado, la revolución de febrero no sólo la hizo «el proletariado», sino que la concibió como consciente revolución social. Su objetivo no era simplemente cualquier república, sino la «república democrática y social». Sus dirigentes eran socialistas y comunistas. Su gobierno provisional incluyó además a un obrero de verdad, un mecánico conocido con el nombre de Albert. Durante unos días existieron dudas respecto a si la bandera debería ser la tricolor o la roja de la revuelta social.

Salvo en los lugares en donde se litigaban cuestiones de autonomía o independencia nacional, la moderada oposición de la década de 1840 ni había querido ni había procurado seriamente la revolución, e inclusive en lo concerniente a la cuestión nacional los moderados habían preferido la negociación y la diplomacia a la confrontación. Sin duda que hubieran preferido más, pero se hallaban totalmente dispuestos a permitir concesiones que, se argumentaba de modo razonable, todos menos los más estúpidos y autoconfiados de los absolutismos, como, por ejemplo, el del zar, se verían forzados antes o después a otorgar; o a aceptar los cambios internacionales que, más pronto o más tarde, hasta la oligarquía de los «grandes poderes» que decidía en tales asuntos tendría que admitir. Empujados a la revolución por las fuerzas de los pobres y/o el ejemplo de París, intentaron lógicamente sacar el máximo provecho a una situación que de manera inesperada los favorecía. Con todo, al final, y muchas veces desde el principio, les preocupaba muchísimo más el peligro que les podía venir por su izquierda que el de los viejos regímenes.

Desde el instante en que se levantaron las barricadas en París, todos los liberales moderados (y, como observó Cavour, una considerable proporción de radicales) fueron conservadores potenciales. A medida que la opinión moderada cambiaba más o menos rápidamente de bandos o se retiraba, los trabajadores, los intransigentes de los radicales democráticos, quedaban aislados o, lo que era mucho peor, frente a una unión de los viejos regímenes con fuerzas conservadoras y anteriormente moderadas: un «partido del orden», como lo llamaban los franceses. El año 1848 fracasó porque resultó que la confrontación decisiva no fue entre los viejos regímenes y las unidas «fuerzas del progreso», sino entre el «orden» y la «revolución social». La confrontación crucial no fue la de París en febrero, sino la de París en junio, cuando los trabajadores, manipulados para que pareciera una insurrección aparte, fueron derrotados y asesinados en masa. Lucharon y murieron cruentamente. Alrededor de 1.500 cayeron en las luchas callejeras; los dos tercios de dicha cantidad pertenecían al bando gubernamental. La ferocidad del odio de los ricos hacia los pobres queda reflejado en el hecho de que después de la derrota fueron asesinados unos 3.000 más, en tanto que eran detenidos 12.000 para ser deportados casi todos a los campos de concentración argelinos.*

Por consiguiente, la revolución sólo mantuvo su ímpetu allá donde los radicales eran lo bastante fuertes y se hallaban lo suficientemente vinculados al movimiento popular como para arrastrar consigo a los moderados o no necesitar a éstos. Esta situación era más probable que se diera en países en los que el problema crucial fuese la liberación nacional, un objetivo que requería la continua movilización de las masas. Esta es la causa de que la revolución durara más tiempo en Italia y sobre todo en Hungría.**

Los moderados italianos reunidos en torno del rey antiaustríaco del Piamonte, a quienes después de la insurrección de Milán se les incorporaron los principados menores con considerables reservas mentales, se hicieron cargo de la lucha contra el opresor, al mismo tiempo que seguían muy pendientes de los republicanos y la revolución social. Sin embargo, debido a la debilidad militar de los estados italianos, a las vacilaciones del Piamonte y, posiblemente sobre todo, a su negativa a pedir ayuda a los franceses (quienes, casi con seguridad, hubieran reforzado la causa republicana), fueron enérgicamente derrotados por el reagrupado ejército austríaco en Custozza, en el mes de julio. (Debemos anotar aquí de pasada que el gran republicano G. Mazzini,

* La revolución de febrero en París había costado unas 360 vidas.

** En Francia no estaba en litigio la unidad y la independencia nacionales. El nacionalismo alemán se hallaba preocupado por la unificación de numerosos estados separados, pero el obstáculo no era la dominación extranjera, sino —aparte de intereses particulares— la actitud de dos grandes poderes que se consideraban a sí mismos alemanes, Prusia y Austria. Las aspiraciones nacionales eslavas tropezaron en primer término con las de las naciones «revolucionarias» como Alemania y Hungría y por lo mismo fueron silenciadas, eso incluso en los casos en que no apoyaron a la contrarrevolución. Hasta la izquierda checa consideró que el imperio de los Habsburgo era una protección contra la absorción en una Alemania nacional. Los polacos, por su parte, no intervinieron demasiado en esta revolución.

1805-1872, con su infalible instinto para lo políticamente fútil, se opuso a recurrir a los franceses.) La derrota desacreditó a los moderados y la jefatura de la liberación nacional pasó a los radicales, quienes consiguieron el poder en varios estados italianos durante el otoño para finalmente establecer de verdad una república romana a principios de 1849, lo que proporcionó amplia oportunidad a la retórica de Mazzini. (Venecia, que al mando del sensato abogado Daniele Manin, 1804-1857, se había transformado ya en república independiente, se mantuvo al margen del problema hasta que los austríacos la reconquistaron inevitablemente hacia finales de agosto de 1849, más tarde incluso que a Hungría.) Los radicales no eran enemigo militar para Austria; cuando lograron que el Piamonte declarara otra vez la guerra en 1849, los austríacos conquistaron fácilmente Novara en marzo. Además, aunque se hallaban más decididos a expulsar a Austria y a unificar Italia, por lo general compartían el miedo de los moderados a la revolución social. Inclusive Mazzini, que con todo su celo de hombre de mando prefería limitar sus intereses a las cuestiones espirituales, detestaba el socialismo y se oponía a todo lo que pusiera trabas a la propiedad privada. Después de su fracaso inicial, por tanto, la revolución italiana vivió con tiempo prestado. Irónicamente, entre los que la reprimieron se hallaban los ejércitos de una Francia por entonces ya no revolucionaria, que reconquistó Roma a principios de junio. La expedición romana fue el intento francés de reafirmar su influencia diplomática en la península frente a Austria. Además, contó con la ventaja incidental de ser popular entre los católicos, en cuyo apoyo confiaba el régimen posrevolucionario.

Al contrario de Italia, Hungría era ya una entidad política más o menos unificada («las tierras de la corona de san Esteban»), con una constitución efectiva, un grado de autonomía considerable y muchos de los elementos de un estado soberano a excepción de la independencia. Su debilidad consistía en que la aristocracia magiar que administraba esta vasta región agraria, no sólo gobernaba al campesinado de la gran llanura, sino a una población cuyo 60 por 100 aproximadamente constaba de croatas, serbios, eslovacos, rumanos y ucranianos, aparte de una minoría alemana sustancial. A estos pueblos no les desagradaba una revolución que liberaba de la servidumbre, pero la negativa de la mayoría de los radicales de Budapest a hacer concesiones a su diferencia nacional de los magiares les convirtió en enemigos, ya que sus portavoces políticos estaban hartos de la feroz política que se seguía contra ellos para transformarlos en magiares y de la incorporación a un estado magiar, centralizado y unitario, de regiones fronterizas que hasta entonces habían sido autónomas. La corte de Viena, que secundaba la máxima imperialista de «divide y gobierna», les ofreció ayuda. Pero sería un ejército croata al mando del barón Jelacic, amigo de Gaj, el pionero del nacionalismo yugoslavo, el que guiara el asalto contra la revolucionaria Viena y la revolucionaria Hungría.

No obstante, dentro de aproximadamente la actual Hungría, la revolución contó con el apoyo masivo del pueblo (magiar), tanto por razones nacionales como sociales. Los campesinos consideraron que no había sido el emperador quien les había dado la libertad, sino la revolucionaria dieta húngara. Este fue el único lugar de Europa en el que, a la derrota de la revolución, le siguió una especie de guerrilla rural que mantuvo durante varios años el famoso bandido Sandor Rósza. Cuando estalló la revolución, la Dieta, que consistía en una cámara alta de magnates comprometidos o moderados y en una cámara baja dominada por nobles y juristas radicales de la zona rural, no tenía más que intercambiar propuestas de actuación. Y lo hizo de buena gana bajo la dirección de Lajos Kossuth (1802-1894), capaz abogado, periodista y orador, que se iba a convertir en la figura revolucionaria de 1848 más conocida internacionalmente. Hungría, a la que gobernaba una coalición moderada-radical autorizada de mala gana por Viena, fue a efectos prácticos un autónomo estado reformado, al menos hasta que los Habsburgo pudieran reconquistarla. Después de la batalla de Custozza creyeron que ya estaba en sus manos, y con la cancelación de las leyes de reforma húngaras de marzo y la invasión del país consiguieron que los húngaros afrontaran la disyuntiva de la capitulación o la radicalización. Consecuentemente, en abril de 1849 Hungría al mando de Kossuth quemó sus naves con el derrocamiento del emperador (si bien no se proclamó formalmente la república). El apoyo popular y el generalato de Görgei permitieron a los húngaros hacer algo más que resistir frente al ejército austríaco. Y sólo fueron derrotados cuando Viena, desesperada, recurrió a la última arma de la reacción: las fuerzas rusas. La intervención de éstas resultó decisiva. El 13 de agosto se rindió lo que quedaba del ejército húngaro, pero no a los austríacos, sino al comandante ruso. Entre las revoluciones de 1848, la húngara fue la única que no sucumbió o pareció sucumbir debido a debilidades y conflictos internos; la causa de su caída fue la derrota ante un ejército muy superior. Hay que reconocer desde luego que, después del fracaso de todas las demás, sus posibilidades de evitar tal derrota eran nulas.

Aparte de esta *débacle* general, ¿existía alguna otra alternativa? Casi seguro que no. Como hemos visto, de los principales grupos sociales implicados en la revolución, la burguesía, cuando había por medio una amenaza a la propiedad, prefería el orden a la oportunidad de llevar a cabo todo su programa. Enfrentados a la revolución «roja», los liberales moderados y los conservadores se unían. Los «notables» de Francia, o sea, las familias respetables, influyentes y ricas que administraban los asuntos políticos del país, abandonaron sus anteriores rencillas para apoyar a los Borbones, a los Orleans, o inclusive a una república, y adquirieron conciencia de clase nacional a través de un nuevo «partido del orden». Las figuras clave de la restaurada monarquía de los Habsburgo serían el ministro del Interior, Alexander Bach (1806-1867), anterior liberal moderado de la oposición, y el magnate comercial y naviero K. von Bruck (1798-1860), personaje sobresaliente en el próspero puerto de Trieste. Los banqueros y empresarios de Renania que favorecían el liberalismo burgués prusiano hubieran preferido una monarquía constitucional limitada, pero se instalaron cómodamente en

su condición de pilares de una Prusia restaurada que evitaba a toda costa el sufragio democrático. Por su parte, los regímenes conservadores restaurados se hallaban muy dispuestos a hacer concesiones al liberalismo económico, legal e incluso cultural de los hombres de negocios, en tanto en cuanto no implicara ningún retroceso político. Como veremos más adelante, en términos económicos la reaccionaria década de 1850 iba a ser un período de liberalización sistemática. En 1848-1849, pues, los liberales moderados hicieron dos importantes descubrimientos en la Europa occidental: que la revolución era peligrosa y que algunas de sus demandas sustanciales (especialmente las económicas) podían satisfacerse sin ella. La burguesía dejaba de ser una fuerza revolucionaria.

El gran conjunto de las clases medias bajas radicales, artesanos descontentos, pequeños tenderos, etc., e incluso agricultores, cuyos portavoces y dirigentes eran intelectuales, en su mayoría jóvenes y marginales, constituían una significativa fuerza revolucionaria pero raramente una alternativa política. Por lo general, se hallaban en la izquierda democrática. La izquierda alemana exigía nuevas elecciones porque su radicalismo se mostró muy fuerte en muchas provincias a finales de 1848 y principios de 1849, si bien carecía por entonces de la atención de las grandes ciudades, a las que había reconquistado la reacción. En Francia los demócratas radicales obtuvieron 2 millones de votos en 1849, frente a los 3 millones de los monárquicos y los 800.000 de los moderados. Los intelectuales producían sus activistas, aunque quizás fuera únicamente en Viena donde la «legión académica» de estudiantes formó verdaderas tropas de combate. Es erróneo denominar a 1848 la «revolución de los intelectuales». Porque entonces no sobresalieron éstos más que en la mayoría de las otras revoluciones que ocurrieron en países relativamente atrasados en los que el grueso de la clase media se componía de personas caracterizadas por la instrucción y el dominio de la palabra escrita: graduados de todos los tipos, periodistas, maestros, funcionarios. Sin embargo, no hay duda de la importancia de los intelectuales: poetas como Petöfi en Hungría; Herwegh y Freiligrath en Alemania (fue miembro del consejo editorial que publicó la obra de Marx titulada *Neue Rheinische Zeitung*); Victor Hugo y el consecuente moderado Lamartine en Francia; numerosos académicos (principalmente del bando moderado) en Alemania;* médicos como C. G. Jacoby (1804-1851) en Prusia; Adolf Fischhof (1816-1893) en Austria; científicos como F. V. Raspail (1794-1878) en Francia, y una gran cantidad de periodistas y publicistas de los que el más famoso era por aquel tiempo Kossuth y el más formidable sería Marx.

Individualmente, tales personas podían desempeñar una función decisiva; en cambio, no era posible decir lo mismo considerados como miembros de una clase social específica o como portavoces de la pequeña burguesía radical. Puede calificarse de genuino el radicalismo de los «pequeños hombres»

* Aunque sospechosos para los gobernantes, los maestros franceses habían permanecido quietos durante la monarquía de julio y daban la sensación de adherirse al «orden» en 1848.

expresado en la demanda de «un estado de constitución democrática, fuera constitucional o republicano, recibiendo ellos y sus aliados los campesinos una mayoría, a la vez que el gobierno local democrático que les permitiera controlar la propiedad municipal y una serie de funciones que entonces desempeñaban los burócratas»,[7] si bien la crisis secular, por un lado, que amenazaba la tradicional forma de vida de los maestros artesanos y de sus semejantes, y la depresión económica temporal, por otro, le proporcionaban un especial carácter de amargura. El radicalismo de los intelectuales tenía raíces menos profundas. Como se vio temporalmente, se basaba sobre todo en la incapacidad de la nueva sociedad burguesa de antes de 1848 para proporcionar suficientes cargos de adecuado estatus a los instruidos que producía en promociones sin precedentes y cuyos beneficios eran mucho más modestos que sus ambiciones. ¿Qué les sucedió a todos aquellos estudiantes radicales de 1848 en las prósperas décadas de 1850 y 1860? Pues que establecieron la tan familiar y aceptadísima norma biográfica en el continente europeo; por lo cual puede decirse que los jóvenes burgueses dieron rienda suelta a sus excesos políticos y sexuales durante la juventud, antes de «sentar la cabeza». Y hubo numerosas posibilidades para sentar la cabeza, especialmente cuando la retirada de la vieja nobleza y la diversión de hacer dinero por parte de la negociante izquierda burguesa aumentaron las oportunidades de aquellos cuyas aptitudes eran primariamente escolásticas. En 1842 el 10 por 100 de los profesores de liceos franceses procedían aún de los «notables»; en cambio, en 1877 ya no había ninguno de éstos. En 1868 Francia apenas producía más titulados de enseñanza media (*bacheliers*) que en la década de 1830, pero muchos de ellos tenían acceso entonces a los bancos, el comercio, el periodismo de éxito y, después de 1870, la política profesional.[8]

Por otra parte, cuando se enfrentaban con la revolución roja, hasta los radicales más bien democráticos tendían a refugiarse en la retórica, divididos por su genuina simpatía hacia «el pueblo» y por su sentido de la propiedad y el dinero. Al contrario de la burguesía liberal, ellos no cambiaban de bando. Simplemente vacilaban, aunque nunca se acercaban demasiado a la derecha.

En cuanto a los pobres de la clase obrera, carecían de organización, de madurez, de dirigentes y, posiblemente, sobre todo de coyuntura histórica para proporcionar una alternativa política. Aunque lo suficientemente poderosa como para lograr que la contingencia de revolución social pareciera real y amenazadora, era demasiado débil para conseguir otra cosa aparte de asustar a sus enemigos. Concentrados los obreros en masas hambrientas en los sitios políticamente más sensibles, como, por ejemplo, las grandes ciudades y sobre todo la capital, sus fuerzas eran desproporcionadamente efectivas. Sin embargo, estas situaciones ocultaban algunas debilidades sustanciales: en primer lugar, su deficiencia numérica, pues no siempre eran siquiera mayoría en las ciudades que, por lo general, incluían únicamente una modesta minoría de la población, y en segundo lugar, su inmadurez política e ideológica. Entre ellos el grupo activista más políticamente consciente eran los artesanos preindustriales, enten-

diendo el término en el sentido contemporáneo británico que lo aplicaba a los oficiales de los distintos ramos, los artífices, los especialistas manuales de talleres no mecanizados, etc. Introducidos en la revolución social e inclusive en las ideologías socialistas y comunistas de la Francia jacobina y *sans-culotte*, sus objetivos en calidad de masa eran mucho más modestos en Alemania, como descubriría en Berlín el impresor comunista Stefan Born. Los pobres y los peones en las ciudades y, fuera de Gran Bretaña, el proletariado industrial y minero como un todo, apenas contaban todavía con alguna ideología política desarrollada. En la zona industrial del norte de Francia hasta el republicanismo realizó escasos progresos antes del final de la Segunda República. El año 1848 fue testigo de cómo Lille y Roubaix se preocupaban exclusivamente de sus problemas económicos y dirigían sus manifestaciones, no contra reyes o burgueses, sino contra los aún más hambrientos obreros inmigrantes de Bélgica.

Allá donde los plebeyos urbanos, o más raramente los nuevos proletarios, entraban dentro de la órbita de la ideología jacobina, socialista, democrática republicana o, como en Viena, de los estudiantes activistas, se convertían en una fuerza política, al menos como manifestantes. (Su participación en las elecciones era todavía escasa e impredecible, al contrario de los explotados obreros de las empobrecidas regionales rurales, quienes, como en Sajonia o en Gran Bretaña, se hallaban muy radicalizados.) Paradójicamente, fuera de París esta situación era rara en la Francia jacobina, mientras que en Alemania la Liga Comunista de Marx proporcionaba los elementos de una red nacional para la extrema izquierda. Fuera de este radio de influencia, la clase obrera era políticamente insignificante.

Desde luego que no debemos subestimar el potencial de una fuerza social como el «proletariado» de 1848, a pesar de su juventud e inmadurez y de que apenas tenía conciencia aún de clase. En cierto sentido su potencial revolucionario era mayor de lo que sería posteriormente. La generación de hierro del pauperismo y de la crisis antes de 1848 había alentado en unos pocos la creencia de que el capitalismo podía depararles condiciones decentes de vida, y que incluso dicho capitalismo perduraría. La misma juventud y debilidad de la clase trabajadora, todavía surgiendo de entre la masa de los obreros pobres, los patronos independientes y los pequeños tenderos impedían que, aparte de los más ignorantes y aislados, concentraran exclusivamente sus exigencias en las mejoras económicas. Las demandas *políticas* sin las cuales no se lleva a cabo ninguna revolución, ni siquiera la más puramente social, se hallaban incorporadas a la situación. El objetivo popular de 1848, la «república democrática y social», era tanto social como política. Por lo menos en Francia, la experiencia de la clase obrera introdujo en ella elementos institucionales originales basados en la práctica del sindicato y la acción cooperativa, si bien no creó elementos tan insólitos y poderosos como los *soviets* de la Rusia de principios del siglo XX.

Por otra parte, la organización, la ideología y el mando se encontraban en un triste subdesarrollo. Hasta la forma más elemental, el sindicato, se hallaba limitado a grupos con unos pocos centenares de miembros, o como mucho,

con unos cuantos miles. Con bastante frecuencia incluso, los gremios de los hábiles pioneros del sindicalismo aparecieron por primera vez durante la revolución: los impresores en Alemania, los sombrereros en Francia. Los socialistas y los comunistas organizados contaban con un número más exiguo todavía: unas cuantas docenas, o como mucho unos pocos centenares. Sin embargo, 1848 fue la primera revolución en la que los socialistas o, más probablemente, los comunistas —porque el socialismo previo a 1848 fue un movimiento muy apolítico dedicado a la creación de utópicas cooperativas— se colocaron a la vanguardia desde el principio. No sólo fue el año de Kossuth, A. Ledru-Rollin (1807-1874) y Mazzini, sino de Karl Marx (1818-1883), Louis Blanc (1811-1882) y L. A. Blanqui (1805-1881) —el austero rebelde que únicamente salía de la cárcel cuando lo liberaban por poco tiempo las revoluciones—, de Bakunin, incluso de Proudhon. Pero ¿qué significaba el socialismo para sus seguidores, aparte de dar nombre a una clase obrera consciente de sí misma y con aspiraciones propias de una sociedad diferente del capitalismo y basada en el derrocamiento de éste? Ni siquiera su enemigo estaba claramente definido. Se hablaba muchísimo de la «clase obrera» e inclusive del «proletariado», pero en el curso de la revolución no se mencionó para nada al «capitalismo».

Verdaderamente, ¿cuáles eran las perspectivas políticas de una clase trabajadora socialista? Ni Karl Marx creía que la revolución proletaria fuese una cuestión a tener en cuenta. Hasta en Francia «el París proletario era todavía incapaz de ir más allá de la república burguesa aparte de en *ideas*, en *imaginación*». «Sus necesidades inmediatas y admitidas no lo condujeron a desear la consecuencia del derrocamiento de la burguesía, por la fuerza, ni tampoco contaba con el poderío suficiente para esta tarea.» Lo más que pudo lograrse fue una república burguesa que puso de manifiesto la verdadera naturaleza de la lucha futura que existiría entre la burguesía y el proletariado, y uniría, a su vez, al resto de la clase media con los trabajadores «a medida que su posición fuera más insostenible y su antagonismo con la burguesía se hiciera más agudo».[9] En primer lugar fue una república democrática, en segundo lugar la transición desde una burguesía incompleta a una revolución popular proletaria y, por último, una dictadura proletaria o, en palabras que posiblemente tomara Marx de Blanqui y que reflejan la intimidad temporal de los dos grandes revolucionarios en el transcurso de los efectos inmediatos de 1848, «la revolución permanente». Pero, al revés de Lenin en 1917, a Marx no se le ocurrió sustituir la revolución burguesa por la revolución proletaria hasta después de la derrota de 1848; y, aun cuando entonces formuló una perspectiva comparable a la de Lenin (comprendió «el respaldo a la revolución con una nueva edición de la guerra de los campesinos», según dijo Engels), no mantuvo tal actitud durante mucho tiempo. En la Europa occidental y central no iba a haber una segunda edición de 1848. Como él mismo reconoció en seguida, la clase trabajadora tendría que seguir un camino distinto.

Por consiguiente, las revoluciones de 1848 surgieron y rompieron como grandes olas, y detrás suyo dejaron poco más que el mito y la promesa. «De-

bieran haber sido» revoluciones burguesas, pero la burguesía se apartó de ellas. Podían haberse reforzado mutuamente bajo la dirección de Francia, impidiendo o posponiendo la restauración de los antiguos gobiernos y manteniendo acorralado al zar ruso. Pero la burguesía francesa prefirió la estabilidad social en la patria a los premios y peligros de ser una vez más *la grande nation*, y por razones análogas, los dirigentes moderados de la revolución dudaron en pedir la intervención francesa. Ninguna otra fuerza social fue lo bastante fuerte para darles coherencia e ímpetu, salvo en los casos especiales en los que la lucha era por la independencia nacional y contra un poder políticamente dominador; pero inclusive en estas ocasiones también fallaron, puesto que las luchas nacionales se producían aisladamente y en todos los casos su debilidad les impidió contener la fuerza militar de los antiguos regímenes. Las grandes y características figuras de 1848 desempeñaron su papel de héroes sobre el escenario europeo durante unos cuantos meses hasta que desaparecieron para siempre, si bien con la única excepción de Garibaldi, quien doce años más tarde viviría un momento aún más glorioso. Aunque se les premió al final con un lugar seguro en sus panteones nacionales, Kossuth y Mazzini pasaron mucho tiempo de sus vidas en el exilio, sin poder contribuir directamente gran cosa a la obtención de la autonomía o unificación de sus países. Ledru-Rollin y Raspail no volvieron a conocer otra ocasión de celebridad como la de la Segunda República, y los elocuentes profesores del parlamento de Frankfurt se retiraron a sus estudios y auditorios. De los grandes planes y gobiernos rivales que idearon los apasionados exiliados en la neblinosa Londres durante la década de 1850, nada sobrevivió sino la obra de los más aislados y menos típicos: Marx y Engels.

Y, sin embargo, 1848 no fue meramente un breve episodio histórico sin consecuencias. Porque si bien es verdad que los cambios que logró no fueron los deseados por los revolucionarios, ni tampoco podían definirse fácilmente en términos de regímenes, leyes e instituciones políticas, se hicieron, no obstante, en profundidad. Al menos en la Europa occidental, 1848 señaló el final de la política tradicional, de la creencia en los patriarcales derechos y deberes de los poderosos social y económicamente, de las monarquías que pensaban que sus pueblos (salvo los revoltosos de la clase media) aceptaban, e incluso aprobaban, el gobierno de las dinastías por derecho divino para presidir las sociedades ordenadas por jerarquías. Como irónicamente escribió el poeta Grillparzer, que no tenía nada de revolucionario, acerca de, seguramente, Metternich:

> Aquí yace, olvidada toda la celebridad
> del famoso don Quijote legítimo
> quien, al trocar la verdad y los hechos, se consideró sabio
> y acabó creyéndose sus propias mentiras;
> un viejo tonto, que de joven había sido bribón:
> ya era incapaz de reconocer la verdad.[10]

En lo sucesivo las fuerzas del conservadurismo, del privilegio y de la opulencia tendrían que defenderse de otra manera. En la gran primavera de 1848 hasta los oscuros e ignorantes campesinos del sur de Italia dejaron de apoyar al absolutismo, actitud que venían manteniendo desde cincuenta años atrás. Cuando fueron a ocupar la tierra, casi ninguno manifestó hostilidad hacia «la constitución».

Los defensores del orden social tuvieron que aprender la política del pueblo. Esta fue la mayor innovación que produjeron las revoluciones de 1848. Incluso los prusianos más intolerantes y archirreaccionarios descubrieron a lo largo de aquel año que necesitaban un periódico capaz de influir en la «opinión pública», concepto en sí mismo ligado al liberalismo e incompatible con la jerarquía tradicional. Otto von Bismarck (1815-1898), el más inteligente de los archirreaccionarios prusianos de 1848, demostraría posteriormente su lúcida comprensión de la naturaleza de la política de la sociedad burguesa y su dominio de estas técnicas. Con todo, las innovaciones políticas más significativas de este tipo ocurrieron en Francia.

En dicho país la derrota de la insurrección de la clase obrera acaecida en junio había dejado el camino libre a un poderoso «partido del orden», capaz de vencer a la revolución social, pero no de conseguir demasiado apoyo de las masas o incluso de muchos conservadores que, con su defensa del «orden», no deseaban comprometerse con aquella clase de moderado republicanismo que estaba ahora en el poder. La gente se hallaba todavía demasiado movilizada para permitir la limitación en las elecciones: la exclusión del voto por pertenecer a la sustancial partida de «la multitud detestable» —esto es, alrededor de un tercio en Francia, aproximadamente dos tercios en el radical París— no se produjo hasta 1850. Sin embargo, si en diciembre de 1848 los franceses no eligieron a un moderado para la nueva presidencia de la República, tampoco eligieron a un radical. (No hubo candidato monárquico.) El ganador, que obtuvo una aplastante mayoría con sus 5,5 millones de votos de los 7,4 millones registrados, fue Luis Napoleón, el sobrino del gran emperador. Aunque resultó ser un político de extraordinaria astucia, cuando entró en Francia a últimos de septiembre no parecía tener más posesiones que un nombre prestigioso y el respaldo financiero de una leal querida inglesa. Estaba claro que no era un revolucionario social, pero tampoco un conservador; de hecho, sus partidarios se burlaban en cierta medida de su juvenil interés por el sansimonismo (véase p. 68) y de sus supuestas simpatías por los pobres. Sin embargo, ganó básicamente porque los campesinos votaron de modo unánime por él bajo el lema de «No más impuestos, abajo los ricos, abajo la República, larga vida al emperador»; en otras palabras, y como observó Marx, los trabajadores votaron por él contra la república de los ricos, ya que a sus ojos Luis Napoleón significaba «la deposición de Cavaignac (quien había sofocado el levantamiento de junio), el rechazo del republicanismo burgués, la anulación de la victoria de junio»,[11] la pequeña burguesía por cuanto él no parecía representar la gran burguesía.

La elección de Luis Napoleón significó que inclusive la democracia del sufragio universal, es decir, la institución que se identificaba con la revolución, era compatible con el mantenimiento del orden social. Ni siquiera una masa de abrumador descontento se hallaba dispuesta a elegir gobernantes consagrados al «derrocamiento de la sociedad». Las mejores lecciones de esta experiencia no se aprendieron inmediatamente, ya que, si bien Luis Napoleón jamás olvidó las ventajas políticas de un sufragio universal bien dirigido que volvió a introducir, pronto abolió la República y se hizo a sí mismo emperador. Iba a ser el primero de los modernos jefes de estado que gobernara no por la mera fuerza armada, sino por esa especie de demagogia y relaciones públicas que se manipulan con mucha más facilidad desde la jefatura del estado que desde ningún otro sitio. Su experiencia no sólo demostró que el «orden social» podía disfrazarse de forma capaz de atraer a los partidarios de «la izquierda», sino que, en un país o en una época en la que los ciudadanos se movilizaban para participar en la política, tenía que enmascararse así. Las revoluciones de 1848 evidenciaron que, en lo sucesivo, las clases medias, el liberalismo, la democracia política, el nacionalismo e inclusive las clases trabajadoras, iban a ser rasgos permanentes del panorama político. Es posible que la derrota de las revoluciones los eliminaran temporalmente de la escena, pero cuando reaparecieran determinarían incluso la actuación de aquellos estadistas a los que no caían nada simpáticos.

Segunda parte

DESARROLLOS

2. EL GRAN «BOOM»

Aquí el hombre poderoso en las armas de la paz, el capital y la maquinaria las utiliza para proporcionar comodidad y placer al público, de quien es su siervo, y de este modo se hace rico al tiempo que enriquece a otros con sus bienes.

WILLIAM WHEWELL, 1852[1]

Cualquier pueblo puede conseguir bienestar material sin tácticas subversivas si es dócil, trabaja mucho y se entrega constantemente a su autosuperación.

De los estatutos de la Société contre l'Ignorance de CLERMONT-FERRAND, 1869[2]

La zona habitada del mundo se extiende rápidamente. Nuevas comunidades, esto es, nuevos mercados, surgen a diario en las hasta ahora regiones desérticas del Nuevo Mundo en Occidente y en las islas tradicionalmente fértiles del Viejo Mundo en Oriente.

Philoponos, 1850[3]

I

En 1849 pocos observadores hubieran predicho que 1848 sería la última revolución general en Occidente. Con excepción de la «república social», las demandas políticas del liberalismo, el radicalismo democrático y el nacionalismo iban a satisfacerse gradualmente a lo largo de los próximos setenta años en la mayoría de los países desarrollados sin grandes trastornos internos. Y la estructura social de la parte desarrollada del continente iba a demostrar su capacidad de resistencia frente a los catastróficos golpes del siglo XX, al menos hasta la fecha. La razón principal radica en la extraordinaria transformación y expansión económica de los años comprendidos entre 1848 y principios de la década de 1870 que es el tema de este capítulo. Este fue el período en el que el mundo se hizo capitalista y una significativa minoría de países «desarrollados» se convirtieron en economías industriales.

Como es probable que los sucesos de 1848 la contuvieran temporalmente, esta época de avance económico sin precedentes empezó con un auge que fue de lo más espectacular. La última y quizá la mayor crisis económica de la especie antigua, perteneciente a un mundo que dependía de las vicisitudes de las cosechas y las estaciones, había precipitado las revoluciones. El nuevo mundo del «ciclo comercial», que únicamente los socialistas reconocían entonces como ritmo y modo básico de operación de la economía capitalista, contaba con su propio sistema de fluctuaciones económicas y sus peculiares dificultades seculares. Sin embargo, a mediados de la década de 1840 la oscura e incierta era del desarrollo capitalista parecía estar llegando a su fin, y con ello empezaba el gran salto hacia adelante. Los años 1847-1848 sufrieron un grave retroceso en el ciclo comercial, probablemente empeorado por la coincidencia con problemas de la especie antigua. No obstante, desde una situación puramente capitalista, se trató de una caída más bien seria dentro de lo que ya parecía ser una curva de negocios muy boyante. James de Rothschild, quien a principios de 1848 observaba la situación económica con notable complacencia, era un sensato negociante, aunque también un mal profeta político. Parecía que se había pasado lo peor del «pánico» y que existían halagüeñas perspectivas a largo plazo. Y, sin embargo, aunque la producción industrial se recuperaba con rapidez, e incluso se sacudía la virtual parálisis de los meses revolucionarios, el ambiente general seguía siendo incierto. Difícilmente podemos fechar el principio del gran esplendor mundial antes de 1850.

Lo que continuó fue tan extraordinario que los hombres se perdían en la búsqueda de un precedente. Nunca, por ejemplo, las exportaciones británicas habían aumentado con más celeridad que en los primeros siete años de la década de 1850. Así los artículos de algodón británicos, vanguardia de la penetración en el mercado a lo largo de casi medio siglo, incrementaron su índice de crecimiento por encima de las anteriores décadas. Entre 1850 y 1860 se habían doblado aproximadamente. En cifras absolutas los logros son todavía más sorprendentes: entre 1820 y 1850 estas exportaciones se habían cifrado en alrededor de 1.000 millones de metros, mientras que en la década que va únicamente de 1850 a 1860 habían alcanzado más de los 1.200 millones de metros. El número de operarios del algodón que había aumentado alrededor de 100.000 entre 1819-1821 y 1844-1846, dobló dicha cifra durante la década de 1850.[4] Y estamos hablando aquí de una gran industria establecida de antiguo que, además, en esta década había perdido ventas en los mercados europeos debido a la rapidez de los desarrollos de las industrias locales. Por todas partes podemos encontrar evidencias similares de auge económico. La exportación de hierro desde Bélgica se dobló de sobra entre 1851 y 1857. En Prusia, durante el cuarto de siglo anterior a 1850 se fundaron sesenta y siete sociedades anónimas con un capital total de 45 millones de táleros, en tanto que sólo entre 1851 y 1857 se establecieron 115 —aparte de las sociedades ferroviarias— con un capital total de 114,5 millones; casi todas ellas durante los eufóricos años comprendidos entre 1853 y 1857.[5] No es de gran necesidad multiplicar estadísticas, si bien los hombres de negocios, especialmente los promotores de las compañías, las leían y las difundían con avidez.

La combinación de capital barato con un rápido aumento de los precios logró que este esplendor económico fuera tan satisfactorio para los negociantes ansiosos de beneficios. En el siglo XIX los retrocesos (del tipo del ciclo comercial) significaban siempre descenso de los precios. Los auges económicos era inflacionarios. Aun así, la subida de alrededor de un tercio en el nivel británico de precios, ocurrida entre 1848-1850 y 1857, fue extraordinariamente grande. Los beneficios que aguardaban a productores, comerciantes y, sobre todo, a los promotores eran por esa causa casi irresistibles. A lo largo de este sorprendente período hubo un momento en que llegó al 50 por 100 la proporción de beneficios sobre capital librado de la *crédit mobilier*, de París, la compañía financiera que simbolizaba en esta época la expansión capitalista (véase el capítulo 12).[6] Y no eran únicamente los hombres de negocios los que se aprovechaban. Como ya se ha mencionado, los puestos de trabajo aumentaban a pasos agigantados, tanto en Europa como en ultramar, adonde emigraban los hombres y mujeres en cantidades enormes (véase el capítulo 11). No sabemos casi nada sobre el desempleo real, pero incluso en Europa un solo dato será decisivo. Entre 1853 y 1855 la importante subida en el precio de los cereales (el principal elemento en la bolsa de la compra) ya no produjo disturbios de gente hambrienta en ninguna parte excepto en algunas regiones muy atrasadas como en el norte de Italia (el Piamonte) y España, donde probablemente contribuyó a la revolución de 1854. Los numerosos puestos de trabajo y la disposición a conceder elevaciones temporales del salario donde era necesario, mellaron el filo del descontento popular. Para los capitalistas, empero, la abundante mano de obra que ahora había en el mercado resultaba relativamente barata.

La consecuencia política de este esplendor económico fue trascendental, porque a los gobiernos sacudidos por la revolución les proporcionó un inestimable respiro, y a la inversa, hizo naufragar las esperanzas de los revolucionarios. En una palabra, la política entró en un estado de hibernación. En Gran Bretaña desapareció el cartismo, y el hecho de que su muerte fuera más prolongada de lo que solían suponer los historiadores no modifica en absoluto su final. Incluso Ernest Jones (1819-1869), su dirigente más pertinaz, abandonó, hacia finales de la década de 1850, el intento de reavivar un movimiento independiente de las clases obreras y, al igual que hicieran la mayoría de los viejos cartistas, unió su suerte a la de aquellos que deseaban organizar a los trabajadores como grupo de presión en la izquierda radical del liberalismo. La reforma parlamentaria dejó de preocupar a los políticos británicos durante un tiempo, con lo que se vieron libres para representar sus complicados números parlamentarios. Hasta Cobden y Bright, los radicales de la clase media que consiguieron la abolición en 1846 de las leyes de cereales, eran ahora una aislada minoría en política.

Aún era más importante el respiro para las monarquías restauradas del

continente y para aquel hijo no deseado de la Revolución francesa, el Segundo Imperio de Napoleón III. Éste recibió las mayorías electorales impresionantes y genuinas que dieron color a su pretensión de ser un emperador «democrático». Para las viejas monarquías y principados el respiro supuso la disposición de tiempo para la recuperación política y la legitimación de la estabilidad y la prosperidad, que en aquellos momentos era políticamente más significativa que la legitimidad de sus dinastías. También les proporcionó ingresos sin necesidad de consultar a asambleas representativas y a otros fastidiosos intermediarios y dejaron que sus exiliados políticos se mordieran las uñas de rabia y se atacaran mutuamente de forma brutal en el impotente destierro. En el transcurso del tiempo se vieron debilitados para los asuntos internacionales, pero fuertes internamente. Hasta el imperio de los Habsburgo, que sólo por la intervención del ejército ruso había quedado restablecido en 1849, por primera y única vez en su historia era ahora capaz de administrar todos sus territorios —entre ellos el de los recalcitrantes húngaros— como un simple absolutismo burocrático centralizado.

Este período de calma llegó a su término con la depresión de 1857. Hablando en términos económicos, este suceso fue una mera interrupción de la edad de oro del crecimiento capitalista que se reanudó, a mayor escala inclusive, en la década de 1860 y que alcanzó su cima en el auge de 1871-1873. Políticamente transformó la situación. Se está de acuerdo asimismo en que defraudó las esperanzas de los revolucionarios, quienes, aun admitiendo que «las masas se iban a aletargar extraordinariamente como consecuencia de esta prolongada prosperidad»,[7] habían esperado que produciría otro 1848. Sin embargo, la política resurgió. Al poco tiempo las antiguas cuestiones de la política liberal se hallaban de nuevo en el temario: las unificaciones nacionales italiana y alemana, la reforma constitucional, las libertades civiles, etc. En tanto que la expansión económica de 1851-1857 se había producido en medio de un vacío político, prolongando la derrota y el agotamiento de 1848-1849, después de 1859 coincidió con una actividad política cada vez más intensa. Por otro lado, y aunque diversos factores externos como la guerra civil norteamericana de 1861-1865 rompieron el discurrir de la década de 1860, este período fue en el aspecto económico relativamente estable. El siguiente retroceso del ciclo comercial (que de acuerdo con la tendencia y la región ocurrió en algún momento de 1866-1868) no fue ni tan concentrado, ni tan mundial, ni tan dramático como el de 1857-1858. Resumiendo, la política resurgió en un período de expansión, pero dejó de ser la política de la revolución.

II

Si Europa hubiera vivido todavía en la era de los príncipes barrocos se hubiera llenado de mascaradas espectaculares, procesiones y óperas representando a los pies de sus gobernantes alegorías del triunfo económico y del progreso industrial. En realidad, el mundo triunfante del capitalismo contaba

con su equivalente. Los gigantescos y nuevos rituales de autocomplacencia, las grandes ferias internacionales, fueron los que iniciaron y subrayaron la era de su victoria mundial; cada uno de los certámenes se celebró en un magnífico monumento dedicado a la riqueza o al progreso técnico: el Crystal Palace, de Londres (1851), la Rotonda («más grande que la de San Pedro de Roma»), en Viena; cada uno de ellos mostraba un número creciente y variado de artículos manufacturados; todos atraían turistas locales y extranjeros en cantidades astronómicas. Catorce mil firmas exhibieron sus productos en Londres en 1851 —la moda quedaba inaugurada de forma apropiada en la patria del capitalismo—, 24.000 en París; 29.000 en Londres, en 1862; 50.000 en París, en 1867. Debido a sus pretensiones, la mayor de todas fue la que conmemoraba el centenario de Filadelfia y que se celebró en 1876 en Estados Unidos; la inauguró el presidente ante el emperador y la emperatriz del Brasil —cabezas coronadas que ahora se inclinaban habitualmente en presencia de los productos industriales— y 130.000 ciudadanos jubilosos. Eran los primeros de 10 millones que en dicha ocasión pagaron su tributo al «progreso de la época».

¿Cuáles fueron las causas de este progreso? ¿Por qué se aceleró tan espectacularmente la expansión económica en nuestro período? La pregunta debería hacerse en realidad al contrario. Lo que nos choca retrospectivamente de la primera mitad del siglo XIX es el contraste que existía entre el enorme y rápido aumento del potencial productivo de la industrialización capitalista y su incapacidad para ampliar su base, para romper los grillos que la encadenaban. Sin tener en cuenta ahora su capacidad de generar puestos de trabajo a un ritmo comparable o con salarios adecuados, la industrialización capitalista creció espectacularmente, pero se mostró incapaz de ampliar el mercado para sus productos. En cuanto a los puestos de trabajo, alecciona recordar que inclusive a finales de la década de 1840 los observadores inteligentes e informados de Alemania —en vísperas de la explosión industrial en aquel país— podían presumir aún, como hacen en las naciones subdesarrolladas, que ninguna industrialización concebible era capaz de proporcionar empleo a la vasta y creciente «población sobrante» de la clase pobre. Por esa razón las décadas de 1830 y 1840 habían sido un período de crisis. Los revolucionarios habían confiado en que fuera el final, pero los hombres de negocios habían temido que pudiera paralizarse su sistema industrial (véase *La era de la revolución*, capítulo 16).

Por dos motivos no tenían fundamento estas esperanzas o miedos. En primer lugar, y gracias a la presión de su propio capital acumulado rentable, la temprana economía industrial descubrió lo que Marx denominó su «logro supremo»: el ferrocarril. En segundo término, y en parte debido al ferrocarril, al buque de vapor y al telégrafo «que representaban finalmente los medios de comunicación adecuados a los modernos medios de producción»,[8] la extensión geográfica de la economía capitalista se pudo multiplicar a medida que aumentaba la intensidad de sus transacciones comerciales. Todo el mundo se convirtió en parte de esta economía. Probablemente, el desarrollo más significativo de nuestro período sea esta creación de un solo mundo aumentado

(véase el capítulo 3). Desde la perspectiva que le proporcionaba casi medio siglo transcurrido, H. M. Hyndman, negociante victoriano y marxista (aunque sin brillantez en ambas funciones), comparó con absoluto rigor los diez años que van de 1847 a 1857 con la era de las grandes conquistas y descubrimientos geográficos de Colón, Vasco de Gama, Cortés y Pizarro. Pese a que no se realizó ningún otro descubrimiento espectacular y a que, con excepciones relativamente pequeñas, se llevaron a cabo pocas conquistas por nuevos conquistadores militares, a efectos prácticos se añadió un mundo económico completamente nuevo al viejo y quedó integrado en él.

Esta circunstancia fue particularmente crucial para el desarrollo económico porque sirvió de base a aquel gigantesco auge exportador —en capitales y hombres— que desempeñó tan importante papel en la expansión de Gran Bretaña, todavía en aquel tiempo el mayor país capitalista. Salvo quizá en Estados Unidos, la economía de consumo masivo era aún cuestión del futuro. El mercado interior de los pobres, aun cuando no quedaba abastecido por los campesinos y los pequeños artesanos, no se consideraba todavía con grandes posibilidades para conseguir un avance económico realmente espectacular.* Desde luego que no se le conceptuaba despreciable, en un tiempo en que la población del mundo desarrollado crecía rápidamente y es probable que mejorara su nivel medio de vida (véase el capítulo 12). Con todo, era ya indispensable la enorme extensión colateral del mercado debido a los bienes de consumo y, quizá principalmente, a los bienes precisos para construir las nuevas plantas industriales, fundar empresas de transporte, establecer los servicios públicos y desarrollar las ciudades. El capitalismo tenía ahora a su disposición a todo el mundo, y la expansión del comercio internacional y de la inversión internacional mide el entusiasmo con el que se apresuró a conquistarlo. El comercio mundial entre 1800 y 1840 no se había doblado por completo. Entre 1850 y 1870 aumentó el 260 por 100. Se vendía todo lo vendible, inclusive artículos a los que los países receptores ofrecían clara resistencia, como ocurría, por ejemplo, con el opio, cuya exportación desde la India británica a China se dobló de sobra en cantidad y casi se triplicó en valor.** Hacia 1875 Gran Bretaña había invertido 1.000 millones de libras en el extranjero —tres cuartos desde 1850—, mientras que las inversiones francesas fuera de sus fronteras se multiplicaron más de diez veces entre las décadas de 1850 y 1880.

Algunos observadores contemporáneos, con los ojos puestos en aspectos menos fundamentales de la economía, casi seguramente que hubieran subrayado un tercer factor: los grandes descubrimientos de oro en California, Australia y otros lugares después de 1848 (véase el capítulo 3). Esta circunstancia multiplicó los medios de pago disponibles a la economía mundial y eliminó lo que muchos hombres de negocios consideraban como

* En tanto que las exportaciones de artículos de algodón británicos se triplicaron en cantidad entre 1850 y 1875, el consumo de algodón por el mercado británico interior aumentó simplemente unos dos tercios.[9]

** El número medio de cofres de Bengala con opio de Malwa que se exportaron anualmente en 1844-1849 fue de 43.000, y en 1869-1874 de 87.000.[10]

rigor inútil, ya que hizo disminuir los intereses y estimuló la expansión del crédito. Al cabo de los siete años la provisión de oro mundial había aumentado entre seis y siete veces, y la cantidad de monedas de oro que acuñaron Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos pasó de una media anual de 4,9 millones de libras en 1848-1849 a 28,1 millones de libras en cada uno de los años comprendidos entre 1850 y 1856. Aún hoy sigue siendo motivo de apasionado debate la función que desempeñaron los lingotes de oro en la economía mundial, debate en el que no necesitamos entrar. Probablemente, su ausencia no originó tantos inconvenientes comerciales como entonces se pensó, puesto que ya se estaban extendiendo con facilidad y aumentando a ritmo considerable otros medios de pago como, por ejemplo, los cheques —un nuevo y buen recurso—, las letras de cambio, etc. No obstante, la nueva provisión de oro fue en tres aspectos razonablemente incontrovertible.

En primer lugar contribuyó, quizá crucialmente, al origen de aquella situación algo rara que se produjo entre 1810 más o menos y el final del siglo XIX, una época de precios en ascenso o de inflación moderada, aunque fluctuante. Básicamente, la mayor parte de este siglo fue deflacionaria, debido en gran medida a la persistente tendencia de la tecnología a abaratar los productos manufacturados, y a la existencia de nuevas fuentes de alimentos y de materias primas que depreciaban (si bien con más oscilaciones) los productos primarios. La deflación a largo plazo, o sea, la presión sobre los márgenes de beneficios, no ocasionó gran extorsión a los negociantes, ya que éstos producían y vendían cantidades vastísimas. Sin embargo, hasta después del final de nuestro período no benefició gran cosa a los trabajadores, porque o bien sus costes de vida no bajaban en la misma medida o sus ingresos eran demasiado escasos para permitirles que se beneficiaran de forma significativa. Por otro lado, como la inflación elevaba indudablemente los márgenes de beneficios estimulaba también los negocios. Nuestro período fue básicamente un intercambio inflacionario en un siglo deflacionario.

En segundo lugar, la disponibilidad de lingotes de oro en grandes cantidades contribuyó a crear un sistema monetario estable y de confianza basado en la libra esterlina (ligada a una paridad del oro fija), sin el cual, y como demuestra la experiencia de las décadas de 1930 y 1970, el comercio internacional es más difícil, complejo e imprevisible. En tercer lugar, los mismos aluviones de buscadores de oro abrieron nuevas regiones, sobre todo en las costas del Pacífico, e intensificaron la actividad económica. De este modo «crearon mercados de la nada», según le dijo tristemente Engels a Marx. Y hacia mediados de la década de 1870 ni California, ni Australia ni otras zonas situadas en la nueva «frontera del mineral» eran ya insignificantes. Entre todas sumaban muy bien más de los tres millones de habitantes, con mucho más dinero en metálico disponible que otras poblaciones de envergadura comparable.

Los contemporáneos habrían, sin duda, subrayado también la contribución de otro factor más: la liberación de la empresa privada, el motor que, se-

gún acuerdo común, potenciaba el progreso de la industria. Nunca ha habido una unanimidad tan aplastante entre economistas o entre políticos y administradores inteligentes acerca de la fórmula del crecimiento económico: el liberalismo económico. Las restantes barreras institucionales que se oponían al movimiento libre de los factores de producción, a la empresa libre y a todo lo que posiblemente podía impedir su operación rentable, cayeron ante una embestida furiosa realizada a nivel mundial. Este levantamiento general de barreras resulta tan singular porque no se limitó a los estados en los que triunfaba o siquiera influía el liberalismo político. Si es posible, fue más drástico en los restaurados principados y monarquías absolutos de Europa que en Inglaterra, Francia y los Países Bajos, ya que en aquéllos quedaba todavía mucho por eliminar. El control de los gremios y las corporaciones sobre la producción artesana, que seguía siendo fuerte en Alemania, dio lugar al *Gewerbefreiheit* —libertad para iniciar y practicar cualquier actividad comercial— en Austria en 1859, y en la mayor parte de Alemania en la primera mitad de la década de 1860. Por último se estableció completamente en la Federación Alemana del Norte (1869) y en el imperio alemán, provocando el desagrado de numerosos artesanos que a partir de entonces desarrollarían una creciente hostilidad hacia el liberalismo y a su debido tiempo proporcionarían la base política a los movimientos derechistas desde la década de 1870. Suecia, que había abolido los gremios en 1846, estableció la absoluta libertad en 1864; Dinamarca abolió la vieja legislación gremial en 1849 y 1857; Rusia, cuya mayor parte jamás había conocido ningún sistema gremial, eliminó los últimos vestigios de uno en los pueblos (alemanes) de sus provincias del Báltico (1866), si bien por razones políticas siguió restringiendo el derecho de los judíos a practicar el comercio y los negocios a una zona específica, la llamada «limitación de establecimiento».

Esta liquidación legal de los períodos medieval y mercantilista no se restringió a la legislación de los oficios. Entre 1854 y 1867 las leyes contra la usura, letra muerta desde tiempo atrás, quedaron suspendidas en Gran Bretaña, Holanda, Bélgica y la Alemania del Norte. El estricto control que los gobiernos ejercían sobre la minería —incluido el funcionamiento de las minas— quedó virtualmente sin efecto, por ejemplo, en Prusia entre 1851 y 1865, de modo que, contando con el permiso gubernativo, cualquier patrón podía ya defender su derecho a explotar cualquier mineral que encontrara, así como dirigir sus operaciones según le apeteciera. De manera similar la formación de compañías de negocios (especialmente sociedades anónimas con responsabilidad limitada o su equivalente) se realizaba ahora con mucha más facilidad y disfrutaban de independencia con respecto al control burocrático. Gran Bretaña y Francia fueron las primeras, pero Alemania no estableció el registro automático de las compañías hasta 1870. La ley comercial se adaptó a la imperante atmósfera de boyante expansión de los negocios.

No obstante, en cierto sentido la tendencia más sorprendente fue el movimiento hacia la completa libertad comercial. De todos es sabido que sólo Gran Bretaña (después de 1846) abandonó de forma total el proteccionismo, aunque mantuvo las barreras arancelarias —al menos en teoría— únicamente para efectos fiscales. Sin embargo, aparte de la eliminación o reducción de las restricciones, etc., sobre las vías fluviales internacionales como, por ejemplo, el Danubio (1857) y el estrecho entre Dinamarca y Suecia, además de la simplificación del sistema monetario internacional mediante la creación de zonas monetarias mayores (por ejemplo, la Unión Monetaria Latina de Francia, Bélgica, Suiza e Italia, en 1865), una serie de «tratados de libre comercio» redujeron sustancialmente las tarifas arancelarias entre las principales naciones industriales en la década de 1860. Hasta Rusia (1863) y España (1868) se integraron en cierta medida en el movimiento. Sólo Estados Unidos, cuya industria confiaba grandemente en un mercado interior protegido y muy poco en las exportaciones, continuó siendo un baluarte del proteccionismo, y aun así se produjo allí también una ligera mejoría a principios de la década de 1870.

Podemos incluso ir un poco más lejos. En nuestro período, hasta las más atrevidas y despiadadas economías capitalistas habían dudado en confiar enteramente en el mercado libre con el que de modo teórico se hallaban comprometidos, sobre todo, en la relación entre patronos y obreros. Y ni siquiera en este terreno tan delicado se retiró ninguna obligación no económica. En Gran Bretaña se cambió la ley del «amo y el siervo», y se estableció igualdad de tratamiento para las violaciones de contrato entre ambas partes; quedó abolido el «vínculo anual» de los mineros del norte de Inglaterra, y cada vez se fue más al contrato de trabajo favorable a los obreros que podían terminarse con la mínima notificación. Pero hay algo que todavía sorprende más a primera vista: que entre 1867 y 1875 todos los significativos obstáculos legales a los sindicatos obreros y al derecho de huelga fueron abolidos con muy pocas protestas (véase el capítulo 6). Muchos otros países dudaban todavía en otorgar tal libertad a las organizaciones obreras, si bien Napoleón III suavizó de modo significativo la prohibición legal de los sindicatos. No obstante, la situación general en las naciones desarrolladas tendía ahora a ser como se la describe en la *Gewerbeordnung* alemana de 1869: «Quedan determinadas mediante contrato libre las relaciones entre quienes de manera independiente tengan un comercio o negocio y sus oficiales y aprendices». Únicamente el mercado regiría la compraventa de mano de obra, como gobernaba las demás cosas.

Es indudable que este vasto proceso de liberalización estimuló la empresa privada y que la liberalización del comercio contribuyó a la expansión económica, aunque no debemos olvidar que era innecesaria mucha liberalización formal. Ciertos tipos de libre movimiento internacional que hoy se controlan, en especial los concernientes al capital y a la mano de obra, o sea, la emigración, hacia 1848 se daban como normales en el mundo desarrollado y apenas se discutían siquiera (véase el capítulo 11). Por otro lado, la cuestión de qué parte institucional o cambios legales juegan en la promoción o el entorpecimiento del desarrollo económico es demasiado compleja para la sencilla fórmula de la mitad del siglo XIX: «la liberalización crea el progreso

económico». Inclusive antes de la abolición en Gran Bretaña de las leyes de cereales, ocurrida en 1846, había comenzado ya la era de la expansión. No hay duda de que la liberalización proporcionó toda suerte de específicos resultados positivos. Consecuentemente, Copenhague empezó a desarrollarse con mayor celeridad como ciudad cuando se suprimió el «Peaje del estrecho», que retraía a los barcos de entrar en el Báltico (1857). Mas debe quedar en el aire el interrogante respecto hasta qué punto el movimiento mundial de liberalización fue causa concomitante o consecuencia de la expansión económica. La única cosa cierta es que, cuando faltaban otras bases del desarrollo capitalista, dicho movimiento no conseguía demasiado por sí mismo. Nadie liberalizó de forma más radical que la República de Nueva Granada (Colombia) entre 1848 y 1854, pero ¿quién se iba a atrever a decir que las grandes esperanzas de prosperidad de sus estadistas se realizarían inmediatamente o algún día?

No obstante, en Europa estos cambios indicaron una profunda y asombrosa confianza en el liberalismo económico que, pese a todo, pareció estar justificado para una generación. Dentro de cada país esto no sorprendió demasiado, puesto que la libre empresa capitalista floreció claramente de forma impresionante. Después de todo, incluso la libertad de contratación para los obreros, además de la tolerancia de sindicatos obreros tan fuertes que se podían establecer mediante el absoluto poder de negociación de sus trabajadores, apenas daban la impresión de amenazar la rentabilidad, puesto que el «ejército de reserva del trabajo» (según lo llamaba Marx), compuesto principalmente de masas de campesinos, ex artesanos y otros que se trasladaban a las ciudades y regiones industriales, parecían mantener los salarios a un nivel satisfactoriamente modesto (véanse los capítulos 11 y 12). El entusiasmo por el libre comercio internacional es en primer lugar más sorprendente, salvo entre los británicos, para quienes significaba en primer término que se les permitía vender libremente a bajo precio en todos los mercados del mundo, y en segundo lugar, que ellos estimulaban a los países subdesarrollados para que les vendieran, a precios económicos y en grandes cantidades, sus productos, sobre todo alimentos y materias primas, y de este modo podían ingresar el dinero con el que comprar las manufacturas británicas.

Pero ¿por qué los rivales de Gran Bretaña, con la excepción de Estados Unidos, aceptaron este acuerdo evidentemente desfavorable? (En cambio resultaba muy atractivo para los países subdesarrollados que no buscaban en absoluto la competencia industrial: por ejemplo, los estados sureños de Estados Unidos estaban contentísimos con tener un mercado ilimitado para su algodón en Gran Bretaña, y por lo mismo siguieron muy ligados al libre comercio hasta que fueron conquistados por el Norte.) Es decir demasiado que el libre comercio internacional progresó porque, en este breve período, la utopía liberal entusiasmaba de modo genuino hasta a los gobiernos, aunque sólo fuera con la fuerza de lo que ellos consideraban como su histórica inevitabilidad; sin embargo, no existe duda de que en ellos influyeron los argumentos económicos que parecían tener casi la fuerza de las leyes naturales.

La convicción intelectual, empero, es pocas veces más poderosa que el propio interés. Con todo, lo cierto es que la mayoría de las economías industrializadas vieron durante este período dos ventajas en el libre comercio. En primer lugar, la expansión general del comercio mundial, que fue realmente espectacular en comparación con el período anterior a la década de 1840, ya que, si bien benefició de manera desproporcionada a los británicos, resultó ventajosa para todos. Evidentemente era deseable tanto un gran comercio exportador sin trabas como un abastecimiento abundante y sin estorbos de comestibles y materias primas que se conseguiría donde fuese preciso con importaciones. Y aunque afectara adversamente a determinados intereses, a otros, sin embargo, les convenía la liberalización. En segundo lugar, y cualquiera que fuese la futura rivalidad que existiera entre las economías capitalistas, en esta etapa de la industrialización iba a ser muy útil para Gran Bretaña la ventaja de contar con el equipo adecuado, los recursos y el conocimiento de cómo llevarlo a término. Puesto que basta un ejemplo para demostrarlo, consideremos el cuadro siguiente:

Exportaciones británicas de hierro, acero y maquinaria para ferrocarril (totales quinquenales: miles de toneladas)[11]

	Hierro y acero de carril	Maquinaria	
1845-1849	1.291	4,9	(1846-1850)
1850-1854	2.846	8,6	
1856-1860	2.333	17,7	
1861-1865	2.067	22,7	
1866-1870	3.089	24,9	
1870-1875	4.040	44,1	

El hierro y la maquinaria de ferrocarril, que fueron exportados en grandes cantidades desde Gran Bretaña, no imposibilitaron la industrialización de otros países, sino que la facilitó.

III

Consecuentemente, la economía capitalista recibió de forma simultánea (lo que no quiere decir de modo accidental) una serie de estímulos poderosísimos. ¿Cuál fue el resultado? La expansión económica se mide de manera más adecuada con estadísticas y sus medidas más características en el siglo XIX son los caballos de vapor (ya que el motor de vapor era *la* forma típica de potencia) y los productos asociados de carbón y hierro. La mitad del siglo XIX fue sobre todo la época del humo y el vapor. Durante mucho tiempo la producción de carbón se había medido en millones de toneladas,

pero ahora se hacía preciso contarla por decenas de millones en cada país, y por cientos de millones en todo el mundo. Aproximadamente la mitad de dicha producción —y algo más al comienzo de nuestro período— procedía de Gran Bretaña, sin duda el productor mayor y sin comparación posible. La producción de hierro en Gran Bretaña había alcanzado cifras de millones en la década de 1830 (en 1850 llegó a los 2,5 millones de toneladas), cantidades no conseguidas en ninguna otra parte. Sin embargo, en 1870, Francia, Alemania y Estados Unidos produjeron, cada uno por separado, entre 1 y 2 millones de toneladas, si bien Gran Bretaña, todavía el «taller del mundo», continuó destacada en cabeza con casi 6 millones de toneladas, o alrededor de la mitad de la producción mundial. A lo largo de estos veinte años la producción mundial de carbón se multiplicó por unas dos veces y media, y la producción mundial de hierro por unas cuatro veces. La potencia de vapor total, empero, se multiplicó por cuatro veces y media, ya que de los 4 millones de caballos de vapor de 1850 se pasó a los 18,5 millones en 1870.

Estos datos, escuetos, indican poco más aparte de que la industrialización progresaba. El hecho significativo es que su progreso era ahora geográficamente mucho más amplio, aunque también muy desigual. La difusión de los ferrocarriles, y en menor medida de los barcos de vapor, estaba introduciendo la potencia mecánica en todos los continentes y en países inclusive no industrializados. El advenimiento del ferrocarril (véase el capítulo 3) fue en sí mismo un símbolo y un logro revolucionarios, ya que la transformación mundial en una sola economía interactiva fue en muchos sentidos el aspecto más logrado y desde luego el más espectacular de la industrialización. Sin embargo, el «motor fijo» hacía espectaculares progresos en la fábrica, la mina o la fundición. En Suiza, donde no habían más que 34 de dichos motores en 1850, contaban con casi un millar en 1870. En Austria el número ascendió de los 671 de 1852 a los 9.160 de 1875, con un aumento en caballos de vapor de más de quince veces. (En comparación, un país europeo realmente atrasado como Portugal tenía aún en 1873 sólo 70 motores con un total de 1.200 CV.) La potencia total de vapor de Holanda se multiplicó por trece.

Por otro lado, existían regiones industriales menores y algunas economías industriales europeas, como la sueca, que apenas habían empezado la industrialización masiva. No obstante, el hecho más significativo era el desarrollo desigual de los centros mayores. Al principio de nuestro período Gran Bretaña y Bélgica eran los únicos países en donde la industria se había desarrollado intensamente, y ambos continuaron con la más elevada industrialización per cápita. Su consumo de hierro por habitante en 1850 fue de 77 kg y 41 kg, respectivamente, en tanto que en Estados Unidos fue de 26 kg; en Francia, de 17 kg, y en Alemania, de 13 kg. Bélgica era una economía pequeña, aunque relativamente importante: en 1873 todavía producía alrededor de un 50 por 100 de hierro más que Francia, su vecina mucho mayor. Desde luego que Gran Bretaña era el país industrial por excelencia y, como hemos visto, se las arreglaba para mantener su posición relativa, si bien su potencia

de vapor productiva había empezado a rezagarse gravemente. Mientras que en 1850 contaba aún con más de un tercio de la potencia de motor mundial (de «motores fijos»), en 1870 tenía menos de un cuarto: 900.000 CV de un total de 4,1 millones. En cantidades absolutas, Estados Unidos eran un poco mayores en 1850 y dejaron muy atrás a Gran Bretaña en 1870 con más del doble de potencia de motor que el viejo país, pero la expansión industrial norteamericana, aunque extraordinaria, parecía menos asombrosa que la de Alemania. La potencia de vapor fija de esta nación había sido muy modesta en 1850: en total unos 40.000 CV, mucho menos que el 10 por 100 de la británica. En 1870, sin embargo, era de 900.000 CV o aproximadamente los mismos que los británicos, distanciándose incidentalmente de Francia, que había sido mucho mayor en 1850 (67.000 CV), pero que no llegó a más de los 341.000 en 1870, más de dos veces menos que Bélgica.

La industrialización de Alemania fue un hecho histórico importante. Aparte de su significación económica, sus implicaciones políticas fueron de gran alcance. En 1850 la Federación Alemana tenía aproximadamente los mismos habitantes que Francia, pero contaba con una capacidad industrial incomparablemente menor. En 1871 el imperio unido alemán era algo más populoso que Francia, pero su poder industrial era mucho mayor. Y como ahora la potencia política y militar se basaban cada vez más en el potencial industrial, la capacidad tecnológica y la pericia, las consecuencias políticas del desarrollo industrial eran más importantes que anteriormente. Esto lo demostraron las guerras de la década de 1860 (véase el capítulo 4). A partir de entonces ningún estado pudo mantener su sitio en el club de los «grandes poderes» sin el mencionado desarrollo industrial.

Los productos característicos de la época eran el hierro y el carbón, y su símbolo más espectacular, el ferrocarril, combinaba ambos. En comparación, los artículos textiles, el producto más típico de la primera fase de la industrialización, se desarrollaron menos. El consumo de algodón durante la década de 1850 fue alrededor de un 60 por 100 más elevado que en la de 1840, permaneció prácticamente estático durante los años sesenta (debido a que la guerra civil norteamericana paró la industria) y aumentó un 50 por 100 más o menos en la década de 1870. La producción de lana a lo largo de la década de 1870 fue aproximadamente el doble de la de los años cuarenta. Sin embargo, la producción de carbón y de hierro en barras se multiplicó por cinco, en tanto que por vez primera se hacía posible la producción masiva de acero. En realidad, a lo largo de este período las innovaciones tecnológicas en la industria del hierro y el acero desempeñaron una función análoga a la de las innovaciones textiles de la época anterior. En el continente (con la única excepción de Bélgica, en donde seguía predominando), el carbón de piedra reemplazó al carbón vegetal como combustible principal en la fundición durante la década de 1850. Los nuevos procedimientos que surgían por todas partes —el convertidor de Bessemer (1856), el horno regenerativo de Siemens-Martin (1864)— posibilitaban la manufacturación de acero barato, que sustituía casi definitivamente al hierro forjado. No obstante, su importancia radica en el futuro. En 1870 sólo

el 15 por 100 del hierro terminado que produjo Alemania, salía en forma de acero, menos del 10 por 100 del que se fabricaba en Gran Bretaña. Nuestro período no era todavía una época de acero, ni siquiera en lo que se refiere a armamentos, que fueron los que proporcionaron al nuevo material un impulso significativo. Fue una edad de hierro.

Con todo, y aunque posibilitó la tecnología revolucionaria del futuro, la nueva «industria pesada» no fue particularmente revolucionaria, salvo quizás en la escala. Hablando en términos generales, la revolución industrial hasta los años setenta aún se movía a impulsos de las innovaciones técnicas de 1760-1840. No obstante, las décadas centrales del siglo desarrollaron los tipos de industria basados en una tecnología bastante más revolucionaria: la química y la eléctrica, ésta en lo relativo a las comunicaciones.

Con pocas excepciones, las principales invenciones técnicas de la primera fase industrial no requirieron un gran conocimiento científico avanzado. Afortunadamente para Gran Bretaña, tales inventos habían estado al alcance de hombres prácticos con experiencia y sentido común como George Stephenson, el gran constructor del ferrocarril. Pero a partir de la mitad del siglo esta situación empezó a cambiar. La telegrafía fue estrechamente ligada a la ciencia académica a través de hombres como C. Wheatstone (1802-1875), de Londres, y William Thompson (lord Kelvin) (1824-1907), de Glasgow. Aunque su primer producto (el color malva) no recibió el beneplácito universal desde el punto de vista estético, la industria artificial de los colorantes, un triunfo de la síntesis química masiva, pasó del laboratorio a la fábrica. Lo mismo ocurrió con los explosivos y la fotografía. Por lo menos una de las innovaciones cruciales en la producción de acero, el proceso «básico» de Gilchrist-Thomas, surgió de la educación superior. Como evidencian las novelas de Julio Verne (1828-1905), el profesor se convirtió en un personaje industrial mucho más significativo que en épocas pasadas: los productores de vino de Francia, ¿no recurrieron al gran L. Pasteur (1822-1895) para que les resolviera un problema difícil? (véase el capítulo 14). Por otro lado, el laboratorio investigador era ahora parte integral del desarrollo industrial. En Europa se hallaba ligado a universidades o instituciones similares —el de Ernst Abbe, en Jena, desarrolló realmente los famosos trabajos de Zeiss—, pero en Estados Unidos el laboratorio puramente comercial había aparecido ya como consecuencia de las compañías telegráficas. Y pronto lo iba a hacer famoso Thomas Alva Edison (1847-1931).

La entrada de la ciencia en la industria tuvo una consecuencia significativa: en lo sucesivo el sistema educativo sería cada vez más decisivo para el desarrollo industrial. Gran Bretaña y Bélgica, pioneras de la primera fase industrial, no contaban con los pueblos más cultos y sus sistemas de educación tecnológica y superior (si exceptuamos la escocesa) estaban muy lejos de ser competentes. A partir de ahora, al país que le faltara una educación general y adecuadas instituciones educativas superiores le sería casi imposible convertirse en una economía «moderna»; y, al contrario, a los países pobres y

atrasados que dispusieran de un buen sistema educativo les sería más fácil desarrollarse, como, por ejemplo, Suecia.*

Es evidente el valor práctico de una buena educación primaria para tecnologías con base científica, tanto económicas como militares. Entre las razones por las que los prusianos derrotaron con tanta facilidad a los franceses en 1870-1871 no es la menor la superior cultura de los soldados prusianos. Por otro lado, lo que el desarrollo económico precisaba a niveles más elevados no era tanto la originalidad y la sofisticación científica —que podían tomarse prestadas— como la capacidad para captar y manipular la ciencia: el «desarrollo» más que la investigación. Las universidades y las academias técnicas norteamericanas que no contaban con el renombre de —digamos— Cambridge o la Polytechnique, eran superiores económicamente a las británicas porque proporcionaban a los ingenieros una educación sistemática que todavía no existía en el viejo país.** Eran asimismo superiores a las francesas, porque de sus aulas salían promociones de ingenieros de grado adecuado en vez de formar a unos pocos de excelente inteligencia y bien preparados. En este aspecto los alemanes confiaban en sus magníficas escuelas secundarias en lugar de en sus universidades, y en la década de 1850 iniciaron la *Realschule*, escuela secundaria de orientación técnica y moderna. Cuando en 1867 se pidió a los «educadísimos» industriales de Renania que contribuyeran a la celebración del cincuenta aniversario de la Universidad de Bonn, todas menos una de las catorce ciudades industriales consideraron la renuncia debido a que «los eminentes industriales locales no habían recibido una educación académica (*wissenschaftlich*) superior en las universidades, ni hasta entonces se la habían proporcionado a sus hijos».[13]

Con todo, la tecnología tenía base científica y es de notar lo rápida y ampliamente que se adoptaron las innovaciones de unos pocos pioneros científicos, siempre que pensaban en términos de fácil transformación en maquinaria. Por esa causa nuevas materias primas, que con frecuencia sólo se encontraban fuera de Europa, adquirieron una importancia que únicamente estaría clara en el período posterior del imperialismo.*** Por eso el petróleo, que ya había atraído la atención de los ingenieros yanquis y lo utilizaban como combustible

* Analfabetismo en determinados países europeos (varones, en porcentajes).[12]

Inglaterra	(1875) *a*	17	Suecia	(1875) *b*	1
Francia	(1875) *b*	18	Dinamarca	(1859-1860) *b*	3
Bélgica	(1875) *b*	23	Italia	(1875) *b*	52
Escocia	(1875) *b*	9	Austria	(1875) *b*	42
Suiza	(1879) *b*	6	Rusia	(1875) *b*	79
Alemania	(1875) *b*	2	España	(1877) *b*	63

a Novios analfabetos; *b* reclutas analfabetos.

** Hasta 1898 la única forma de entrar en la ingeniería británica era mediante el aprendizaje.

*** También tuvieron gran esplendor los depósitos europeos de materias primas químicas. Así los depósitos alemanes de potasa produjeron 58.000 toneladas en 1861-1865, 455.000 toneladas en 1871-1875 y más de 1 millón de toneladas en 1881-1885.

para lámparas, con procedimientos químicos adquirió rápidamente nuevos usos. En 1859 se habían producido solamente 2.000 barriles, pero en 1874 casi 11 millones de barriles (extraídos sobre todo en Pennsylvania y Nueva York) facilitaron ya a John D. Rockefeller (1839-1937) el establecimiento de un control completo sobre la nueva industria mediante el control de su transporte a través de su Standard Oil Company.

No obstante, estas innovaciones parecen ser ahora más significativas de lo que lo fueron en su tiempo. Después de todo, a finales de la década de 1860 un experto creía aún que los únicos metales que tenían futuro económico eran los que conocían los antiguos, es decir, el hierro, el cobre, el estaño, el plomo, el mercurio, el oro y la plata. En cambio, sostenía que el manganeso, el níquel, el cobalto y el aluminio «no parecen destinados a desempeñar una función tan importante como sus mayores».[14] Fue sin duda notable el aumento de las importaciones de caucho a Gran Bretaña, ya que de los 385.000 kg de 1850 se pasó a los 8 millones de 1876, pero inclusive estas cantidades eran insignificantes comparadas con las cifras de veinte años más tarde. Este material —que aún se recogía predominantemente en bruto en América del Sur— se empleaba principalmente para impermeables y elásticos. En 1876 existían exactamente 200 teléfonos funcionando en Europa y 380 en Estados Unidos, y en la Feria Internacional de Viena causó sensación el funcionamiento por electricidad de una bomba. Echando la vista atrás podemos ver que el despegue decisivo se hallaba muy cerca: el mundo estaba a punto de entrar en la era de la luz y la potencia eléctrica, del acero y de las rápidas aleaciones con acero, del teléfono y el fonógrafo, de las turbinas y del motor de combustión interna. Sin embargo, hacia mediados de la década de 1870 todavía no se había entrado en la citada era.

Aparte de las bases científicas ya mencionadas, la mayor innovación industrial fue probablemente la producción en serie de maquinaria que se había construido en realidad con métodos de artesanía, como locomotoras y barcos que aún siguieron fabricándose así. La mayor parte de los progresos en la producción en serie de ingeniería procedía de Estados Unidos, donde se había inventado el revólver Colt, el rifle Winchester, el reloj producido en serie, la máquina de coser y (debido a los mataderos de Cincinnati y Chicago en la década de 1860) la moderna cadena de montaje, esto es, el transporte del objeto de producción de una operación a otra. La esencia de la máquina productora de máquinas (que implicaba el desarrollo de las modernas herramientas automáticas o semiautomáticas) era que se la necesitaba en cantidades estandarizadas mucho mayores que a cualquier otra máquina, es decir, por individuos y no por firmas o instituciones. En 1875 quizá habría en el mundo 62.000 locomotoras, pero ¿qué era esta cifra comparada con los 400.000 relojes de latón producidos en serie en Estados Unidos en un solo año (1855), y con los rifles que precisaban los tres millones de soldados federales y confederados que movilizó la guerra civil norteamericana entre 1861 y 1865? De ahí que los artículos con más probabilidad de producción en serie fueran aquellos que podían ser utilizados por grandes cantidades de productores pequeños

como granjeros y costureras (la máquina de coser), en oficinas (la máquina de escribir), artículos de consumo como relojes de pulsera, pero especialmente armas pequeñas y municiones de guerra. Tales productos seguían siendo algo especializados y no comunes. Aunque preocupaban a los europeos inteligentes que ya habían notado en la década de 1860 la superioridad tecnológica de Estados Unidos en la producción en serie, no inquietaban todavía a los «hombres prácticos», que simplemente pensaban que los norteamericanos no tendrían que molestarse en inventar máquinas para producir artículos inferiores, si ya tenían a mano una serie de artesanos diestros y versátiles como los europeos. Después de todo, ¿no pretendía un funcionario francés a principios de la década de 1900 que mientras Francia no pudiera competir con otros países en la industria de producción en serie, sí que podía afirmarse en la industria en donde la inventiva y la habilidad artesana eran decisivas: la manufacturación de automóviles?

IV

El negociante que a principios de la década de 1870 echaba una ojeada a su alrededor podía, por tanto, mostrar confianza, cuando no complacencia. Pero ¿estaba justificada? Porque si bien continuó e incluso se aceleró la gigantesca expansión de la economía mundial, asentada ahora firmemente en la industrialización en diversos países y en una densa y total riada de artículos, capitales y hombres, el efecto de las específicas inyecciones de energía que había recibido durante la década de 1840 no perduraba. El Nuevo Mundo abierto a la empresa capitalista seguiría creciendo, pero ya no sería absolutamente nuevo. (En efecto, en cuanto productos tales como el grano y el trigo de las praderas y pampas americanas y de las estepas rusas empezaban a inundar el viejo mundo, según sucedió en las décadas de 1870 y 1880, desbarataban e inquietaban la agricultura de las naciones viejas y nuevas.) Durante una generación continuaría la construcción de los ferrocarriles del mundo. Pero ¿qué ocurriría cuando esa construcción fuera menos universal porque la mayoría de las líneas ferroviarias se hubieran terminado? El potencial tecnológico de la primera revolución industrial, la revolución británica del algodón, el carbón, el hierro y los motores de vapor, parecía ser vastísimo. Además, antes de 1848 apenas se había explotado fuera de Gran Bretaña y sólo de modo incompleto dentro de dicha nación. Se podría perdonar a una generación el que comenzara a explotar más adecuadamente este potencial y lo considerara inacabable. Mas no lo era, y en la década de 1870 ya fueron visibles los límites de este tipo de tecnología. ¿Qué pasaría si se dejaba exhausto?

A medida que el mundo entraba en la década de 1870 estas pesimistas reflexiones parecían ser absurdas. Sin embargo, y como se descubrió más tarde, el proceso de expansión era curiosamente catastrófico. A los auges astronómicos les sucedían agudas depresiones de cada vez mayor amplitud mundial y en

ocasiones dramáticas; y todo ello hasta que los precios caían lo bastante como para que quedaran vacíos los mercados abarrotados y aclarados los motivos de la quiebra de las empresas, hasta que los hombres de negocios empezaban a invertir y a extenderse para renovar el ciclo. En 1860, después de la primera de estas depresiones mundiales (véase p. 78), la economía académica, en la persona del brillante doctor francés Clement Juglar (1818-1905), reconoció y calculó la periodicidad de este «ciclo comercial» que hasta entonces únicamente habían considerado los socialistas y otros grupos heterodoxos. Así pues, aunque estas interrupciones eran dramáticas para la expansión, también eran temporales. Entre los hombres de negocios jamás había sido la euforia tan grande como a principios de la década de 1870, los famosos *Gründerjahre* (los años de la promoción de las compañías) en Alemania, la era en que los proyectos más absurdos y claramente fraudulentos de una compañía encontraban dinero ilimitado para ir adelante. Eran los días en que, según un periodista vienés, «se fundaban las compañías para transportar la aurora boreal en tuberías hasta St. Stephen's Square y para conseguir ventas masivas de nuestras cremas de calzado entre los nativos de las islas del Mar del Sur».[15]

Entonces se produjo el colapso. Hasta para el paladar de un período al que le gustaban las elevadas alturas y los subidos colores de sus auges económicos, resultaba demasiado dramático: 39.000 km de ferrocarril norteamericano quedaron paralizados por la quiebra, los valores alemanes bajaron alrededor de un 60 por 100 entre la cumbre del esplendor económico y 1877, y —lo que es peor— pararon casi la mitad de los altos hornos de los principales países productores de hierro. El aluvión de emigrantes al Nuevo Mundo se quedó en riachuelo. Cada año de los comprendidos entre 1865 y 1873 arribaban al puerto de Nueva York más de 200.000 emigrantes, pero en 1877 sólo llegaron 63.000. Además, y al contrario de lo ocurrido con las anteriores depresiones del gran auge secular, ésta no parecía tener fin. Nada menos que en 1889 un estudio alemán que se calificaba a sí mismo de «introducción a los estudios económicos para funcionarios y negociantes» observaba que «desde el colapso de la bolsa de 1873..., la palabra "crisis", con sólo breves interrupciones, ha estado constantemente en la mente de todos».[16] Y esto se decía en Alemania, el país cuyo crecimiento económico a lo largo de este período siguió siendo muy espectacular. Los historiadores han puesto en duda la existencia de lo que se ha llamado la «Gran Depresión» de 1873 a 1896, y, desde luego, no fue ni mucho menos tan dramática como la de 1929 a 1934, cuando la economía del mundo capitalista casi se detuvo por completo. Sin embargo, a los contemporáneos no les cabía la menor duda de que al gran auge le había sucedido la gran depresión.

Una nueva era histórica, política y económica se abre con la depresión de la década de 1870. Aunque se halla fuera de los límites de este volumen, podemos indicar de pasada que minó o destruyó los fundamentos del liberalismo de mediados del siglo XIX que parecían estar tan firmemente establecidos. El período comprendido entre el final de la década de 1840 y mediados de la de 1870 demostró que, al contrario de lo que sostenía la sabiduría convencional de la época, no era tanto el modelo del crecimiento económico, el desarrollo político, el progreso intelectual y el logro cultural que persistiría —sin duda con adecuadas mejoras— en el indefinido futuro, sino más bien un tipo especial de intermedio. Con todo, sus consecuciones fueron impresionantes. En esta era industrial el capitalismo se convirtió en una economía genuinamente mundial y por lo mismo el globo se transformó de expresión geográfica en constante realidad operativa. En lo sucesivo la historia sería historia del mundo.

3. LA UNIFICACIÓN DEL MUNDO

Mediante el rápido mejoramiento de todos los instrumentos de producción y los inmensos medios de comunicación facilitados, la burguesía conduce a todas las naciones, incluso a las más bárbaras, a la civilización ... En una palabra, crea un mundo a su propia imagen.

K. MARX y F. ENGELS, 1848[1]

Como quiera que el comercio, la educación y la rápida transición del pensamiento y la materia lo han cambiado todo mediante el telégrafo y el vapor, creo más bien que el gran Hacedor está preparando el mundo para que sea una nación, hable un idioma y sea una perfección completa que haga innecesarios los ejércitos y las armas.

Presidente ULYSSES S. GRANT, 1873[2]

—Tenías que haber oído todo lo que dijo... Yo viviría en una montaña e iría a Egipto o a América.

—Bueno, ¿y qué? —observó fríamente Stolz—. Puedes ponerte en Egipto en una quincena y en América en tres semanas.

—¿Y quién diablos va a América o Egipto? Los ingleses, pero así es como los hizo el Señor Dios, y además no tienen dónde vivir en su tierra. Pero ¿quién de nosotros pensaría en irse? Algún desesperado quizás, que aprecia poco su vida.

I. GONCHAROV, 1859[3]

I

Cuando escribimos la «historia del mundo» de los períodos primitivos estamos, en realidad, añadiendo algo a las historias de las diversas partes del globo. Sin embargo, a menos que los habitantes de una región hayan conquistado o colonizado otra, como hicieron los europeos del oeste con el continente americano, entre esas diversas partes del globo no hubo más que un simple conocimiento mutuo o contactos marginales y superficiales. Es perfectamente posible escribir la historia primitiva de África con sólo una referencia casual al Lejano Oriente, escasa mención a Europa (aparte de su cos-

ta occidental y el cabo de Buena Esperanza), y una constante referencia al mundo islámico. Hasta el siglo XVIII, lo que ocurrió en China no tuvo ninguna importancia para los gobernantes políticos de Europa aparte de los rusos, si bien fue relevante para algunos de sus grupos especializados de comerciantes. Lo que sucedió en Japón no importó a nadie excepto al puñado de negociantes holandeses que contaron con el permiso para establecerse en aquella nación entre los siglos XVI y mitad del XIX. En cambio, para el imperio celeste, Europa era simplemente una región de bárbaros extranjeros que, por fortuna, se hallaba lo suficientemente lejana como para no crearles el problema de tener que demostrar el preciso grado de su indudable subordinación al emperador, si bien originaba ciertas dificultades menores de administración a los oficiales que estaban al mando de algunos puertos. Por ese motivo, e inclusive en regiones en donde existía una interacción significativa, se pasaban muchas cosas por alto sin ningún inconveniente. ¿Qué consecuencias podía tener para alguien de la Europa occidental —comerciantes o estadistas— lo que estaba ocurriendo en las montañas y valles de Macedonia? Si un cataclismo natural se hubiera tragado por completo a Libia, ¿qué hubiera afectado eso realmente a nadie, incluso dentro del imperio otomano al que técnicamente pertenecía o entre los comerciantes levantinos de diversas naciones?

La falta de interdependencia de las diversas partes del mundo no fue simplemente cuestión de ignorancia, si bien fuera de la región correspondiente, y con frecuencia dentro de ella, la ignorancia del «interior» siguió siendo, desde luego, considerable. Hasta en 1848, e inclusive en los mejores mapas de Europa, había grandes áreas de los diversos continentes marcadas en blanco, sobre todo en África, Asia central, el interior del sur y áreas del norte de América y Australia, sin contar los casi totalmente inexplorados polos ártico y antártico. Los mapas que podían haber dibujado otros cartógrafos hubieran mostrado, sin duda, mayores espacios de lo desconocido; porque, si en comparación con los europeos, los funcionarios de China o los incultos exploradores, comerciantes y *coureurs de bois* de cada interior continental sabían bastante más sobre algunas zonas, fueran éstas grandes o pequeñas, la suma total de su conocimiento geográfico era mucho más exiguo. En cualquier caso, la mera adición aritmética de todo cuanto cualquier experto sabía acerca del mundo era un ejercicio puramente académico. Por lo general nada era aprovechable: en realidad, ni siquiera en términos de conocimiento geográfico había *un* solo mundo.

Más que una causa de la falta de unidad del mundo, la ignorancia podía considerarse un síntoma. Reflejaba la ausencia de relaciones diplomáticas, políticas y administrativas, que eran realmente muy limitadas,* y la debilidad de los lazos económicos. Verdad es que ya llevaba tiempo desarrollándose el «mercado mundial», precondición crucial y característica de la sociedad ca-

* El *Almanach de Gotha*, biblia de la referencia política, genealógica y diplomática de Europa, aunque recogía con cuidado lo poco que se sabía acerca de las ex colonias que ahora eran repúblicas americanas, no incluyó a Persia antes de 1859, a China antes de 1861, a Japón antes de 1863, a Liberia antes de 1868 y a Marruecos antes de 1871. Siam entró nada menos que en 1880.

pitalista. Entre 1720 y 1780 el comercio internacional* había doblado de sobra su valor. En el período de la doble revolución (1780-1840) se multiplicó por más de tres veces, si bien este crecimiento sustancial fue modesto comparado con los patrones de nuestro período. Hacia 1870 el valor del comercio extranjero para cada ciudadano del Reino Unido, Francia, Alemania, Austria y Escandinavia era entre cuatro y cinco veces lo que había sido en 1830, para cada holandés y belga alrededor de tres veces, e incluso para cada ciudadano de Estados Unidos —país que daba una importancia marginal al comercio extranjero— más del doble. Durante la década de 1870, y en comparación con los 20 millones de 1840, entre las mayores naciones se intercambió una cantidad anual de unos 88 millones de toneladas de mercancías transportadas por mar. Algunos detalles: cruzaron los mares 31 millones de toneladas de carbón, en comparación con 1,4 millones; 11,2 millones de toneladas de grano, frente a menos de 2 millones; 6 millones de toneladas de hierro, en comparación con 1 millón; inclusive, y anticipándose al siglo XX, 1,4 millones de toneladas de petróleo, mercancía desconocida para el comercio marítimo en 1840.

Conozcamos ahora con más precisión la red de intercambios económicos que existía entre regiones del mundo remotas. Las exportaciones británicas a Turquía y el Oriente Medio aumentaron de 3,5 millones de libras en 1848 a casi 16 millones en 1870; a Asia, de 7 millones a 41 millones (1875); a la América Central y del Sur, de 6 millones a 25 millones (1872); a la India, de alrededor de 5 millones a 24 millones (1875); a Australia, de 1,5 millones a casi 20 millones (1875). Resumiendo, en aproximadamente treinta y cinco años el valor de los intercambios entre la economía más industrializada y las regiones más lejanas o atrasadas del mundo se multiplicó por unas seis veces. Aunque, en comparación con los actuales patrones, estas cifras no son, desde luego, muy impresionantes, en conjunto sobrepasaron todo lo previsto. La red que ataba a las diversas regiones del mundo se estrechaba visiblemente.

En realidad resulta ser una cuestión compleja la forma en que el proceso continuo de exploración, que llenó de modo gradual los espacios vacíos de los mapas, se vinculó con el desarrollo del mercado mundial. Además de ser un derivado de la política exterior, en el conjunto participó también el entusiasmo misionero, la curiosidad científica y, hacia el final de nuestro período, la empresa periodística y publicitaria. Y, desde luego, ninguna de las figuras que citaremos a continuación ignoraba o podía ignorar la dimensión económica de sus viajes: J. Richardson (1787-1865), H. Barth (1821-1865) y A. Overweg (1822-1852), a quienes el Foreign Office británico envió a explorar el África central en 1849; el gran David Livingstone (1813-1873), quien recorrió el corazón de lo que aún se conocía como «el oscuro continente» de 1840 a 1873 por cuenta del cristianismo calvinista; Henry Morton Stanley (1841-1904), periodista del *New York Herald*, que fue a descubrir sus contornos; S. W. Baker (1821-1892) y J. H. Speke (1827-1864), cuyos intereses fueron más puramente geográficos o aventureros. Un monseñor francés con intenciones misioneras lo expresó así:

* Es decir, la suma total de todas las exportaciones e importaciones de todos los países al alcance de las estadísticas económicas europeas en este período.

> El buen Señor no necesita a los hombres, y la extensión del Evangelio se consigue sin ninguna ayuda humana; sin embargo, para el comercio europeo sería glorioso el prestar su colaboración en la tarea de derribar las barreras que se interponen en el camino de la evangelización...[4]

Explorar no sólo significaba conocer, sino desarrollar, llevar la luz de la civilización y el progreso a lo ignoto, a lo que por definición era atrasado y bárbaro; significaba vestir la inmoralidad de la salvaje desnudez con camisas y pantalones que una benéfica providencia fabricaba en Bolton y Roubaix, e introducir los artículos de Birmingham que en su promoción arrastraban inevitablemente a la civilización.

En efecto, los «exploradores» de mediados del siglo XIX fueron simplemente un subgrupo bien lanzado en el aspecto publicitario, pero de escasa importancia numérica perteneciente a una asociación muy grande de hombres que abrieron el mundo al conocimiento. Eran aquellos que recorrían zonas en las que el desarrollo y el beneficio económico no eran aún lo suficientemente activos como para reemplazar al «explorador» por el comerciante (europeo), el buscador de minerales, el topógrafo, el constructor del ferrocarril y el telégrafo y, finalmente, siempre que el clima fuera bueno, el colonizador blanco. Los «exploradores» dominaron la cartografía del interior de África porque dicho continente no tuvo ventajas económicas muy claras para Occidente entre la abolición del comercio de esclavos del Atlántico y el descubrimiento, por un lado, de piedras y metales preciosos (en el sur), y por otro, del valor económico de ciertos productos primarios que sólo crecían o se podían cultivar en climas tropicales, artículos que, además, aún no podían obtenerse mediante la producción sintética. Nada era aún de gran significado o nada fue incluso prometedor hasta la década de 1870, aunque parezca inconcebible el hecho de que un continente tan grande y tan poco aprovechado dejara de ofrecer, más pronto o más tarde, la perspectiva de ser una fuente de riqueza y beneficio. (Sin embargo, y este dato era cualquier cosa menos prometedor, las exportaciones británicas al África subsahariana aumentaron de unos 1,5 millones de libras hacia el final de la década de 1840, a unos 5 millones en 1871, y se doblaron en la década de 1870 hasta llegar a los 10 millones a principios de la de 1880.) Los «exploradores» dominaron asimismo las llanuras de Australia, ya que el desierto interior era vasto, se hallaba vacío, y hasta mediados del siglo XX estuvo falto de recursos evidentes para la explotación económica. Por otra parte, cesó el interés de los «exportadores» por los océanos del mundo, a excepción del Ártico; el Antártico preocupó poco durante nuestro período.* No obstan-

* El estímulo era grandemente económico: se trataba de encontrar un paso practicable en dirección noroeste y noreste para la navegación desde el Atlántico al Pacífico, el cual, como los vuelos transpolares de nuestros días, ahorraría mucho tiempo y consecuentemente dinero. Durante este período no persistió demasiado la búsqueda del actual polo norte.

te, la vasta extensión del transporte marítimo y en especial la colocación de los grandes cables submarinos, llevaban implícito mucho de lo que adecuadamente puede denominarse exploración.

Por tanto, en 1875 el mundo se conocía muchísimo mejor que antes. En gran parte de los países desarrollados había ya disponibles mapas detallados (sobre todo con propósitos militares), inclusive a escala nacional: la publicación de la primera empresa de esta índole, los mapas del Estado Mayor de Inglaterra (aunque no todavía de Escocia e Irlanda), se completó en 1862. Sin embargo, más importante que el mero conocimiento era el hecho del principio de unión entre las regiones más apartadas de la Tierra a través de medios de comunicación que no tenían precedentes en cuanto a regularidad, a capacidad para transportar gran número de personas y productos y, sobre todo, en cuanto a velocidad, esto es, el ferrocarril, el barco de vapor y el telégrafo.

En 1872 Julio Verne pronosticó un inmediato éxito: la posibilidad de dar la vuelta al mundo en ochenta días, aun contando con los numerosos contratiempos que persiguieron al indomable Phileas Fogg. Los lectores recordarán seguramente la ruta inalterable del viajero. En tren y barco de vapor cruzó Europa desde Londres a Brindisi, y de aquí marchó en barco para atravesar el recientemente inaugurado canal de Suez (tiempo previsto siete días). La travesía de Suez a Bombay la efectuaría en barco en trece días. El viaje en tren de Bombay a Calcuta, de no ser por un fallo en la línea, lo llevaría a cabo en tres días. Desde aquí aún le quedaban cuarenta y un días de travesía marítima hasta Hong Kong, Yokohama y, cruzando el Pacífico, San Francisco. Por otro lado, como el ferrocarril a través del continente americano se había terminado en 1869, entre el viajero y el trayecto normal de siete días hasta Nueva York sólo se interponían los todavía incontrolados peligros del Oeste: las manadas de bisontes, los indios, etc. El resto del recorrido —la travesía del Atlántico hasta Liverpool y el tren hasta Londres— no tendría otras dificultades aparte de las exigidas por el suspense de la novela. Y de hecho, no mucho más tarde una agencia de viajes norteamericana ofrecía un viaje alrededor del mundo semejante.

¿Cuánto tiempo hubiera empleado Fogg en un viaje así en 1848? Tendría que haberlo hecho casi enteramente por mar, ya que ninguna línea ferroviaria cruzaba todavía el continente, y las únicas que existían, en Estados Unidos, apenas penetraban en el interior 350 kilómetros. El más veloz de los barcos de vela, el famoso «Clíper», hubiera empleado habitualmente una media de ciento diez días en el viaje a Cantón en 1870, cuando se hallaba en el momento óptimo de sus logros técnicos; desde luego era imposible que lo hiciera en menos de noventa días, pero se sabía que lo había realizado en ciento cincuenta. Difícilmente podemos suponer en 1848 una circunnavegación que, con la mejor de las fortunas, empleara mucho menos de once meses, o lo que es lo mismo, cuatro veces el tiempo de Phileas Fogg, eso sin contar los días que habría que pasar en los puertos.

Esta reducción del tiempo en los viajes de larga distancia fue relativamente modesta, debido por completo al retraso en el mejoramiento de las velocidades marítimas. En 1851 el tiempo medio que empleaba un barco de vapor para ir desde Liverpool a Nueva York era de once a doce días y medio; en 1873 seguía siendo sustancialmente el mismo, si bien la línea White Star se enorgullecía de haberlo reducido a diez días.[5] Salvo en los casos de propio acortamiento de la travesía marítima, como, por ejemplo, por el canal de Suez, Fogg no hubiera podido realizarlo en menos tiempo que un viajero de 1848. La transformación real se produjo en tierra y no tanto por el aumento de las velocidades que técnicamente podían alcanzar las locomotoras de vapor, cuanto por la extraordinaria extensión de las líneas ferroviarias. El tren de 1848 fue por lo general más lento que el de la década de 1870, aunque ya hacía el trayecto Londres-Holyhead en ocho horas y media, o tres horas y media más que en 1974. (Con todo, en 1865 sir William Wilde, padre de Oscar y notable pescador, podía sugerir a sus lectores de Londres un viaje de fin de semana con ida y vuelta a Connemara para pescar, viaje que sería imposible hacerlo hoy en tan corto período por tren y barco, y que no sería nada fácil sin recurrir al avión.) No obstante, la locomotora de la década de 1830 era una máquina realmente buena. Pero lo que no existía en 1848, fuera de Inglaterra, era una red ferroviaria.

II

El período que tratamos en este libro vivió la construcción de dicha red de larga distancia en casi toda Europa, en Estados Unidos e inclusive en otras zonas del mundo. En este sentido hablan por sí mismos los cuadros siguientes, de los que el primero ofrece una perspectiva de conjunto, y el segundo proporciona algunos detalles más. En 1845, el único país «subdesarrollado» de fuera de Europa que contaba con incluso casi dos kilómetros de línea ferroviaria era Cuba. En 1855 existían líneas en los cinco continentes, aunque las de América del Sur (Brasil, Chile, Perú) y Australia apenas se notaban. En 1865 Nueva Zelanda, Argelia, México y África del Sur tenían sus primeros ferrocarriles, y en 1875, mientras Brasil, Argentina, Perú y Egipto contaban con unos 2.000 kilómetros o más de vías, Ceilán, Java, Japón y hasta la remota Tahití habían construido sus primeras líneas. Por otro lado, en 1875, el mundo contaba con 62.000 locomotoras, 112.000 vagones y casi medio millón de vagones de mercancías, cuya capacidad de transporte, según cálculos adecuados, era de 1.371 millones de pasajeros y 715 millones de toneladas de mercancías, o lo que es lo mismo, unas nueve veces el transporte marítimo anual (cantidad media) durante esta década. En términos cuantitativos, el tercer cuarto del siglo XIX fue la primera época real del ferrocarril.

La construcción de las grandes redes de líneas obtuvo, naturalmente, la mayor publicidad. Tomados como un todo, fue en realidad el más grande conjunto de obras públicas y hasta la fecha casi el más deslumbrante logro de la ingeniería conocido por la historia humana. En cuanto el ferrocarril salió de la poco accidentada topografía de Inglaterra, sus consecuciones técnicas se hi-

Extensión ferroviaria (miles de km)[6]

	1840	1850	1860	1870	1880
Europa	2,7	23,2	51	101,2	162,7
Norteamérica	4,4	14,6	52,3	89,6	161
India	–	–	1,2	7,6	14,8
Resto de Asia	–	–	–	–	*
Australasia	–	–	*	1,9	8,6
América Latina	–	–	*	3,5	10
África (incluido Egipto)	–	–	*	0,9	4,6
TOTAL MUNDIAL	7,1	37,8	104,5	204,7	361,7

* Menos de 800 km.

cieron más notables. En 1854 el ferrocarril del Sur que iba de Viena a Trieste cruzaba ya el paso de Semmering a una altura de casi 90 m; en 1871 las líneas a través de los Alpes alcanzaban cotas de hasta 140 m; en 1869 el Union Pacific llegaba a los 260 m al cruzar las montañas Rocosas, y en 1874 el Ferrocarril Central peruano, obra sobresaliente de Henry Meiggs (1811-1877), conquistador económico de mediados del siglo XIX, avanzaba lentamente y echando humo hasta llegar a una altura de 480 m. Al mismo tiempo que subían a los picos, penetraban en los túneles perforados en las rocas y así empequeñecían los modestos trayectos de los primeros ferrocarriles ingleses. El primero de los grandes túneles alpinos, el del Monte Cenis, se empezó en 1857 y se terminó en 1870, y sus 12 km los recorrió el primer tren correo acortando en veinticuatro horas el viaje a Brindisi (como se recordará, Phileas Fogg aprovechó esta ventaja).

Es imposible dejar de compartir el sentimiento de excitación, de autoconfianza, de orgullo, que alentaba en aquellos que vivieron en esta era heroica de la ingeniería, cuando el ferrocarril enlazó por primera vez el canal de la Mancha con el Mediterráneo, cuando fue posible viajar en tren hasta Sevilla, Moscú y Brindisi, cuando los caminos de hierro se metieron hacia el Oeste a través de las praderas y las montañas norteamericanas y a través del subcontinente indio en la década de 1860, cuando penetraron en el valle del Nilo y llegaron hasta los interiores de la América Latina en la década de 1870.

¿Cómo podemos dejar de admirar a las tropas de choque de la industrialización que los construyeron, a los ejércitos de campesinos que, frecuentemente organizados en equipos de cooperación, removían tierra y rocas en cantidades inimaginables con picos y palas, a los capataces y peones profesionales ingleses e irlandeses que construyeron líneas lejos de sus patrias, a los maquinistas y mecánicos de Newcastle o Bolton que se fueron a manejar los nuevos ferrocarriles de Argentina o de Nueva Gales del Sur?* ¿Cómo

* Encontramos sus huellas entre los negociantes de éxito, como por ejemplo el mecánico de locomotoras William Pattison de Newcastle, quien se fue al extranjero como encargado

Progreso de la construcción ferroviaria[7]

	1845	1855	1865	1875
Número de países en Europa				
Con ferrocarril	9	14	16	18
Con más de 1.000 km de línea ferroviaria	3	6	10	15
Con más de 10.000 km de línea ferroviaria	–	3	3	5
Número de países en las Américas				
Con ferrocarril	3	6	11	15
Con más de 1.000 km de línea ferroviaria	1	2	2	6
Con más de 10.000 km de línea ferroviaria	–	1	1	2
Número de países en Asia				
Con ferrocarril	–	1	2	5
Con más de 1.000 km de línea ferroviaria	–	–	1	1
Con más de 10.000 km de línea ferroviaria	–	–	–	1
Número de países en África				
Con ferrocarril	–	1	3	4
Con más de 1.000 km de línea ferroviaria	–	–	–	1
Con más de 10.000 km de línea ferroviaria	–	–	–	–

podemos dejar de compadecernos de los centenares de culis que se rompían los huesos en cada kilómetro de vía? Aún hoy la bella película de Satyadjit Ray, *Pather Panchali* (basada en una novela bengalí del siglo XIX), nos ayuda a revivir la maravilla del primer tren de vapor jamás experimentado, un enorme dragón de hierro, la irresistible e inspiradora fuerza del propio mundo industrial que logra abrirse camino allí donde previamente no habían podido pasar más que carretas de bueyes o mulas de carga.

Tampoco podemos dejar de emocionarnos ante los duros hombres de sombrero de copa que organizaron y presidieron estas vastas transformaciones del paisaje humano, tanto material como espiritual. Thomas Brassey (1805-1870), que en ocasiones tuvo empleados a 80.000 hombres en los cinco continentes, fue el más famoso de estos empresarios y la lista de sus obras en el extranjero es un equivalente de los honores de guerra y medallas de campaña de los generales en los días menos brillantes: la Prato y Pistoya, la Lyon y Aviñón, el Ferrocarril Noruego, la Jutlandia, la Gran Red del Canadá, el

de reparaciones del ferrocarril francés y que en 1852 contribuyó a la formación de la que se convirtió en seguida en la segunda firma mayor de la ingeniería mecánica italiana.[8]

Bilbao y Miranda, el Bengala Oriental, el Mauricio, la Queensland, la Argentina Central, la Lemberg y Czernowitz, el Ferrocarril de Delhi, el Boca y Barracas, el Varsovia y Terespol, los Muelles del Callao.

El «romance de la industria», una frase cuya originalidad iban a agotar prácticamente diversas generaciones de oradores públicos y autoagasajadores publicitarios, llegando a abarcar incluso a los banqueros, los financieros y los agiotistas que se dedicaban simplemente a buscar el dinero para construir el ferrocarril. Individuos endiosados, aunque no estafadores, hombres como George Hudson (1800-1871) o Barthel Strousberg (1823-1884) que fueron a la bancarrota en cuanto alcanzaron una cierta altura social y material. Sus quiebras han quedado como hitos en la historia de la economía. (No podemos disculpar, en cambio, a los verdaderos «magnates ladrones» que hubo en el ferrocarril norteamericano —Jim Fisk (1834-1873), Jay Gould (1836-1892), Cornelius Vanderbilt (1794-1877), etc.—, quienes se dedicaban a comprar y saquear los ferrocarriles existentes y todo cuanto podía caer en sus manos.) Es difícil negar un poco de admiración incluso a los mayores estafadores de los grandes constructores de ferrocarril. Henry Meiggs fue en todos los sentidos un aventurero deshonesto que dejó tras él un rastro de facturas impagadas, sobornos y recuerdos de lujosos gastos a lo largo de todo el borde occidental de los continentes americanos y en los vastos centros de vileza y explotación como San Francisco y Panamá. Pero quienquiera que haya visto el Ferrocarril Central peruano, ¿puede negar la grandeza de conceptos y logros de su imaginación romántica, aunque pícara?

La curiosa secta francesa de los sansimonianos manifestó quizá de modo más dramático esta combinación de romanticismo, espíritu emprendedor y finanzas. Sobre todo después del fracaso de la revolución de 1848, estos apóstoles de la industrialización pasaron gradualmente de una serie de creencias que les había llevado a los libros de historia como «socialistas utópicos» a una situación de empresarios dinámicos y aventureros que les consiguió el título de «capitanes de la industria», y especialmente de constructores de comunicaciones. Por otro lado, no eran ellos los únicos que soñaban con un mundo unido por el comercio y la tecnología. Un centro de empresa mundial tan improbable como el cerrado imperio de los Habsburgo fundó el Austrian Lloyd de Trieste, cuyos barcos, anticipándose al todavía no construido canal de Suez, se llamaron *Bombay* y *Calcuta*. Sin embargo, fue un sansimoniano, F. M. de Lesseps (1805-1894), quien construyó realmente el canal de Suez y proyectó, para su posterior desgracia, el canal de Panamá.

A los hermanos Isaac y Émile Pereire se les iba a conocer principalmente como aventureros financieros que gozaron de la protección del imperio de Napoleón III. El propio Émile había supervisado la construcción del primer ferrocarril francés en 1837, cuando fijó su domicilio en un piso que había encima de los talleres y arriesgó su dinero en demostraciones de la superioridad de la nueva forma de transporte. A lo largo del Segundo Imperio los Pereire construirían líneas ferroviarias en todo el continente en una titánica rivalidad con los Rothschild más conservadores, lo que acabó por arruinarles (1869).

Otro sansimoniano, P. F. Talabot (1789-1885), construyó, entre otras cosas, los ferrocarriles del sureste de Francia, los muelles de Marsella y el ferrocarril húngaro, aparte de que, con la esperanza de utilizarlas para una línea comercial que iría por el Danubio hasta el mar Negro, compró las barcazas paradas por la ruina del transporte fluvial en el Ródano; sin embargo, el imperio de los Habsburgo vetó este proyecto. Todos estos hombres pensaban en continentes y océanos. Para ellos el mundo era una unidad ligada con raíles de hierro y motores de vapor, ya que los horizontes de los negocios eran, como sus sueños, de amplitud mundial. Para tales hombres el destino, la historia y el beneficio humanos eran una misma cosa.

Desde el punto de vista global, las redes ferroviarias siguieron siendo suplementarias de las líneas de navegación internacional. En cuanto se construyó en Asia, Australia, África y América Latina, el ferrocarril, considerado económicamente, fue, sobre todo, un ingenio para unir las regiones productoras de materias primas con un puerto, desde donde se transportarían por mar hasta las zonas urbanas e industriales del mundo. Como ya hemos visto, el transporte marítimo no era demasiado rápido en nuestro período. Su comparativa lentitud técnica queda reflejada en un dato que ahora conocemos muy bien. Y es que, gracias a las mejoras introducidas para aumentar su eficiencia, tecnológicamente menos dramáticas, pero aún sustanciales, el barco de vela continuó compitiendo con fuerza frente al nuevo barco de vapor. Porque, si bien el vapor había aumentado de modo notable, y del 14 por 100 de capacidad de transporte mundial en 1840 había pasado al 49 por 100 en 1870, el barco de vela le llevaba todavía ligeramente la delantera. Fue en la década de 1870 y en especial en la de 1880 cuando aquél empezó a destacarse. (Hacia finales de la última década citada, la capacidad de transporte global de los veleros quedó reducida al 25 por 100.) El triunfo del barco de vapor fue en esencia el triunfo de la marina mercante británica, o mejor dicho, el de la economía británica que lo apoyaba. En 1840 y 1850 la marina británica contaba con la cuarta parte, más o menos, del tonelaje nominal de vapores del mundo; en 1870 tenía más de la tercera parte, y en 1880 sobrepasaba la mitad. En otras palabras, entre 1850 y 1880 el tonelaje de vapores británicos aumentó alrededor del 1.600 por 100, en tanto que el del resto del mundo se incrementó, aproximadamente, un 440 por 100. Esto era natural. Si la carga se embarcaba en El Callao, Shanghai o Alejandría, lo más probable es que su destino fuera Gran Bretaña. Y se cargaban muchísimos barcos. Un millón y cuarto de toneladas (900.000 de ellas británicas) atravesaron el canal de Suez en 1874, mientras que en el primer año de su funcionamiento pasaron menos de medio millón. El tráfico regular por el Atlántico norte fue incluso mayor: en 1875 entraron 5,8 millones de toneladas en los tres puertos principales de la costa este de Estados Unidos.

El tren y los barcos transportaban mercancías y personas. Sin embargo, en cierto sentido la transformación tecnológica más sorprendente de nuestro período fue la comunicación de mensajes a través del telégrafo eléctrico. A mediados de la década de 1830 se estuvo a punto, por lo visto, para el des-

cubrimiento de este revolucionario mecanismo, y se produjo en la forma misteriosa en que tales problemas rompen de pronto hacia su solución. En 1836-1837 una serie de investigadores independientes, de los que Cooke y Wheatstone tuvieron un éxito más inmediato, lo inventaron casi simultáneamente. Al cabo de los pocos años se aplicó a los ferrocarriles y, lo que es más importante, a partir de 1840 se hicieron planes para tender líneas submarinas, si bien el proyecto no resultó practicable hasta después de 1847, cuando el gran Faraday sugirió el aislamiento de los cables con gutapercha. En 1853 el austríaco Gintl, y dos años después Stark, de la misma nacionalidad, demostraron que por el mismo hilo podían enviarse dos mensajes en ambas direcciones; a finales de la década de 1850 la American Telegraph Company adoptó un sistema para transmitir dos mil palabras por hora; en 1860 Wheatstone patentó un telégrafo de impresión automática, antecesor del teletipo y del télex.

Gran Bretaña y Estados Unidos aplicaban ya en la década de 1840 este nuevo invento, que fue uno de los primeros ejemplos tecnológicos que habían desarrollado los científicos y que difícilmente podía haberse realizado de no ser sobre la base de la teoría científica sofisticada. Las partes desarrolladas de Europa lo utilizaron rápidamente en los años posteriores a 1848: Austria y Prusia, en 1849; Bélgica, en 1850; Francia, en 1851; Holanda y Suiza, en 1852; Suecia, en 1853; Dinamarca, en 1854. Noruega, España, Portugal, Rusia y Grecia lo introdujeron en la segunda mitad de la década de 1850, mientras que Italia, Rumania y Turquía lo hacían en los años sesenta. Las familiares líneas y postes telegráficos no cesaban de multiplicarse: 3.500 km en 1849 en el continente europeo, casi 30.000 en 1854, 75.000 en 1859, 140.000 en 1864, 200.000 en 1869. Igualmente ocurría con los mensajes. En los seis países continentales que tenían introducida entonces la telegrafía se enviaron en 1852 menos de un cuarto de millón de comunicados. En 1869, sin embargo, Francia y Alemania mandaron más de 6 millones cada una, Austria sobrepasó los 4 millones, Bélgica, Italia y Rusia más de 2 millones, e incluso Turquía y Rumania entre 600.000 y 700.000 cada una.[9]

No obstante, el logro más significativo fue la construcción real de los cables submarinos que, si bien se inició con el que atravesó el canal de la Mancha a principios de la década de 1850 (Dover-Calais, 1851; Ramsgate-Ostende, 1853), a medida que pasaba el tiempo se fueron cubriendo mayores distancias. A mediados de la década de 1840 se proyectó la instalación de un cable en el Atlántico norte que se tendió en realidad en 1857-1858, pero debido a un inadecuado aislamiento la línea se rompió. En cambio tuvo éxito la segunda tentativa efectuada en 1865, cuando se utilizó al *Great Eastern*, el barco más grande del mundo, para tender el cable. En seguida se produjo un estallido de instalación de cables internacionales que, a los cinco o seis años, rodeaban prácticamente el globo. Sólo en 1870 se estaban tendiendo los cables siguientes: Singapur-Batavia, Madrás-Penang, Penang-Singapur, Suez-Aden, Aden-Bombay, Penzance-Lisboa, Lisboa-Gibraltar, Gibraltar-Malta, Malta-Alejandría, Marsella-Bona, Emden-Teherán (línea terrestre), Bona-Malta, Salcombe-Brest, Beachy Head-El Havre, Santiago de

Cuba-Jamaica, Möen-Bornholm-Liepaia, y un par más de líneas a través del mar del Norte. En 1872 se podía telegrafiar desde Londres a Tokio y Adelaida. En 1871 el resultado del Derby se transmitió de Londres a Calcuta en no más de cinco minutos, aunque la noticia fue mucho menos excitante que el hecho de la comunicación. En comparación con esto, ¿qué eran los ochenta días de Phileas Fogg? Tal velocidad en la comunicación no sólo resultaba sin precedentes o sin posible comparación, sino que para la mayoría de la gente de 1848 estaba más allá de toda imaginación.

La construcción de este sistema telegráfico a escala mundial combinaba tanto elementos políticos como comerciales: con la gran excepción de Estados Unidos, la telegrafía interior era o llegó a ser casi por completo propiedad del estado y manejada por éste; hasta Gran Bretaña la nacionalizó en 1869, incluyéndola en el departamento de correos. Por otro lado, los cables submarinos siguieron siendo casi por entero la reserva de la empresa privada que los había construido, si bien es evidente por la relación citada que tenían un sustancial interés estratégico, sobre todo para el imperio británico. En efecto, para los gobiernos eran de gran importancia directa, y no sólo por propósitos militares o policiales, sino también administrativos, de lo que es prueba clara la insólita cantidad de telegramas enviados en países como Rusia, Austria y Turquía, cuyo tráfico comercial y privado difícilmente podía haberlos motivado. (De hecho, el tráfico austríaco superó al de Alemania del Norte hasta los primeros años de la década de 1860.) Cuanto mayor era el territorio, más útil resultaba para las autoridades la disponibilidad de un rápido medio de comunicación con sus puestos más apartados.

Naturalmente, los negociantes utilizaban muchísimo el telégrafo, pero los ciudadanos privados pronto descubrieron su uso, sobre todo para comunicaciones urgentes y a veces dramáticas entre parientes. En 1869 alrededor del 60 por 100 de los telegramas belgas eran privados. Sin embargo, el uso más significativo y nuevo del ingenio no puede medirse por el mero número de los mensajes. Como previó Julius Reuter (1816-1899) cuando fundó su agencia telegráfica en Aquisgrán en 1851, la telegrafía transformaba las *noticias*. (Reuter entró en la escena británica en 1858, con la que está asociado desde entonces.) Desde el punto de vista del periodismo, la Edad Media finalizó en la década de 1860 cuando las noticias internacionales podían cablegrafiarse libremente desde una gran cantidad de lugares esparcidos por la Tierra para llegar a la mañana siguiente a la mesa del desayuno. Los éxitos de una publicación periodística ya no se medían en días o, si se trataba de territorios más lejanos, en semanas o meses, sino en horas o incluso minutos.

Con todo, esta extraordinaria aceleración de la velocidad en las comunicaciones tuvo una consecuencia paradójica. Al ampliarse la separación existente entre los lugares con acceso a la nueva tecnología y el resto, aumentó el retraso relativo de aquellas regiones del mundo donde el caballo, el buey, la mula, el porteador humano o la barca seguían determinando la velocidad del transporte. En una época en que Nueva York podía telegrafiar a Tokio en cuestión de minutos u horas, era muy chocante que todos los recursos del

New York Herald no lograran obtener en menos de ocho o nueve meses una carta que les había enviado David Livingstone desde el centro de África (1871-1872); y aún chocaba más cuando *The Times* de Londres podía reproducir esa misma carta el día después de su publicación en Nueva York. El «selvatiquez» del «salvaje Oeste», la «oscuridad» del «oscuro continente» se debía en parte a estos contrastes.

Por otro lado, era notable la pasión que sentía el público por el explorador y el hombre que cada vez era más conocido con la denominación de «viajero» *tout court*, es decir, la persona que viajaba por o más allá de las fronteras de la tecnología, fuera de la zona en la que el camarote del barco de vapor, el compartimiento-cama del *wagon-lit* (los dos invenciones de nuestro período), el hotel y la *pensión* se hacían cargo del turista. Phileas Fogg viajó por esta frontera. El interés de su empresa radicaba tanto en la demostración de que ahora el ferrocarril, el vapor y el telégrafo casi daban la vuelta al mundo, como en la incertidumbre y las lagunas que todavía quedaban en los viajes por el mundo y que impedían a éstos convertirse en rutinarios.

No obstante, los relatos que se leían con mayor avidez eran los de aquellos «viajeros» que afrontaban los riesgos de lo desconocido sin otra ayuda procedente de la moderna tecnología que la que podían llevar las espaldas de resueltos y numerosos porteadores nativos. Se trataba de exploradores y misioneros, especialmente aquellos que penetraban en el interior de África; de aventureros, sobre todo aquellos que se aventuraban en los inciertos territorios del islam; de naturalistas que iban a cazar mariposas y pájaros a las junglas de América del Sur o a las islas del Pacífico. Como descubrirían en seguida los editores, el tercer cuarto del siglo XIX era el principio de una edad de oro para una nueva casta de viajeros dispuestos desde el café a seguir a Burton y Speke, a Stanley y Livingstone a través de montes y bosques primitivos.

III

Por otro lado, la firmeza de la economía internacional lograba que inclusive las áreas geográficamente muy remotas empezaran a entablar relaciones directas y no sólo literarias con el resto del mundo. Aunque la creciente intensidad del tráfico exigía también la rapidez, lo que contaba no era simplemente la velocidad, sino el grado de repercusión. Como ilustración vívida de esta circunstancia tenemos el ejemplo de un acontecimiento económico que, además de iniciar nuestro período, al decir de algunos influyó muchísimo en su configuración: el descubrimiento del oro en California (y, poco después, en Australia).

En enero de 1848 un hombre llamado James Marshall descubrió oro en lo que parecía ser grandes cantidades en Sutter's Mill, cerca de Sacramento, California. Era esta una extensión norteña que se acababan de anexionar Estados Unidos y que no tenía ningún interés económico significativo, excepto para unos cuantos hacendados y rancheros méxico-norteamericanos, así como para pescadores y balleneros que utilizaban el adecuado puerto de la bahía de San Francisco, del que se mantenía una aldea de 812 habitantes blancos. Como quiera que este territorio tenía enfrente al Pacífico y estaba separado del resto de Estados Unidos por largas extensiones de montaña, desierto y pradera, su evidente riqueza y atractivos naturales no eran de inmediata importancia para la empresa capitalista, aunque desde luego se reconocían. La carrera del oro hizo variar prontamente la situación. Si bien en los meses de agosto y septiembre de aquel año se empezó a filtrar la noticia de su hallazgo por el resto de Estados Unidos, no despertó gran interés hasta que lo confirmó el presidente Polk en su mensaje presidencial de diciembre. De ahí que la carrera del oro se identifique con los «del cuarenta y nueve». Hacia finales de 1849 la población de California había pasado de 14.000 habitantes a casi 100.000, y acabándose el año 1852 contaba ya con un cuarto de millón; San Francisco era por entonces una ciudad de casi 35.000 habitantes. En los últimos tres cuartos de 1849 atracaron en sus muelles unos 540 barcos, procedentes más o menos el 50 por 100 de puertos americanos y europeos; en 1850 fueron 1.150 barcos los que tocaron su puerto, sumando en total casi medio millón de toneladas.

Los efectos económicos de este repentino desarrollo y del desarrollo de Australia a partir de 1851 se han discutido mucho, pero los contemporáneos no pusieron en duda su importancia. En 1852 Engels comentaba con amargura a Marx: «California y Australia son dos casos no previstos en el *Manifiesto comunista*: se trata de la creación de la nada de grandes mercados nuevos. Tendremos que tomarlo en consideración».[10] No es preciso que tratemos aquí hasta qué punto fueron ellos responsables del general esplendor económico de Estados Unidos, o del gran aumento económico a escala mundial (véase el capítulo 2), o del súbito brote de emigración masiva (véase el capítulo 11). Lo que está bien claro, y así lo han confirmado observadores competentes, es que determinados progresos localizados a miles de kilómetros de Europa tuvieron un efecto casi inmediato y trascendental en este continente. Difícilmente podría demostrarse mejor la interdependencia de la economía mundial.

Desde luego no es nada sorprendente que las carreras del oro afectaran a las metrópolis de Europa y del este de Estados Unidos, así como a los comerciantes, financieros y navieros de amplia mentalidad. En cambio, no eran tan de esperar sus inmediatas repercusiones en otras regiones geográficamente remotas, si bien contribuyó muchísimo a ello el hecho de que a efectos prácticos California sólo fuera accesible por mar, donde la distancia no es un obstáculo serio a las comunicaciones. La fiebre del oro se extendió rápidamente por los océanos. Al igual que hicieran la mayoría de los habitantes de San Francisco en cuanto les llegó la noticia, los marineros de los barcos del Pacífico desertaron para probar fortuna en los campos del oro. En agosto de 1849 doscientos barcos, abandonados por sus tripulantes, abarrotaban las riberas, usándose finalmente su madera en la construcción de casas. En las islas Sandwich (Hawai), China y Chile los marineros se enteraron de la noticia, pero como los capitanes prudentes —por ejemplo, los ingleses que comerciaban en la costa oeste de América del Sur— renunciaron a la venta-

josa tentación de poner rumbo al Norte, los fletes y los salarios de los marineros se dispararon junto con los precios de todo lo exportable a California; y nada dejaba de ser exportable. El congreso chileno, al notar hacia finales de 1849 que casi todos los barcos nacionales se habían trasladado a California, donde habían quedado inmovilizados por la deserción, permitió que los barcos extranjeros practicaran el comercio costero (de cabotaje) temporalmente. California creó por primera vez una genuina red comercial para unir las costas del Pacífico, mediante la cual arribaron a Estados Unidos cereales chilenos, café y cacao mexicanos, patatas y otros comestibles australianos, azúcar y arroz de China, e incluso —después de 1854— algunas importaciones procedentes del Japón. (Por algo había predicho en 1850 el *Bankers Magazine*, de Boston, que «no es nada irrazonable anticipar una extensión parcial de la influencia —de la empresa y el comercio— inclusive al Japón».)[11]

Desde nuestro punto de vista, aún más significativo que el comercio fueron las personas. Aunque en las primeras etapas llamó mucho la atención la emigración de chilenos, peruanos y «cacknackers pertenecientes a las distintas islas» (nativos de las islas del Pacífico),[12] no fue de gran importancia numérica. (En 1860 California contaba sólo con unos 2.400 latinoamericanos además de los mexicanos y con menos de 350 isleños del Pacífico.) Por otro lado, «una de las más extraordinarias consecuencias del maravilloso descubrimiento es el impulso que ha proporcionado a la empresa del imperio celeste. Los chinos, hasta ahora las criaturas más imperturbables y caseras del universo, han empezado una nueva vida por las noticias de las minas y han invadido California a millares».[13] En 1849 había 76 de ellos, hacia finales de 1850 eran ya 4.000, en 1852 llegaron hasta 20.000 y en 1876 eran ya alrededor de 111.000 o el 25 por 100 de los habitantes del estado no nacidos en California. Trajeron consigo su habilidad, inteligencia y espíritu emprendedor, aparte de que de modo incidental introdujeron en la civilización occidental la exportación cultural más poderosa del este, el restaurante chino, que ya florecía en 1850. Oprimidos, odiados, ridiculizados y de cuando en cuando linchados —durante la depresión de 1862 murieron asesinados 88—, mostraron la habitual capacidad de este gran pueblo para sobrevivir y prosperar, hasta que en 1882 la ley de limitación china, clímax de una larga agitación racista, acabó con lo que quizás sea el primer ejemplo en la historia de masiva emigración voluntaria, por motivos económicos, desde una sociedad oriental a otra occidental.

Por lo demás, el estímulo de la carrera del oro trasladó hacia la costa Oeste a sólo las tradicionales masas de emigrantes, entre los que eran gran mayoría los británicos, irlandeses, alemanes y por supuesto mexicanos.

Llegaron principalmente por mar, salvo algunos de los norteamericanos (en especial de Texas, Arkansas y Missouri, además de Wisconsin e Iowa, estados con una desproporcionada cantidad de emigrantes hacia California) que seguramente arribaron por tierra, incómodo viaje en el que se empleaban de tres a cuatro meses para ir de una costa a la otra. La gran ruta por la que pasaba junto con sus efectos la carrera del oro californiano conducía hacia el Este sobre los 28.000 o 30.000 km de mar que unían a Europa, por un lado, y a la costa oeste de Estados Unidos, por otro, con San Francisco vía cabo de Hornos. Londres, Liverpool, Hamburgo, Bremen, El Havre y Burdeos tenían ya líneas navieras directas en la década de 1850. Además era constante el incentivo para hacer más seguro este viaje y acortarlo de cuatro a cinco meses. Los clíperes que construían los armadores de Boston y Nueva York para el comercio del té entre Cantón y Londres podían ahora transportar un cargamento exterior. Antes de la carrera del oro únicamente dos habían dado la vuelta al cabo de Hornos, mientras que en el segundo semestre de 1851 llegaron 24 (de 34.000 toneladas) a San Francisco, reduciendo a menos de cien días —y en algunos casos incluso a ochenta días— el viaje por mar desde Boston a la costa oeste. Inevitablemente, era preciso disponer de una ruta más corta en potencia. El istmo de Panamá volvió a ser lo que había sido en la época colonial española, el meollo del transporte marítimo a discutir, al menos hasta que se construyera un canal ístmico que inmediatamente concibió el tratado anglo-norteamericano de Bulwer y Clayton de 1850, y que realmente empezó —contra la oposición norteamericana— el inconformista sansimoniano francés F. de Lesseps, quien apenas acababa de triunfar en Suez. El gobierno de Estados Unidos promovió un servicio de correos a través del istmo de Panamá, con lo que posibilitó el establecimiento de un servicio regular mensual en barco de vapor desde Nueva York hasta el Caribe y desde Panamá a San Francisco y Oregón. El programa, que en esencia comenzó en 1848 con propósitos políticos e imperiales, comercialmente resultó más que viable con la carrera del oro. Panamá se convirtió en lo que ha sido desde entonces, una propiedad del esplendor yanqui, donde echarían los dientes los futuros magnates ladrones como el comodoro Vanderbilt y W. Ralston (1828-1889), fundador del Banco de California. El ahorro de tiempo era tan enorme que el istmo se transformó en seguida en la vía crucial de la navegación internacional: a través suyo se pudo unir Southampton con Sidney en cincuenta y ocho días, y el oro descubierto a principios de la década de 1850 en el otro gran centro minero, Australia, así como los antiguos metales preciosos de México y Perú, lo atravesaban en su camino hacia Europa y el este de Estados Unidos. Además del oro de California, quizás pasaran anualmente por él 60 millones de dólares en mercancías. No es de extrañar, pues, que en enero de 1855 ya transitara el primer ferrocarril por el istmo. Y, aunque lo había proyectado una compañía francesa, como es natural lo construyó una norteamericana.

Estos fueron los resultados visibles y casi inmediatos de los sucesos que acontecieron en uno de los rincones más apartados del mundo. No es de extrañar que los observadores no consideraran meramente al mundo económico como un sencillo engranaje, sino como un complejo en el que cada parte era sensible a lo que ocurría en otros lugares, y a cuyo través el dinero, las mercancías y los hombres se movían de manera uniforme y con creciente rapidez, de acuerdo con el estímulo irresistible de la oferta y la demanda, la ganancia y la pérdida, y con la ayuda de la moderna tecnología. Si los más flemáticos (porque eran los menos «económicos») de estos hombres respondían *en masse* a tal estímulo —después de descubrirse el oro, la emigración británica a

Australia pasó de 20.000 a casi 90.000 personas por año—, entonces nada ni nadie podía oponerle resistencia. Y aunque evidentemente existían aún muchas regiones, inclusive en Europa, más o menos aisladas de este movimiento, ¿quién era capaz de dudar que más pronto o más tarde no fueran arrastradas a él?

IV

En la actualidad estamos más familiarizados que los hombres de mediados del siglo XIX con esta tendencia de todas las zonas de la Tierra a unirse en un solo mundo. Sin embargo, existe una diferencia sustancial entre el proceso que experimentamos hoy y el del período de este libro. De esta situación lo que más sorprende en el siglo XX es una tipificación internacional que va bastante más allá de lo puramente económico y tecnológico. En este sentido nuestro mundo se halla tipificado de un modo mucho más masivo que el de Phileas Fogg, pero sólo porque hay más máquinas, más instalaciones productivas y más negocios. Donde los había, los ferrocarriles, los telégrafos y los barcos de 1870 no eran menos reconocibles como «modelos» internacionales que los coches y aeropuertos de 1970. Lo que apenas se daba entonces es la tipificación internacional e interlingüística de la cultura que hoy, con breves intervalos como mucho, distribuye por todo el mundo las mismas películas, los mismos estilos de música popular, los mismos programas de televisión y hasta las mismas formas de vida popular. Hasta cierto punto, o al menos hasta donde se lo permitieron las barreras de la lengua, esta tipificación afectó de verdad a las clases medias numéricamente modestas y a algunas de las ricas. En una serie de versiones dominantes, las regiones más atrasadas copiaron los «modelos» del mundo desarrollado: el inglés por todo el imperio, en Estados Unidos y, en mucha menor medida, en el continente europeo; el francés en América Latina, Levante y zonas de la Europa del Este; el alemán-austríaco en toda la Europa central y del Este; en Escandinavia y, en alguna medida, en Estados Unidos. Aún podía discernirse un cierto estilo visual común, la superharta y sobrecargada burguesía interior, el barroco público de los teatros y las óperas, si bien, y a efectos prácticos, sólo existía en aquellos lugares en donde lo habían establecido los europeos o los colonizadores descendientes de europeos (véase el capítulo 13). No obstante, y salvo en Estados Unidos (y en Australia), donde los altos salarios democratizaron el mercado, y por lo mismo los estilos de vida, de las clases económicamente más modestas, esta situación siguió dándose en unos cuantos sitios.

No hay duda de que los profetas burgueses de mediados del siglo XIX vivían con la ilusión de conseguir un mundo único, más o menos tipificado, en donde todos los gobiernos reconocieran las verdades de la economía y el liberalismo políticos que, a través de la Tierra, misioneros impersonales pregonarían con más fuerza que la utilizada por los del cristianismo o el islam; un mundo reformado a imagen de la burguesía, quizás incluso un mundo del que

desaparecieran al fin las diferencias nacionales. El desarrollo de las comunicaciones exigió ya nuevas formas de coordinación internacional y organismos estandarizados, como, por ejemplo, la Unión Telegráfica Internacional de 1865, la Unión Postal Universal de 1875, la Organización Meteorológica Internacional de 1878, todas las cuales sobreviven todavía. Ya se había planteado —y resuelto hasta cierto punto mediante el Código Internacional de Señales de 1871— el problema de un «lenguaje» internacionalmente tipificado. Al cabo de unos cuantos años se pusieron de moda los intentos de inventar artificiales idiomas cosmopolitas, que inició la lengua llamada de modo extraño *volapük* («habla del mundo»), ideada por un alemán en 1880. (Ninguno de ellos prosperó, ni siquiera el más prometedor, el *esperanto*, otro producto de la década de 1880.) Por otro lado, los movimientos obreros se hallaban ya en el proceso de establecer una organización mundial que extraería conclusiones políticas de la creciente unificación del mundo: la Internacional (véase el capítulo 6).*

Sin embargo, la uniformidad y unificación internacionales siguieron siendo en este sentido débiles y parciales. En efecto, hasta cierto punto resultaba más difícil o, mejor, más tortuoso, con la ascensión de nuevas naciones y nuevas culturas de base democrática, es decir, con el uso de lenguas distintas en vez de los idiomas internacionales de las minorías educadas. Esto es lo que sucedió con la traducción de escritores europeos de reputación mundial. Y en tanto es significativo que hacia 1875 los lectores de alemán, francés, sueco, holandés, español, danés, italiano, portugués, checo y húngaro pudieran disfrutar con algunas o todas las obras de Dickens (del mismo modo que lo hicieron antes de finalizar el siglo los lectores de búlgaro, ruso, finlandés, serbocroata, armenio y yidish), es igualmente significativo que este proceso implicara una incesante división lingüística. Cualesquiera que fuesen las perspectivas a largo plazo, los observadores liberales contemporáneos aceptaron que, a corto o medio plazo, el desarrollo provenía de la formación de naciones diferentes y rivales (véase el capítulo 5). Lo máximo que podía esperarse era que éstas incorporaran las mismas clases de instituciones, economía y creencias. La unidad del mundo implicaba división. El sistema mundial de capitalismo era una estructura de «economías nacionales» rivales. El triunfo mundial del liberalismo radicaba en su transformación de todos los pueblos, al menos de los considerados como «civilizados». No hay duda de que los paladines del proceso en el tercer cuarto del siglo XIX confiaban muchísimo en que esto aconteciera antes o después. Pero su confianza descansaba en fundamentos inseguros.

Desde luego que sí tenían base cierta en lo que respecta a la red cada vez más densa de comunicaciones mundiales, cuya consecuencia más tangible era un vasto aumento de los intercambios internacionales de mercancías y

* Más dudoso es dilucidar si la Cruz Roja Internacional (1860), también hija de nuestra época, pertenece a este grupo, ya que se basaba en la forma más extrema de falta de internacionalismo, esto es, la guerra entre estados.

hombres, es decir, del comercio y la emigración, que consideraremos aparte (véase el capítulo 11). Pero hasta en el terreno más netamente internacional de los negocios, la unificación mundial no era una ventaja incondicional. Porque si bien es verdad que creó una economía mundial, todas sus partes eran tan dependientes entre sí que el más leve desplazamiento de una de ellas ponía inevitablemente a las demás en movimiento. La ilustración clásica de esta circunstancia fue la depresión mundial.

Como ya se ha sugerido, en la década de 1840 dos grandes tipos de fluctuación económica afectaron las fortunas del mundo: el antiguo ciclo agrario, basado en las vicisitudes de las cosechas y la ganadería, y el reciente «ciclo comercial», parte esencial del mecanismo de la economía capitalista. En la década de 1840 el primero de estos dos tipos había seguido dominando en el mundo, si bien sus efectos tendían a ser regionales en vez de mundiales debido a que hasta las más extendidas uniformidades como el clima, las epidemias de plantas, animales y seres humanos, difícilmente ocurrían de forma simultánea en todos los lugares de la Tierra. Por lo menos desde el final de las guerras napoleónicas, el ciclo de los negocios dominaba ya a las economías industrializadas, pero en la práctica esto sólo afectaba a Gran Bretaña, quizás a Bélgica y a los pequeños sectores de otras economías engranadas en el sistema internacional. Las crisis no ligadas con simultáneas perturbaciones agrarias, por ejemplo, las de 1826, 1837 o 1839-1842, sacudieron a Inglaterra y a los círculos negociadores del litoral este norteamericano y Hamburgo, pero dejó razonablemente tranquila a la mayor parte de Europa.

Para transformar esta situación se produjeron dos desarrollos después de 1848. En primer término, la crisis del ciclo negociador se extendió de verdad a todo el mundo. La de 1857, que empezó con una paralización bancaria en Nueva York, fue probablemente la primera depresión mundial de tipo moderno. (Y quizás no fuera accidental: Karl Marx observó que las comunicaciones habían acercado muchísimo a Europa a aquellas dos grandes fuentes de perturbación de los negocios, India y Norteamérica.) Desde Estados Unidos la crisis pasó a Gran Bretaña, de aquí al norte de Alemania, luego a Escandinavia y de vuelta a Hamburgo, y mientras saltaba los mares hasta América del Sur iba dejando a su paso un rastro de bancarrotas y desempleados. La depresión de 1873, que empezó en Viena, se extendió en dirección opuesta y más ampliamente. Como veremos después, sus efectos a largo plazo fueron mucho más profundos de lo esperado. En segundo término, y al menos en los países industrializados, las viejas fluctuaciones agrarias perdieron gran parte de su efecto, y ello debido a que el transporte masivo de comestibles disminuyó las carencias locales y tendió a igualar precios, y porque el efecto social de tales carencias se hallaba ahora compensado por las buenas colocaciones generales en el sector industrial de la economía. Aún afectaría a la agricultura una serie de malas cosechas, pero no necesariamente al resto del país. Además, y como demostrarían las grandes depresiones agrarias de las décadas de 1870 y 1880, a medida que la economía mundial consolidara su dominio,

incluso la suerte de la agricultura iba a depender mucho menos de las fluctuaciones de la naturaleza que de las de los precios del mercado mundial.

Todas estas evoluciones afectaban únicamente al sector mundial que ya estaba dentro de la economía internacional. Y puesto que vastas áreas y poblaciones —virtualmente todas las de Asia y África, la mayor parte de América Latina y regiones sustanciales de Europa inclusive— existían aún al margen de cualquier economía que no fuera la del intercambio puramente local y alejadas de puertos, ferrocarriles y telégrafos, no debemos exagerar la unificación del mundo conseguida entre 1848 y 1875. Después de todo, como señaló un eminente cronista de la época, «la *economía mundial* está sólo en sus comienzos»; pero, añadió también justamente: «aún estos comienzos nos permiten adivinar su futura importancia, por cuanto en la etapa actual ya representa una transformación verdaderamente asombrosa en la productividad de la humanidad».[14] Si, por ejemplo, considerásemos únicamente una región tan cercana a Europa como la costa sur del Mediterráneo y el norte de África, en 1870 poco de lo que hemos dicho antes podría aplicarse a parte alguna, excepto a Egipto y a los modestos territorios argelinos colonizados por emigrantes franceses. Marruecos garantizó a los extranjeros la libertad de comerciar en el territorio en 1862; a Tunicia no se le ocurrió la idea, casi tan desastrosa aquí como en Egipto, de acelerar su lento progreso mediante préstamos hasta después de 1865. En este tiempo es cuando el té, producto del crecimiento del comercio mundial, aparece por vez primera al sur del Atlas en Uargla, Tombuctú y Tafilete, si bien todavía como artículo de considerable lujo: una libra costaba el equivalente a la mensualidad de un soldado. Hasta la segunda mitad del siglo no hubo signos del aumento de población característico del mundo moderno en los países islámicos; en cambio, en todos los países saharianos, así como en España, la combinación tradicional del hambre y la epidemia de 1867-1869 (que asoló a la vez gran parte de la India) es de mucha más importancia económica, social y política que cualquiera de los progresos asociados con la ascensión del capitalismo mundial, aunque quizás —como en Argelia— éste la intensificó.

4. CONFLICTOS Y GUERRA

Una historia inglesa explica en voz alta a los reyes lo siguiente:
Si marchas a la cabeza de las ideas de tu siglo, estas ideas te seguirán y te sostendrán.
Si marchas detrás de ellas, te arrastrarán consigo.
Si marchas contra ellas, ¡te derrocarán!

NAPOLEÓN III[1]

De todos es conocida la celeridad con que se desarrolló el sistema militar en esta nación de navieros, mercaderes y comerciantes ... [El Club del Arma de Fuego de Baltimore] tenía un único interés: la destrucción de la humanidad por propósitos filantrópicos y el mejoramiento de los armamentos, que ellos consideraban como instrumentos de civilización.

JULIO VERNE, 1865[2]

I

Para el historiador el gran auge de la década de 1850 señala la fundación de una economía industrial y de una sola historia del mundo. Como hemos visto, para los gobernantes de la Europa de mediados del siglo XIX este esplendor supuso un respiro durante el cual los problemas que no habían resuelto las revoluciones de 1848 ni tampoco su supresión podrían ser olvidados o al menos mitigados por la prosperidad y la sana administración. Y efectivamente los problemas sociales parecían ser ahora bastante más manejables a consecuencia de la gran expansión, la adopción de instituciones y políticas apropiadas para el libre desarrollo capitalista, y la apertura de válvulas de seguridad —buenas colocaciones y emigración— suficientemente grandes para reducir las presiones de la masa descontenta. Sin embargo, continuaron las dificultades políticas y hacia finales de la década de 1850 se hizo evidente que ya era imposible eludirlas. Para cada gobierno eran esencialmente problemas de política interior, pero debido a la peculiar naturaleza del sistema estatal europeo al este de la línea que va de Holanda a Suiza, los asuntos in-

ternos e internacionales se hallaban inextricablemente entrelazados. En Alemania e Italia, en el imperio de los Habsburgo, e incluso en el imperio otomano y en los límites del imperio ruso, el liberalismo y la democracia radical, o al menos la demanda de los derechos y la representación, no podían separarse de las demandas de autonomía, independencia o unificación nacional. Y, a su vez, y en el caso de Alemania, Italia y el imperio de los Habsburgo así era en realidad, dicha situación podía producir conflicto internacional.

Porque, aparte del interés de otras potencias en cualquier cambio sustancial en las fronteras del continente, la unificación de Italia implicaba la expulsión del imperio de los Habsburgo, al que pertenecía la mayor parte del norte de Italia. La unificación de Alemania suscitaba tres cuestiones: en qué consistía exactamente la Alemania que iba a ser unificada,* cómo encajarían en ella —si es que podían— los dos poderes mayores que eran miembros de la Confederación Alemana, Prusia y Austria, y qué iba a suceder con los numerosos principados que había dentro de ella cuya envergadura oscilaba desde reinos de mediano tamaño a territorios de opereta. Como hemos visto, pues, ambas unificaciones implicaban directamente la naturaleza y las fronteras del imperio de los Habsburgo. En la práctica ambas unificaciones implicaban asimismo la guerra.

Por suerte para los gobernantes de Europa, esta mezclada carga de problemas internos e internacionales había dejado de ser explosiva; o, mejor dicho, la derrota de la revolución seguida del auge económico le habían quitado la espoleta. No obstante, desde el final de la década de 1850 los gobernantes se vieron otra vez enfrentados a agitaciones políticas internas provocadas por una moderada clase media liberal y demócratas radicales, o inclusive en ocasiones por las fuerzas, de nuevo en manifestación, de un movimiento de la clase trabajadora. Algunos de ellos se daban cuenta de que ahora eran más vulnerables que antes al descontento interior, sobre todo si, al igual que Rusia en la guerra de Crimea (1854-1856) y el imperio de los Habsburgo en la guerra italiana de 1859-1860, habían sufrido la derrota. Con todo, estas nuevas agitaciones no eran revolucionarias, salvo en uno o dos lugares donde pudieron ser aisladas o contenidas. El episodio característico de estos años fue la confrontación que hubo entre el parlamento prusiano fuertemente liberal, elegido en 1861, y el rey y la aristocracia prusianos, quienes no tenían la más mínima intención de doblegarse a sus demandas. El gobierno prusiano, que sabía perfectamente que la amenaza liberal era mera retórica, provocó una confrontación y se limitó a

* La Confederación Alemana incluía la parte más pequeña del imperio de los Habsburgo, la mayor parte de Prusia, así como Holstein-Lauenburg, que también pertenecía a Dinamarca y Luxemburgo, que asimismo contaba con lazos no alemanes. *No* incluía, sin embargo, el entonces Schleswig danés. Por otro lado, la Liga Aduanera Alemana (*Zollverein*), fundada en 1834, hacia mediados de la década de 1850 comprendía a toda la Prusia, pero nada de Austria. También estaban fuera Hamburgo, Bremen y una extensa área del norte de Alemania (Mecklenburg y Holstein-Lauenburg, así como Schleswig). Pueden imaginarse las complicaciones derivadas de tal situación.

designar como primer ministro a Otto von Bismarck, el más despiadado conservador de que disponía, a fin de que gobernara sin tener en cuenta el parlamento y en contra de la negativa de éste a votar los impuestos. Lo que realizó sin dificultad.

Y, sin embargo, lo más significativo de la década de 1860 no fue que los gobiernos mantuvieran casi siempre la iniciativa y no perdieran más que momentáneamente el control de una situación que en todos los casos podían manipular, sino que *siempre* se concedían algunas de las demandas de sus oposiciones populares, en especial al oeste de Rusia. Fue una década de reforma, de liberalización política, incluso de cierta concesión a lo que se denominaba «las fuerzas de la democracia». En Gran Bretaña, Escandinavia y los Países Bajos, donde había ya constituciones parlamentarias, el electorado se hallaba muy extendido en su interior, además de que existía todo un conjunto de reformas asociadas. La ley de reforma británica de 1867 tuvo como propósito real poner el poder electoral en manos de los votantes de la clase trabajadora. En Francia, donde el gobierno de Napoleón III había perdido visiblemente el voto de París en 1863 —sólo pudo conseguir uno de quince diputados—, se hacían cada vez más fuertes intentos para «liberalizar» el sistema imperial. Mas este cambio de talante queda demostrado aún más sorprendentemente en las monarquías no parlamentarias.

Después de 1860 la monarquía de los Habsburgo abandonó sencillamente la actitud de gobernar como si sus súbditos no tuvieran opiniones políticas. A partir de entonces se concentró en el descubrimiento de alguna coalición de fuerzas entre sus numerosas y alborotadas nacionalidades que fuera lo suficientemente fuerte como para dejar políticamente sin efecto al resto, si bien ahora todas ellas recibían ciertas concesiones educativas y lingüísticas (véanse pp. 106-107). Hasta 1879 tuvo habitualmente su base más conveniente entre los liberales de la clase media de su componente de habla alemana. En cambio, fue incapaz de mantener ningún control efectivo sobre los magiares, quienes obtuvieron algo muy cercano a la independencia mediante el «Compromiso» de 1867, que convirtió al imperio en la doble monarquía austrohúngara. Pero aún fue más sorprendente lo que sucedió en Alemania. En 1862 Bismarck fue nombrado presidente del consejo de ministros prusiano de acuerdo con un programa elaborado para mantener la tradicional monarquía y aristocracia prusianas contra el liberalismo, la democracia y el nacionalismo alemán. En 1871 aparecía el mismo estadista como canciller de un imperio alemán unido por los esfuerzos de Bismarck, con un parlamento (desde luego de poca importancia) elegido mediante el voto universal del varón, y contando con el apoyo entusiasta de los (moderados) liberales alemanes. Bismarck no fue en ningún sentido liberal, y en cuanto a política estuvo muy lejos de ser nacionalista alemán (véase el capítulo 5). Fue simplemente lo bastante inteligente como para comprender que, en lo sucesivo, el mundo de los *junkers* prusianos no podría conservarse mediante el conflicto directo con el liberalismo y el nacionalismo, sino sólo trocando en beneficio suyo los sistemas de estos últimos. Esto implicaba la realización de lo que, al introducir la ley reformista de

1867, el conservador dirigente británico Benjamin Disraeli (1804-1881) describió como «pillar a los *whigs* en el baño y echar a correr con sus ropas».

Consecuentemente, en la política de los gobernantes de la década de 1860 influyeron tres consideraciones. Primera, se encontraron inmersos en una situación de cambio económico y político que no podían controlar, pero al que tenían que adaptarse. La única cuestión a dilucidar —y esto lo reconocieron claramente los estadistas— era la de si navegaban a favor del viento o utilizaban su destreza marinera para gobernar sus barcos hacia otra dirección. El mismo viento era una realidad de la naturaleza. Segunda, tenían que determinar las concesiones que podían hacerse a las nuevas fuerzas sin amenazar el sistema social o, en casos especiales, las estructuras políticas a cuya defensa se habían comprometido, así como señalar el límite que no podrían sobrepasar sin arriesgar su seguridad. Pero, tercera, tuvieron la suerte de poder tomar ambas decisiones en circunstancias que les permitían disponer de una considerable iniciativa, posibilidad de manipulación y en algunos casos entera libertad real para controlar el curso de los acontecimientos.

Por tanto, los estadistas que más destacan en las historias tradicionales de Europa a lo largo de este período fueron aquellos que más sistemáticamente combinaron la administración política con la diplomacia y el control de los mecanismos de gobierno, como Bismarck en Prusia, el conde Camillo Cavour (1810-1861) en el Piamonte, y Napoleón III; o aquellos más capacitados para manejar el difícil proceso de una ampliación controlada del sistema de gobierno por la clase alta, por ejemplo, el liberal W. E. Gladstone (1809-1898) y el conservador Disraeli en Gran Bretaña. Y los de mayor éxito fueron aquellos que descubrieron la forma de aprovecharse de las viejas y nuevas fuerzas políticas extraoficiales, sin tener en cuenta si las aprobaban o no. Napoleón III cayó en 1870 porque a la larga no supo encontrar el sistema. Pero hubo dos hombres que demostraron una extraordinaria sapiencia en el gobierno de esta difícil operación, el liberal moderado Cavour y el conservador Bismarck.

Ambos fueron políticos tremendamente lúcidos, hecho que se reflejaba en la claridad poco ambiciosa del estilo de Cavour y en el extraordinario dominio que Bismarck tenía de la prosa alemana, siendo éste, en conjunto, un personaje más complejo y sobresaliente que Cavour. Los dos fueron profundamente antirrevolucionarios y no mostraron nunca ninguna simpatía hacia las fuerzas políticas, si bien se hicieron cargo de los programas de éstas y los pusieron en práctica en Italia y Alemania después de eliminar sus implicaciones democráticas y revolucionarias. Ambos tuvieron cuidado en separar la unidad nacional de la influencia popular: Cavour, con su insistencia en convertir el nuevo reino italiano en una prolongación del Piamonte, hasta el punto de negarse a corregir la numeración de su rey Víctor Manuel II (de Saboya) por Víctor Manuel I (de Italia); Bismarck, con la consolidación de la supremacía prusiana en el nuevo imperio alemán. Los dos fueron lo suficientemente flexibles como para integrar en su sistema a la oposición, si bien hicieron imposible que ésta tuviera acceso a ningún tipo de control.

Ambos afrontaron problemas tremendamente complejos de táctica internacional y (en el caso de Cavour) de política nacional. Bismarck, que no necesitó ayuda exterior y no tuvo que preocuparse de oposiciones internas, sólo admitía la consideración de una Alemania unida si ésta no era democrática ni tampoco demasiado grande para ser dominada por Prusia. Esto implicaba tres cosas: primero, la exclusión de Austria, que consiguió mediante dos cortas guerras dirigidas brillantemente en 1864 y 1866; segundo, la paralización de Austria como fuerza en la política alemana, que logró mediante la concesión y la seguridad de la autonomía de Hungría dentro de la monarquía de los Habsburgo (1867), y tercero, la preservación a la vez de Austria, empresa a la que consagró en lo sucesivo sus extraordinarias dotes diplomáticas.* También luchó por conseguir que la supremacía prusiana fuera más aceptable que la austríaca a los estados alemanes, en cierto modo menos antiprusianos, lo que consiguió Bismarck mediante la brillante provocación y dirección de una guerra contra Francia en 1870-1871. Por su parte, Cavour se vio en la necesidad primero de movilizar a un aliado (Francia) para que le arrojara de Italia a Austria, y luego tuvo que quedar él inmovilizado, cuando el proceso de unificación sobrepasó los límites que había previsto Napoleón III. Hablemos más en serio, Cavour se encontró con una Italia medio unificada desde arriba mediante la administración controlada y medio unificada desde abajo por la guerra revolucionaria que libraron las fuerzas de la oposición democrática-republicana bajo el mando militar de aquel Fidel Castro frustrado de mediados del siglo XIX, el jefe guerrillero de camisa roja Giuseppe Garibaldi (1807-1882). Para persuadir a Garibaldi de que cediera el poder al rey en 1860 se requirió una viva imaginación, una sólida charla y alguna maniobra inteligente.

Las operaciones de estos estadistas aún provocan admiración por su gran brillantez técnica. Con todo, no fue sólo el talento personal lo que las hizo tan deslumbrantes, sino la insólita envergadura que les proporcionó la ausencia de serio peligro revolucionario y de incontrolable rivalidad internacional. Las acciones de ciudadanos o movimientos extraoficiales, demasiado débiles en este período para lograr gran cosa, o fracasaron o se subordinaron al cambio organizado desde arriba. Aparte de sus aplausos o su disentimiento al proceso real de la unificación alemana, los alemanes liberales, radicales democráticos y revolucionarios sociales contribuyeron en poca medida. Como hemos visto, la izquierda italiana desempeñó una función mayor. La expedición siciliana de Garibaldi conquistó rápidamente el sur de Italia y forzó la actuación de Cavour, pero, aunque este fue un importante logro, hubiera sido imposible si Cavour y Napoleón no crean antes la circunstancia. En cualquier caso la izquierda fracasó en su intento de conseguir la república democrática italiana que consideraba como el complemento esencial de la unidad. La burguesía moderada húngara logró la autonomía para su país bajo la protección de Bismarck, pero los radicales quedaron decepcionados. Kossuth siguió viviendo en el exilio, donde murió. Las rebeliones de los pueblos balcánicos durante la década de 1870 iban a acabar en una especie de independencia para Bulgaria (1878), pero sólo mientras satisficiera los intereses de las grandes potencias: los bosnios, que fueron los iniciadores de estas insurrecciones en 1875-1876, cambiaron simplemente el gobierno de los turcos por la administración seguramente superior de los Habsburgo. En cambio, y como veremos, las revoluciones independientes terminaron de mala manera (véase el capítulo 9). Hasta la española de 1868, que consiguió incluso una república radical de breve vida en 1873, finalizó con la rápida vuelta de la monarquía.

* Porque, si la monarquía de los Habsburgo sufría una paralización en sus nacionalidades componentes, hubiera sido imposible evitar que los alemanes austríacos se incorporaran a Alemania, con lo que se hubiera inquietado la cuidadosamente edificada supremacía prusiana. Fue esto en realidad lo que sucedió después de 1918, y al ocurrir, la consecuencia más duradera de la «Alemania más grande» de Hitler (1938-1945) fue la total desaparición de Prusia. Salvo en los libros de historia, ni siquiera perdura hoy su nombre.

No reducimos los méritos de los grandes agentes políticos de la década de 1860 con la indicación de que su tarea resultó mucho más fácil debido a que pudieron introducir grandes cambios constitucionales sin evidenciarse consecuencias políticas drásticas y, a mayor abundamiento, porque pudieron empezar y detener las guerras casi a voluntad. Por eso en este período el orden interior y el internacional podían modificarse de manera considerable con, relativamente, poco riesgo político.

II

Esta es la causa de que los treinta años posteriores a 1848 fueran un período de cambios inclusive más espectaculares en las relaciones internacionales que en la política interior. En la era de la revolución, o al menos después de la derrota de Napoleón (véase *La era de la revolución*, capítulo 5), los gobiernos de las grandes potencias habían evitado con muchísimo cuidado conflictos mayores entre ellas, puesto que la experiencia parecía haber demostrado que las grandes guerras y las revoluciones iban juntas. Pero ahora que las revoluciones de 1848 habían ya pasado, este motivo de limitación diplomática era mucho más débil. La generación posterior a 1848 no fue una época de revoluciones, sino de guerras. Algunas de éstas fueron realmente la consecuencia de tensiones internas y de fenómenos revolucionarios o casi revolucionarios. Sin embargo, las así consideradas, como las grandes guerras civiles de China (1851-1864) y la de Estados Unidos (1861-1865), no pertenecen estrictamente a la presente exposición, salvo en su relación con los aspectos técnicos y diplomáticos de la guerra de este período. En los capítulos 7 y 8 las consideraremos por separado. Teniendo en mente el curioso entresijo de política internacional e interior, lo que aquí nos preocupa principalmente son las tensiones y cambios que se daban en el sistema de las relaciones internacionales.

Si hubiéramos preguntado a un político superviviente del sistema internacional anterior a 1848 sobre los problemas de la política exterior —por ejem-

plo, al vizconde Palmerston, quien mucho antes de las revoluciones había sido secretario de Asuntos Exteriores británico y continuó manejando las cuestiones extranjeras con algunas interrupciones hasta su muerte en 1865—, los hubiera explicado como sigue. Los únicos asuntos mundiales que contaban eran las relaciones entre las cinco «grandes potencias» europeas cuyos conflictos podían tener como consecuencia una guerra mayor: Gran Bretaña, Rusia, Francia, Austria y Prusia (véase *La era de la revolución*, capítulo 5). El otro estado con suficiente ambición y poder para ser incluido, Estados Unidos, no preocupaba, ya que había restringido sus intereses a otros continentes y ninguna potencia europea tenía ambiciones activas en el continente americano, aparte de las económicas, ambiciones que, por otro lado, atañían a negociadores privados y no a los gobiernos. De hecho, en 1867 Rusia vendió Alaska a Estados Unidos por unos siete millones de dólares más suficientes sobornos para persuadir al congreso norteamericano de que aceptara lo que universalmente se consideraba como una mera colección de rocas, glaciares y tundra ártica. Las mismas potencias europeas o, al menos las que contaban de verdad —Gran Bretaña, por su riqueza y armada; Rusia, por su tamaño y ejército, y Francia, por su tamaño, ejército y formidable historia militar—, tenían ambiciones y motivos para la desconfianza mutua, pero no para sobrepasar el límite del compromiso diplomático. Porque alrededor de treinta años después de la derrota de Napoleón en 1815, ninguna gran potencia había empleado sus armas contra otra, y habían restringido sus operaciones militares a la supresión de la subversión interior o internacional, a diversos conflictos locales y a extenderse por el mundo atrasado.

Desde luego que existía un constante motivo de fricción debido principalmente a la combinación de un imperio otomano en lenta desintegración, del que tendían a desprenderse diversos elementos no turcos, y las ambiciones conflictivas de Rusia y Gran Bretaña en el Mediterráneo oriental, el actual Oriente Próximo y la zona existente entre los límites del este de Rusia y los del oeste en la India británica. Y en tanto que los ministros de Asuntos Exteriores no estaban preocupados por el peligro de una crisis general en el sistema internacional debido a la revolución, sí que les inquietaba constantemente lo que se conocía como la «cuestión oriental». Con todo, las cosas siguieron bajo control, y así lo demostraron las revoluciones de 1848 porque, si bien éstas habían sacudido simultáneamente a tres de las cinco grandes potencias, el sistema internacional de las potencias surgió prácticamente sin variaciones de ellas. En efecto, con la única excepción parcial de Francia, así aconteció con los sistemas políticos internos de todas las demás.

Las décadas subsiguientes iban a ser muy distintas. En primer término Francia, potencia a la que se consideraba (al menos por los británicos) como probablemente más subversiva, surgió de la revolución como imperio popular bajo otro Napoleón y, lo que es más importante, el temor a una vuelta al jacobinismo de 1793 ya no le afectaba. Pese a los ocasionales anuncios de que «el imperio significaba paz», Napoleón se especializó en intervenciones a escala mundial: expediciones militares a Siria (1860), a China juntamente con

Gran Bretaña (1860), la conquista de la parte sur de Indochina (1858-1865), e incluso —mientras en Estados Unidos estaban ocupados en otra cosa— una aventura a México (1863-1867), donde el emperador Maximiliano, satélite de los franceses (1864-1867), no sobrevivió al final de la guerra civil norteamericana. En estos ejercicios de bandidaje no había nada particularmente francés, excepto quizá la apreciación que tenía Napoleón del valor electoral de la gloria imperial. Francia era lo suficientemente fuerte como para participar en el sacrificio general del mundo no europeo; en cambio, a España, por ejemplo, le fue imposible, a pesar de sus enormes ambiciones por recuperar algo de su perdida influencia imperial en América Latina durante la guerra civil norteamericana. Si las ambiciones francesas trataban de satisfacerse en ultramar, entonces no afectaban de modo particular al sistema de poder europeo; pero si se perseguían en regiones donde las potencias europeas eran rivales, ponían en peligro un convenio que siempre se hallaba en una delicada situación.

La primera consecuencia importante de esta inquietud fue la guerra de Crimea (1854-1856), que resultó ser lo más cercano a una general guerra europea entre 1815 y 1914. No hubo nada nuevo o inesperado en una situación que degeneró en una carnicería internacional escandalosamente inadmisible entre, por un lado Rusia, y por otro Gran Bretaña, Francia y Turquía, y en la que se calcula que perecieron más de 600.000 hombres, casi medio millón de ellos de enfermedad: el 22 por 100 de los británicos, el 30 por 100 de los franceses y alrededor de la mitad de las fuerzas rusas. Ni antes ni después la política rusa de dividir Turquía o convertirla en satélite (en este caso lo primero) previó, requirió o condujo de verdad a una guerra entre potencias. Pero tanto antes como durante la fase siguiente de desintegración turca, en la década de 1870, el conflicto resultó ser en esencia una especie de toma y daca entre dos viejos contendientes, Rusia y Gran Bretaña, mientras que las demás potencias o no quisieron o no pudieron intervenir más que simbólicamente. Sin embargo, en la década de 1850 hubo una tercera, Francia, cuyo estilo y estrategia eran, por otro lado, imprevisibles. Existen pocas dudas respecto a que nadie quería dicha guerra, y las potencias, sin diferenciar visiblemente su postura respecto de la asumida frente a la «cuestión oriental», la evitaron en cuanto pudieron. La desemejanza estaba en que el mecanismo de la diplomacia para la «cuestión oriental», que se había pensado con vistas a confrontaciones más sencillas, se rompía temporalmente al costo de unos cuantos cientos de miles de vidas.

Las directas consecuencias diplomáticas de la guerra fueron temporales o insignificantes, si bien Rumania (formada de la unión de dos principados danubianos nominalmente aún bajo la soberanía turca hasta 1878) se independizó *de facto*. Los resultados políticos, más amplios fueron más serios. En Rusia crujió la rígida corteza de la autocracia zarista de Nicolás I (1825-1855), que ya llevaba tiempo en creciente tensión. Se trataba del comienzo de una era de crisis, reforma y cambio, que culminó con la emancipación de los siervos (1861) y el surgimiento de un movimiento revolucionario ruso a finales de la década de 1860. El mapa político del resto de Europa iba a ser en bre-

ve también transformado, procesos que, si no posibilitaron, sí que facilitaron los cambios del sistema de poder internacional que precipitó el episodio de Crimea. Como ya hemos observado, en 1858-1870 surgió un reino unido de Italia y en 1862-1871 una Alemania unida que incidentalmente condujeron a la paralización del Segundo Imperio de Napoleón en Francia y de la Comuna de París (1870-1871); por otro lado, Austria fue excluida de Alemania y profundamente reestructurada. Resumiendo, con la excepción de Gran Bretaña, entre 1856 y 1871 todas las «potencias» europeas cambiaron sustancialmente (en la mayoría de los casos incluso territorialmente), y se fundó un nuevo y gran estado, Italia, que pronto iba a ser considerado entre ellas.

La mayor parte de estas transformaciones se produjeron directa o indirectamente por las unificaciones políticas de Alemania e Italia. Y cualquiera que fuese el impulso original de estos movimientos de unificación, el proceso lo emprendieron los gobiernos, o sea, la fuerza militar. De acuerdo con la famosa frase de Bismarck, el problema se solucionó «con sangre e hierro». A lo largo de doce años Europa sufrió cuatro grandes guerras: Francia, Saboya y los italianos contra Austria (1858-1859), Prusia y Austria contra Dinamarca (1864), Prusia e Italia contra Austria (1866), Prusia y los estados alemanes contra Francia (1870-1871). Estos conflictos fueron relativamente breves y, si se comparan con las grandes matanzas de Crimea y Estados Unidos, no excesivamente costosos, si bien en la guerra francoprusiana perecieron alrededor de 160.000 hombres, la mayoría franceses. Pero contribuyeron a que el período de la historia europea que tratamos en este libro fuera una especie de interludio belicoso en lo que, por otro lado, fue un siglo extraordinariamente pacífico entre 1815 y 1914. Sin embargo, aunque la guerra era bastante común en el mundo que va de 1848 a 1871, todavía no obsesionaba a los ciudadanos del mundo burgués el temor a una guerra *general*, temor en el que el siglo XX ha vivido prácticamente sin interrupción desde principios de la década de 1900. Este miedo sólo se fue introduciendo lentamente después de 1871. Los gobiernos podían aún empezar y terminar de manera deliberada las guerras entre los estados, situación que inteligentemente explotó Bismarck. Sólo las guerras civiles y los conflictos relativamente escasos que degeneraban en verdaderas guerras de pueblos, como la guerra entre Paraguay y sus vecinos (1864-1870), se transformaban en esos episodios de matanza y destrucción incontrolables que tan familiares son en nuestro siglo. Nadie sabe el número de víctimas que hubo en las guerras de los Taiping, pero se ha asegurado que algunas provincias chinas no han alcanzado todavía el número de habitantes que tenían entonces. La guerra civil norteamericana mató a más de 630.000 soldados, y las bajas se calculan entre el 33 y el 40 por 100 de las fuerzas de la Unión y de la Confederación. Si hacemos caso de las estadísticas latinoamericanas, la guerra paraguaya acabó con 330.000 y redujo la población de su víctima principal a unas 200.000 personas, de las que alrededor de 30.000 eran hombres. Desde cualquier punto de vista los años sesenta fueron una década de sangre.

¿Pero qué hizo tan relativamente sangriento a este período de la historia? En primer lugar, el mismo proceso de la expansión capitalista mundial multiplicó las tensiones en ultramar, las ambiciones del mundo industrial, y los conflictos directos e indirectos que surgían de él. Por eso, y sean cuales fueren sus orígenes políticos, la guerra civil norteamericana fue el triunfo del Norte industrializado sobre el Sur agrario, casi —podríamos incluso decir— el paso del Sur desde el imperio informal de Gran Bretaña (de cuya industria algodonera dependía económicamente) a la nueva y mayor economía industrial de Estados Unidos. Podría considerarse como un primer, aunque gigante paso en el camino que en el siglo XX iba a conseguir que todo el continente americano pasara de una dependencia económica británica a otra norteamericana. La guerra paraguaya puede considerarse mejor como parte de la integración de la cuenca del Río de la Plata a la economía mundial británica: Argentina, Uruguay y Brasil, con el rostro y la economía vueltos hacia el Atlántico, obligaron a Paraguay a apearse de la arrogancia en la que, gracias quizá al dominio original de los jesuitas, se había mantenido durante tanto tiempo la única región latinoamericana en la que los indios se opusieron eficazmente al establecimiento de los blancos (véase el capítulo 7).* La rebelión de los Taiping y su supresión son inseparables de la rápida penetración de armas y capital occidentales en el imperio celeste desde la primera guerra del opio (1839-1842) (véanse pp. 138-141).

En segundo lugar y, como hemos visto, especialmente en Europa, se debió al recurso a la guerra como normal instrumento de política por parte de los gobiernos que ahora dejaban de creer que debía ser evitada por miedo a la consecuente revolución, y que también estaban razonablemente convencidos de que el mecanismo de poder era capaz de mantener dentro de unos límites a los conflictos. La rivalidad económica apenas provocaba más que fricciones locales en una era de expansión en la que parecía que iba a haber amplia oportunidad para todos. Por otro lado, en esta clásica era de liberalismo económico, la competencia en los negocios estuvo más cerca de la independencia del apoyo gubernativo que antes o después de ella. Nadie —ni siquiera Marx, contrario a una toma de posición común— pensó en que el origen de las guerras europeas en este período fuera principalmente económico.

En tercer lugar, estas guerras podían ahora, sin embargo, librarse con la nueva tecnología del capitalismo. (Como quiera que esta tecnología transformó asimismo la información de la guerra en la prensa mediante la cámara y el telégrafo, ahora llevaba más vívidamente su realidad al público ilustrado, pero aparte de la fundación de la Cruz Roja Internacional en 1860 y de su reconocimiento en 1864 por la Convención de Ginebra, esta nueva circunstancia tuvo poco efecto. Por otra parte, nuestro siglo no ha proporcionado controles más

* El resto de los indios que se resistieron a la conquista blanca se vieron obligados a retroceder por las fronteras de la colonización. Sólo en la parte alta de la cuenca del Plata se pudieron hacer fuertes, y fue el guaraní, en vez del español o el portugués, el idioma *de facto* de nativos y colonizadores.

efectivos sobre sus más horribles carnicerías.) Las guerras asiáticas y latinoamericanas siguieron siendo sustancialmente pretecnológicas, con excepción de las pequeñas incursiones de las fuerzas europeas. La guerra de Crimea, con una incompetencia que la caracteriza, no supo utilizar adecuadamente la tecnología que tenía ya disponible. No obstante, las guerras de la década de 1860 usaron ya el ferrocarril con buenos resultados para la movilización y el transporte, dispusieron del telégrafo para la rápida comunicación, crearon el barco de guerra acorazado y su complemento, la artillería pesada, pudieron utilizar armas de fuego de producción en serie como la ametralladora Garling (1861) y modernos explosivos —la dinamita se inventó en 1866— con significativas consecuencias para el desarrollo de las economías industriales. De ahí que, en conjunto, estuvieran más cerca de la moderna guerra masiva que nada de lo que las precedió. La guerra civil norteamericana movilizó 2,5 millones de hombres de una población total de 33 millones. El resto de las guerras del mundo industrial siguieron siendo más pequeñas, porque incluso el 1,7 millones movilizados en 1870-1871 en la guerra franco-alemana representó menos del 2,5 por 100 de los 77 millones aproximadamente de habitantes que había en los dos países, o dicho de otra forma, el 8 por 100 de los 22 millones aptos para llevar armas. Con todo, es digno de mención que desde mediados de los años sesenta las batallas gigantescas con participación de más de 300.000 hombres dejaron de ser insólitas (Sadowa, 1866; Gravelotte, Sedan, 1870). Sólo hubo una batalla de esta clase en el curso de las guerras napoleónicas (Leipzig, 1813). Hasta la batalla de Solferino en la guerra italiana de 1859 fue mayor que todas menos una de las batallas napoleónicas.

Ya hemos referido los resultados internos de estas iniciativas y guerras gubernativas. Sin embargo, a largo plazo las consecuencias internacionales iban a ser incluso más dramáticas. Porque durante el tercer cuarto del siglo XIX el sistema internacional se alteró de modo fundamental: aún más profundamente de lo que reconocieron la mayoría de los observadores contemporáneos. Sólo uno de sus aspectos siguió siendo invariable: la extraordinaria superioridad del mundo desarrollado sobre el subdesarrollado, hecho que queda sobradamente demostrado (véase el capítulo 8) en la carrera del único país de raza distinta a la blanca que en este período imitó con éxito a Occidente, Japón. La moderna tecnología puso a merced del que la tenía al gobierno que carecía de ella.

Además, variaron las relaciones entre las potencias. Porque medio siglo después de la derrota de Napoleón I sólo había una potencia que esencialmente era industrial y capitalista, la misma que poseía una verdadera política mundial, o sea, una armada mundial: Gran Bretaña. En Europa existían dos potencias con ejércitos prácticamente decisivos, si bien su fuerza era esencialmente no capitalista: el de Rusia que se basaba en una población vasta y correosa, y el de Francia, cuyo fundamento era la posibilidad y la tradición de masiva movilización revolucionaria. Austria y Prusia no eran de comparable importancia político-militar. En el continente americano había una sola potencia sin rivales, Estados Unidos, que, como ya hemos visto, no se aventuraba a una rivalidad efectiva de potencias. (Antes de la década de 1850 esta circunstancia no comprendía el Lejano Oriente.) Sin embargo, entre 1848 y 1871, o con más precisión durante la década de 1860, ocurrieron tres cosas. Primera, la expansión industrial produjo otras potencias esencialmente capitalistas e industriales además de Gran Bretaña: Estados Unidos, Prusia (Alemania) y, en mucha mayor medida que antes, Francia, a las que se unió posteriormente Japón. Segunda, el progreso de la industrialización hizo que la riqueza y la capacidad industrial fueran cada vez más factores decisivos en el poder internacional; de ahí que se devaluara la posición relativa de Rusia y Francia, y aumentara muchísimo la de Prusia (Alemania). Tercera, el surgimiento como potencias independientes de dos estados extraeuropeos, Estados Unidos (que se unió bajo el gobierno del Norte en la guerra civil) y Japón (sistemáticamente embarcado en la «modernización» con la restauración Meiji en 1868), dio origen por vez primera a la posibilidad de un conflicto mundial entre potencias. Reforzaba esta incesante posibilidad la creciente tendencia de los gobiernos y negociantes europeos a extender sus actividades por ultramar, y a participar con otras potencias en áreas como el Lejano Oriente y el Oriente Próximo (Egipto).

En ultramar estos cambios en la estructura del poder no tuvieron todavía grandes consecuencias. Sin embargo, en Europa se dejaron sentir inmediatamente. Como demostró la guerra de Crimea, Rusia había dejado de ser una fuerza potencialmente decisiva en el continente europeo. Lo mismo puede decirse de Francia, según quedó demostrado en la guerra franco-prusiana. En cambio, Alemania, nueva potencia que combinaba una notable fuerza industrial y tecnológica con una población sustancialmente mayor que cualquier otro estado europeo aparte de Rusia, se convirtió en la nueva fuerza decisiva de esta parte del mundo, y lo siguió siendo hasta 1945. Austria, ahora en la versión de la «doble monarquía» austrohúngara (1867), continuó siendo por dimensiones y conveniencia internacional lo que era desde mucho tiempo atrás, una «gran potencia», si bien más fuerte que la Italia recientemente unida, cuya gran población y ambiciones diplomáticas le permitieron asimismo recibir un trato de participante en el concierto del poder.

Por tanto, la estructura internacional formal difería cada vez más de la estructura verdadera. La política internacional se convirtió en política mundial con intervención efectiva de por lo menos dos potencias no europeas, aunque esto no se evidenció hasta el siglo XX. Además, se convirtió en una especie de oligopolio de potencias capitalistas e industriales que se unían para ejercer un monopolio sobre el mundo, pero que competían entre sí; sin embargo, esta circunstancia no se evidenció hasta la era del «imperialismo» después del final de nuestro período. Hacia el año 1875 todo esto apenas era visible. No obstante, los fundamentos de la nueva estructura de poder se pusieron en los años sesenta, entre ellos el temor a una guerra europea general que empezó a obsesionar a los observadores de la escena internacional a partir de la

década de 1870. De hecho, no iba a haber una guerra así durante otros cuarenta años, más tiempo del que nunca ha conocido el siglo XX. Con todo, nuestra generación, que puede mirar atrás y escribir de casi treinta años sin guerra entre algunas de las potencias grandes o incluso de mediano tamaño,* sabe mejor que nadie que la ausencia de guerra puede combinarse con el permanente temor a ella. Sin embargo, y a pesar de los conflictos, la era del triunfo liberal fue estable. Después de 1875 dejó de serlo.

* Con la excepción del conflicto entre Estados Unidos y China en Corea en 1950-1953, cuando a China no se la consideraba todavía una gran potencia.

5. LA CONSTRUCCIÓN DE NACIONES

¿Pero qué ... es una nación? ¿Por qué Holanda es nación, en tanto que no lo son Hannover y el Gran Ducado de Parma?

ERNEST RENAN, 1882[1]

¿Qué es lo nacional? Cuando nadie entiende una palabra del idioma que hablas.

JOHANN NESTROY, 1862[2]

Si un gran pueblo no cree que la verdad sólo se encuentra en él ..., si no cree que únicamente él está dotado y destinado para elevar y salvar a los demás con su verdad, se transformará en seguida en material etnográfico y no será un gran pueblo ... Una nación que pierde esta creencia deja de ser nación.

F. DOSTOIEVSKI, 1871-1872[3]

NATIONS. Réunir ici tous les pleuples (?)

GUSTAVE FLAUBERT, *c.* 1852[4]

I

Si las políticas internacional e interior se hallaban estrechamente entrelazadas durante este período, el nexo que las vinculaba de manera más obvia era lo que nosotros llamamos «nacionalismo», pero que hacia la mitad del siglo XIX aún se conocía como «el principio de la nacionalidad». ¿De qué trataron las políticas internacionales entre 1848 y la década de 1870? La tradicional historiografía occidental lo dudó muy poco: de la creación de una Europa de estados-nación. Quizá existiera considerable incertidumbre en cuanto a la relación entre esta faceta de la época y otras que evidentemente estuvieron conectadas con ella, como, por ejemplo, el progreso económico, el liberalismo, tal vez incluso la democracia; pero no hubo ninguna vacilación respecto a la función central de la nacionalidad.

¿Y cómo iba a haberla? Sea lo que fuere 1848, la «primavera de los pueblos», también fue claramente, y en especial en términos internacionales, una

afirmación de la nacionalidad, o mejor dicho, de nacionalidades rivales. Alemanes, italianos, húngaros, polacos, rumanos y los demás afirmaron su derecho a ser estados independientes y unificados uniendo a todos los miembros de sus naciones contra los gobiernos opresores, al igual que hicieron checos, croatas, daneses y otros, aunque con crecientes recelos sobre las aspiraciones revolucionarias de naciones mayores que parecían excesivamente dispuestas a sacrificarse. Francia era ya un estado nacional independiente, y a pesar de ello nacionalista.

Las revoluciones fracasaron, pero las mismas aspiraciones dominaron la política europea de los siguientes veinticinco años. Como hemos visto, esas aspiraciones se satisficieron realmente de una forma u otra, aunque, desde luego, por medios no revolucionarios o sólo marginalmente revolucionarios. Francia volvió a ser una caricatura de «gran nación» bajo una caricatura del gran Napoleón; Italia y Alemania se unieron bajo los reinos de Saboya y Prusia; Hungría logró la propia dirección estatal mediante el Compromiso de 1867; Rumania se convirtió en estado por fusión de los dos «principados danubianos». Sólo Polonia, que no había tomado parte adecuada en la revolución de 1848, fracasó en su intento de conseguir la independencia o la autonomía por la insurrección de 1863.

En el extremo oeste de Europa, así como en el extremo sureste, se impuso por la fuerza el «problema nacional». Los fenianos lo provocaron en Irlanda en forma de insurrección radical, apoyados por millones de conciudadanos a los que apretaba el hambre y el odio de Gran Bretaña a Estados Unidos. La crisis endémica del plurinacional imperio otomano adquirió la forma de sublevaciones por parte de los diversos pueblos cristianos que durante tanto tiempo habían estado bajo su dominio en los Balcanes. Grecia y Serbia eran ya independientes, aunque todavía mucho más pequeñas de lo que creían que debían ser. Rumania obtuvo la independencia a finales de la década de 1850. Las insurrecciones populares de principios de la década de 1870 precipitaron otra crisis turca interior e internacional, lo que conseguiría la independencia para Bulgaria al final de la década y aceleraría la «balcanización» de los Balcanes. La llamada «cuestión oriental», aquella permanente preocupación de los ministros del exterior, se planteaba ahora primariamente en la forma de cómo volver a dibujar el mapa de la Turquía europea entre un incierto número de nuevos estados de inciertas dimensiones que pretendían y creían ser «naciones». Y un poco más hacia el norte los problemas internos del imperio de los Habsburgo eran incluso más patentemente aquellos de sus nacionalidades constituyentes, varias de las cuales —y en potencia todas ellas— presentaron demandas que iban desde una suave autonomía cultural a la secesión.

Hasta fuera de Europa era dramáticamente visible la construcción de naciones. ¿Qué fue la guerra civil norteamericana sino el intento de mantener la unidad de la nación norteamericana contra el desperdigamiento? ¿Qué fue la restauración Meiji sino la aparición de una nueva y orgullosa «nación» en el Japón? Era prácticamente innegable que «la construcción de naciones»,

según lo denominó Walter Bagehot (1826-1877), se estaba produciendo en todo el mundo y era característica dominante de la época.

La cosa era tan obvia que apenas se investigó la naturaleza del fenómeno: «No podemos imaginarnos a aquellos para quienes es una dificultad: "sabemos lo que es cuando no nos lo preguntas", pero es imposible explicarlo o definirlo con mucha rapidez»,[3] y pocos creían que lo necesitaban. ¿Seguro que el inglés sabía lo que era ser inglés, y que el francés, el alemán, el italiano o el ruso no tenían dudas de su identidad colectiva? Quizá no, pero en la época de la construcción de naciones se creía que esto implicaba la lógica, necesaria y deseable transformación de las «naciones» en estados-nación soberanos, con un territorio coherente definido por el área que ocupan los miembros de una «nación», que a su vez la definen su historia pretérita, su cultura común, su composición étnica y, de modo creciente, su *lenguaje*. Sin embargo, no hay nada lógico en esta implicación. Si es innegable y tan vieja como la historia la existencia de grupos diferentes de hombres que se distinguen de otros grupos por la diversidad de criterios, no lo es, en cambio, que impliquen lo que el siglo XIX consideraba como tener «categoría de nación». Aún sucede menos que estén organizados en estados territoriales del tipo del siglo XIX, y no digamos nada de los estados coincidentes con «naciones». Estos fueron fenómenos históricos relativamente recientes, si bien algunos estados territoriales más antiguos, como Inglaterra, Francia, España, Portugal y quizá incluso Rusia, se podían haber definido como «estados-nación» sin que por ello fuera un absurdo. Hasta como programa general, la aspiración de formar estados-nación a partir de no-estados-nación fue un producto de la Revolución francesa. Consecuentemente, debemos distinguir con mucha claridad entre la formación de naciones y el «nacionalismo», en cuanto que esto tuvo lugar en nuestro período, y la creación de estados-nación.

El problema no fue meramente analítico, sino práctico. Porque, sin contar al resto del mundo, Europa se hallaba evidentemente dividida en «naciones» sobre cuyos estados o aspiraciones de fundar estados había, adecuada o inadecuadamente, pocas dudas, y en aquellos otros territorios sobre los cuales había gran incertidumbre. La mejor forma de determinar las primeras era el hecho político, la historia institucional o la historia cultural de lo literario. Francia, Inglaterra, España, Rusia eran indudablemente «naciones» porque tenían estados identificados con lo francés, lo inglés, etc. Hungría y Polonia eran naciones porque dentro incluso del imperio de los Habsburgo existió un reino húngaro como entidad autónoma, y hubo durante mucho tiempo un estado polaco hasta que fue destruido a finales del siglo XVIII. Alemania era nación por dos razones: primera, debido a que sus numerosos principados, si bien nunca se unieron en un estado territorial, formaron durante mucho tiempo el llamado «Sacro Imperio Romano de la Nación Alemana» y siguieron formando la Federación alemana, y segunda, porque todos los alemanes cultos compartían el mismo lenguaje y la misma literatura escritos. Por su parte, Italia, aunque nunca fue entidad política, contaba qui-

zá con la más antigua cultura literaria común de su minoría selecta.* Y así sucesivamente.

El criterio «histórico» de categoría de nación implicaba, pues, la importancia decisiva de las instituciones y cultura de las clases gobernantes o minorías selectas preparadas, suponiendo que éstas se identificaran o no fueran demasiado incompatibles con el pueblo común. Sin embargo, el argumento *ideológico* a favor del nacionalismo era muy distinto y mucho más radical, democrático y revolucionario. Se basaba en el hecho de que, sea lo que fuere lo que dijera la historia o la cultura, los irlandeses eran irlandeses y no ingleses, los checos, checos y no alemanes, los finlandeses no eran rusos, y ningún pueblo debía ser explotado y gobernado por otro. Se podrían buscar o inventar argumentos históricos para apoyar esta demanda —siempre pueden descubrirse—, pero, en esencia, el movimiento checo no se basó en la pretensión de restaurar la corona de san Wenceslao, ni el irlandés en la abrogación de la Unión de 1801. El fundamento de esta actitud de separación no era necesariamente «étnico», en el sentido de existir unas diferencias físicas o incluso lingüísticas de pronta identificación. A lo largo de nuestro período los movimientos de los irlandeses (la mayoría de los cuales hablaba ya inglés), los noruegos (cuyo idioma literario no era muy distinto del danés) o los finlandeses (cuyos nacionalistas eran de habla sueca y finlandesa) no provocaron ninguna cuestión fundamentalmente lingüística. Si el problema era cultural, no se trataba de la «alta cultura» de la que poco poseían varios de los pueblos en cuestión, sino de la cultura oral —cantos, baladas, epopeyas, etc., costumbres y formas de vida de «lo folklórico»— del pueblo común, o sea, el campesinado a efectos prácticos. La primera etapa del «florecimiento nacional» pasaba invariablemente por la adquisición, recuperación y acumulación de orgullo debidas a esta herencia folklórica (véase *La era de la revolución*, capítulo 14). Pero, en sí misma, esta circunstancia no era política. Quienes lo promovían eran casi siempre miembros cultos de la clase dirigente extranjera o minoría selecta, como, por ejemplo, los pastores luteranos alemanes o los caballeros intelectuales del Báltico que reunieron el folklore y las antigüedades del campesinado letón o estonio. Los irlandeses no eran nacionalistas porque creían en los duendes.

Más adelante expondremos por qué y hasta qué punto eran nacionalistas. Lo significativo aquí es que la típica nación «ahistórica» o «semihistórica» era también una nación *pequeña*, y esto hacía que el nacionalismo del siglo XIX tuviera que enfrentarse con un dilema que raramente se ha reconocido. Porque los defensores del «estado-nación» no sólo afirmaban que debía ser nacional, sino que también debía ser «progresivo», es decir, capaz de desarrollar una economía viable, una tecnología, una organización estatal y una

* Ningún inglés, francés o alemán contemporáneo puede leer las obras literarias del siglo XIV escritas en sus países sin aprender gran parte de un idioma distinto; sin embargo, todos los italianos cultos pueden leer hoy al Dante con menos dificultad que los hablantes de inglés moderno pueden leer a Shakespeare.

fuerza militar; esto es, tenía que ser por lo menos moderadamente grande. De hecho, iba a ser la unidad «natural» del desarrollo de la sociedad moderna, liberal, progresiva y burguesa *de facto*. La «unificación», igual que la «independencia», era su principio, y allá donde no existían argumentos históricos para la unificación —al contrario de, por ejemplo, en Italia y Alemania—, se formulaba como programa cuando era factible. No hay en absoluto evidencias de que los eslavos balcánicos se hayan considerado nunca miembros de la misma nación, pero los ideólogos nacionalistas que surgieron en la primera mitad del siglo pensaron en una «Iliria» apenas más real que la de Shakespeare, en un estado «yugoslavo» que uniría a serbios, croatas, eslovenos, bosnios, macedonios y otros, quienes, para no decir más, aún hoy demuestran que su nacionalismo yugoslavo se halla en conflicto con sus sentimientos como croatas, eslovenos, etc.

El paladín más elocuente y típico de la «Europa de las nacionalidades», Giuseppe Mazzini (1805-1872), propuso en 1857 un mapa de su Europa ideal;[6] consistía meramente en once uniones de este tipo. Está claro que su idea de «estados-nación» era muy distinta de la de Woodrow Wilson, quien presidió el nuevo y sistemático trazado del mapa europeo de acuerdo con los principios nacionales de Versalles en 1919-1920. Su Europa consistía en veintiséis o (incluyendo a Irlanda) veintisiete estados soberanos, y según el criterio de Wilson se podían haber completado con unos cuantos más. ¿Qué les iba a pasar a las naciones pequeñas? Sencillamente, tendrían que integrarse de modo federal o de otra manera en los estados-nación viables, con o sin alguna autonomía aún indeterminada, aunque esto parecía eludir la advertencia de Mazzini en el sentido de que el hombre que propusiera la unión de Suiza con Saboya, el Tirol alemán, Carintia y Eslovenia difícilmente podría criticar al —digamos— imperio de los Habsburgo por hollar el principio nacional.

El argumento más simple de aquellos que identificaban los estados-nación con el progreso era la negación del carácter de naciones «reales» a los pueblos pequeños y atrasados, o argüir que el progreso les debía reducir a meras idiosincrasias provinciales dentro de las naciones «reales» más grandes, o incluso hacerlos desaparecer por la asimilación a algún *Kulturvolk*. Esta teoría no parecía ser irrealista. Después de todo, la incorporación de los habitantes de Mecklemburgo a Alemania como miembros no les apartó de hablar un dialecto que estaba más cerca del holandés que del buen alemán y que no podía entender ningún bávaro, y por la misma causa los eslavos de Lusacia no dejaron de aceptar (como siguen haciendo hoy) un estado básicamente alemán. La existencia de los bretones y parte de los vascos, catalanes y flamencos, sin contar a los hablantes del provenzal y de la *langue d'oc*, fue perfectamente compatible con la nación francesa de la que formaban parte, y si los alsacianos crearon problemas fue únicamente debido a que otro gran estado-nación, Alemania, se disputó su alianza. Por otro lado, se dieron ejemplos de pequeños grupos lingüísticos cuya culta minoría selecta consideraba sin melancolía la futura desaparición de su lengua. Gran cantidad de galeses se resignaron

a ello a mediados del siglo XIX y algunos hasta lo aprobaron como medio de facilitar la penetración del progreso en una región atrasada.

En tales argumentos se apreciaba un fuerte elemento de desigualitarismo y quizá aún uno mayor de indicio especioso. Algunas naciones —las grandes, las «avanzadas», las establecidas, y ciertamente la del ideólogo— se hallaban destinadas por la historia a prevalecer o (si el ideólogo prefería la fraseología darwiniana) a vencer en la lucha por la existencia: con otras, en cambio, no ocurría lo mismo. Sin embargo, esto no debe interpretarse simplemente como una conspiración de algunas naciones para oprimir a otras, aunque difícilmente podría censurarse a los portavoces de las naciones no reconocidas por pensar así. Ya que el argumento se dirigía por igual contra los idiomas y culturas regionales de la nación y contra los intrusos, aparte de que no pretendía necesariamente su desaparición sino sólo su degradación del estatus de «idioma» al de «dialecto». Cavour no negó el derecho de los saboyanos a hablar en una Italia unida su lengua (más cercana al francés que al italiano): él mismo la hablaba al tratar casi siempre cuestiones internas. Cavour y otros nacionalistas italianos insistieron meramente en que sólo debía haber un idioma y un medio de instrucción oficial, el italiano, y que los demás deberían ser secundarios. Por este motivo ni los sicilianos ni los sardos insistieron en su categoría de nación autónoma, y su problema se pudo redefinir como «regionalismo». La fricción sólo era políticamente significativa cuando un pequeño pueblo pretendía la categoría de nación, como sucedió con los checos en 1848 al rehusar sus portavoces la invitación de los liberales alemanes a participar en el parlamento de Frankfurt. Los alemanes no negaban que existieran checos. Simplemente constataban, con toda propiedad, que los checos cultos leían y escribían alemán, compartían la elevada cultura alemana y (impropiamente), por lo tanto, eran alemanes. El hecho de que la minoría selecta checa hablara también checo y compartiera la cultura del pueblo local era, por lo visto, políticamente insignificante, al igual que las actitudes del pueblo común en general y del campesinado en particular.

Consecuentemente, enfrentados a las aspiraciones nacionales de los pueblos pequeños los ideólogos de la «Europa nacional» tenían tres elecciones: podían negar su legitimidad o su existencia en conjunto, podían reducirlos a movimientos en pro de la autonomía regional, y podían aceptarlos como realidades innegables, pero ingobernables. Los alemanes tendieron a elegir la primera alternativa con pueblos como los eslovenos, y los húngaros con los eslovacos.* Cavour y Mazzini prefirieron la segunda para el movimiento irlandés. Nada es más paradójico que su fallo en adaptar al modelo nacionalista el movimiento nacional sobre cuya base masiva no podía haber duda concebible. Políticos de todas las clases se sintieron obligados a aceptar la tercera alternativa para los checos, cuyo movimiento nacional, si bien no vislumbraba entonces la independencia total, no pudo ya ser discutido después de 1848. Naturalmente, donde era posible no se prestaba ninguna atención a tales movimientos. Difícilmente se preocupaba ningún extranjero de advertir que varios de los estados «nacionales» más antiguos eran, en realidad, plurinacionales (por ejemplo, Gran Bretaña, Francia, España), ya que los galeses, los escoceses, los bretones, los catalanes, etc., no planteaban ningún problema internacional y (con la posible excepción de los catalanes) tampoco suscitaban dificultades significativas en la política interior de sus países.

* Debemos diferenciar esta actitud de la de los revolucionarios sociales que, al menos en nuestro período, no dieron ningún gran significado al nacionalismo, y por lo mismo tuvieron de él una visión puramente funcional. Para Marx, el nacionalismo húngaro y polaco de 1848 era bueno porque se movilizó en el bando de la revolución, y el nacionalismo checo y croata malo porque objetivamente se promovió en el partido de la contrarrevolución. Sin embargo, no podemos negar que existía un elemento de nacionalismo de gran nación en tales actitudes, aspecto que fue muy evidente en los revolucionarios franceses de elevado chauvinismo (sobre todo en los blanquistas), y de difícil negación incluso en Friedrich Engels.

II

Existía, pues, una diferencia fundamental entre el movimiento para fundar estados-nación y el «nacionalismo». El uno era un programa encaminado a construir una estructura política con pretensiones de estar fundamentada en el otro. No hay duda de que muchos de los que se creían «alemanes» para algunos fines, no pensaban en que esto implicara un único estado alemán, un estado alemán específico, y mucho menos un estado que, como decía la canción, incluyera a todos los alemanes que vivían en el territorio limitado por los ríos Mosa en el oeste y Niemen en el este, los estrechos marítimos de Dinamarca (el cinturón) en el norte y el río Adige en el sur. Por ejemplo, Bismarck habría negado que su rechazo de este programa de una «Alemania más grande» significara que él no era un *Junker* alemán y prusiano, amén de servidor del estado. Él era alemán, pero no alemán nacionalista, probablemente ni siquiera «pequeño alemán» nacionalista por convicción, aunque fue él quien realmente unificó el país (con la exclusión de las áreas del imperio austríaco que habían pertenecido al Sacro Imperio Romano y la inclusión de los territorios que Prusia había conquistado a Polonia y que nunca habían formado parte de ella). Un caso extremo de divergencia entre el nacionalismo y el concepto de estado-nación fue Italia, cuya mayor parte se unificó bajo el rey de Saboya en 1859-1860, 1866 y 1870. Había que remontarse a la antigua Roma para descubrir el precedente histórico de administración única de todo el territorio comprendido entre los Alpes y Sicilia, al que Metternich definió con toda justicia como «mera expresión geográfica». En el momento de la unificación, en 1860, se calculó que no más del 2,5 por 100 de sus habitantes hablaba realmente el italiano para los fines ordinarios de la vida, mientras el resto hablaban idiomas tan distintos que a los maestros de escuela que envió el estado italiano a Sicilia en la década de 1860 se les tomó equivocadamente por ingleses.[3] Es probable que en aquella fecha un porcentaje mucho mayor, mas no obstante aún una modesta minoría, pensa-

ran que en primer lugar eran italianos. No es extraño que Massimo d'Azeglio (1792-1866) exclamara en 1860: «Hemos hecho Italia; ahora tenemos que hacer los italianos».

Sin embargo, sea cual fuere su naturaleza y programa, los movimientos que representaban «la idea nacional» crecían y se multiplicaban. No representaron con frecuencia —o siquiera normalmente— lo que hacia principios del siglo XX se convirtió en la versión modelo (y extrema) del programa nacional, o sea, la necesidad para cada «pueblo» de un estado totalmente independiente, territorial y lingüísticamente homogéneo, secular, y probablemente del parlamento republicano.* No obstante, todos ellos propugnaban cambios políticos más o menos ambiciosos, y esto es lo que les hacía «nacionalistas». Éstos son los que nosotros debemos considerar ahora, evitando el anacronismo de la sapiencia *a posteriori* y la tentación de confundir las ideas de los dirigentes nacionalistas más vociferantes con las que sostenían en realidad sus seguidores.

No debemos pasar por alto la sustancial diferencia que existía entre los nacionalismos viejos y nuevos, puesto que los primeros no sólo incluían las naciones «históricas» que aún no poseían sus propios estados, sino aquellas que contaban con ellos desde mucho tiempo atrás. ¿En qué medida sintieron los británicos el nacionalismo británico? No gran cosa, a pesar de la virtual ausencia en esta etapa de movimientos a favor de la autonomía galesa y escocesa. Había un nacionalismo inglés, pero las naciones más pequeñas de la isla no lo compartían. Los emigrantes ingleses a Estados Unidos estaban orgullosos de su nacionalidad y, por lo tanto, eran reacios a adoptar la ciudadanía norteamericana, pero los emigrantes galeses y escoceses no tenían la misma fidelidad. Al poder seguir siendo tan orgullosamente galeses y escoceses con la ciudadanía norteamericana como con la británica, se naturalizaban libremente. ¿En qué medida sintieron el nacionalismo francés los miembros de *la grande nation*? No lo sabemos, pero las estadísticas de evasión del reclutamiento a principios del siglo sugieren que ciertas regiones del oeste y del sur (y no digamos nada del caso especial de los corsos) consideraban que el servicio militar obligatorio era una desagradable imposición en vez de un deber nacional del ciudadano francés. Como sabemos, los alemanes tenían distintos pareceres respecto a las dimensiones, la naturaleza y la estructura del futuro estado alemán unido, pero ¿a cuántos de ellos les preocupaba de verdad la unificación alemana? Se acepta en general que no a los campesinos alemanes, ni siquiera en la revolución de 1848, cuando predominaba en la política la cuestión nacional. Estos fueron países en los que el nacionalismo y el patriotismo masivo apenas puede negarse, y demuestran lo imprudente que es dar por sentada su universalidad y homogeneidad.

* El sionismo, debido al extremismo de sus pretensiones, ilustra esto con claridad, ya que implicó la conquista de un territorio y la invención de una lengua y la secularización de las estructuras políticas de un pueblo cuya unidad histórica consistió exclusivamente en la práctica de una religión común.

En la mayoría de las demás naciones, sobre todo en las nacientes, sólo el mito y la propaganda se daban por supuestos a mediados del siglo XIX. En ellas, y después de su fase sentimental y folklórica, el movimiento «nacional» tendía a ser político, con el surgimiento de grupos de mandos más o menos grandes dedicados a «la idea nacional», publicaciones de diarios nacionales y otra literatura, organizadores de sociedades nacionales, intentos de establecer instituciones educativas y culturales, y diversas actividades más claramente políticas. Pero, en general, en esta etapa al movimiento le faltaba aún apoyo serio por parte de la masa de la población. Éste provenía principalmente de la capa intermedia que existía (aunque con dudas) entre las masas y la burguesía o aristocracia local, y especialmente de los ilustrados: maestros, los niveles más bajos de la clerecía, algunos tenderos y artesanos, y la clase de hombres que habían ascendido tanto como les fue posible siendo hijos de un estrato campesino subordinado en una sociedad jerarquizada. Por último, los estudiantes procedentes de algunas facultades, seminarios y escuelas superiores de mentalidad nacional les proporcionó un conjunto ya formado de militantes activos. Desde luego en las naciones «históricas» que para resurgir como estados necesitaban poca cosa, salvo la eliminación del gobierno extranjero, la minoría selecta local —burguesía acomodada en Hungría y Polonia, burócratas de la clase media en Noruega— proporcionaba unos mandos más inmediatamente políticos y a veces una base mayor al nacionalismo (véase *La era de la revolución*, capítulo 7). En conjunto, esta fase de nacionalismo finaliza entre 1848 y la década de 1860 en el norte, el oeste y el centro de Europa, si bien muchos de los pueblos más pequeños del Báltico y los eslavos empezaban prácticamente a entrar en ella.

Por causas obvias, los sectores más tradicionales, atrasados o pobres de un pueblo eran los últimos en participar en tales movimientos: obreros, siervos y campesinos, quienes seguían la senda trazada por las minorías selectas «educadas». La fase de un nacionalismo masivo, que por tanto caía normalmente bajo la influencia de organizaciones de la nacionalista capa media liberal-democrática —excepto cuando la contrarrestaban partidos obreros y socialistas independientes—, tenía una cierta correlación con el desarrollo político y económico. En los territorios checos comenzó en la revolución de 1848, decayó en la década absolutista de 1850, pero creció enormemente durante el rápido progreso económico de la de 1860, cuando las condiciones políticas eran también más favorables. Por entonces una nativa burguesía checa había adquirido suficiente riqueza para fundar un eficaz banco checo y finalmente instituciones tan onerosas como un Teatro Nacional en Praga (que se abrió de modo provisional en 1862). Además, organizaciones culturales masivas como los clubs gimnásticos *Sokol* (1862) se extendían ahora por todas las zonas rurales y las campañas políticas posteriores al Compromiso austrohúngaro se presentaron mediante una serie de vastas manifestaciones de masas al aire libre —alrededor de 140, con una participación aproximada de 1,5 millones en 1868-1871—[6] que, incidentalmente, ilustran la novedad y el «internacionalismo» cultural de los movimientos nacionales de masas. A falta de un

nombre propio para designar tales actividades, los checos utilizaron inicialmente el término «mitin», tomándolo del movimiento irlandés que intentaron copiar.* Sin embargo, y como recuerdo a los husitas del siglo XV, ejemplo natural para la militancia nacional checa, pronto se inventó un nombre adecuado y tradicional: el de «tabor». A su vez, este término lo adoptaron los nacionalistas croatas para sus manifestaciones, si bien los husitas no tuvieron relevancia histórica para ellos.

Este tipo de nacionalismo de masas era nuevo, y muy distinto del nacionalismo de minoría selecta o de clase media de los movimientos italianos y alemanes. Por otro lado, existía desde mucho tiempo atrás otra forma de nacionalismo masivo: más tradicional, más revolucionario y más independiente de las clases medias locales, aunque sólo fuera porque éstas no tenían una gran consecuencia económica y política. Pero ¿podemos calificar de «nacionalistas» a las rebeliones de campesinos y montañeses contra el gobierno extranjero, cuando únicamente les unía la conciencia de opresión, la xenofobia y una vinculación a la vieja tradición, a la verdadera fe y a un vago sentido de identidad étnica? Sólo cuando se hallaban vinculados por una u otra razón a los modernos movimientos nacionales. Podría discutirse si existía esa posibilidad de vinculación en el sureste de Europa, donde tales sublevaciones destruyeron mucho del imperio turco, particularmente en la década de 1870 (Bosnia, Bulgaria), aunque es innegable que dieron lugar a estados independientes (Rumania, Bulgaria) que pretendieron ser nacionales. Con mucho podríamos hablar de un protonacionalismo a semejanza del de los rumanos, que eran conscientes de la diferencia de lenguaje que tenían con los eslavos, húngaros y alemanes que les rodeaban; o del de los eslavos conscientes de una cierta «calidad de eslavo», que los intelectuales y políticos de nuestro período trataron de desarrollar en ideologías de paneslavismo.** E incluso entre ellos es probable que el sentimiento de solidaridad de los cristianos ortodoxos con el gran ortodoxo imperio de Rusia fuera la fuerza que le proporcionó realidad en este período.

Con todo, uno de dichos movimientos era incuestionablemente nacional: el irlandés. La Hermandad Republicana Irlandesa («fenianos»), con su todavía superviviente Ejército Republicano Irlandés (IRA), fue la descendiente lineal de las secretas fraternidades revolucionarias del período anterior a 1848 y la organización de su género de más larga vida. El masivo apoyo rural a los políticos nacionalistas no era realmente nuevo, ya que la combinación irlandesa de conquista extranjera, pobreza, opresión y gran parte de la clase de terratenientes angloprotestantes impuesta al campesinado irlandés y católico movilizaba al menos político. En la primera mitad del siglo los dirigentes de estos movimientos de masas pertenecían a la (pequeña) clase media irlandesa y su propósito —al que había apoyado la única organización nacional efectiva, la Iglesia— había sido la consecución de un moderado acuerdo con los ingleses. Las novedades que presentaban los fenianos, quienes por primera vez se manifestaron como tales a finales de la década de 1850, eran su absoluta independencia de los moderados de la clase media, que su apoyo provenía enteramente de las masas populares —inclusive de sectores del campesinado, a pesar de la abierta hostilidad de la Iglesia—, y que eran los primeros en emprender un programa de total independencia de Inglaterra basado en la insurrección armada. Pese a su nombre, derivado de la mitología heroica de la vieja Irlanda, su ideología no era en absoluto tradicional, si bien su nacionalismo secular e incluso anticlerical no puede ocultar el hecho de que para la masa de los irlandeses fenianos el criterio de nacionalidad era (y aún es) la fe católica. Su incondicional concentración en una república irlandesa obtenida por la lucha armada sustituyó a cualquier programa social, económico e incluso de política interior, y su heroica leyenda de pistoleros y mártires rebeldes ha sido hasta nuestros días demasiado poderosa para aquellos que quisieron formular uno. Esta es la «tradición republicana» que perdura en la década de 1970 y que ha resurgido en la guerra civil del Ulster en el IRA «Provisional». La presteza de los fenianos por aliarse con revolucionarios socialistas, y la de éstos por reconocer el carácter revolucionario del fenianismo, no debiera alentar grandes ilusiones.*

* Los franceses y españoles se apropiaron también de la palabra «mitin» para las manifestaciones masivas de la clase obrera, pero probablemente tomada de la experiencia inglesa.

** El paneslavismo interesaba tanto a los políticos conservadores e imperiales de Rusia, a quienes ofrecía la ampliación de la influencia rusa, como a los de los pueblos eslavos más pequeños del imperio de los Habsburgo, a quienes ofrecía un poderoso aliado y quizás también, aunque más remotamente, la esperanza de formar una gran nación «propia» en vez de un conjunto de naciones pequeñas al parecer inviables. (El paneslavismo revolucionario y democrático del anarquista Bakunin podría omitirse por utópico.) Por esa causa tropezó con la fortísima oposición de la izquierda, que consideraba a Rusia como principal baluarte de la reacción internacional.

Pero tampoco deberíamos subestimar la novedad y el significado histórico de un movimiento cuyo apoyo financiero provenía de las masas de obreros irlandeses a los que empujaba el hambre y el odio de Inglaterra a Estados Unidos, cuyos reclutas procedían de proletarios irlandeses emigrados a Norteamérica e Inglaterra —apenas había obreros industriales en lo que ahora es la República irlandesa— y de jóvenes campesinos y de peones de hacienda de los antiguos baluartes del «terrorismo agrario» irlandés, cuyos mandos eran de esta última clase, y de la capa más baja de oficinistas revolucionarios, y cuyos dirigentes consagraban su vida a la insurrección. Se trataba de la anticipación de los movimientos revolucionarios nacionales de los países subdesarrollados en el siglo XX. Le faltaba, sin embargo, la esencia de la organización socialista del trabajo, o quizás simplemente la inspiración de la ideología socialista que convertiría en fuerza formidable en este siglo la combinación de liberación nacional y transformación social. No había socialismo en ninguna parte, y mucho menos organización socialista en Irlanda, y los fenianos que también eran revolucionarios sociales, en especial Michael Davitt (1846-1906), tuvieron únicamente éxito en manifestar de modo explícito en el *Land League* la siempre implícita relación que existía entre el nacionalismo masivo y el des-

* Marx los apoyó con firmeza y mantuvo correspondencia con los dirigentes fenianos.

contento de la masa agraria; y aun esto no se consiguió hasta después del final de nuestro período, durante la gran depresión agraria al final de las décadas de 1870 y 1880. El fenianismo era nacionalismo masivo en la época del liberalismo triunfante. Poco podía hacer aparte de rechazar a Inglaterra y demandar, mediante la revolución, la total independencia para un pueblo oprimido, confiado en que se resolvieran así los problemas de pobreza y explotación. Y ni siquiera lograron este objetivo con efectividad, porque a pesar de la abnegación y heroísmo de los fenianos, sus aisladas insurrecciones (1867) e invasiones (por ejemplo, del Canadá desde Estados Unidos) fueron dirigidas con notable incompetencia y, como es habitual en tales operaciones, sus dramáticos *golpes* sólo consiguieron una publicidad temporal; en ocasiones mala publicidad. Cierto es que generaron la fuerza que iba a obtener la independencia para la mayor parte de la Irlanda católica, pero no generaron nada más, dejaron el futuro de esa Irlanda a los moderados de la clase media, los ricos hacendados y los comerciantes de pueblo de un pequeño país agrario que se harían cargo de su herencia.

Aunque el caso irlandés siguió siendo único, no hay duda de que en nuestro período el nacionalismo fue cada vez más una fuerza masiva, al menos en los países poblados por blancos. Aun cuando el *Manifiesto comunista* fue menos irrealista de lo que se supone frecuentemente, al declarar que «los trabajadores no tienen patria», es probable que avanzara a través de la clase obrera *pari passu* con conciencia política, aunque sólo fuera porque la tradición de la misma revolución era nacional (como en Francia) y debido a que los dirigentes e ideólogos de los nuevos movimientos laborales se hallaban hondamente implicados en la cuestión nacional (como en casi todas partes en 1848). En la práctica, la alternativa a una conciencia política «nacional» no era un «internacionalismo de la clase obrera», sino una conciencia subpolítica que todavía funcionaba a una escala mucho menor que la del estado-nación. Por otro lado, eran pocos los hombres y mujeres de la izquierda política que hacían elecciones claras entre lealtades nacionales y supranacionales como la causa del proletariado internacional. En la práctica, el «internacionalismo» de la izquierda significaba solidaridad y apoyo para aquellos que luchaban por la misma causa en otras naciones y, en el caso de los refugiados políticos, la disposición a participar en la lucha allá donde se encontraran. Pero, como demuestran los ejemplos de Garibaldi, Cluseret de la Comuna de París (quien ayudó a los fenianos en Norteamérica) y numerosos combatientes polacos, esta actitud no era incompatible con las vehementes creencias nacionalistas.

Podría significar asimismo la negativa a aceptar las definiciones del «interés nacional» expuestas por algunos gobiernos y otros. Sin embargo, los socialistas alemanes y franceses que en 1870 se unieron a la protesta contra la «fratricida» guerra franco-prusiana no eran insensibles al nacionalismo según lo veían *ellos*. La Comuna de París obtuvo tanto apoyo del patriotismo jacobino de París como de las consignas de emancipación social, y los marxistas socialdemócratas alemanes de Liebknecht y Bebel obtuvieron gran parte del suyo por su llamamiento al nacionalismo radical-democrático de 1848 contra

la versión prusiana del programa nacional. Más que el patriotismo alemán, lo que ofendió a los obreros alemanes fue la reacción; y uno de los aspectos más inaceptables de ésta era que denominaba a los socialdemócratas *vaterlandlose Gesellen* (camaradas sin patria), con lo que les negaba el derecho a ser no sólo trabajadores, sino buenos alemanes. Y, naturalmente, para la conciencia política era casi imposible dejar de definirse de una u otra manera nacionalmente. El proletariado, al igual que la burguesía, existía sólo conceptualmente como realidad internacional. De hecho, existía como conjunto de grupos a los que definía su estado nacional o diferencia étnica-lingüística: británica, francesa o, en los estados plurinacionales, alemana, húngara o eslava. Y como quiera que al «estado» y la «nación» se les suponía una coincidencia en la ideología de aquellos que establecían las instituciones y dominaban la sociedad civil, la política en términos de estado implicaba la política en términos de nación.

III

Pero no obstante los poderosos sentimientos y —a medida que las naciones se convertían en estados o viceversa— lealtades nacionales, la «nación» no era un desarrollo espontáneo, sino elaborado. No se trataba simplemente de una novedad histórica, aunque representaba las cosas que los miembros de algunos grupos humanos muy antiguos tenían en común o creían tener en común frente a los «extranjeros». Tenía que ser realmente construida. De ahí la crucial importancia de las instituciones que podían *imponer* uniformidad nacional, lo que significaba primeramente el estado, sobre todo la educación pública, los puestos de trabajo públicos y el servicio militar en los países que habían adoptado el reclutamiento obligatorio.* Los sistemas educativos de los países desarrollados se extendieron sustancialmente a lo largo de este período a todos los niveles. De acuerdo con las normas modernas, el número de estudiantes universitarios siguió siendo extraordinariamente modesto. Sin contar los estudiantes de teología, Alemania iba en cabeza al final de la década de 1870 con casi 17.000, seguida muy de lejos por Italia y Francia con 9.000 a 10.000 cada una y Austria con unos 8.000.[8] No aumentó gran cosa, salvo por la presión nacionalista y en Estados Unidos, donde se estaban multiplicando las instituciones dedicadas a la educación superior.** La educación secundaria se desarrolló con las clases medias, aunque —al igual que la burguesía superior a la que iban destinadas— siguieron siendo instituciones muy de la minoría selecta, salvo de nuevo en Estados Unidos, donde los

* Había reclutamiento obligatorio en Francia, Italia, Alemania, Bélgica y la Hungría austríaca.

** De las dieciocho universidades nuevas que se fundaron entre 1849 y 1875, nueve eran de ultramar (cinco en Estados Unidos, dos en Australia, una en Argel y otra en Tokio), cinco eran del este de Europa (Jassy, Bucarest, Odessa, Zagreb y Czernowitz). Dos fundaciones muy modestas se hallaban en Gran Bretaña.

«institutos» públicos empezaron su carrera de triunfo democrático. (En 1850 sólo había un centenar de ellos en toda la nación.) En Francia la proporción de los que emprendían la educación secundaria ascendió de uno por cada 35 (1842) a uno por cada 20 (1864): pero los graduados de secundaria —fueron por término medio unos 5.500 anuales en la primera mitad de la década de 1860— supusieron sólo uno por cada 55 o 60 de la enseñanza obligatoria, si bien se mejoraba la situación de 1840, cuando habían supuesto únicamente uno por cada 93.[10] La mayoría de los países se hallaban situados en alguna parte de las comprendidas entre los países totalmente preeducativos o totalmente restrictivos como Gran Bretaña con sus 25.000 muchachos en 225 establecimientos puramente privados denominados de modo erróneo «escuelas públicas» y los alemanes ávidos de educación cuyos *gimnasios* contenían quizás un cuarto de millón de alumnos en la década de 1880.

Sin embargo, el mayor progreso se produjo en las escuelas primarias, cuyo objetivo, por consenso general, no era solamente enseñar los rudimentos del alfabeto y la aritmética, sino, quizá todavía más, imponer a sus pupilos los valores de la sociedad (moralidad, patriotismo, etc.). Se trataba del sector de la educación que había descuidado previamente el estado secular, y su desarrollo se hallaba estrechamente vinculado al progreso en la política de las masas, hecho que atestigua el establecimiento en Gran Bretaña del sistema público de educación primaria tres años después de la ley de reforma de 1867 y la vasta extensión del sistema en la primera década de la Tercera República francesa. El progreso era realmente sorprendente: entre 1840 y la década de 1880 la población de Europa creció un 33 por 100, pero el número de niños que iba al colegio aumentó un 145 por 100. Hasta en Prusia, donde abundaban los colegios, el número de escuelas primarias aumentó más del 50 por 100 entre 1843 y 1871. Por otro lado, no hay que achacar únicamente al atraso educativo de Italia que el incremento más rápido en la población escolar durante nuestro período se produjera allí: el 46 por 100. En los quince años siguientes a la unificación se dobló el número de los niños de escuela primaria.

Realmente, estas instituciones fueron de crucial importancia para los nuevos estados-nación, ya que sólo a través de ellos el «idioma nacional» (generalmente construido antes mediante esfuerzos privados) pudo de verdad convertirse en el idioma hablado y escrito del pueblo, al menos para algunos fines.* De ahí también la crucial importancia que tuvieron para los movimientos nacionales en su lucha por la obtención de la «autonomía cultural», o sea, para controlar la parte destacada de las instituciones estatales, por ejemplo, alcanzar la instrucción escolar en el uso administrativo del idioma. La cuestión no afectaba a los analfabetos, quienes aprendían su dialecto de sus madres, ni tampoco a los pueblos minoritarios, que se adaptaban *en bloque* al idioma dominante de la clase dirigente. Los judíos europeos se contentaban con conservar sus lenguas nativas —el yiddish derivado del alemán medieval y el ladino procedente del español medieval— como *Mame-Loschen* (lengua madre) para uso privado, comunicándose con sus vecinos gentiles en el idioma preciso y, si se aburguesaban, abandonando su vieja lengua y adoptando la de la aristocracia y clase media que los rodeaba: inglés, francés, polaco, ruso, húngaro, pero especialmente el alemán.* Sin embargo, los judíos de esta época no eran nacionalistas, y su fallo en conceder importancia a una lengua «nacional», así como su falta de territorio nacional, introdujo en muchos la duda de que ellos pudieran ser una «nación». Por otra parte, la cuestión era vital para la clase media y las cultas minorías selectas que surgían de los pueblos atrasados o subalternos. Era a éstas a quienes molestaba especialmente el acceso privilegiado a los puestos prestigiosos e importantes que tenían los habitantes nativos de la lengua «oficial»; aun cuando (como ocurría con los checos) su mismo bilingüismo obligatorio les proporcionara ventaja sobre los alemanes monolingües de Bohemia. ¿Por qué iba a tener un croata que aprender italiano, idioma de una pequeña minoría, si quería ser oficial de la armada austríaca?

* Los «medios de comunicación» —en este período la prensa— sólo pudieron ser tal cosa cuando se creó una masa de público que sabía leer y escribir el idioma básico.

Y, sin embargo, a medida que se fueron formando los estados-nación, a medida que se fueron multiplicando los puestos y las profesiones públicas de la civilización progresiva, a medida que la educación escolar se fue generalizando, sobre todo a medida que la emigración fue urbanizando los pueblos rurales, estos resentimientos encontraron una resonancia general en aumento. Porque las escuelas y las instituciones, al imponer un idioma de instrucción, imponían también una cultura, una nacionalidad. En las zonas de establecimiento homogéneo esto no tenía importancia: la constitución austríaca de 1867 reconoció la educación elemental en la «lengua del país». Pero ¿por qué los eslovenos o los checos, que emigraban hasta entonces a las ciudades alemanas, se veían forzados a hacerse alemanes como precio por aprender a leer y escribir? Exigieron el derecho a tener sus propias escuelas aun cuando eran minorías. ¿Y por qué los checos y eslovenos de Praga o Laibach (Ljubljana), después de reducir a la mayoría alemana a una pequeñísima minoría, tuvieron que enfrentarse a nombres de calles y normas municipales escritas en un idioma extranjero? La política de la mitad austríaca del imperio de los Habsburgo estaba llena de complejidades porque el gobierno se veía obligado a pensar plurinacionalmente. Pero ¿qué decir de otros gobiernos que para magiarizar, germanizar o italianizar sistemáticamente utilizaban la escolaridad, esa poderosísima arma formadora de las naciones sobre las que pretendían apoyarse? La paradoja del nacionalismo se hallaba en que, al formar su propia nación, creaba automáticamente el contranacionalismo de aquellos a quienes forzaba a elegir entre la asimilación y la inferioridad.

* Se creó un movimiento para desarrollar el yiddish y el ladino en lenguas literariamente uniformes: en el primer caso se inició a mediados de siglo, y posteriormente lo continuaron los movimientos judíos revolucionarios (marxistas), *no* el nacionalismo judío (el sionismo).

La era del liberalismo no captó esta paradoja. En efecto, no comprendió que el «principio de la nacionalidad», que ella había aprobado, se considerara a sí mismo tangible y en determinados casos activamente apoyado. Los observadores contemporáneos no dudaron en suponer —o en actuar como si lo supusieran— que las naciones y el nacionalismo se hallaban aún muy lejos de estar formados y eran maleables. La nación norteamericana, por ejemplo, se basaba en el supuesto de que al emigrar a través del océano muchos millones de europeos abandonarían sus patrias y todas las pretensiones de estatus oficial para sus lenguas y culturas nativas. Estados Unidos (o Brasil, o Argentina) no serían plurinacionales, sino que absorberían en su nación a los inmigrantes. Y esto es lo que aconteció en nuestro período, aun cuando las comunidades inmigrantes no perdieron su identidad en el «crisol» del nuevo mundo, sino que siguieron siendo o incluso llegaron a ser consciente y orgullosamente irlandeses, alemanes, suecos, italianos, etc. Las comunidades de inmigrantes quizás constituyeran fuerzas nacionales de importancia en sus países de origen, como ocurría con los irlandeses norteamericanos para la política de Irlanda; pero en Estados Unidos, por ejemplo, sólo tenían gran significado para los candidatos a las elecciones municipales. Por su misma existencia los alemanes en Praga proporcionaron los problemas políticos más trascendentales al imperio de los Habsburgo; sin embargo, los alemanes en Cincinnati o Milwaukee no presentaron las mismas dificultades en Estados Unidos.

Consecuentemente, el nacionalismo parecía seguir siendo de fácil manejo en un marco de liberalismo burgués y compatible con éste. Se pensaba que un mundo de naciones sería un mundo liberal, y un mundo liberal se compondría de naciones. Con todo, el futuro iba a demostrar que la relación entre ambos no era así de simple.

6. LAS FUERZAS DE LA DEMOCRACIA

> La burguesía debería saber que, junto a ella, en el Segundo Imperio se han desarrollado las fuerzas de la democracia. Se va a encontrar a estas fuerzas ... tan firmemente atrincheradas que sería una locura reanudar la guerra.
>
> HENRI ALAIN TARGÉ, 1868[1]

> Pero como el progreso de la democracia es la consecuencia del general desarrollo social, una sociedad avanzada, en tanto dispone de una mayor participación del poder político, protegerá al mismo tiempo al estado de los excesos democráticos. Si, pese a todo, éstos prevalecen por un tiempo, pronto serán reprimidos.
>
> SIR T. ERSKINE MAY, 1877[2]

I

Si el nacionalismo fue una de las fuerzas históricas que reconocieron los gobiernos, la «democracia», o la progresiva función del hombre común en los asuntos del estado, fue la otra. Ambos fueron lo mismo, por cuanto los movimientos nacionalistas de este período se convirtieron en movimientos de masas, y en este sentido ciertamente casi todos los dirigentes nacionalistas radicales supusieron que los dos eran idénticos. Sin embargo, y como hemos visto, en la práctica grandes conjuntos del pueblo común, por ejemplo, los campesinos, siguieron sin sentirse afectados por el nacionalismo aun en países en los que se consideraba seriamente su participación en la política; mientras que otros grupos, sobre todo las nuevas clases obreras, eran apremiados a adherirse a movimientos que, al menos en teoría, ponían un común interés de clase internacional por encima de las afiliaciones nacionales. De todos modos, desde el punto de vista de las clases gobernantes lo notable no era lo que creían «las masas», sino que sus creencias contaban ya en política. Por definición eran numerosas, ignorantes y peligrosas; y más peligrosas precisamente a causa de su ignorante tendencia a creer a sus ojos y a la simple lógica, ya que si los primeros les decían que sus gobernantes prestaban

demasiada poca atención a sus miserias, la segunda les sugería que, puesto que ellos formaban el grueso del pueblo, el gobierno debería atender en primer lugar sus intereses.

Por otro lado, en los países desarrollados e industrializados de Occidente estaba cada vez más claro que antes o después los sistemas políticos tendrían que hacerles sitio. Además, también se hizo evidente que el liberalismo que formaba la ideología básica del mundo burgués no disponía de defensas teóricas frente a esta contingencia. Su manera característica de organización política era el gobierno representativo a través de asambleas elegidas, y lo representado no eran (como en los estados feudales) intereses o colectividades sociales, sino conjuntos de individuos de estatus legalmente igual. El interés propio, la precaución o incluso un determinado sentido común quizás sugiriera a los que estaban en lo alto que todos los hombres no tenían la misma capacidad para decidir las grandes cuestiones del gobierno: los analfabetos menos que los graduados de universidad, los supersticiosos menos que los ilustrados, los pobres irreflexivos menos que quienes habían demostrado su capacidad de conducta racional mediante la acumulación de propiedades. Sin embargo, aparte de la falta de convencimiento que tales argumentos llevaban a los que estaban en lo más bajo, y que no eran de los más conservadores, tenían dos grandes puntos débiles. La igualdad legal no podía hacer dichas distinciones en teoría. Y lo que era muchísimo más importante, tales argumentos fueron progresivamente más difíciles de poner en práctica a medida que la movilidad social y el avance educativo, ambos esenciales a la sociedad, oscurecieron la división que existía entre la clase media y sus inferiores sociales. En la gran y creciente masa de obreros «respetables» y clases medias más bajas que adoptaban muchos de los valores de la burguesía y, en los casos en que se lo permitían sus medios, incluso la conducta, ¿dónde habría de trazarse la línea? Dondequiera que se trazara, si ésta incluía a un gran número de dichos individuos, probablemente comprendería también a un sustancial cuerpo de ciudadanos que no apoyaban muchas de las ideas consideradas por el liberalismo burgués como esenciales a la prosperidad de la sociedad, y a las cuales se opondrían seguramente con vehemencia. Por otra parte, y de modo aún más decisivo, las revoluciones de 1848 habían mostrado la forma en que las masas podían irrumpir en el círculo cerrado de sus gobernantes, y el mismo progreso de la sociedad industrial hizo que su presión fuera constantemente mayor incluso en los períodos no revolucionarios.

La década de 1850 proporcionó un respiro a la mayoría de los gobernantes. Durante más de diez años no tuvieron que preocuparse por tales problemas en Europa. No obstante, hubo un país en el que los relojes políticos y constitucionales no pudieron sencillamente ser atrasados. En Francia, con tres revoluciones ya, la exclusión de las masas de la política parecía una empresa utópica: a partir de entonces tendrían que ser «manejadas». De ahí que el llamado Segundo Imperio de Luis Napoleón (Napoleón III) se convirtiera en una especie de laboratorio de una política más moderna, si bien las peculiaridades de su carácter han oscurecido a veces sus anticipaciones de posteriores formas de administración política. Tal experimento se ajustaba al gusto, aunque quizás menos a los talentos, del enigmático personaje que estaba en su cumbre.

Napoleón III fue muy desafortunado en sus relaciones públicas. Tuvo la desgracia de unir contra sí a todos los talentos más poderosos y polémicos de su tiempo, y la invectiva combinada de Karl Marx y Victor Hugo basta para enterrar su memoria, sin contar a otros talentos periodísticos menores de la época igualmente efectivos. Por otro lado, fue un notorio fracasado en sus empresas políticas internacionales e incluso interiores. Un Hitler puede sobrevivir a la unánime reprobación de la opinión mundial, por cuanto es innegable que este hombre malo, psicópata y aterrador consiguió cosas extraordinarias en el camino hacia una catástrofe probablemente inevitable; no fue poco mantener el sólido apoyo de su pueblo hasta el final. Napoleón III no fue desde luego tan extraordinario ni tan loco. Este hombre con menos capacidad de maniobra que Cavour y Bismarck, cuyo apoyo político había mermado peligrosamente incluso antes de la integración de su imperio después de transcurridas unas cuantas semanas de guerra, que del «bonapartismo», gran fuerza política en Francia, hizo una anécdota histórica, pasará inevitablemente a la historia como «Napoleón el Pequeño». Ni siquiera desempeñó bien su escogida función. Aquella figura reservada y taciturna, pero frecuentemente simpática, de largos bigotes encerados, cada vez más atormentada por la falta de salud, a la que horrorizaban las mismas batallas entabladas para establecer su grandeza y la de Francia, sólo pareció ser imperial *ex officio*.

Fue esencialmente político, político por intrigas, y, como se demostró, fracasado. Aun así, el destino y su formación personal le asignaron un papel totalmente nuevo. Como pretendiente imperial de antes de 1848 —aunque se puso en duda su reclamación genealógica de ser un Bonaparte— tuvo que pensar en términos no tradicionales. Creció en el mundo de los agitadores nacionalistas (estuvo vinculado a los carbonarios) y los sansimonianos. De esta experiencia extrajo una creencia poderosa, quizá excesiva, en el carácter inevitable de fuerzas históricas tales como el nacionalismo y la democracia, y una cierta heterodoxia acerca de problemas sociales y métodos políticos que posteriormente le fueron muy útiles. La oportunidad se la proporcionó la revolución al elegir el nombre de Bonaparte para la presidencia por una abrumadora mayoría, pero concurrieron una diversidad de motivos. No tuvo necesidad de los votos para permanecer en el poder ni para declararse emperador después del *coup d'état* de 1851, pero si no hubiera sido elegido antes, toda su capacidad de intrigante no habría bastado para persuadir a los generales y otros poderosos y ambiciosos de que le apoyaran. Por tanto, fue el primer gobernante de un gran estado, aparte de Estados Unidos, que llegó al poder mediante el sufragio universal (masculino), y nunca lo olvidó. Por supuesto que continuó utilizándolo, al principio igual que un César plebiscitario, más bien como el general De Gaulle (siendo del todo insignificante la asamblea representativa elegida), y después de 1860 cada vez más también con los habituales adornos del parlamentarismo. Al ser un creyente de las

aceptadas verdades históricas de la época, probablemente tampoco creyó que él pudiera resistir esta «fuerza de la historia».

La actitud de Napoleón III hacia la política electoral fue ambigua, y esto es lo que la hace interesante. Como «parlamentario» jugó lo que entonces era el juego corriente de la política, esto es, reunir una mayoría suficiente de entre los individuos elegidos en asamblea y luego agruparla en alianzas sueltas y variadas con clasificaciones vagamente ideológicas, lo que no debe confundirse con los modernos partidos políticos. De ahí que durante la década de 1860 quedaran restaurados o adquirieran renombre político supervivientes de la monarquía de julio (1830-1848) como Adolphe Thiers (1797-1877), y futuras lumbreras de la Tercera República como Jules Favre (1809-1880), Jules Ferry (1823-1893) y Gambetta (1838-1882). Napoleón III no tuvo particularmente un gran éxito en este juego, sobre todo cuando decidió suavizar el firme control burocrático sobre las elecciones y la prensa. Por otro lado, como veterano propagandista electoral que era, se reservaba (de nuevo al igual que el general De Gaulle, sólo que quizás con mayor éxito) el arma del plebiscito. Éste había ratificado su triunfo en 1852 mediante una victoria abrumadora y —pese al considerable «manejo»— probablemente auténtica de 7,8 millones contra 0,24 millones, con 2 millones de abstenciones; e inclusive en 1870, en vísperas del colapso, el plebiscito pudo aún trastrocar una situación parlamentaria en deterioro con una mayoría de 7,4 millones frente a 1,6 millones.

Este apoyo popular se hallaba políticamente sin organizar (aparte, desde luego, de las presiones burocráticas). Al contrario de los modernos dirigentes populares, Napoleón III no tenía «movimiento», aunque como cabeza del estado que era apenas necesitaba ninguno. Por otra parte, dicho apoyo no era en absoluto homogéneo. A él le hubiera gustado el apoyo de los «progresistas» —el voto jacobino-republicano que siempre, y en todos los casos, se mantenía al margen en las ciudades— y el de las clases trabajadoras, cuya significación social y política apreciaba él más que los liberales ortodoxos. Sin embargo, y aunque a veces recibió el apoyo de portavoces importantes de este grupo, como, por ejemplo, el anarquista Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), y realizó serios esfuerzos para conciliar y contener el creciente movimiento obrero en la década de 1860 —legalizó las huelgas en 1864—, no supo romper la tradicional y lógica afinidad de estos grupos con la izquierda. Consecuentemente, en la práctica confió en el elemento conservador y en especial en el campesinado, principalmente en los dos tercios del campesinado del oeste del país. Para éstos él era un Napoleón, un firme y estable gobierno antirrevolucionario contra las amenazas a la propiedad privada; y (si eran católicos) el defensor del papa de Roma, una situación de la que Napoleón hubiera deseado escapar por razones diplomáticas, pero a la que estaba obligado por razones políticas internas.

Sin embargo, su gobierno fue aún más significativo. Con su habitual intuición, Karl Marx describe la naturaleza de la relación de Napoleón III con el campesinado francés:

> Incapaces de hacer valer sus intereses de clase por propia iniciativa, ya sea a través de un parlamento o de una convención. No pueden representarse a sí mismos, tienen que ser representados. Su representante debe mostrarse a la vez como su amo, como una autoridad sobre ellos, como un poder gubernamental ilimitado que los protege contra otras clases y les envía desde arriba la lluvia y el sol. La influencia política de los pequeños campesinos, pues, tiene su expresión final en el poder ejecutivo que subordina a sí mismo la sociedad.[3]

Napoleón era ese poder ejecutivo. Muchos políticos del siglo XX —nacionalistas, populistas y, en la forma más peligrosa, los fascistas— redescubrirían el tipo de relación que él inició con las masas «incapaces de hacer valer sus intereses de clase por propia iniciativa». También iban a descubrir la existencia de otras categorías de la población semejantes en este sentido al campesinado francés posrevolucionario.

A excepción de Suiza, cuya constitución revolucionaria no varió, ningún otro estado europeo funcionó sobre la base del sufragio universal (masculino) en la década de 1850.* (Quizás debiera notarse que incluso en Estados Unidos, nominalmente democrático, la participación electoral fue notablemente más baja que en Francia: en 1860 Lincoln fue elegido por menos de la mitad de los 4,7 millones de votantes de una población aproximadamente comparable.) Eran muy notorias las asambleas representativas que por lo general carecían de poder o influencia serios fuera de Gran Bretaña, Escandinavia, Holanda, Bélgica, España y Saboya; pero es que además, invariablemente, o habían sido elegidas de modo muy indirecto, o de forma parecida a la de los viejos «estados», o con calificaciones más o menos rigurosas respecto a la edad y particularidades de votantes y candidatos. Por otro lado, a estas asambleas elegidas así, casi siempre las acompañaban y frenaban otras cámaras preferentes más conservadoras compuestas en su mayoría por miembros designados por herencia o *ex officio*. El Reino Unido, con alrededor de un millón de electores de 27,5 millones de habitantes, era sin duda menos restrictivo que, por ejemplo, Bélgica, con alrededor de 60.000 de 4,7 millones, pero ni era democrático ni lo intentaba ser.

El reavivamiento de la presión popular en la década de 1860 imposibilitó que la política se aislara del sufragio universal. Hacia el final de nuestro período sólo la Rusia zarista y la Turquía imperial se mantenían como simples autocracias en Europa, mientras que, a la inversa, el sufragio universal ya no era la prerrogativa de los regímenes surgidos de la revolución. El nuevo imperio alemán lo utilizaba para elegir el Reichstag, si bien en gran parte a efectos decorativos. Durante esta década muy pocos estados evitaron alguna ampliación más o menos significativa de su derecho al voto, y de ahí que ahora inquietaban a la mayor parte de los gobiernos los problemas que hasta entonces habían preocupado únicamente a la minoría de países en los que el sufragio universal tenía una importancia real, esto es, la alternativa de vo-

* Aunque la Nationalrat suiza la eligieron todos los varones de veinte o más años sin calificación particular, la segunda cámara la eligieron los cantones.

tar a listas o a candidatos, la «geometría electoral» o fraude electoral en las circunscripciones sociales y geográficas, los controles que las primeras cámaras podían ejercer sobre las segundas cámaras, los derechos reservados al ejecutivo, etc. De todos modos, los problemas no eran aún muy difíciles. La segunda ley reformista de Gran Bretaña, en tanto que doblaba más o menos el número de votantes, seguía reconociendo este derecho a sólo poco más del 8 por 100 de la población, y en el reino recientemente unificado de Italia esta proporción era del 1 por 100 pelado. (No obstante, si juzgamos por las elecciones de Francia, Alemania y Norteamérica de mediados de la década de 1870, en este período el sufragio del varón ascendió en la práctica al 20-25 por 100 de la población.) Con todo, además de producirse cambios, se estaban fraguando otros que únicamente podían sufrir demoras.

Estos progresos hacia el gobierno representativo provocaron dos problemas políticos totalmente distintos: el de «las clases» y el de «las masas», según la jerga contemporánea británica, es decir, el de las minorías selectas superiores y de la clase media, y el de los pobres que siguieron estando muy al margen del proceso oficial de la política. Entre ellos se encontraba la categoría intermedia —tenderos de poca monta, artesanos y otros «pequeños burgueses», campesinos propietarios, etc.— quienes, como dueños que ya eran, participaban al menos parcialmente en la política representativa existente. Ni las viejas aristocracias hacendadas y hereditarias ni la nueva burguesía contaban con la fuerza del número, pero, a diferencia de la aristocracia, la burguesía necesitaba esa fuerza. Porque, en tanto que ambas tenían riqueza (al menos en sus niveles más altos) y la especie de influencia y poder personal en sus comunidades que les hacía pasar automáticamente por «notables» al menos potenciales, o sea, personas de consecuencia política, sólo las aristocracias se hallaban parapetadas en instituciones que las protegían contra el voto: en las cámaras de los lores o en otras similares más altas, o mediante una más o menos flagrante superrepresentación como el «sufragio de clases» de las dietas prusiana y austríaca o la de los antiguos estados supervivientes pero de rápida desaparición. Por otra parte, en las monarquías, que seguían siendo la forma dominante de gobierno europeo, recibieron normalmente apoyo político sistemático como clase.

Por su lado, los burgueses confiaban en sus riquezas, en su carácter de indispensables y en el histórico destino que hicieron de ellos y de sus ideas los fundamentos de los estados «modernos» en este período. Sin embargo, lo que realmente les convirtió en fuerza dentro de los sistemas políticos fue la habilidad que tuvieron para movilizar el apoyo de los no burgueses que contaban con el número y por tanto con votos. Privados de esto, como ocurrió en Suecia hacia finales de la década de 1860 e iba a ocurrir en los demás sitios más tarde con el crecimiento de la genuina política de masas, quedaban reducidos a una minoría electoralmente impotente al menos en la política nacional. (En la política municipal se mantendrían con más decoro.) De ahí la crucial importancia que para ellos tenía la conservación del apoyo de —o por lo menos de la hegemonía sobre— la pequeña burguesía, de las clases trabajadoras y, más

raramente, de los campesinos. Hablando en términos generales, en este período de la historia les sonrió el éxito. En los sistemas políticos representativos, los liberales (normalmente el partido clásico de las clases negociantes urbanas e industriales) tenían por lo común el poder y/o los cargos con sólo interrupciones ocasionales. Así sucedió, por ejemplo, en Gran Bretaña de 1846 a 1874, en Holanda durante por lo menos veinte años después de 1848, en Bélgica de 1857 a 1870, en Dinamarca más o menos hasta la derrota en 1864. En Austria y Alemania fueron el mayor apoyo formal de los gobiernos desde mediados de la década de 1860 hasta el final de la de 1870.

No obstante, como la presión crecía desde abajo, de los liberales tendió a separarse una rama más radical y democrática (progresista, republicana) que dejaba de ser más o menos independiente. En Escandinavia los partidos campesinos se separaron y formaron «la izquierda» (*Venstre*) en 1848 (Dinamarca) y durante la década de 1860 (Noruega), o un grupo agrario de presión antiurbana (Suecia, 1867). En Prusia (Alemania) la rama inferior de los radicales democráticos, con su base en el suroeste no industrializado, se negaron a acompañar a los liberales nacionales burgueses en su alianza con Bismarck después de 1866, si bien algunos de ellos prefirieron unirse a los demócratas sociales marxistas antiprusianos. En Italia los republicanos permanecieron en la oposición, en tanto que los moderados se convirtieron en la columna principal del reino recientemente unificado. En Francia hacía tiempo que la burguesía era incapaz de navegar con su bandera o incluso con la de los liberales, y sus candidatos buscaban el apoyo popular con consignas cada vez más inflamantes. La «reforma» y el «progresismo» iban a dar peso a lo «republicano», y éste a su vez a lo «radical», inclusive en la Tercera República a lo «radical-socialista»; ni que decir tiene que cada uno de estos términos ocultaba una nueva generación de sustancialmente los mismos Solones barbados con levita, pico de oro y a menudo riquezas, que en cuanto lograban el triunfo electoral en la izquierda, tomaban rápidamente el camino de la moderación. Sólo en Gran Bretaña siguieron siendo los radicales una rama permanente del partido liberal; probablemente porque allí los campesinos y la pequeña burguesía que en los demás sitios les habían dejado establecer su independencia política apenas existían como clase.

No obstante, a efectos prácticos el liberalismo continuó en el poder, ya que representaba la única política económica considerada como apropiada para el desarrollo (los alemanes lo denominaron «manchesterismo»), y representaba también las fuerzas casi universalmente consideradas como representación de la ciencia, la razón, la historia y el progreso por aquellos que tenían alguna idea sobre estas cuestiones. En este sentido casi todos los estadistas y funcionarios civiles de las décadas de 1850 y 1860 eran liberales, al margen de su afiliación ideológica, al igual que hoy no lo es ninguno. Los mismos radicales no tenían otra opción viable. En todos los casos la unión con la oposición verdadera frente al nacionalismo era, si no imposible, por lo menos políticamente casi impensable para ellos. Ambos formaban parte de «la izquierda».

La genuina oposición («la derecha») provenía de aquellos que resistían a las «fuerzas de la historia», con independencia del argumento. En Europa pocos confiaban realmente en un retorno al pasado, como en los días de los reaccionarios románticos posteriores a 1815. Lo que pretendían todos era detener, o incluso simplemente aminorar, el progreso amenazador del presente, objetivo que racionalizaban los intelectuales que precisaban los partidos del «movimiento» y la «estabilidad», el «orden» y el «progreso». De ahí que el conservadurismo fuera tan atrayente de cuando en cuando a miembros y grupos de la burguesía liberal que creían que un mayor progreso aproximaría una vez más la revolución peligrosamente. Desde luego que tales partidos conservadores atraían el apoyo de grupos particulares cuyos intereses inmediatos estaban en desacuerdo con la política liberal predominante (por ejemplo, agricultores y proteccionistas), o de grupos opuestos a los liberales por razones que nada tenían que ver con su liberalismo, por ejemplo, los flamencos belgas, resentidos con una burguesía esencialmente valona y con su hegemonía cultural. Tampoco existe duda de que, sobre todo en la sociedad rural, las rivalidades familiares o locales fueron absorbidas de modo natural por una dicotomía ideológica que poco tenía que ver con ellas. En la novela de García Márquez *Cien años de soledad*, el coronel Aureliano Buendía no organiza el primero de sus treinta y dos levantamientos liberales en el interior de Colombia porque sea liberal o sepa siquiera lo que significa esa palabra, sino porque fue ultrajado por un oficial local que representaba un gobierno conservador. Puede que hubiera una razón lógica o histórica por la que los carniceros ingleses a mediados de la época victoriana debieran haber sido predominantemente conservadores (¿algún vínculo con la agricultura?) y los abaceros abrumadoramente liberales (¿algún vínculo con el comercio de ultramar?), pero ninguna de estas posturas ha quedado establecida y quizá lo que precisa explicación no es esto, sino por qué estos dos tipos de tenderos omnipresentes rehusaron compartir las mismas opiniones, cualesquiera que éstas fueran.

Pero en esencia el conservadurismo se basaba en lo que representaba la tradición, la vieja y ordenada sociedad, la costumbre en vez del cambio, la oposición a lo que era nuevo. De ahí la crucial importancia que tenían en él las iglesias oficiales, organizaciones que, si bien estaban amenazadas por todo lo que representaba el liberalismo, todavía eran capaces de movilizar en contra de éste poderosísimas fuerzas además de introducir una quinta columna en el mismo centro del poder burgués en virtud de la piedad y el tradicionalismo notablemente mayores de esposas e hijas, mediante el control clerical de las ceremonias del nacimiento, el matrimonio y la muerte, y de un gran sector de la educación. Controles que, desde luego, fueron encarnizadamente atacados, y que proporcionaron el mayor contenido de las luchas políticas entre conservadores y liberales en una serie de países.

Todas las iglesias oficiales eran *ipso facto* conservadoras, aunque sólo la mayor de ellas, la católica romana, formuló su postura de abierta hostilidad a la corriente liberal. En 1864 el papa Pío IX definió sus puntos de vista en el *Syllabus errorum*. En él se condenan, implacablemente, ochenta errores, entre los que se encuentran el «naturalismo» (que niega la acción de Dios sobre los hombres y el mundo), el «racionalismo» (el uso de la razón sin referencia a Dios), el «racionalismo moderado» (la negativa a la supervisión eclesiástica por parte de la ciencia y la filosofía), el «indiferentismo» (la libre elección de cualquier religión o de ninguna), la educación secular, la separación de la Iglesia y el estado y en general (error número 80) el parecer de que «el Pontífice romano puede y debe reconciliarse y llegar a un acuerdo con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna». Inevitablemente, la línea de división entre la derecha y la izquierda se convirtió en gran parte en la que existía entre lo clerical y lo anticlerical; el grupo de los anticlericales lo formaban principalmente incrédulos sinceros en los países católicos, pero también, y sobre todo en Gran Bretaña, creyentes de religiones minoritarias o independientes al margen de la Iglesia estatal* (véase el capítulo 14).

Lo nuevo en la política de «las clases» de este período fue primariamente el surgimiento de la burguesía liberal como fuerza en la política más o menos constitucional, y la decadencia del absolutismo, en especial en Alemania, Austria-Hungría e Italia, o sea, en un área que abarcaba alrededor de un tercio de la población de Europa. (Algo menos del tercio de la población del continente vivía aún bajo gobiernos en los que no participaba.) El progreso de la prensa periódica, que fuera de Gran Bretaña y Estados Unidos todavía iba dirigida casi en su totalidad al lector burgués, ilustra vivamente el cambio: entre 1862 y 1873 aumentó el numero de publicaciones periódicas en Austria (sin Hungría) pasando de 345 a 866. Por lo demás, dieron a conocer poca cosa que no supieran las asambleas nominal o genuinamente electorales del período anterior a 1848.

El derecho al voto continuó estando tan restringido en la mayoría de los casos que era imposible el planteamiento de una política moderna o de cualquier otra en la que intervinieran las masas. En efecto, con frecuencia los dispuestos ejércitos de la clase media casi usurpaban el lugar correspondiente al «pueblo» real que pretendían representar. Pocos casos fueron tan extremos como los de Nápoles y Palermo a principios de la década de 1870, donde el 37,5 y el 44 por 100 de sus respectivos electores se hallaban en el censo por tener algún título. Incluso en Prusia el triunfo liberal de 1863 resulta menos impresionante si recordamos que el 67 por 100 de los votos de la ciudad que lo eligieron representaba de hecho sólo el 25 por 100 de los electores urbanos, puesto que casi dos tercios del restringido electorado no se molestó en ir a las urnas en los pueblos.[4] Los espléndidos triunfos electorales que obtuvo el liberalismo en la década de 1860 en países de derecho limitado al voto y apatía popular, ¿representaron algo más que la opinión de una minoría de respetables ciudadanos de municipio?

* Donde las iglesias estatales eran religiones minoritarias, su posición era anómala. Los católicos holandeses se hallaban en el bando liberal frente a los calvinistas predominantes; y los alemanes, ante la imposibilidad de unirse a la derecha protestante o a la izquierda liberal del imperio de Bismarck, formaron un especial «partido de centro», en la década de 1870.

Por lo menos en Prusia, Bismarck pensó que no, y consecuentemente resolvió el conflicto constitucional que existía entre la dieta liberal y la monarquía (que se produjo en 1862 a causa de la reforma del ejército) mediante la simple gobernación sin tener en cuenta al parlamento. Como quiera que nadie apoyaba a los liberales excepto la burguesía, y ésta era incapaz o no estaba dispuesta a movilizar ninguna fuerza genuina, armada o política, todo lo que se dijera sobre el «Parlamento Largo» de 1640 o los Estados Generales de 1789 eran disparates.* Bismarck comprendió que, en el sentido más liberal del término, una «revolución burguesa» era imposible, ya que sólo sería una revolución real si se movilizaban otros grupos que no fueran burgueses y, desde luego, los hombres de negocios y los profesores raramente se decidían a levantar barricadas. Esto no le impidió aplicar el programa económico, legal e ideológico de la burguesía liberal, teniendo en cuenta que podía combinarse con el predominio de la aristocracia hacendada en una monarquía prusiana protestante. Bismarck no quiso conducir a los liberales a una alianza desesperada con las masas, pues aparte de ser el programa de aquéllos el más natural para un moderno estado europeo, parecía además inevitable. Como sabemos, tuvo un éxito clamoroso. El grueso de la burguesía liberal aceptó casi sin otra opción el ofrecimiento del programa desprovisto de poder político, y en 1866 se pasó al partido liberal y nacional que hasta el fin de nuestro período fue la plataforma de las maniobras políticas internas de Bismarck.

Bismarck y otros conservadores sabían que, fueran lo que fueran las masas, estaban muy lejos de ser liberales en el sentido en que lo eran los hombres de negocios urbanos. Consecuentemente, a veces creían que les sería factible aplazar la amenaza liberal de extender el derecho al voto. Hubo ocasiones en que incluso ellos lo llevaron a cabo como, por ejemplo, hizo Benjamin Disraeli en 1867 y más modestamente los católicos belgas en 1870. Su error estuvo, sin embargo, en suponer que las masas eran conservadoras al estilo de ellos. Desde luego que el grueso del campesinado en la mayor parte de Europa seguía siendo tradicionalista, estando dispuestos a respaldar automáticamente a la Iglesia, al rey o al emperador y a sus superiores jerárquicos, sobre todo, contra los perversos designios de los habitantes de la ciudad. Hasta en la Francia de la Tercera República grandes regiones del oeste y del sur continuaron votando a los partidarios de la dinastía borbónica. Y como después de la ley reformista de 1867 observó Walter Bagehot, el teórico de la democracia inocua, tampoco hay que poner en duda la existencia de muchísimas personas —entre ellas incluso obreros— cuyo comportamiento político se hallaba gobernado por la deferencia hacia «sus mejores». Sin embargo, en cuanto las masas entraban en el suceso político, más pronto o más tarde se hacían inevitablemente con el papel de actores en lugar del de meros comparsas en el bien diseñado y apretado escenario. Y mientras los campesinos atrasados podían confiar aún en muchos sitios, a los sectores urbanos y crecientemente industriales les era imposible. Aunque lo que sus habitantes deseaban no era el liberalismo clásico, tampoco aprobaban necesariamente el gobierno conservador, sobre todo aquellos que, cada vez más, se sentían ligados a una política social y económica esencialmente liberal. Esta circunstancia se evidenciaría a lo largo de la era de depresión económica e incertidumbre que siguió al colapso de expansión liberal de 1873.

* Y a la inversa, lo que proporcionó a los liberales poder real en algunos países atrasados, a pesar de su situación minoritaria, fue la existencia de terratenientes liberales cuyo control sobre sus regiones sobrepasaba virtualmente a la influencia gubernativa, o de oficiales del estado dispuestos a tomar decisiones de acuerdo con los intereses liberales. Este fue el caso en varios países.

II

El primero y más peligroso grupo que instauró su fundación e identidad aparte en la política fue el nuevo proletariado, una vez hubo aumentado su número durante veinte años de industrialización.

El fracaso de las revoluciones de 1848 y la subsiguiente década de expansión económica no causó tanto la destrucción como la decapitación del movimiento obrero. Los diversos teóricos del nuevo futuro social que convirtieron los disturbios de la década de 1840 en el «espectro del comunismo» y dieron al proletariado una perspectiva política alternativa conservadora y liberal o radical, se hallaban en la cárcel como, por ejemplo, Auguste Blanqui, en el exilio como Karl Marx y Louis Blanc, olvidados como Constantin Pecqueur (1801-1887), o las tres cosas como Étienne Cabet (1788-1857). Algunos hasta hicieron la paz con el nuevo régimen, como, por ejemplo, le sucedió a P.-J. Proudhon con Napoleón III. La época no era nada favorable para los creyentes en el inminente fracaso del capitalismo. Marx y Engels, quienes después de 1849 mantuvieron durante uno o dos años ciertas esperanzas de poder reavivar la revolución y que luego depositaron su confianza en la siguiente gran crisis económica (la de 1857), tuvieron que resignarse posteriormente por un largo período de tiempo. Si bien es quizá una exageración decir que el socialismo desapareció completamente, inclusive en Gran Bretaña, donde los socialistas del país, durante las décadas de 1860 y 1870, podían haberse sentado cómodamente todos en una pequeña sala, probablemente la casi totalidad de los que en 1860 eran socialistas lo habían sido ya en 1848. Tal vez debamos estar agradecidos a este intervalo de forzoso aislamiento de la política que permitió a Karl Marx la maduración de sus teorías y la colocación de los cimientos de *Das Kapital*, si bien él no sintió ninguna gratitud. Entretanto, las supervivientes organizaciones políticas de, o dedicadas a, la clase trabajadora quedaron paralizadas como, por ejemplo, la Liga Comunista en 1852, o se hundieron gradualmente en la insignificancia, como el cartismo británico.

No obstante, al nivel más modesto de la lucha económica y la defensa propia persistió la organización de la clase obrera y además en constante crecimiento, pese a que, con la notable, pero parcial excepción de Gran Bretaña,

se prohibieron legalmente los sindicatos y las huelgas en casi toda Europa, aunque se consideraron aceptables las sociedades de ayuda mutua y las cooperativas, que por lo general en el continente se constituyeron con propósitos de producción y en Gran Bretaña en forma de tiendas. No podemos decir que prosperaran notablemente: en la región de Italia (1862) donde eran más fuertes, el Piamonte, el término medio de miembros de tales sociedades de ayuda mutua se hallaba por debajo de los cincuenta.[5] Sólo en Gran Bretaña, Australia y —muy curiosamente— en Estados Unidos existían sindicatos obreros de significación real; en los dos últimos países debido, sobre todo, al bagaje de conciencia de clase y organización con que arribaron los inmigrantes británicos.

En Gran Bretaña no sólo los especialistas de las industrias de maquinaria y los artesanos de ocupaciones más antiguas, sino incluso —gracias al núcleo de hilanderos varones adultos altamente especializados— los obreros del algodón mantuvieron fuertes sindicatos locales unidos nacionalmente de modo más o menos efectivo; y en uno o dos ejemplos de sociedades nacionales coordinadas (la Sociedad Unida de Ingenieros [1852] y la Sociedad Unida de Carpinteros y Ensambladores [1860]), unidos también financieramente, aunque no estratégicamente. A pesar de ser minoría, no eran, sin embargo, insignificantes, y en algunos casos de especialización hasta resultaban ser mayoría. Además, proporcionaron la base para poder extender fácilmente el sindicalismo. En Estados Unidos los sindicatos eran quizá aún más poderosos, si bien hacia finales de siglo iban a demostrar su incapacidad para resistir el impacto de la industrialización realmente rápida. Con todo, tenían menos fuerza que los existentes en el paraíso del asociacionismo obrero, las colonias australianas, donde los obreros de la construcción lograron ya en 1856 la jornada laboral de ocho horas diarias, ejemplo que siguieron en seguida otros gremios. Se admite que en ninguna parte del mundo estaba el trabajador tan considerado como en esta dinámica y poco poblada economía, en la que las carreras del oro de la década de 1850 provocaron la salida de millares de individuos, con lo que subieron los jornales de lo no aventureros que se quedaron.

Por otro lado, se sabe de observadores sensatos que no confiaron en la duración de esta relativa insignificancia del movimiento obrero. En efecto, a partir de más o menos 1860 se evidenció que el proletariado estaba volviendo a la escena junto a las otras *dramatis personae* de la década de 1840, si bien de un modo menos turbulento. Surgió con una rapidez inesperada, y pronto fue seguido por la ideología que hasta entonces se había identificado con sus movimientos: el socialismo. Este proceso de aparición fue una curiosa amalgama de acción política e industrial, de diversos tipos de radicalismo que iban desde el democrático hasta el anarquista, de luchas de clases, de alianzas de clases y de concesiones gubernativas o capitalistas. Pero por encima de todo era *internacional*, y no sólo porque, al igual que el reavivamiento del liberalismo, sucedió simultáneamente en varios países, sino por su condición de inseparable de la solidaridad internacional de las clases obreras, o de la solidaridad internacional de la izquierda radical (herencia del período anterior a 1848). Se organizó realmente como y por la Asociación Internacional de Trabajadores, la Primera Internacional de Karl Marx (1864-1872). Podría discutirse la verdad del aserto del *Manifiesto comunista* en el sentido de que «el trabajador no tiene patria»; ciertamente los obreros radicales y organizados de Francia e Inglaterra eran patriotas a su manera, pues, por ejemplo, la tradición revolucionaria francesa era notoriamente nacionalista (véase el capítulo 5). Pero en una economía en la que los factores de producción se movían libremente, hasta los sindicatos británicos sin ideología podían apreciar la necesidad de detener la importación de esquiroles extranjeros que realizaban los patrones. Para todos los radicales los triunfos y derrotas de la izquierda en cualquier lugar del mundo parecían tener que ver aún con ellos inmediata y directamente. En Gran Bretaña, la Internacional surgió de la combinación de una renovada inquietud por la reforma electoral y una serie de campañas en pro de la solidaridad internacional: con Garibaldi y la izquierda italiana en 1864, con Abraham Lincoln y el Norte en la guerra civil norteamericana (1861-1865), con los desventurados polacos en 1863; se creía, y con razón, que todas estas cruzadas de solidaridad reforzarían la política del movimiento obrero y, sobre todo, su «sindicalismo». Y el mero contacto organizado entre trabajadores de diversos países no podía producir otro efecto distinto a las repercusiones en los movimientos respectivos, circunstancia que descubrió Napoleón III cuando permitió a los obreros franceses el envío de una gran delegación a Londres con ocasión de una feria internacional en 1862.

La Internacional, fundada en Londres y rápidamente dirigida por el capaz Karl Marx, comenzó como curiosa combinación de dirigentes sindicalistas británicos de tendencia liberal-radical, y un indefinido estado mayor general de viejos revolucionarios continentales con puntos de vista cada vez más variados e incompatibles. Sus batallas ideológicas acabarían finalmente con ella. Como quiera que han solido acaparar el interés de muchos otros historiadores, no es preciso que les dediquemos aquí demasiado espacio. Hablando en términos generales, la primera gran batalla entre los sindicalistas «puros» (es decir, liberales o liberales-radicales) y aquellos que tenían perspectivas más ambiciosas de transformación social, la ganaron los socialistas (si bien Marx tuvo la precaución de mantener a los británicos, sus principales partidarios, al margen de las batallas continentales). Consecuentemente, Marx y sus seguidores hicieron frente (y derrotaron) a los partidarios franceses del «mutualismo» de Proudhon, a los artesanos antiintelectuales y conscientes de las diferencias de clases, y posteriormente, a la alianza anarquista de Mijail Bakunin (1814-1876), todos ellos movimientos formidables por operar con métodos ordenadísimos de organizaciones, fracciones, etc., disciplinadas y secretas (véase el capítulo 9). Sin embargo, incapaz de mantener por más tiempo el control de la Internacional, Marx la clausuró tranquilamente en 1872 mediante el traslado de su oficina central a Nueva York. Con todo, por esta fecha ya se había roto la médula de la gran movilización de la clase obrera, de la que era parte la Internacional y hasta cierto punto su coordinadora. No obstante, y como quedó demostrado, las ideas de Marx habían triunfado.

En la década de 1860 esto no podía predecirse fácilmente, pues sólo existía un masivo movimiento obrero marxista, o realmente socialista: el que se desarrolló en Alemania después de 1863. (En efecto, si exceptuamos el fracasado Partido Nacional Reformista del Trabajo de Estados Unidos [1872] —extensión política de la ambiciosa Unión Nacional del Trabajo [1866-1872] afiliada a la IWMA— sólo había un movimiento político laboral que funcionaba a escala nacional y era independiente de los partidos «burgueses» o «pequeño-burgueses».) Su fundación se debió a Ferdinand Lassalle (1825-1865), inteligente agitador que cayó víctima de una vida privada muy pintoresca (murió a consecuencia de las heridas recibidas en un duelo por una mujer), y que se consideró a sí mismo seguidor de Marx, hasta donde puede decirse que siguiera a alguien, que no era muy lejos. La Asociación General de Trabajadores Alemanes de Lassalle (Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein [1863] fue oficialmente radical-democrática en vez de socialista y su inmediata consigna la constituyó el sufragio universal. Sin embargo, era vehementemente consciente de las distinciones de clase y antiburguesa, al tiempo que, pese a su modesto número inicial de miembros, se hallaba organizada como un moderno partido de masas. No resultó nada grato a Marx, quien respaldaba una organización rival al mando de dos discípulos más entusiastas (o al menos más aceptables), el periodista Wilhelm Liebknecht y el joven capataz August Bebel. Este grupo con base en la Alemania central, aunque oficialmente más socialista, siguió de forma paradójica una política menos intransigente de alianza con la izquierda democrática (antiprusiana) que se remontaba a 1848. Los seguidores de Lassalle, movimiento casi enteramente prusiano, creyeron en esencia en una solución prusiana del problema alemán. Y como esta fue la solución que claramente prevaleció después de 1866, dejaron de ser significativas las diferencias que se manifestaron vehementemente en la década de la unificación alemana. Los marxistas (junto a un grupo disidente de los lassalleanos que insistía en el carácter puramente proletario del movimiento) fundaron en 1869 un partido socialdemócrata que finalmente (en 1875) se fusionó —aunque conservando el mando— con los seguidores de Lassalle, dando lugar al poderoso Partido Socialdemócrata de Alemania.

El hecho importante es que ambos movimientos se hallaban ligados de una u otra forma con Marx, a quien consideraron (especialmente después de la muerte de Lassalle) como su inspirador teórico y guru. Los dos se emanciparon de la democracia radical-liberal y funcionaron como movimientos independientes de la clase obrera. Y ambos obtuvieron inmediato apoyo masivo bajo el sufragio universal que Bismarck concedió al norte de Alemania en 1866 y a Alemania en 1871. Los dirigentes de los dos movimientos también fueron elegidos para el parlamento. En Barmen, lugar de nacimiento de Friedrich Engels, ya en 1867 el 34 por 100 votaron por el socialismo, y en 1871 el 51 por 100.

Por otro lado, aunque la Internacional no había dado origen todavía a partidos de la clase obrera de importancia (los dos alemanes ni siquiera se hallaban afiliados oficialmente a ella), en una serie de países se había asociado

al surgimiento de la clase obrera a través de un masivo movimiento industrial y sindical al que favorecía sistemáticamente, al menos desde 1866. (Por otra parte, hay que señalar la coincidencia de la IWMA con el primer incremento internacional de las luchas obreras, si bien en algunos casos, como en el de los trabajadores laneros piamonteses en 1866-1867, ciertamente nada tuvieron que ver con ella.) No obstante, y sobre todo a partir de 1868, tales luchas sí que coincidieron con la IWMA, dado que los dirigentes de estos movimientos se sentían cada vez más atraídos por la Internacional o militaban incluso ya en ella. Esta oleada de desórdenes y huelgas obreras se extendieron por todo el continente, llegando hasta España e inclusive a Rusia: en 1870 hubo huelgas en San Petersburgo. Produjeron la paralización de Alemania y Francia en 1868, de Bélgica en 1869 (donde conservaron su fuerza durante algunos años), de Austria-Hungría muy poco después, y llegaron por último a Italia en 1871 (donde alcanzaron su apogeo en 1872-1874) y a España el mismo año. Por otro lado, la ola huelguística llegó también a su clímax en Gran Bretaña en 1871-1873.

Surgieron nuevos sindicatos que entregaron sus masas a la Internacional: por ejemplo, sus partidarios austríacos pasaron de 10.000 en Viena a 35.000 entre 1869-1872, de 5.000 en las tierras checas a casi 17.000, de 2.000 en Estiria y Carintia a casi 10.000 sólo en Estiria.[4] En comparación con posteriores patrones estas cifras no parecen excesivas, pero representaron un enorme poder de movilización —los sindicatos alemanes aprendieron a decidir las huelgas únicamente en mítines masivos donde también estaban representados los que carecían de organización— y desde luego asustaron a los gobiernos, sobre todo en 1871, cuando el apogeo del atractivo popular de la Internacional coincidió con la Comuna de París (véase el capítulo 9).

Ya a principios de la década de 1860 los gobiernos y por lo menos algunos sectores de la burguesía se habían percatado del crecimiento de la clase obrera. El liberalismo se hallaba demasiado comprometido con una ortodoxia de *laissez-faire* económico como para considerar seriamente la política de reforma social, aunque varios de los radicales demócratas, al darse perspicazmente cuenta del peligro que supondría la pérdida del apoyo del proletariado, estuvieron dispuestos a realizar inclusive este sacrificio, y en países donde el «manchesterismo» jamás había vencido totalmente, funcionarios e intelectuales consideraron cada vez más la necesidad de tal reforma. Por eso en Alemania, impresionados por el creciente movimiento socialista, un grupo de mal llamados «profesores sociales» (*Kathedersozialisten*) crearon en 1872 la influyente «Asociación pro Política Social» (Verein für Sozialpolitik), que se dedicó a defender la reforma social como opción o más bien prevención frente a la lucha de clases marxista.*

* Al contrario del término «comunista», más incendiario, la palabra «socialista» la pudo seguir usando todo aquel que recomendaba la acción económica estatal y la reforma social, y así se utilizó ampliamente hasta el aumento general de los movimientos obreros socialistas en la década de 1880.

No obstante, hasta aquellos que habían considerado como fórmula cierta para la ruina cualquier intromisión pública en el mecanismo de mercado libre, se hallaban ahora convencidos de que si querían contener la organización y las actividades de la clase obrera tenían que reconocerlas primero. Según hemos visto ya, algunos de los políticos más demagógicos, entre los que destacan Napoleón III y Benjamin Disraeli, se percataron en seguida del potencial electoral de la clase trabajadora. En la década de 1860 se modificó la ley en todo el continente europeo a fin de permitir por lo menos ciertas organizaciones y huelgas limitadas de la clase trabajadora, o, para ser más exactos, con el fin de incluir en la teoría del mercado libre los libres convenios colectivos de los obreros. Sin embargo, la legalidad de los sindicatos siguió siendo muy incierta. Sólo en Gran Bretaña el peso político de la clase trabajadora y sus movimientos fueron lo suficientemente grandes —por acuerdo general formaban la mayoría de la población— como para crear, después de varios años de transición (1867-1875), un sistema virtualmente completo de reconocimiento legal, tan favorable al sindicalismo que desde entonces se vienen haciendo tentativas periódicas para reducir la libertad que en aquel tiempo se consiguió.

El objeto de estas reformas fue evidentemente poder evitar el surgimiento de la clase obrera como fuerza política independiente, y sobre todo como fuerza revolucionaria. Esto se logró en países con movimientos ya establecidos de obreros no políticos o liberales-radicales. En los sitios en donde ya era poderosa la clase trabajadora organizada, como, por ejemplo, en Gran Bretaña y Australia, los partidos obreros independientes no surgirían hasta mucho más tarde, y aun entonces continuaron siendo en esencia no socialistas. Pero, como hemos visto, en la mayor parte de Europa el movimiento sindicalista surgió durante el período de la Internacional y al mando principalmente de los socialistas, y el movimiento obrero se identificaría en el aspecto político con ellos y más especialmente con el marxismo. Por eso en Dinamarca, donde en 1871 se fundó la Asociación Internacional de Trabajadores con el propósito de organizar las huelgas y las cooperativas de los productores, en cuanto el gobierno hubo disuelto en 1873 la Internacional diversos sectores de la Asociación formaron sindicatos independientes que, en su mayoría, volvieron a unirse posteriormente como «liga social democrática». Esta fue la hazaña más significativa de la Internacional, pues de este modo logró que la clase obrera fuese independiente y socialista.

Por otro lado, no la convirtió en insurrecta. Y es que, a pesar del terror que inspiraba a los gobiernos, la Internacional no planeaba la inmediata revolución. El mismo Marx, si bien no menos revolucionario que antes, no atribuía seriedad a esta contingencia. En efecto, recordemos su notable actitud de cautela con respecto al único intento de realizar una revolución proletaria: la Comuna de París. Jamás creyó en que tuviera la más mínima posibilidad de éxito. Lo máximo que hubiera podido conseguir era un pacto con el gobierno de Versalles. Por eso, y tras su inevitable final, Marx escribió la necrología del intento en los términos más conmovedores, pero con el propósito de instruir a través de este magnífico opúsculo (*La guerra civil en Francia*) a los revolucionarios del futuro, empresa que coronó el éxito. Sin embargo, la Internacional, o sea, Marx, permaneció mientras operó la Comuna. Durante la década de 1860 trabajó en los programas a largo plazo y mostró escaso interés por los proyectos a corto plazo. Marx se habría contentado con que, al menos en los grandes países industriales, se hubieran establecido (donde legalmente era posible) organizados movimientos obreros políticos e independientes como movimientos de masas cuyo objetivo fuera la conquista del poder político, emancipados tanto de la influencia intelectual del radicalismo liberal (que incluía el simple «republicanismo» y el nacionalismo) como de la ideología de tendencia izquierdista (anarquismo, mutualismo, etc.) a la que con cierta justificación tenía él por residuo de una época más temprana. Ni siquiera pretendió que tales movimientos fueran «marxistas»; por otra parte, en aquellas circunstancias tal pretensión hubiera sido utópica, puesto que Marx no contaba virtualmente con seguidores, salvo en Alemania y entre los viejos emigrados. Tampoco creía en que el capitalismo se hallara a punto del colapso o en inmediato peligro de derribo. Confiaba simplemente en poder iniciar la organización de los ejércitos que librarían la larga batalla contra el bien atrincherado enemigo.

A principios de la década de 1870 se tenía la impresión de que el movimiento había fracasado inclusive en la obtención de estos modestos objetivos. La clase obrera británica siguió yendo a remolque de los liberales, con unos dirigentes tan débiles y corruptos que ni siquiera podían exigir una representación parlamentaria significativa como consecuencia de su entonces decisiva fuerza electoral. El movimiento francés yacía arruinado por la derrota de la Comuna de París, y entre sus restos era imposible discernir otra cosa mejor que el anticuado blanquismo, sansculotismo y mutualismo. El gran brote de desórdenes obreros se quebró en 1873-1875, dejando tras de sí sindicatos apenas más fuertes, y en algunos casos realmente más débiles, que los de 1866-1868. Se rompió asimismo la Internacional, al no ser capaz de eliminar la influencia de la anticuada izquierda cuyo fracaso era evidentísimo. La Comuna había muerto, y la única revolución europea que quedaba, la de España, se acercaba rápidamente a su final: en 1874 los Borbones se hallaban de nuevo en España y la próxima república española se posponía durante casi sesenta años. Sólo en Alemania se había producido un avance visible. Por otro lado, ya podía discernirse una nueva aunque oscura perspectiva de revolución en los países subdesarrollados, y a partir de 1870 Marx empezó a concretar algunas esperanzas en Rusia. Pero lo más inmediatamente interesante de estos movimientos, porque era lo único que casi con seguridad podía hacer estremecer a Gran Bretaña, baluarte principal del capitalismo mundial, también había quedado paralizado. El movimiento feniano en Irlanda yacía asimismo en ruinas (véase el capítulo 5).

El aislamiento y el disgusto llenan los últimos años de Marx. En compa-

ración escribió poco,* y políticamente estuvo más o menos inactivo. Con todo, ahora podemos darnos cuenta de la perdurabilidad de dos logros de la década de 1860. A partir de entonces existirían masivos movimientos obreros socialistas, políticos, independientes y organizados. La influencia de la izquierda socialista premarxiana había quedado muy quebrantada. Y consecuentemente la estructura de la política iba a estar en constante cambio.

La mayoría de estas variaciones no se evidenciaron hasta el final de la década de 1880, cuando resurgió la Internacional como frente común de los partidos de masas principalmente marxistas. Sin embargo, aun en la década de 1870 por lo menos un estado tuvo que afrontar el nuevo problema: Alemania. En este país el voto socialista (102.000 en 1871) empezó a aumentar de nuevo con una fuerza implacable después de haber sufrido un corto revés: en 1874 contabilizó 340.000 votos, y en 1877 medio millón. Nadie sabía cómo actuar para contrarrestarlo. En el esquema político de aquellas fechas todavía no se había incluido a las masas, que ni permanecían pasivas ni tampoco se hallaban preparadas para seguir a sus «superiores» tradicionales ni a los de la burguesía, y cuyos dirigentes no podían ser absorbidos. Bismarck, quien para su propio provecho era capaz de jugar al parlamentarismo liberal tan bien o incluso mejor que nadie, no pensó en otra cosa sino en prohibir por decreto la actividad socialista.

* El grueso del material postumo que Engels ordenó como *El capital*, vols. II y III, y las «Teorías sobre la plusvalía» se escribió en realidad antes de la publicación del vol. I en 1867. De las grandes obras de Marx, aparte de algunas cartas, sólo la *Crítica del programa de Gotha* (1875) la escribió después de la caída de la Comuna.

7. LOS PERDEDORES

Últimamente se ha tendido a la imitación de las costumbres europeas, inclusive del peligroso arte de los préstamos: sin embargo, en manos de los gobernantes orientales la civilización occidental es infructuosa; y, en lugar de restablecer un resultado tambaleante, resulta que lo amenaza con la más rápida de las ruinas.

Sir T. Erksine May, 1877[1]

La palabra de Dios no otorga autoridad a la moderna delicadeza hacia la vida humana ... Es preciso que en todas las tierras orientales se tema y se respete al gobierno. Entonces, y sólo entonces, se apreciarán sus beneficios.

J. W. Kaye, 1870[2]

I

En aquella «lucha por la existencia» que proporcionaba la metáfora básica del pensamiento económico, político, social y biológico del mundo burgués, únicamente sobrevivirían los «más aptos», aptitud que no sólo certificarían con su supervivencia, sino con su dominio. En consecuencia, la mayor parte de la población mundial se convirtió en víctima de aquellos cuya superioridad económica, tecnológica y, por tanto, militar era indiscutible y aparentemente incuestionable: las economías y estados de la Europa central y del noroeste, y los países colonizados por sus emigrantes, en especial Estados Unidos. Con las tres grandes excepciones de India, Indonesia y zonas del norte de África, apenas se establecieron colonias formales durante el tercer cuarto del siglo XIX. (Podemos dejar aparte las áreas de colonización anglosajona como Australia, Nueva Zelanda y Canadá, que, si bien todavía no eran formalmente independientes, desde luego no recibían igual trato que las áreas habitadas por «nativos», término en sí mismo neutro, pero que adquirió una fuerte connotación de inferioridad.) De acuerdo en que estas excepciones no son insignificantes, pues sólo la India contaba con el 14 por 100 de la población mundial en 1871. No obstante, la independencia política del resto tenía poco valor. Siempre que estuvieran

al alcance del capitalismo, se hallaban económicamente a su merced. Desde el punto de vista militar su inferioridad era manifiesta. Las lanchas cañoneras y las fuerzas expedicionarias parecían ser omnipotentes.

Con todo, no eran tan decisivas como parecían cuando los europeos hacían chantaje a gobiernos débiles o tradicionales. Abundaba lo que los británicos gustaban de denominar, no sin admiración, «razas marciales», que eran muy capaces de derrotar a las fuerzas europeas en batallas libradas en tierra, si bien nunca en las marítimas. Los turcos disfrutaban de una merecidísima reputación como soldados, y desde luego su habilidad no sólo para derrotar y exterminar a los súbditos rebeldes del sultán, sino para hacer frente a su más peligroso adversario, el ejército ruso, preservó al imperio otomano con la misma efectividad que las rivalidades existentes entre las potencias europeas, o al menos retardó su desintegración. El trato que los soldados británicos dieron a los sijs y a los patanos en la India y a los zulúes en África, así como el que recibieron de los franceses los bereberes del norte de África, puede calificarse de considerable respeto. Y de nuevo se demostró que la persistente guerra irregular o de guerrillas causaba serios problemas a las fuerzas expedicionarias, especialmente en las remotas regiones montañosas donde a los extranjeros les faltaba el apoyo local. Los rusos lucharon durante décadas contra resistencias de este tipo en el Cáucaso, y los británicos tuvieron que abandonar el intento de controlar directamente Afganistán, contentándose con poco más que la supervisión de la frontera noroeste de la India. Por último, la permanente ocupación de vastos países por parte de pequeñas minorías de conquistadores extranjeros resultaba extremadamente dificultosa y cara, aparte de que, con la capacidad que tenían las naciones desarrolladas para imponer su voluntad e intereses sin necesidad de llegar a la invasión, el intento casi no parecía merecer la pena. No obstante, nadie ponía en duda el hecho de la ocupación si se consideraba precisa.

Consecuentemente, la mayor parte del mundo no estaba en disposición de determinar su propio destino. En el mejor de los casos podían reaccionar a las fuerzas externas que les presionaban con creciente vigor. En general, este mundo de las víctimas se dividía en cuatro extensos sectores. En primer término, los supervivientes imperios o grandes reinos independientes no europeos del mundo islámico y Asia: el imperio otomano, Persia, China, Japón y unos cuantos más pequeños como Marruecos, Birmania, Siam y Vietnam. Los mayores de ellos sobrevivieron, si bien —con la excepción de Japón, al que consideraremos aparte (véase el capítulo 8)— cada vez más debilitados por las nuevas fuerzas del capitalismo del siglo XIX; los más pequeños sufrieron finalmente la ocupación después del término de nuestro período, salvo Siam, que sobrevivió como estado amortiguador entre las zonas de influencia británica y francesa. En segundo lugar, las antiguas colonias de España y Portugal en el continente americano, ahora estados nominalmente independientes. En tercer lugar, el África subsahariana, del que poco necesitaba decirse por cuanto no llamaba gran cosa la atención en este período. Y en cuarto y último término, las víctimas ya ocupadas o colonizadas formalmente, en especial las asiáticas.

Todas ellas se enfrentaban al problema fundamental de qué actitud adoptar ante la conquista formal o informal de que eran objeto por parte de Occidente. Desgraciadamente para ellos, no cabía dudar de que los blancos eran demasiado fuertes como para poder rechazarlos por las buenas. En 1874 los indios maya de las junglas del Yucatán probaron a echarlos para volver a sus antiguas formas de vida, y realmente lo lograron hasta cierto punto como consecuencia de la «guerra de la Raza» que comenzó en aquel mismo año; pero por último, en el siglo XX, la pita y el chicle los devolvieron a la órbita de la civilización occidental. Sin embargo, el suyo fue un caso excepcional, ya que el Yucatán se hallaba aislado, el poder blanco más cercano (México) era débil, y los británicos (una de cuyas colonias lindaba con los mayas) no se opusieron a sus proyectos. Al combatir y lograr mantener a raya a los invasores nómadas y las tribus de las montañas, llegaron a imaginar en algunas ocasiones que si no les atacaban con más frecuencia era debido a su fuerza en vez de a su lejanía y a su falta de aprovechamiento económico. Pero para los pueblos con más organización política del mundo no capitalista, la cuestión no consistía en si podía evitarse el mundo de la civilización blanca, sino en cómo enfrentarse a su efecto: imitándolo, resistiendo su influencia, o mediante la combinación de ambas cosas.

El dominio europeo había forzado ya a dos de los sectores dependientes del mundo a sufrir la «occidentalización»: las viejas colonias americanas y las que ahora existían en diversas partes de la Tierra.

Del estatus, colonial español y portugués surgía una América Latina en forma de conjunto de estados técnicamente soberanos en los que las instituciones liberales de la clase media y las leyes del consabido estilo del siglo XIX (ambas británica y francesa) se habían sobrepuesto a la herencia institucional del pasado español y portugués, en especial a un apasionado y arraigadísimo —si bien de color local— catolicismo romano de la población indígena, la cual era india, mestiza y, en la zona del Caribe y en el cinturón costero del Brasil, muy africana.* El imperialismo del mundo capitalista no iba a hacer los mismos intentos sistemáticos para ganar a sus víctimas. Todas ellas eran países agrarios, y virtualmente inaccesibles para un remoto mercado mundial al estar fuera del alcance de los ríos, los puertos marítimos y los caminos de recua. Aparte de la región esclava de las plantaciones y de las tribus de los interiores inaccesibles o las lejanas fronteras del extremo norte y sur, sus habitantes eran principalmente campesinos y ganaderos de diversas razas que vivían en comunidades autónomas, directamente al servicio de los propietarios de grandes haciendas o, con mucha frecuencia, independientes. Estaban gobernados por la abundancia de los grandes terratenientes, cuya posición se

* En las regiones esclavas sobrevivieron cultos de origen africano más o menos mezclados con el catolicismo; pero, salvo en Haití, no parece que compitieran con la religión dominante.

vio notablemente fortalecida con la abolición del colonialismo español que había tratado de mantener un cierto control sobre ellos y de dar alguna protección a las comunidades de campesinos, principalmente indias. También estaban bajo el dominio de los hombres armados a quienes podían movilizar los señores feudales u otros. Éstos constituyeron la base de los *caudillos* que, al frente de sus ejércitos, llegaron a ser tan familiares en el escenario político de la América Latina. Básicamente los países del continente eran casi todos oligarquías. En la práctica esta situación significaba que el poder nacional y los estados nacionales eran débiles, a menos que una república fuera extraordinariamente pequeña o un dictador lo bastante feroz como para infundir siquiera de modo temporal el terror en sus súbditos más remotos. Cualquier contacto que estos países tuvieran con la economía mundial, había de realizarse a través de los extranjeros que dominaban la importación y exportación de sus materias primas y embarques (excepto Chile, que tenía una próspera flota propia). En nuestro período dichos extranjeros fueron especialmente los ingleses, aunque también había algunos franceses y norteamericanos. Las fortunas de sus gobiernos dependían de la tajada que pudieran obtener del comercio exterior y de su éxito en la consecución de empréstitos, de nuevo principalmente de los británicos.

Durante las primeras décadas después de la independencia se observó una regresión económica y en muchas regiones incluso demográfica, con las notables excepciones de Portugal bajo el gobierno de un emperador local evitando la ruptura y la guerra civil, y de Chile, aislado en su templada franja por el Pacífico. Por otro lado, pocas consecuencias prácticas hubo que atribuir entonces a las reformas liberales que habían instituido los nuevos regímenes, considerados como la mayor acumulación de repúblicas del mundo. En algunos de los estados más grandes y consecuentemente más importantes, como, por ejemplo, en la Argentina del dictador Rosas (1835-1852), dominaron oligarcas muy suyos, dispuestos a consumir únicamente lo que producía el país, hostiles a cualquier tipo de innovación. La asombrosa expansión a escala mundial del capitalismo en el tercer cuarto del siglo variaría esta situación.

En primer término, al norte del istmo de Panamá dicha expansión condujo a que la intromisión de las potencias «desarrolladas» fuera muchísimo más directa de lo que estaba acostumbrada a sufrir la América Latina desde la marcha de España y Portugal. México, la víctima principal, entregó vastos territorios a Estados Unidos como consecuencia de la agresión norteamericana de 1847. En segundo lugar, Europa (y en menor medida Estados Unidos) descubrió en esta gran región subdesarrollada productos dignos de ser importados: guano en el Perú, tabaco en Cuba y en otros lugares, algodón en Brasil y en algún otro sitio (especialmente durante la guerra civil norteamericana), café, sobre todo en Brasil después de 1840, nitratos en el Perú, etc. Varias de estas mercancías tendrían un auge temporal, y su caída fue tan rápida como su ascenso: la época del guano en el Perú que apenas había empezado antes de 1848 no perduró en los años setenta. Hasta después de la década de 1870 América Latina no explotó mediante la exportación esa serie de productos relativamente permanentes que durarían hasta las décadas centrales de nuestro siglo o hasta nuestros días. Con la inversión de capital extranjero comenzó a desarrollarse la infraestructura del continente: ferrocarriles, instalaciones portuarias, servicios públicos; incluso aumentó sustancialmente la inmigración europea, en especial hacia Chile, Brasil y sobre todo hacia las templadas regiones del estuario del Río de la Plata.*

Estos logros fortalecieron la situación de la minoría de latinoamericanos dedicados a la modernización de su continente, tan pobre en aquella época como rico en potencialidad y recursos; un viajero italiano describió así al Perú: «Un mendigo sentado sobre un montón de oro». Los extranjeros, aun en los sitios en donde resultaban realmente amenazadores, como en México, parecían menos peligrosos que la formidable combinación de inercia nativa representada en el campesinado tradicionalista, los anticuados y toscos señores feudales y, especialmente, la iglesia. O, dicho de otra manera, si antes no se sujetaban a éstos, las posibilidades de poder hacer frente a los extranjeros eran prácticamente nulas. Y la única forma de sujetar a aquéllos era mediante la fría modernización y «europeización».

Las ideologías «progresistas» que cautivaban a los latinoamericanos cultos no eran simplemente aquellas del «ilustrado» liberalismo francmasón y benthamita que tan popular había sido en el movimiento de la independencia. Durante la década de 1840 a los intelectuales les cautivaron diversas formas de socialismo utópico que no sólo prometían la perfección social, sino el desarrollo económico, y a partir de la década de 1870 el positivismo de Auguste Comte penetró profundamente en Brasil (cuyo lema nacional es todavía el comtiano «orden y progreso») y, en menor medida, en México. No obstante, siguió prevaleciendo el «liberalismo» clásico. La combinación de la revolución de 1848 y la expansión mundial del capitalismo proporcionó su oportunidad a los liberales, quienes lograron realmente la destrucción del viejo y legal orden colonial. Las dos reformas más significativas —unidas entre sí— fueron la liquidación sistemática de cualquier posesión de tierra que no estuviera encuadrada en los conceptos de propiedad privada, compra o venta (por ejemplo, con la ley brasileña de la tierra y la nueva repartición colombiana de las tierra indias, ambas llevadas a cabo en 1850), y en especial un feroz anticlericalismo que incidentalmente trataba también de abolir la tenencia de tierras por parte de la Iglesia. Los extremos del anticlericalismo se alcanzaron en México con el presidente Benito Juárez (1806-1872) (constitución de 1857), al establecer la separación de la Iglesia y el estado, abolir el pago de los diezmos a la Iglesia, obligar a los clérigos a prestar juramento de fidelidad, prohibir a los funcionarios la asistencia a los servicios religiosos y vender las tierras eclesiásticas. Con todo, otros países fueron apenas menos progresivos.

* Alrededor de un cuarto de millón de europeos se establecieron en Brasil entre 1855 y 1874, mientras que unos 800.000 fueron a Argentina y Uruguay en un período parecido.

Sin embargo, debemos subrayar el fracaso de la tentativa de transformar la sociedad mediante la modernización institucional impuesta a través del poder político, esencialmente porque eran una minoría selecta, culta y urbana en un continente rural y, siempre que conseguía el poder de verdad, éste se apoyaba en generales de poca confianza y en clases locales de familias terratenientes que, por razones que a menudo sólo tenían la más remota conexión con John Stuart Mill o Darwin, optaban por movilizar a los suyos en ese sentido. Hablando en términos sociales y económicos, hacia la década de 1870 muy poco habían cambiado en el fondo las cuestiones de la tierra en América Latina, salvo que en tanto se robustecía el poder de los hacendados, se enervaba el de los labradores. Y al producirse el cambio con el choque del intruso mercado mundial, el resultado fue la subordinación de la vieja economía a las demandas del comercio de la importación y la exportación que se efectuaba a través de unos cuantos puertos o capitales grandes y que controlaban los extranjeros o colonos extranjeros. La única gran excepción se hallaba en las tierras del Río de la Plata, donde a la larga la masiva inmigración europea produciría una población completamente nueva con una estructura social alejada por entero de lo tradicional. En el tercer cuarto del siglo XIX América Latina tomó el camino de la «occidentalización» en su forma burguesa y liberal con mayor ahínco, y en ocasiones con más brusquedad que cualquier otra zona del mundo, excepto Japón, pero las consecuencias fueron decepcionantes.

Dejando a un lado las regiones habitadas por colonos procedentes de Europa, donde se han establecido más bien recientemente, y aquellas que carecían de una gran población nativa (Australia, Canadá), los imperios coloniales de los potencias europeas estaban formados por unas cuantas regiones en las que una mayoría o minoría de colonizadores blancos coexistía con una población indígena más bien importante (África del Sur, Argelia, Nueva Zelanda) y por un número más elevado de zonas sin ninguna población significativa o permanente de europeos.* Sabido es que las colonias de «pobladores blancos» iban a ocasionar el más espinoso problema del colonialismo, si bien en nuestro período no tuvo gran significado internacional. En cualquier caso, la mayor dificultad a resolver por parte de las poblaciones indígenas era cómo resistir el avance de los pobladores blancos y, aunque los zulúes, los maoríes y los bereberes eran guerreros extraordinarios, lo máximo que conseguían eran victorias locales. Las colonias de sólida población indígena provocaban problemas más graves, ya que la escasez de blancos hacía que fuera esencial el

* Al contrario de lo ocurrido en los viejos imperios preindustriales, con regiones aún perdurando (por ejemplo, Cuba, Puerto Rico, las Filipinas), en estas áreas el mestizaje no se desarrolló demasiado y, por lo visto, al menos en la India, a partir de mediados del siglo XIX, cada vez se aprobaba menos. Tales grupos de mestizos, al no poderse integrar fácilmente en la raza de «color» (como en Estados Unidos) o pasar por «blancos», se empleaban en ocasiones como casta de administradores o técnicos subalternos (por ejemplo, en Indonesia o la India, donde monopolizaban la administración de los ferrocarriles); pero en principio la línea que separaba al hombre «blanco» del de «color» era clara.

uso de nativos a gran escala para administrarlas e intimidarlas en nombre de sus jefes, quienes, al menos a un nivel local, tenían que ejercer su administración a través de las instituciones locales ya existentes. En otras palabras, tenían que enfrentarse al doble problema de crear un conjunto de nativos integrados para que asumieran la función de los blancos y de someter las instituciones tradicionales de los países, a menudo muy discordantes con sus propósitos. En cambio, los pueblos indígenas afrontaban el desafío de la occidentalización como algo mucho más complejo que la mera resistencia.

II

La India —la mayor colonia con mucho— ilustra las complejidades y paradojas de esta situación. La mera existencia aquí de un gobierno extranjero no representaba en sí misma un gran problema, ya que en el curso de su historia diversas clases de extranjeros (en especial del Asia central), cuya legitimidad había quedado suficientemente afirmada mediante el poder efectivo, habían conquistado y reconquistado vastas regiones del subcontinente. Tampoco provocaba dificultades especiales el hecho de que los actuales gobernantes fueran apenas más blancos que los afganos y hablaran un lenguaje administrativo algo más incomprensible que el persa clásico. Asimismo era una ventaja política el que no trataran de hacer prosélitos para su peculiar religión con gran celo, lo que apesadumbraba a los misioneros. Sin embargo, los cambios que impusieron de modo deliberado o como consecuencia de su curiosa ideología y actividades económicas sin precedentes fueron más profundos y perturbadores que todo lo que hasta entonces había cruzado el paso de Khyber.

No obstante, dichos cambios fueron a la vez revolucionarios y limitados. Los británicos se esforzaban por «occidentalizarlos», incluso en algunos aspectos por integrarlos, y no sólo porque las prácticas locales como la quema de viudas (*suttee*) indignaban verdaderamente a muchos de ellos, sino debido en especial a las exigencias de la administración y la economía. Rompían también la economía existente y la estructura social, aun cuando no fuera esa su intención. Consecuentemente, después de largos debates, el famoso Minuto (1835) de T. B. Macaulay (1800-1959) estableció un sistema de educación puramente inglés para los pocos indios cuya educación y preparación interesaba de forma oficial al gobernador británico, esto es, los administradores subalternos. Surgió una pequeña minoría selecta inclinada a las cosas inglesas, a veces tan lejana de las masas indias que incluso llegó a perder la fluidez al hablar su lengua vernácula o a adoptar nombres ingleses, pese a que los británicos jamás trataran como tal al indio más integrado.* Por otro lado, los bri-

* Para honra de la izquierda británica debemos decir que fue más partidaria de la igualdad, hasta el punto de llegar a elegir a uno o dos inmigrantes indios para el parlamento británico, el primero de ellos como miembro radical destinado en 1893 a un distrito electoral londinense.

tánicos abandonaron o fracasaron en el intento de occidentalizarlos, y ello por dos motivos: primero, porque los indios eran al fin y al cabo un pueblo sometido cuya función *no* consistía en competir con el capitalismo británico, debido a la gravedad de los riesgos políticos que se corrían con la excesiva intromisión en las prácticas populares, y, segundo, porque las diferencias que existían entre las formas de vida de los británicos y las de los 190 millones más o menos de indios que habían en 1871 resultaban ser tan grandes como virtualmente insuperables, al menos desde el punto de vista de los pequeños grupos de administradores británicos. La altamente calificada literatura que en el siglo XIX produjeron los hombres que gobernaron o tuvieron relación con la India, y que contribuyó de modo significativo al desarrollo de la sociología, la antropología social y la historia comparada (véase el capítulo 14), es una serie de variantes sobre el tema de esta incompatibilidad e impotencia.

La «occidentalización» originaría, por último, la jefatura, las ideologías y los programas de la lucha de liberación de la India, cuyos dirigentes culturales y políticos iban a surgir de entre aquellos que habían colaborado con los británicos y que se habían beneficiado del gobierno de éstos por ser burgueses delegados nativos, o que mediante la imitación de la forma de vida occidental habían acometido por su cuenta la «modernización». Puso asimismo los cimientos de una clase de industriales autóctonos cuyos intereses les haría entrar en conflicto con la política económica metropolitana. No obstante, hay que señalar que la minoría selecta «occidentalizada» de este período, pese a sus sinsabores, vio en los británicos un ejemplo y el acceso a nuevas posibilidades. El nacionalista anónimo del *Mukherjee's Magazine* (Calcuta, 1873) era todavía un personaje aislado cuando escribió: «Deslumbrados por el lustre superficial que les rodeaba ... los nativos han aceptado hasta aquí las opiniones de sus superiores [y] han puesto en ellas su fe como si se tratara de una veda inapelable. Pero día a día la luz de la inteligencia está aclarando la niebla de sus mentes».[3] Cualquier resistencia que se hiciera a los británicos como tales provenía de los tradicionalistas, y aun ésta, con una gran excepción, era silenciosa en una época en que, como recordaría posteriormente el nacionalista B. G. Tilak, la gente «quedaba a lo primero deslumbrada por la disciplina de los británicos. Los ferrocarriles, el telégrafo, las carreteras, las escuelas dejaban estupefacta a la gente. Cesaron los alborotos y la población pudo disfrutar de la paz y la tranquilidad ... La gente empezó a decir que hasta los ciegos podían viajar seguros desde Benares a Rameshwar llevando oro en el bastón».[4]

La mayor excepción fue el gran levantamiento de 1857-1858 que se produjo al norte de las llanuras indias y que en la tradición histórica británica se conoce desde entonces como la «insurrección india», momento crucial en la historia de la administración británica que retrospectivamente se ha considerado como precursor del movimiento nacional indio. Constituyó el último puntapié de la India tradicional (el norte) contra la imposición del gobierno británico directo, y finalmente provocó la caída de la vieja Compañía de las Indias Occidentales. Esta curiosa supervivencia del colonialismo de empresa

privada, cada vez más integrado en el aparato estatal británico, fue al final sustituido por éste. Las causas hay que buscarlas en la política de sistemática anexión de los territorios indios hasta entonces simplemente dependientes en el gobierno del virrey lord Dalhousie (1847-1856),* y sobre todo en la anexión en 1856 del reino de Oudh, última reliquia del viejo imperio mogol. La precipitación de esta circunstancia se debió a la celeridad y la falta de tacto con que los británicos impusieron —o intentaron imponer— los cambios. El motivo real fue la introducción de cartuchos engrasados, detalle que los soldados del ejército bengalí consideraron como deliberada provocación a su sensibilidad religiosa. (Las fundaciones de cristianos y misioneros estuvieron entre los primeros objetivos de la furia popular.) Aunque el levantamiento comenzó como rebelión del ejército bengalí (en Bombay y Madras permanecieron tranquilos), en las llanuras del norte se transformó en gran insurrección popular al mando de nobles y príncipes tradicionalistas, y en intento de restauración del imperio mogol. Evidentemente, también contribuyeron a esta situación las tensiones económicas como las que provenían de los cambios efectuados por los británicos en los impuestos de las tierras, fuente principal de la hacienda pública; pero dudamos de que dichas tensiones solas hubieran podido producir una revuelta tan enorme y extendida. La gente se sublevó contra lo que creía que era la destrucción cada vez más rápida y despiadada de su forma de vida por parte de una sociedad extranjera.

La «insurrección» se reprimió con una carnicería, pero sirvió de aviso para los británicos. A efectos prácticos cesó la anexión, salvo en los límites oriental y occidental del subcontinente. Las grandes regiones de la India que todavía no se encontraban bajo la directa administración de Gran Bretaña fueron dejadas al gobierno de príncipes títeres nativos a quienes controlaban los británicos, oficialmente aún lisonjeados y respetados, y éstos a su vez se convirtieron en los pilares del régimen que garantizaba a aquéllos riqueza, poder y estatus local. De acuerdo con el antiguo precepto imperial de «divide y vencerás», se desarrolló asimismo una notable tendencia a confiar en los elementos más conservadores del país: terratenientes y en especial la poderosa minoría musulmana. A medida que avanzó el tiempo, este cambio en política llegó a ser algo más que la sumisión de los poderes de resistencia de la India tradicional a sus gobernantes extranjeros. Se convirtió en contrapeso de la resistencia de lento desarrollo que estaba surgiendo en la minoría selecta de la nueva clase media india: el producto de la sociedad colonial, a veces sus verdaderos siervos.** Porque no obstante la política del imperio in-

* Entre 1848 y 1856 Gran Bretaña se anexionó el Punjab, grandes regiones de la India central, partes de la costa oeste y Oudh, con lo que se añadió alrededor de un tercio al territorio que administraban directamente los británicos.

** El primer gran ensayo crítico de la economía del imperialismo británico en la India, las obras de R. C. Dutt, *Economic History of India* y *India in the Victorian Age*, lo escribió el indio cuya carrera en la administración británica fue la más brillante hasta entonces. Del mismo modo, el himno nacional indio lo escribió un indio funcionario de los británicos, el novelista Bankim Chandra Chatterjee.

dio, sus realidades económicas y administrativas continuaron debilitando y rompiendo las fuerzas de la tradición, a la vez que sirvieron para vigorizar las fuerzas de la innovación e intensificar los conflictos entre éstas y los británicos. Después del final del dominio de la Compañía, el crecimiento de una nueva comunidad de británicos expatriados acompañados de sus esposas, que subrayó cada vez más su separatismo y superioridad racial, aumentó la fricción social con la nueva clase media autóctona. Las tensiones económicas del último tercio del siglo (véase el capítulo 16) multiplicaron los argumentos antiimperialistas. Hacia el final de la década de 1880 existía ya el Congreso Nacional indio: conductor principal del nacionalismo indio y partido gobernante de la India independiente. En el siglo XX las propias masas indias seguirían la dirección ideológica del nuevo nacionalismo.

III

El levantamiento indio de 1857-1858 no fue la única rebelión masiva del pasado contra el presente. En el imperio francés representa un fenómeno análogo la gran sublevación argelina de 1871, a la que precipitaron la retirada de las tropas francesas durante la guerra franco-prusiana y luego la masiva repoblación de Argelia por alsacianos y loreneses. Con todo, y en términos generales, el alcance de tales rebeliones fue limitado, aunque sólo fuese porque la mayor parte de las víctimas de la sociedad capitalista occidental no eran colonias conquistadas, sino sociedades y estados cada vez más débiles y desorganizados, a pesar de ser nominalmente independientes. Señalemos la trayectoria de dos de ellos en nuestro período: Egipto y China.

Egipto, principado virtualmente independiente, aunque todavía de modo formal dentro del imperio otomano, estaba predestinado a ser víctima como consecuencia de su riqueza agrícola y su situación estratégica. La primera de estas circunstancias lo convirtió en economía de exportación agrícola, cuyas ventas de trigo y especialmente de algodón al mundo capitalista aumentaron extraordinariamente. Desde comienzos de la década de 1860 proporcionó el 70 por 100 de las ganancias del país por la exportación, y durante el gran auge de la década de 1860 (cuando la guerra civil interrumpió el suministro de algodón norteamericano) hasta los campesinos se beneficiaron temporalmente de tal coyuntura, si bien la mitad de ellos también contrajeron enfermedades parasitarias en el Bajo Egipto debido a la extensión de la permanente irrigación. Esta vasta expansión introdujo sólidamente al comercio egipcio en el sistema internacional (británico) y atrajo aquellas riadas de negociantes y aventureros extranjeros con verdaderas ganas de extender créditos al jedive Ismail. El sentido financiero de éste, al igual que el de los primeros virreyes de Egipto, fue deficiente; pero mientras en la década de 1850 el gasto del estado egipcio excedió únicamente en un 10 por 100 más o menos a los ingresos del erario público, entre 1861 y 1871, cuando casi se triplicaron los ingresos públicos, los gastos alcanzaron un promedio de más del doble de las entradas gubernativas, siendo suplido el desfase por unos 70 millones de libras en préstamos que dejaron una diversidad de financieros que iban desde los ordenados a los sospechosos, con beneficios satisfactorios. Con estos recursos el jedive confiaba en convertir a Egipto en una potencia moderna e imperial y en reconstruir El Cairo asemejándolo al París de Napoleón III, ciudad que por entonces representaba el modelo del paraíso para los adinerados gobernantes de su clase. La segunda circunstancia, la situación estratégica, atrajo los intereses de las potencias occidentales y de sus capitalistas, especialmente de los británicos, ya que la posición de Egipto resultó ser crucial con la construcción del canal de Suez. Puede que la cultura mundial le deba una modesta gratitud al jedive por encargar a Verdi la composición de *Aida* (1871), estrenada en el nuevo Palacio de la Ópera del jedive para celebrar la inauguración del canal (1869), pero a sus compatriotas el costo les resultó excesivo.

De esta manera, pues, Egipto quedó integrado como abastecedor agrícola en la economía europea. Los banqueros, a través de los bajás, engatusaron al pueblo egipcio, y cuando el jedive y los bajás ya no pudieron pagar los intereses de los préstamos que habían aceptado con tan frívolo entusiasmo —en 1876 totalizaban casi la mitad de los ingresos previstos en el año—, los extranjeros impusieron su control.[3] Es probable que los europeos hubieran seguido contentos con la explotación de un Egipto independiente, pero este proceso se vio dificultado por el colapso del auge económico y la paralización de la estructura administrativa y política del gobierno del jedive, a la que minaron fuerzas económicas y tentaciones fuera del entendimiento y el alcance de sus gobernadores. Los británicos, cuya posición era más poderosa y cuyos intereses se hallaban afectados de un modo mucho más cruel, surgieron como los nuevos gobernantes del país en la década de 1880.

Pero entretanto, y debido a la extraordinaria exposición de Egipto a Occidente, la nueva minoría selecta de hacendados, intelectuales, funcionarios civiles y oficiales del ejército que se había originado lanzaba sus ataques contra el jedive y los extranjeros y dirigía el movimiento nacional de 1879-1882. En el curso del siglo XIX, y mientras los egipcios habían ascendido a puestos de riqueza e influencia, el antiguo grupo turco o turco-circasiano hegemónico se había vuelto prácticamente egipcio. El árabe sustituyó al turco como idioma oficial, con lo que se reforzó la ya poderosa posición de Egipto como centro de la vida intelectual islámica. El gran pionero de la moderna ideología islámica, el persa Jamal ad-din Al-Afghani, encontró mucho entusiasmo entre los intelectuales egipcios durante su influyente estancia en el país (1871-1879).* Lo más destacado de las opiniones de Al-Afghani, al igual que de sus discípulos y simpatizantes egipcios, era que *no* defendía una reacción islámica meramente negativa contra Occidente. Cierto es que

* Al-Afghani continuó la tradición cosmopolita de los intelectuales islámicos a lo largo de una vida de emigración que le llevó desde su nativo Irán a la India, Afganistán, Turquía, Egipto, Francia, Rusia y otros sitios.

su ortodoxia religiosa se había puesto, con razón, en duda (en 1875 se hizo francmasón), pero era lo suficientemente realista como para saber que las convicciones religiosas del mundo islámico no debían sentirse escandalizadas, y que de hecho constituían una poderosa fuerza política. Abogó por una revitalización del islam que permitiera al mundo musulmán absorber la ciencia moderna y emular así a Occidente; por la demostración de que el islam prescribía verdaderamente la ciencia moderna, los parlamentos y los ejércitos nacionales.[6] El movimiento antiimperialista de Egipto tenía la vista puesta en el futuro y no en el pasado.

Por otro lado, mientras los bajás de Egipto se hallaban imitando el tentador ejemplo del París de Napoleón III, en el más grande de los imperios no europeos tenía lugar la mayor de las revoluciones del siglo XIX: la llamada insurrección de los Taiping en China (1850-1866). Y aunque los historiadores eurocentristas la habían ignorado, por lo menos Marx estaba lo suficientemente al corriente de ella como para escribir en 1853: «Es posible que el próximo levantamiento del pueblo europeo dependa más de lo que ahora está ocurriendo en el imperio celeste que de ninguna otra causa política». Se considera que fue la mayor de las revoluciones, por dos motivos: primero, porque China, cuyo territorio llegaron a controlar en más de la mitad los miembros de la secta Taiping, era ya entonces, con quizás 400 millones de habitantes, el estado más populoso del mundo; y, segundo, porque dio origen a guerras civiles extraordinariamente amplias y feroces. Es probable que perecieran durante este período unos 20 millones de chinos. En muchos sentidos, estas convulsiones fueron la consecuencia directa del impacto occidental en China.

Quizás entre los grandes imperios tradicionales del mundo sólo China poseía una tradición revolucionaria popular, tanto ideológica como práctica. Ideológicamente sus eruditos y su pueblo daban por sentado la permanencia y el carácter central del imperio: siempre existiría, al mando de un emperador (salvo en los intervalos ocasionales de división) y bajo la administración de burócratas sabios que hubieran pasado los grandes exámenes del servicio civil nacional introducidos casi dos mil años atrás (y que sólo se abandonaron cuando el imperio mismo estuvo a punto de sucumbir en 1910). Su historia era una sucesión de dinastías que pasaban —se creía— por un ciclo de elevación, crisis y sobreseimiento: adquisición y finalmente pérdida de ese «mandato del cielo» que legitimaba su autoridad absoluta. En el proceso de la transición de una dinastía a la siguiente se conocía y esperaba la función significativa que habría de desempeñar la insurrección popular, la cual, partiendo del bandidaje social, los levantamientos del campesinado y las actividades de las populares sociedades secretas, alcanzaba el grado de gran rebelión. En realidad su éxito era en sí mismo una indicación de que el «mandato del cielo» estaba agotándose. La permanencia de China, centro de la civilización mundial, se conseguía a través de la constante repetición del ciclo de cambio dinástico, lo que incluía este elemento revolucionario.

La dinastía Manchú, que impusieron los conquistadores del Norte a mediados del siglo XVII, reemplazó así a la dinastía Ming, que a su vez había derrocado (mediante la revolución popular) a la dinastía Mongol en el siglo XIV. Aunque en la primera mitad del siglo XIX el régimen Manchú parecía seguir funcionando de forma tranquila, inteligente y efectiva —si bien se decía que con una extraordinaria corrupción—, desde la década de 1790 habían habido signos de crisis y rebelión. Aparte de la existencia de otras causas, parece claro que el excepcional aumento de la población del país durante el pasado siglo (cuyas razones siguen sin estar totalmente dilucidadas) había empezado a crear graves presiones económicas. Se asegura que el número de chinos pasó de los 140 millones más o menos en 1741 a los casi 400 millones en 1834. El nuevo elemento dramático en la situación de China era la conquista occidental, que claramente había derrotado al imperio en la primera «guerra del opio» (1839-1842). El choque que produjo esta capitulación ante una modesta fuerza naval británica fue enorme, ya que quedó al descubierto la fragilidad del sistema imperial y se corría el riesgo de que tomaran conciencia de ello incluso sectores de la opinión popular que no pertenecían a las áreas inmediatamente afectadas. En cualquier caso, se produjo un considerable e inmediato incremento de las actividades de las diversas fuerzas de la oposición, sobre todo por parte de las arraigadísimas sociedades secretas, como la *Tríada* al sur de China, dedicadas al derrocamiento de la dinastía extranjera manchuriana y a la restauración de la dinastía Ming. La administración imperial se vio obligada a establecer fuerzas milicianas contra los británicos, con lo que contribuyó a la distribución de armas entre la población civil. Así las cosas, sólo necesitaba una chispa para que se produjera la explosión.

Esa chispa la proporcionó Hung Hsiu Chuan (1813-1864), obseso y quizá psicópata dirigente mesiánico y profeta, uno de aquellos fracasados candidatos al servicio civil imperial que tan propensos eran al descontento político. Después de suspender el examen sufrió evidentemente una crisis nerviosa que finalizó en una conversión religiosa. Alrededor de 1847-1848 fundó en la provincia de Kwangsi la «Sociedad de los que veneran a Dios», a la que se incorporaron en seguida campesinos y mineros, individuos procedentes de la gran población china de paupérrimos vagabundos, miembros de diversas minorías nacionales y seguidores de las más antiguas sociedades secretas. No obstante, su predicación tenía una significativa novedad. Hung, quien se había sentido influido por varios cristianos e incluso había vivido algún tiempo con un misionero norteamericano en Cantón, incorporaba significativos elementos occidentales a la por otra parte conocida mezcla de ideas antimanchúes, herético-religiosa y social-revolucionarias. La rebelión estalló en 1850 en Kwangsi y se extendió tan rápidamente que al cabo del año pudo proclamarse el «Reino celestial de la paz universal», con Hung como supremo «rey celestial». Fue incuestionablemente un régimen de revolución social cuyo mayor apoyo radicaba en las masas populares y en el que dominaban ideas de igualdad taoístas, budistas y cristianas. Organizado teocráticamente sobre la base de

una pirámide de unidades de familia, abolió la propiedad privada (la tierra se distribuyó para su uso, no como posesión), estableció la igualdad de sexos, introdujo un nuevo calendario (en el que se incluía la semana de siete días) y otras reformas culturales, y no descuidó la disminución de los impuestos. Hacia el final de 1853 los Taiping, con al menos un millón de activos militantes, controlaban la mayor parte del sur y el este de China y habían conquistado Nankín, si bien sobre todo por falta de caballería dejaron de avanzar efectivamente en el norte. China se hallaba dividida, y aun en aquellas regiones en las que no gobernaba el movimiento Taiping había convulsiones provocadas por grandes insurrecciones como las de los campesinos rebeldes *Nien* en el norte, no reprimidas hasta 1868, las de la minoría nacional Miao en Kweichow y las de las otras minorías en el suroeste y en el noroeste.

La revolución Taiping no se sostenía a sí misma, y de hecho era muy improbable que pudiera hacerlo. Sus innovaciones radicales alienaban a los moderados, los tradicionalistas y los que tenían propiedades que perder —desde luego no sólo los ricos—, y al fallar sus dirigentes en el cumplimiento de sus propias normas puritanas se debilitó su atractivo popular, y pronto surgieron profundas divisiones entre los mandos. Después de 1856 se puso a la defensiva, y en 1864 fue reconquistada Nankín, la capital Taiping. El gobierno imperial se recuperó, pero el precio que tuvo que pagar por esta recuperación fue considerable y a la larga resultó fatal. Ilustró también las complejidades del impacto occidental.

Paradójicamente los gobernantes de China estuvieron siempre menos dispuestos a adoptar las innovaciones occidentales que los rebeldes plebeyos, muy acostumbrados a vivir en un mundo ideológico en el que eran aceptables las ideas extraoficiales extraídas de fuentes extranjeras (por ejemplo, del budismo). Para los burócratas-sabios confucianos que gobernaban el imperio lo que no era chino era bárbaro. Existía incluso oposición a la tecnología que tan obviamente hizo invencibles a los bárbaros. En 1867 el gran secretario Wo Jen dirigió un memorándum al trono para advertirle de que el establecimiento de una escuela con el fin de enseñar astronomía y matemáticas convertiría «al pueblo en prosélitos de lo extranjero» y se convertiría «en el aletargamiento de la rectitud y en la extensión de la maldad»:[7] por otro lado, la oposición a la construcción de ferrocarriles y similares siguió siendo considerable. Por razones obvias surgió un partido «modernizador», pero es fácil adivinar que hubieran preferido mantener a la vieja China sin cambios, con la sola adición de la capacidad de producir armas occidentales. (Por este motivo no tuvieron mucho éxito sus intentos de crear tal producción en la década de 1860.) En cualquier caso, entre las pocas facultades que conscientemente correspondían a la impotente administración imperial, estaba la de optar por uno de los distintos grados de concesión a Occidente. Enfrente de una gran revolución social, se sentía incluso remisa a movilizar la enorme fuerza de la popular xenofobia china contra los invasores. En efecto, el derrocamiento del movimiento Taiping parecía su problema político más urgente, y para conseguir este propósito la ayuda de los extranjeros se consideraba, si no esencial,

al menos muy deseable, y su buena voluntad indispensable. Así fue como la China imperial se lanzó en seguida a la completa dependencia de los extranjeros. Desde 1854 un triunvirato anglo-franco-norteamericano controlaba las aduanas de Shanghai, pero después de la segunda «guerra del opio» (1856-1858) y del saqueo de Pekín (1860) que finalizó con la capitulación total,* tuvo que ser nombrado realmente un inglés «para ayudar» en la administración de todo el sistema fiscal aduanero chino. En la práctica, Robert Hart, designado inspector general de las aduanas chinas de 1863 a 1909, fue el jefe de la economía china, y a pesar de su identificación con el país y de que los gobiernos chinos llegaron a depositar en él su confianza, la medida implicó la completa subordinación del gobierno imperial a los intereses de los occidentales.

De hecho, cuando llegó el momento, los occidentales prefirieron apuntalar a la dinastía Manchú en vez de derrocarla, lo que hubiera originado un régimen revolucionario, militante y nacionalista o, más probablemente, la anarquía y un vacío político que Occidente hubiera llenado de mala gana. (En seguida se evaporó la simpatía inicial de algunos extranjeros hacia los elementos cristianos del movimiento Taiping.) Por su parte el imperio chino se recuperó de la crisis de los Taiping mediante una mezcla de concesión a Occidente, una vuelta al conservadurismo y una funesta erosión de su poder central. Los verdaderos vencedores en China fueron los viejos burócratas-sabios. Enfrentados a un peligro mortal, la dinastía y la aristocracia Manchú se aproximaron al máximo a la minoría selecta china, con lo que perdieron mucho de su anterior poder. Cuando Pekín era impotente, los más capaces de los administradores-sabios —hombres como Li Hung-Chang (1823-1901)— salvaron el imperio mediante la creación de ejércitos provinciales financiados con recursos provinciales. De este modo anticiparon la posterior ruina de China con la instauración de una serie de regiones al mando de «jefes militares» independientes. En lo sucesivo el gran antiguo imperio de China viviría con tiempo prestado.

Consecuentemente, de una u otra forma las sociedades y estados víctimas del mundo capitalista, con la excepción de Japón (que consideraremos aparte, en el capítulo 8), no llegaron a ningún acuerdo con él. Sus gobernantes y minorías selectas se convencieron en seguida de que la simple negativa a aceptar las costumbres de los occidentales o norteños blancos era imposible; y a la inversa, en caso de ser posible, hubiera perpetuado meramente su debilidad. Quienes vivían en colonias conquistadas, dominadas o administradas por Occidente no tenían mucha opción: sus conquistadores determina-

* En esta ocasión no sólo Gran Bretaña, sino también Francia, Rusia y Estados Unidos, recibieron concesiones. Se abrieron una serie de puertos nuevos, a los comerciantes extranjeros se les garantizó la libertad de movimientos y la inmunidad de la ley china, habría libertad de acción para los misioneros extranjeros, comercio libre, navegación libre para los extranjeros en aguas del interior, fuertes indemnizaciones de guerra, etc.

ban su suerte. Los demás se hallaban divididos entre políticas de resistencia y de colaboración o concesión, entre una sincera «occidentalización» y algún tipo de reforma que les permitiera adquirir la ciencia y la tecnología de Occidente sin perder por ello su cultura y sus instituciones. En conjunto, las viejas colonias de estados europeos en el continente americano optaron por una imitación incondicional de Occidente, y la cadena de monarquías independientes, a veces antiguas, que se extendían desde Marruecos por el Atlántico hasta China por el Pacífico prefirieron alguna versión de reforma, todo ello cuando les era imposible impedir ya la expansión occidental.

Cada uno en su estilo, los casos de China y Egipto tipifican esta segunda opción. Ambos eran estados independientes basados en antiguas civilizaciones y en culturas no europeas, debilitados paulatinamente por la penetración del comercio y las finanzas occidentales (aceptadas de buena gana o bajo coacción), e impotentes para rechazar las fuerzas militares y navales de Occidente por muy limitadas que éstas fueran. Por su lado, en esta fase, las potencias capitalistas no estaban particularmente interesadas en la ocupación o en la administración de estos países, siempre y cuando sus ciudadanos recibieran total libertad para hacer lo que quisieran, incluidos privilegios extraterritoriales. Simplemente se encontraron cada vez más metidos en los asuntos de tales países por el desmoronamiento de los regímenes autóctonos que sufrían el impacto occidental, así como por las rivalidades existentes entre las potencias occidentales. Los gobernantes de China y Egipto rechazaron toda política de resistencia nacional y prefirieron —siempre que pudieron elegir— depender de Occidente, que, a su vez, les mantenía en el poder. En esta fase, relativamente pocos de los que en dichos países deseaban la resistencia a causa de la regeneración nacional favorecían la «occidentalización» directa. En cambio, optaban por una especie de reforma ideológica que les permitiera incorporar a su sistema cultural lo que había hecho tan formidable a Occidente.

IV

Estas políticas fracasaron. Egipto se halló pronto bajo el control directo de sus conquistadores. China fue cada vez más un barco abandonado camino de la desintegración. Y puesto que los regímenes existentes y sus gobernantes habían optado por la dependencia de Occidente, es improbable que las reformas nacionales hubieran logrado su propósito, ya que la revolución era la condición previa del éxito.* Pero aún no había llegado el momento.

Por eso lo que hoy se denomina «Tercer Mundo» o «países subdesarrollados» se hallan a merced de Occidente, son sus desvalidas víctimas. Pero ¿no consiguieron ninguna ventaja estos países de su subordinación? Como hemos visto, en dichos países atrasados había quienes pensaban que sí. La occiden-

* De hecho, la revolución derribó o transformó a principios del siglo xx los mayores de los viejos imperios independientes no occidentales: Turquía, Irán y China.

talización era la única solución, y si eso no sólo significaba el aprendizaje y la imitación de lo extranjero, sino la aceptación de su alianza frente a las fuerzas locales del tradicionalismo, o sea, su dominio, entonces había que pagar el precio. Es un error considerar a tales apasionados «modernizadores» a la luz de los posteriores movimientos nacionalistas y tratarlos sencillamente de traidores y de agentes del imperialismo extranjero. Quizá creyeron que los extranjeros, al margen de su calidad de invencibles, les ayudarían a acabar con la sofocante opresión de la tradición y consecuentemente podrían crear a la larga una sociedad capaz de enfrentarse a Occidente. La minoría selecta mexicana de la década de 1860 era pro extranjera debido a que desesperaba de su país.[8] Los revolucionarios occidentales utilizaron los mismos argumentos. El propio Marx acogió con agrado la noticia de la victoria norteamericana sobre México en la guerra de 1847, ya que así se produciría el progreso histórico y se crearían las condiciones adecuadas para el desarrollo capitalista, o lo que es lo mismo, para la ruina final del capitalismo. Son conocidas sus opiniones sobre la «misión» británica en la India que expresó en 1853. Se trataba de una doble misión: «el aniquilamiento de la vieja sociedad asiática, y la implantación de los fundamentos materiales de la sociedad occidental en la India». En efecto, Marx creía que

> los indios no recogerán los frutos de los nuevos elementos de la sociedad que ha esparcido entre ellos la burguesía británica, hasta que en la misma Gran Bretaña las actuales clases gobernantes no hayan sido sustituidas por el proletariado industrial, o hasta que los propios hindúes se desarrollen lo bastante como para sacudirse por completo el yugo inglés.

No obstante, y pese a la «sangre, la suciedad ... la miseria y la degradación» con que la burguesía manchaba a los pueblos del mundo, Marx consideraba que sus conquistas eran positivas y progresistas.

Con todo, cualesquiera que fuesen las expectativas finales (y los modernos historiadores son menos optimistas que el Marx de la década de 1850), en el presente inmediato el resultado más obvio de la conquista occidental era «la pérdida [del] ... viejo mundo sin ninguna ganancia de uno nuevo», lo que daba «una peculiar melancolía a la actual miseria del hindú»[9] y a los demás pueblos víctimas de Occidente. Mientras que las ganancias eran difíciles de discernir en el tercer cuarto del siglo XIX, las pérdidas eran demasiado evidentes. En el lado positivo estaban los barcos de vapor, los ferrocarriles y los telégrafos, los pequeños círculos de intelectuales de educación occidental, los grupos aún más reducidos de terratenientes y negociantes locales que amasaron enormes fortunas debido a su control de las fuentes de exportación y por disponer de los préstamos extranjeros, como los hacendados de la América Latina, o por su condición de intermediarios para los negocios extranjeros, como los millonarios *parsi*, de Bombay. Existía comunicación, tanto material como cultural. En algunas regiones determinadas crecía la producción exportable, aunque todavía no a gran escala. En algunas áreas

administradas directamente por el gobierno colonial, y como puede ser demostrado, el orden reemplazó al desorden público, la seguridad a la inseguridad. Pero sólo el optimista congénito argüiría que los logros importaban más que la parte negativa del cómputo general de este período.

El contraste más obvio que existía entre los países desarrollados y subdesarrollados era —y sigue siendo— el de la pobreza y la opulencia. En los primeros la gente moría aún de hambre, pero ya en un número que el siglo XIX consideraba pequeño: digamos que un promedio de 500 anuales en el Reino Unido. En la India morían en proporción a sus millones: uno de cada diez habitantes de Orissa en la escasez de 1865-1866, entre un cuarto y un tercio de la población de Rajputana en 1868-1870, 3,5 millones (o el 15 por 100 de la población) en Madrás, 1 millón (o el 20 por 100 de la población) en Mysore durante la gran hambre de 1876-1878, la peor hasta esa fecha en la sombría historia de la India del siglo XIX.[10] En China no es fácil separar el hambre de las numerosas catástrofes del período, pero se dice que la de 1849 costó aproximadamente 14 millones de vidas, en tanto que se calculan otros 20 millones de muertos entre 1854 y 1864.[11] En 1848-1850 una terrible hambre devastó diversas zonas de Java. Hacia el final de la década de 1860 y principios de la de 1870 hubo una plaga de hambre en todo el cinturón de países que se extendía desde la India en el este hasta España en el oeste.[12] La población musulmana de Argelia disminuyó alrededor del 20 por 100 entre 1861 y 1872.[13] Persia, cuya población total se calculaba entre 6 y 7 millones a mediados de la década de 1870, perdió de 1,5 a 2 millones en la gran carestía de 1871-1873.[14] Es difícil decir si la situación era peor que en la primera mitad del siglo (aunque lo más probable es que así fuese en la India y China), o si simplemente no había cambiado. En cualquier caso, el contraste con los países desarrollados durante el mismo período era dramático aun cuando concedamos (al menos en lo que se refiere al mundo islámico) que la época de los tradicionales y catastróficos movimientos demográficos estaba ya dando paso a un nuevo modelo de población en la segunda mitad del siglo.

Resumiendo, el grueso de los pueblos del Tercer Mundo no parecía todavía beneficiarse significativamente del progreso extraordinario y sin precedentes de Occidente. Si para ellos significaba algo más que la mera interrupción de sus antiguas formas de vida, se trataría seguramente de un posible ejemplo y no de una realidad; se trataría de algo hecho por y para hombres de rostro rojizo y cetrino, con curiosos cascos protectores y pantalones cilíndricos, que procedían de remotos países o que vivían en grandes ciudades. Aquello no pertenecía a su mundo, y la mayoría de ellos dudaban muchísimo de que lo desearan para su país. Pero quienes lo rechazaron en nombre de sus antiguas costumbres fueron derrotados. Aún no había llegado el día de aquellos que lo resistirían con las armas del progreso mismo.

8. LOS GANADORES

¿Qué clases y categorías de la sociedad van a ser ahora las verdaderas representantes de la cultura, las que nos den nuestros eruditos, artistas y poetas, nuestras personalidades creadoras?
¿O es que todo va a ser grandes negocios, como en América?

JACOB BURCKHARDT, 1868-1871[1]

La administración de Japón se ha hecho ilustrada y progresiva, acepta como su guía la experiencia europea, emplea a extranjeros en su servicio, y las costumbres e ideas orientales retroceden ante la civilización occidental.

SIR T. ERSKINE MAY, 1877[2]

I

Nunca, pues, los europeos dominaron el mundo más completa e inadecuadamente que en el tercer cuarto del siglo XIX. Para ser exactos, nunca hombres blancos de ascendencia europea lo dominaron con menos objeción, ya que el mundo de la economía y el poder capitalista abarcaba al menos a un estado no europeo, o mejor dicho, a una federación, los Estados Unidos de Norteamérica. Estados Unidos no desempeñaba todavía una gran función en los asuntos mundiales y por eso los gobernantes de Europa, a no ser que tuvieran intereses en las dos regiones del mundo que convenían directamente a los norteamericanos, a saber, los continentes americanos y el océano Pacífico, sólo les prestaban una atención intermitente; pero, salvo Gran Bretaña, cuyas perspectivas comprendían prácticamente a todo el mundo, ningún otro estado participó de modo constante en estas dos áreas. La liberación de América Latina había eliminado todas las colonias europeas de la mayor parte de América Central y del Sur, excepto en las Guayanas, que proporcionaban azúcar a los británicos, una cárcel para criminales peligrosos a los franceses, y un recordatorio de sus pasados vínculos con Brasil a los holandeses. Las islas del Caribe, aparte de La Española (compuesta de la república negra de Haití y de la República Dominicana, que, finalmente, se emancipó del dominio español y de la preponderancia haitiana), siguieron siendo

posesiones de España (Cuba y Puerto Rico), de Gran Bretaña, de Francia, de los Países Bajos y de Dinamarca. Salvo España, que anhelaba la restauración parcial de su imperio americano, ninguno de los estados europeos se preocupó más que lo necesario de sus posesiones en las Indias Occidentales. En el continente norteamericano sólo seguía habiendo hacia 1875 una amplia presencia europea, la vasta pero subdesarrollada y despobladísima colonia británica del Canadá, a la que separaba de Estados Unidos una larga y abierta frontera que en línea recta corría desde los límites de Ontario hasta el océano Pacífico. Las zonas en disputa de cualquiera de los lados de esta línea se repartieron pacíficamente —aunque no sin penosos pactos diplomáticos— en el curso del siglo, a favor, sobre todo, de Estados Unidos. Pero por lo que se refiere a la construcción del ferrocarril transcanadiense, difícilmente la Columbia Británica hubiera podido resistir la atracción de los estados del Pacífico de Estados Unidos. En cuanto a las costas asiáticas de este océano, sólo el lejano oriente ruso de Siberia, la colonia británica de Hong Kong y las posesiones británicas de Malaisia señalaban la directa presencia de las grandes potencias europeas, aunque Francia estaba empezando la ocupación de Indochina. Las reliquias del colonialismo español y portugués, así como los residuos holandeses en lo que ahora es Indochina, no provocaron ningún problema internacional.

La expansión territorial de Estados Unidos no causó, por tanto, ninguna gran inquietud en las cancillerías de Europa. Después de una desastrosa guerra librada en 1848-1853, México cedió una gran parte del suroeste: California, Arizona, Utah y regiones de Colorado y Nuevo México. Rusia vendió Alaska en 1867; estos y otros territorios occidentales más antiguos se convirtieron en estados de la Unión cuando desde el punto de vista económico fueron considerados suficientemente interesantes o accesibles: California en 1850, Oregón en 1859, Nevada en 1864, mientras en el Medio Oeste Minnesota, Kansas, Wisconsin y Nebraska adquirieron carácter de estado entre 1858 y 1867. Las ambiciones territoriales norteamericanas no sobrepasaron entonces este límite, si bien los estados esclavistas del Sur anhelaron extender la sociedad esclava a las grandes islas del Caribe e incluso manifestaron ambiciones latinoamericanas más amplias. La norma básica del dominio norteamericano fue la del control indirecto, debido a que ninguna potencia extranjera mostró una efectiva oposición directa, dado que eran gobiernos débiles aunque nominalmente independientes que querían estar a bien con el gigante del Norte. Sólo hacia el final del siglo, durante la moda internacional del imperialismo formal, rompería Estados Unidos esta tradición establecida. «Pobre México —iba a decir en medio de lamentos el presidente Porfirio Díaz (1828-1915)—, tan lejos de Dios, tan cerca de USA.» Y hasta los estados latinoamericanos que mejores relaciones creían mantener con el Todopoderoso se percataban cada vez más de que en este mundo su mirada debía estar puesta principalmente sobre Washington. El accidental aventurero norteamericano intentó establecer el poder directo en y alrededor de los estrechos puentes de tierra que existían entre los océanos Atlántico

y Pacífico, pero el propósito resultó inútil hasta que las fuerzas norteamericanas construyeron y ocuparon el canal de Panamá en una pequeña república independiente separada con este objeto de Colombia. Pero esto ocurrió más tarde.

La mayor parte del mundo, y en especial Europa, era muy consciente de la existencia de Estados Unidos, aunque sólo fuese porque durante este período (1848-1875) varios millones de europeos emigraron a dicho país y porque su vasta extensión y extraordinario progreso lo convirtieron rápidamente en el milagro técnico de la Tierra. Era, según indicaron por primera vez los norteamericanos, la tierra de los superlativos. ¿En qué otro lugar iba a existir una ciudad como Chicago, que de únicamente 30.000 habitantes en 1850 se había convertido sólo cuarenta años después en el sexto centro urbano mayor del mundo, con más de un millón de habitantes? Sus vías férreas cubrían las mayores distancias con sus líneas transcontinentales, y no eran superadas por ningún otro país en el total de kilómetros (79.200 en 1870). Ningún millonario se hizo a sí mismo con más dramatismo que Estados Unidos, y si aún no eran los más ricos de su clase —aunque pronto lo serían— eran ciertamente los más numerosos. Ninguna publicación era más periodística en un sentido aventurero, ningún político más aparatosamente corrompido, ningún país más ilimitado en sus posibilidades.

«Norteamérica» era todavía el nuevo mundo, la sociedad abierta en un país abierto, el lugar donde —se aceptaba ampliamente— el inmigrante sin un céntimo podía rehacerse a sí mismo («el hombre hecho por sus propios esfuerzos»), y en este sentido constituía una república democrática, igualitaria y libre, la única de una cierta extensión y significado en el mundo hasta 1870. La imagen de Estados Unidos como revolucionaria, alternativa política frente al viejo mundo de la monarquía, la aristocracia y la sujeción, dejó quizá de ser tan vívida como una vez lo fuera, al menos en el exterior de sus fronteras. En su lugar se introdujo la imagen de una Norteamérica que representaba un medio de escapar de la pobreza, la esperanza personal a través del enriquecimiento personal. El nuevo mundo no suponía cada vez más la nueva sociedad frente a Europa, sino la sociedad de los ricos recientes.

Y, sin embargo, dentro de Estados Unidos el sueño revolucionario estaba muy lejos de haber muerto. La imagen de la república seguía siendo la de una tierra de igualdad, de democracia, posiblemente, sobre todo de libertad sin trabas, anárquica, de oportunidades ilimitadas cuyo complemento sería denominado más tarde «destino manifiesto».* Nadie puede entender los Estados Unidos del siglo XIX o, respecto a la misma cuestión, del siglo XX, sin tener en cuenta este componente utópico, si bien cada vez se vio más oscurecido por y transformado en una economía complaciente y un dinamismo tecnológico, salvo en los momentos de crisis. Era, en su origen, una utopía

* «Los estados del Atlántico ... están renovando resueltamente los gobiernos y las constituciones sociales de Europa y África. Los estados del Pacífico deben realizar necesariamente las mismas funciones sublimes y beneficiosas en Asia» (William H. Seward, 1850).[7]

agrícola de campesinos libres e independientes en una tierra libre. Nunca llegó a un acuerdo con el mundo de las grandes ciudades y la gran industria, y en nuestro período no se había resignado aún al dominio de ninguna de éstas. Ni siquiera en un centro tan típico de la industria norteamericana como la ciudad textil de Paterson, Nueva Jersey, dominaba ya el genio de los negocios. Durante la huelga de tejedores de cintas, ocurrida en 1877, los dueños de las fábricas se lamentaron amargamente, y con razón, de la falta de apoyo hacia su causa por parte del alcalde republicano, los concejales demócratas, la prensa, los juzgados y la opinión pública.[4]

La mayoría de los norteamericanos, pues, seguían siendo rurales: en 1860 sólo el 16 por100 de ellos vivían en ciudades de 8.000 o más habitantes. La utopía rural en su forma más liberal —el pequeño hacendado libre en un suelo libre— era capaz de movilizar más poder político que nunca, sobre todo entre la creciente población del Medio Oeste. Contribuyó, además, a la formación del partido republicano y, por supuesto, a su orientación antiesclavista (porque si bien el programa de una república sin clases de granjeros propietarios nada tenía que ver con la esclavitud y poco se interesaba en los negros, excluía la esclavitud). Su mayor triunfo lo consiguió con la ley de reparto de tierras especiales de 1862, que ofrecía gratis a cualquier cabeza de familia norteamericano de más de veintiún años 35 hectáreas de terreno público después de cinco años de residencia continua, o la posibilidad de adquirirlos al cabo de los seis meses a razón de unos 3 dólares la hectárea. Apenas precisamos añadir que esta utopía fracasó. Entre 1862 y 1890 menos de 400.000 familias se beneficiaron de la ley de reparto de tierras especiales, y mientras la población de Estados Unidos aumentaba unos 32 millones, la de los estados del Oeste crecía en más de 10 millones. Sólo los ferrocarriles (que recibieron enormes donaciones de tierra pública para que pudieran resarcirse de las pérdidas de construcción y funcionamiento mediante los beneficios de la especulación y el desarrollo de las propiedades) vendieron más tierra a 5 dólares que la que se impartía en la citada ley. Los beneficiarios reales de la tierra libre fueron los especuladores, los financieros y los empresarios capitalistas. En las últimas décadas del siglo poco más se habló del bucólico sueño concerniente a los pequeños hacendados libres.

Tanto si preferimos que esta transformación de Estados Unidos fue el fin de un sueño revolucionario como si la consideramos el advenimiento de una época, lo cierto es que aconteció en el tercer cuarto del siglo XIX. La misma mitología da testimonio de la importancia de esta época, ya que, como encerrados en la cultura popular, pertenecen a ella los dos temas más profundos y duraderos de la historia norteamericana: la guerra civil y el Oeste. Ambos se hallan íntimamente conectados, por cuanto fue el descubrimiento del Oeste (o más exactamente de sus regiones del sur y del centro) lo que precipitó el conflicto entre los estados de la república, unos representando a los colonos libres y al creciente capitalismo del Norte, y otros a la sociedad esclava del Sur. Fue el conflicto entre Kansas y Nebraska sobre la introducción de la esclavitud en el Medio Oeste lo que precipitó en 1854 la formación del partido republicano. Éste presentaría a Abraham Lincoln (1809-1865) para la presidencia en 1860, acontecimiento que condujo a los estados confederados del Sur a separarse finalmente de la Unión en 1861.*

La expansión de la colonización hacia el Oeste no era nada nuevo. Simplemente se vio acelerada de modo dramático por los ferrocarriles —el primero de ellos llegó y cruzó a través de un puente el Mississippi en 1854-1856— y por el desarrollo de California (véase el capítulo 3). Después de 1849 «el Oeste» dejó de ser una especie de frontera de lo infinito y se convirtió en un gran espacio vacío de pradera, desierto y montaña, encerrado entre dos zonas de rápido desarrollo que se extendían hacia el Este y a lo largo del Pacífico. Las primeras líneas transcontinentales se construyeron simultáneamente hacia el Este desde el Pacífico y hacia el Oeste desde el Mississippi encontrándose en alguna parte de Utah, precisamente en el lugar que los mormones habían elegido para trasladar su ciudad de Sión desde Iowa en 1847, pensando erróneamente que aquel sitio estaría fuera del alcance de los gentiles. En realidad, la región que había entre el Mississippi y California (el «Oeste salvaje») permaneció casi vacía en nuestro período; justo al revés de la tierra «domesticada» o Medio Oeste, cada vez más poblado, cultivado e incluso industrializado. Se ha calculado que la mano de obra total empleada en la construcción de granjas en toda la vasta zona de los estados de la pradera, del suroeste y de la montaña durante el período que va de 1850 a 1880 fue apenas mayor que la empleada en el mismo período en el suroeste o en los pobladísimos estados del Atlántico medio.[5]

La lenta colonización de las praderas del oeste del Mississippi por parte de los granjeros implicó el traslado (forzado) de los indios, entre los que se encontraban aquellos que ya habían sido llevados allí por una anterior legislación y por el casi exterminio de los búfalos, animales de que vivían principalmente los indios de las llanuras. La aniquilación de los indios empezó en 1868, el mismo año en que el congreso estableció las grandes reservas indias. Hacia 1883 habían sido asesinados casi 13 millones de ellos. Las montañas nunca volvieron a ser zonas de establecimiento agrícola. Fueron y siguieron siendo región fronteriza de mineros y profesionales de la prospección, pobladas por una serie de aluviones de buscadores de metales preciosos, mayormente plata, entre cuyos filones destacó, por su riqueza, el Comstock Lode, de Nevada (1859). Éste produjo 300 millones de dólares en veinte años, proporcionó fortunas espectaculares a media docena de hombres, y antes de agotarse y de dejar tras de sí una vacía Virginia City, ocupada por los fantasmas de los mineros Cornish e Irish, que rondaban de madrugada el ayuntamiento y el teatro de la ópera, aún hizo millonarios menores a una veintena más o menos de individuos y procuró pequeñas, pero todavía impresionantes

* Virginia, Carolina del Norte y del Sur, Georgia, Alabama, Florida, Mississippi, Louisiana, Tennessee, Arkansas, Texas. Algunos estados fronterizos dudaron, pero no abandonaron la Unión: Maryland, Virginia occidental, Kentucky, Missouri, Kansas.

fortunas a un gran número de familias. Los mismos agolpamientos de gente se dieron en Colorado, Idaho y Montana.[6] Demográficamente no contaron demasiado. En 1870 Colorado (que no adquirió carácter de estado hasta 1876) tenía menos de 40.000 habitantes.

El suroeste continuó siendo esencialmente ganadero, o sea, territorio vaquero. Desde allí, y camino de los gigantescos mataderos de Chicago, eran conducidas a los puntos de transbordo y de salida de ferrocarril enormes manadas de bueyes de largos cuernos: alrededor de cuatro millones entre 1865 y 1879. Este tránsito fue el que dio a pueblos de Missouri, Kansas y Nebraska, como Abilene y Dodge City, por otro lado, insignificantes, la fama que palpita en miles de películas del Oeste y que ni la rigurosa rectitud bíblica ni el fervor populista de los granjeros de las praderas han logrado hacer olvidar.[7]

El «salvaje Oeste» es un mito tan poderoso que resulta difícil analizarlo con realismo. Como mucho, el único dato históricamente exacto que ha llegado al conocimiento general es que duró sólo breve tiempo, fijándose su auge entre la guerra civil y la paralización de los apogeos minero y ganadero en la década de 1880. Su «salvajismo» no fue debido a los indios, quienes estuvieron muy dispuestos a vivir en paz con los blancos, salvo quizá en el extremo suroccidental, donde tribus como los apaches (1871-1876) y los yaquis (mexicanos) (1875-1926) libraron las últimas de las guerras de varios siglos para conservar su independencia de los hombres blancos. Fue debido a las instituciones, o mejor dicho, a la ausencia de instituciones efectivas de gobierno y ley en Estados Unidos. (No hubo «salvaje Oeste» en el Canadá, donde ni siquiera fueron anárquicas las fiebres de oro y donde los sioux, quienes lucharon y derrotaron a Custer en Estados Unidos antes de su matanza en masa, vivieron tranquilamente.) Los sueños de libertad y del oro que atrajeron a los hombres hacia el Oeste exageraron tal vez la anarquía (o, usando un término más neutral, la pasión por la autoconservación armada). Más allá de la frontera de la granja y la ciudad no existían familias: en 1879 Virginia City contaba con más de dos hombres por cada mujer y sólo el 10 por 100 eran niños. Es cierto que el mito del Oeste ha degradado incluso este sueño. Sus héroes son a menudo pistoleros y malhechores de cantina, como Wild Bill Hickok, que nunca tenían demasiado que decir a su favor, al revés de los inmigrantes mineros sindicados. Con todo, aun admitiendo esto, no hay por qué idealizarlo tampoco. Por otro lado, el sueño de la libertad no era aplicable a los indios o a los chinos (quienes sumaban casi un tercio de la población de Idaho en 1870). En el suroeste racista —Texas pertenecía a la Confederación— no se aplicó ciertamente a los negros. Y, aunque mucho de lo que consideramos como «del Oeste», desde el vestido del vaquero a la «costumbre californiana» de raigambre española que se convirtió en la eficaz ley minera de las montañas norteamericanas,[8] se derivaba de los mexicanos, quienes probablemente suministraron también más vaqueros que ningún otro grupo, el sueño de la libertad tampoco se aplicó a los mexicanos. Era el sueño de los blancos pobres, quienes confiaban en sustituir con el juego, el oro y las pistolas la empresa privada del mundo burgués.

Si bien es verdad que no hay nada más oscuro respecto al «descubrimiento del Oeste», la naturaleza y los orígenes de la guerra civil norteamericana (1861-1865) han provocado debates interminables entre los historiadores. Estos debates se centran en la naturaleza de la sociedad esclava de los estados sureños y en su posible compatabilidad con el capitalismo en dinámica expansión del Norte. Dado que los negros fueron siempre minoría aun en los estados más típicamente sureños y conservadores (salvo en muy pocas zonas), y puesto que la mayoría de los esclavos no trabajaron en la clásica gran plantación, sino en granjas de blancos o como criados y en pequeños grupos, ¿se la puede considerar realmente de sociedad esclava? Apenas puede negarse que la esclavitud fue la institución central de la sociedad sureña, o que constituyó el mayor motivo de fricción y ruptura entre los estados del Norte y del Sur. La cuestión a dilucidar es por qué tuvo que conducir a la secesión y no a alguna fórmula de coexistencia. Al fin y al cabo, aunque no existe duda de que la mayor parte del Norte detestaba la esclavitud, el abolicionismo militante solo no fue nunca lo bastante poderoso como para determinar la política de la Unión. Y el capitalismo norteño, al margen de los pareceres privados de los hombres de negocios, podría haber considerado posible y conveniente llegar a un acuerdo con el Sur esclavista y explotarlo de la misma manera que el mundo internacional de los negocios ha hecho con el *apartheid* de África del Sur.

Desde luego que las sociedades esclavistas, entre ellas la del Sur, estaban destinadas al fracaso. Ninguna sobreviviría al período de 1848 a 1890, ni siquiera Cuba y Brasil (véase el capítulo 10). Ya se hallaban aisladas en dos sentidos: primero de una manera física por la abolición del comercio africano de esclavos, que fue muy efectiva en la década de 1850, y segundo en un sentido —digamos— moral por el aplastante consenso del liberalismo burgués que las consideraba contrarias a la evolución de la historia, moralmente indeseables y económicamente ineficaces. Al igual que la supervivencia de la servidumbre en la Europa oriental, es difícil imaginar la supervivencia del Sur como sociedad esclavista en el siglo XIX, aun cuando (del mismo modo que algunas escuelas de historiadores) consideremos a las dos económicamente viables como sistemas de producción. Pero fue un problema más específico lo que llevó al Sur a la crisis en la década de 1850: la dificultad de coexistir con un dinámico capitalismo norteño y el aluvión emigratorio hacia el Oeste.

En términos puramente económicos, al Norte no le preocupaba demasiado el Sur, región agraria apenas iniciada en la industrialización. El tiempo, la población, los recursos y la producción estaban de su parte. Los principales obstáculos eran políticos. El Sur, virtual semicolonia de los británicos, a quienes suministraba la mayor parte de su algodón en rama, consideraba ventajoso el comercio libre, en tanto que la industria del Norte llevaba muchísimo tiempo convencida de la eficacia de las tarifas proteccionistas, sistema que no pudo imponer según sus deseos debido a la influencia política de los estados del Sur (que en 1850 representaban, recuérdese, casi la mitad del número total de estados). A la industria norteña le preocupaba ciertamente más el comercio me-

dio libre y el medio proteccionismo de una nación que su media esclavitud y su media libertad. Por su lado, el Sur hizo cuanto pudo para contrarrestar las ventajas del Norte mediante el aislamiento de su interior, intentando establecer una zona comercial y de comunicaciones de cara al Sur y basada en el sistema del río Mississippi en vez de extenderse hasta el Atlántico por el Este, y apropiándose en lo posible de la expansión hacia el Oeste. Esto era muy natural, puesto que sus blancos pobres habían descubierto y explorado durante mucho tiempo el Oeste.

Pero la misma superioridad económica del Norte significaba que el Sur tenía que insistir con creciente obstinación en su fuerza política a fin de expresar sus pretensiones en los términos más formales (por ejemplo, mediante la insistencia en la aceptación oficial de la esclavitud en los nuevos territorios del Oeste), subrayar la autonomía de los estados («derechos de los estados») frente al gobierno nacional, ejercer su facultad de veto en la política nacional, oponerse al desarrollo económico del Norte, etc. Tenía que constituir realmente un obstáculo para el Norte mientras emprendía una política expansionista en el Oeste. Sus únicos recursos eran políticos. Porque (dada la imposibilidad de derrotar al Norte en su propio terreno de desarrollo capitalista) las corrientes de la historia seguían un camino totalmente opuesto al suyo. Cada mejora en el transporte reforzaba los vínculos del Oeste con el Atlántico. Básicamente la red ferroviaria corría de Este a Oeste sin casi ninguna línea extensa de Norte a Sur. Además, los hombres que poblaban el Oeste, procedieran del Norte o del Sur, no eran propietarios de esclavos, sino pobres, blancos y libres, a quienes atraía el suelo libre, el oro o la aventura. Consecuentemente, la extensión formal de la esclavitud a nuevos territorios y estados era crucial para el Sur, y los conflictos cada vez más graves que se suscitaron entre ambas partes durante la década de 1850 fueron principalmente debidos a esta cuestión. La esclavitud, por otro lado, no significaba nada para el Oeste, y de hecho la expansión de éste podía debilitar el sistema esclavista. Los dirigentes sureños, que esperaban reforzar su postura con la anexión de Cuba y la creación de un imperio de plantaciones entre el Sur y el Caribe, vieron frustrada su ilusión. En resumen, el Norte, al contrario del Sur, se hallaba en situación de poder unificar el continente. En plan agresivo, el recurso del Sur fue abandonar la lucha y separarse de la Unión cuando la elección en 1860 de Abraham Lincoln, en Illinois, demostró que había perdido el «Medio Oeste».

A lo largo de cinco años la guerra fue encarnizada. En bajas y destrucción fue con mucho la guerra más grande de nuestro período, en la que estuvo implicado uno de los países «desarrollados», si bien palidece relativamente junto a la menos contemporánea guerra paraguaya en América del Sur y, desde luego, al lado de la insurrección de los Taiping en China. Los estados norteños, aunque notablemente inferiores en preparación militar, ganaron al final debido a su vasta preponderancia en potencial humano, capacidad productiva y tecnología. Después de todo, contaban con más del 70 por 100 del total de la población de Estados Unidos, más del 80 por 100 de sus hombres se hallaban

en edad militar, y su producción industrial representaba el 90 por 100 del total del país. Su triunfo fue también el del capitalismo norteamericano y el de los modernos Estados Unidos. Pero, aunque se abolió la esclavitud, no representó el triunfo del negro, fuera esclavo o libre. Al cabo de unos cuantos años de «reconstrucción» (esto es, de democratización forzada) el Sur volvió a ser controlado por los sureños blancos conservadores, es decir, racistas. Las tropas norteñas de ocupación fueron retiradas finalmente en 1877. En cierto sentido el Sur logró su objetivo: los republicanos del Norte (que conservaron la presidencia la mayor parte del período que va de 1860 a 1932) no pudieron romper la solidez del Sur, que consecuentemente mantuvo una autonomía sustancial. Además, el Sur, mediante su voto en bloque, pudo ejercer una cierta influencia nacional, habida cuenta que su apoyo era esencial para el éxito del otro gran partido, el demócrata. En la práctica siguió siendo agrícola, pobre, atrasado y resentido; mientras los blancos reían la derrota jamás olvidada, los negros odiaban la privación de sus derechos civiles y la inhumana subordinación que les habían vuelto a imponer los blancos.

El capitalismo norteamericano se desarrolló a impresionante y espectacular velocidad después de la guerra civil, que si bien había retrasado probablemente su crecimiento de modo temporal, proporcionó, por otro lado, considerables oportunidades a los grandes negociantes piratas adecuadamente llamados «magnates ladrones». Este extraordinario avance constituye la tercera gran circunstancia en la historia de Estados Unidos durante nuestro período. Al contrario de la guerra civil y del salvaje Oeste, la época de los magnates ladrones, si bien forma parte de la demonología de demócratas y populistas, no se ha integrado en el mito popular norteamericano, aunque sigue siendo un episodio de la realidad norteamericana. Los magnates ladrones son todavía parte reconocible del mundo de los negocios. Se ha intentado defender o rehabilitar a los hombres que cambiaron el vocabulario del idioma inglés: al estallar la guerra civil la palabra «millonario» aún se escribía en bastardilla, pero cuando en 1877 murió Cornelius Vanderbilt, el mayor ladrón de la primera generación, su fortuna, de 100 millones de dólares, precisó la invención de un nuevo término, el de «multimillonario». Se ha argüido que muchos de los grandes capitalistas norteamericanos fueron innovadores creativos sin los cuales no se hubieran logrado con tanta rapidez los triunfos de la industrialización norteamericana, que realmente son impresionantes. Su fortuna no se debió, por tanto, al bandolerismo económico, sino —digamos— a la generosidad con que la sociedad recompensó a sus benefactores. Tales argumentos no pueden aplicarse a todos los magnates ladrones, porque hasta la mente del apologista se sobrecoge ante estafadores caraduras como los financieros Jim Fisk o Jay Gould, pero no tendría tampoco sentido negar que unos cuantos de los magnates de este período hicieron contribuciones positivas y a veces importantes al desarrollo de la moderna economía industrial o (lo que no es exactamente lo mismo) a las operaciones de un sistema de empresas capitalistas.

No obstante, tales argumentos son insignificantes. Simplemente abundan en decir de otra manera lo obvio, esto es, que los Estados Unidos del si-

glo XIX contaban con una economía capitalista en la que el dinero —una gran cantidad de dinero— tenía que hacerse, entre otros métodos, mediante el desarrollo y la racionalización de los recursos productivos de un país vasto y rápidamente creciente en una economía mundial rápidamente creciente. Tres cosas distinguen la época de los magnates ladrones norteamericanos de las demás economías capitalistas florecientes del mismo período, que también produjeron sus generaciones de millonarios rapaces.

La primera es la total ausencia de controles sobre los negocios, pese a su inhumanidad y fraudulencia, y las posibilidades realmente espectaculares que existían de corrupción nacional y local, sobre todo en los años posteriores a la guerra civil. De acuerdo con los patrones europeos, en Estados Unidos no había prácticamente gobierno y el campo de acción del poderoso y del rico sin escrúpulos era virtualmente ilimitado. De hecho, en la frase «magnates ladrones» hay que poner el énfasis en la primera palabra y no en la segunda porque, al igual que ocurría en los débiles reinos medievales, los hombres no podían esperar nada de la ley sino sólo de su propia fuerza, y ¿quiénes eran más fuertes que los ricos en una sociedad capitalista? De entre los estados del mundo burgués Estados Unidos fue el único país que contó con una justicia privada y unas fuerzas armadas privadas, circunstancias que nunca preponderaron tanto en nuestro período. Entre 1850 y 1889 las autodesignadas patrullas de vigilantes mataron 530 presuntos o reales violadores de la ley, o seis de cada siete del total de víctimas producidas a lo largo de la historia de este característico fenómeno norteamericano que se extiende entre los años 1760 y 1909.*[9] En 1865 y 1866 *todo* ferrocarril, mina de carbón, fundición de hierro y taller de laminación de Pennsylvania recibió autoridad estatutaria para emplear a tantos policías armados como quisieran y éstos actuaran conforme a su propósito, si bien en otros estados eran los *sheriffs* y otros oficiales locales quienes tenían formalmente que elegir los miembros de dichas fuerzas privadas de policía. Y fue en este período cuando «los Pinkertons»,** la más notoria de las fuerzas privadas de detectives y pistoleros, consiguieron su sombría fama, primero en la lucha contra los criminales y luego contra los trabajadores.

La segunda característica distintiva de esta primera época norteamericana de grandes negocios, mucho dinero y gran poder es que, al contrario de tantos grandes empresarios del Viejo Mundo a quienes frecuentemente parecía obsesionar la fabricación tecnológica como tal, la mayoría de sus profesionales de éxito no tenían por lo visto ningún método especial de hacer dinero. Todo lo que deseaban era multiplicar los beneficios, aunque la mayor parte de ellos participaban en el gran productor de dinero en esta época, el ferrocarril. Cornelius Vanderbilt contaba con 10-20 millones de dólares antes de intervenir en el ferrocarril, y en dieciséis años éste le dio a ganar 80-90 millones más. Uno no se asombra cuando se entera de que hombres como los del grupo de California —Collis P. Huntington (1821-1900), Leland Stanford (1824-1893), Charles Crocker (1822-1888) y Mark Hopkins (1813-1878)— triplicaron desvergonzadamente el coste real de la construcción del Central Pacific Railroad, y de que estafadores como Fisk y Gould pudieron amasar millones con chanchullos y saqueos sin tender, en realidad, ninguna traviesa o poner en movimiento una sola locomotora.

* De los 326 movimientos de los vigilantes registrados, 230 se dieron en este período.

** Por Allan Pinkerton (1819-1884), detective privado estadounidense nacido en Escocia. (*N. del t.*)

Pocos de los primeros millonarios hicieron su fortuna mediante la actividad. Huntington empezó vendiendo quincalla a los mineros de la fiebre del oro en Sacramento. Es posible que entre sus clientes se encontrara el magnate de la carne Philip Armour (1832-1901), quien probó suerte en las minas de oro antes de regresar al negocio de los comestibles en Milwaukee, lo que le dio la oportunidad de ganar muchísimo dinero durante la guerra civil. Antes de descubrir las posibilidades de las restricciones de la guerra y posteriormente de la bolsa, Jim Fisk fue peón de un circo, mozo de hotel, buhonero y lencero. Por su parte, Jay Gould fue cartógrafo y mercader de pieles antes de percatarse de lo que se podía hacer con la bolsa del ferrocarril. Andrew Carnegie (1835-1919) no concentró sus energías en el negocio del acero antes de alcanzar los cuarenta años de edad. Comenzó de telegrafista, continuó como ejecutivo del ferrocarril —con ingresos procedentes ya de inversiones cuyo valor aumentaba rápidamente—, se interesó por el petróleo (negocio que eligió John D. Rockefeller, quien empezó de administrativo y de bibliotecario en Ohio), y fue introduciéndose poco a poco en la industria que dominaría. Todos estos hombres eran especuladores y estaban dispuestos a ir a por la fortuna allá donde estuviera. Ninguno contaba con escrúpulos perceptibles o podía permitirse el lujo de tenerlos en una economía y en una edad en que el fraude, el soborno, la calumnia y si era preciso las armas constituían aspectos normales de competición. Todos eran hombres duros, y la mayoría de ellos hubieran considerado que la cuestión de su honradez era mucho menos relevante para sus negocios que la cuestión de su astucia. No era, pues, irrazonable el «darwinismo social» o dogma de que aquellos que llegan a la cumbre son los mejores, hasta el punto de que alcanzar la mayor aptitud para sobrevivir en la jungla humana se convirtió en algo así como una teología nacional en los Estados Unidos de finales del siglo XIX.

La tercera característica de los magnates ladrones será ya evidente, aunque la mitología del capitalismo norteamericano ha exagerado su importancia: una considerable proporción de ellos fueron «hombres hechos a sí mismos» y no tuvieron competidores ni en riquezas ni en posición social. Desde luego, y pese a la importancia de varios de los multimillonarios «hechos a sí mismos», sólo el 42 por 100 de los negociantes de nuestro período que figuran en el *Dictionary of American Biography* procedían de ambientes de clase baja o de la clase media baja.* La mayoría procedían de familias profesionales o de negocios. Sólo el 8 por 100 de la «minoría selecta industrial de la década de 1870» eran

* Se cuentan los nacidos entre 1820 y 1849. El cálculo procede de C. Wright Mills.

hijos de padres de la clase obrera.[10] Con todo, tal vez merezca recordarse, por comparación, que de los 189 millonarios británicos que murieron entre 1858 y 1879, algo así como un mínimo de un 70 por 100 descendían de, por lo menos, una y probablemente varias generaciones de ricos, de los que se calcula que más del 50 por 100 eran terratenientes.[11] Naturalmente que Norteamérica contaba con sus Astor y Vanderbilt, herederos de viejo dinero, y el más grande de sus financieros, J. P. Morgan (1837-1913), fue un banquero de segunda generación cuya familia amasó su riqueza al ser uno de los principales intermediarios en el traspaso del capital británico a Estados Unidos. Pero lo que llamaba la atención era, lógicamente, la carrera de los jóvenes que sencillamente veían la oportunidad, la cogían y rechazaban a todos sus oponentes: hombres a los que absorbía, sobre todo, el imperativo capitalista de la acumulación. Las oportunidades eran realmente enormes para hombres dispuestos a seguir la lógica de la multiplicación de beneficios en vez de la del vivir, y que contaban con suficiente competencia, energía, inhumanidad y avaricia. Las diversiones eran mínimas. No existía una vieja nobleza que les condujera a la tentación de adquirir títulos y a la grata vida del hacendado aristócrata, y a menos que sirviera también para hacer dinero, la política era algo que había que comprar en vez de practicar.

En cierto sentido, pues, los magnates ladrones creían representar a Norteamérica como nadie más podía hacerlo. Y no estaban totalmente equivocados. Los nombres de los más grandes multimillonarios —Morgan, Rockefeller— entraron en el reino del mito porque, junto a los nombres míticos por motivos muy distintos de los pistoleros y *sheriffs* del Oeste, ellos son probablemente los únicos norteamericanos de este período (aparte quizá de Abraham Lincoln) que se conocen ampliamente en el exterior, salvo entre aquellos que tienen un interés especial por la historia de Estados Unidos. Y los grandes capitalistas impusieron su sello al país. En cierta ocasión, decía el *National Labor Tribune* en 1874, los hombres de Norteamérica pudieron ser sus propios gobernantes. «Nadie podía o debía ser sus amos.» Pero ahora «estos sueños no se realizan ... Los trabajadores de este país ... se percatan de pronto de que el capital es tan rígido como una monarquía absolutista».[12]

II

De todos los países no europeos sólo uno venció realmente al enfrentarse y repeler a Occidente en su propio terreno. Este fue Japón, que de algún modo sorprendió a sus contemporáneos. Para ellos era tal vez el menos conocido de todos los países desarrollados, puesto que ya a principios del siglo XVII se había cerrado virtualmente a cualquier contacto directo con Occidente, manteniendo un único punto de observación mutua en donde se permitía comerciar a los holandeses de forma restringida. Hacia mediados del siglo XIX a los occidentales no les pareció distinto de ningún otro país oriental, o al menos lo consideraron igualmente predestinado a convertirse en víctima del capitalismo

debido a su atraso económico y a su inferioridad militar. El comodoro Perry de Estados Unidos, cuyas ambiciones en el Pacífico excedieron en mucho los intereses de sus activísimos balleneros (quienes hacía poco —en 1815— que habían sido los personajes de la gran obra de creación artística de Norteamérica del siglo XIX, la novela *Moby Dick*, de Herman Melville), les obligó a abrir en 1853-1854 determinados puertos mediante el habitual método de la amenaza naval. Los británicos, y más tarde las fuerzas occidentales unidas en 1862, los bombardearon con la usual frivolidad e impunidad: la ciudad de Kagoshima fue atacada simplemente como represalia por la muerte de un inglés. Difícilmente podía nadie imaginarse que al cabo de medio siglo Japón sería una gran potencia capaz de derrotar sin ayuda a una potencia europea en una guerra mayor, y que después de tres cuartos de siglo llegaría a rivalizar con la Armada británica, y, desde luego, muchísimo menos que en la década de 1970 algunos observadores confiaran en superar la economía de los Estados Unidos en cuestión de años.

Los historiadores de percepción retrospectiva se han sorprendido quizá menos de lo natural por el éxito japonés. Han hecho notar que en muchos aspectos Japón, aunque totalmente enajenado en su tradición cultural, era asombrosamente análogo a Occidente en estructura social. En cualquier caso contaba con algo muy semejante al orden feudal del medievo europeo, una nobleza hacendada hereditaria, campesinos semiserviles y un conjunto de financieros y empresarios comerciantes a los que rodeaba de un infrecuente cuerpo activo de artesanos, todo ello basado en una creciente urbanización. Al revés que en Europa, las ciudades no eran independientes ni los comerciantes libres, pero la creciente concentración de la nobleza (los samurai) en las ciudades hizo aumentar su dependencia del sector agrícola de la población, y el sistemático desarrollo de una exclusiva economía nacional apartada del comercio exterior creó un grupo de empresarios que resultó ser esencial para la formación de un mercado nacional y que estuvo íntimamente ligado al gobierno. Por ejemplo, los Mitsui —todavía una de las mayores fuerzas del capitalismo japonés— comenzaron como vinicultores provinciales de *sake* (vino de arroz) a principios del siglo XVII, se hicieron luego prestamistas y en 1673 se establecieron en Edo (Tokio) como almacenistas, abriendo sucursales en Kyoto y Osaka. En 1680 eran lo que Europa hubiera denominado activos en la bolsa, pasando poco después a ser agentes financieros de la familia imperial y del Shogun (los gobernantes *de facto* del país), así como de varios grandes clanes feudales. Los Sumitomo —también prominentes aún— empezaron con el comercio de la droga y la quincalla en Kyoto y pronto se convirtieron en grandes traficantes y refinadores de cobre. Hacia finales del siglo XVIII administraron el monopolio regional del cobre y participaron en la explotación de las minas.

No es imposible que Japón, dejado a su albedrío, hubiera evolucionado de modo independiente en la dirección de una economía capitalista, aunque la duda jamás podrá disiparse. Lo que está fuera de toda discusión es que Japón estaba más dispuesto a imitar a Occidente que muchos otros países no europeos y que asimismo contaba con más capacidad para conseguirlo. Chi-

na era muy capaz de derrotar a los occidentales en su propio terreno, o al menos tenía lo necesario para lograrlo, a saber: grandes recursos técnicos, sofisticación intelectual, educación, experiencia administrativa y capacidad comercial. Pero China era demasiado enorme, demasiado autosuficiente, se hallaba demasiado acostumbrada a considerarse a sí misma el centro de la civilización como para permitir que la incursión de al fin y al cabo otro tipo de bárbaros peligrosos y narigudos, no importa su progreso técnico, les sugiriera la inmediata subasta de sus antiguas formas de vida. China no quiso imitar a Occidente. Los hombres cultos de México desearon imitar el capitalismo liberal, según el modelo de Estados Unidos, aunque sólo fuese como medio de adquirir la fuerza suficiente para resistir a su vecino del norte. Pero incapaces por debilidad de romper o destruir el lastre de su tradición, les resultó imposible conseguirlo de modo efectivo. La Iglesia y el campesinado, indio o hispanizado según el patrón medieval, supuso demasiado para ellos, y ellos fueron demasiado pocos. La voluntad era mayor que la capacidad. Sin embargo, Japón poseía ambas. La minoría selecta japonesa sabía que su país era uno de los muchos que se enfrentaban a los peligros de la conquista o la sujeción que ya habían encarado en el curso de su larga historia. De acuerdo con la contemporánea fraseología europea, era una «nación» potencial en vez de un imperio ecuménico. Contaba al mismo tiempo con las capacidades técnicas y otras, así como con los mandos que se necesitaban en una economía del siglo XIX. Y lo que quizá es más importante, la minoría selecta japonesa poseía un aparato estatal y una estructura social capaces de controlar el movimiento de toda una sociedad. Transformar un país desde arriba sin exponerse al riesgo de la resistencia pasiva, la desintegración o la revolución entraña una gran dificultad. Los gobernantes japoneses se hallaban en la situación históricamente excepcional de poder movilizar el tradicional mecanismo de la obediencia social con vistas a una «occidentalización» repentina y radical pero controlada, sin más resistencia que una desparramada disidencia de samurai y una rebelión campesina.

El problema de la confrontación con Occidente había preocupado a los japoneses durante algunas décadas —ciertamente desde la de 1830— y la victoria de los británicos sobre China en la primera guerra del opio (1839-1842) había demostrado las hazañas y posibilidades de los modos de actuación de los occidentales. Si ni siquiera China había podido rechazarlos, ¿cómo no iban a dominar donde se lo propusieran? El descubrimiento del oro en California, acontecimiento crucial en nuestro período de la historia mundial, introdujo resueltamente a Estados Unidos en la zona del Pacífico y puso definitivamente a Japón en el centro de los intentos occidentales con vistas a «abrir» sus mercados de la misma manera que la guerra del opio había «abierto» los de China. La resistencia directa era imposible, según demostraron las débiles tentativas de organizarla. Las simples concesiones y las evasiones diplomáticas no eran sino recursos temporales. Los intelectuales y oficiales cultos debatieron vehementemente la necesidad de reforma que se propuso de este modo: mediante la adopción de las técnicas sobresalientes de Occidente y mediante la restauración (o la creación) de la voluntad de afirmación nacional. Sin embargo, lo que se convirtió en la «restauración Meiji» de 1868, o sea, la drástica «revolución desde arriba», fue el evidente fracaso en el tratamiento de la crisis del sistema militar y feudal-burócrata de los Shogunes. En 1853-1854 los gobernantes se hallaban divididos y vacilaban en cuanto a lo que tenían que hacer. Por primera vez el gobierno solicitaba formalmente la opinión y el consejo de los *daimyo* o señores feudales, quienes en su mayoría abogaban por la resistencia o la contemporización. De esta forma demostraba su incapacidad para actuar eficazmente, aparte de que sus contramedidas militares fueron tan ineficaces y costosas que desequilibraron las finanzas y el sistema administrativo del país. Y mientras la burocracia revelaba su torpe ineficacia y en el Shogun contendían diversas facciones de nobles, la segunda derrota de China en otra guerra del opio (1857-1858) acentuaba la debilidad de Japón frente a Occidente. Pero las nuevas concesiones a los extranjeros y la creciente desintegración de la estructura política nacional produjo la contrarreacción de los samurai intelectuales más jóvenes, quienes en 1860-1863 emprendieron una de esas oleadas de terror y asesinatos (contra extranjeros y dirigentes impopulares) que han salpicado la historia japonesa. Desde la década de 1840 activistas patrióticos dispuestos a la lucha se juntaban para el estudio militar e ideológico en las provincias y en determinadas escuelas de espadachines de Edo (Tokio), adonde llegaron influidos por filósofos de la misma tendencia, y retornaban a sus provincias feudales (*han*) con las dos consignas de «Echad a los bárbaros» y «Venerad al emperador». Ambas consignas eran lógicas: no debía consentirse que Japón cayera víctima de los extranjeros y, dado el fracaso del Shogun, era natural que la atención conservadora se dirigiese a la superviviente alternativa política tradicional: el teóricamente todopoderoso, pero en la práctica impotente e insignificante trono imperial. La reforma conservadora (o revolución desde arriba) estaba casi obligada a adquirir la forma de una restauración del poder imperial contra el Shogun. La reacción extranjera al terrorismo de los extremistas, por ejemplo, el bombardeo británico de Kagoshima, no hizo más que intensificar la crisis nacional y minar el ya tambaleante régimen. En enero de 1868 (después de la muerte del viejo emperador y la designación de un nuevo Shogun) se proclamó finalmente la restauración imperial que apoyaban las fuerzas de determinadas prefecturas poderosas y disidentes, y luego de una breve guerra civil quedó instaurada. Se consumaba así la «restauración Meiji».

Si se hubiera tratado meramente de una reacción conservadora y xenófoba, habría sido en comparación insignificante. Las grandes feudalidades del oeste de Japón, en especial las de Satsuma y Choshu que derrocaron por la fuerza el viejo sistema, tenían una aversión tradicional hacia la familia Tokugawa que monopolizaba el Shogun. Ni su poder ni el tradicionalismo militante de los jóvenes extremistas proporcionaban un programa digno de tal nombre, y los hombres que ahora contaban con las fortunas de Japón, predominantemente jóvenes samurai (cuya media de edad superaba en muy

poco los treinta años en 1868), no representaban las fuerzas de la revolución social, si bien habían llegado claramente al poder en una época en la que las tensiones económicas y sociales eran cada vez más agudas y se reflejaban tanto en un creciente número de alzamientos campesinos localizados y no pronunciadamente políticos como en el surgimiento de activistas campesinos y de la clase media. Pero entre 1853 y 1868 el grueso de los supervivientes y jóvenes activistas samurai (bastantes de los más xenófobos perecieron en el curso de su terrorismo) reconocieron que su objetivo, salvar el país, requería la occidentalización sistemática. En 1868 muchos habían tenido ya contactos con extranjeros; algunos hasta habían viajado al exterior. Todos reconocían que la conservacion implicaba transformación.

Se hizo frecuentemente un paralelismo entre Japón y Prusia. En ambos países el capitalismo no se estableció formalmente a través de la revolución burguesa, sino desde arriba, a través de un viejo orden burócrata y aristocrático que reconoció que su supervivencia no podía garantizarse de otra manera. En los dos países los consecuentes regímenes económico-políticos retuvieron importantes características del viejo orden: un sistema ético de obediente disciplina y respeto que impregnaba tanto a las clases medias como inclusive al nuevo proletariado y que incidentalmente ayudaba al capitalismo a resolver los problemas de la disciplina laboral, una fuerte dependencia de la economía de la empresa privada en el apoyo y la supervisión del estado burocrático, y, desde luego, un persistente militarismo que iba a redundar tanto en poderes formidables para la guerra como en una corriente oculta de extremismos apasionados y a veces patológicos de la derecha política. Con todo, aún hay diferencias. En Alemania la burguesía liberal era fuerte, tenía conciencia de clase y constituía una fuerza política independiente. Como demostraron las revoluciones de 1848, la «revolución burguesa» era una posibilidad genuina. El camino prusiano hacia el capitalismo se hizo mediante la combinación de una burguesía remisa a realizar una revolución burguesa y un estado aristocrático dispuesto a darles más de lo que deseaban sin revolución, ello a cambio de conservar el control político de la aristocracia hacendada y la monarquía burócrata. Los aristócratas no iniciaron este cambio. Simplemente se aseguraron (gracias a Bismarck) de no ser arrollados por él. En Japón, por otro lado, la iniciativa, la dirección y los mandos de la «revolución desde arriba» provinieron de sectores de los mismos feudalistas. La burguesía japonesa (o su equivalente) sólo desempeñó una función cuando la existencia de una categoría de negociantes y empresarios posibilitó el establecimiento de una economía capitalista sobre pautas occidentales. Consecuentemente, la restauración Meiji no puede considerarse en ningún sentido real como «revolución burguesa», aunque abortada, si bien puede considerarse como el equivalente funcional de parte de una.

Esto hace que el radicalismo de los cambios que introdujo sea de lo más impresionante. Abolió las viejas provincias feudales y las sustituyó con una administración estatal centralizada que incorporó una nueva moneda decimal, una base financiera mediante la inflación, conseguida a través de préstamos públicos basados en un sistema bancario inspirado en el sistema de la Reserva Federal norteamericana, y (en 1873) una coherente exacción de impuestos por la tierra. (Debe recordarse que en 1868 el gobierno central no tenía ingresos independientes, confiando temporalmente en la ayuda de las provincias feudales —que pronto serían abolidas—, en los préstamos obligados y en los estados privados de los ex shogunes Tokugawa.) Esta reforma financiera supuso una radical reforma social, la regulación de la propiedad de la tierra (1873) que fijaba responsabilidades individuales en vez de comunales en cuanto a los impuestos y consecuentemente asignación individual de los derechos de propiedad con la lógica facultad de poder vender. Los anteriores derechos feudales, ya en disminución en lo que atañía a la tierra cultivada, fueron consecuentemente desechados. Los nobles ilustres y unos cuantos samurai eminentes conservaron algunas montañas y bosques, el gobierno se hizo cargo de la antigua propiedad comunal, los campesinos fueron cada vez más arrendatarios de ricos terratenientes... y los nobles y los samurai perdieron su base económica. A cambio recibieron compensación y ayuda gubernativa, pero aún antes de que se demostrara la insuficiencia de estas medidas para muchos de ellos el cambio de situación era ya muy profundo. Todavía resultó más drástico con la reforma militar, especialmente con la ley de servicio militar de 1873 que, según el modelo prusiano, introdujo el reclutamiento. Su consecuencia de mayor alcance fue la igualdad, ya que abolió los últimos vestigios del estatus aparte y más elevado para los samurai como clase. Por otra parte, se reprimió sin grandes dificultades las resistencia de campesinos y samurai a las nuevas medidas: hubo una media de quizá treinta alzamientos campesinos por año entre 1869 y 1874 y una sustancial rebelión samurai en 1877.

El nuevo régimen no pretendió abolir la aristocracia y las diferencias de clase, aunque éstas fueron simplificadas y modernizadas. Se fundó incluso una nueva aristocracia. Al mismo tiempo la occidentalización supuso la abolición de los viejos rangos, una sociedad en la que la riqueza, la educación y la influencia política determinaban el estatus más que el nacimiento y, por tanto, ciertas tendencias igualitarias genuinas; todo esto era desfavorable para los samurai más pobres, hasta el punto de tener muchos que convertirse en obreros comunes, y favorables para el pueblo común, al que se permitió (desde 1870) adquirir nombres familiares y escoger libremente su ocupación y lugar de residencia. Para los gobernantes de Japón, y al contrario de lo que ocurría en una sociedad occidental burguesa, estas medidas no eran ningún problema en sí mismas, sino instrumentos encaminados a lograr el programa del reavivamiento nacional. Eran necesarias, y por lo mismo debían llevarse a la práctica. Y eran justificables para los mandos de la vieja sociedad, en parte debido al enorme poder de su ideología tradicional de servicio al estado, o más concretamente a la necesidad de «reforzar el estado»; y las sustanciales salidas militares, administrativas, políticas y de negocios que el nuevo Japón procuraba para muchos de ellos, las hacían parecer menos desagradables. Las resistían los campesinos tradicionalistas y los samurai, especialmente aquellos

que no veían en el nuevo Japón un futuro muy brillante para sus personas. Con todo, sigue siendo un fenómenos único y extraordinario el radicalismo que introdujeron en cuestión de años hombres formados en la vieja sociedad y pertenecientes a la orgullosa clase de su nobleza militar.

La fuerza motriz era la occidentalización. Occidente contaba claramente con el secreto del éxito y por lo mismo había que imitarlo a toda costa. La perspectiva de tomar en masa los valores e instituciones de otra sociedad era quizá menos impensable para los japoneses que para muchas otras civilizaciones, por cuanto ya los adoptaron en una ocasión de China; mas, no obstante, se trataba de un intento sorprendente, traumático y problemático. Porque no podía llevarse a cabo simplemente mediante la adopción superficial, selectiva y controlada, sobre todo en una sociedad tan profundamente distinta de Occidente en su cultura como la japonesa. De ahí la exagerada pasión con que se lanzaron a su tarea muchos paladines de la occidentalización. Para algunos parecía implicar el abandono de todo lo que fuera japonés en cuanto consideraban que todo el pasado era atrasado y bárbaro: la simplificación, tal vez incluso la renuncia al idioma japonés, la renovación de la genéticamente inferior raza japonesa mediante el entrecruzamiento con la superior raza occidental, sugerencia basada en las ansiosamente devoradas teorías occidentales del racismo social-darwinista que realmente encontraron apoyo temporal en las más altas esferas.[13] El vestuario y los estilos de peinado occidentales, la dieta occidental (los japoneses no habían comido hasta entonces carne) fueron adoptados con poco menos calor que la tecnología, los estilos arquitectónicos y las ideas de Occidente.[14] ¿No entrañaba la occidentalización la adopción de las ideologías que fueron fundamentales para el progreso occidental, entre ellas incluso la del cristianismo? ¿No implicaba finalmente el abandono de todas las antiguas instituciones, incluido el emperador?

Sin embargo, la occidentalización aquí, al contrario de lo ocurrido anteriormente con la adopción de las cosas chinas, planteó un gran dilema. Porque «el Occidente» no constituía un sencillo sistema coherente, sino que se trataba de toda una complejidad de instituciones rivales y de ideas rivales. ¿Cuáles elegirían los japoneses? En la práctica la elección no fue difícil. El modelo británico sirvió, naturalmente, de guía en cuanto al ferrocarril, el telégrafo, las obras públicas, la industria textil y muchos de los métodos de negocios. El patrón francés inspiró la reforma legal y, hasta que se impuso el modelo prusiano, la reforma del ejército. (La Armada siguió, naturalmente, a los británicos.) Las universidades debieron mucho a los ejemplos alemán y norteamericano, y la educación primaria, la innovación agrícola y el correo al de Estados Unidos. En 1875-1876, y bajo la supervisión japonesa, fueron empleados entre 500 y 600 expertos extranjeros, y en 1890 unos 3.000. Pero política e ideológicamente la elección era más difícil. ¿Cómo iba a elegir el Japón entre los sistemas rivales de los estados burgueses-liberales —Gran Bretaña y Francia— o la más autoritaria monarquía prusiano-alemana? Sobre todo, ¿cómo iba a elegir entre el Occidente intelectual que representaban los misioneros (quienes tenían un sorprendente encanto para los degradados y desorientados samurai dispuestos a trasladar su tradicional lealtad de un señor secular al Señor de los cielos) y el Occidente que representaba la ciencia agnóstica, es decir, Herbert Spencer y Charles Darwin? ¿O entre las rivales escuelas secular y religiosa?

Al cabo de un par de décadas había tomado cuerpo una reacción contra los extremos de occidentalización y el liberalismo, en parte con la colaboración de las tradiciones críticas occidentales del liberalismo total como la alemana, que contribuyó a inspirar la constitución de 1889, sobre todo mediante una reacción neotradicionalista que virtualmente iba a inventar una nueva religión centrada en el culto al emperador, el sintoísmo. Esta combinación de neotradicionalismo y modernización selectiva (según se ejemplificaba en el Edicto Educativo imperial de 1890) fue la que prevaleció. Sin embargo, siguió existiendo la tensión entre aquellos para quienes la occidentalización implicaba una revolución fundamental y aquellos para quienes simplemente significaba un Japón fuerte. Y, aunque no iba a haber revolución, sí se produciría la transformación de Japón en una formidable potencia moderna. Económicamente los logros de Japón continuaron siendo humildes en la década de 1870, y se basaron todavía casi enteramente en el equivalente de una economía extrema de mercantilismo estatal, lo que contrastaba de modo singular con la ideología oficial del liberalismo económico. Las actividades militares del nuevo ejército se dirigían completamente aún contra los luchadores recalcitrantes del viejo Japón, si bien ya en 1873 se planeó una guerra contra Corea que sólo se evitó porque los miembros más sensatos de la minoría selecta Meiji consideraron que la transformación interna debía preceder a la aventura extranjera. De ahí que Occidente siguiera subestimando el significado de la transformación de Japón.

Los observadores occidentales no podían entender del todo este extraño país. Algunos no veían gran cosa en él aparte de una estética exótica y atractiva y de aquellas mujeres elegantes y serviles que tan prontamente confirmaron la superioridad del varón y (así se suponía) de Occidente: la tierra de Pinkerton y madame Butterfly. Otros estaban demasiado convencidos de la inferioridad no occidental para ver algo. «Los japoneses son una raza feliz —escribía el *Japan Herald* en 1881—, y como se contentan con poco, no es probable que logren mucho.»[15] Hasta después de la segunda guerra mundial formó parte de la mitología blanca la creencia de que tecnológicamente los japoneses sólo eran capaces de producir imitaciones baratas de las mercancías occidentales. No obstante, aún quedaban observadores obstinados —principalmente norteamericanos— que destacaban la notable eficiencia de la agricultura japonesa,* las habilidades de los artesanos japoneses y la po-

* Mediante «el ahorro, la economía y la destreza en la agricultura, sin ganadería que convierta la frondosa vegetación de la tierra no labrada en abono para sus campos cultivados, o sin ningún sistema de *rotación de cosechas* ... y sin ninguna ayuda mecánica, el labrador japonés produce anualmente de media hectárea de tierra las mismas cosechas que, con su sistema, exigirían cuatro estaciones en Estados Unidos».[16]

tencialidad de los soldados japoneses. Ya en 1878 un general norteamericano predijo que gracias a ellos el país «estaba destinado a desempeñar una importante función en la historia del mundo».[17] Y en cuanto a los japoneses demostraron que eran capaces de ganar guerras, las opiniones de los occidentales sobre ellos fueron mucho menos complacientes. Sin embargo, hacia el final de nuestro período todavía se les ponía principalmente como prueba viva de que la burguesa civilización de Occidente triunfaba y era superior a todas las demás, y ni siquiera los japoneses cultos hubieran estado en desacuerdo en esta etapa.

9. UNA SOCIEDAD EN TRANSFORMACIÓN

Según los comunistas: «De cada uno de acuerdo con sus habilidades; a cada uno según sus necesidades». En otras palabras, ningún hombre va a sacar provecho de su fuerza, destreza o industria, sino que tiene que proveer a las necesidades de los débiles, los estúpidos y los perezosos.

Sir T. ERSKINE MAY, 1877[1]

El gobierno está pasando de las manos de aquellos que tienen algo a las manos de quienes no tienen nada, de las manos de aquellos que tienen un interés material en la preservación de la sociedad a las de quienes no se preocupan en absoluto del orden, la estabilidad y la conservación .... ¿Es que, quizá, en la gran ley del cambio terreno, los trabajadores son para nuestras modernas sociedades lo que fueron los bárbaros para las sociedades de la Antigüedad, los agentes convulsivos de la disolución y la destrucción?

LOS GONCOURT durante la Comuna de París[2]

A pesar del surgimiento de políticas populares y de movimientos de trabajadores, a medida que triunfaban la sociedad burguesa y el capitalismo disminuían las posibilidades de otras alternativas. Estas posibilidades difícilmente podían parecer menos prometedoras que en —digamos— 1872-1873. Sin embargo, al cabo de muy pocos años volvía a mostrarse incierto y oscuro el futuro de la sociedad que había triunfado tan espectacularmente, y tenían que tomarse de nuevo en serio los movimientos surgidos para reemplazarla o derrocarla. Consecuentemente, debemos considerar estos movimientos favorables al radical cambio social y político según existían en el tercer cuarto del siglo XIX. Esto no es escribir simplemente la historia con la sabiduría de la percepción retrospectiva, aunque no hay razón alguna que obligue al historiador a privarse de su más poderoso recurso, esto es, el conocimiento de lo que realmente sucedió después, recurso por el que darían cualquier cosa los apostantes y los inversores. Es también escribir la historia como la vieron

los contemporáneos. Raramente confían tanto en sí mismos los ricos y los poderosos que no les dé miedo el final de su dominio. Además, la memoria de la revolución era reciente y fuerte. Cualquier persona de cuarenta años había vivido durante la última etapa de su adolescencia la mayor de las revoluciones europeas. Cualquiera de cincuenta años había vivido en su infancia las revoluciones de 1830 y en su edad adulta las de 1848. En los últimos quince años, italianos, españoles, polacos y otros vivieron en medio de insurrecciones, revoluciones o eventos con un fuerte componente insurreccional, como la liberación del sur de Italia por Garibaldi. No puede sorprendernos, pues, que la esperanza o el miedo de la revolución fueran poderosos y vívidos.

Ahora sabemos que no tuvo mayores consecuencias en los años siguientes a 1848. Por eso, escribir acerca de la revolución social en estas décadas es como escribir sobre las serpientes en Gran Bretaña: aunque existen, no son parte muy significativa de la fauna. La revolución europea, tan próxima —y quizá tan real— en el gran año de la esperanza y la decepción, desapareció del horizonte. Como sabemos, Marx y Engels confiaron en su reavivamiento durante los años que siguieron inmediatamente. Esperaron con verdadera ilusión que como secuela de la depresión económica mundial de 1857 se produjera otro estallido general. Al no suceder, ya no lo esperaron en un futuro concretamente previsible, y, desde luego, no en la forma de otro 1848. Naturalmente, es del todo errado suponer que Marx se convirtiera de modo gradual en una especie de socialdemócrata (en el sentido moderno de la palabra), o siquiera que él confiara en que, cuando ocurriera la transición al socialismo, se produjera pacíficamente. Marx creía asimismo que aun en los países donde los trabajadores pudieran apoderarse pacíficamente del poder a través de unas elecciones (citaba Estados Unidos, Gran Bretaña y quizá Holanda), su apoderamiento del poder y la destrucción de las viejas políticas e instituciones, que él consideraba esenciales, provocaría probablemente la violenta resistencia de los antiguos gobernantes. Y en este punto era indudablemente realista. Puede que los gobiernos y las clases dominantes estuvieran dispuestos a aceptar un movimiento laboral que no amenazara su dominio, pero no había ninguna razón para suponer que se hallaran dispuestos a aceptar a nadie que llegara a ese extremo, especialmente después de la sanguinaria supresión de la Comuna de París.

Por otro lado, en los países desarrollados de Europa las perspectivas de revolución —aparte de la revolución socialista— dejaron de ser cuestión de política práctica y, como hemos visto, Marx las descartaba, incluso en Francia. El futuro inmediato de los países capitalistas europeos radicaba en la organización de independientes partidos de masas de la clase obrera, cuyas demandas políticas a corto plazo no eran revolucionarias. Cuando el propio Marx dictó el programa de los socialdemócratas alemanes (*Gotha* [1875]) a un entrevistador norteamericano, como mera concesión táctica a los seguidores de Lassalle, omitió la única cláusula que consideraba un futuro socialista: «el establecimiento de cooperativas socialistas de producción ... bajo el control democrático de la masa trabajadora». El socialismo, dijo, «será el resultado del movimiento. Pero éste es una cuestión de tiempo, de educación y del desarrollo de nuevas formas de sociedad».[3]

Los desarrollos de los márgenes en vez del centro de la sociedad burguesa podían aproximar significativamente este incierto futuro remoto. A partir de los últimos años de la década de 1860, Marx empezó a considerar seriamente esta estrategia de lograr de forma indirecta el derrocamiento de la sociedad burguesa; contempló tres objetivos, de los que dos serían proféticos y uno equivocado: la revolución colonial, Rusia y Estados Unidos. El primero de ellos formó parte de sus cálculos mediante la aparición del movimiento revolucionario irlandés (véase el capítulo 5). Gran Bretaña era entonces decisiva para el futuro de la revolución proletaria por ser la metrópoli del capital, la dominadora del mercado mundial y, al mismo tiempo, «el *único* país donde las condiciones materiales de esta revolución han alcanzado un cierto grado de madurez».[4] De ahí que el principal objetivo de la Internacional fuese la aceleración de la revolución inglesa, y el único medio de conseguir esto era el triunfo de la independencia irlandesa. La revolución irlandesa (o más generalmente, la revolución de los pueblos sometidos) no se concibió sólo por su propio bien, sino como posible acelerador de la revolución en los países burgueses centrales, como talón de Aquiles del capitalismo metropolitano.

El papel de Rusia iba a ser tal vez más ambicioso. Como veremos, desde la década de 1860 una revolución rusa era no sólo una posibilidad, sino una probabilidad, quizá incluso una certeza. Pero mientras en 1848 dicha contingencia hubiera sido bien recibida simplemente porque eliminaría el mayor obstáculo del camino de la victoria de una revolución occidental, ahora era significativa por propio derecho. Una revolución rusa podría realmente «servir de señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementaran entre sí» (según lo indicaron Marx y Engels en el prefacio de una nueva edición rusa del *Manifiesto comunista*).[5] Por otro lado, y aunque Marx nunca confió totalmente en esta hipótesis, una revolución rusa podría ser capaz de conducir a una directa transición en Rusia pasando del comunalismo de la aldea al desarrollo comunista y evitando el desarrollo de un completo capitalismo. Según lo previó muy bien Marx, una Rusia revolucionaria variaba las perspectivas de revolución en todas partes.

La función de Estados Unidos iba a ser menos principal. Su efecto primordial fue negativo, pues a causa de su desarrollo masivo rompió el monopolio industrial de la Europa occidental y en particular de Gran Bretaña, y como consecuencia de sus exportaciones agrarias arruinó las bases de la grande y pequeña propiedad de tierra en Europa. Se trataba, desde luego, de una exacta apreciación. Pero ¿contribuiría positivamente al triunfo de la revolución? En la década de 1870 Marx y Engels esperaban de modo cierto y no sin base real una crisis en el sistema político de Estados Unidos, ya que la crisis agrícola debilitaría a los granjeros, «la base de toda la Constitución», y el creciente apoderamiento de la política por parte de especuladores y grandes negociantes produciría una convulsión entre los ciudadanos. Hicieron asimismo

hincapié en las tendencias con vistas a formar un masivo movimiento proletario. Tal vez no esperaran demasiado de estas tendencias, aunque Marx manifestó cierto optimiso: en los Estados Unidos «el pueblo es más resuelto que en Europa ... Todo madura más rápidamente».[6] Con todo, se equivocaron al agrupar a Rusia y Estados Unidos como los dos grandes países omitidos del original *Manifiesto comunista*: su desarrollo futuro iba a ser muy distinto.

En la actualidad a los puntos de vista de Marx se les aplica el peso de sus triunfos póstumos. En su tiempo, sin embargo, no representaban una gran fuerza política, si bien en 1875 ya se notaron dos síntomas de su posterior influencia: un fuerte partido socialdemócrata alemán y una dramática penetración de sus ideas —que, aunque él no esperaba, hoy no nos sorprende— en la *intelligentsia* rusa (véase p. 172). Hacia finales de la década de 1860 y principios de la de 1870 se responsabilizaba a veces al «doctor rojo» de las actividades de la Internacional (véase el capítulo 6), de la que indudablemente era él la figura más sobresaliente y su eminencia gris. Sin embargo, y como hemos visto, la Internacional no era en absoluto un movimiento marxista o siquiera un movimiento que contuviera más de un puñado de seguidores de Marx, la mayoría de ellos *émigrés* alemanes de su misma generación. La Internacional constaba de una mezcla de grupos izquierdistas a los que unía primaria y quizá exclusivamente el hecho de que todos procuraran la organización de «los trabajadores», y además con éxito sustancial, aunque no siempre permanente. Sus ideas representaban los restos de 1848 (o incluso de 1789 como fueron transformados entre 1830 y 1848), algunas anticipaciones de los movimientos laborales reformistas y una peculiar subvariedad del sueño revolucionario, el anarquismo.

En cierto sentido todas las teorías de revolución de la época eran, y tenían que ser, intentos de llegar a un acuerdo con la experiencia de 1848. Esto es aplicable a Marx y a Bakunin, a los de la Comuna de París y a los populistas rusos, de quienes hablaremos más adelante. Podría decirse que todos ellos surgieron del fermento de los años 1830-1848 y que ninguno de los caracteres anteriores a 1848 desaparecieron para siempre de los horizontes de la izquierda: el socialismo utópico. Las mayores corrientes utópicas habían dejado de existir como tales. El sansimonismo se había desvinculado de la izquierda. Se había transformado por propia voluntad en el «positivismo» de Auguste Comte (1798-1857) y en una experiencia juvenil tenida en común con un grupo de aventureros capitalistas, principalmente franceses. Los seguidores de Robert Owen (1771-1858) habían volcado sus energías intelectuales en el espiritualismo y el secularismo, y sus energías prácticas en el humilde campo de las cooperativas. Fourier, Cabet y los demás inspiradores de las comunidades comunistas, especialmente en la tierra de la libertad y las oportunidades ilimitadas, fueron olvidados. La consigna de Horace Greeley (1811-1872), «Vete al Oeste joven», tuvo mucho más éxito que las que propuso anteriormente de carácter fourierista. El socialismo utópico no sobrevivió a 1848.

En cambio, sí que sobrevivió la descendencia intelectual de la gran Revolución francesa. Su composición oscilaba desde los radicales republicanos democráticos (que a veces subrayaban la liberación nacional y en ocasiones su interés en los problemas sociales) a los comunistas jacobinos del sello de L. A. Blanqui, quien salía breve e intermitentemente de la cárcel cuando le liberaba una revolución en Francia. Esta izquierda tradicional no aprendió ni olvidó nada. A algunos de sus extremistas en la Comuna de París no se les ocurrió nada mejor que reproducir tan exactamente como pudieran los sucesos de la gran Revolución. El blanquismo, determinado y organizado en plan conspirador, sobrevivió en Francia y desempeñó una función crucial en la Comuna, pero esta circunstancia fue su canto del cisne. En lo sucesivo nunca volvió a desempeñar una función significativa e independiente, y se perdería entre las tendencias conflictivas del nuevo movimiento socialista francés.

El radicalismo democrático resistió más, ya que su programa representaba una genuina expresión de las aspiraciones de los «pequeños» en todas partes (tenderos, maestros, campesinos), un componente esencial de las aspiraciones de los trabajadores, y un conveniente atractivo para que los políticos liberales pretendieran sus votos. Puede que libertad, igualdad y fraternidad no sean consignas muy precisas, pero los pobres y los humildes enfrentados a los ricos y los poderosos sabían lo que significaban. Aun cuando el programa oficial del radicalismo democrático se llevara a cabo, en una república basada en el sufragio universal, igual e incondicional, como en Estados Unidos,* la necesidad que tenía «el pueblo» de ejercer el verdadero poder contra los ricos y los corrompidos mantenía viva la pasión democrática. Pero, naturalmente, el radicalismo democrático apenas era una realidad en ninguna otra parte, ni siquiera en el humilde campo del gobierno local.

Por otro lado, en este período la democracia radical dejó de ser una consigna revolucionaria para convertirse en un medio —si bien un medio no automático— en el camino hacia un fin. La república revolucionaria fue la «república social», y la democracia revolucionaria la «democracia social», título que adoptaron cada vez más los partidos marxistas. Esta circunstancia no fue tan obvia entre los revolucionarios primordialmente nacionalistas, como, por ejemplo, los seguidores de Mazzini en Italia, puesto que creían que la consecución de la independencia y la unificación (sobre la base del republicanismo democrático) resolvería de algún modo todos los demás problemas. El nacionalismo verdadero era automáticamente democrático y social, y si no, no era verdadero. Pero ni siquiera los mazzinianos rechazaban la liberación social, y el mismo Garibaldi se declaró socialista, no obstante el significado que para él tuviera esta palabra. Después de las decepciones de unificación o republicanismo, los mandos del nuevo movimiento socialista surgirían de entre los antiguos republicanos radicales.

El anarquismo, aunque pueda rastrearse en sentido retrospectivo hasta el fermento revolucionario de la década de 1840, es con mucha más claridad

* Sufragio del varón: ningún país había considerado aún en serio los derechos de ciudadanía de la mujer, aunque militantes estadounidenses, donde Victoria Woodhull se presentó incluso a la presidencia en 1872, habían iniciado una gran campaña para conseguirlos.

producto del período posterior a 1848, o más concretamente de la década de 1860. Sus dos fundadores políticos fueron P.-J. Proudhon, pintor autodidacta francés y prolífico escritor que no participó prácticamente en ninguna agitación política, y Mijail Bakunin, peripatético aristócrata ruso que no perdía oportunidad de participar.* Desde muy temprano ambos atrajeron la desfavorable atención de Marx y, aunque lo admiraban, lo pagaban con la misma hostilidad. La teoría poco sistemática, preconcebida y profundamente no liberal de Proudhon —fue antifeminista y antisemita, y la extrema derecha ha reclamado su adhesion— no es de gran interés en sí misma, pero contribuyó con dos ideas al pensamiento anarquista: la creencia en pequeños grupos de productores mutuamente apoyados en lugar de la deshumanización de las fábricas, y el odio al gobierno como tal, a *cualquier* gobierno. Estas ideas interesaron muchísimo a los pequeños artesanos independientes, a los trabajadores especializados, pero relativamente autónomos, que resistían el empuje del proletariado, a los hombres que no habían olvidado una infancia campesina o pueblerina en las crecientes ciudades, a las regiones marginales de la industrialización desarrollada. El anarquismo gustó sobremanera a tales hombres y en tales regiones: los más devotos anarquistas de la Primera Internacional habría que buscarlos entre los relojeros aldeanos suizos de la «Federación del Jura».

Bakunin añadió poco a Proudhon como pensador, salvo una insaciable pasión revolucionaria («la pasión por la destrucción —llegó a decir— es al mismo tiempo una pasión creativa»), un desatinado entusiasmo por el potencial revolucionario de criminales y marginados sociales, un sentido real del campesinado y algunas intuiciones poderosas. No fue en absoluto un pensador, sino un profeta, un agitador y —pese a la falta de credulidad de los anarquistas en la organización disciplinada, anticipo de la tiranía del estado— un formidable organizador de conspiradores. Como tal extendió el movimiento anarquista en Italia, Suiza y (a través de discípulos) España, y organizó lo que produciría la interrupción de la Internacional en 1870-1872. Y como tal creó un movimiento anarquista, ya que los seguidores (franceses) de Proudhon como grupo eran poco más que una forma subdesarrollada de sindicalismo, ayuda y cooperación mutua, y políticamente no muy revolucionarios. El anarquismo no era desde luego ninguna potencia hacia el final de nuestro período. Pero ya había establecido algunas bases en Francia y la Suiza francesa, algunos núcleos de influencia en Italia, y sobre todo había hecho sorprendentes progresos en España, donde tanto los artesanos y obreros de Cataluña como los trabajadores rurales de Andalucía aceptaron de buen grado el nuevo evangelio. Allí se fusionó con la idea del lugar de que las aldeas y los talleres podrían arreglárselas muy bien si se eliminaba sencillamente la superestructura del estado y la opulencia, y que era fácilmente practicable el ideal de un país constituido por municipios autónomos. De hecho, el

* Podría trazarse la genealogía del anarquismo, pero lo cierto es que ha tenido poca relación con el desarrollo del actual movimiento anarquista.

movimiento «cantonalista» durante la República española de 1873-1874 trató realmente de llevarlo a cabo, y a su ideólogo dirigente F. Pi y Margall (1824-1901) se le admitiría en el panteón anarquista junto a Bakunin, Proudhon y... Herbert Spencer.

Porque el anarquismo era tanto un alzamiento del pasado preindustrial contra el presente, como un hijo de ese presente. Rechazaba la tradición, aunque la naturaleza intuitiva y espontánea del pensamiento y el movimiento motivaba la preservación —quizá incluso la acentuación— de una serie de elementos tradicionales como el antisemitismo o más generalmente la xenofobia. Las dos cosas se dieron en Proudhon y Bakunin. Al mismo tiempo odiaba vehementemente la religión y las iglesias, y aclamaba la causa del progreso, incluidas la ciencia y la tecnología, de la razón, y, tal vez por encima de todo, de la «ilustración» y la educación. Y como rechazaba cualquier autoridad, se encontró en una curiosa convergencia con el ultraindividualismo del *laissez-faire* burgués, que en esta cuestión actuaba de igual manera. Ideológicamente Spencer (que escribiría *El hombre contra el estado*) fue tan anarquista como Bakunin. La única cosa que el anarquismo no representaba era el futuro, sobre el que no tenía nada que decir, excepto que no podía acontener hasta después de la revolución.

El anarquismo no tiene un gran significado político (fuera de España) y nos interesa principalmente por ser un espejo deformado de la época. El movimiento revolucionario más importante de la época fue un movimiento de masas y sus más dramáticos actos de terrorismo, que culminaron en el asesinato del zar Alejandro II (1881), ocurrieron después del final de nuestro período. Pero es tanto el antecesor de una importante familia de movimientos que se sucedieron en los países subdesarrollados del siglo XX como del bolchevismo ruso. Proporciona un vínculo directo entre los revolucionarios de las décadas de 1830 y 1840 y la de 1917; vínculo más directo, podría argüirse, que la Comuna de París. Además, al ser un movimiento compuesto casi totalmente de intelectuales en un país donde toda la vida intelectual seria era política, se proyectó de forma inmediata en la literatura mundial a través de los geniales escritores rusos que fueron sus contemporáneos: Turgueniev (1789-1871) y Dostoievski (1821-1881). Incluso los contemporáneos occidentales oyeron hablar pronto de «los nihilistas», y los confundieron con el anarquismo de Bakunin. Esto es comprensible, ya que Bakunin se metía en todos los movimientos revolucionarios, incluido el ruso, y se vio incluso asociado temporalmente a un personaje de genuino carácter dostoievskiano (la vida y la literatura estaban muy próximas en Rusia), el joven abogado de una creencia casi patológica en el terror y la violencia, Sergei Gennadevich Nechaev. Pero el populismo ruso no fue de ningún modo anarquista.

Nadie en Europa que perteneciera a la escala política que iba desde los liberales más moderados a la izquierda dudaba seriamente de que Rusia «debía» tener una revolución. Su régimen político, una directa autocracia bajo Nicolás I (1825-1855), era evidentemente un anacronismo y, a la larga, no podía esperarse que permaneciera. Se mantenía en el poder por la ausencia

de algo que se asemejara a una fuerte clase media y sobre todo por la tradicional lealtad o pasividad del campesinado atrasado y muy servil, que aceptaba el gobierno de la «nobleza» porque era la voluntad de Dios, porque el zar representaba a la santa Rusia, y porque también se les dejaba ampliamente en paz para solucionar sus humildes asuntos mediante las poderosas comunidades de las aldeas, a cuya existencia y significado observadores rusos y extranjeros empezaron a prestar atención a partir de la década de 1840. Con todo, no estaban contentos. Dejando aparte su pobreza y la coerción que sobre ellos ejercían los señores, nunca aceptaron el derecho de la nobleza a poseer tierras: el campesino pertenecía al señor, pero la tierra pertenecía a los campesinos porque sólo ellos la cultivaban. Simplemente se hallaban inactivos o impotentes. Si se sacudían la pasividad y se levantaban, el zar y las clases dominantes de Rusia lo pasarían mal. Y si la izquierda ideológica y política movilizaba su inquietud, el resultado no sería una mera repetición de los grandes alzamientos de los siglos XVII y XVIII —aquellas «Pugachevshchina» que obsesionaron a los gobernantes rusos—, sino una revolución social.

Después de la guerra de Crimea una revolución rusa dejó de ser meramente deseable para convertirse en cada vez más probable. Esta fue la mayor innovación de la década de 1860. El régimen que, pese a su calidad de reaccionario e ineficiente, se había mostrado hasta entonces internamente estable y externamente poderoso, inmune a la revolución continental de 1848 y capaz de lanzar contra ella sus ejércitos en 1849, se revelaba ahora más internamente inestable y externamente debilitado de lo que se suponía. Sus debilidades clave eran políticas y económicas, y las reformas de Alejandro II (1855-1881) se consideraron como síntomas y no como remedios de estas debilidades. De hecho, como veremos en el capítulo 10, la emancipación de la servidumbre (1861) creó las condiciones adecuadas para un campesinado revolucionario, en tanto las reformas administrativas, judiciales y otras del zar (1864-1870) fracasaron en su intento de eliminar la debilidad de la autocracia zarista, o de compensar realmente la aceptación tradicional que ahora estaba perdiendo. La revolución en Rusia dejaba de ser una perspectiva utópica.

Dada la debilidad de la burguesía y (en esta etapa) del nuevo proletariado industrial, sólo existía una exigua pero articulada categoría social que pudiera «promover» la agitación política, y que en la década de 1860 consiguió una conciencia propia, una asociación con el radicalismo político y un nombre: la *intelligentsia*. Es probable que su misma exigüidad contribuyera a que este grupo de personas de elevada educación se considerara una fuerza coherente: aun en 1897 los «educados» en toda Rusia eran no más de 100.000 hombres y alrededor de 6.000 mujeres.[7] Aunque las cifras eran pequeñas, aumentaban rápidamente. En 1840 Moscú contaba con poco más que un total de 1.200 educadores, doctores, abogados y personas activas en las artes, pero en 1882 daba cobijo a 5.000 maestros, 2.000 doctores, 500 abogados y 1.500 «artistas». Sin embargo, lo significativo de ellos es que no estaban entre las filas de las clases negociadoras, que en el siglo XIX difícilmente necesitaban requisitos académicos en otro país aparte de Alemania, salvo quizá un certificado de

progreso social, ni tampoco en el único gran patrón de los intelectuales, la burocracia. De los 333 graduados de San Petersburgo en 1848-1850, sólo 96 se emplearon como funcionarios civiles.

Dos cosas distinguieron a la *intelligentsia* rusa de las demás categorías de intelectuales: el reconocimiento de grupo social en especial y un radicalismo político de orientación social en vez de nacional. Lo primero los distinguió de los intelectuales occidentales, quienes quedaron prontamente absorbidos en las prevalecientes clases medias y en la prevaleciente ideología liberal o democrática. Aparte de la *bohème* literaria y artística (véase el capítulo 15), subcultura permitida o al menos tolerada, no había ningún grupo significativo de disidentes, y la disidencia bohemia era sólo marginalmente política. Incluso las universidades, tan revolucionarias hasta y en 1848, se hicieron políticamente conformistas. ¿Por qué tenían que ser los intelectuales de otra manera en la época del triunfo burgués? Lo segundo lo distinguió de los intelectuales de los nacientes pueblos europeos, cuyas energías políticas se gastaron casi exclusivamente en el nacionalismo, o sea, en la lucha por la construcción de una sociedad burguesa liberal propia en la que pudieran integrarse. La *intelligentsia* rusa no podía seguir el primer camino, puesto que Rusia no era evidentemente una sociedad burguesa y el sistema zarista hizo incluso del liberalismo moderado una consigna de revolución política. Las reformas del zar Alejandro II en la década de 1860 —la liberación de la servidumbre, los cambios judiciales y educativos y el establecimiento de un cierto gobierno local para la nobleza (los *zemstvos* de 1864) y las provincias (1870)— fueron demasiado vacilantes y limitadas como para movilizar permanentemente el potencial entusiamo de los reformistas, y en cualquier caso esta fase de reforma fue muy breve. Tampoco siguió el segundo camino, y no tanto porque Rusia fuese ya una nación independiente o porque estuviera falta de orgullo nacional, sino debido a que el zar, la Iglesia y todo lo que era reaccionario habían monopolizado las consignas del nacionalismo ruso: la santa Rusia, el paneslavismo, etc. El Pierre Bezuhov de Tolstoi (1828-1910), en algunos aspectos el personaje más ruso de *Guerra y paz*, se ve obligado a procurar ideas cosmopolitas, a defender inclusive a Napoleón el invasor, porque no está contento con la Rusia que le rodea; y sus sobrinos y nietos espirituales, la *intelligentsia* de las décadas de 1850 y 1860, se vieron obligados a hacer lo mismo.

Como nativos del que por excelencia era el país subdesarrollado de Europa, eran modernistas, o sea, «occidentalistas». Mas no podían ser *solamente* «occidentalistas», por cuanto el liberalismo y el capitalismo occidental de la época no proporcionaba a Rusia ningún ejemplo de imitación viable, y porque la única fuerza masiva potencialmente revolucionaria en Rusia era el campesinado. El resultado fue el «populismo», que durante poco tiempo mantuvo esta contradicción en un tenso equilibrio. En este sentido el «populismo» aclara mucho lo relativo a los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo a mediados del siglo XX. El rápido progreso del capitalismo en Rusia después de nuestro período, que implicaba el rápido crecimiento de un proletariado in-

dustrial organizable, pareció superar las incertidumbres de la era populista, y la paralizacion de la fase heroica del populismo —aproximadamente de 1868 a 1881— estimuló reconsideraciones teóricas. Los marxistas, que surgieron de las ruinas del populismo, fueron por lo menos en teoría occidentalistas puros. Rusia, argüían, va a seguir el mismo camino que Occidente, generando las mismas fuerzas de cambio social y político: una burguesía que establecerá una república democrática, un proletariado que cavará su tumba. Pero incluso algunos marxistas se percataron en seguida —durante la revolución de 1905— de que esta perspectiva era irreal. La burguesía rusa sería demasiado débil para desempeñar su función histórica, y el proletariado, al que respaldaría la fuerza irresistible del campesinado, iba a derrocar, dirigido por «los revolucionarios profesionales», al zarismo y al inmaduro y fracasado capitalismo ruso.

Los populistas eran modernistas. La Rusia de sus sueños era nueva —una Rusia de progreso, ciencia, educación y producción revolucionaria—, pero socialista y no capitalista. Y, sin embargo, se iba a basar en la más antigua y tradicional de las instituciones populares rusas, la *obshchina* o comuna de aldea, que de este modo se convertiría en la causa directa y el modelo de la sociedad socialista. Los intelectuales populistas de la década de 1870 preguntaron repetidas veces a Marx, cuyas teorías habían hecho suyas, si creía esto posible; y Marx, después de considerar este proyecto atractivo, pero poco plausible según sus teorías, concluía vacilante que quizá sí. Por otro lado, Rusia debía rechazar las tradiciones de la Europa occidental —incluso el ejemplo de su liberalismo y doctrinas democráticas— porque Rusia no contaba con tales tradiciones. Y hasta el único aspecto del populismo que aparentemente tenía los vínculos más directos con el movimiento revolucionario occidental del período 1789-1848 fue en cierto sentido distinto y nuevo.

Los hombres y mujeres que ahora se asociaban en conspiraciones secretas para derrocar el zarismo mediante la insurrección y el terror eran más que los herederos de los jacobinos o los revolucionarios profesionales que de ellos descenderían. Iban a romper todos los vínculos con la sociedad presente para consagrar totalmente sus vidas «al pueblo» y su revolución, para penetrar en el pueblo y expresar su voluntad. En su dedicación había una intensidad, una totalidad de autosacrificio no romántico que difícilmente encontraba parangón en Occidente. Estaban más cerca de Lenin que de Buonarroti. Y al igual que muchos movimientos revolucionarios posteriores, sus primeros mandos surgieron de los estudiantes, especialmente de los estudiantes nuevos y pobres que ya iban a las universidades, que habían dejado de estar limitadas a los hijos de la nobleza.

Los activistas del nuevo movimiento revolucionario eran realmente pueblo «nuevo» en vez de hijos de la nobleza. De las 924 personas encarceladas o exiliadas entre 1873 y 1877, sólo 279 procedían de familias nobles, 117 de funcionarios plebeyos y 33 de comerciantes; 68 eran judíos, 92 provenían de lo que entra mejor en la descripción de inferior burguesía urbana o gente modesta de ciudad (*meshchane*), 138 eran campesinos nominales —casi con seguridad de ambientes urbanos similares—, y no menos de 197 eran hijos de clérigos. Llama particularmente la atención el número de chicas que había entre ellos. No menos del 15 por 100 de los aproximadamente 1.600 propagandistas detenidos en los mismos años fueron mujeres.[8] Al principio el movimiento osciló entre un terrorismo de pequeño grupo anarquizante (con influencia de Bakunin y Nechaev) y los defensores de la masiva educación política «del pueblo». Sin embargo, lo que prevaleció al final fue la organización secreta y conspiradora rígidamente disciplinada y centralizada de afinidad jacobino-blanquista, de carácter «elitista» en la práctica, a pesar de sus teorías, que anticipó el bolchevismo.

Lo significativo del populismo no radica en lo que logró, que apenas fue nada, ni tampoco en la cantidad de personas que movilizó, que no pasaron de unos pocos miles. Su importancia estriba en el hecho de que señala el comienzo de una historia continua de agitación revolucionaria rusa que, al cabo de cincuenta años, derrocaría el zarismo e instalaría el primer régimen en la historia mundial dedicado al establecimiento del socialismo. Se trataba de síntomas de la crisis que, entre 1848 y 1870, rápida y (para la mayoría de los observadores occidentales) inesperadamente transformaría la Rusia zarista, convirtiéndola de firme pilar de la reacción mundial en gigante de pies de barro, al que ciertamente derrocaría la revolución. Pero también eran más que síntomas. Constituían —podríamos decir— el laboratorio químico en el que se probaron, mezclaron y desarrollaron en ideas del siglo XX todos los grandes conceptos revolucionarios del siglo XIX. Sin duda que esto se debió hasta cierto punto a la suerte —cuyas razones son muy misteriosas— de que el populismo coincidiera con uno de los más brillantes y sorprendentes brotes de creación intelectual y cultural de la historia del mundo. Los países atrasados que tratan de abrirse paso hacia la moderniudad tienen por lo general ideas muy poco originales, si bien en la práctica no les sucede necesariamente lo mismo. A menudo discriminan poco a la hora de apropiarse de ideas ajenas: los intelectuales brasileños y mexicanos se prendaron sin reservas de las de Auguste Comte,[9] y los españoles de este mismo periodo de las de un filósofo alemán oscuro y de segundo orden de principios del siglo XIX, un tal Karl Krause, a quien convirtieron en propugnador de instrucción anticlerical. Sin embargo, la izquierda rusa no sólo se hallaba en contacto con el mejor y más avanzado pensamiento de la época y lo hacía suyo —estudiantes de Kazán leían a Marx antes de haberse traducido al ruso *El capital*—, sino que casi inmediatamente transformaba el pensamiento social de los países avanzados y además se le reconocía su capacidad para lograrlo. Algunos de sus grandes nombres conservan una reputación primariamente nacional: N. Chernishevsky (1828-1889), V. Belinsky (1811-1848), N. Dobrolyubov (1836-1861), incluso, en cierto modo, el espléndido Alexander Herzen (1812-1870). Aunque quizá una década o dos después, otros transformaron simplemente la sociología, la antropología y la historiografía de los países occidentales, por ejemplo, P. Vinogradov (1854-1925) en Gran Bretaña, V. Lutchisky (1877-1949) y N. Kareiev (1850-1936) en Francia. El mismo Marx apreció en se-

guida la capacidad intelectual de sus lectores rusos, y no sólo porque fueran su primer público intelectual.

Hasta aquí hemos considerado los revolucionarios sociales. Pero ¿y las revoluciones? La mayor parte de nuestro período, la de los Taiping (véase el capítulo 7) fue virtualmente desconocida para la mayoría de los observadores y desde luego estuvo desconectada de las ideologías revolucionarias de Occidente. Las más frecuentes, las de América Latina, consistieron principalmente en pronunciamientos (golpes militares) o secesiones regionales que no variaban notablemente la constitución de sus países, hasta el punto de que en algunos de ellos se pasaba por alto el componente social. Las europeas o fueron fracasos como la insurrección polaca de 1863, a la que absorbió el liberalismo moderado, y la conquista revolucionaria de Garibaldi de Sicilia y del sur de Italia en 1860, o de significado puramente nacional, como las revoluciones españolas de 1854 y 1868-1874. La primera de estas revoluciones españolas fue, al igual que la revolución colombiana de principios de la década de 1850, un resplandor de los estallidos de 1848. El mundo ibérico se encontraba habitualmente desfasado con respecto a Europa. En medio de inquietudes políticas y de la Internacional, a varios contemporáneos nerviosos les pareció que la segunda de estas revoluciones anunciaba un nuevo ciclo de revoluciones europeas. Pero no iba a haber otro 1848. Sólo se produciría la Comuna de París de 1871.

Al igual que mucha de la historia revolucionaria de nuestro período, la Comuna de París no fue tan importante por lo que consiguió como por lo que presagiaba; fue más formidable como símbolo que como hecho. El mito enormemente poderoso que generó ocultó su historia real, tanto en la misma Francia como (a través de Karl Marx) en el movimiento socialista internacional; un mito que se refleja en nuestro días, especialmente en la república del pueblo chino.[10] Fue extraordinaria, heroica, dramática y trágica, pero breve en términos de realidad, y según la mayoría de observadores serios un gobierno sentenciado e insurrecto de los trabajadores de una sola ciudad, cuyo mayor logro radica en ser realmente un *gobierno*, aunque durara menos de dos meses. Lenin, después de octubre de 1917, contaría los días hasta la fecha en que pudo decir triunfalmente: hemos durado más que la Comuna. Por eso los historiadores deberían resistir la tentación de despreciarla retrospectivamente. Porque aunque no amenazara gravemente el orden burgués, su misma existencia hizo perder los estribos a más de uno. El pánico y la histeria rodearon su vida y su muerte, sobre todo en la prensa internacional, que la acusó de establecer el comunismo, expropiar a los ricos y compartir sus esposas, aterrorizar, matar en masa, provocar el caos, la anarquía y todo lo que constituían pesadillas para las clases respetables, y todo, no es preciso decirlo, lo maquinaba deliberadamente la Internacional. Por otro lado, los mismos gobiernos sentían la necesidad de actuar contra la amenaza internacional al orden y la civilización. Aparte de la colaboración internacional de la policía y de la tendencia (considerada entonces como más escandalosa de lo que lo sería hoy) a negar a los fugitivos de la Comuna la condición protectora de refugiados políticos, el canciller austríaco —a quien respaldaba Bismarck, un hombre no dado a reaccionar con pánico— sugirió la formación de una contra-Internacional capitalista. El miedo a la revolución fue uno de los grandes factores en el concierto de la Liga de los Tres Emperadores (de Alemania, Austria y Rusia) ocurrida en 1873, a la que se consideró una nueva Santa Alianza «contra el radicalismo europeo que ha estado amenazando todos los tronos e instituciones»,[11] si bien la rápida declinación de la Internacional hizo que, en el momento de la firma real, este objetivo fuera menos urgente. El hecho significativo de este nerviosismo era que los gobiernos ahora no temían la revolución social en general, sino la revolución *proletaria*. Los marxistas, que consideraban esencialmente como movimientos proletarios a la Internacional y la Comuna, concordaban así con los gobiernos y la «respetable» opinión pública de la época.

Desde luego, la Comuna fue una insurrección de *trabajadores*, y si la palabra describe hombres y mujeres «a mitad de camino del "pueblo" y del "proletariado"», en vez de obreros de fábrica, también se ajusta a los activistas de movimientos laborales de otros sitios en este período.[12] Los 36.000 miembros de la Comuna detenidos constituían virtualmente una muestra del París obrero popular: 8 por 100 oficinistas, 7 por 100 funcionarios, 10 por 100 pequeños tenderos y similares, pero el resto mayoritariamente obreros de la construcción, del metal, el peonaje, a los que seguían los artesanos más tradicionales (de muebles, artículos de lujo, tipografía, ropas), de quienes procedía un número desproporcionado de los mandos;* y naturalmente los siempre radicales zapateros. Pero ¿fue la Comuna una revolución *socialista*? Casi seguro que sí, aunque su socialismo fuera esencialmente todavía el sueño precedente a 1848 de cooperativa autónoma o unidades corporativas de productores, que también ahora pretendía la intervención radical y sistemática del gobierno. Sus logros prácticos fueron bastante humildes, aunque eso no fue culpa suya.

Porque la Comuna fue un régimen acosado, hija de la guerra y del sitio de París, la respuesta a la capitulación. El avance de los prusianos en 1870 destruyó el imperio de Napoleón III. Los republicanos moderados que lo habían derrocado continuaron la guerra a medio ritmo y luego la dejaron, una vez comprendieron que la única resistencia posible implicaba una movilización revolucionaria de las masa, una nueva república, jacobina y social. En la ciudad de París, asediada y abandonada por su gobierno y burguesía, el poder efectivo cayó en manos de los alcaldes de los *arrondissements* (distritos) y de la Guardia Nacional; en la práctica cayó en manos de los ambientes populares y de la clase obrera. El intento de desarmar la Guardia Nacional después de la capitulación que provocó la revolución adquirió la forma de la organización municipal independiente de París (la «Comuna»). Pero a la

* El 32 por 100 de los impresores detenidos por la Guardia Nacional eran funcionarios o funcionarios fuera de servicio; de los carpinteros lo eran el 19 por 100 y de los obreros de la construcción sólo lo eran el 7 por 100.

Comuna la sitió a su vez casi inmediatamente el gobierno nacional (situado ahora en Versalles), mientras que el sitiador y victorioso ejército alemán se abstenía de intervenir. Los dos meses de la Comuna fueron un período de casi guerra continua contra las arrolladoras fuerzas de Versalles: apenas transcurrida una quincena de su proclamación, el 18 de marzo ya había perdido la iniciativa. El 21 de mayo el enemigo entraba en París y durante la semana final se demostraba simplemente que el pueblo obrero de París podía morir con la misma crueldad con que vivía. Los de Versalles perdieron quizá 1.100 personas entre muertos y desaparecidos, y la Comuna ejecutó asimismo a unos 100 rehenes.

¿Quién sabe la cantidad de miembros de la Comuna que murieron durante la lucha? Los mataron ferozmente a millares después de ella: los de Versalles dijeron 17.000, pero la cifra no es posible que sea más que la mitad de la verdad. Más de 43.000 fueron hechos prisioneros, 10.000 fueron condenados, de los que casi la mitad se exiliaron en Nueva Caledonia y los demás fueron encarcelados. Era la venganza del «pueblo respetable». En lo sucesivo se interpondría un río de sangre entre los trabajadores de París y sus «superiores». Y también a partir de entonces sabrían los revolucionarios sociales lo que les aguardaba si no conseguían mantener el poder.

Tercera parte

RESULTADOS

10. LA TIERRA

En cuanto el indio gane tres reales diarios no volverá a trabajar más de media semana; de modo que obtendrá los mismos nueve reales que gana actualmente. Cuando ustedes lo hayan cambiado todo, tendrán que volver al punto de partida: a la libertad, a esa verdadera libertad que no quiere ni impuestos, ni reglamentaciones, ni medidas para desarrollar la agricultura; a ese maravilloso *laissez-faire* que es la última palabra en economía política.

Un terrateniente mexicano, 1865[1]

El prejuicio que suele existir contra las clases populares existe todavía contra los campesinos. Éstos no reciben la educación de la clase media: de ahí provienen sus diferencias, la falta de aprecio por el campesino y su vigoroso deseo de escapar a la opresión de dicho desprecio. He aquí el origen de la decadencia de las antiguas costumbres y de la corrupción y el deterioro de nuestra raza.

Un periódico de Mantua, 1856[2]

I

En 1848 la población mundial, incluida la europea, estaba todavía formada por campesinos en una abrumadora mayoría. Incluso en Gran Bretaña, que contaba con la primera economía industrializada, los habitantes de las ciudades no excedieron en número a los del medio rural hasta 1851, y aun entonces tan sólo por un escaso margen (51 por 100). En ninguna parte del mundo, excepto en Francia, Bélgica, Sajonia, Prusia y Estados Unidos, se daba el hecho de que más de una décima parte de la población habitase en ciudades de 10.000 habitantes o más. Entre mediados y finales de los años setenta del siglo XIX esta situación se modificó sustancialmente, pero con escasas excepciones la población rural continuó aún predominando ampliamente sobre la urbana. Así, con mucho, la suerte de la mayor parte de la humanidad dependía aún de lo que le sucediese a la tierra y en la tierra.

Lo que sucedía en la tierra dependía parcialmente de factores económicos, técnicos y demográficos que, teniendo en cuenta todas las particularidades y obstáculos locales, operaban a escala mundial o, al menos, lo hacían en amplias zonas geográfico-climáticas; y dependía también de factores institucionales (sociales, políticos, jurídicos, etc.) que diferían entre sí mucho más profundamente, aun cuando las líneas generales del desarrollo mundial operaban a través de ellos. Geográficamente las praderas norteamericanas, las pampas suramericanas y las estepas del sur de Rusia y de Hungría eran bastante similares: grandes planicies en una zona más o menos templada, apropiadas para el cultivo de cereales a gran escala. En realidad, todas ellas desarrollaron, desde el punto de vista de la economía mundial, el mismo tipo de agricultura, convirtiéndose en grandes exportadoras de grano. Social, política y jurídicamente existía una gran diferencia entre las llanuras americanas, escasamente pobladas excepto por tribus indias dedicadas a la caza, y las europeas habitadas en toda su extensión, aunque de forma dispersa, por una población agrícola; tal diferencia existía también entre los colonos libres del Nuevo Mundo y los siervos rurales del Viejo Mundo, y entre las formas que asumió la liberación de los campesinos en Hungría, después de 1848, y la que asumió Rusia después de 1861; entre los grandes rancheros o estancieros argentinos y los terratenientes de la nobleza y de la clase media de Europa occidental, y entre los sistemas jurídicos, la administración y la política agraria de los distintos estados. Para el historiador es tan ilícito soslayar lo que tienen en común, como olvidar sus diferencias.

Lo que tenía en común un sector cada vez mayor de la agricultura, en todo el mundo, era la supeditación a la economía industrial mundial. Su demanda amplió el mercado de productos agrícolas —principalmente alimentos y materias primas para la industria textil, así como algunos productos vegetales industriales de menor importancia—, tanto a nivel nacional, gracias al rápido crecimiento de las ciudades, como a nivel internacional. Su tecnología hizo posible incluir, de forma efectiva, regiones hasta entonces inexplotadas en el ámbito del mercado mundial, mediante el ferrocarril y el barco de vapor. Las convulsiones sociales provocadas por el paso de una estructura agrícola a otra capitalista, o al menos comercializada en gran escala, debilitaron los lazos tradicionales que unían a los hombres con la tierra de sus antepasados, en especial cuando se encontraron totalmente privados de ella, o con tan escasas posesiones que se veían imposibilitados para mantener a sus familias. Al mismo tiempo, la insaciable demanda de fuerza de trabajo para las nuevas industrias y los empleos urbanos, y el creciente alejamiento entre el campo atrasado y «triste» y las ciudades y los asentamientos industriales en continuo progreso, los fue arrancando del medio rural. A lo largo del período que nos ocupa, presenciamos el simultáneo y enorme crecimiento del comercio de los productos agrícolas, una notable expansión de la superficie para uso agrícola y —al menos en aquellos países directamente afectados por el desarrollo capitalista mundial— una mayor «fuga del campo».

Por dos razones este proceso llegó a ser especialmente masivo durante el tercer cuarto del siglo XIX. Ambas son aspectos de esta extraordinaria expansión e intensificación de la economía mundial que constituye el tema básico de la historia mundial de este período. La tecnología hizo posible la apertura de zonas geográficamente remotas o inaccesibles a los productos de exportación, en especial las llanuras centrales de Estados Unidos y del sureste de Rusia. Entre 1844 y 1853 Rusia exportó unos 11,5 millones de hectolitros de grano al año, pero en la segunda mitad de la década de 1870 exportaba entre 47 y 49 millones.[3] Al mismo tiempo, nos encontramos con los primeros intentos de desarrollar ciertas áreas ultramarinas como productoras especializadas de artículos de exportación destinados al mundo «desarrollado»: índigo y yute en Bengala, tabaco en Colombia, café en Brasil y Venezuela, sin mencionar el algodón egipcio, etc. Dichos cultivos sustituyeron o complementaron los ya tradicionales productos de exportación del mismo tipo: la producción, ya en declive, del azúcar caribeño y brasileño, y del algodón de los estados sureños de Norteamérica, cuyo comercio se vio temporalmente interrumpido por la guerra civil de 1861 a 1865. En conjunto, con ciertas excepciones —como las del algodón egipcio y el yute indio—, dichas especializaciones económicas no resultaron duraderas y, donde lo fueron, no se desarrollaron a una escala comparable a como lo harían en el siglo XX. La estructura definitiva del mercado agrícola mundial no se impuso hasta el período de la economía imperialista mundial (1870-1930). Ciertos productos tuvieron su momento de auge, ascendiendo para luego caer; posteriormente, las zonas productoras de las principales materias de exportación de esta etapa se estancarían o serían abandonadas. Así, aunque Brasil podía considerarse ya el mayor productor de café, el estado de São Paulo, que en el presente siglo identificamos, principalmente, con este producto, sólo recolectaba entonces un cuarto, aproximadamente, de la producción del país; aproximadamente la mitad de la producción de Indonesia y sólo el doble de la de Ceilán, donde el desarrollo del cultivo del té era todavía tan insignificante que las exportaciones no empezaron a registrarse por separado hasta la segunda mitad de la década de 1870, y aun así, en cantidades exiguas.

Sin embargo, se estaba creando un comercio internacional de productos agrícolas de mayor entidad, y que normalmente, y por razones obvias, tendía a la especialización o incluso al monocultivo en las regiones exportadoras. La tecnología facilitó este proceso, ya que, después de todo, el ferrocarril, principal medio de transporte de mercancías en largas distancias, no estuvo disponible hasta la década de 1840. Al mismo tiempo, la tecnología siguió, de modo manifiesto, a la demanda, o pretendió anticipársele. Esto se hizo más evidente en las extensas llanuras del suroeste de Estados Unidos y en ciertas zonas de Suramérica, donde el ganado se multiplicaba, prácticamente sin grandes esfuerzos por parte del hombre, y era pastoreado por los gauchos, los llaneros, los vaqueros y los *cowboys*, y atrajo fuertemente a los ciudadanos de mentalidad utilitaria como algo que podía ser convertido en dinero. Texas enviaba algunas cabezas de ganado a Nueva Orleans y, después de 1849, a

California, pero fue la posibilidad de abrir los grandes mercados nororientales la que apremió a los granjeros a explorar las largas rutas que han llegado a formar parte de la leyenda heroica del «salvaje Oeste», que unían el remoto suroeste con las líneas férreas en construcción en su lento avance hacia el este y, a través de éstas, con el gigantesco centro de transporte de Chicago, cuyos corrales de ganado se inauguraron en 1865. Antes de la guerra civil el ganado llegaba cada año por decenas de miles de cabezas, y durante los veinte años siguientes llegará por cientos de miles, hasta que la terminación de la red ferroviaria y el avance del arado por las praderas pusieron fin, en la década de 1880, al período clásico del «salvaje Oeste» (basado principalmente en una economía ganadera). Mientras tanto, se experimentaron otros métodos ganaderos: la conservación de la carne por métodos tradicionales de salado y secado, mediante un sistema de concentrado (el extracto de carne Liebig comenzó a producirse en los estados del Río de la Plata en 1863), mediante el envasado y finalmente gracias al invento decisivo de la refrigeración. Sin embargo, aunque Boston recibía algo de carne refrigerada a finales de la década de 1860, y Londres, a partir de 1865, una pequeña cantidad proveniente de Australia, el comercio de este producto no se desarrolló, realmente, hasta finales del período que tratamos. No es casual que sus dos grandes pioneros estadounidenses, los «reyes del envasado» Swift y Armour, no se establecieran en Chicago hasta 1875.

Así pues, el elemento dinámico del desarrollo agrícola fue la demanda: la creciente demanda de alimentos por parte de las zonas urbanas e industriales del mundo, la creciente demanda de fuerza de trabajo por parte de los mismos sectores y, relacionando ambas, la economía del «boom» que elevó los niveles de consumo de las masas y su demanda per cápita. Porque con la aparición de una economía capitalista genuinamente global surgieron nuevos mercados por doquier (como resaltaron Marx y Engels), al tiempo que los antiguos crecieron espectacularmente. Por primera vez desde la revolución industrial, la capacidad de la nueva economía capitalista para proporcionar empleo se igualó a su capacidad para multiplicar la producción (véase el capítulo 12). Como consecuencia, para poner un ejemplo, el consumo de té per cápita en Gran Bretaña se triplicó entre 1844 y 1876, y el consumo de azúcar per cápita creció de unos 8 kg a unos 27 kg en el mismo período.[4]

Así pues, la agricultura mundial se dividió cada vez más en dos sectores: uno, dominado por el mercado capitalista, nacional o internacional; el otro, ampliamente independiente respecto a este último. Esto no significa que no se vendiese o comprase nada en el sector independiente, y aún menos que los productos agrícolas del mismo fueran autosuficientes, aunque es probable que una proporción bastante elevada de la producción agrícola campesina fuese consumida por los propios campesinos, o dentro de los estrechos límites de un sistema local de intercambio: aunque sólo fuese porque la demanda de alimentos de las ciudades pequeñas, en muchas zonas, podía ser cubierta con el producto del área circundante, cuyo radio apenas solía superar los 15 o 20 km. Aun así, existe una diferencia sustancial entre el tipo de economía agrícola en que las ventas al exterior son marginales u opcionales, y aquel cuya suerte depende de ellas; y, para considerarlo desde otra perspectiva, entre aquellas obsesionadas por el espectro de una mala cosecha y su consiguiente carestía, y aquellas otras obsesionadas por lo contrario, es decir, por una superproducción o por una repentina competencia y un colapso de los precios. En los años setenta, un sector importante de la agricultura mundial se encontraba en esta última situación, por lo que se veía abocado a una depresión agrícola mundial, políticamente explosiva.

Económicamente el sector tradicional de la agricultura constituyó una fuerza negativa: resultó inmune a las fluctuaciones de los grandes mercados o, cuando no fue así, resistió sus impactos lo mejor que pudo. Donde aquél era suficientemente fuerte, consiguió retener a hombres y mujeres en sus tierras, en la medida en que éstas pudieron darles sustento, o lanzó su exceso de población por las tradicionales y trilladas rutas de la migración estacional, como aquellas que llevaban y traían a los pequeños propietarios del centro de Francia a las obras de París. En casos extremos, esto podía suceder en realidad sin que los habitantes de las ciudades se diesen cuenta de ello. Las mortíferas sequías del *sertão* del noreste brasileño daban lugar a éxodos periódicos de los famélicos habitantes del lejano interior, tan desnutridos como su esmirriado ganado; las noticias sobre la recesión de la sequía los devolvía a sus lugares de origen, al paisaje seco y erizado de cactus que no era frecuentado por ningún brasileño «civilizado», a menos que se tratase de una expedición militar contra algún mesías visionario del interior. Existían zonas en los Cárpatos, en los Balcanes, en las provincias fronterizas occidentales de Rusia, en Escandinavia y en España —para referirnos únicamente al continente más desarrollado— para las que la economía mundial, y con ella el resto del mundo moderno, desde el punto de vista material e intelectual, significaban bastante poco. En fecha tan reciente como 1931, cuando los funcionarios polacos del censo preguntaron a los habitantes de Polesia cuál era su nacionalidad, éstos no comprendieron la pregunta y contestaron: «Somos de por aquí cerca», o «Somos de la región».[5]

El sector comercial era más complejo, ya que su suerte dependía tanto de la naturaleza del mercado, o en algunos casos de sus mecanismos de distribución, como del grado de especialización de los productores y de la estructura social de la agricultura. Por una parte, podía tratarse del virtual monocultivo de nuevas zonas agrícolas, impuesto por su orientación hacia un remoto mercado mundial, e intensificado, si no creado, por el mecanismo típico de las firmas comerciales extranjeras en las grandes ciudades portuarias, que controlaban este comercio de exportación: los griegos, que tradicionalmente comercializaban el trigo ruso a través de Odessa, los Bunge y los Born de Hamburgo, que estuvieron a punto de cumplir la misma función respecto a los países del Río de la Plata, desde Buenos Aires y Montevideo. Allí donde los productos de exportación se cultivaban en grandes haciendas, como era frecuente en las plantaciones tropicales (azúcar, algodón, etc.), el modelo de especialización era completo y casi invariablemente se simultaneaba

con la cría de ganado vacuno y lanar, y, aunque con menor frecuencia, también con tierras de labranza. Incidentalmente, en dichos casos la identidad de intereses originó una estrecha simbiosis entre los grandes productores —allí donde éstos eran nativos y no extranjeros—, las grandes casas comerciales y los intereses de los *compradores* de los puertos dedicados a la exportación y a la importación, y las políticas de los estados que representaban a los mercados y proveedores europeos. La aristocracia esclavista del sur de Estados Unidos, los *estancieros* de Argentina, los grandes productores de lana australianos estuvieron tan entusiásticamente consagrados al libre comercio y a la demanda exterior como los británicos, de los que dependían, ya que sus beneficios provenían exclusivamente de la venta libre de los productos de sus haciendas, a cambio de lo cual estaban dispuestos a aceptar cualquier producto agrícola que exportasen sus clientes. En los casos en que se vendían las cosechas, tanto las de las grandes haciendas como las de los pequeños granjeros o campesinos, la situación era más compleja; aunque, por razones obvias, en las economías campesinas la proporción de productos agrícolas que llegaban al mercado mundial proveniente de las grandes haciendas —por ejemplo, la parte no consumida por los productores— era, por lo general, mucho mayor que la producida por los campesinos.

Por otro lado, el crecimiento de las zonas urbanas multiplicó la demanda de una gran variedad de productos alimenticios, en cuya producción el mero tamaño de la unidad agrícola no proporcionaba especiales ventajas, en comparación, de todos modos, con aquellas proyectadas para el cultivo intensivo y con vistas a la protección natural frente a los elevados costes del transporte y la defectuosa tecnología. Los productores de cereales podían sentirse preocupados por la competencia de los mercados nacionales o mundiales, cosa que difícilmente preocupaba a los vendedores de productos lácteos, huevos, vegetales, frutas o incluso carne fresca, o cualquier otro género perecedero que no pudiera transportarse a largas distancias. La gran depresión agrícola de las décadas de 1870 y 1880 resultó ser, así, una depresión de las cosechas de alimentos nacionales e internacionales. En tal situación pudieron prosperar los cultivos mixtos y la agricultura campesina, en especial la de los campesinos ricos con mentalidad comercial.

Esta fue una de las razones por las que, en estos momentos, fallaron las predicciones de quiebra del campesinado, aunque pareciesen ciertas en algunos de los países más industrializados y desarrollados. Fue fácil establecer que una unidad agrícola era inviable por debajo de un cierto mínimo de superficie y recursos, dado que variaba según fuese el suelo, el clima y el tipo de producción. Resultó mucho más difícil demostrar que la economía de las grandes haciendas era superior a la de las medianas e incluso a la de las pequeñas, especialmente cuando la mayor parte de la demanda de trabajo de tales haciendas podía cubrirse mediante el trabajo virtualmente no retribuido de las familias extensas campesinas. El campesinado padecía una constante erosión debido a la proletarización de aquellos cuyas posesiones eran demasiado pequeñas para alimentarlos, o a la emigración de las bocas sobrantes,

multiplicadas por el crecimiento demográfico y que la tierra familiar no podía alimentar. Gran parte de aquel campesinado fue siempre pobre, e indiscutiblemente el sector de los pequeños propietarios o minifundistas tendió a aumentar. Pero, sea cual fuese su importancia en términos económicos, el número de propiedades campesinas medianas no sólo se mantuvo, sino que, en ocasiones, se incrementó.*

El surgimiento de la economía capitalista transformó la agricultura debido a la demanda masiva. Así pues, no es nada sorprendente que en este período se constatase un incremento de la tierra destinada a uso agrícola, por no hablar del crecimiento aún mayor del rendimiento, gracias a una mejora de la productividad. Lo que generalmente no se reconoce es cuán vasta fue la superficie de la tierra destinada a la agricultura. Considerando en conjunto las estadísticas mundiales entonces disponibles, entre 1840 y 1880 la superficie cultivada aumentó considerablemente, pasando de unos 200 a unos 300 millones de hectáreas.[7] La mitad de este aumento se produjo en Norteamérica, donde en este período se triplicó la superficie cultivada (en Australia se quintuplicó y aumentó dos veces y media en Canadá); en estos países el aumento tomó la forma de un simple avance geográfico de la agricultura hacia el interior. Entre 1848 y 1877, en Estados Unidos la producción de trigo avanzó unos nueve grados de longitud, principalmente durante la década de 1860. Por supuesto, teniendo en cuenta que, en comparación, la región oeste del Mississippi estaba aún subdesarrollada. El mero hecho de que la «cabaña» (de troncos) se haya convertido en el símbolo del granjero pionero estadounidense, indica que en las grandes praderas la madera no era tan abundante.

Sin embargo, en el caso de Europa, las cifras referentes a las nuevas tierras ganadas para la agricultura, aunque menos evidentes a primera vista por estar entremezcladas con zonas ya cultivadas, o rodeándolas, son, a su modo, aún más sorprendentes. Entre 1840 y 1880, Suecia vio aumentar en más del doble su área cultivable; en Italia y en Dinamarca aumentó más de la mitad; en Rusia, en Alemania y en Hungría, aproximadamente un tercio.[8] En buena parte este incremento provino de la eliminación del barbecho, y, sobre todo, del cultivo de lo que hasta entonces habían sido páramos, matorrales o pantanos, y, desgraciadamente, en gran medida, de la destrucción de los bosques. Entre 1860 y 1911 desaparecieron en la Italia meridional y en las islas unas 600.000 hectáreas de bosque, aproximadamente un tercio del modesto total

* En Renania y Westfalia, donde, entre 1858 y 1878, el número de minifundistas decreció drásticamente, y en buena medida, otro tanto sucedió a las propiedades aún más pequeñas (entre 1,25 y 7,5 hectáreas), el número de campesinos con grandes propiedades aumentó ligeramente. Con motivo de la desaparición de numerosos pequeños propietarios —probablemente absorbidos por la industria—, llegaron a constituir en ese momento más de la mitad del total, mientras que anteriormente aumentó entre 1846 y la crisis de la década de 1870, pero incluso en 1880 se estimaba que el 60 por 100 de la superficie agrícola era cultivada por campesinos que poseían entre 2 y 50 hectáreas, mientras que las grandes empresas y los minifundios se distribuían el resto en iguales proporciones. En los países típicamente industriales la agricultura campesina se mantenía francamente firme.[6]

que aún subsiste en aquellos resecos parajes.[9] En pocas regiones favorecidas, como Egipto y la India, los trabajos de regadío a gran escala también tuvieron su importancia, aunque una fe demasiado simple y ferviente en la tecnología produjo, entonces como ahora, unos efectos secundarios desastrosos e inesperados.[10] Únicamente en Gran Bretaña la nueva agricultura había conquistado ya la totalidad del país. Allí, el área cultivada aumentó menos del 5 por 100.

Resultaría tedioso multiplicar las estadísticas sobre el creciente rendimiento y productividad agrícola. Es más interesante, pues, descubrir en qué medida se debieron a la industrialización y utilizaron los mismos métodos y tecnología que estaban transformando a la industria. Antes de 1840, la respuesta habría sido que esa utilización se había hecho a pequeña escala. E incluso durante el período que estudiamos, gran parte de la actividad agrícola se realizaba todavía según procedimientos que habrían resultado familiares cien o doscientos años antes; lo cual era lógico, ya que aún podían obtenerse resultados sorprendentes generalizando los mejores métodos de la agricultura preindustrial. Las tierras vírgenes norteamericanas se despejaron mediante el fuego y el hacha, como en la Edad Media; los explosivos para remover los tocones fueron, en el mejor de los casos, meros auxiliares. Las acequias de regadío se cavaron con palas, y los arados eran arrastrados por caballos o bueyes. La sustitución del arado de madera por el de hierro, o incluso de la guadaña por la hoz —un avance sustancial que suele olvidarse— resultó más importante para la productividad que la aplicación del vapor, que nunca halló su lugar en los trabajos del campo, ya que éstos eran, en gran medida, poco «movidos». Las labores de la cosecha constituían la principal excepción, pues consistían en una serie de operaciones uniformizadas que requerían grandes gastos temporales de fuerza de trabajo, cuyos costos, siempre altos, aumentaron bruscamente con la creciente disminución de la mano de obra. En los países desarrollados aparecieron las trilladoras a la hora de cosechar los cereales. Las principales innovaciones —segadoras y cosechadoras— quedaron circunscritas, en gran medida, a Estados Unidos, donde la fuerza de trabajo era escasa y las tierras muy extensas. Pero, por lo general, la aplicación del ingenio y la inventiva a la agricultura creció sorprendentemente. Entre 1849 y 1851, en Estados Unidos se obtuvo un promedio anual de 191 patentes agrícolas; entre 1859 y 1861, de 1.282, y entre 1869 y 1871, de no menos de 3.217.[11]

Sin embargo, en conjunto, la agricultura y las granjas siguieron siendo, notoriamente, lo que siempre habían sido en la mayor parte del mundo: más prósperas en las zonas desarrolladas y, por lo tanto, invirtiendo más en mejoras, construcciones, etc.; más sistemáticas en otros muchos lugares, pero sin transformarse hasta el punto de ser irreconocibles. Incluso la industria y la tecnología relacionada con ella se mantuvieron a un nivel moderado fuera del Nuevo Mundo. Las tuberías de cerámica, producidas en serie —lo que quizá constituyó la contribución más importante de la industria a la agricultura— se utilizaron enterradas; las alambradas y cercas de púas, que se colocaban sobre muros, setos y vallas de madera, fueron relegadas a las tierras de pasto de Australia y Estados Unidos, así como el hierro corrugado, apenas emancipado del ferrocarril, en cuyo empalme se había desarrollado. No obstante, la producción industrial contribuyó, ahora en buena medida, al capital agrícola, y así, gracias a la química orgánica (sobre todo alemana), se constituyó la ciencia moderna. Los fertilizantes artificiales (potasio, nitratos) no se utilizaban aún a gran escala: hacia 1870 las importaciones inglesas de nitrato de Chile no alcanzaban las 60.000 toneladas. Por otra parte, se desarrolló un inmenso tráfico comercial de un fertilizante natural, el guano, que benefició temporalmente las finanzas de Perú y, de forma permanente, a ciertas empresas británicas y francesas; de este producto se exportaron unos 12 millones de toneladas entre 1850 y 1880, fecha, esta última, en que terminó el auge del guano; este comercio habría sido inimaginable antes de la era del transporte masivo global.* [12]

II

Fue la expansión el motor económico que llevó a la agricultura a aquellas zonas donde era posible el cambio. Con todo, esto se produjo inevitablemente en la mayor parte del mundo, a pesar de los obstáculos sociales e institucionales que lo impedían o limitaban, y actuando así se interpuso en el camino de otra gran labor que para el desarrollo industrial, capitalista o no, debe ser considerada como básica. Pues su función en la economía moderna no se redujo simplemente a la provisión de alimentos y materias primas en cantidades en continuo y rápido aumento, sino también al abastecimiento de una de las más importantes —en realidad, la más importante— reservas de fuerza de trabajo para las ocupaciones no agrícolas. Su tercera gran función, la de proporcionar el capital necesario para el desarrollo industrial, difícilmente pudo realizarse en los países agrarios, donde escaseaban otras fuentes de ingresos destinadas a los gobiernos y a las clases ricas; aunque podía proporcionarlo de forma ineficaz e inadecuada.

Los obstáculos tenían un triple origen: los propios campesinos, sus superiores en lo social, en lo político y en lo económico, y todo el peso de las sociedades tradicionales institucionalizadas, de las que la agricultura preindustrial era, a un tiempo, su motor y su cuerpo principal. Todos ellos fueron ineluctablemente las víctimas del capitalismo, aunque, como hemos visto, ni el campesinado, ni la jerarquía social rural que se apoyaba en el mismo, se hallaron en peligro inmediato de hundimiento. Cuando menos, estos tres fenómenos, ligados entre sí, resultaron teóricamente incompatibles con el capitalismo, y por ello tendieron a chocar con él.

* Las exportaciones de guano comenzaron en 1841, y en 1848 alcanzaban las 600.000 libras esterlinas. En la década de 1850 alcanzaron un promedio de 2.100.000 libras esterlinas al año, y de 2.600.000 en la década de 1860, descendiendo posteriormente.

Para el capitalismo la tierra era un factor de producción y una mercancía singular, únicamente por su calidad de bien no mueble y por su cantidad limitada, aunque, como suele suceder, la apertura masiva de nuevas tierras, en este período, hizo que, por de pronto, dichas limitaciones fuesen relativamente insignificantes. El problema de qué hacer con aquellos que llegaban a poseer este «monopolio natural», y que imponían así sacrificios al resto de la economía, no pareció ser demasiado complicado. La agricultura era una «industria» como otra cualquiera, susceptible de ser guiada por el principio del máximo beneficio, siendo el campesino un simple empresario. El mundo rural, en su conjunto, era un mercado, una fuente de trabajo y una fuente de capital. En la medida en que su obstinado tradicionalismo se lo permitía, tenía que realizar aquello que le pedía la economía política.

No había forma posible de conciliar dicho punto de vista con el de los campesinos o el de los terratenientes, para los que la tierra no era tan sólo un modo de obtener los ingresos más altos posibles, sino una forma de vida; ni con el de los sistemas sociales, para los que las relaciones del hombre con la tierra, y entre sí en función de la misma, no eran, por así decirlo, opcionales, sino obligatorias. Incluso a nivel de gobierno y de pensamiento político, donde de manera creciente se aceptaban las «leyes económicas», el conflicto fue total. Económicamente el sistema de propiedad tradicional era quizá indeseable, pero ¿no era, acaso, el aglutinante que mantenía unida una estructura social que de otra forma podía caer en el caos y la revolución? (La política agraria británica en la India iba a tener dificultades frente a este dilema.) Económicamente, habría sido más sencillo que no hubiese existido el campesinado, pero su tenaz conservadurismo, ¿no constituía, acaso, una garantía de estabilidad social? Y su robusta y numerosa progenie ¿no era, en realidad, la columna vertebral de la mayoría de los ejércitos regulares? En una época en la que, evidentemente, el capitalismo estaba destruyendo a su clase obrera ¿podía el estado permitirse el lujo de actuar sin una reserva de campesinos sanos con los que repoblar las ciudades? *

Sin embargo, el capitalismo no pudo sino socavar las bases agrarias de la estabilidad política, en especial en las regiones marginales del Occidente desarrollado o en la periferia dependiente del mismo. Como hemos visto, desde un punto de vista económico, la transición a la producción de mercado, y especialmente al monocultivo de exportación, desorganizó las relaciones sociales tradicionales y desestabilizó la economía. Políticamente, la «modernización» implicó, para aquellos que quisieron acometerla, una colisión frontal contra el principal apoyo del tradicionalismo, la sociedad agraria (véanse los capítulos 7 y 8). Las clases gobernantes de Gran Bretaña, de donde habían desaparecido los terratenientes y campesinos precapitalistas, así como las de Alemania y Francia, donde se había establecido un *modus vivendi* con el campesinado sobre las bases de un mercado nacional floreciente y protegido allí donde era necesario, dichas clases podían apoyarse en la lealtad del campo. Pero esto no ocurría en otros lugares. Italia y España, Rusia y Estados Unidos, China y América Latina eran, en mayor medida que las anteriormente citadas, regiones con fermento social donde se producían ocasionales explosiones.

* «El campesinado [*Bauernstand*] constituye la parte más sana y fuerte de la población, del que las ciudades, en particular, han de abastecerse constantemente», escribía J. Conrad, expresando una difundida opinión en Europa. «Forma el núcleo del ejército ... Políticamente, su carácter firme y su adhesión a la tierra lo convierten en la base de una próspera comunidad rural ... En todas las épocas el campesinado ha sido el elemento más conservador del estado ... Su valoración de la propiedad, su amor a la tierra natal, lo hacen el enemigo natural de las ideas revolucionarias urbanas y un firme baluarte contra los conatos socialdemócratas. A veces ha sido correctamente descrito como el más firme pilar de todo estado sano, y su significado, como tal, aumenta con el rápido crecimiento de las grandes ciudades.»[13]

Por una u otra razón, tres tipos de empresa agraria sufrieron especiales tensiones: la plantación esclavista, las haciendas con siervos y la economía campesina tradicional no capitalista. La primera fue liquidada, en el período estudiado por nosotros, por la abolición de la esclavitud en Estados Unidos y en la mayor parte de América Latina, excepto en Brasil y en Cuba, donde, aun así, tendrá los días contados, y será abolida oficialmente en 1889. Por razones prácticas, a finales de este período la esclavitud como bien mueble había quedado limitada a las zonas más atrasadas de Oriente Próximo y Asia, donde ya no jugaba un papel significativo en la agricultura. La segunda, la hacienda basada en la servidumbre, fue liquidada finalmente en Europa entre 1848 y 1868, aunque, con frecuencia, la situación del campesinado empobrecido y especialmente el campesinado sin tierras en las regiones de grandes haciendas del sur y este de Europa hicieron que aquél continuara en una situación semiservil, en tanto en cuanto seguía sometido a una abrumadora coerción no económica. De hecho, donde los campesinos tenían derechos jurídicos y civiles inferiores a los disfrutados por los ricos y poderosos, sea cual sea la teoría, resultaron oprimidos de una forma que nada tenía que ver con la economía, situación común a las grandes propiedades de Valaquia, Andalucía o Sicilia. En numerosos países latinoamericanos las prestaciones de trabajo obligatorias no fueron abolidas, e incluso se intensificaron, por lo que, en estos casos, a duras penas podemos hablar de una abolición general de la servidumbre.* Sin embargo, parece que se fue limitando progresivamente a los campesinos indios explotados por terratenientes extranjeros. El tercer aspecto, es decir, la economía campesina tradicional y no capitalista, pudo mantenerse por sus propios medios, como ya hemos visto.

Los motivos de esta destrucción general de las formas precapitalistas (por ejemplo, las no económicas) de dependencia agraria son complejos. Evidentemente, en algunos casos los factores políticos fueron decisivos. Tanto en el

* La permanencia de tales obligaciones (descritas de forma variada con términos locales como «yanacoas», «huasipungos», etc.) no debe confundirse con disposiciones funcionalmente similares como la esclavitud por deudas, ni la importación de trabajadores con contrato de aprendizaje debe confundirse con la esclavitud. En ambos casos se da por sentada la abolición de la esclavitud formal y de la servidumbre, y se pretende recrearla dentro del marco de un contrato técnicamente «libre».

imperio de los Habsburgo, en 1848, como en Rusia, en 1861, lo que determinó la emancipación de los siervos no fue tanto la impopularidad de la servidumbre entre el campesinado, aunque indiscutiblemente tuvo importancia, como el temor a una revolución no campesina que pudiese adquirir una fuerza decisiva por medio de la movilización del descontento rural. La rebelión campesina era una posibilidad constante, como se demostró en las insurrecciones agrarias de Galitzia en 1846, del sur de Italia en 1848, de Sicilia en 1860 y de Rusia en los años posteriores a la guerra de Crimea. Pero no fueron las ciegas rebeliones campesinas, por sí mismas, las que aterrorizaban a los gobiernos —eran efímeras y podían reprimirse a sangre y fuego, incluso por los liberales, como ocurrió en Sicilia—,[14] sino la movilización del desasosiego campesino dirigido a desafiar políticamente a la autoridad central. Así pues, los Habsburgo trataron de aislar los diversos movimientos de autonomía nacional de su base campesina y el zar ruso hizo lo mismo en Polonia. Sin el apoyo del campesinado los movimientos liberal-radicales fueron insignificantes en los países agrarios, o al menos manejables. Tanto los Habsburgo como los Romanov lo sabían, y actuaban de acuerdo con ello. Sin embargo, tanto las insurrecciones como las revoluciones, campesinas o no, apenas nos muestran algo más que la frecuencia de algunos casos de emancipación servil, y nada sobre la abolición de la esclavitud. Pues, a diferencia de las insurrecciones de siervos, las rebeliones de esclavos fueron relativamente poco frecuentes —excepto en Estados Unidos—,[15] y, en el siglo XIX, nadie las consideró una seria amenaza política. Así pues, las presiones para abolir la servidumbre y la esclavitud ¿eran económicas?

En cierta medida lo eran, sin duda. Resulta muy fácil para los modernos historiadores econométricos aducir retrospectivamente que la agricultura esclavista y servil era realmente más productiva o incluso más eficiente que la agricultura realizada mediante el trabajo libre.* Esto es perfectamente posible y, por ello, los argumentos a su favor son sólidos. Sin embargo, es innegable que sus contemporáneos, operando con los métodos de entonces y con criterios de contabilidad responsables, creyeron que aquélla era inferior, aunque, por supuesto, no podemos decir en qué medida influía en sus cálculos un justificado horror a la esclavitud o a la servidumbre. Además, Thomas Brassey, el empresario de ferrocarriles, haciéndose eco del sentir común imperante en el mundo de los negocios, observó, con respecto a la servidumbre, que la cosecha de la Rusia servil era la mitad que la obtenida en Inglaterra y Sajonia y menor que la de cualquier otro país europeo, y con respecto a la esclavitud observó que «obviamente» era menos productiva que el trabajo libre y más costosa de lo que se pensaba, teniendo en cuenta los costos de compra o los de crianza y mantenimiento.[17] El cónsul británico en Pernambuco (en su informe a un gobierno apasionadamente antiesclavista) estimaba que los propietarios de esclavos perdían el 12 por 100 de intereses, que no habrían

* La tesis ha sido cuidadosamente preparada con respecto a la esclavitud y a la servidumbre, aunque en este último caso no con la misma amplitud.[16]

perdido de haber invertido su capital de otra forma. Equivocadas o no, dichas opiniones eran frecuentes fuera de los círculos esclavistas.

En realidad, la esclavitud se encontraba en franco declive, y no por razones humanitarias, aunque la abolición efectiva del comercio internacional de esclavos, gracias a las presiones británicas (Brasil se sometió a la abolición en 1850), interrumpió francamente el abastecimiento de esclavos y elevó su precio. La importación de africanos a Brasil descendió de 54.000 hombres en 1849 a prácticamente cero a mediados de la década de 1850. El comercio interno de esclavos, aunque utilizado muy frecuentemente en las tesis abolicionistas, parece no haber jugado un papel importante. Sin embargo, el paso del trabajo esclavo al no esclavo fue llamativo. Hacia 1872 la población de color libre de Brasil era casi tres veces más numerosa que la población esclava, e incluso entre los negros puros ambos grupos eran casi iguales. En Cuba, hacia 1877, el número de esclavos se había reducido a la mitad, pasando de 400.000 a unos 200.000.[18] Es posible, incluso, que en las zonas más tradicionales de cultivo con esclavos, las azucareras, la mecanización de los molinos de azúcar, a partir de mediados de siglo, disminuyó la necesidad de fuerza de trabajo en el proceso productivo, aunque en economías florecientes basadas en el azúcar, como la cubana, provocó un aumento correlativo en la demanda de peones. Sin embargo, dada la creciente concurrencia de la remolacha azucarera europea y del extremadamente elevado factor trabajo, necesario en la producción de caña de azúcar, la urgencia de lograr costos de trabajo más bajos era considerable. ¿Podía la economía de plantación esclavista afrontar los dobles costos que suponía invertir en mecanización y en esclavos? Dichos cálculos (al menos en Cuba) alentaron la sustitución de esclavos por trabajadores libres y, sobre todo, por trabajadores contratados, reclutados entre los indios mayas del Yucatán, víctimas de la guerra de la Raza (*Race War*) (véase el capítulo 7), o entre la población china, país recientemente abierto a Occidente. Sin embargo, parece indudable que la esclavitud como forma de explotación se encontraba en declive en América Latina, incluso antes de su abolición, y que los argumentos económicos contra esta forma de trabajo aumentaron su fuerza a partir de 1850.

En cuanto a los argumentos económicos contra la servidumbre, éstos fueron generales y específicos. En términos generales, fue evidente que la preponderancia de los campesinos no libres inhibió el desarrollo de la industria que, se consideraba, requería trabajadores libres. Por consiguiente, la abolición de la servidumbre sería una precondición necesaria para la movilización de trabajadores libres. Además, cabría preguntarse si podía ser económicamente racional la agricultura servil, ya que, como afirmaba un defensor de la servidumbre en Rusia, en la década de 1850: «no permite establecer los costos de producción con seguridad».[19] Impidiendo también un ajuste racional adecuado al mercado.

Analizándolo con mayor detalle, tanto el desarrollo de un mecanismo interior para productos alimenticios y materias primas agrícolas variadas, como el desarrollo de un mercado de exportación —principalmente para cereales—

minaban la servidumbre. En el norte de Rusia, no demasiado apropiado para el cultivo extensivo de cereales, la producción de las granjas desplazó la producción de cáñamo, lino y otros cultivos intensivos de las grandes haciendas, mientras que el artesanado proporcionaba un mercado adicional a los campesinos. El número de siervos que llevaban a cabo prestaciones de trabajo, que siempre fueron una minoría, decayó, por lo que resultó beneficioso para los terratenientes cambiar dichas prestaciones por rentas monetarias orientadas hacia el mercado. En el sur, escasamente habitado, donde la estepa virgen se transformaba en extensiones aptas para la ganadería y posteriormente en trigales, la servidumbre apenas tuvo importancia. Lo que necesitaban los terratenientes para una economía de explotación floreciente eran mejores transportes, créditos, trabajadores libres e incluso máquinas. En Rusia y en Rumania la servidumbre sobrevivió, principalmente, en las zonas cerealistas con una densa población campesina, donde los terratenientes pudieron compensar su debilidad competitiva aumentando las prestaciones de trabajo, o bien, alternativamente, por el mismo método, esperaban introducirse con precios inferiores en el mercado de exportación de cereales.

Sin embargo, la abolición del trabajo forzado no puede analizarse simplemente en términos de cálculo económico. Las fuerzas de la sociedad burguesa se oponían a la esclavitud y a la servidumbre, no sólo porque creían que eran antieconómicas, ni por razones morales, sino porque les parecían incompatibles con una sociedad de mercado basada en la libre búsqueda del interés individual. Por el contrario, los propietarios de esclavos y de siervos, en conjunto, sostuvieron el sistema porque les parecía la base más sólida de su sociedad y de su clase. Realmente les resultaba imposible concebir la idea de verse sin esclavos ni siervos que definiesen su estatus. Los terratenientes rusos no querían ni podían rebelarse contra el zar, que era el único que les proporcionaba alguna legitimidad frente a un campesinado profundamente convencido de que la tierra pertenecía a quien la trabajaba y también de su subordinación jerárquica a los representantes de Dios y al emperador. Sin embargo, se opusieron total y firmemente a la emancipación, que les fue impuesta desde el exterior o desde arriba, por una autoridad superior.

Realmente, si tanto la abolición como la emancipación hubieran sido tan sólo el producto de fuerzas económicas, difícilmente podrían haber originado resultados tan poco satisfactorios en Rusia y Estados Unidos. Las zonas en las que la esclavitud o la servidumbre habían tenido una importancia marginal o habían sido verdaderamente «antieconómicas» —por ejemplo, en la Rusia septentrional y meridional, o en los estados fronterizos y el suroeste de Estados Unidos— se adaptaron fácilmente a su liquidación. Pero en los reductos del antiguo régimen los problemas fueron mucho menos manejables. Así, en las provincias de «tierras negras» estrictamente rusas (tan distintas de Ucrania y de la frontera de la estepa), la agricultura capitalista se desarrolló con lentitud, y las prestaciones de trabajo continuaron siendo preponderantes, hasta la década de 1880, mientras que la expansión de los cultivos (a expensas de las praderas y pastos y a costa de reforzar el antiguo

sistema basado en el cultivo rotativo) quedó rezagada en las tierras de cereales del sur.* En pocas palabras, los beneficios puramente económicos derivados de la desaparición de una economía basada en la coerción física siguen siendo discutibles.

En las economías esclavistas esto no puede ser explicado por motivos políticos, ya que el sur fue conquistado y la antigua aristocracia de plantadores resultó menguada en su poder, al menos temporalmente, aunque pronto lo recuperó. En Rusia los intereses de la clase terrateniente fueron, como es de suponer, cuidadosamente respetados y salvaguardados. El problema en este caso radica más bien en por qué la emancipación produjo una solución agraria que no satisfizo ni a la clase media acomodada, ni al campesinado, ni a las expectativas de una agricultura genuinamente capitalista. En ambos campos la respuesta depende de cuál es el tipo más adecuado de agricultura, y especialmente de la agricultura a gran escala, bajo unas condiciones capitalistas.

Existen dos variantes principales en la economía capitalista que Lenin denominó, respectivamente, la «prusiana» y la «americana»: grandes haciendas dirigidas por terratenientes-empresarios capitalistas, con trabajadores asalariados, y labradores independientes dedicados al comercio de diversa magnitud, operando también con trabajo asalariado, allí donde se hacía necesario, aunque a una escala mucho menor. Ambos sistemas implicaban una economía de mercado, pero mientras que la mayoría de las grandes haciendas operaban, incluso antes del triunfo del capitalismo, como unidades productivas destinadas a vender una gran proporción de su producción,** la mayoría de los propietarios campesinos, al ser principalmente autosuficientes, no lo hacían. De ahí que las ventajas de las grandes haciendas y plantaciones con respecto al desarrollo económico no residían tanto en su superioridad técnica, mayor productividad, economía de escala, etc., como en su infrecuente capacidad para producir excedentes agrícolas para el mercado. Donde el campesinado siguió siendo «precomercial», como en grandes zona de Rusia y entre los esclavos emancipados del continente americano, que volvieron a una agricultura campesina de subsistencia, la hacienda conservaba dichas ventajas, pero sin las compulsiones físicas de la servidumbre o la esclavitud se le hizo más difícil obtener fuerza de trabajo, a menos que los antiguos esclavos o siervos no fuesen propietarios o poseyesen tan poca cantidad de tierras como para estar obligados a convertirse en trabajadores asalariados —y a menos que no encontrasen otro trabajo más atractivo.

Pero, por lo general, los esclavos adquirían algunas tierras (aunque no los «40 acres y una mula» con los que soñaban), y los ex siervos, aunque perdían

* El incremento medio de la superficie arable en las zonas de tierras negras, entre las décadas de 1860 y 1880, fue del 60 por 100. En el sur de Ucrania, el bajo Volga, el Cáucaso septentrional y Crimea se duplicó, pero en Kursk, Riazán, Orel y Voronezh (entre 1860 y 1913) aumentó menos de la cuarta parte.[20]

** Por supuesto, una hacienda no necesita ser una unidad productiva. Puede, perfectamente, conseguir ingresos en forma de renta monetaria, en especie, o como parte de la producción de los terratenientes, que constituyen las unidades de producción real.

parte de la tierra en beneficio de los señores, especialmente en las regiones de agricultura comercial en expansión,* siguieron siendo campesinos. Realmente, la supervivencia —e incluso la consolidación— de la vieja organización comunal de las aldeas, con sus medidas referentes a una redistribución periódica y equitativa de la tierra, salvaguardaron la economía campesina. De ahí la creciente tendencia de los terratenientes a alquilar sus tierras a arrendatarios a fin de sustituir los cultivos que les eran difíciles de obtener por sí mismos. Si la aristocracia propietaria, es decir, los terratenientes como el conde Rostov de Tolstoi o madame Ranevskaya de Chejov eran proclives a transformarse en empresarios capitalistas agrícolas, en mayor o menor medida que los propietarios de las plantaciones *antebellum*, soñados por Walter Scott, esa era otra cuestión.

Pero si la vía «prusiana» no fue seguida sistemáticamente, tampoco lo fue la vía «americana». Esto dependió de la creación de un gran núcleo de granjeros empresarios que cultivasen principalmente cosechas comercializables. Para ello era necesario que la propiedad tuviese una extensión mínima que variaba según las circunstancias. Así, en el sur de Estados Unidos, tras la guerra civil, «la experiencia ha demostrado que es dudoso que un cultivador pueda obtener beneficios si su cosecha anual no supera las cincuenta balas ... Puede decirse que aquel que no puede obtener ocho o diez balas como mínimo, casi no tiene razón de existir».[21] Por ello, gran parte del campesinado continuó dependiendo del cultivo de subsistencia, en la medida en que se lo permitían sus tierras, o en el caso de que no fuese así, dependieron del trabajo para suplir sus escasas posesiones, pues con frecuencia no tenían ni ganado ni carros. Indiscutiblemente, dentro del campesinado se desarrolló un grupo, bastante grande, de granjeros dedicados al comercio —que tuvo gran importancia en Rusia hacia la década de 1880—, pero la diferenciación de clase no llegó a producirse por diversos factores: el racismo en Estados Unidos y la persistencia de comunidades aldeanas organizadas en Rusia.**

Así pues, ni la abolición, ni la emancipación dieron una solución capitalista satisfactoria al «problema agrario», y es dudoso que esto se hubiese podido conseguir a menos que las condiciones para el desarrollo de una agricultura capitalista estuvieran ya presentes, como en las zonas marginales a la economía esclavista y servil como Texas o, en Europa, Bohemia y ciertas zonas de Hungría. Analizaremos las vías «prusiana» y/o «americana» en acción. Las grandes haciendas nobiliarias reforzadas, en ocasiones, por inyecciones de capital provenientes de los pagos compensatorios por la pérdida de las prestaciones de trabajo,*** se transformaron en empresas capitalistas. Hacia

* Aunque en las regiones centrales de las tierras negras las pérdidas fueron pequeñas e incluso hubo algunas ganancias.

** Aquí la emancipación ocasionó —paradójicamente desde un punto de vista liberal— la exclusión del campesinado del ámbito del derecho oficial y formalmente lo convirtió en sujeto del derecho campesino consuetudinario, que se hallaba lejos de ser favorable al capitalismo.

*** En tierras checas los Schwarzenberg recibieron 2.200.000 gulden en compensación; los Lobkowitz, 1.200.000; los Waldstein y Alois Lichtenstein, cerca de un millón cada uno; los Kinsky, Dietrichstein y Colloredo-Mansfeld, cerca de medio millón cada uno.[22]

principios de la década de 1870, en Bohemia, este tipo de empresas poseía el 43 por 100 de las fábricas de cerveza, el 65 por 100 de las azucareras y el 60 por 100 de las destilerías. Aquí, al concentrarse la actividad económica en cultivos que necesitaban un trabajo intensivo, no sólo prosperaron las grandes haciendas con trabajadores contratados, sino también las grandes granjas campesinas* que comenzaron a competir incluso con las haciendas. En Hungría siguieron teniendo una posición dominante y los siervos sin tierra alcanzaron la libertad sin obtener tierras.[24] Aun así, la diferenciación del campesinado entre ricos y pobres o sin tierra se puso de manifiesto también en las tierras checas más desarrolladas, como lo indica el hecho de que el número de cabras —animal típico de los pobres— casi se duplicase entre 1846 y 1869. (Por otra parte, la producción de carne per cápita en la población agrícola también se duplicó, como reflejo del cada vez más importante mercado de productos alimentarios de las ciudades.)

Pero en las principales regiones donde desde antiguo se daba la coerción física, como Rusia y Rumania, donde la servidumbre duró más tiempo, el campesinado se presentaba como una masa absolutamente homogénea (excepto donde estaba dividida por raza y nacionalidad) y descontenta, cuando no potencialmente revolucionaria. La mera impotencia debida a la opresión racial o a la dependencia creada por su condición de hombres sin tierra, los mantenía quietos, como a los negros del campo del sur de Estados Unidos, o a los labradores de las llanuras húngaras. Por otra parte, el campesinado tradicional, especialmente cuando se encontraba organizado comunalmente, se convertía en una fuerza, si cabe, aún más formidable. La Gran Depresión de la década de 1870 abrió una era de inestabilidad rural y revolución campesina.

¿Podría haberse evitado esto asumiendo una forma «más racional» de emancipación? Es dudoso, ya que encontramos resultados muy similares en aquellas regiones donde el intento de crear unas condiciones para la agricultura capitalista se hizo no mediante edictos globales que abolían la economía de coerción, sino mediante un proceso más general que impuso el derecho liberal burgués: es decir, la transformación de toda la propiedad hacendada en propiedad individual y la conversion de la tierra en un bien libremente vendible, como cualquier otro. En teoría, este proceso se había aplicado ya extensamente en la primera mitad del siglo (véase *La era de la revolución*, capítulo 8), pero en la práctica resultó enormemente consolidado por el triunfo del liberalismo, después de 1850. Esto significó, ante todo, la fragmentación de las antiguas entidades comunales y la distribución o alienacion de la tierra poseída colectivamente, o de la tierra perteneciente a instituciones no económicas como la Iglesia. Este proceso se llevó a cabo con mayor dramatismo y crueldad en América Latina, por ejemplo, en México bajo el gobierno de Juá-

* En el último tercio del siglo XIX se estimó, al menos con respecto a Hungría, que un *Joch* (unas 0,6 hectáreas) requería un día de trabajo si estaba dedicado a pastos, 6 días si eran prados, 8,5 si se cultivaban cereales, 22 para el maíz, 23 para las patatas, 30 para los tubérculos, 36 para los productos hortícolas, 40 para la remolacha azucarera, 120 para las viñas y 160 para el tabaco.[23]

rez, en la década de 1860, o en Bolivia bajo la dictadura de Melgarejo (1866-1871); pero también se produjo a gran escala en España tras la revolución de 1854; en Italia tras la unificación del país bajo el gobierno liberal del Piamonte, y en todos los lugares donde triunfó el liberalismo económico y jurídico. El liberalismo progresó incluso allí donde los gobiernos no contaban con medios idóneos para la ardorosa campaña a su favor. Las autoridades francesas intentaron salvaguardar la propiedad comunal entre sus súbditos musulmanes de Argelia, incluso después de que Napoleón III (en el Senadoconsulto de 1863) hallase inconcebible que los derechos de propiedad individual de la tierra no se estableciesen formalmente entre los miembros de las comunidades musulmanas «donde fuese posible y oportuno», medida que realmente permitió a los europeos, por primera vez, indemnizarlos. No obstante, esta no fue una carta de privilegio para la expropiación a gran escala, como lo fue la ley de 1873 que, tras la gran insurrección de 1871, propuso la transferencia *inmediata* de las propiedades nativas bajo el sistema legal francés, medida que «resultó muy poco beneficiosa, excepto para los negociantes y especuladores europeos».[25] Con respaldo oficial o sin él, los musulmanes perdieron sus tierras en beneficio de los colonos blancos o de las compañías de bienes raíces.

La codicia jugó un papel en dichas expropiaciones: por parte de los gobiernos el beneficio que pudiera derivarse de la venta de las tierras u otros ingresos; por parte de los terratenientes, colonos y especuladores, la adquisición fácil y barata de haciendas. Sin embargo, sería injusto negar la sinceridad de la convicción de los legisladores de que la transformación de la tierra en un bien libremente alienable y la transformación de las tierras comunales, eclesiásticas, hereditarias u otros vestigios históricamente obsoletos de un pasado irracional, en propiedades privadas, sería lo único que serviría de base a un desarrollo agrícola satisfactorio. Pero eso no fue así para el campesinado que en su totalidad rehusó convertirse en una próspera clase de granjeros comerciantes, incluso teniendo la oportunidad de hacerlo. (La mayoría de las veces no ocurrió así, debido a la imposibilidad de adquirir las tierras puestas a la venta, o incluso de comprender los complejos procesos legales que llevaban a su expropiación.) Puede que esto no haya consolidado el latifundio como tal —el término es ambiguo y profundamente arraigado en la mitología política—, pero, consolidase quien lo consolidase, no fue el campesino basado en una agricultura de subsistencia, vieja o nueva, ni el aldeano marginal que dependía de las tierras comunales y, en aquellas regiones afectadas por la deforestación y la erosión, ni la propia tierra cuya utilización se vio desprovista de la protección que le proporcionaba el control comunal.* El efecto principal de la liberalización fue la agudización del descontento campesino.

La novedad de dicho descontento fue que, en esta ocasión, pudo ser movilizado por la izquierda. En realidad, en las zonas más meridionales de

* Raymond Carr señala que en España, a partir de mediados de siglo, «el problema forestal comenzó a ser el tema central de los regeneracionistas».[26]

Europa todavía no había sido movilizado. En Sicilia y en el sur de Italia la insurrección campesina de 1860 se unió a Garibaldi; cuya atractiva figura, de cabellos rubios y camisa roja, era la de un libertador popular, y cuyas creencias en una república democrático-radical, secular e incluso vagamente «socialista», no parecían ser incompatibles con sus propias lealtades a los santos, a la Virgen, al papa y (fuera de Sicilia) al rey Borbón. En el sur de España el republicanismo y la Internacional (en su forma bakuninista) hicieron rápidos progresos: entre 1870 y 1874 había pocas ciudades andaluzas que careciesen de su «sociedad de trabajadores».[27] (Por supuesto, en Francia el republicanismo, manifestación predominante de la izquierda, ya se encontraba bien asentado en ciertas regiones rurales a partir de 1848 y bajo un aspecto moderado gozaba del apoyo de la mayoría en algunas, desde 1871.) Quizá con los fenianos en la Irlanda de la década de 1860 haya aparecido una izquierda revolucionaria rural, para convertirlo en la formidable *Land League* (Liga de la Tierra) a finales de 1870 y 1880.

Es preciso reconocer que hubo gran número de países, incluso en Europa —y prácticamente en todo el mundo—, donde la izquierda, revolucionaria o no, falló en su intento de conmover al campesinado, como, en la década de 1870, descubrirían los populistas rusos (véase el capítulo 9) al decidirse a «ir hacia el pueblo». Realmente, en la medida en que la izquierda era urbana, laica e incluso de militancia anticlerical (véase el capítulo 14), desdeñosa del «atraso» rural y despreciativa de los problemas del campo, el campesinado seguía mostrándose receloso y hostil hacia ella. El éxito rural de los anarquistas españoles, activamente anticristianos, o de los republicanos en Francia, fue excepcional. Sin embargo, en este período, al menos en Europa, las insurrecciones rurales a la antigua usanza, por la Iglesia y el rey, contra las ciudades ateas y liberales fueron infrecuentes. Incluso la segunda guerra carlista española (1872-1876) resultó ser un asunto mucho menos general de lo que había sido la primera en los años treinta, y se limitó prácticamente a las provincias vascas. Dado que la gran expansión de la década de 1860 y primeros setenta abrió el camino a la depresión agraria de los últimos años de las décadas de 1870 y de 1880, el campesinado no pudo ser considerado, por más tiempo, como un elemento conservador en política.

Aun así, ¿en qué medida se llevó a cabo la destrucción del modo de vida en el campo por las fuerzas de ese nuevo mundo? No es fácil juzgarlo desde el punto de vista del siglo XX, pues en la segunda mitad de este siglo la vida rural ha resultado transformada mucho más profundamente que en cualquier otra época desde la invención de la agricultura. Con una visión retrospectiva, los hábitos de los hombres y mujeres del campo, a mediados del siglo XIX, parecen haber quedado fijados en la tradición antigua, que, como mucho, se transformaba aunque a paso de tortuga. Por supuesto, esto es tan sólo una ilusión, ya que actualmente es muy difícil discernir la naturaleza exacta del cambio, excepto, quizá, por lo que respecta al que tuvo lugar entre agricultores esencialmente modernos como los colonos del Oeste norteamericano, prestos a transformar su granja y sus cultivos según las perspectivas de los precios

o de los beneficios especulativos, equipados con maquinaria y que ya compraban los productos de la ciudad a través del recientísimo invento que suponía el pedido de artículos por correo según catálogo.

Sin embargo, sí hubo cambios en el medio rural; existía el ferrocarril. Y cada vez con mayor frecuencia, había escuelas elementales que enseñaban el idioma nacional (segundo idioma para la mayoría de los niños campesinos), y que, conjuntamente con la administración y la política nacional, diluían su personalidad. Se dice que hacia 1875 el uso de los apodos por los que se conocían e identificaban las personas en los pueblos del país de Bray en Normandía, e incluso las versiones locales informales de sus apellidos, habían desaparecido casi por completo. Esto «se debió enteramente a los maestros que no permitían que los niños en su escuela utilizasen otro nombre que no fuera su nombre propio».[28] Probablemente no se trató de una desaparición, sino de una retirada junto al dialecto oral. Y, sin embargo, en el campo, la distinción entre alfabetizado y analfabeto resultó ser una poderosa fuerza de cambio. Durante algún tiempo, en el mundo oral de los *no alfabetizados*, la ignorancia del alfabeto, del idioma o de las instituciones nacionales no representó ningún obstáculo, excepto para aquellos cuyos negocios (que rara vez estaban relacionados con la agricultura) hacían necesario tal conocimiento; en una sociedad alfabetizada el *analfabeto* es, por definición, inferior y tiene un fuerte estímulo para eliminar esta inferioridad, o al menos la de sus hijos. En 1849 era normal que la política de los campos de Moravia asumiese la forma de rumor, rumor que afirmaba que el líder revolucionario húngaro Kossuth era el hijo del «emperador campesino» José II, descendiente del antiguo rey Svatopluk, y que estaba a punto de invadir el país con un gran ejército.[29] Hacia 1875 las creencias políticas del campo checo se exponían en términos más elaborados y aquellos que esperaban la salvación nacional de los hipotéticos parientes de «los emperadores del pueblo», antiguos o modernos, probablemente se avergonzarían de admitirlo. Este tipo de creencias se fue restringiendo cada vez más a poblaciones casi analfabetas, consideradas atrasadas incluso por los campesinos de Europa central, por ejemplo, Rusia, donde, por cierto, los revolucionarios populistas intentaron, infructuosamente, organizar una revolución campesina mediante un «pretendiente popular» al trono del zar.[30]

La mayoría de las poblaciones campesinas seguían siendo analfabetas, excepto en Europa occidental y central (en especial en las regiones protestantes) y en Norteamérica.* Pero incluso entre los más atrasados y tradicio-

* Así, en España, se decía que en 1860 el 75 por 100 de los hombres y el 89 por 100 de las mujeres eran analfabetos; en el sur de Italia, alrededor de un 90 por 100 de los habitantes también lo eran, e incluso en las regiones más adelantadas de Lombardía y de Piamonte el porcentaje era del 57 y el 59 por 100 (1865); en Dalmacia eran analfabetos el 99 por 100 de los reclutas (hacia 1870). Por el contrario, en Francia, hacia 1876, el 80 por 100 de los campesinos varones y el 67 por 100 de las mujeres sabían leer y escribir; en Holanda casi el 84 por 100 de los reclutas —entre el 89 y el 90 por 100 en las provincias de Holanda y Groninga—, e incluso en Bélgica, era notable la escasa instrucción, aproximadamente el 65 por 100 de los reclutas eran capaces de leer y escribir (1869). Sin duda, el grado de instrucción requerido era extremadamente modesto.[31]

nales, los pilares fundamentales de los antiguos modos de vida fueron: los viejos y las mujeres, cuyos «cuentos de la vieja» transmitieron a las nuevas generaciones y, en ocasiones, para provecho de los habitantes de las ciudades, a los recopiladores de folklore y canciones folklóricas. Y, con todo, es paradójico que en este período el cambio se introdujese en el campo a través de las mujeres. En ocasiones, como, por ejemplo, en Inglaterra, las muchachas campesinas sabían leer y escribir, con más frecuencia que los muchachos —parece que esto fue lo que pasó en los años cincuenta. Y en Estados Unidos fueron con seguridad las mujeres las que simbolizaron los «modos de vida civilizados» —la lectura de libros, la higiene, la sobriedad y las casas y mobiliario «agradables», según el modelo de las ciudades—, frente a los hombres que solían ser duros, violentos y dados a la bebida, como descubrió a su costa Huckleberry Finn (1884). El incentivo que empujaba a los hijos a «ser mejores» provenía con más frecuencia de las madres que de los padres. Pero quizá el factor más importante de dicha «modernización» fue la emigración de las jóvenes campesinas a la ciudad para entrar en el servicio doméstico de la clase media y clase media baja. Realmente, tanto para los hombres como para las mujeres, el amplio proceso de desarraigo fue inevitablemente un proceso de debilitación de los antiguos modos de vida y de aprendizaje de otros nuevos. Y esto es lo que vamos a tratar ahora.

11. LAS MIGRACIONES

Le preguntamos dónde estaba su marido.
—Está en América.
—Y ¿qué hace allí?
—Ha conseguido un trabajo de zar.
—Pero ¿cómo puede un judío ser zar?
—Todo es posible en América —contestó.

SCHOLEM ALEICHEM, *c.* 1900[1]

Me dijeron que los irlandeses están empezando a desplazar a los negros del servicio doméstico, en todas partes ... Aquí es universal; es difícil encontrar, en ningún sitio, un criado que no sea irlandés.

A. H. CLOUGH a THOMAS CARLYLE, Boston, 1853[2]

I

A mediados del siglo XIX se sitúa el comienzo de las mayores migraciones humanas de la historia. Sus detalles exactos son difíciles de calibrar, pues las estadísticas oficiales, allí donde las hubo, no registraron todos los movimientos de hombres y mujeres en el interior de cada país o incluso entre estados: el éxodo rural hacia las ciudades, la migración entre regiones y de ciudad a ciudad, la travesía de los océanos y la penetración en las zonas fronterizas, el flujo de individuos que se trasladaban de acá para allá, de un modo aún más difícil de explicar. A pesar de ello, podemos documentar, aproximadamente, una de las modalidades más dramáticas de esta migración. Entre 1846 y 1875, bastante más de nueve millones de individuos abandonaron Europa, la mayoría de ellos en dirección a Estados Unidos.[3] Lo que equivalía a más de cuatro veces la población londinense en 1851. En el medio siglo anterior puede que la cifra no rebasase, en total, el millón y medio.

Los movimientos de población y la industrialización van juntos, pues el desarrollo económico moderno a lo largo del mundo requirió trasvases sustanciales de poblaciones, facilitando técnicamente el proceso y abaratándolo, mediante nuevas y cada vez mejores comunicaciones, y, por supuesto, capa-

citó al mundo para mantener una población mucho mayor. La movilidad de las masas del período que estudiamos no fue inesperado, ni le faltaron otros precedentes más modernos. Era ya predecible en realidad, en las décadas de 1830-1840 (véase *La era de la revolución*, pp. 174-176). Además, lo que antes había sido un vivaz arroyo en continuo crecimiento, pareció, de repente, convertirse en un torrente. Antes de 1845, sólo en un año, llegaron a Estados Unidos más de 100.000 pasajeros extranjeros. Pero entre 1846 y 1850 abandonó Europa un promedio anual de más de un cuarto de millón de personas; en los siguientes cinco años lo hizo un promedio anual de casi 350.000; sólo en 1845 llegaron a Estados Unidos más de 428.000 emigrantes. Y, aunque el número fluctuaba, según las condiciones económicas de los países de origen y los receptores, la migración continuó a una escala mayor que nunca.

Sin embargo, aunque esta migración parezca enorme, aún es modesta si se la compara con magnitudes posteriores. Así, en la década de 1880 emigraron anualmente un promedio de unos 700.000 a 800.000 europeos, y después de 1900, entre 1.000.000 y 1.400.000 al año. De esta forma, entre 1900 y 1910 emigraron a Estados Unidos un número de personas considerablemente más elevado que el resultante a lo largo de todo el período que se estudia en el presente libro.

La más obvia limitación a la migración era de carácter geográfico. Dejando a un lado los últimos restos de la trata de esclavos africana (ya ilegal y sofocada con bastante eficacia por la Armada inglesa) el grueso de la migración internacional estaba formado por europeos, o más exactamente, en este período, por europeos occidentales y alemanes. Es cierto que los chinos se hallaban ya en movimiento hacia las tierras fronterizas del norte y del centro del imperio, allende las regiones originarias del pueblo Han, y desde las regiones costeras del sur hacia las penínsulas e islas del sureste asiático, pero no podemos especificar su número, aunque probablemente fue poco importante. En 1871 había, quizá, unos 120.000 chinos en los establecimientos del Estrecho (Malaca).[4] Después de 1852 los indios comenzaron a emigrar en cantidades moderadas hacia la vecina Birmania. El vacío provocado por la prohibición de la trata de esclavos fue cubierto, en cierta medida, por el transporte de trabajadores «asalariados», principalmente desde la India y China, donde las condiciones de vida no eran mucho mejores. Entre 1853 y 1874 llegaron a Cuba 125.000 chinos.[5] Surgirían ahora las diásporas indias de Guayana y Trinidad, de las islas del océano Índico y del Pacífico, y de las colonias chinas de menos entidad de Cuba, Perú y las posesiones británicas del Caribe. Cierto número de chinos emprendedores habían sido atraídos (véase el capítulo 3) por las nuevas regiones de la costa norteamericana del Pacífico; estos emigrantes darían pie a los periodistas locales para la invención de chistes sobre lavanderos y cocineros (pues fueron los inventores de los restaurantes chinos de San Francisco durante la fiebre del oro),* y a los de-

* «Los mejores restaurantes del lugar están regentados por aventureros de la Tierra de las Flores», comentaba el *Bankers Magazine* de Boston.[6]

magogos locales les proporcionarían consignas racistas para los tiempos difíciles. Las marinas mercantes, en rápido crecimiento, estaban ya en su mayor parte tripuladas por marineros lascares (marineros indios), que dejaban pequeñas comunidades de color en los principales puertos internacionales. El reclutamiento de tropas coloniales, principalmente por parte de los franceses, que esperaban así neutralizar la superioridad demográfica alemana (un tema muy discutido en la década de 1860), llevó, por primera vez, alguno de estos individuos a tierras europeas.*

Incluso entre la masa europea la migración intercontinental estuvo limitada a ciudadanos de un corto número de países: mayoritariamente a los británicos, irlandeses y alemanes, y a partir de la década de 1860, a los noruegos y suecos —los daneses no emigraron con la misma intensidad—, cuyo escaso número encubrió la relativamente enorme magnitud de su sangría demográfica. Así Noruega envió dos tercios de su excedente de población a Estados Unidos, cifra superada únicamente por la infortunada Irlanda que envió al extranjero la totalidad de este excedente, incluso sobrepasándolo: el país, tras la gran carestía de 1846-1847, perdió población cada año. Sin embargo, aunque los ingleses y alemanes enviaron al extranjero poco más de un 10 por 100 de su crecimiento demográfico neto, en números absolutos el contingente fue muy elevado. Entre 1851 y 1880 unos 5.300.000 individuos abandonaron las islas británicas (de los cuales 3,5 millones fueron a Estados Unidos, 1.000.000 a Australia, 500.000 a Canadá, constituyendo, con mucho, el mayor grupo de emigrantes transoceánicos del mundo.

A los italianos del sur y a los sicilianos, que inundarían las grandes ciudades americanas, les fue difícil abandonar sus miserables aldeas natales; los europeos del este, católicos u ortodoxos, siguieron siendo muy sedentarios; sólo los judíos comenzaron a establecerse, individual o colectivamente, en las ciudades de provincias de las que hasta entonces habían sido excluidos y de éstas pasaron a ciudades mayores.** Antes de 1880, los campesinos rusos apenas emigraban a los grandes espacios abiertos de Siberia, aunque lo hicieron en gran número a las estepas de la Rusia europea, estableciéndose allí, de manera más o menos completa, hacia la década de 1880. Los polacos no empezaron a poblar las minas del Ruhr hasta después de 1890, en tanto que los checos se trasladaban hacia el sur, hacia Viena. El período álgido de la emigración eslava, judía e italiana al continente americano, comenzó en la década de 1880. De una manera general, las islas británicas, Alemania y Escandinavia proporcionaron el grueso de los emigrantes internacionales, si exceptuamos minorías especialmente andariegas como los gallegos y los vascos, omnipresentes en el mundo hispánico.

Como la mayoría de los europeos eran de origen rural, también lo eran la mayoría de los emigrantes. El siglo XIX fue como un gigantesco mecanismo

* Las tropas indígenas reclutadas por los británicos en esta época permanecieron en la India y su utilización quedó limitada a este país y a aquellos países que quedaban incluidos en la esfera de influencia del gobierno (colonial) indio, y no en la del gobierno británico.

** Las ciudades húngaras permitieron el establecimiento de judíos sólo en 1840.

para los campesinos desarraigados. La mayoría de ellos iban a las ciudades o, por los menos, escapaban a las actividades rurales tradicionales para encontrar el mejor modo de vida posible en un nuevo mundo extraño y temible, pero, al menos, ilimitadamente esperanzador, donde se decía que las calles estaban pavimentadas con oro, aunque los emigrantes rara vez recogían algo más que unos centavos. No es exactamente cierto que la corriente de emigración y la de urbanización fuesen una misma cosa. Algunos grupos de emigrantes, especialmente alemanes y escandinavos que llegaron a la zona de los Grandes Lagos en Estados Unidos, o los primeros colonos escoceses del Canadá, cambiaron un ambiente agrícola pobre por otro mejor: en 1880 sólo el 10 por 100 de los inmigrantes extranjeros de Estados Unidos se dedicaban a la agricultura, y en su mayoría no como granjeros; «posiblemente», como denunciaba un observador, «esto se debía a que se requería un gran capital para comprar y equipar una granja»,[7] ya que sólo sus aperos de labranza costaban unos 900 dólares a principios de la década de 1870.

Sin embargo, aunque no debe olvidarse la redistribución de los campesinos por toda la superficie de la Tierra, esto es menos sorprendente que el abandono de la agricultura. La migración y la urbanización son fenómenos paralelos y en la segunda mitad del siglo XIX los países más directamente afectados por ellas (Estados Unidos, Australia y Argentina) tuvieron una tasa de concentración urbana únicamente superada por Gran Bretaña y por las zonas industriales de Alemania. (Hacia 1890, entre las veinte ciudades mayores del mundo occidental se incluían cinco de Norteamérica y una de Australia.) Hombres y mujeres se trasladaban del campo a la ciudad, aunque, cada vez con más frecuencia, esto se hiciese desde otras ciudades (cosa que ocurría, sin duda, en Gran Bretaña).

Si la migración se realizaba dentro de las fronteras de su propio país, no suscitaba nuevos problemas técnicos. En la mayoría de los casos los emigrantes no iban muy lejos, y si lo hacían, el camino que iba desde su región a la ciudad había sido ya muy trillado por parientes y vecinos, como por los buhoneros y albañiles ocasionales que solían aparecer por París provenientes del centro de Francia, y cuyo número creció con los trabajos de construcción de esta ciudad, hasta que, después de 1870, abandonaron su carácter estacional y pasaron a ser emigrantes fijos.[8] En ocasiones la tecnología abrió nuevos caminos, como los del ferrocarril que llevaba a los bretones a París, a perder su fe (como decía el proverbio) en las puertas de la estación de Montparnasse y a proporcionar a los burdeles de la ciudad sus huéspedes más característicos. Las jóvenes bretonas sustituyeron a las ya muy conocidas prostitutas lorenesas.

Las mujeres que emigraban dentro de las fronteras de un mismo país se convertían, en su mayor parte, en criadas, hasta que se casaban con algún campesino amigo, o pasaban a desempeñar alguna otra ocupación urbana. Era poco frecuente la migración de familias e incluso la de matrimonios. Los hombres continuaban ejerciendo el comercio tradicional de su región en la ciudad —los galeses de Cardiganshire se hacían lecheros allí donde fuesen, y los auverneses, traficantes de combustibles—, o, si tenían alguna especialidad,

continuaban con su propio oficio, y si eran emprendedores se dedicaban al pequeño comercio, sobre todo de alimentos y bebidas. De lo contrario, se empleaban, generalmente, en dos ocupaciones que no requerían conocimientos especiales, y que eran desconocidas para los campesinos: la construcción y el transporte. En 1885, en Berlín, el 81 por 100 de los individuos que trabajaban en la industria alimentaria, el 83.5 por 100 de los albañiles y cerca de un 85 por 100 de los empleados en los transportes no habían nacido en la ciudad.* Aunque no solían tener demasiado éxito en trabajos que requerían una mayor especialización, a no ser que hubiesen recibido aprendizaje de algún oficio en sus lugares de origen, probablemente se encontraban en una situación mejor que los ciudadanos más pobres. Es probable que los peores cenagales de sudor y pobreza soliesen estar llenos de ciudadanos nativos, más que de emigrantes. Sin embargo, en el período que estamos estudiando, aún no había una gran producción fabril en la mayoría de las principales capitales.

La mayor parte de dicha producción, estrictamente fabril, se encontraba en ciudades de tamaño medio, aunque en pleno crecimiento, o incluso en pueblos o ciudades pequeñas, especialmente la minería y algunos textiles. En ellos no existía una demanda comparable de mujeres inmigrantes, excepto en las industrias textiles y, casi por definición, los empleos para los inmigrantes masculinos no precisaban cualificación y estaban mal retribuidos.

La migración a través de fronteras y océanos provocó problemas más complejos y no porque el emigrante con frecuencia —aunque en esta época no era la causa principal— llegaba a un país cuyo idioma desconocía. De hecho, el mayor grupo de emigrantes, los provenientes de las islas británicas, no encontraban dificultades lingüísticas significativas, en tanto que algunos, no muchos, sí las hallaban, por ejemplo, los provenientes de los imperios plurinacionales de la Europa central y oriental. Sin embargo, dejando a un lado el idioma, indiscutiblemente la emigración agudizó el problema del origen de los inmigrantes (véase el capítulo 5). En el caso de permanecer en el nuevo país, ¿era necesario romper los lazos con el antiguo? Y de ser así, ¿era deseable? El problema no se planteó entre los colonos asentados en sus propias colonias, que continuaban siendo ingleses en Nueva Zelanda y franceses en Argelia, y que pensaban en su antiguo país como en su «hogar». El problema surgió con la mayor acritud en Estados Unidos, que recibió bien a los inmigrantes, pero que asimismo los presionó para convertirlos en ciudadanos norteamericanos anglófonos, lo antes posible, ya que todo ciudadano sensato debía desear ser norteamericano. Y de hecho, la mayoría así lo hizo.

Por supuesto que un cambio de ciudadanía no implicaba la ruptura con el país de origen. Por el contrario. El emigrante típico que se reunía con sus compatriotas en el nuevo y extraño ambiente que lo recibía con bastante frialdad (la xenofobia militante de los «Know-Nothings»,* en la década de 1850,

* Era una mezcla de sociedad secreta y partido político, sus miembros eran anticatólicos y surgió en las ciudades del este contra los inmigrantes irlandeses y alemanes. Su nombre proviene de la respuesta que sus afiliados daban a los que les preguntaban: «*I know nothing*» (no sé nada). (*N. del t.*)

fue una respuesta norteamericana nativa a la afluencia de los irlandeses hambrientos), cayó, naturalmente, en el único medio humano que le era familiar y que podía ayudarle, la compañía de sus paisanos. La Norteamérica que le enseñaba como primera frase en inglés: «Oigo el silbato, debo apresurarme»,* no era una sociedad, sino un medio de hacer dinero. Sin embargo, el inmigrante de la primera generación estaba firmemente interesado en aprender las técnicas de su nueva vida, vivía en un gueto autoimpuesto, buscando ayuda en las viejas costumbres, en los hombres de su clase, en los recuerdos de su antiguo país de origen que había abandonado con tanta facilidad. No en vano los risueños ojos de los irlandeses hicieron la fortuna de los plumíferos bohemios, que estuvieron a punto de crear el negocio de la música popular moderna en las ciudades estadounidenses. Incluso los acaudalados financieros judíos neoyorkinos, los Guggenheim, Kuhn, Sach, Seligmann y Lehmann, que poseían todo lo que podía comprarse con dinero en Estados Unidos, y que lo tenían todo al alcance de la mano, no eran norteamericanos del mismo modo en que los Wertheimstein de Viena se consideraban a sí mismos austríacos, los Bleichroeder de Berlín, prusianos, e incluso los internacionales Rothschild de Londres y París, ingleses y franceses. Siguieron siendo tan alemanes como norteamericanos. Hablaban, escribían y pensaban en alemán, con frecuencia enviaban a sus hijos a la antigua patria para que fuesen educados e ingresaban en asociaciones alemanas y las patrocinaban.[11]

Pero la emigración provocó dificultades materiales mucho más elementales. Los individuos, una vez en su lugar de destino, debían descubrir dónde ir y qué hacer. Habían tenido que viajar hasta Minnesota desde algún remoto fiordo noruego; hasta el condado de Green Lake, Wisconsin, desde Pomerania o Brandeburgo, hasta Chicago, desde alguna aldea de Kerry. Los costes de la travesía no constituían una dificultad insuperable, aunque las condiciones del alojamiento durante el viaje transoceánico, especialmente después de los años posteriores a la carestía irlandesa, eran francamente horribles, cuando no realmente mortales. En 1885 el pasaje de un emigrante desde Hamburgo a Nueva York costaba 7 dólares. (Las líneas marítimas de Southampton a Sin-

* Esta frase proviene de un folleto de la International Harvester Corporation, dedicada a enseñar inglés a los obreros polacos. Las demás frases de la lección primera eran las siguientes:

Oigo el silbato de los cinco minutos.
Es hora de ir a la tienda.
Cojo mi tarjeta del cajoncillo y la introduzco en su departamento.
Cambio mis ropas y estoy dispuesto a trabajar.
Suena el silbato para empezar.
Como mi comida.
Está prohibido comer antes.
El silbato suena a los cinco minutos del comienzo.
Estoy listo para ir a trabajar.
Trabajo hasta que el silbato me lo indica.
Abandono mi puesto de trabajo tras haberlo limpiado.
Debo ir a casa.[10]

gapur, que realizaban un servicio de lujo, redujeron el precio de 110 libras esterlinas en 1850, a 68 libras en 1880.)[12] Los precios eran bajos, no sólo porque se pensaba que los pasajeros de tercera clase no requerían o merecían mayores comodidades que las que se proporcionaba al ganado y que, afortunadamente, necesitaban menos espacio, o incluso para mejorar las comunicaciones, sino por razones económicas. Los emigrantes eran un cargamento útil. Probablemente, para la mayoría de las personas, los costes del trayecto hasta el puerto final de embarque —El Havre, Bremen, Hamburgo y, sobre todo, Liverpool— eran bastante más elevados que los de la travesía en sí misma.

Aun así, el dinero no estaba al alcance de los más pobres, aunque las sumas requeridas podían ser ahorradas con facilidad y enviadas desde América o Australia por los emigrantes, gracias a sus altos salarios, a los parientes de la madre patria. De hecho, dichos pagos formaban parte de la vasta suma que se contabilizaba en los envíos desde el extranjero, ya que los emigrantes, desacostumbrados a los elevados gastos de sus nuevos países, fueron muy ahorradores. Sólo los irlandeses enviaron a su país entre 1.000.000 y 1.700.000 libras esterlinas anuales, en los primeros años de la década de 1850.[13] Sin embargo, donde no existía la ayuda de los parientes, había gran número de intermediarios que llevaban a cabo este servicio por intereses económicos. Allí donde se da una gran demanda de fuerza de trabajo (o de tierra),* por un lado, y donde hay una población que ignora las condiciones existentes en el país receptor, por el otro, y además existe una gran distancia entre ambos, el apoderado o contratista prospera.

Estos individuos obtenían sus beneficios acumulando ganado humano en las bodegas de los barcos de las compañías navieras, que estaban ansiosas por llenarlas, que se enviaba a las autoridades y a las compañías de ferrocarriles interesadas en poblar sus desolados territorios, a los propietarios de minas y fundiciones y a los patronos que necesitasen brazos para esta clase de rudos trabajos. Éstos pagaban a los intermediarios, que, a su vez, recibían las pequeñas sumas de hombres y mujeres desvalidos, que se veían forzados a atravesar la mitad de un continente extraño, incluso antes de embarcar para la travesía atlántica: desde la Europa central hasta El Havre, o a través del mar del Norte, vía de los neblinosos valles de los Peninos, hasta Liverpool. No hemos de olvidar que con mucha frecuencia explotaban la ignorancia y el desamparo; aunque, en este período, es probable que no se llegase a los extremos del trabajo contratado y de la servidumbre por deudas, excepto quizá entre los indios y chinos embarcados al extranjero para trabajar en las plantaciones. (Lo cual no significaba que no hubiese multitud de irlandeses que pagaban inútilmente a algún «amigo» desde la madre patria, por el privilegio de encontrar un empleo en el Nuevo Mundo.) En conjunto, nadie controlaba a estos empresarios de la migración, si exceptuamos algunas supervi-

* Así, un herrero alemán de Princeton (Wisconsin) compraba tierras para cultivo y las vendía a crédito a sus compatriotas emigrantes.[14]

siones de las condiciones de los barcos tras las terribles epidemias a finales de la década de 1840. Era del dominio público que detrás de ellos había personas influyentes. La burguesía de mediados del siglo XIX creía todavía que su continente estaba excesivamente poblado de pobres. Cuanto mayor fuese el número de los que se dirigían al extranjero, mayores eran las posibilidades de mejorar su situación, y para aquellos que se quedaban, de hallar más oportunidades en un mercado de trabajo menos saturado. Las sociedades benéficas o incluso los sindicatos estaban de acuerdo en subvencionar la migración de sus clientes o miembros, como el único medio posible de luchar contra la pobreza y el desempleo. Y parece corroborarlo el hecho de que, a lo largo del período que estudiamos, fuesen los países con una rápida industrialización, como Gran Bretaña y Alemania, los que exportasen mayor número de hombres.

Actualmente pensamos que esta teoría era errónea. La economía de los países de origen de los emigrantes habría resultado, en comparación, más beneficiosa si hubiese empleado localmente sus recursos humanos. Por el contrario, la economía del Nuevo Mundo se benefició inconmensurablemente con el éxodo proveniente del Viejo. Por supuesto, esto mismo les ocurrió a los propios emigrantes. El peor período para su condición de pobres y explotados parece que tuvo lugar en Estados Unidos, antes de finalizar la época que nos ocupa.

¿Por qué se emigraba? Principalmente por razones económicas, es decir, por pobreza. A pesar de las persecuciones políticas de después de 1848, los refugiados por razones políticas o ideológicas formaban sólo una pequeña fracción de la gran masa emigrante, incluso entre 1849 y 1854, aunque, en ocasiones, fueron los más radicales los que controlaron la mitad de la prensa estadounidense en lengua alemana, con la que denunciaban al país que les había dado refugio.[15] Estos grupos radicales se asentaron rápidamente en el extranjero, como la mayoría de los emigrantes no políticos, y transfirieron sus energías revolucionarias a las campañas antiesclavistas. El ímpetu de las sectas religiosas que buscaban mayor libertad para desarrollar sus actividades particulares probablemente fue menor que en el medio siglo anterior, aunque no fuese más que porque los gobiernos de mediados del período victoriano no mantenían criterios demasiado ortodoxos, bien que probablemente viesen con agrado la desaparición de los mormones británicos o daneses, cuya inclinación hacia la poligamia les creaba problemas. Incluso en Europa oriental, las activas campañas antisemíticas, que iban a estimular la emigración masiva de judíos, se apaciguarían en lo sucesivo.

¿Por qué emigraba la gente, para escapar a la mala situación de sus países o para intentar conseguir una mejor en el extranjero? Sobre este problema se ha suscitado un largo e inútil debate. No hay duda de que los pobres eran más proclives a emigrar que los ricos, y que estaban más dispuestos a hacerlo si su vida tradicional se había hecho difícil o imposible. Así, en Noruega, los artesanos emigraban con más facilidad que los obreros industriales; después, cuando la navegación a vela declinó ante el surgimiento de la de vapor, emigraron los marinos, y otro tanto hicieron los pescadores cuan-

do los barcos que funcionaban con petróleo reemplazaron a los barcos de vela. Igualmente está bastante poco claro que en este período, cuando la idea de arrancar viejas raíces era todavía algo extraño y terrorífico para la mayor parte de las personas, se necesitaba algún tipo de catástrofe que los empujase a lo desconocido. Un obrero agrícola de Kent escribió desde Nueva Zelanda para agradecer a los granjeros de su región que a raíz de un *lock-out* le hubiesen expulsado del sindicato de trabajadores agrícolas, ya que se encontraba fuera mejor que mejor: de otra forma, jamás hubiera pensado en marcharse.

No obstante, ya que la emigración en masa llegó a formar parte de la experiencia común de la gente, y cada niño del condado de Kildare tenía algún primo, tío o hermano en Australia o en Estados Unidos, el desarraigo se convirtió en una elección habitual —y no necesariamente irreversible—, basada en un abanico de perspectivas, y no simplemente en algo impuesto por la fuerza del destino. La migración crecía si se sabía que se había hallado oro en Australia, o que abundaban los empleos bien pagados en Estados Unidos. Por el contrario, decayó, después de 1873, cuando la economía estadounidense sufrió una fuerte depresión. A pesar de todo, no hay ninguna duda de que la primera oleada migratoria del período que estudiamos (1845-1854) se debió, principalmente, a una huida del hambre o de la presión de la población sobre la tierra, fenómeno que se dio, sobre todo, en Irlanda y Alemania, países que proporcionaron el 80 por 100 de la migración transatlántica en estos años.

Asimismo, la migración no era necesariamente permanente. Algunos emigrantes, cuyo número no podemos calcular, soñaban con hacer fortuna en el extranjero, y volver ricos y respetados a sus pueblos natales. Realmente así lo hicieron en una proporción considerable —entre el 30 y el 40 por 100—, aunque lo más frecuente es que el retorno se debiese a razones opuestas, es decir, porque no les gustaba el Nuevo Mundo o porque no habían podido establecerse allí. Algunos volvían a emigrar. Como las comunicaciones habían sufrido una revolución, el mercado de fuerza de trabajo, especialmente para los individuos con alguna capacitación especial, se expandió hasta abarcar a todo el mundo industrial. Las listas de los líderes gremiales británicos del período están llenas de hombres que trabajan durante un tiempo en Estados Unidos o cualquier otro país de ultramar, como hubieran podido hacerlo en Newcastle o Barrow-in-Furness. Realmente, en esta época se hizo posible, incluso para la migración temporal y estacional de cosecheros o constructores de ferrocarriles (italianos e irlandeses), cruzar los océanos.

De hecho, el incremento masivo de la migración llevaba consigo una cantidad considerable de movimiento no permanente: temporales, estacionales o simplemente nómadas. En sí mismos, dichos movimientos no significaban nada nuevo. El segador, el jornalero vagabundo, el calderero nómada, el buhonero, el carretero y el vaquero eran individuos bastante familiares antes de la revolución industrial. Sin embargo, la rápida expansión mundial de la nueva economía estaba destinada a necesitar y, por consiguiente, a crear nuevos tipos de trabajadores de esta clase.

Se considera que el símbolo de esta expansión es el ferrocarril, cuyos empresarios recorrieron el mundo, y con ellos fueron los cuadros de capataces, los obreros especializados y los trabajadores más selectos (en su mayor parte británicos e irlandeses). En ocasiones se establecían en algún país extranjero para siempre, convirtiéndose sus hijos en los angloargentinos de la futura generacion,* y en ocasiones se trasladaban de país en país, como hacen en nuestros días los mucho menos numerosos petroleros. Puesto que la construcción de ferrocarriles era un fenómeno mundial, no había por qué contar seriamente con una fuerza de trabajo local, sino que se desarrolló un cuerpo de trabajadores nómadas (llamados en Gran Bretaña «navvies» [braceros], como los que aún caracterizan las grandes construcciones en todo el mundo). En la mayoría de los países industriales, estos hombres fueron reclutados entre los individuos marginados y sin ocupación, dispuestos a trabajar diligentemente, en malas condiciones, a cambio de un salario y a beberse o a jugarse su paga con igual diligencia, sin pensar para nada en el futuro. Pues, de igual forma que para los marinos (que se les parecían mucho) siempre había otro barco, para estos obreros móviles siempre había alguna otra gran obra en construcción cuando terminaran la que estaban realizando. En las fronteras de la industria, estos hombres libres ofendían lo que había de respetable en todas las clases, eran los héroes de un folklore de masculinidad extraoficial, jugaban el mismo papel que los marinos, los mineros y los buscadores de oro de las tierras fronterizas, aunque ganaban más que los primeros y carecían de la esperanza de enriquecerse de los últimos.

En las sociedades agrarias más tradicionales, estos obreros móviles constituyeron un puente importante entre la vida rural y la industrial. Organizados en ordenados grupos o cuadrillas, según el ejemplo de los cosecheros estacionales, dirigidos por un jefe elegido que negociaba las condiciones y repartía el producto de la contrata, los campesinos pobres italianos, croatas o irlandeses cruzaban continentes e incluso océanos a fin de proporcionar mano de obra a los constructores de ciudades, fábricas o ferrocarriles. Dichas migraciones tuvieron lugar en las llanuras húngaras desde la década de 1850. Los individuos menos organizados solían ofenderse por la mayor eficiencia y disciplina (o docilidad) de estos campesinos, así como por su disposición para trabajar por jornales más bajos.

Sin embargo, esto no es suficiente para atraer la atención hacia el crecimiento de lo que Marx llamó la «caballería ligera» del capitalismo, sin observar, al mismo tiempo, una distinción significativa en el seno de los países desarrollados; o con más precisión, entre el Viejo y el Nuevo Mundo. La expansión económica originó, en todas partes, una «frontera». En cierto sentido, una comunidad minera como Gelsenkirchen (en Alemania), que pasó de 3.500 habitantes a casi 96.000 en apenas media generación (1858-1895), era un

* Los ferrocarriles indios tendieron a estar dirigidos, en su mayor parte, por euroasiáticos, hijos de mujeres locales y trabajadores británicos, que fueron menos reacios al mestizaje que las clases media y alta.

«Nuevo Mundo» comparable a los centros industriales de Buenos Aires o Pennsylvania. Pero, en conjunto, en el Viejo Mundo la necesidad de población móvil fue cubierta con la creación de una población flotante no permanente y relativamente modesta, excepto en los grandes puertos y, por decirlo así, en los centros tradicionales de población industriosa y «holgazana», como las grandes ciudades. Quizá esto se debiese a que sus miembros disponían de algún tipo de comunidad perteneciente a una sociedad estructurada, o al menos podían echar raíces con rapidez en ella. Dichos grupos de individuos sinceramente libres y móviles, hicieron sentir su presencia como grupo, o al menos fueron más «visibles», en aquellas regiones menos pobladas, en las fronteras de las colonias ultramarinas o más allá de las mismas, allí donde se necesitaban grupos de obreros capacitados. El Viejo Mundo estaba lleno de pastores y conductores de ganado, pero ninguno de ellos atrajo tanto la atención como los *cowboys* norteamericanos del período que estudiamos, aunque sus equivalentes australianos, los ovejeros itinerantes y otros obreros rurales de la región, también originaron un fuerte mito local.

II

La forma de viajar típica del pobre fue la migración. Para la clase media y los ricos fue cada vez en mayor medida el turismo, producto principalmente del ferrocarril, el barco de vapor y el nuevo alcance y velocidad de las comunicaciones postales (en la medida en que una invención del período que estudiamos, la tarjeta postal, sigue siendo una parte esencial del mismo). El correo fue sistematizado internacionalmente gracias al establecimiento de la Unión Postal Internacional, en 1869. Los pobres de las ciudades viajaban por necesidad, pero rara vez por placer, excepto a pie —las autobiografías de los artesanos victorianos que progresaban por su propio esfuerzo están llenas de titánicos paseos por el campo—, y por cortos períodos. Los pobres del campo tampoco viajaban por placer, pero combinaban la diversión con los negocios, en mercados y ferias. La aristocracia viajaba mucho con fines no utilitarios, pero en forma que nada tenía que ver con el turismo moderno. Las familias nobles, en determinadas épocas, iban y venían de su casa en la ciudad a su residencia en el campo, con un séquito de sirvientes y equipajes, semejante a un pequeño ejército. (Por cierto, el padre del príncipe Kropotkin dictaba a su esposa y sirvientes verdaderas órdenes de marcha, al estilo militar.) También podían establecerse, por algún tiempo, en algún centro apropiado para la vida social, como aquella familia latinoamericana que, como recoge la *Guide de Paris* de 1867, llegó con 18 furgones de equipaje. El tradicional Grand Tour de los jóvenes nobles aún no tenía en común con el turismo de la era capitalista el Grand Hotel; en parte ello se debía a que esta institución no se había desarrollado aún —en sus primeros momentos lo hizo en conexión con el ferrocarril—, y en parte a que los nobles apenas se dignaban detenerse en las posadas.

El capitalismo industrial dio origen a dos modalidades del viaje de placer: el turismo y las vacaciones de verano para la burguesía, y las excursiones motorizadas para las masas, en países como Gran Bretaña. Ambas formas fueron el resultado directo de la aplicación del vapor al transporte, ya que, por primera vez en la historia, hizo factibles los viajes regulares y seguros para gran número de personas y equipajes, por cualquier clase de terreno y por mar. A diferencia de las diligencias, que podían ser asaltadas con facilidad por bandidos en las regiones más apartadas, los ferrocarriles fueron inmunes desde el principio —excepto en el Oeste norteamericano—, incluso en zonas notoriamente peligrosas como España y los Balcanes.

Las excursiones populares, si exceptuamos las realizadas en vehículos de vapor, fueron fruto de la década de 1850 —o para ser más precisos, de la Gran Exposición de 1851, que atrajo a Londres un gran número de visitantes a contemplar sus maravillas—; este movimiento estuvo estimulado por los ferrocarriles con precios protegidos, y organizado por los miembros de innumerables sociedades, grupúsculos y comunidades locales. El mismo Thomas Cook, cuyo nombre se convertiría en el apodo del turismo organizado en los siguiente veinticinco años, había iniciado su carrera organizando este tipo de giras y, en 1851, las había transformado ya en un gran negocio. Cada una de las numerosas exposiciones internacionales (véase el capítulo 2) atrajeron un ejército de visitantes, y la reconstrucción de las capitales animó a los provincianos a comprobar sus monumentos. No es necesario añadir mucho más sobre el turismo de masas en este período: éste continuó basándose en cortos viajes, con frecuencia bastante agitados si se los compara con los actuales, que trajeron consigo una floreciente industria menor, la de los *souvenirs*. Por regla general, los ferrocarriles, al menos en Gran Bretaña, se tomaron muy poco interés por la tercera clase, aunque el gobierno los obligó a establecerla, al menos en una mínima escala en los trenes. Sólo a partir de 1872 comenzaron las grandes multitudes a proporcionar a los trenes británicos al menos el 50 por 100 de sus ingresos. Realmente, al aumentar el tráfico regular en tercera clase, perdieron importancia los viajes en trenes especiales.

Sin embargo, la clase media viajaba de manera más seria. Probablemente en términos cuantitativos los viajes más importantes de esta clase fuesen las vacaciones familiares del verano o (para los ricos y «sobrealimentados») la cura anual en algún balneario. El tercer cuarto del siglo XIX presenció un notable desarrollo de tales lugares: en las costas británicas y en las montañas del continente europeo. (Aunque Biarritz ya estaba muy de moda en la década de 1860, gracias a la protección de Napoleón III, y los pintores impresionistas mostraban un visible interés por las playas normandas, la burguesía continental no estaba todavía hecha al agua salada y a la luz solar.) Hacia mediados de la década de 1860 el auge de las vacaciones de la clase media estaba transformando ciertas zonas de la costa británica, mediante paseos junto al mar, embarcaderos y otras mejoras, que permitían a los propietarios de los terrenos obtener beneficios insospechados de las hasta entonces improductivas escolleras y playas. Fue un fenómeno típico de la clase media y

clase media baja. En conjunto, el veraneo de los obreros a la orilla del mar no alcanzó importancia hasta la década de 1880, y la nobleza y la clase media acomodada difícilmente considerarían la estancia en Bournemouth (donde se encontró a sí mismo el poeta francés Verlain) o a Ventnor (donde tomaban el aire Turgueniev y Karl Marx) como actividad veraniega satisfactoria. Los balnearios del resto de Europa eran más elegantes (los ingleses apenas merecían tal calificativo), y, por consiguiente, proporcionaban hoteles lujosos y los entretenimientos para una clientela de esta clase, como, por ejemplo, casinos de juego y burdeles de categoría. Vichy, Spa, Baden-Baden, Aix-les-Bains y, sobre todo, los grandes balnearios internacionales de la monarquía de los Habsburgo, como Gastein, Marienbad, Karlsbad, etc., representaron para la Europa del siglo XIX lo que Bath para la Inglaterra del XVIII: es decir, elegantes reuniones justificadas por la excusa de beber alguna clase de desagradable agua mineral, o por la inmersión en algún tipo de líquido bajo el control de un benevolente dictador médico.* Con todo, las afecciones hepáticas resultaron ser grandes niveladoras, y las aguas minerales atrajeron cierto número de ricos no aristócratas y de profesionales de clase media, cuya tendencia a comer y beber demasiado se había visto reforzada por la prosperidad. Después de todo, el doctor Kugelmann recomendó Karlsbad a un miembro de la clase media tan poco representativo como Karl Marx, que se registró cuidadosamente como «un hombre con medios propios», para evitar su identificación, hasta que descubrió que como doctor Marx podía ahorrar algunas de las excesivas *kurtaxe*.[16] Hacia la década de 1840, muy pocos lugares de este tipo habían emergido de la simplicidad rural. Y en fecha tan tardía como en 1859, la *Murray's Guide* describía Marienbad como «relativamente moderno» y resaltaba que Gastein sólo tenía doscientas habitaciones. Pero en la década de 1860 se encontraba en todo su apogeo.

Tanto el *Sommerfrische* como el *Kurort* eran para la burguesía típica; la Francia y la Italia tradicionales aún hoy confirman que la *liverishness* anual era una institución burguesa. Para los individuos delicados de salud, lo más indicado era la luz del sol suave, es decir, los inviernos en el Mediterráneo. La Costa Azul había sido descubierta por lord Brougham, el político radical cuya estatua aún preside Cannes y, aunque la nobleza y la alta burguesía rusa se convirtieron en sus clientes más lucrativos, el nombre de «Promenade des Anglais», del paseo de Niza, todavía indica quién abrió esta nueva frontera de ocio acaudalado. Montecarlo edificó su Hôtel de Paris en 1866. Tras la apertura del canal de Suez y, especialmente, tras la construcción del ferrocarril junto al Nilo, Egipto se convirtió en el lugar preferido para aquellos a los que su salud prohibía los húmedos otoños e inviernos del norte, todo ello combinado con las ventajas del clima, el exotismo, los monumentos de las

* Su estatus es claro si analizamos su papel en la diplomacia del período. Napoleón se reunió con Bismarck en Biarritz y con Cavour en Plombières, y se llevó a cabo un verdadero pacto en Gastein: los preliminares de numerosas conferencias diplomáticas tuvieron lugar a la orilla de algún lago o *riviera*, en el medio siglo que va de 1890 a 1940.

culturas antiguas y la dominación europea (que aún no se había establecido formalmente). El infatigable Baedeker publicó su primera guía sobre este país en 1877.

Ir al Mediterráneo en verano, a no ser en busca de arte y arquitectura, se consideró una locura hasta bien entrado el siglo XX, que es la era del nuevo culto al sol y a las pieles bronceadas. Sólo algunos pocos lugares, como la bahía de Nápoles y Capri, ya consagrados gracias a la protección de la emperatriz rusa, eran considerados tolerables en la estación cálida. La modestia de los precios locales, en la década de 1870, indica que el turismo se hallaba en una etapa primitiva. Por supuesto, los norteamericanos ricos, sanos o enfermos —o mejor dicho, sus esposas e hijas—, dirigían sus pasos a los centros de la cultura europea, aunque a finales del período los millonarios ya habían comenzado a establecer sus normas para las residencias veraniegas en Xanadus hechas de encargo, a lo largo de las ásperas costas de Nueva Inglaterra. Los ricos, en los países cálidos, se dirigieron hacia las montañas.

Sin embargo, debemos comenzar a distinguir dos tipos de vacaciones: la estancia prolongada (en invierno o verano) y el *tour*, que llegó a ser increíblemente práctico y rápido. Como siempre, el principal atractivo lo constituían los paisajes románticos y los monumentos antiguos, pero hacia 1860 los británicos (pioneros como siempre) exportaban su pasión por el ejercicio físico a las montañas suizas, donde más tarde instituyeron el esquí como deporte invernal. El Club Alpino se fundó en 1858 y Edward Whymper escaló el Matterhorn en 1865. Por razones no demasiado claras, estas deportivas actividades, rodeadas de inspiradores paisajes, atraían especialmente a los intelectuales y profesionales anglosajones de inclinaciones liberales (quizá tenga algo que ver con ello la estrecha compañía de fuertes y apuestos guías nativos), por lo que el montañismo implicó largos paseos campestres como actividad característica de los académicos de Cambridge, de los altos funcionarios, maestros, filósofos y economistas, para asombro de los intelectuales latinos y, en menor medida, de los germanos. Por lo que respecta a los viajeros menos activos, veían guiados sus pasos por Thomas Cook y las voluminosas guías del período, siendo eclipsadas las primeras *Murray's Guides* por aquellas biblias del turista que eran las *Baedekers* alemanas, ahora publicadas en varias lenguas.

Estos *tours* no eran baratos. A principios de la década 1870 un recorrido de seis semanas, para dos personas, partiendo de Londres, y pasando por Bélgica, el valle del Rin, Suiza y Francia —itinerario que quizá siga siendo el más común turísticamente hablando—, costaba unas 85 libras o, aproximadamente, el 20 por 100 de los ingresos de un hombre que ganase 8 libras a la semana, una suma suficiente para mantener respetablemente al servicio doméstico.[17] Dicha suma podía cubrir más de los tres cuartos del ingreso anual de un obrero especializado británico. Es evidente que el turista en el que pensaban las compañías de ferrocarriles, los hoteles y las guías, pertenecía a la clase media acomodada. Eran los hombres y mujeres que, sin duda, se lamentaban de que en Niza el costo de las casas desamuebladas se había incrementado, en-

tre 1858 y 1876, de 64 libras a 100 libras por año, y que las sirvientas habían subido de 8-10 libras a unas 24-30 libras al año, suma verdaderamente vergonzosa.[18] Pero estas eran también las personas que, con toda seguridad, podían pagar dichos precios.

Así pues, ¿podemos afirmar que el mundo de la década de 1870 estaba absolutamente dominado por la emigración, los viajes y la corriente demográfica? Es fácil olvidar que la mayoría de los habitantes de la Tierra seguían viviendo y muriendo donde habían nacido, o más concretamente, que sus movimientos no eran mayores, ni diferentes de lo que habían sido antes de la revolución industrial. Realmente, eran más los que no salían de su lugar de origen, como los franceses (el 88 por 100 de los cuales vivía en el departamento donde había nacido; en el departamento de Lot, el 97 por 100 vivía en la parroquia natal), que los que salían y emigraban.[19] Y, sin embargo, las personas fueron liberándose, gradualmente, de sus amarras, llegaron a vivir y ver cosas que sus padres jamás habían visto ni hecho y que incluso ellos difícilmente habrían imaginado. A finales del período que estudiamos, los emigrantes formaban una mayoría importante, no sólo en países como Australia y en ciudades como Nueva York y Chicago, sino en Estocolmo, Cristianía (la actual Oslo), Budapest, Berlín y Roma (entre el 55 y el 60 por 100), en París y en Viena (aproximadamente el 65 por 100).[20] Las ciudades y las nuevas zonas industriales fueron, de una forma general, los polos de atracción de los emigrantes. ¿Qué clase de vida les esperaba?

12. CIUDAD, INDUSTRIA Y CLASE OBRERA

> Ahora incluso cuecen nuestro pan de cada día
> con el vapor y con la turbina
> y muy pronto charlaremos
> con ayuda de una máquina.
>
> En Trautenau tienen dos cementerios
> para los pobres y para los ricos;
> ni siquiera en la tumba
> es igual el pobre diablo.
>
> Poema aparecido en *Trautenau Wochenblatt*, 1869[1]

> Antiguamente, si alguien llamaba «obrero» a un artesano jornalero, había una pelea segura ... Pero ahora les han dicho a los jornaleros que los obreros son la primera jerarquía del estado, y todos insisten en querer ser obreros.
>
> M. MAY, 1848[2]

> El problema de la pobreza es como el de la muerte, la enfermedad, el invierno o el de cualquier fenómeno natural. No sé cómo puede ponérsele fin.
>
> WILLIAM MAKEPEACE THACKERAY, 1848[3]

I

Decir que nuevos emigrantes y nuevas generaciones surgían en un mundo de industria y tecnología es obvio, pero no muy ilustrativo. ¿De qué clase de mundo se trataba?

En primer lugar, no se trataba tanto de un mundo consistente en fábricas, patronos y proletarios, como de un mundo transformado por el enorme progreso de su sector industrial. Sin embargo, a pesar de los sorprendentes cambios originados por la difusión de la industria y por la urbanización, en sí mismos estos fenómenos no dan la medida del impacto del capitalismo.

En 1866, Reichenberg (Liberec), centro textil de Bohemia, obtenía todavía la mitad de su producción total de los telares artesanos, en su mayor parte dependientes de unas pocas fábricas de gran tamaño. Sin duda estaban menos adelantados en su organización industrial que Lancashire, donde los últimos tejedores manuales que quedaban fueron absorbidos por otros empleos en la década de 1850, pero también sería falso decir que no estaban industrializados. En el período álgido del auge del azúcar, a principios de 1870, fueron empleados no más de 40.000 trabajadores en las factorías azucareras checas. Pero esto es lo menos significativo a la hora de explicar el impacto de la nueva industria azucarera, que el hecho de que la extensión de terreno dedicado a la remolacha azucarera, en el campo bohemio, aumentara más de veinte veces entre 1853-1854 (4.800 hectáreas) y 1872-1873 (123.800 hectáreas).[4] Que, en Gran Bretaña, el número de pasajeros de ferrocarril se duplicase entre 1848 y 1854 —pasando de unos 58 millones a unos 108—, mientras que los ingresos de las compañías debido al tráfico de fletes aumentase casi dos veces y media, es más significativo que el exacto porcentaje de los bienes industriales o de los viajes de negocios, encubiertos por dichas cifras.

Sin embargo, tanto el trabajo industrial, en su estructura y contexto característicos, como la urbanización —la vida en las ciudades de rápido crecimiento— fueron, con certeza, las manifestaciones más dramáticas de la nueva vida; nueva porque incluso la continuidad de algunas ocupaciones regionales o ciudadanas ocultaban cambios trascendentales. Pocos años antes de finalizar el período que estudiamos (1887), el profesor alemán Ferdinand Toennies formulaba la distinción existente entre *Gemeinschaft* (comunidad) y *Gesellschaft* (sociedad de individuos), conceptos que son ahora familiares a cualquier estudiante de sociología. Esta distinción es semejante a otras hechas por autores contemporáneos entre los que en lenguaje vulgar se llamarían posteriormente sociedades «tradicionales» y «modernas» —por ejemplo, la fórmula de sir Henry Maine resumiendo el progreso de la sociedad como el paso «del estatus al contrato». Sin embargo, la cuestión fundamental es que Toennies no basaba su análisis en la diferencia existente entre comunidad campesina y sociedad urbana, sino entre la ciudad tradicional y la ciudad capitalista, «esencialmente ciudad comercial y, en la medida en que el comercio domina su fuerza de trabajo productiva, ciudad fabril».[5] Este nuevo medio y su estructura son el sujeto del presente capítulo.

La ciudad era, realmente, el símbolo externo más llamativo del mundo industrial, después del ferrocarril. La urbanización se incrementó con rapidez después de 1850. En la primera mitad del siglo, sólo Gran Bretaña tenía una tasa anual de urbanización de más de 0,20 puntos,* aunque casi fue igualada por Bélgica. Pero entre 1850 y 1890 incluso Austria-Hungría, Noruega e Irlanda se urbanizaron a este ritmo; Bélgica y Estados Unidos lo hicieron entre un 0,30 y un 0,40; Prusia, Australia y Argentina, entre un 0,40 y un 0,50;

* Esto representa el punto de inflexión del porcentaje en el nivel de población urbana entre el primer y último censo del período, dividido por el número de años.[6]

Inglaterra y Gales (que se mantuvieron todavía levemente en cabeza) y Sajonia con cerca de un 0,50 al año. Afirmar que la concentración urbana en las ciudades fue el «fenómeno social más importante del presente siglo»,[7] sería constatar algo evidente. Según nuestros patrones actuales esta concentración era todavía modesta —a finales de siglo apenas una docena de países habían alcanzado la tasa de concentración urbana de Inglaterra y Gales en 1801. Aunque a partir de 1850 la alcanzaron, excepto Escocia y los Países Bajos.

La típica sociedad industrial de este período era aún una ciudad de tamaño medio, incluso con arreglo a los patrones contemporáneos, aunque se dio el caso, en la Europa central y oriental, de que algunas capitales (que tendían a ser muy grandes) se convirtiesen también en los principales centros manufactureros, por ejemplo, Berlín, Viena y San Petersburgo. En 1871 Oldham tenía 83.000 habitantes, Barmen 75.000, Roubaix, 65.000. Realmente, las antiguas ciudades preindustriales más famosas no solían atraer los nuevos modos de producción, por lo que las nuevas regiones industriales típicas asumieron, generalmente, la forma de una especie de crecimiento convergente de pueblos aislados que se convertían en ciudades pequeñas, y luego se transformaban en otras mayores. No eran aún las vastas zonas ininterrumpidamente edificadas del siglo XX, aunque las chimeneas de las fábricas, que con frecuencia se extendían a lo largo de las cuencas de los ríos, los apartaderos del ferrocarril, la monotonía de los ladrillos descoloridos y el sudario de humo que se cernía sobre todo ello, les confería una cierta coherencia. Todavía no eran muchos los habitantes de las ciudades que se hallaban a una distancia del campo mayor de la que podían cubrir caminando. Hasta la década de 1870 las mayores ciudades industriales de Alemania occidental, como Colonia y Düsseldorf, se llenaron de campesinos provenientes de la región circundante, que llevaban sus artículos al mercado semanal.[8] En cierto sentido, el choque producido por la industrialización residía, precisamente, en el brutal contraste entre los poblados, negros, monótonos, atestados y torturados, y las coloristas granjas y colinas que los rodeaban; así Sheffield era descrita como «ruidosa, humeante, aborrecible [pero] ... rodeada por todas partes por uno de los paisajes más encantadores que puedan encontrarse en el planeta».[9]

Esto es lo que permitió, aunque cada vez en menor medida, que los trabajadores de las zonas recientemente industrializadas siguieran siendo medio agricultores. Hasta después de 1900 los mineros belgas, en la estación adecuada, dedicaban algún tiempo a cuidar de sus campos de patatas (y si era necesario llegaban a hacer una «huelga de la patata» anual). Incluso en el norte de Inglaterra los parados de la ciudad podían volver fácilmente a trabajar en las granjas cercanas durante el verano: en 1859, los tejedores en huelga de Padiham (Lancashire) se ayudaron preparando heno.[10]

La gran ciudad —en este período se consideraba como tal toda población de más de 200.000 habitantes, incluyendo las ciudades metropolitanas que

superaban el medio millón—* no era tanto un centro industrial (aunque podía contar con un buen número de fábricas), como un centro de comercio, de transporte, de administración y de la multiplicidad de servicios que trae consigo una gran concentración de habitantes y que a su vez sirve para engrosar su número. Realmente, la mayoría de sus habitantes eran obreros de un tipo u otro, incluyendo gran número de criados: oficio al que pertenecían uno de cada cinco londinenses (1851), aunque, sorprendentemente, esto ocurría en proporción considerablemente menor en París.[12] Aun así, su tamaño garantizaba que en ellas también vivía un gran número de personas pertenecientes a la clase media y clase media baja, en proporción sustancial: es decir, constituían entre el 20 y el 23 por 100 de la población de Londres y París.

Estas ciudades crecieron con extraordinaria rapidez. Viena pasó de unos 400.000 habitantes en 1846 a 700.000 en 1880; Berlín pasó de 378.000 (1849) a casi un millón en 1875; París, de 1.000.000 a 1.900.000; Londres, de 2.500.000 a 3.900.000, entre 1851 y 1881, aunque estas cifras palidecían frente a algunas de ultramar: concretamente las de Chicago y Melbourne. Pero el aspecto, la imagen y la estructura mismos de la ciudad cambiaron, debido tanto a la presión de nuevos edificios y planificaciones decididos por razones políticas (especialmente en París y Viena), como a la empresa hambrienta de beneficios. A nadie le gustaba la presencia de los pobres en la ciudad, que eran la mayoría de la población, aunque reconocían su lamentable indigencia.

Para los proyectistas urbanos los pobres eran un peligro público, por lo que dividieron sus concentraciones potencialmente sediciosas mediante avenidas y bulevares que pudiesen conducir a los habitantes de los multitudinarios barrios populares, que estaban renovando, a emplazamientos algo indeterminados, pero probablemente más salubres y, sin duda, menos peligrosos. Este fue también el punto de vista propagado por las compañías de ferrocarriles, que llevaban extensas redes de líneas y apartaderos hasta el centro de las ciudades, preferiblemente a través de los suburbios, donde los costes de los bienes raíces eran más bajos y las protestas casi insignificantes. Para los constructores y urbanizadores los pobres constituían un mercado improductivo, en comparación con las abundantes ganancias provenientes de los nuevos distritos de negocios o barrios comerciales y de las sólidas casas de apartamentos de la clase media, o de los barrios periféricos en crecimiento. Cuando los pobres no se apiñaban en los antiguos distritos del centro abandonados por las clases superiores, sus domicilios eran edificados por pequeños constructores especuladores, con frecuencia con una capacitación algo mayor que la de los

* A mediados de la década de 1870, se cree que existían cuatro ciudades de un millón o más de habitantes, y todas en Europa (Londres, París, Berlín, Viena), seis de más de medio millón (San Petersburgo, Constantinopla, Moscú, Glasgow, Liverpool, Manchester) y veinticinco de unos 200.000 habitantes. De éstas, cinco se encontraban en el Reino Unido, cuatro en Alemania, cuatro en Italia, tres en Francia, dos en España, y una, respectivamente, en Dinamarca, Hungría, Holanda, Bélgica, Rusia, Polonia, Rumania y Portugal. Cuarenta y una ciudades más de 100 000 habitantes, nueve de las cuales estaban en el Reino Unido y ocho en Alemania.[11]

simples artesanos, o por constructores especializados en dichos endebles y rebosantes bloques, expresivamente denominados en Alemania «cuarteles de alquiler» (*Mietskasernen*). De las casas edificadas en Glasgow entre 1866 y 1874, tres cuartos se componían de una o dos habitaciones, que estuvieron superpobladas en poco tiempo.

Quien habla de las ciudades de mediados del siglo XIX, habla de «amontonamiento» y «barrio bajo», y cuanto más rápidamente crecía la ciudad, su hacinamiento aumentaba paralelamente. A pesar de la reforma sanitaria y de una cierta planificación, el hacinamiento urbano se incrementó, probablemente, durante este período y allí donde no se había deteriorado realmente, no mejoraron ni la salud ni las tasas de mortalidad. La principal, sorprendente y en lo sucesivo continua mejora de dichas condiciones no comenzó hasta finales del período que estudiamos. Las ciudades seguían devorando a su población, aunque las británicas, que eran las más antiguas de la era industrial, estaban próximas a poder reproducirse, es decir, a crecer sin la constante y masiva transfusión de sangre de la inmigración.

Las construcciones destinadas a abastecer las necesidades de los pobres difícilmente podían haber duplicado el número de los arquitectos londinenses en veinte años (de unos 1.000 a unos 2.000, y en la década de 1830, probablemente no llegasen a 100), aunque la construcción y el arrendamiento de propiedades en los barrios bajos podía ser un negocio muy lucrativo, a juzgar por los beneficios por pie cúbico, derivados de un espacio a bajo costo.[13] Realmente, la expansión de la arquitectura y el desarrollo de la propiedad fue tan grande precisamente porque nada desviaba el flujo de capital de lo que *The Builder* llamaba «la mitad del mundo en busca de inversión» a «la otra media que continuamente estaba en busca de residencias familiares agradables»,[14] proporcionando viviendas a los pobres de la ciudad, que, evidentemente, no pertenecían en absoluto a su mundo. El tercer cuarto del siglo XIX fue, para la burguesía, la primera era mundial de expansión de las propiedades raíces urbanas y del auge de la construcción. Su historia, en lo referente a París, ha sido escrita por el novelista Zola. Eran dignos de verse cómo los edificios, situados en zonas caras, aumentaban constantemente el número de pisos, con la consiguiente aparición del «ascensor» o «elevador», y en la década de 1880, la construcción del primer «rascacielos» en Estados Unidos. Pero vale la pena recordar que cuando los negocios de Manhattan comenzaban a tocar el cielo, el Lower East neoyorkino era, probablemente, la zona de barrios bajos más superpoblada del mundo occidental, con unos 520 habitantes por acre. Nadie les construía rascacielos... quizá por suerte para ellos.

Paradójicamente, cuantos más recursos desviaba la clase media, creciente y floreciente, hacia sus propios albergues, sus oficinas y sus grandes almacenes, tan característicos de esta era del desarrollo, y sus edificios de prestigio, tantos menos iban destinados, en relación, a los barrios obreros, excepto en su forma más general de gastos públicos: calles, saneamiento, alumbrado y servicios públicos. La única modalidad de empresa privada (incluida la construcción) que iba dirigida primordialmente al mercado de masas, aparte de los

mercados y pequeñas tiendas, era la taberna —que llegó a ser el primoroso *gin-palace* (palacio de la ginebra) británico de las décadas de 1860 y 1870— y sus derivados el teatro y el *music-hall*. Pues a medida que la gente se fue haciendo más urbana, las antiguas costumbres y modos de vida que habían llevado consigo desde el campo o la ciudad preindustrial resultaron irrelevantes o impracticables.

II

La gran ciudad era un prodigio, aunque contenía, únicamente, una minoría de la población. La gran empresa industrial era todavía menos significativa. Realmente, con respecto a los patrones modernos el tamaño de dichas empresas no era demasiado impresionante, aunque tendía a crecer. Hacia 1850, en Gran Bretaña, una factoría de 300 trabajadores podía considerarse muy grande, e incluso en 1871 las empresas algodoneras inglesas empleaban 180 personas por término medio, y las que fabricaban maquinaria sólo 85.[15] Evidentemente, la industria pesada, tan característica del período que estudiamos, tenía mucha más importancia, y tendía a promover concentraciones de capital que controlaban ciudades e incluso regiones enteras, y de modo poco usual movilizaban varios ejércitos de trabajadores bajo su autoridad.

Las compañías de ferrocarriles eran empresas desmesuradamente grandes, tanto cuando construían y administraban en condiciones de libre demanda competitiva como cuando no era así, caso este último menos frecuente. A finales de la década de 1860, más o menos en la época en que el sistema británico de ferrocarriles se estabilizó, cada metro de vía existente entre la frontera escocesa, los montes Peninos, el mar y el río Humber estaba controlado por el ferrocarril del noroeste. En aquel entonces, las minas de carbón eran explotadas aún, en gran medida, por particulares y solían ser de pequeño tamaño, aunque la magnitud de los grandes desastres mineros fortuitos da alguna idea de la escala a la que operaban: 145 muertos en Risca, en 1860; 178, en Ferndale (también en el sur de Gales), en 1875; 140, en Swaithe (Yorkshire), y 110, en Mons (Bélgica), en 1875, y 200, en High Blantyre (Escocia), en 1877. Aun así, cada vez con mayor frecuencia, especialmente en Alemania, la combinación vertical y horizontal produjo esos imperios industriales que controlaban las vidas de cientos de personas. El complejo conocido desde 1873 como Gutehoffnungshütte A. G., no era, en absoluto, el mayor del Rur, pero para entonces sus actividades cubrían desde la fundición del hierro a la cantería y la minería del hierro y del carbón —producía prácticamente la totalidad de las 215.000 toneladas de hierro y la mitad de las 415.000 toneladas de carbón que necesitaba—; además había diversificado sus actividades con el transporte, el laminado y la construcción de puentes, barcos y de gran variedad de maquinaria.[16] No es de extrañar que las fábricas Krupp, de Essen, pasasen de 72 obreros en 1848 a casi 12.000 en 1873, o que la Schneider francesa pasase a tener 12.500 obreros en 1870, y que la

mitad de la población de Creusot trabajase en sus altos hornos, laminadoras, martillos pilones y talleres de ingeniería.[17] La industria pesada no originó a la región industrial en la misma medida que la compañía originó a la ciudad, en la que el futuro de hombres y mujeres dependía de la fortuna y benevolencia de un solo patrón, respaldado por la fuerza del derecho y el poder del estado, que consideraban la autoridad de aquél como algo necesario y beneficioso.*

En cuanto a la pequeña y gran empresa, el «patrón» era quien la dirigía, con preferencia a la impersonal autoridad de la «compañía», e incluso la compañía se identificaba con un hombre más que con un consejo directivo. Para la mayor parte de las personas, y así era en realidad, el capitalismo era sinónimo de un hombre o de una familia que dirigía sus propios negocios. Sin embargo, este mero hecho suscitaba dos serios problemas para la estructura de la empresa. Atañían a la obtención de capital y a su dirección.

De forma general la empresa característica de la primera mitad del siglo había sido financiada privadamente —por ejemplo, con el capital familiar— y se había expandido mediante la reinversión de los beneficios, aunque ello significase que, con la mayoría del capital así asegurado, la empresa contaba con un crédito aceptable en sus operaciones en curso. Pero la creciente magnitud y el costo de tales empresas, como las ferroviarias, metalúrgicas y otras actividades costosas, requerían fuertes desembolsos iniciales, por lo que su creación se hacía cada vez más difícil, en especial, en los países de industrialización reciente y faltos de grandes concentraciones de capital privado para inversiones. Es cierto que en algunos países dichas reservas de capital ya estaban disponibles y eran lo suficientemente amplias, no sólo para cubrir sus propias necesidades, sino para ser invertidas en otros sectores de la economía mundial (a cambio de una tasa de interés satisfactoria). En este período los británicos invirtieron en el extranjero como nunca lo habían hecho antes o, en términos relativos, según algunos, fue a partir de este momento cuando comenzaron a hacerlo así. También actuaron de esta forma los franceses, probablemente a costa, al menos teóricamente, de sus propias industrias, que crecieron bastante más lentamente que las de sus rivales. Pero incluso en Gran Bretaña y Francia se crearían nuevas formas de movilizar dichos fondos, de canalizarlos hacia las empresas que lo necesitaban, y de constituir capitales sociales en vez de empresas de financiación privada.

Por consiguiente, el tercer cuarto de siglo fue un período fértil para la experimentación en la movilización del capital destinado al desarrollo industrial. Con la notable excepción de Gran Bretaña, la mayoría de estas operaciones implicaron, de una forma u otra, a los bancos, bien directamente o

* El artículo 414 del Código Penal francés, modificado en 1864, convirtió en delito el intento, la realización y la prosecución de un paro del trabajo colectivo con el propósito de elevar o bajar los salarios, o interferir de cualquier otra forma en el libre ejercicio de la industria o del trabajo, mediante la violencia, la amenaza o el engaño. Incluso en Italia, cuya legislación no se inspiró realmente en el Código citado, representó la actitud más general de la ley ante este problema.[18]

a través del expediente, ahora de moda, del *crédit mobilier*, una especie de compañía industrial financiera que consideraba a los bancos convencionales poco satisfactorios y desinteresados por la financiación industrial, por lo que competía con ellos. Los hermanos Pereire, aquellos dinámicos industriales inspirados por las ideas de Saint-Simon y que gozaban de un cierto respaldo de Napoleón III, desarrollaron el modelo prototípico de este expediente. Lo difundieron por toda Europa, en abierta competición con los Rothschild, sus peores rivales, a los que no complacía la idea, pero que se vieron obligados a seguir su ejemplo, y fue muy imitado, especialmente en Alemania (como ocurre tan frecuentemente en las épocas de expansión económica, cuando los financieros se sienten héroes y el dinero abunda). Los *crédits mobiliers* estuvieron de moda, al menos hasta que los Rothschild les ganaron la batalla a los Pereire y —como suele ocurrir en los períodos de expansión— algunos corredores de Bolsa fueron demasiado lejos a través de la siempre azarosa frontera que separa el optimismo en los negocios y el fraude. Sin embargo, al mismo tiempo, se estaba desarrollando una multiplicidad de experiencias con propósitos similares, especialmente los bancos de inversión o *banques d'affaires*. Y, por supuesto, la Bolsa se expandió como nunca lo había hecho, ya que ahora trataba considerablemente con las acciones de las empresas industriales y del transporte. En 1856, tan sólo la *Bourse* parisina cotizaba las acciones de 33 compañías ferroviarias y de canales, de 38 compañías mineras, 22 metalúrgicas, 11 compañías portuarias y marítimas, 7 empresas de autobuses y de transporte por carretera, 11 compañías de gas y 42 empresas clasificadas como industriales, que iban desde las textiles al hierro galvanizado y al caucho, cuyo valor se elevaba a cerca de 5,5 millones de francos-oro, es decir, algo más de un cuarto de todos los títulos negociados.[19]

¿En qué medida eran necesarias estas formas de movilizar capital? ¿En qué medida eran efectivas? A los industriales no les gustaban demasiado los financieros, y los industriales consagrados trataban de tener el menor trato posible con los banqueros. En 1869 un observador local escribió: «Lille no es una ciudad capitalista, principalmente es un gran centro industrial y comercial»,[20] donde los hombres reinvertían sus ingresos en los negocios, no bromeaban a su costa y esperaban no tener nunca que pedir prestado. A ningún industrial le gustaba colocarse a merced de los acreedores. Aun así podía tenerlos. Krupp creció tan rápidamente entre 1855 y 1866 que acabó con su capital. Hay un ejemplo histórico brillante según el cual cuanto más atrasada es una economía y cuanto más tarde inicia la industrialización, mayor es su confianza en los nuevos métodos de movilización y orientación de los ahorros a gran escala. En los países occidentales desarrollados existía cierta proporción entre los recursos privados y el mercado de capital. En Europa central, los Bancos e instituciones similares tuvieron que actuar mucho más sistemáticamente como «factores de progreso» histórico. Más al este y al sur y en ultramar, los gobiernos intervenían por sí mismos generalmente con la ayuda de las inversiones extranjeras, tanto para asegurar el capital como para demostrar que los inversores tenían garantizados los dividendos —o para que, al menos, *pensasen* que estaban garantizados—, caso este último que era el más frecuente, ya que este era el único motivo por el que movilizaban su dinero o también para emprender ciertas actividades económicas. Sea cual fuese la validez de esta teoría, no hay duda de que, en el período que estudiamos, los bancos (e instituciones similares) jugaron en Alemania, el gran país recientemente industrializado, un papel como factores de progreso mucho más importante que en el resto de Occidente. El que tuviesen algún sentido —como en el caso de los *crédits mobiliers*— o el que prestasen grandes servicios, es un problema muy poco claro. Probablemente no fuesen especialmente prácticos hasta que los grandes industriales, que entonces reconocieron la necesidad de una financiación más elaborada que la existente en los primeros tiempos, colonizaron los grandes bancos, como ocurrió, cada vez con más frecuencia, en Alemania a partir de 1870.

La organización de los negocios no resultó muy afectada por las finanzas, aunque pudieron influir en su política. El problema administrativo resultó más difícil, ya que el modelo básico de la empresa dirigida por un propietario individual o familiar, es decir, la autocracia familiar patriarcal, fue haciéndose cada vez más irrelevante en las industrias de la segunda mitad del siglo XIX. «Las órdenes mejores —recomendaba un libro alemán de 1868— son las verbales. Dejando que éstas sean dadas por el mismo empresario, que todo lo supervise y que sea omnipresente e incluso asequible, y cuyas órdenes personales se ven reforzadas por su ejemplo personal que sus empleados tienen constantemente ante los ojos.»[21] Esta advertencia, que se adaptaba a los pequeños maestros artesanos o granjeros, tenía aún algún sentido en las pequeñas oficinas de los banqueros y comerciantes de cierta importancia, y siguió siendo válida en la misma medida en que las *instrucciones* fueron un aspecto esencial de la administración en los países de reciente industrialización. Así, incluso individuos con la formación básica del obrero artesano (especialmente en el ramo del metal) debían aún aprender las especialidades propias de los obreros cualificados fabriles. La gran mayoría de los trabajadores especializados de las fábricas Krupp, y, en realidad, de todas las empresas constructoras de maquinaria alemanas, habían sido preparados para trabajar de esta forma. Únicamente en Gran Bretaña los empresarios contaban ya con una provisión de trabajadores especializados con experiencia en la industria —muchos de los cuales lo eran en realidad gracias, en gran medida, a su propio esfuerzo. El paternalismo de tantas grandes empresas europeas se debía, en cierta medida, a esta prolongada asociación de los trabajadores con la empresa, en la que, por así decirlo, crecían, y de la que dependían. Pero los años del ferrocarril, de las minas y de las acererías no esperaban siempre poder mirar paternalmente por encima del hombro a sus obreros y, sin duda, no lo hacían.

La alternativa y el complemento a las instrucciones era la autoridad. Pero ni la autocracia familiar, ni las operaciones a pequeña escala de la industria artesanal y de los negocios mercantiles proporcionaban dirección alguna a las organizaciones capitalistas verdaderamente extensas. Así, paradójicamente, la

empresa privada en sus períodos más libres y anárquicos tuvo tendencia a recurrir a los únicos modelos válidos de dirección a gran escala, los militares y burocráticos. Las compañías ferroviarias, con su pirámide de trabajadores uniformados y disciplinados, que poseían un trabajo seguro y que, con frecuencia, gozaban de la promoción por antigüedad e incluso de pensiones, son un ejemplo extremo. El recurso a los tratamientos y títulos militares, que se daban con frecuencia entre los ejecutivos de los primeros ferrocarriles británicos y los empresarios de las grandes empresas portuarias, no se basaba en un aprecio por las jerarquías de soldados y oficiales, como ocurría en Alemania, sino por la incapacidad de la empresa privada, como tal, para inventar un tipo específico de dirección para los grandes negocios. Evidentemente, esto proporcionaba algunas ventajas desde el punto de vista organizativo. Por lo general, se solucionaba el problema de hacer que los trabajadores tuviesen en su trabajo una actitud modesta, diligente y humilde. Todo esto estaba muy bien para aquellos países donde los uniformes eran de buen tono —cosa que no ocurría en Gran Bretaña ni en Estados Unidos—, para promocionar entre los trabajadores las virtudes del soldado, entre las que se contaban, sobre todo, la de recibir una paga escasa.

> Soy un soldado, un soldado de la industria,
> como tú, yo tengo mi bandera.
> Mi trabajo ha enriquecido a la patria.
> Y, como tú sabes, mi destino es glorioso.[22]

Así cantaba un poetastro de Lille (Francia). Pero, incluso allí, el patriotismo apenas bastaba.

La era del capital halló dificultades para resolver este problema. La insistencia burguesa sobre la lealtad, la disciplina y las satisfacciones humildes no encubrían, en realidad, sus verdaderas ideas acerca de que quienes realizaban el trabajo eran bastante distintos. Pero ¿qué eran? En teoría debían trabajar para dejar de ser obreros en cuanto les fuera posible, para así entrar a formar parte del universo burgués. Como «E. B.» escribió, en 1867, en sus *Songs for English Workmen to Sing*:

> Trabajad muchachos, trabajad y estad contentos
> mientras tengáis con qué comprar vuestro sustento;
> el hombre en el que podéis confiar
> será pronto rico
> sólo si arrima el hombro.[23]

Pero aunque para algunos esta esperanza podía bastar, en especial para aquellos que estaban a punto de apartarse de la clase obrera, o también, quizá, para un gran número de personas que sólo se contentaban con soñar con el éxito cuando leían el *Self-Help* de Samuel Smiles (1859) o libros similares, estaba perfectamente claro que la mayoría de los obreros seguirían siendo obreros toda la vida, y que ciertamente el sistema económico les obligaba a

actuar así. La promesa de encontrar un bastón de mariscal en cada mochila, no se entendió nunca como un programa para promocionar a todos los soldados al rango de mariscales.

Si la promoción no era el incentivo adecuado, había que preguntarse cuál era éste; ¿era acaso el dinero? Pero un axioma de los patronos de mediados del siglo XIX era que los salarios debían mantenerse tan bajos como fuese posible, aunque ciertos empresarios inteligentes con experiencia internacional, como Thomas Brassey, el constructor de ferrocarriles, comenzaron a señalar que el trabajo de los obreros británicos bien retribuido era, en realidad, más barato que el de los terriblemente mal pagados culis, ya que su productividad era mucho más elevada. Pero dichas paradojas difícilmente convencían a los hombres de negocios formados en la teoría económica del «fondo salarial», pues consideraban que estaba científicamente demostrado que la elevación de los salarios era imposible, y que, por consiguiente, los sindicatos estaban condenados al fracaso. La «ciencia» se hizo algo más flexible hacia 1870, cuando los trabajadores organizados comenzaron a aparecer como actores permanentes en la escena industrial, en vez de aparecer brevemente en algún entreacto ocasional. El gran santón de los economistas, John Stuart Mill (1806-1873) (que personalmente simpatizaba con los trabajadores), modificó su postura sobre el problema en 1869, después de lo cual desapareció la autoridad canónica de la teoría del fondo salarial. Aun así, no hubo ningún cambio en los principios que regían los negocios. Pocos patronos estaban dispuestos a pagar más de lo que estaban acostumbrados.

Además, dejando aparte la economía, la clase media de los países del Viejo Mundo creía que los obreros debían ser pobres, no sólo porque siempre lo habían sido, sino también porque la inferioridad económica era un índice neto de la inferioridad de clase. Si, como ocurría ocasionalmente —por ejemplo, en la gran expansión de 1872-1873—, algunos obreros ganaban realmente lo suficiente como para permitirse, por breves momentos, los lujos que los patronos consideraban suyos, la indignación era sincera y sentida. ¿Qué tenían que ver los mineros con los grandes pianos y con el champán? En países con escasez de trabajadores, una jerarquía social subdesarrollada y una población obrera, dura y democrática, las cosas podían ser distintas, pero en Gran Bretaña y en Alemania, en Francia y en el imperio de los Habsburgo, a diferencia de Australia y Estados Unidos, el máximo apropiado para la clase trabajadora eran buenos alimentos dignos, en cantidad suficiente (preferiblemente con una dosis menos que suficiente de bebidas alcohólicas), una modesta vivienda atestada y unos vestidos adecuados para proteger la moral, la salud y el bienestar, sin riesgo de una incorrecta emulación de la ropa de sus superiores. Se esperaba que el progreso capitalista llevase, eventualmente, a los trabajadores al punto más próximo a este máximo, y se consideraba lamentable que tantos obreros estuviesen aún tan por debajo del mismo (aunque esto no era inoportuno si se querían mantener bajos los salarios). Sin embargo, era innecesario, desventajoso y peligroso que los salarios superasen este máximo.

De hecho, las teorías económicas y los presupuestos sociales del liberalismo de la clase media estuvieron enfrentados entre sí, y en cierto sentido triunfaron las teorías. A lo largo del período que estudiamos, las relaciones salariales pasaron a convertirse, cada vez en mayor medida, en puras relaciones de mercado, en un nexo monetario. Así, observamos que, en la década de 1860, el capitalismo británico abandonó las coacciones no económicas a los trabajadores (como las *Master and Servant Acts* —leyes de Amos y Criados—, que castigaban los incumplimientos de contrato de los trabajadores con la cárcel), los contratos asalariados a largo plazo (como el «compromiso anual» de los mineros de carbón del Norte), y el pago en especie, al tiempo que se acortó la duración de los contratos y el intervalo medio entre pago y pago se fue reduciendo gradualmente a una semana, o incluso a un día o a una hora, haciendo así que el mercado fuese más sensible o flexible. Por otra parte, la clase media podría haber resultado conmocionada y aterrada si los obreros hubiesen reivindicado realmente el modo de vida que ella misma decía merecer, y aun más si hubiesen dado señales de conseguirla. La desigualdad frente a la vida y sus oportunidades era algo intrínseco al sistema.

Esto limitó los incentivos económicos que estaban dispuestos a proporcionar. Estaban deseosos de unir los salarios con la producción mediante diversos sistemas de «trabajo a destajo», que al parecer se difundieron durante el período que estudiamos, y también a puntualizar que lo mejor que podían hacer los obreros era estar agradecidos, de alguna manera, por tener un trabajo, ya que fuera había un ejército de reserva esperando sus puestos.

El pago por obra realizada tenía algunas ventajas obvias: Marx consideraba que esta forma de pago era la más provechosa para el capitalismo. Proporcionaba al obrero un incentivo real para intensificar su trabajo y de esta forma incrementar su productividad, era una garantía contra la negligencia, un dispositivo automático para reducir las cuentas salariales en épocas de depresión, así como un método conveniente, mediante el recorte de los períodos de trabajo, para reducir los costos de la fuerza de trabajo y prevenir la elevación de los jornales más allá de lo necesario y adecuado. Ello dividió a los obreros entre sí, ya que sus ganancias podían variar mucho, incluso dentro del mismo establecimiento, o los diferentes tipos de trabajo podían ser pagados de formas completamente diferentes. En ocasiones el especializado era, en realidad, una especie de subcontratista, pagado por rendimiento, que contrataba a sus auxiliares no cualificados por mero jornal, y procuraba que mantuviesen el ritmo. El problema fue que, con frecuencia, la introducción del destajo fue rechazada (allí donde éste no formaba ya parte de la tradición), especialmente por parte de los individuos especializados, y esto no sólo era complejo y oscuro para los obreros, sino para los empresarios, que con frecuencia sólo tenían una confusa idea de qué tipo de normas de producción debían establecer. Asimismo, no era fácilmente aplicable a ciertas profesiones. Los obreros intentaron eliminar dichas desventajas mediante la reintroducción del concepto de un salario base incompresible y predecible «tarifa estándar», bien a través de los sindicatos, bien a través de sistemas informales. Los empresarios estuvieron a punto de eliminarlos mediante lo que sus paladines norteamericanos denominaron «gerencia científica», pero en el período que estudiamos estaban aún tanteando la solución.

Quizá esto llevase a dar mayor énfasis al otro incentivo económico. Si hubo un factor que determinó las vidas de los obreros del siglo XIX, ese fue la *inseguridad*. Al comienzo de la semana no sabían cuánto dinero podrían llevar a sus casas al finalizar aquélla. No sabían cuánto iba a durar su trabajo, o, si lo perdían, cuándo podrían conseguir otro empleo, o bajo qué condiciones. No sabían cuándo iban a encontrarse con un accidente o una enfermedad y, aunque eran conscientes de que en un cierto momento de su vida, en la edad madura —quizá a los cuarenta años para los obreros no cualificados, o a los cincuenta para los más capacitados—, serían incapaces de llevar a cabo, en toda su extensión, el trabajo físico de un adulto, no sabían qué les pasaría entre este momento y la muerte. La suya no era la inseguridad de los campesinos, a merced de catástrofes periódicas —aunque, para ser sinceros, con frecuencia más crueles—, tales como sequías y hambres, pero capaces de predecir, con cierta seguridad, cómo podrían transcurrir la mayor parte de los días de un individuo, desde su nacimiento hasta su muerte. Se trataba de una imprecisión profunda, a pesar de que probablemente un buen número de trabajadores obtenían empleo, por largos períodos de su vida, de un solo empresario. Incluso en los trabajos más cualificados no existía ninguna certidumbre: durante la depresión de 1857-1858, el número de obreros de la industria mecánica berlinesa disminuyó casi un tercio.[24] No había nada semejante a la moderna seguridad social, excepto la caridad y la limosna para la miseria real, y en ocasiones en muy escasa medida.

La inseguridad era para el mundo del capitalismo el precio pagado por el progreso y la libertad, por no hablar de la riqueza, y era soportable por la constante expansión económica. La seguridad podía adquirirse —al menos en ciertas ocasiones—, pero no estaba destinada a los individuos libres, sino, como especificaba la terminología inglesa con claridad, a los «empleados de servicios», cuya libertad se hallaba estrictamente restringida: criados, «funcionarios de ferrocarriles» e incluso «funcionarios públicos». De hecho, incluso el principal núcleo de trabajadores de esta clase, los criados urbanos, no gozaban de la seguridad de los privilegiados criados familiares de la nobleza y clase media alta tradicional, sino que se enfrentaban constantemente con la inseguridad en su forma más terrible: el despido inmediato «sin referencias», por ejemplo, recomendaciones del año anterior, para los futuros patronos, o con mayor frecuencia, del ama anterior. Ya que el mundo de la burguesía «establecida» se consideraba básicamente inseguro, como en un estado de guerra en el que podían resultar víctimas de la competición, el fraude o la depresión económica, aunque en la práctica los hombres de negocios vulnerables probablemente eran sólo una minoría dentro de la clase media, y el castigo del fracaso raramente era el trabajo manual, por no hablar de las casas de misericordia. El riesgo más grave con el que se enfrentaban era el

mismo que existía para sus involuntariamente parásitas esposas: la muerte inesperada del varón productor.

La expansión económica mitigaba esta constante inseguridad. No hay muchas pruebas de que los salarios reales empezasen a aumentar en Europa, significativamente, hasta finales de la década de 1860; pero incluso antes, el sentir general de que por aquel entonces estaban mejorando, era evidente en los países desarrollados, y era palpable el contraste entre los tumultuosos y desesperanzados años de las décadas de 1830 y 1840. Ni la inestabilidad, a escala europea, del coste de la vida entre 1853-1854, ni la dramática depresión mundial de 1858, comportaron ningún desasosiego social serio. La verdad es que la gran expansión económica proporcionó empleo —tanto en su país, como en el exterior a los emigrantes— a un nivel sin precedentes. A pesar de lo malas que fuesen las dramáticas depresiones cíclicas de los países desarrollados, se consideraban ahora menos como pruebas de su descomposición económica, que como interrupciones temporales del crecimiento. Evidentemente, no hubo ninguna escasez absoluta de fuerza de trabajo, aunque sólo fuese porque el ejército de reserva constituido por la población rural (fuese ésta nacional o extranjera), por primera vez estaba avanzando *en masse* sobre los mercados de la fuerza de trabajo industrial. Sin embargo, el hecho de que su concurrencia no invirtiese lo que los estudiosos entienden por una clara, aunque modesta, mejora del conjunto, excepto en las condiciones de vida de la clase obrera, indica la medida e ímpetu de la expansión económica.

Así pues, al contrario que la clase media, la clase obrera se hallaba a un paso de la pobreza y, por ello, la inseguridad era constante y real. El trabajador no contaba con reservas de entidad. Los que podían vivir de sus ahorros por algunas pocas semanas o meses, constituían una «clase rara».[25] También los salarios de los obreros cualificados eran, en el mejor de los casos, modestos. En un período de tiempo normal el capataz de una hilandería de Preston, que con sus siete hijos a su servicio obtenía cuatro libras semanales, trabajando una semana a tiempo completo, podría haber sido la envidia de sus vecinos. Pero bastaban pocas semanas, durante la carestía de algodón de Lancashire (debida a la interrupción de los suministros de materia prima a causa de la guerra civil norteamericana) para reducir a esta familia a la caridad. El ritmo de vida normal —e inevitable— atravesaba diversos baches en los que podían caer el trabajador y su familia; por ejemplo, el nacimiento de un hijo, la ancianidad y la jubilación. En Preston, el 52 por 100 de todas las familias obreras con hijos por debajo de la edad laboral, trabajando a pleno rendimiento en un año memorablemente bueno (1851), podían contar con vivir por debajo del nivel de pobreza.[26] En cuanto a la vejez, era una catástrofe que se esperaba estoicamente, una disminución de las posibilidades de conseguir un salario, así como una disminución de la fuerza física, a partir de los cuarenta años y, especialmente, para los menos especializados, todo ello iba seguido de la pobreza, de la caridad y la limosna. Para la clase media de mediados del siglo XIX esta fue la edad de oro de la madurez, cuando los hombres alcanzaban la cúspide de sus carreras, ingresos y actividades y aún no era evidente el

declive fisiológico. Únicamente para los oprimidos —los trabajadores de ambos sexos y las mujeres de todas clases— la flor de la vida florecía en su juventud.

Por consiguiente, ni los incentivos económicos ni la inseguridad proporcionaron un mecanismo *general*, realmente efectivo, para mantener a los trabajadores en sus puestos; los primeros, debido a que su alcance era limitado; la segunda porque, en su mayor parte, era o parecía tan inevitable como el frío o el calor. A la clase media le resultaba difícil comprender esto. ¿Por qué los obreros mejores, más sobrios y juiciosos eran los únicos capaces de formar parte de los sindicatos? ¿Debido acaso a que sólo ellos merecían los salarios más elevados y el puesto de trabajo más seguro? Con todo, los sindicatos estuvieron formados, de hecho, y dirigidos, sin duda, por estos hombres, aunque la mitología burguesa los consideraba una chusma de estúpidos e ilusos, instigada por agitadores, que de lo contrario no habrían podido conseguir un modo de vida confortable. Por supuesto, no se trataba de ningún misterio. Los obreros que los patronos se disputaban no eran sólo los únicos con la capacidad de negociación suficiente para hacer factibles los sindicatos, sino también aquellos más conscientes de que el «mercado» por sí solo no les garantizaba ni seguridad, ni aquello a lo que creían tener derecho. No obstante, en la medida en que carecían de organización —y en ocasiones, incluso, cuando la tenían— los mismos obreros dieron a sus patronos una solución al problema de la dirección de los trabajadores: por lo general, les gustaba el trabajo, y sus aspiraciones eran notablemente modestas. Los inmigrantes no cualificados o «novatos», provenientes del campo, estaban orgullosos de su fuerza, y procedían de un entorno en el que el trabajo duro era el criterio para valorar los méritos de una persona, y donde la esposa no se escogía por su aspecto físico, sino por su potencial para trabajar. «La experiencia me ha demostrado —decía en 1875 un norteamericano, supervisor de una fundición— que una juiciosa mezcla de alemanes, irlandeses, suecos y lo que yo llamo "alforfones" —jóvenes campesinos norteamericanos— constituyen la fuerza de trabajo más efectiva y manejable que se pueda encontrar»; en realidad, cualquier cosa era preferible a «los ingleses, que porfían con gran insistencia por mayores salarios, menor producción y que van a la huelga».[27]

Por otra parte, los obreros especializados se movían por los incentivos no capitalistas del conocimiento del oficio y del orgullo profesional. Eran las verdaderas máquinas de este período, limaban y pulían el hierro y el bronce con cariño y el trabajador en perfecto orden durante un siglo, son una demostración de ello (en la medida en que aún sobreviven). Los interminables catálogos de objetos exhibidos en las exposiciones internacionales, aunque enormemente antiestéticos, son monumentos al amor propio de los que los construyeron. Estos hombres no aceptaban fácilmente las órdenes y la supervisión, y por ello estuvieron con frecuencia fuera de un control efectivo, excepto el colectivo de su taller. Con frecuencia, también se sintieron agraviados por los salarios por pieza, o por cualquier otro método de acelerar las

tareas complejas o difíciles y, por consiguiente, bajar la calidad de un trabajo que respetaban. Pero, aunque no trabajaban con más intensidad ni rapidez que lo que requería su trabajo, tampoco lo hacían más despacio ni con menos intensidad: nadie les daba un incentivo especial para que lo hiciesen lo mejor posible. Su lema era: «una jornada laboral por el jornal diario», y si, confiadamente, esperaban que la paga les satisficiera, también esperaban que su trabajo satisficiera a todo el mundo, incluidos ellos mismos.

De hecho, por supuesto, este enfoque del trabajo, esencialmente no capitalista, beneficiaba más a los patronos que a los obreros. Ya que los compradores del mercado de fuerza de trabajo operaban sobre el principio de comprar en el mercado más barato y vender en el más caro, aunque, en ocasiones, desconocían los métodos adecuados para contabilizar los costos. Pero, por regla general, los vendedores no pedían que se les diese el máximo salario que pudiese proporcionar el mercado, a cambio de la mínima cantidad de fuerza de trabajo posible. Trataban de obtener un modo de vida decente como seres humanos. Quizá lo que intentaban era «mejorar». En pocas palabras, aunque, naturalmente, no eran insensibles a la diferencia existente entre los salarios más altos y más bajos, estaban más preocupados por una forma de vida humana que por una negociación económica.*

III

Pero ¿podemos acaso hablar de «los obreros» como si fuesen una sola categoría o clase? ¿Qué podía haber en común entre grupos con tan distintos ambientes, orígenes sociales, formación, situación económica y, en ocasiones, incluso con tan diferentes idiomas y costumbres? Dicha unidad no provenía de la pobreza, ya que, según los patrones de la clase media, todos tenían unos ingresos modestos —excepto en paraísos del trabajador como Australia, donde en la década de 1850 un cajista de imprenta podía ganar 18 libras a la semana—,[29] pero, según los patrones de los pobres, había gran diferencia entre los «artesanos» especializados, bien pagados y con un empleo más o menos fijo, que los domingos vestían una copia del traje de la clase media respetable, e incluso lo hacían para ir y venir del trabajo, y los muertos de hambre andrajosos, que a duras penas sabían de dónde sacar su próxima comida, y menos aún la de su familia. Realmente, estaban unidos por un sentimiento común hacia el trabajo manual y la explotación, y cada vez más también por el

* El caso extremo de esta clase de contraposición se dio en el campo de los deportes-espectáculo profesionales, aunque sus formas modernas apenas se dieron en el período que estudiamos. El futbolista profesional británico, que apareció a finales de la década de 1870, solía jugar hasta después de la segunda guerra mundial principalmente por un premio justo, además de por la gloria y por una ganancia ocasional, aunque su valor monetario en el mercado de las transferencias solía alcanzar miles de libras. El momento en el que la estrella futbolística aspiró a que le pagasen según su valor en el mercado señaló una transformación fundamental en el deporte; lo cual se consiguió mucho antes en Estados Unidos que en Europa.

destino común que les obligaba a ganar un jornal. Estaban unidos por la creciente segregación a que se veían sometidos por parte de la burguesía cuya opulencia se incrementaba espectacularmente, mientras que, por el contrario, su situación seguía siendo precaria, una burguesía que se iba haciendo cada vez más cerrada e impermeable a los advenedizos.* En esto residía toda la diferencia entre los modestos grados de bienestar que, razonablemente, podía esperar conseguir un obrero o ex obrero afortunado, y las acumulaciones de riqueza realmente impresionantes. Los obreros fueron empujados hacia una conciencia común, no sólo por esta polarización social, sino por un estilo de vida común, al menos en las ciudades —en el que la taberna («la iglesia del obrero», como la denominó un liberal burgués) desempeñaba un papel central—, y por su modo de pensar común. Los menos conscientes tendían a «secularizarse» tácitamente, los más conscientes a radicalizarse, convirtiéndose en los defensores de la Internacional en las décadas de 1860 y 1870, y en los futuros seguidores del socialismo. Ambos fenómenos estuvieron unidos, pues la religión tradicional siempre había sido un lazo de unión social a través de la afirmación ritual de la comunidad. Pero en Lille, durante el Segundo Imperio, las procesiones y ceremonias comunes decayeron. Los pequeños artesanos de Viena, cuya piedad simple e ingenua felicidad frente a la pompa y ostentación católica constató ya Le Play en la década de 1850, se habían vuelto indiferentes. En menos de dos generaciones habían traspasado su fe al socialismo.[30]

Indiscutiblemente, el heterogéneo grupo de los «trabajadores pobres» tendió a formar parte del «proletariado» en las ciudades y regiones industriales. En la década de 1860, la creciente importancia de los sindicatos dio fe de ello, y la misma existencia —por no hablar del poder— de la Internacional habría sido imposible sin aquéllos. Aun así, los «trabajadores pobres» no habían sido únicamente una reunión de diferentes grupos. En especial, en los difíciles y desesperanzados tiempos de la primera mitad del siglo, se habían fundido en la masa homogénea de los descontentos y los oprimidos. En estos momentos dicha homogeneidad se estaba perdiendo. La era del capitalismo liberal floreciente y estable ofrecía a la «clase obrera» la posibilidad de mejorar su suerte mediante la organización colectiva. Pero aquellos que, simplemente, siguieron siendo los «pobres», poco uso pudieron hacer de los sindicatos, y menos aún de las mutualidades. De una manera general, los sindicatos fueron organizaciones de minorías favorecidas, aunque las huelgas masivas pudiesen, en ocasiones, movilizar a las masas. Por otra parte, el capitalismo liberal ofrecía al obrero individual claras perspectivas de prosperar, en términos burgueses, lo cual no estaba al alcance de grandes grupos de población trabajadora, o simplemente era rechazado por ellos.

* En Lille la «clase alta» (burguesa) pasó de ser el 7 a ser el 9 por 100 de la población entre 1820 y 1873-1875, pero su porción de las riquezas legadas por testamento creció del 58 al 90 por 100. Las «clases populares», que aumentaron de un 62 a un 68 por 100, únicamente legaban un 0,23 por 100 de los bienes testamentarios. Y esta cifra que habría sido muy modesta para 1821, era todavía entonces del 1,4 por 100.[31]

Por ello se produjo una fisura en lo que, cada vez en mayor medida, se estaba convirtiendo en la «clase obrera»; fisura que separó a los «obreros» de los «pobres», o, alternativamente, a los «respetables» de los «no respetables». En términos políticos (véase el capítulo 6), separó a los individuos como «los artesanos inteligentes», a los que estaban ansiosos de conceder el voto los radicales de clase media, de las peligrosas y harapientas masas, que aún estaban decididos a seguir excluyendo.

Ningún término es tan difícil de analizar como el de la «respetabilidad» de la clase obrera a mediados del siglo XIX, pues expresaba, simultáneamente, la penetración de los valores y patrones de la clase media, así como de las actitudes sin las que hubiera sido difícil conseguir la autoestimación de la clase obrera, y, asimismo, define un movimiento de lucha colectiva de muy difícil construcción: sobriedad, sacrificio y aplazamiento de la recompensa. Si el movimiento obrero hubiese sido claramente revolucionario, o al menos hubiese estado rigurosamente separado del mundo de la clase media (como había ocurrido hasta 1848 y como ocurriría en la época de la Segunda Internacional), la distinción habría sido bastante evidente. Sin embargo, en el tercer cuarto del siglo XIX resultaba casi imposible trazar la línea de demarcación entre mejora individual y colectiva, y entre la imitación de la clase media y, por así decirlo, su derrota mediante el empleo de sus propias armas. ¿Dónde situaríamos a William Marcroft (1822-1894)? Podría ser presentado como un modesto ejemplo de la autoayuda de Samuel Smiles —hijo ilegítimo de una criada rural y de un tejedor, absolutamente falto de educación formal, que pasó de ser un obrero textil en Oldham a capataz en unas obras de ingeniería, hasta que en 1861 se estableció por su cuenta como dentista, poseyendo a su muerte casi 15.000 libras; como vemos no fue un individuo sin importancia: fue un liberal radical toda su vida, y un sobrio abogado. Sin embargo, debe su modesto lugar en la historia a una pasión, que duró igualmente toda su vida, por la producción cooperativa (es decir, por el socialismo, a través de la autoayuda), a la que consagró su existencia. Por el contrario, William Allan (1813-1874) fue un defensor indiscutible de la lucha de clases y, según su necrológica, «en cuestiones sociales se inclinó hacia la escuela de Robert Owen». Sin embargo, este trabajador radical, formado en la escuela revolucionaria anterior a 1848, pasaría a la historia del trabajo como el precavido, moderado y, sobre todo, eficiente administrador del principal sindicato de trabajadores especializados al «nuevo estilo», la Sociedad Corporativa de Ingenieros (Amalgamated Society of Engineers); así como un miembro practicante de la Iglesia anglicana, y «en política, un liberal profundo y consecuente, sin ninguna inclinación por el charlatanismo político».[31]

El hecho es que, en esta época, el obrero capaz e inteligente, sobre todo si poseía alguna especialización, constituía el principal puntal del control social y la disciplina industrial ejercida por la clase media, y formaba los cuadros más activos de la autodefensa obrera colectiva. En el primer caso operaba así porque lo necesitaba un capitalismo estable, próspero y en expansión, y que le ofrecía perspectivas de mejorar, modestamente, y en cualquier caso

parecía ineludible, pues ya no se consideraba algo provisional y temporal. Por el contrario, la revolución total parecía menos la primera etapa de un cambio aún mayor que la última de una era pasada: en el mejor caso era un espléndido recuerdo de vivos colores; en el peor, una prueba de que no había atajos agitados al progreso. Pero el obrero también participaba en la segunda opción, porque —con la posible excepción de Estados Unidos, la tierra que prometía a los pobres un camino para salir de la pobreza de toda la vida, a los obreros el éxito privado en el seno de la clase obrera, y a cada ciudadano la igualdad— la clase obrera sabía que el mercado libre del liberalismo no iba a proporcionarles sus derechos, ni a cubrir sus necesidades. Tenían que organizarse y luchar. La «aristocracia del trabajo» británica, un estrato social peculiar de este país, donde la clase de pequeños productores independientes, de comerciantes, etc., era relativamente insignificante, así como la clase media baja de *whitecollars* (oficinistas) y otros burócratas, sirvió para transformar el Partido Liberal en un partido con una genuina atracción para las masas. Al mismo tiempo formó el núcleo principal del desusadamente poderoso y organizado movimiento sindicalista. En Alemania, incluso los obreros más «respetables» fueron empujados a las filas del proletariado, por la gran distancia que los separaba de la burguesía, y por el poder de las clases intermedias. En este país, los individuos inmersos en las nuevas asociaciones de «automejora» (*Bildungsvereine*), de la década de 1860 —en 1863 había unos 1.000 clubs de esta clase, y hacia 1872 sólo en Baviera, no menos de 2.000—, fueron arrastrados lejos del liberalismo de clase media de dichos cuerpos, aunque quizá no ocurrió lo mismo con la cultura de clase media que seguían inculcando.[32] Llegarían a formar los cuadros del nuevo movimiento socialdemócrata, especialmente al finalizar el período que tratamos. No obstante, eran obreros que se autopromocionaban, «respetables» porque se autorrespetaban y llevaban el lado bueno y malo de su respetabilidad a los partidos de Lassalle y Marx. Sólo donde la revolución aparecía todavía como la única solución plausible para las condiciones de vida del trabajador pobre, o donde —como en Francia— la tradición insurreccional y la república social revolucionaria pertenecían a la tradición política dominante de los obreros, la «respetabilidad» fue un factor relativamente insignificante, o quedó limitada a la clase media y aquellos que quisiesen identificarse con ella. ¿Qué ocurría con el resto de los trabajadores? A pesar de que fueron objeto de un mayor número de estudios que la «respetable» clase obrera (aunque en esta generación bastante menos que antes de 1848 o después de 1880), en realidad sabemos muy poco sobre ellos, excepto con respecto a su pobreza y abandono. No expresaban jamás sus opiniones en público y rara vez les importaban aquellas organizaciones sindicales, políticas o de cualquier otro tipo, que se esforzaban por atraer su atención. Incluso el Ejército de Salvación, formado sobre la idea de los pobres «no respetables», apenas triunfó, a no ser como grata adición a los entretenimientos públicos gratuitos (con sus uniformes, bandas de música y vivaces himnos) y como una útil fuente de caridad. Realmente, para muchos de los oficios no cualificados o duros, el tipo de organizaciones que comenzaban a dar fuerza

al movimiento obrero eran casi imposibles de ser llevadas a la práctica. Las grandes corrientes del movimiento político, como el cartismo de la década de 1840, podían enrolarlos en sus filas: los vendedores ambulantes londinenses (pequeños comerciantes), descritos por Henry Mayhew, eran todos cartistas. Las grandes revoluciones, aunque quizá sólo brevemente, podían atraer incluso a los más oprimidos y apolíticos; las prostitutas de París apoyaron con firmeza a la Comuna de 1871. Pero la era del triunfo de la burguesía no significó, precisamente, el de la revolución, ni siquiera el de un movimiento político de masas. Quizá Bakunin no estuviese del todo equivocado al suponer que, en esa época, el espíritu de insurrección, al menos potencial, estaba latente entre los marginados y el subproletariado, aunque quizá errase al creer que podían constituir la base de los movimientos revolucionarios. Los pobres de París apoyaron la Comuna, pero sus activistas eran los obreros y artesanos más cualificados, y el sector más marginal de los pobres —los adolescentes— apenas gozaron de representación. Los adultos, especialmente aquellos con edad suficiente para acordarse, aunque fuese débilmente, de 1848, fueron los verdaderos insurrectos de 1871.

La línea que dividía a los trabajadores pobres en militantes potenciales de los movimientos obreros y en «los demás», no era neta, pero aun así, existía. La «asociación» —la formación libre y consciente de sociedades democráticas voluntarias para la protección y la mejora social— fue la fórmula mágica de la era liberal; a través de ella iban a desarrollarse incluso los movimientos obreros que luego abandonarían el liberalismo.[33] Los que querían y podían «asociarse», podían efectivamente, en el mejor de los casos, encogerse de hombros, o en último extremo despreciar a aquellos otros que ni querían ni podían hacerlo, incluidas las mujeres, que estaban virtualmente excluidos del mundo de las ceremonias, cuestiones de procedimiento y propuestas para la admisión de miembros en los clubs. Los límites de esa porción de la clase obrera —que podía identificarse con los artesanos independientes, los comerciantes e incluso con los pequeños empresarios—, que comenzaba a ser considerada como fuerza social y política, coincidía medianamente con los del mundo de los clubs: mutualidades, hermandades de beneficencia (generalmente con impresionantes rituales), coros, clubs gimnásticos o deportivos y, por un lado, incluso organizaciones religiosas voluntarias y, por el otro, sindicatos obreros y asociaciones políticas. Todo esto abarcaba una porción variable, aunque sustancial, de la clase obrera, que en Gran Bretaña alcanzó quizá a un 40 por 100 al final del período que estudiamos. Pero dejaba a una gran mayoría fuera. Ellos fueron el objeto y no el sujeto de la era liberal. Los demás estaban a la espera y alcanzaron bastante poco: e incluso menos.

Es difícil, restrospectivamente, hacerse una idea equilibrada de la situación de esta gran masa trabajadora. Por una razón: el número de países que contaban con ciudades e industrias modernas era mucho más elevado, como largo era el camino recorrido en el campo del desarrollo industrial. Por consiguiente, no es fácil generalizar, y el valor de dicha generalización es limitado, aun en el caso de que nos limitemos —como efectivamente hemos hecho— a los

países relativamente desarrollados, tan distintos de los atrasados, y a la clase obrera urbana, tan distinta de los sectores agrarios y campesinos. El problema consiste en lograr un equilibrio entre, por una parte, la terrible pobreza que aún dominaba la vida de la mayoría de los obreros, con el repulsivo entorno físico y vacío moral que rodeaba a muchos de ellos y, por otra, el progreso general indiscutible de sus condiciones y perspectivas desde la década de 1840. Los autocomplacientes voceros de la burguesía estaban inclinados a recalcar los progresos realizados, aunque nadie podía evitar que sir Robert Giffen (1837-1900), reflexionando sobre la vida británica del medio siglo anterior a 1883, la denominase discretamente «un residuo todavía inculto», ni se podía negar que la mejora «incluso medida con un rasero muy bajo, es demasiado pequeña», ni que «nadie puede contemplar las condiciones de las masas sin desear algún tipo de revolución que dé lugar a mejores condiciones».[34] Los reformadores sociales, menos autocomplacientes, aunque no negaban el progreso (que era un progreso sustancial, en el caso de la elite obrera, cuya relativa escasez de cualificaciones los mantenía continuamente en un mercado de fuerza de trabajo), proporcionaron una perspectiva no tan de color de rosa:

> Quedan [escribió miss Edith Simcox, de nuevo a principios de la década de 1880] ... unos diez millones de obreros urbanos, incluyendo a todos los artesanos y trabajadores, cuya vida no está, por lo general, oscurecida por el temor a «ir al asilo». No podemos trazar una línea neta y segura entre los trabajadores que se cuentan entre los «pobres» y los que no se cuentan entre ellos, hay un flujo constante, y además de aquellos que sufren una retribución insuficiente crónica, los artesanos y los comerciantes y aldeanos, se hunden constantemente, sea o no por su culpa, en las profundidades de la miseria. No es fácil juzgar que proporción de los diez millones pertenece a la próspera aristocracia de la clase obrera, esa parte con la que toman contacto los políticos y de dónde provienen aquellos a los que la sociedad se apresura a recibir como «representantes de los obreros...». Confieso que difícilmente me aventuraría a esperar que más de dos millones de obreros especializados, que representan a una población de cinco millones, estén viviendo, habitualmente, en la situación desahogada y relativamente segura de la clase modesta ... Los otros cinco millones incluyen a los operarios y obreros menos especializados, hombres y mujeres, cuyos salarios máximos sólo bastan para cubrir las necesidades más estrictas, y para poder llevar una existencia decente, y para los que, por consiguiente, cualquier infortunio significa la penuria, pasando velozmente a la indigencia.[35]

Pero incluso estas impresiones documentadas y bien intencionadas fueron demasiado esperanzadas, por dos razones: primero porque (como pusieron en claro los estudios sociales disponibles desde finales de la década de 1880) los trabajadores pobres —que constituían casi el 40 por 100 de la clase obrera londinense— apenas podían «llevar una existencia decente» aun haciendo referencia a los austeros patrones que entonces se aplicaban a las clases más bajas. Segundo, porque «la situación desahogada y relativamente segura de la

clase modesta» valía bastante poco. La joven Beatrix Potter, que vivió anónimamente entre los obreros textiles de Bacup, estaba segura de que compartía la «confortable vida de la clase obrera»: disidentes y colaboradores, una comunidad hermética en la que no había lugar para los advenedizos, marginados y gentes «no respetables», rodeada por «el bienestar general del trabajo bien ganado y bien pagado», y por las «confortables casitas bien amuebladas y el té excelente». Y, sin embargo, esta aguda observadora podría describir a esas mismas personas —casi sin darse cuenta de lo que estaba contemplando— como seres sobrecargados de trabajo en las épocas de mucho movimiento, comiendo y durmiendo demasiado poco, y demasiado exhaustas físicamente para realizar un esfuerzo intelectual, a merced de los «múltiples riesgos de postración y fracaso que significaba ausencia de bienestar físico». Potter afirmaba que la profunda y simple piedad puritana de dichos hombres y mujeres era una respuesta al temor de «unas vidas de agotamiento y fracaso».

> «La vida en Cristo» y la esperanza en el otro mundo proporcionaban alivio y elevación a la mera lucha por la existencia, calmando el inocente anhelo por las cosas buenas de este mundo, gracias a la creencia en el «mundo del más allá», y convirtiendo el fracaso en un «instrumento de la gracia», en vez de en un despreciable deseo de éxito.[36]

Este no es el retrato de los hambrientos a punto de despertarse de su sueño, pero tampoco el retrato de los hombres y mujeres «mejor, infinitamente mejor que cincuenta años atrás», y aún menos lo era de una clase que «tenía casi todos los beneficios materiales de esos últimos cincuenta años» (Giffen),[37] como mantenían los autocomplacientes e ignorantes economistas liberales. Es el retrato de individuos que se autorrespetaban y que confiaban en sí mismos, y cuyas expectativas eran lastimosamente modestas, que sabían que podían hallarse en circunstancias peores, y que quizá recordasen los tiempos en que habían sido aún más pobres, pero que estaban siempre obsesionados por el espectro de la pobreza (tal como ellos la entendían). El nivel de vida de la clase media nunca sería para ellos, sino que siempre les rondaba la pobreza. «No debemos abusar de las cosas buenas, pues el dinero se gasta rápidamente», dijo uno de los anfitriones de Beatrix Potter, dejando, tras una o dos chupadas, el cigarrillo que ella le había ofrecido en la repisa de la chimenea para la noche siguiente. Quienquiera que olvide que esto era lo que pensaban durante estos años los hombres sobre las cosas buenas de la vida, será incapaz de juzgar el pequeño pero genuino progreso que la gran expansión capitalista llevó a una buena parte de la clase obrera, en el tercer cuarto del siglo XIX. Y que el abismo que los separaba del mundo burgués era amplio e insalvable.

13. EL MUNDO BURGUÉS

> Sabéis que pertenecemos a un siglo en el que el hombre sólo se valora por lo que es. Todos los días algún patrón, sin la suficiente energía o seriedad, es obligado a descender los escalones de una jerarquía social que le parecía permanentemente suya, y toma su puesto cualquier dependiente inteligente y animoso.
>
> Mme. MOTTE-BOSSUT a su hijo, 1856[1]

> He aquí a sus *pequeños* rodeándole, se calientan al calor de su sonrisa.
> Y la *inocencia infantil* y la alegría iluminan sus rostros.
> Él es *puro* y ellos le *honran*; él les *ama* y ellos le *aman*.
> Él es *coherente* y ellos le *aprecian*; él es *firme* y ellos le *temen*.
> Sus *amigos* son los *mejores* de entre los hombres.
> Él va al *bien organizado* hogar.
>
> MARTIN TUPPER, 1876[2]

I

Ahora debemos atender a la sociedad burguesa. Los fenómenos más superficiales son, en ocasiones, los más profundos. Permítasenos comenzar el análisis de esta sociedad, que alcanzó su apogeo en este período, con la descripción de las ropas que vestían sus miembros y los intereses que los rodeaban. «El hábito hace al monje», decía un proverbio alemán, y ninguna otra época lo entendió tan bien como ésta, en la que la movilidad social podía colocar a un gran número de personas en la situación, históricamente nueva, de desempeñar nuevos (y superiores) papeles sociales, y, en consecuencia, vestir las ropas apropiadas. No hacía mucho que el austríaco Nestroy había escrito su divertida y amarga farsa *El talismán* (1840), en la que el destino de un pobre hombre pelirrojo cambia dramáticamente por la adquisición y subsiguiente pérdida de una peluca negra. El hogar era la quintaesencia del mundo burgués, pues en él y sólo en él podían olvidarse o eliminarse artificialmente los problemas y contradicciones de su sociedad. Aquí, y sólo aquí, la burguesía e incluso la familia pequeñoburguesa podía mantener la ilusión de una armoniosa y jerárquica felicidad, rodeada por los objetos materiales que

la demostraban y hacían posible; la vida soñada que encontraba su expresión culminante en el ritual doméstico, desarrollado sistemáticamente, con este fin, de las celebraciones navideñas. La cena de Navidad (descrita por Dickens), el árbol de Navidad (inventado en Alemania, pero aclimatado rápidamente en Inglaterra gracias al patronazgo real), las canciones de Navidad —mejor conocidas a través de la *Stille Nacht* alemana— simbolizaban, al mismo tiempo, la frialdad del mundo exterior y la calidez del círculo familiar interior, así como el contraste existente entre ambos.

La impresión más inmediata del interior burgués de mediados de siglo es de apiñamiento y ocultación, una masa de objetos, con frecuencia cubiertos por colgaduras, cojines, manteles y empapelados y siempre, fuese cual fuese su naturaleza, manufacturados. Ninguna pintura sin su marco dorado, calado, lleno de encajes e incluso cubierto de terciopelo, ninguna silla sin tapizado o forro, ninguna pieza de tela sin borlas, ninguna madera sin algún toque de torno, ninguna superficie sin cubrir por algún mantel o sin algún adorno encima. Sin ninguna duda era un signo de bienestar y estatus: la hermosa austeridad de los interiores Biedermayer reflejan la austeridad económica de la burguesía provinciana alemana, más que su gusto innato, y el mobiliario de las habitaciones de los criados de las casas burguesas era bastante frío. Los objetos expresaban su precio, y en una época donde la mayoría de los objetos domésticos se producían aún en su mayor parte con métodos artesanales, la manufactura fue, con mucho, el índice del precio, conjuntamente con el empleo de materiales caros. El precio también significaba bienestar, que por ello era visible y experimentado. Así pues, los objetos eran algo más que simples útiles, fueron los símbolos del estatus y de los logros obtenidos. Poseían valor en sí mismos como expresión de la personalidad, como programa y realidad de la vida burguesa e incluso como *transformadores* del hombre. En el hogar se expresaban y concentraban todos ellos. De ahí su abigarramiento interior.

Sus objetos, al igual que las casas que los albergaban, eran *sólidos*, un término utilizado de forma característica como el mayor de los elogios a la empresa que los fabricaba o construía. Estaban hechos para perdurar y eso hicieron. Al mismo tiempo, debían expresar las aspiraciones vitales, más elevadas y espirituales, a través de su belleza; a menos que representasen dichas aspiraciones por su mera existencia, como en el caso de los libros y de los instrumentos musicales que, sorprendentemente, siguieron conservando un diseño funcional, aparte de las superficies secundarias primorosamente adornadas, o a menos que perteneciesen al dominio de la utilidad pura, como las baterías de cocina y los objetos de viaje. Belleza era sinónimo de decoración, ya que la mera construcción de las casas burguesas o de los objetos que las adornaban era pocas veces lo suficientemente grandiosa como para ofrecer sustento espiritual y moral por sí misma, como ocurría con los grandes ferrocarriles y buques de vapor. *Sus* exteriores siguieron siendo funcionales, únicamente debían *decorarse* sus interiores, en la medida en que pertenecían al mundo de la burguesía, como los nuevos coches-camas Pullman (1865) y los salones y cuartos de estar de primera clase de los buques de vapor. Así

pues, la belleza era sinónimo de decoración, aplicada a la superficie de los objetos.

La dualidad entre solidez y belleza expresaba una neta división entre lo material y lo ideal, lo corporal y lo espiritual, muy típica del mundo de la burguesía; sin embargo, en él tanto el espíritu como el ideal dependían de la materia, y únicamente podía expresarse a través de la misma o, en última instancia, a través del dinero que podía comprarla. Nada era más espiritual que la música, pero la forma típica en que entró en los hogares burgueses fue el piano, un aparato excesivamente grande, elaborado y caro, incluso cuando fue reducido a las dimensiones más manejables del piano vertical (*pianino*), en provecho de un estrato más modesto que aspiraba a alcanzar los verdaderos valores de la burguesía. Ningún interior burgués estaba completo sin él; ni tampoco lo estaban las hijas burguesas que debían practicar en él interminables escalas.

El lazo entre moralidad, espiritualidad y pobreza, tan evidente en las sociedades no burguesas, no se había roto aún por completo. Se daba por sentado que la persecución exclusiva de asuntos elevados no debía, probablemente, resultar lucrativa excepto en el caso de las artes más comercializables, e incluso en este caso, la prosperidad llegaría únicamente en la madurez: el estudiante pobre o el joven artista, como tutor particular o invitado a la mesa los domingos, era una parte subalterna reconocida de la familia burguesa; en todo caso, en aquellas regiones del mundo en las que la cultura era enormemente respetada. Pero la conclusión que se sacaba de ello, no era que existía una cierta contradicción entre la persecución de los logros materiales y los mentales, sino que uno constituía la base del otro. Como el novelista E. M. Forster colocaría en el veranillo de San Martín de la burguesía: «A la llegada de los dividendos, desaparecen los pensamientos elevados». El mejor destino para un filósofo era haber nacido hijo de banquero, como Giörgy Lukács. La gloria de la cultura alemana, la *Privatgelehrter* (o enseñanza privada), se basaba en las fortunas privadas. Era frecuente que los estudiantes judíos pobres se casasen con las hijas de los más ricos comerciantes locales, ya que era impensable que una comunidad que respetase la cultura recompensase a sus lumbreras con algo más tangible que un elogio.

La dualidad entre materia y espíritu implicó una hipocresía que fue considerada por algunos observadores hostiles no sólo como omnipresente, sino como una característica fundamental del mundo burgués. En ningún aspecto resultó más patente, en el sentido literal de ser visible, que en el mundo del sexo. Esto no implica que los burgueses (varones) de mediados del siglo XIX (o aquellos que aspiraban a ser como ellos) fuesen simplemente deshonestos o que predicasen una moralidad mientras practicaban otra deliberadamente; aunque, evidentemente, el hipócrita consciente es más fácil de encontrar allí donde son insalvables las distancias entre la moralidad oficial y las demandas de la naturaleza humana, como ocurría, con frecuencia, en este período. Evidentemente, Henry Ward Beeches, el gran predicador puritano neoyorkino, debería haber evitado tener tumultuosos asuntos amorosos extramaritales, o bien, haber escogido una carrera que no le hubiese obligado a ser un pre-

eminente defensor de la represión sexual, aunque no podemos dejar de simpatizar con la mala suerte que, a mediados de la década de 1870, lo unió con la bella feminista y abogada del amor libre, Victoria Woodhull, dama cuyas convicciones hacían difícil mantener ningún secreto.* Pero es un puro anacronismo suponer, como han hecho varios escritores modernos, que la moralidad sexual oficial de la época era mera fachada.

En primer lugar, su hipocresía no era tan sólo una mentira, excepto quizá en el caso de aquellos cuyas inclinaciones sexuales eran tan fuertes como públicamente inadmisibles, por ejemplo, en el caso de los políticos importantes que dependían de los votantes puritanos, o de respetables hombres de negocios, homosexuales, en las ciudades de provincias. Y este carácter hipócrita casi desaparecía en aquellos países (por ejemplo, en la mayoría de los países católicos), en los que se aceptaban, francamente, dos normas de comportamiento: la castidad para las burguesas solteras y la fidelidad para las casadas, la persecución de todo tipo de mujeres (exceptuando quizá a las hijas casaderas de las clases media y alta) por los jóvenes burgueses, y la infidelidad tolerada para los casados. Aquí se entendían perfectamente las reglas del juego, incluida la necesidad de una cierta discreción en los casos en que, de otra forma, podían resultar amenazadas la estabilidad de la familia burguesa o la propiedad; la pasión, como aún saben todos los italianos de la clase media, es una cosa, «la madre de mis hijos» otra bien distinta. La hipocresía formaba parte de esta forma de comportamiento, sólo en la medida en que se suponía que las mujeres burguesas permanecían completamente fuera del juego, y por ello, ignorantes de lo que hacían los hombres y las «otras» mujeres. Se suponía que la moralidad de la represión sexual y de la fidelidad en los países protestantes obligaba a ambos sexos, pero el hecho de que se considerase así incluso por aquellos que no la respetaban, los conducía no tanto a la hipocresía como a la angustia personal. No es muy acertado tratar a un individuo en dicha situación como a un simple estafador.

Con todo, la moralidad burguesa se aplicaba, realmente, en buena medida; verdaderamente ésta podía haber aumentado su efectividad, cuando las masas de la clase obrera «respetable» adoptaron los valores de la cultura hegemónica, y la clase media baja, que por definición la seguía, vio aumentar su número. Tales cuestiones resistieron incluso el gran interés del mundo burgués por las «estadísticas morales», como admitía tristemente un libro de finales del siglo XIX, dejando a un lado los intentos —fracasados— de medir la difusión de la prostitución. El único intento general de evaluar la difusión de las enfermedades venéreas, que evidentemente guardaban una estrecha co-

* Esta espléndida mujer, que tenía una hermana igualmente atractiva y emancipada, provocó en Marx algunos momentos de irritación, a causa de sus esfuerzos por convertir la sección norteamericana de la Internacional en un órgano propagandístico del amor libre y el espiritismo. Las dos hermanas sacaron gran provecho de sus relaciones con el comodoro Vanderbilt, que cuidó de sus intereses económicos. Finalmente Woodhull hizo una buena boda y murió en olor de respetabilidad en Bredon's Norton, Worcestershire, Inglaterra.[3]

nexión con ciertas clases de sexualidad extramarital, revelaron poco al respecto, excepto que en Prusia, como era de esperar, era mucho mayor en la gran metrópoli de Berlín que en cualquier otra provincia (tendiendo normalmente a disminuir con el tamaño de las ciudades y pueblos), y que alcanzaba sus cotas máximas en las ciudades portuarias, con presidios e institutos de estudios superiores, es decir, en las grandes concentraciones de jóvenes solteros fuera de sus casas.* No hay razón para suponer que el victoriano medio, miembro de la clase media, clase media baja o clase obrera «respetable» en, pongamos por caso, la Inglaterra victoriana y Estados Unidos, fracasasen a la hora de vivir según sus patrones de moralidad sexual. Las jóvenes norteamericanas que sorprendían a los cínicos hombres de mundo en el París de Napoleón III por la gran libertad permitida por sus padres, con la que actuaban solas o en compañía de jóvenes norteamericanos, poseían testimonios tan poderosos sobre la moral sexual como podían tener las crónicas periodísticas sobre los antros del vicio en el Londres victoriano de mediados de siglo e incluso mayores.[5] Es totalmente injusto aplicar patrones posfreudianos a un mundo prefreudiano, o dar por sentado que el comportamiento sexual de aquella época debía haber sido como el nuestro. Según los patrones modernos, aquella especie de monasterios laicos, que eran los *colleges* de Oxford y Cambridge, son una especie de muestrario de patología sexual. ¿Qué pensaríamos hoy día de un Lewis Carroll, cuya pasión era fotografiar niñas desnudas? Según los patrones victorianos sus peores vicios eran, casi sin duda, la glotonería, más que la lujuria, y las inclinaciones sentimentales por los jóvenes, propia de tantos profesores —casi con seguridad inclinaciones «platónicas» (la misma expresión es reveladora)— se situaban entre las excentricidades de los solteros empedernidos. Es nuestra época la que ha transformado la frase «hacer el amor» en un simple sinónimo del intercambio sexual. El mundo burgués estaba obsesionado por el sexo, pero no, necesariamente, por la promiscuidad sexual: la némesis típica de los mitos populares burgueses, como vio tan claramente el novelista Thomas Mann, se producía a partir de una *única* caída desde el estado de gracia, como la sífilis terciaria del compositor Adrian Leverkuehn en *Dr. Faustus*. El extremismo de estos temores refleja una ingenuidad o inocencia predominantes.**

Sin embargo, esta ingenuidad nos permite observar la existencia de poderosos elementos sexuales del mundo burgués, muy evidentes en el modo de vestir: extraordinaria combinación de tentación y prohibición. La burgue-

* A los médicos prusianos se les pidió que proporcionasen el número de todos sus pacientes venéreos tratados en abril de 1900. No hay ninguna razón para pensar que las cifras relativas fueran muy diferentes de las de treinta años antes.[4]

** La validez de los patrones morales predominantes en los países protestantes se puso de manifiesto en el comportamiento de los esclavistas norteamericanos hacia sus esclavas. Contrariamente a lo que era de esperar, y al carácter preponderante en los países mediterráneos y católicos —un proverbio cubano afirmaba que «no hay cosa igual a un tamarindo dulce y a una virgen mulata»—, parece que en el Sur rural y esclavista la difusión de la mezcla de razas o realmente de la ilegitimidad fue más bien baja.[6]

sía de mediados de la era victoriana hacía gran ostentación de ropajes, dejando pocas zonas de su cuerpo públicamente visibles, incluso en los trópicos, si exceptuamos la cara. En casos extremos, como en Estados Unidos, debían esconderse incluso aquellos objetos que recordasen al cuerpo (las patas de las mesas). Al mismo tiempo y, sobre todo en las décadas de 1860 y 1870, se recalcaron grotescamente las características sexuales secundarias: el vello y la barba de los hombres y el cabello, senos, caderas y nalgas de las mujeres, hinchadas hasta alcanzar enormes proporciones por medio de falsos moños, *culs-de-Paris*, etc.* El choque producido por el famoso *Déjeuner sur l'herbe* de Manet (1863), deriva, precisamente, del contraste entre la absoluta respetabilidad de los trajes masculinos y la desnudez de la mujer. La estridencia con la que la civilización burguesa insistía en que la mujer era, principalmente, un ser espiritual, implicaba, al mismo tiempo, que el hombre no lo era y que la atracción física obvia entre los sexos no podía encajar en el sistema de valores. La respetabilidad era incompatible con la diversión, como da por sentado la tradición de los campeonatos deportivos que sentencia a sus deportistas a un celibato temporal antes del gran partido o combate. Generalmente, la civilización se asentaba sobre la represión del instinto. El más importante psicólogo burgués, Sigmund Freud, convirtió este asunto en la piedra angular de sus teorías, aunque las generaciones posteriores encontraron en ellas una llamada a la abolición de la represión.

Pero ¿por qué un punto de vista al que no le faltaba plausibilidad fue sostenido con un extremismo tan apasionado y en realidad patológico, que contrastaba tan notablemente (como observó con su habitual ingenio Bernard Shaw) con el ideal de moderación y de *juste milieu* que definía tradicionalmente a las aspiraciones y papeles de la clase media?[7] La respuesta a esta pregunta es fácil si nos referimos a los peldaños más bajos de la escala de las aspiraciones de la clase media. Sólo un esfuerzo heroico podía elevar a un pobre hombre o mujer, o incluso a sus hijos, del pantano de la desmoralización al firme altiplano de la respetabilidad y, sobre todo, servía para definir su posición. Como ocurre con los miembros de Alcohólicos Anónimos, para ellos no existía una solución de compromiso: o la abstinencia total o la reincidencia. Realmente, el movimiento pro abstinencia total del alcohol, que también prosperó en esta época en los países protestantes y puritanos, lo ilustra claramente. Este no fue concebido como un movimiento tendente a abolir, y aún menos a limitar, el alcoholismo, sino a definir y situar aparte a aquellos individuos que habían demostrado, por su fuerza de voluntad o por su carácter, que eran distintos a los pobres «no respetables». El puritanismo sexual cumplía la misma función. Pero sólo fue un fenómeno «burgués», en la medida en que reflejaba la hegemonía de la respetabilidad burguesa. Como las lecturas de Samuel Smiles, o la práctica de otras formas de «autoayuda» o de

* La moda de la crinolina, que disfrazaba totalmente la parte inferior mientras que resaltaba en contraste la cintura, con las caderas vagamente sugeridas, fue una moda transitoria de la década de 1850.

«automejora», el puritanismo en vez de preparar al éxito burgués ocupaba más frecuentemente su lugar. A nivel del artesano o del dependiente «respetable» la abstinencia era su recompensa. Aunque, en términos materiales, habitualmente, sólo proporcionaba modestas ganancias.

El problema del puritanismo burgués es más complejo. La idea de que la burguesía de mediados del siglo XIX era raramente de pura sangre y que ello la obligaba a construir, excepcionalmente, impenetrables defensas contra la tentación física, es poco convincente: lo que aumentaba así las tentaciones era, precisamente, el extremismo de los patrones morales admitidos que, a su vez, era lo que dramatizaba aún más la caída, como en el caso del católico y puritano conde Muffat de la *Nana* de Émile Zola, la novela de la prostitución en el París de la década de 1860. Por supuesto, tal como veremos, el problema era, en cierta medida, económico. La «familia» no era sólo la unidad social básica de la sociedad burguesa, sino su unidad básica con respecto a la propiedad y a la empresa, ligada con muchas otras unidades a través de un sistema de intercambios de mujeres-más-propiedad (la «dote»), según el cual las mujeres eran, por convención estricta derivada de la tradición preburguesa, *virgines intactae*. Nada de lo que debilitase la unidad familiar era permisible y nada más obviamente enervante que la pasión física incontrolada, que introducía pretendientes y novias nada apropiados (es decir, económicamente poco ventajosos), separaba a los esposos de sus mujeres y mermaba los fondos comunes.

Las tensiones no eran sólo económicas y fueron especialmente fuertes durante el período que estudiamos, cuando la moralidad basada en la abstinencia, en la moderación y en la represión entró en conflicto dramáticamente con la realidad del éxito burgués. La burguesía ya no vivía en el seno de una economía familiar de escasez, o en un tipo de sociedad alejado de las tentaciones de la alta sociedad. Su problema era el de gastar, en vez del de ahorrar. El burgués ocioso se hizo cada vez más frecuente —en Colonia el número de *rentiers* (rentistas) que pagaban impuestos sobre la renta creció de 162 en 1854 a casi 600 en 1874—,[8] pero ¿cómo podía el burgués triunfante, detentase o no el poder político como clase, demostrar sus conquistas sino gastando? El término *parvenu* (nuevo rico) se convirtió automáticamente en sinónimo de gastador. Tanto si estos burgueses trataban de imitar este estilo de vida de la aristocracia, como si construían sus propios castillos e imperios industrial-feudales, iguales e incluso más caros que los de los *Junkers*, cuyos títulos habían rechazado (como hicieron los Krupp, con gran conciencia de clase y sus colegas del Rur), debían gastar, y lo hacían de una forma que, inevitablemente, acercaba su estilo de vida al de la aristocracia no puritana, y aun más el de sus mujeres. Hasta la década de 1850 había sido un problema que atañía a relativamente pocas familias; en algunos países, como Alemania, a casi ninguna. Pero ahora se había convertido en un problema de clase.

La burguesía como clase halló enormes dificultades para combinar ganancias y gastos de una forma moralmente satisfactoria, y del mismo modo fracasó a la hora de resolver el equivalente problema material: es decir, cómo asegurar la sucesión de hombres de negocios dinámicos y capaces en el seno

de la misma familia, lo que aumentó la importancia de las hijas, que podían introducir sangre nueva en la empresa. De los cuatro hijos del banquero Friedrich Wichelhaus de Wuppertal (1810-1886), únicamente Robert (nacido en 1836) fue banquero. Los otros tres (nacidos respectivamente en 1831, 1842 y 1846) terminaron como terratenientes y uno como universitario, pero las dos hijas (nacidas en 1829 y 1838) se casaron con industriales, incluyendo a un miembro de la familia de Engels.[9] La única cosa por la que se esforzaba la burguesía, el beneficio, dejó de ser una motivación suficiente una vez obtenida suficiente riqueza. Hacia finales de siglo la burguesía descubrió, al menos, una fórmula temporal para combinar ganancias y gastos, suavizada por las adquisiciones del pasado. Estas últimas décadas anteriores a la catástrofe de 1914, serían el «veranillo de San Martín», la *belle époque* de la vida burguesa, añorada por sus supervivientes. Pero quizá en el tercer cuarto del siglo XIX fue cuando se agudizaron las contradicciones: coexistían el esfuerzo y el placer, pero eran antagónicos. La sexualidad resultó ser una de las víctimas del conflicto y la hipocresía salió triunfante.

II

Reforzada por sus ropas, sus muros y sus objetos, la familia burguesa aparecía como la institución más misteriosa de la época. Pues si es fácil descubrir o imaginar las conexiones entre puritanismo y capitalismo, como testimonian multitud de escritos, siguen siendo oscuras las conexiones entre estructura familiar y sociedad burguesa. El aparente conflicto entre ambas raramente se ha tenido en cuenta. ¿Por qué motivo se dedicaría una sociedad a una economía de empresa competitiva y lucrativa, al esfuerzo individual, a la igualdad de derechos y oportunidades y a la libertad, si se basaba en una institución que las negaba tan absolutamente?

Su unidad básica, el hogar unifamiliar, era una autocracia patriarcal y el microcosmos de un tipo de sociedad que la burguesía como clase (o al menos sus portavoces teóricos) denunciaban y destruían: era una jerarquía de dependencia personal.

> Allí, con firme juicio gobierna con acierto el padre, marido y señor.
> Colmándolo de prosperidad como guardián, guía o juez.[10]

Tras él —y continuamos citando al muy notorio filósofo Martin Tupper— revoloteaba «el ángel bueno del hogar, la madre, esposa y señora»,[11] cuyo oficio, según el gran Ruskin, consistía en:

> I. Complacer a su gente.
> II. Alimentarla con ricos manjares.
> III. Vestirla.
> IV. Mantenerla en orden.
> V. Enseñarla.[12]

Curiosamente, para desempeñar esta tarea no necesitaba ni demostrar, ni poseer inteligencia ni conocimientos (como dice Charles Kingsley: «Sé buena, dulce sierva, y deja que él sea inteligente»). Esto no se debía, simplemente, a que la nueva función de la esposa burguesa era demostrar la capacidad del esposo burgués ocultando la suya en el ocio y el lujo, cosa que chocaba con las viejas funciones de dirigir una casa, sino también a que su inferioridad respecto al hombre debía ser demostrable:

> ¿Tiene acaso juicio? Este es un gran valor, pero hay que cuidar que no exceda el tuyo. Pues la mujer debe estar sometida y el verdadero dominio es el de la inteligencia.[13]

Sin embargo, esta preciosa, ignorante e idiota esclava también era solicitada para ejercer el poder, no tanto sobre los niños, cuyo señor seguía siendo el *pater familias*,* como sobre los criados, cuya presencia distinguía a la burguesía de las clases inferiores. Una «señora» podía definirse como alguien que no trabajaba y que, por lo tanto, ordenaba a otra persona que lo hiciese,[15] siendo sancionada su superioridad por esta relación. Sociológicamente, la diferencia entre clase obrera y clase media era la existencia entre aquellos que tenían criados y aquellos que lo eran potencialmente, y así se diferenciaron en la primera encuesta social realizada en Seebohm, Rowntree (York), a finales de siglo. El servicio se componía cada vez más y de manera abrumadora de mujeres —en Gran Bretaña, entre 1841 y 1881, el porcentaje de hombres que desempeñaban oficios domésticos y servicios personales, bajó de 20 a 12 aproximadamente—, por lo que el hogar burgués ideal consistía en el señor de la casa, de sexo masculino, que dominaba a cierto número de mujeres jerárquicamente clasificadas; todos los demás, como los niños varones, abandonaban la casa cuando se iban haciendo mayores, e incluso —entre las clases altas británicas— cuando tenían edad suficiente para ir al internado.

Pero el criado o la criada, aunque percibían un salario, y por ello eran una réplica doméstica del obrero, y cuyo empleo en la casa definía al varón burgués desde el punto de vista económico, eran esencialmente diferentes, ya que su principal nexo con el patrón (esto era más frecuente en el caso de las mujeres que en el de los hombres), no era monetario, sino personal y realmente con fines prácticos, de dependencia total. Cada acto de la vida del que servía estaba estrictamente prescrito y como vivía en algún ático pobremente amueblado, en la casa de sus señores, era perfectamente controlable. Desde el delantal o el uniforme que llevaba, hasta las referencias sobre su buen comportamiento o «carácter», sin las que no podía encontrar empleo, todo a su alrededor simbolizaba una relación de poder y sujeción. Lo cual no excluía la existencia de estrechas, aunque desiguales relaciones personales, no

* «Los niños debían hacer todo lo posible por agradar a su idolatrado padre: dibujaban, trabajaban, recitaban, escribían composiciones, tocaban el piano.» Todo ello para celebrar el cumpleaños de Alberto, príncipe consorte de la reina Victoria.[14]

muchas más que en las relaciones esclavistas. En realidad, es probable que esto sirviese de estímulo, aunque no debemos olvidar que por cada niñera o cada jardinero que dedicaba toda su vida al servicio de una sola familia, había cientos de muchachas campesinas que pasaban rápidamente por la casa, y que salían de ella embarazadas, casadas o para buscar otro trabajo; hechos que eran tratados simplemente como otro ejemplo del «problema del servicio», tema que llenaba las conversaciones de sus amas. El punto crucial es que la estructura de la familia burguesa contradecía de plano a la de la sociedad burguesa, ya que en aquélla no contaban la libertad, la oportunidad, el nexo monetario, ni la persecución del beneficio individual.

Podríamos afirmar que esto se debía a que el anarquismo individualista hobbesiano que conformaba el mundo teórico de la economía burguesa no servía de base para ninguna forma de organización social, incluyendo a la familia. Y en realidad, hasta cierto punto, se buscaba un contraste deliberado con el mundo exterior, un oasis de paz en un mundo de guerra, *le repos du guerrier*.

> Sabéis —escribía la esposa de un industrial francés a sus hijos en 1856— que vivimos en un siglo en el que los hombres valen según su propio esfuerzo. Cada día los ayudantes más arrojados e inteligentes ocupan el lugar de su patrón, cuya debilidad y falta de seriedad lo rebajan del rango que parecía ser suyo para siempre.

«Qué batalla —escribía su esposo, empeñado en una lucha con los fabricantes de textiles británicos—; muchos morirán en la pelea, y más incluso resultarán cruelmente heridos.»[16] Las metáforas guerreras acudían, espontáneamente, a los labios de los hombres que participaban en la «lucha por la vida» o en la «supervivencia de los más aptos», al tiempo que las metáforas de la paz eran utilizadas al describir el hogar: «La morada de la alegría», el lugar donde «las satisfechas ambiciones del corazón se regocijan», pues nunca podía regocijarse fuera, ya que dichas ambiciones no se satisfacían, o al menos no se admitía dicha satisfacción.[17]

Pero es posible también que la desigualdad esencial sobre la que se basaba el capitalismo encontrase su necesaria expresión en la familia burguesa. Precisamente porque la dependencia no se basaba sobre la desigualdad colectiva, institucionalizada y tradicional, tenía que hacerlo en una relación individual. Ya que la superioridad era algo tan discutible y dudoso para el individuo, debía existir alguna forma de que fuese permanente y segura. Como su principal expresión era el dinero, y éste expresaba simplemente las relaciones de intercambio, debía complementarse con otras formas de expresión que demostrasen la dominación de unas personas sobre otras. Por supuesto, no había nada nuevo en la estructura familiar patriarcal basada en la subordinación de las mujeres y los niños. Pero cuando podía esperarse lógicamente que la sociedad burguesa la destruyese o transformase —del mismo modo que más tarde sería desintegrada—, resultó que la fase clásica de la sociedad burguesa la reforzó y exageró.

La medida en la que realmente este «ideal» del patriarcado burgués representaba la realidad, es otra cuestión. Un observador resumía la personalidad del típico burgués de Lille como un hombre que «teme a Dios, pero sobre todo a su esposa, y que lee el *Écho du Nord*»,[18] y esta es una descripción de los hechos de la vida burguesa tan idónea, al menos, como aquella otra teoría elaborada por los hombres sobre el desamparo y la dependencia femeninas, en ocasiones patológicamente exagerada en las ensoñaciones masculinas, y otras veces puesta en práctica con la selección y formación de una esposa-niña por su futuro marido. Aun así, la existencia e incluso el reforzamiento del tipo ideal de familia burguesa en este período es significativa. Esto basta para explicar los comienzos de un movimiento feminista sistemático, sea cual fuere, entre las mujeres de la clase media de este período en los países anglosajones y protestantes.

Sin embargo, el hogar burgués fue, simplemente, el núcleo de la más amplia relación familiar, en cuyo seno operaba el individuo: los Rothschild, los Krupp, los Forsty, convirtieron la historia social y económica del siglo XIX en un asunto esencialmente dinástico. Pero aunque en el siglo pasado se acumuló una enorme cantidad de material sobre tales familias, ni los antropólogos sociales, ni los compiladores de libros genealógicos (una ocupación aristocrática) se tomaron el suficiente interés por ellos como para facilitar una generalización segura sobre tales grupos familiares.

¿En qué medida ascendieron desde los estratos inferiores? Parece que esta ascensión alcanzó límites poco sustanciales, aunque en teoría nada impedía el ascenso social. Respecto a los patrones del acero británicos de 1865, el 89 por 100 provenía de familias de clase media; el 7 por 100, de familias de clase media baja (incluyendo pequeños comerciantes, artesanos independientes, etc.) y sólo un 4 por 100, de la clase obrera especializada o, en menor medida, no especializada.[19] En este mismo período, el grueso de los fabricantes textiles del norte de Francia estaba compuesto por los hijos de los que ya podían considerarse pertenecientes a los estratos sociales medios, y el grueso de los calceteros de Nottingham, de mediados del siglo XIX, tenía orígenes similares, ya que realmente dos tercios de los mismos provenían del comercio calcetero. Los «padres fundadores» de la empresa capitalista del suroeste alemán no siempre eran ricos, pero es significativo el número de aquéllos con una larga experiencia familiar en los negocios y, con frecuencia, en las industrias que iban a desarrollar: los protestantes suizo-alsacianos como los Koechlin, Geigy o Sarrasin, judíos, crecieron en el ambiente financiero de los pequeños principados, en vez de hacerlo en el de los empresarios-artesanos técnicamente innovadores. Los hombres instruidos —especialmente los hijos de pastores protestantes y de funcionarios— modificaron su estatus de clase media mediante la empresa capitalista, pero no lo cambiaron.[20] Las carreras del mundo burgués estaban abiertas al talento, pero la familia que entre otras de mediana posición contase con una modesta educación, con propiedades y relaciones sociales, comenzaba, sin duda, con una ventaja relativamente grande, y no contaba menos la capacidad para casarse con otras personas del mismo estatus

social, que estuviesen en la misma línea de negocios o que contasen con recursos combinables con los propios.

Por supuesto, eran aún sustanciales las ventajas económicas que proporcionaba una familia extensa o una unión de familias. En el mundo de los negocios proporcionaban garantías al capital, a veces útiles contactos empresariales y, sobre todo, administradores dignos de confianza. En 1851 los Lefebvre de Lille financiaron la empresa para el cardado de lana de su cuñado Amedée Prouvost. Siemens y Halske, la famosa empresa eléctrica fundada en 1847, obtuvo su primer capital de un primo; un hermano fue el primer empleado asalariado y nada era más natural que los tres hermanos, Werner, Carl y Wilhelm se hiciesen cargo, respectivamente, de las sucursales de Berlín, San Petersburgo y Londres. Los famosos clanes protestantes de Mulhouse estaban ligados unos a otros: André Koechlin, yerno de Dollfus, fundador de la Dollfus-Mieg (tanto él como su padre se habían casado con miembros de la familia Mieg), se hizo cargo de la empresa hasta que sus cuatro cuñados tuvieron edad suficiente para dirigirla, mientras que su tío Nicholas dirigió la empresa familiar Koechlin «a la que asoció, exclusivamente, a sus hermanos y cuñados y a su anciano padre».[21] Entretanto, otro Dollfus, bisnieto del fundador, registró otra empresa familiar local, Schlumberger y Cía. La historia empresarial del siglo XIX está llena de tales alianzas e interconexiones familiares. Éstas requerían un gran número de hijos e hijas disponibles, por lo que éstos abundaban y de ahí que, excepto en el campesinado francés, que sólo necesitaba un heredero para hacerse cargo de las posesiones familiares, no existía ningún fuerte incentivo para el control de la natalidad, excepto entre la pobre y conflictiva clase media baja.

Pero ¿cómo se organizaban los clanes? ¿Cómo operaban? ¿En qué momento cesaban de representar a los grupos familiares y se convertían en un grupo social coherente, en una burguesía local o incluso (como en el caso de los banqueros protestantes y judíos) en una red aún más amplia, en la que las alianzas familiares fuesen simplemente un aspecto? Aún no podemos contestar a dichos interrogantes.

III

En otras palabras, ¿qué queremos decir al hablar de la «burguesía» como clase, en este período? Las definiciones económicas, políticas y sociales diferían algo, pero estaban lo suficientemente cercanas entre sí como para no originar grandes dificultades.

Así, en un plano económico, la quintaesencia del burgués era el «capitalista» (es decir, el propietario del capital, el receptor de un ingreso derivado del mismo, el empresario productor de beneficios, o todo esto a la vez). Y, de hecho, en este período el «burgués» característico o el miembro de la clase media tenía poco que ver con aquellas personas que no encajasen en una de estas casillas. En 1848, las 150 familias principales de Burdeos comprendían noventa hombres de negocios (comerciantes, banqueros, propietarios de tiendas, etc., aunque en esta ciudad escaseaban los industriales), cuarenta y cinco propietarios y rentistas y quince miembros de profesiones liberales, que, por supuesto, en aquel entonces eran variantes de la empresa privada. Entre ellos había una total ausencia de altos ejecutivos asalariados (al menos nominalmente), que componían el mayor grupo aislado de las 450 familias principales de Burdeos en 1960.[22] Debemos añadir que, aunque la propiedad de la tierra o con más frecuencia de los bienes raíces urbanos seguía siendo una importante fuente de ingresos burgueses especialmente para la burguesía de clase media y baja en las zonas menos industrializadas, ya estaba perdiendo algo de su importancia anterior. Incluso en Burdeos, que no estaba industrializada (1873), formaba sólo el 40 por 100 de las herencias en 1873 (23 por 100 de las mayores fortunas), mientras que en Lille, industrializada, en la misma época, formaba sólo el 31 por 100.[23]

Naturalmente, aquellos que se dedicaban a la política burguesa eran algo diferentes, aunque sólo fuese porque la política es una actividad especializada y que lleva tiempo, que no atrae a todos por igual o en la cual no todos encajan del mismo modo. Sin embargo, ya en este período la política burguesa estaba dirigida, en gran medida, por burgueses en activo o retirados. Así, en la segunda mitad del siglo XIX, entre un 25 y un 40 por 100 de los miembros del Consejo Federal Suizo eran empresarios y rentistas (siendo un 20 o 30 por 100 de los miembros del Consejo «barones federales», que dirigían los bancos, los ferrocarriles y las industrias), en una cuantía mucho mayor que en el siglo XX. Entre un 15 y un 25 por 100 eran miembros en activo de profesiones liberales, por ejemplo, abogados —aunque el 50 por 100 de todos sus miembros eran letrados, siendo este el patrón de cualificación cultural para acceder a la vida pública o a la administración en la mayoría de los países. Entre un 20 y un 30 por 100 eran profesionales con categoría de «figuras públicas» («prefectos, jueces rurales y otros magistrados).[24] A mediados de siglo, el partido liberal contaba en la cámara belga con un 83 por 100 de miembros burgueses, el 16 por 100 de esos miembros eran negociantes, otro 16 por 100, *propietaires*; el 15 por 100, *rentiers*; el 18 por 100, administradores profesionales, y el 42 por 100 pertenecían a profesiones liberales, por ejemplo, abogados y algunos médicos.[25] Esto ocurría igualmente, y quizá más, en la política local de las ciudades, que, naturalmente, estaban dominadas por los notables burgueses del lugar (por ejemplo, liberales). Si los estratos superiores del poder estaban ocupados por los antiguos grupos situados tradicionalmente en él, a partir de 1830 en Francia y de 1848 en Alemania, la burguesía «asaltó y conquistó los niveles inferiores del poder político», como concejos municipales, alcaldías, consejos de distrito, etc., y los mantuvo bajo su control hasta la irrupción de las masas en la política, en las últimas décadas del siglo. Desde 1830, Lille fue dirigido por alcaldes que, principalmente, eran empresarios prominentes.[26] En Gran Bretaña las mayores ciudades estaban francamente en manos de la oligarquía empresarial.

Socialmente las definiciones no eran tan claras, aunque la «clase media» incluía obviamente a todos los grupos citados, siempre que fuesen suficientemente ricos y consolidados: los hombres de negocios, los propietarios, las profesiones liberales y los estratos más elevados de la administración que, por supuesto, eran numéricamente un grupo bastante reducido fuera de las capitales. La dificultad reside en definir los límites «superior» e «inferior» del estrato dentro de la jerarquía del estatus social, y en tener en cuenta la notable heterogeneidad de sus miembros, dentro de dichos límites: al menos siempre hubo una estratificación interna aceptada entre *grande* (alta), *moyenne* (media) y *petite* (pequeña) burguesía; esta última matizaba estratos que *de facto* podrían situarse fuera de la clase burguesa.

A fin de cuentas, las diferencias más o menos acentuadas entre la alta burguesía y la aristocracia (alta o baja), dependían, en parte, de la exclusividad legal o social de este grupo, o de su propia conciencia de clase. Ningún burgués llegaría a ser un verdadero aristócrata en, digamos, Rusia o Prusia, e incluso allí donde se distribuían libremente títulos de nobleza secundarios, como en el imperio de los Habsburgo, ningún conde Chotek o Auersperg, que, sin embargo, estaba dispuesto a participar en el consejo de dirección de cualquier empresa, consideraría al barón Von Wertheimstein como algo más que un banquero de clase media y un judío. Gran Bretaña era casi el único país en que, de modo sistemático, se estaba incorporando a los empresarios a la aristocracia; banqueros y financieros con preferencia a industriales; aunque en este período el proceso no sobrepasaba límites modestos.

Por otra parte, hasta 1870 e incluso después, aún había industriales alemanes que rehusaban permitir que sus sobrinos se convirtiesen en oficiales de la reserva, considerándolo como algo poco adecuado para jóvenes de su clase, o cuyos hijos insistían en hacer el servicio militar en infantería o ingeniería, en vez de hacerlo en la caballería, cuerpo socialmente más exclusivista. Pero debemos añadir que a medida que aumentaban los beneficios —y éstos eran muy importantes en este período—, la tentación de obtener condecoraciones, títulos, matrimonios con la nobleza y, en general, un modo de vida aristocrático, era con frecuencia irresistible para los ricos. Los fabricantes ingleses inconformistas se convertían a la Iglesia de Inglaterra, y en el norte de Francia el «volterianismo apenas encubierto» anterior a 1850, se transformó, después de 1870, en un increíblemente ferviente catolicismo.[27]

En los estratos inferiores, la línea divisoria mostraba un carácter económico mucho más claro, aunque los hombres de negocios —al menos en Gran Bretaña— podían trazar una neta línea cualitativa entre ellos y los «parias» sociales que vendían bienes directamente al público, como los comerciantes; al menos hasta que el comercio minorista no demostrase que podía hacer millonarios a los que lo practicaban. Evidentemente, el artesano independiente y el propietario de un pequeño comercio pertenecían a una clase media más baja, o *Mittelstand*, que tenía poco en común con la burguesía, excepto la aspiración a su estatus social. El campesino rico no era un burgués, ni lo era el empleado de oficina. Sin embargo, a mediados de siglo existía un remanente tan grande de viejos tipos de productores y vendedores de géneros ínfimos, y económicamente independientes e incluso de obreros no especializados y capataces (que, en muchos casos, aún ocupaban un puesto en los modernos cuadros tecnológicos), que difuminaban la línea divisoria: algunos podrían prosperar y al menos en sus lugares de origen podrían convertirse en burgueses reconocidos.

Entre las principales características de la burguesía como clase hay que resaltar que se trataba de un grupo de personas con poder e influencia, independientes del poder y la influencia provenientes del nacimiento y del estatus tradicionales. Para pertenecer a ella se tenía que ser «alguien», es decir, ser una persona que contase *como individuo*, gracias a su fortuna, a su capacidad para mandar a otros hombres o, al menos, para influenciarlos. De ahí que, como hemos visto, la forma clásica de la política burguesa fuese completamente distinta de la política de masas de los que se encontraban por debajo de ellos, incluyendo a la pequeña burguesía. El recurso clásico del burgués en apuros o con motivos de queja, fue ejercer o solicitar las influencias individuales: hablar con el alcalde, con el diputado, con el ministro, con el antiguo compañero de escuela o colegio, con el pariente, o tener contactos de negocios. La Europa burguesa estaba, o iba a estar, llena de sistemas más o menos informales para la protección del progreso mutuo, de cadenas de viejos amigos o mafias («amigos de los amigos»), entre los cuales se contaban las que surgían de una asistencia común a las mismas instituciones educativas y que fueron, naturalmente, muy importantes, especialmente en lo que respecta a las instituciones de enseñanza superior, que daban lugar a uniones nacionales, que superaban las simplemente locales.* Una de estas asociaciones, la francmasonería, sirvió a fines aún más importantes en ciertos países, especialmente en los latinos y católicos, ya que realmente sirvió de aglutinante ideológico a la burguesía liberal en su dimensión política, o, como ocurrió en Italia, resultó virtualmente la única organización permanente y nacional de esta clase.[28] El individuo burgués que era exhortado a expresar su opinión sobre los asuntos públicos, sabía que una carta dirigida a *The Times* o a *Neue Freie Presse* no sólo llegaría a una gran parte de sus compañeros de clase y a aquellos que tenían el poder de decisión, sino que, y esto es lo más importante, sería publicada, sobre la base de la fuerza de su reputación como individuo. La burguesía como clase no organizaba movimientos de masas, sino grupos de presión. Su modelo político no era el cartismo, sino la Liga contra la ley de cereales (Anti-Corn Law League).

Por supuesto, el grado en el que el burgués era un «notable» variaba enormemente, desde la *grande bourgeoisie*, cuyo ámbito de acción era nacional e incluso internacional, a los personajes más modestos que cobraban importancia en Aussig o Groninga. Krupp esperaba y recibía más consideraciones que

* Sin embargo, en Gran Bretaña, las llamadas *public schools*, que cobraron un rápido auge en este período, reunían, incluso a edades más tempranas, a los hijos de la burguesía, provenientes de diferentes partes del país. En Francia algunos de los principales liceos de París sirvieron quizá para la misma finalidad; en cualquier caso, para los intelectuales.

Theodor Boeninger, de Duisburg, a quien el gobierno regional recomendaba, sin más, para el título de asesor comercial (*Kommerzienrat*) porque era rico, industrial capaz, activo en la vida pública y religiosa, y porque apoyaba al gobierno en las elecciones, en los consejos municipales y de distrito. Con todo, ambos a su modo eran personas «que contaban». Si la coraza del esnobismo de grupo separaba a los millonarios de los ricos y a éstos, a su vez, de los que tenían una posición simplemente acomodada, lo cual era bastante natural en una clase cuya verdadera esencia era subir cada vez más mediante el esfuerzo individual, no destruyó este sentido de conciencia de grupo que convirtió el «grado medio» de la sociedad en la «clase media» o «burguesía».

Esto se basaba en presupuestos, creencias y formas de actuar comunes. La burguesía del tercer cuarto del siglo XIX fue preponderantemente «liberal», no tanto en un sentido partidista (aunque como hemos visto los partidos liberales eran predominantes), sino en un sentido ideológico. Creían en el capitalismo, en la empresa privada competitiva, en la tecnología, en la ciencia y en la razón. Creían en el progreso, en un cierto grado de gobierno representativo, de derechos civiles y de libertades, siempre que fuesen compatibles con el imperio de la ley, y con un tipo de orden que mantuviese a los pobres en su sitio. Creían más en la cultura que en la religión, en casos extremos sustituían la asistencia a la iglesia por la asistencia ceremonial a la ópera, al teatro o al concierto. Creían en las profesiones abiertas a los emprendedores y al talento y que sus propias vidas acreditaban sus méritos. Como hemos visto, en esta época, la tradicional y frecuentemente puritana creencia en las virtudes de la abstinencia y de la moderación se fue debilitando frente a la realidad del éxito, pero aún se las añoraba. Si alguna vez la sociedad alemana llegaba a hundirse —decía un escritor de 1855—, sería porque la clase media había comenzado a perseguir las apariencias y el lujo, «sin intentar compensarlo con el sencillo y tesonero (competente) sentido burgués (*Buergersinn*), junto al respeto por las fuerzas espirituales de la vida, y junto al esfuerzo por identificar la ciencia, las ideas y el talento con el desarrollo progresivo del tercer estado».[29] Quizá este penetrante sentido de lucha por la vida, una verdadera selección natural en la que, después de todo, la victoria e incluso la supervivencia demostraban tanto la aptitud como las cualidades esencialmente morales, con las cuales únicamente podía alcanzarse dicha aptitud, reflejase la adaptación de la antigua ética burguesa a la nueva situación. El darwinismo, social o no, no era simplemente una ciencia, sino una ideología, incluso antes de que fuese formulada como tal. Ser burgués no sólo era ser superior, sino también demostrar cualidades morales equivalentes a las viejas cualidades puritanas.

Pero más que nada significaba superioridad. El burgués no sólo era independiente, un hombre a quien nadie daba órdenes (excepto el estado y Dios), sino alguien que se daba órdenes a sí mismo. No sólo era un empleado, un empresario o un capitalista, sino que, socialmente, era un «amo», un «señor» (*Fabrikherr*), un «patrón» o un *chef*. El monopolio del mando —en su casa, en su oficina, en su fábrica— era crucial para autodefinirse, y su afirmación formal, nominal o real, es un elemento esencial en todas las controversias industriales del período: «Pero también soy director de las Minas, es decir, la cabeza (*chef*) de una gran población de obreros ... Represento el principio de autoridad y estoy obligado a hacerlo respetar en mi persona: tal ha sido siempre el objeto conciso de mi relación con la clase obrera».[30] Únicamente los miembros de las profesiones liberales o los artistas e intelectuales, que no eran esencialmente empresarios o no tenían subordinados, no eran originalmente «amos». Incluso en este caso, el «principio de autoridad» estaba lejos de estar ausente, sea en el comportamiento del tradicional profesor universitario europeo, del médico autócrata, del director de orquesta o del pintor caprichoso. Si Krupp mandaba sobre sus ejércitos de trabajadores, Richard Wagner esperaba una subordinación total por parte de su audiencia.

La dominación implica inferioridad. Pero la burguesía de mediados del siglo XIX estaba dividida sobre la naturaleza de la inferioridad de las clases bajas, sobre la que no existía una disconformidad sustancial; aunque se habían hecho intentos para distinguir, en el seno de las masas subalternas, entre aquellos a los que se atribuía esperanzas de progresar, es decir, la respetable clase media baja, y aquellos cuya redención era imposible. Como el éxito era una consecuencia del mérito personal, el fracaso se debía evidentemente a la falta de méritos. La ética burguesa tradicional, puritana o secular, lo achacaba a la debilidad moral o espiritual en vez de hacerlo a la falta de talento, pues era evidente que no era necesaria mucha cabeza para obtener éxito en los negocios, y a la inversa, que sólo la inteligencia no garantizaba la fortuna, y aún menos el «ojo clínico». Esto no implica necesariamente un antiintelectualismo, aunque en Gran Bretaña y Estados Unidos estaba muy extendido, ya que triunfaron en los negocios los individuos de escasa educación, utilizando el empirismo y el sentido común. Incluso Ruskin reflejó este punto de vista cuando afirmaba que «los laboriosos metafísicos están siempre embrollando a las personas *buenas* y *activas* y tejiendo su telaraña entre las más finas ruedas de los negocios mundiales». Samuel Smiles expuso el asunto con mayor simplicidad:

> La experiencia que se obtiene de los libros, aunque con frecuencia es valiosa, pertenece a la naturaleza de la *erudición*, mientras que la experiencia obtenida de la vida real pertenece a la de la *sabiduría*, y una pequeña provisión de esta última vale mucho más que una amplia acumulación de la primera.[31]

Pero la simple clasificación dualista entre lo moralmente superior e inferior, aunque era apropiada para distinguir a los «respetables» de las masas trabajadoras ebrias y licenciosas, sencillamente ya no resultaba adecuada, excepto para la esforzada clase media baja, aunque sólo fuese porque las antiguas virtudes ya no eran visiblemente aplicables a las próspera y adinerada burguesía. La ética de la moderación y el esfuerzo apenas podía aplicarse al éxito de los millonarios norteamericanos de las décadas de 1860 y 1870, o incluso a los adinerados fabricantes, retirados a una vida ociosa en sus casas

de campo, y aún menos a sus parientes rentistas, cuyos ideales, según palabras de Ruskin, eran:

> Ésta [vida] debe transcurrir en un *mundo agradable y muelle*, con hierro y carbón por todas partes. En cada *placentera orilla* de este mundo debe haber una *hermosa mansión* ... un *parque de tamaño moderado*; un gran jardín e invernaderos; un *agradable carruaje* nos conduce a través de los arbustos. En esta casa habitan ... el caballero inglés con su *afable esposa* y su *hermosa familia*, siempre capaz de ofrecer un tocador y unas joyas a su esposa, unos *hermosos vestidos de baile* a sus hijas, perros de caza a sus hijos y un terreno de caza en las Highlands para sí.[32]

De ahí la creciente importancia de las teorías alternativas sobre la superioridad de clase *biológica*, que fue tan importante para la *Weltanschauung* burguesa del siglo XIX. La superioridad era el resultado de la selección natural, transmitida genéticamente (véase el capítulo 14). El burgués era, si no una especie diferente, sí al menos miembro de una raza superior, un estadio superior de la evolución humana, distinto de los órdenes inferiores que histórica o culturalmente permanecían en la infancia o, cuando más, en la adolescencia.

No había más que un paso entre el amo dominador y la raza dominante. Con todo, el derecho a dominar, la incuestionable superioridad del burgués como especie, no sólo implicaba inferioridad, sino idealmente una inferioridad aceptada y deseada, como la existente en la relación entre hombre y mujer (que una vez más simboliza enormemente el punto de vista del mundo burgués). Los obreros, como las mujeres, *estaban obligados* a ser leales y a estar satisfechos. Si no era así, ello se debía a esa figura clave del universo social de la burguesía: «el agitador proveniente del exterior». Aunque a simple vista nada era más evidente que el hecho de que los miembros de los sindicatos de obreros especializados fuesen, probablemente, los obreros mejores, más inteligentes y más preparados, el mito del agitador forastero que explotaba a los necios, pero que, sobre todo, amodorraba a los obreros, era indestructible. «La conducta de los obreros es deplorable —escribía un capataz de minas francés en 1869, durante el feroz proceso represivo de esas huelgas, de las que el *Germinal* de Zola nos ha dado un vívido retrato—, pero debo reconocer que sólo han sido los salvajes instrumentos de los agitadores.»[33] Para ser más precisos: el activo militante o el líder potencial de clase obrera *debía* ser por definición un «agitador», ya que no podía adaptarse al estereotipo de obediencia, inercia y estupidez. Cuando en 1859 nueve de los más honrados mineros de Seaton Delaval —«todos abstemios, seis metodistas primitivos y dos de estos seis predicadores locales»— fueron enviados a prisión por dos meses, tras una huelga, *a la que se habían opuesto*, el capataz lo sabía perfectamente. «Sé que son hombres respetables, y por esto los envío a prisión. No suelo enviar a la cárcel a los indiferentes.»[34]

Dicha actitud reflejaba la determinación de decapitar a las clases inferiores, en la medida en que éstas no se desprendiesen de sus líderes potenciales

espontáneamente, mediante su absorción en la clase media baja. Pero también refleja un grado considerable de confianza. Estamos lejos de aquellos propietarios de fábricas de los años treinta, que vivían en constante temor de algo parecido a una insurrección de esclavos (véase, en *La era de la revolución*, el epígrafe al capítulo 11). Cuando los dueños de las fábricas hablaban del peligro comunista, que estaba detrás de cualquier limitación a los derechos absolutos de los empresarios para sobornar e incendiar a discreción, no se referían a la revolución social, sino simplemente a que el derecho de propiedad y el de dominio eran idénticos, y que una sociedad burguesa quedaba arruinada una vez que se permitiese una interferencia en los derechos de la propiedad.[35] Por ello las reacciones de temor y odio fueron mucho más histéricas cuando el espectro de la revolución social irrumpió una vez más en un mundo capitalista confiado. Las masacres de los comuneros de París (véase el capítulo 9) dan testimonio de su fuerza.

IV

¿Una clase de amos? Sí. ¿Una clase de gobernantes? La respuesta a esta pregunta es más compleja. La burguesía no era evidentemente una clase gobernante en el sentido en que lo era el terrateniente al viejo estilo, cuya posición le confería, *de iure* o *de facto*, el poder estatal efectivo sobre los habitantes de su territorio. Normalmente actuaba en el seno de un entramado dinámico de poder y administración estatal, que no era de su propiedad, al menos fuera de los edificios concretos que ocupaba («mi hogar es mi castillo»). Sólo en las zonas más alejadas de esta autoridad, como en los aislados asentamientos mineros, o donde el propio estado era débil, como en Estados Unidos, los amos burgueses podían ejercer este tipo de gobierno directo, sea mediante el mando sobre las fuerzas locales de la autoridad pública apelando a los ejércitos privados de los hombres de Pinkerton, o reuniéndose en bandas armadas de «vigilantes», para mantener el «orden». Además, en el período que estudiamos, los estados en los que la burguesía hubiese obtenido el control político formal, o no lo compartiese con las antiguas elites políticas, eran aún bastante excepcionales. En la mayoría de los países la burguesía, aunque ya definida como tal, no controlaba ni ejercía el poder político, excepto quizá a niveles subalternos o municipales.

Lo que ejercía era su hegemonía y determinaba, cada vez más, a la política. No había una alternativa al capitalismo como método de desarrollo económico, y en este período ello implicaba tanto la realización de los programas económicos e institucionales de la burguesía liberal (con sus variaciones locales), como la vital posición de esa misma burguesía en el estado. Incluso para los socialistas el camino del triunfo pasaba a través de un capitalismo totalmente desarrollado. Hasta 1848 pudo pensarse, por un momento, que sus crisis de transición (véase *La era de la revolución*, p. 307), podían ser también sus crisis finales, al menos en Inglaterra, pero en la década de 1850 se

hizo evidente que su principal etapa de crecimiento acababa de comenzar. En su principal bastión, Gran Bretaña, el capitalismo era inconmovible; pero en el resto del mundo las perspectivas de una revolución social, paradójicamente, parecían depender, más que nunca, de las posibilidades de la burguesía, fuese ésta nacional o extranjera, de crear ese capital triunfante que permitiera su propio derrocamiento. En cierto sentido, tanto Marx —que dio la bienvenida a la conquista de la India por los británicos y a la de México por los norteamericanos, como algo históricamente progresista, en este momento— como los elementos progresistas de México y la India —que, respectivamente, buscaron la alianza con Estados Unidos o con el Raj (gobierno) británico, contra sus propias fuerzas tradicionalistas (véase el capítulo 7)— reconocían la existencia de la misma situación global. Lo mismo ocurría con los gobernantes de los regímenes conservadores antiburgueses y antiliberales de Europa: ya que los progresistas reconocían, aunque a duras penas, que tanto en Viena, como en Berlín y San Petersburgo, la alternativa al desarrollo económico capitalista era el atraso y la consiguiente debilidad que ello implica. Su problema consistía en cómo alentar el capitalismo y con él a la burguesía, sin verse obligados a admitir a los regímenes políticos liberal-burgueses. No era ya viable el simple rechazo de la sociedad burguesa y de sus ideas. La única organización que se comprometió francamente a resistirse sin atenuantes, la Iglesia católica se aisló sin más. El *Syllabus errarum* de 1864 (véase el capítulo 6) y el Concilio Vaticano demostraron, por el extremismo con que rechazaron todo aquello que caracterizaba a este período de mediados del siglo XIX, que se encontraban completamente a la defensiva.

Desde la década de 1870 comenzó a desmoronarse el virtual monopolio del programa burgués (en sus formas «liberales»). Pero, de modo general, en el tercer cuarto del siglo XIX era todavía irrecusable. En los asuntos económicos, incluso los gobernantes absolutistas de la Europa central y oriental se vieron aboliendo la servidumbre y desmantelando el aparato tradicional de los controles estatales de la economía y de los privilegios de grupo. En los políticos, se vieron solicitando ayuda o, al menos, aceptando las condiciones de los liberales burgueses más moderados y, al menos nominalmente, de sus instituciones representativas. Culturalmente, el estilo de vida burgués prevalecía sobre el aristocrático, aunque sólo fuese debido a una retirada más bien general, por parte de la vieja aristocracia, del mundo de la cultura (tal como entonces se entendía el término): se convirtieron, en la medida en que no lo eran ya, en los bárbaros de Matthew Arnold (1822-1888). Después de 1850 es difícil pensar en los reyes como grandes mecenas del arte —excepto alguno loco como Luis II de Baviera (1846-1886)—, y en los magnates como grandes coleccionistas de arte —excepto alguno excéntrico.* Antes de 1848 la seguridad de la burguesía había sido atenuada por el miedo a la revolución social. Después de 1870 fueron amenazados, una vez más, por el temor a los crecientes movimientos de la clase obrera. Pero en el período intermedio su triunfo pareció estar por encima de toda duda o desafío. Según Bismarck, que no tenía ninguna simpatía por la sociedad burguesa, esta época estaba dominada por el «interés material». El interés económico era una «fuerza elemental». «Creo que el avance de los asuntos económicos en el desarrollo interno prosigue y no puede ser detenido.»[36] Pero en este período, ¿qué representaba esta fuerza elemental, sino el capitalismo y el mundo hecho por y para la burguesía?

* Quizá sea una excepción el ballet imperial ruso; pero, tradicionalmente, las relaciones entre los miembros de la casa gobernante y sus bailarines iban más allá de lo puramente cultural.

14. CIENCIA, RELIGIÓN E IDEOLOGÍA

Nuestra aristocracia es más hermosa (más fea para un chino o un negro) que la clase media, ya que puede elegir sus mujeres; pero ¡qué pena que la primogenitura destruya la Selección Natural!

CHARLES DARWIN, 1864[1]

Es casi como si el pueblo quisiese demostrar cuán inteligente cree que es por el grado de su emancipación con respecto a la Biblia y al Catecismo.

F. SCHAUBACH, sobre literatura popular, 1863[2]

John Stuart Mill no puede ayudar a reivindicar el sufragio del negro —y de la mujer. Dichas conclusiones son el resultado inevitable de las premisas de que parte ... [y de su] *reductio ad absurdum*.

Anthropological Review, 1866[3]

I

La sociedad burguesa del tercer cuarto del siglo XIX estuvo segura de sí misma y orgullosa de sus logros. En ningún campo del esfuerzo humano se dio esto con mayor intensidad en el avance del conocimiento, en la «ciencia». Los hombres cultos del período no estaban simplemente orgullosos de su ciencia, sino preparados a subordinarle todas las demás formas de actividad intelectual. En 1861 el estadístico y economista Cournot observaba que «la creencia en la verdad filosófica se ha enfriado tanto que ya ni el público ni las academias gustan de recibir o dar la bienvenida a obras de esta clase, excepto como producto de la erudición pura o como curiosidad histórica».[4] Sin duda, este no fue un período afortunado para los filósofos. Incluso en su patria tradicional, Alemania, no había nadie con la suficiente talla para suceder a las grandes figuras del pasado. El propio Hegel, considerado como uno de los «globos deshinchados» de la filosofía alemana por su antiguo admirador francés Hippolyte Taine (1828-1893), dejó de estar de moda en su país de origen y la forma en que lo trataban los «aburridos, engreídos y me-

diocres epígonos que marcaban las pautas del público culto alemán», indujeron a Marx a «declararse públicamente un discípulo del gran pensador».[5] Las dos principales corrientes filosóficas se subordinan a la ciencia: el positivismo francés, asociado a la escuela del singular Auguste Comte, y el empirismo británico, relacionado con John Stuart Mill; por no hablar del mediocre pensador cuya influencia era entonces mayor que la de cualquier otro en el mundo, Herbert Spencer (1820-1903). La doble base de la «filosofía positiva» de Comte fue la inmutabilidad de las leyes de la naturaleza y la imposibilidad de alcanzar un conocimiento infinito y absoluto. En la medida en que superó los límites de la excéntrica secta de la «Religión de la Humanidad» comtiana, el positivismo se convirtió en poco más que una justificación filosófica del método convencional de las ciencias experimentales e, igualmente, para la mayoría de sus contemporáneos, Mill fue de nuevo, según palabras de Taine, el hombre que «abrió la vieja senda dorada de la inducción y experimentación». Sin embargo, este punto de vista implicaba o, en el caso de Comte y Spencer, estaba bastante explícitamente fundamentado en una visión histórica del progreso evolutivo. El método positivo o científico significó (o significaría) el triunfo del último estadio por el que debe pasar la humanidad; en términos comtianos, los estadios eran: el teológico, el metafísico y el científico, cada uno con sus propias instituciones; del último la expresión más adecuada era el liberalismo (en sentido general) y en esto, al menos, estaban de acuerdo Mill y Spencer. Podríamos afirmar, sin demasiada exageración, que desde este punto de vista el progreso de la ciencia hizo de la filosofía algo redundante, excepto una especie de laboratorio intelectual auxiliar del científico.

Además con tal confianza en los métodos de la ciencia no es sorprendente que los hombres cultos de la segunda mitad del siglo resultasen enormemente impresionados por sus logros. En ocasiones, estuvieron próximos a pensar que dichos logros no eran simplemente grandiosos, sino decisivos. William Thompson (lord Kelvin), el famoso físico, pensaba que todos los problemas básicos de la física habían sido resueltos, aunque seguían siendo oscuros un cierto número de problemas relativamente menores. Como sabemos, estaba radicalmente equivocado.

Con todo, el error era significativo y comprensible. En la ciencia como en la sociedad hay períodos que son revolucionarios y otros que no lo son, siendo así que si el siglo XX es revolucionario en ambos, en medida aún mayor que la «era de la revolución» (1789-1848), el período que se estudia en este libro (con algunas excepciones) no fue revolucionario en ninguno. Esto no significa que los individuos con una inteligencia y un talento convencionales pensasen que tanto la ciencia como la sociedad hubiesen resuelto todos sus problemas, aunque en algunos aspectos, como los relacionados con el modelo básico de la economía y el del universo físico, algunos individuos muy capaces hallasen que todos los problemas sustanciales habían sido solucionados. Si embargo, esto significa que dichos hombres no tenían serias dudas sobre la dirección en la que iban o que debían tomar, y sobre los métodos in-

telectuales y prácticos de conseguirlo. Nadie dudaba del progreso, tanto del material como del intelectual, ya que parecía demasiado obvio para negarlo. Sin duda, esta era la idea dominante de la época, aunque se dio una división fundamental entre aquellos que pensaban que el progreso sería más o menos continuo y lineal, y aquellos otros (como Marx) que sabían que debía ser y sería discontinuo y contradictorio. Podían surgir dudas sólo sobre materias, por así decir, de gusto, como las costumbres y la moral, donde la simple acumulación cuantitativa no proporcionaba ninguna guía. No hay duda de que en 1860 los hombres gozaban de unos conocimientos mayores que nunca, pero es difícil demostrar que fuesen «mejores» que antes. Sin embargo, estas eran materias que preocupaban a los teólogos (cuya reputación intelectual no era muy elevada), a los filósofos, a los artistas (que eran admirados, pero de la misma forma en que un hombre rico admira los diamantes que puede comprar a su mujer), a los críticos sociales, de izquierdas o de derechas, a quienes no gustaba la sociedad en que vivían o en la que se veían forzados a vivir. En 1860 todos ellos constituían una minoría diferenciada en medio de las personas distintas e instruidas.

Aunque el progreso masivo era visible en todas las ramas del conocimiento, parece evidente que unas estuvieron más avanzadas y otras más estructuradas. Así parece que la física había madurado más que la química, y que ya había dejado atrás la etapa de progreso agitado y explosivo en la que la ciencia se hallaba todavía. A su vez la química, incluso la «química orgánica», estaba mucho más avanzada que las ciencias biológicas, que parecían haber sido olvidadas en esta era de estimulante progreso. Realmente, si alguna teoría científica pudo representar los avances de las ciencias naturales en este período, ésta fue la teoría de la evolución, que fue reconocida como crucial, y si existe una figura que dominó la imagen pública de la ciencia fue la del escabroso y algo simiesco Charles Darwin (1809-1882). El extraño mundo abstracto y lógicamente fantástico de las matemáticas siguió estando aislado del público, tanto del común como del científico, quizá más que antes, ya que su principal contacto con él, la física (a través de la tecnología física), parece que en esta época tuvo menor utilización en sus más avanzadas y aventuradas abstracciones que en los días gloriosos de la construcción de una maquinaria celestial. Por entonces, el cálculo, sin el que hubiesen sido imposibles los logros de la ingeniería y las comunicaciones del período, estaba lejos de los movedizos límites de las matemáticas. Quizá esto encontrase su mejor representante en el principal matemático de la época, Georg Bernhard Riemann (1826-1866), cuya tesis doctoral universitaria de 1854, «Sobre las hipótesis que sustentan la geometría» (publicada en 1868), era tan imprescindible en cualquier discusión científica del siglo XIX como lo fueron los *Principia* de Newton en el XVII. Estableció los fundamentos de la topología, de la geometría diferencial de las variedades, de la teoría del espacio-tiempo y de la gravitación. Riemann entrevió incluso una teoría física compatible con la teoría cuántica moderna. Pero estos y otros avances matemáticos enormemente originales no alcanzaron su plenitud hasta la nueva era revolucionaria de la física, que comenzaría a finales de siglo.

De todos modos, parece que no hubo ninguna duda sobre la dirección general en la que avanzaba el conocimiento, ni sobre su conceptualización básica o el entramado metodológico de dicho avance. Los descubrimientos fueron numerosos, y las teorías resultaron en ocasiones nuevas, pero, por así decirlo, no inesperadas. Aunque la teoría darwiniana de la evolución era impresionante, ello no se debía a que el *concepto* de evolución fuese nuevo —pues había sido familiar durante décadas—, sino porque proporcionó, por primera vez, un modelo explicativo satisfactorio al origen de las especies, y lo hizo en términos completamente habituales incluso para los no científicos, pues se hizo eco del concepto más familiar de la economía liberal, la competencia. Realmente, un número poco frecuente de grandes científicos escribieron en términos que les permitían ser fácilmente vulgarizados —en ocasiones excesivamente—, Darwin, Pasteur, los fisiólogos Claude Bernard (1813-1878), Rudolf Virchow (1821-1902) y Helmholtz (1821-1894) (véanse pp. 277-278), por no hablar de físicos como William Thompson (lord Kelvin). Los modelos básicos o «paradigmas» de las teorías científicas parecían firmes, aunque grandes científicos como James Clerk Maxwell (1831-1879) formularon sus propias versiones con una precaución instintiva, que las hizo compatibles con las teorías posteriores basadas en modelos muy diferentes.

En el seno de las ciencias naturales no existían esas confrontaciones apasionadas y confusas que tienen lugar cuando hay un antagonismo no de diferentes hipótesis, sino de diferentes formas de considerar el mismo problema, es decir, cuando una de las partes no propone una respuesta meramente diferente, sino algo que la otra parte considera ilícita o «impensable». Tal antagonismo se dio en el remoto mundillo de las matemáticas, cuando H. Kronecker (1839-1914) enfureció a K. Weierstrass (1815-1897), a R. Dedekind (1831-1916) y a G. Cantor (1845-1918) con motivo de las matemáticas infinitesimales. Dichas *Methodenstreite* (guerras de métodos) dividieron el mundo de los científicos sociales, pero en la medida en que penetraron en las ciencias naturales —incluso en las ciencias biológicas sobre el delicado tema de la evolución— reflejaron una intrusión de las preferencias ideológicas, en vez de reflejar un debate profesional. No existe una razón científica convincente para que esto no ocurra. Así el científico victoriano más típico, William Thompson (lord Kelvin) —típico en cuanto a su combinación de un gran poder teórico, aunque convencional, de una enorme fertilidad tecnológica,* y del consiguiente éxito en los negocios—, evidentemente no estuvo muy de acuerdo con las matemáticas de la teoría electromagnética de la luz de Clerk Maxwell, considerada por muchos como el punto de partida de la física moderna. Sin embargo, al constatar la posibilidad de formular de nuevo

* Me advierte el doctor S. Zienau que «no existe ningún instrumento de medición eléctrica en la era preelectrónica o en las casetas de señales del telégrafo y el ferrocarril, en las estafetas de correos y en las compañías que suministran energía, que no le deban algo a Thompson».

esta teoría en términos de sus matemáticas aplicadas a la ingeniería (lo que no es así), no la objetó. Nuevamente Thompson demostró, para su satisfacción, que sobre las bases de la leyes físicas conocidas el Sol no podía tener más de quinientos millones de años, por lo que la escala de tiempo requerida por la evolución geológica y biológica de la Tierra era imposible. (Como era un ortodoxo cristiano, aceptó de buen grado esta conclusión.) De hecho, según la física de 1864, estaba en lo cierto: fue, sólo, el descubridor de las desconocidas fuentes de la energía nuclear, que permitirían a los físicos suponer una vida mucho más larga para el Sol, y como consecuencia, para la Tierra. Pero Thompson no se preguntó si su física podía ser incompleta, al entrar en conflicto con la geología aceptada, y los geólogos iban a la cabeza en su falta de respeto por la física. Así pues, el debate podía no haber tenido lugar, en la medida en que atañe al ulterior desarrollo de ambas ciencias.

Así, el mundo de la ciencia se movía a lo largo de sus raíles intelectuales, y sus ulteriores progresos, como el de los mismos ferrocarriles, ofrecieron la probabilidad de tender otros raíles semejantes en nuevos territorios. Los cielos parecían contener poco más de lo que ya había sobrecogido a los astrónomos antiguos, aparte de una multitud de nuevas observaciones realizadas mediante telescopios e instrumentos de medición más potentes (en su mayoría desarrollados por alemanes),* y gracias a la utilización de las nuevas técnicas fotográficas y de los análisis espectroscópicos que se aplicaron por primera vez a la luz estelar en 1861, y que se convertirían en un poderosísimo instrumento de investigación.

Las ciencias físicas habían sufrido un desarrollo espectacular en el medio siglo anterior, cuando fenómenos tan aparentemente dispares como el calor y la energía fueron unificados por las leyes de la termodinámica, al tiempo que la electricidad, el magnetismo y la misma luz convergían hacia un modelo analítico único. La termodinámica no experimentó ningún progreso importante durante el período que estudiamos, aunque Thompson completó el proceso de reconciliar las nuevas doctrinas del calor con las antiguas teorías mecánicas en 1815 (*The Dynamical Equivalent of Heat*, el equivalente dinámico del calor). El notable modelo matemático de la teoría electromagnética de la luz, formulada en 1862 por James Clerk Maxwell, el antecesor de la moderna física teórica, fue realmente profundo y prometedor. Abrió la vía que llevaría al descubrimiento del electrón. Con todo, Maxwell, quizá debido a que nunca llegó a una exposición adecuada de lo que describía como «teoría bastante torpe» (sólo se llegó a ella en 1941),[6] no pudo convencer a contemporáneos tan importantes como Thompson y Helmholtz, o incluso al brillante austríaco Ludwig Boltzmann (1844-1906), cuyo informe (1868) tuvo

* Hasta la década de 1890, el telescopio de Joseph Fraunhofer (1787-1826) siguió siendo el prototipo de los refractores gigantes que serían instalados en los observatorios norteamericanos. La astronomía británica estaba retrasada cuantitativamente, con respecto a la del continente, pero compensó este fallo gracias a un extenso e ininterrumpido registro de observaciones. «Greenwich puede compararse a una empresa antigua con una rutina conservadora, una sólida reputación y una clientela garantizada, a saber, todos los navegantes mundiales» (S. Zienau).

virtualmente como sujeto la mecánica estadística. Probablemente, la física de mediados del siglo XIX no fuese tan espectacular como la de los períodos anteriores y siguientes, pero sus avances teóricos fueron realmente impresionantes. Y, sin embargo, la teoría electromagnética y las leyes de la termodinámica parecen, según Bernal, «implicar una cierta finalidad».[7] En cualquier caso, los británicos (encabezados por Thompson) y otros físicos que habían realizado trabajos creativos en termodinámica estuvieron fuertemente tentados por la idea de que el hombre había adquirido una comprensión definitiva de las leyes de la naturaleza (aunque un Helmholtz y un Boltzmann no estaban convencidos de ellos, con razón). Quizá la notable fertilidad tecnológica de la física aplicada a la construcción de modelos mecánicos hizo más tentadora esta ilusión de finalidad.

Evidentemente, tal finalidad no existió con respecto a la segunda gran ciencia natural: la química, quizá la más floreciente de todo el siglo XIX. Su expansión fue agitada, especialmente en Alemania, no sólo por la multiplicidad de su utilización industrial, desde blanqueadores, tintes y fertilizantes, hasta productos farmacéuticos y explosivos. Los químicos formaban casi más de la mitad de los profesionales empleados en actividades científicas.[8] Las bases de la química como ciencia formada se echaron en el último tercio del siglo XVIII. Desde entonces había progresado y, en el período que estudiamos, se estaba convirtiendo en una interesante y exuberante fuente de ideas y descubrimientos.

Se habían hecho comprensibles procesos químicos elementales básicos, y ya eran accesibles los instrumentos analíticos esenciales; se había hecho familiar la existencia de un número limitado de elementos químicos, compuestos de diferente número de unidades básicas (átomos), y de cuerpos compuestos de elementos formados por unidades de moléculas multiatómicas básicas, así como una cierta idea sobre las reglas que regían dichas combinaciones, y lo mismo acabaría ocurriendo respecto a los grandes avances de la actividad esencial de los químicos, el análisis y la síntesis de diversas sustancias. El campo especial de la química orgánica estaba en plena expansión, aunque aún estaba confinado a las propiedades —principalmente aquellas útiles a la producción— de los materiales derivados de las fuentes entonces disponibles, como el carbón. Quedaba aún un largo camino hasta la bioquímica, por ejemplo, la comprensión de cómo dichas sustancias funcionaban en los organismos vivos. No obstante, los modelos químicos siguieron siendo algo incompletos, y se realizaron sustanciales avances en su comprensión, en el tercer cuarto del siglo XIX. Aclararon la *estructura* de los elementos compuestos químicos, que hasta entonces se habían considerado, simplemente, en términos cuantitativos (es decir, considerando el número de átomos de cada molécula).

Se pudo determinar el número exacto de cada tipo de átomo en una molécula, debido a la nueva ley de Avogadro (1811), expuesta por un químico y patriota italiano en un simposio internacional sobre el tema en 1860, año de la unidad italiana. Además, en 1848 —gracias a otro fructífero préstamo de la

física— Pasteur descubrió que las sustancias químicas idénticas podían ser físicamente distintas, por ejemplo, la rotación o no del plano de la luz polarizada. De esto se dedujo, entre otras cosas, que las moléculas se formaban en un espacio tridimensional, y el brillante químico alemán Kekulé (1829-1896), hallándose en la muy victoriana situación de pasajero del piso superior de un autobús londinense, en 1865, imaginó el primer y complejo modelo de la estructura molecular, el famoso anillo del benzeno con seis átomos de carbono, a cada uno de los cuales se añadía un átomo de hidrógeno. Podríamos decir que la concepción del modelo en las fórmulas químicas, propia de arquitectos o ingenieros, sustituyó a la del contable, que hasta entonces lo había conformado: C_6H_6, es decir, el mero recuento de los átomos.

Puede que lo más notable fuese la generalización más amplia en el campo de la química, que se produjo en este período gracias a la tabla periódica de los elementos (1869) de Mendeleiev (1834-1907). Debido a la solución de los problemas del peso y la valencia atómicos (el número de eslabones que el átomo de un elemento posee con otros átomos), la teoría atómica, algo abandonada tras su florecimiento a principios del siglo XIX, hizo valer de nuevo sus méritos después de 1860, y simultáneamente un hallazgo tecnológico, el espectroscopio (1859), permitió que fueran descubiertos varios elementos nuevos. La década de 1860 fue además un gran período de uniformización y medición (entre otras cosas, se fijaron las conocidas unidades de medición eléctrica, el voltio, el amperio, el watio y el ohmio). Por ello se realizaron diversos intentos de clasificar de nuevo los elementos químicos según la valencia y el peso atómicos. Mendeleiev y el alemán Lothar Meyer (1830-1895) se apoyaron en el hecho de que las propiedades de los elementos variaban de una forma periódica, según su peso atómico. Su importancia reside en el supuesto de que, según este principio, ciertos lugares de la tabla periódica de 92 elementos estaban todavía vacíos, y en que predecía las propiedades de los elementos, aún no descubiertos, que los ocuparían. La tabla de Mendeleiev parece poner fin, a primera vista, al estudio de la teoría atómica, al establecer un límite a la existencia de tipos de materia fundamentalmente distintos. En realidad «iba a encontrar su más completa interpretación en un nuevo concepto de la materia, que ya no se consideraba constituida por átomos inmutables, sino por asociaciones, relativamente no permanentes, de pocas partículas fundamentales, susceptibles de cambiar y de transformarse». Pero para aquella época Mendeleiev y Clerk Maxwell parecían haber pronunciado la última palabra de una antigua discusión, en vez de haber dicho la primera de una nueva.

La biología quedó muy retrasada con respecto a las ciencias físicas, retenida por el conservadurismo de los dos principales grupos sociales dedicados a su aplicación práctica, los labradores y, especialmente, los médicos. Retrospectivamente, entre los primeros fisiólogos se halla Claude Bernard, el más importante de ellos, cuya labor proporciona las bases de toda la fisiología y la bioquímica modernas, y que además escribió uno de los más conseguidos análisis del proceso científico en su *Introducción al estudio de la medicina experimental* (1865). Sin embargo, aunque respetado, especialmente en Francia, su país natal, sus descubrimientos no fueron aplicados inmediatamente y por ello su influencia, en aquel momento, fue menor que la de su compatriota Louis Pasteur que con Darwin se convirtió quizá en el científico del siglo XIX más conocido por el público. Pasteur fue atraído por la bacteriología, de la que llegó a ser un gran pionero (junto con Robert Koch, 1843-1910, médico rural alemán) a través de la química industrial y, más exactamente, a través del análisis de por qué, en ocasiones, se deterioraban la cerveza y el vinagre, por razones que el análisis químico no revelaba. Tanto las técnicas bacteriológicas —el microscopio, la preparación de cultivos y placas, etc.— como su inmediata aplicación —la erradicación de las enfermedades en los animales y en el hombre— hicieron que la nueva disciplina fuese accesible, comprensible y atrayente. Ya eran accesibles técnicas como la antisepsia (desarrollada por Lister [1827-1912] hacia 1865), la «pasteurización» u otros métodos para proteger los productos orgánicos contra la intrusión de microbios, así como la inoculación, y los argumentos y los resultados eran suficientemente palpables como para derribar incluso la atrincherada hostilidad de la profesión médica. El estudio de las bacterias iba a proporcionar a la biología un método de aproximación a la naturaleza de la vida, enormemente útil, pero en este período promovió cuestiones no teóricas que los científicos más convencionales no reconocerían de inmediato.

El progreso más significativo y espectacular en biología fue el relacionado con el estudio de la estructura física y química del mecanismo vital, que, en esta época, tuvo sólo una importancia marginal. La teoría de la evolución por la selección natural se extendió fuera del alcance de la biología, y en ella reside su importancia. Ratificó el triunfo de la historia sobre todas las ciencias, aunque la «historia» en este sentido fue confundida por sus contemporáneos con el «progreso». Además, al introducir al propio hombre en el esquema de la evolución biológica, abolió la línea divisoria entre ciencias naturales y ciencias humanas o sociales. En lo sucesivo, la totalidad del cosmos, o al menos todo el sistema solar, fue concebido como un proceso de cambio histórico constante. El Sol y los planetas se encontraban en el centro de la historia y con ellos, como ya habían establecido los geólogos (véase *La era de la revolución*, capítulo 15), estaba la Tierra. Los seres vivos fueron incluidos en este proceso, aunque aún permanecía sin resolver el problema de si la vida había evolucionado a partir de lo inerte y, principalmente por razones ideológicas, este fue un problema extraordinariamente delicado. (El gran Pasteur creía haber demostrado que no era así.) Darwin introdujo en el esquema evolucionista no sólo a los animales, sino al propio hombre.

La dificultad para la ciencia del siglo XIX residía no tanto en la admisión de una historización del universo —nada más fácil de concebir en una era de cambios históricos evidentes y masivos—, como en combinarla con el uniforme, continuo y no revolucionario funcionamiento de las leyes naturales inmutables. De sus consideraciones no estuvo ausente cierto recelo por la revolución social, más que por la religión tradicional, cuyos textos sagrados

la hacían derivar del cambio discontinuo («creación») y de la interferencia en la regularidad de la naturaleza («milagro»). Sin embargo, en esta época parecía que la ciencia dependía de la uniformidad e invariabilidad. Por lo que aparecía como esencial el reduccionismo. Sólo para pensadores revolucionarios como Marx no fue difícil concebir situaciones en las que 2 más 2 no fuese igual a 4, sino que podía ser distinto.* El gran logro de los geólogos había sido explicar la siguiente operación: exactamente las mismas fuerzas visibles en la actualidad podían explicar la enorme variedad de lo que podía ser captado observando la tierra inanimada, del pasado y del presente, dado un período de tiempo suficiente. Y el gran logro de la selección natural fue explicar la variedad, incluso mayor, de especies vivientes, incluido el hombre. Este éxito indujo y aún induce a los pensadores a negar o infravalorar los diversos y nuevos procesos que gobiernan el cambio histórico y a reducir los cambios en las sociedades humanas a leyes de evolución biológica —con importantes consecuencias, y a veces intenciones, políticas: el «darwinismo social». La sociedad en la que vivían los científicos occidentales —y todos los científicos pertenecían al mundo occidental, incluso aquellos situados en sus fronteras, como en Rusia— combinaba la estabilidad con el cambio, y eso mismo hicieron sus teorías evolucionistas.

Sin embargo, estas últimas provocarían tensiones y traumas, ya que, por primera vez, llegaron a una belicosa y deliberada confrontación con las fuerzas de la tradición, del conservadurismo y especialmente de la religión. Abolieron el estatus especial del ser humano, tal como se había concebido hasta entonces. La violencia, con la que se resistió a la evolución, fue fruto de la ideología. ¿Cómo el hombre, creado a imagen de Dios, podía ser más que un simio modificado? Ante el dilema de elegir entre monos y ángeles, los oponentes de Darwin escogieron el bando de los ángeles. La potencia de esta resistencia pone de manifiesto la fuerza del tradicionalismo y de la religión establecida, incluso entre los grupos más emancipados e instruidos del mundo occidental, pues la discusión estuvo limitada a los más cultos. Con todo, lo que es igualmente sorprendente, o quizá aún más, es la prontitud con que los evolucionistas desafiaron públicamente a las fuerzas de la tradición, y su triunfo relativamente rápido. Ya había habido gran número de evolucionistas en la primera mitad del siglo, pero, entre ellos, los biólogos habían tratado el tema con precaución y cierto temor personal. El mismo Darwin no dio publicidad a las opiniones que ya había formado.

Esto no se debió al hecho de que las evidencias que probaban que el hombre descendía de los animales fuesen ya demasiado abrumadoras como para hallar resistencia; aunque cuando esto ocurrió las evidencias se acumularon rápidamente, en la década de 1850. La existencia de un cráneo, el del hombre de Neandertal (1856), similar al de un simio, ya no pudo ser puesto

* Este fue el problema de la discusión de los matemáticos sobre el infinito, que resultó tan asombroso, precisamente porque las reglas aritméticas ya no proporcionaban los resultados esperados.

en duda por más tiempo. Bastante antes de 1848 las pruebas eran ya bastante convincentes. Se debió a la feliz coyuntura de dos hechos, el avance de la burguesía liberal y «progresiva» y la ausencia de revoluciones. El desafío a las fuerzas de la tradición fue cada vez mayor, pero ya no parecía implicar una sublevación social. El propio Darwin ilustra esta combinación: era un burgués, hombre de izquierda moderada liberal y absolutamente dispuesto a enfrentarse a las fuerzas del conservadurismo y la religión ya desde finales de la década de 1850 (aunque no antes), pero rechazó amablemente el ofrecimiento de Karl Marx de dedicarle el segundo volumen de *El capital*. Después de todo, no era un revolucionario.

Así pues, el destino del darwinismo no dependió tanto de su éxito en convencer al público científico, por ejemplo, respecto de los méritos evidentes de *El origen de las especies*, como de la coyuntura política e ideológica de su tiempo y país. Por supuesto, fue adoptado inmediatamente por la extrema izquierda, que había proporcionado un poderoso componente al pensamiento evolucionista. Alfred Russel Wallace (1823-1913), el verdadero descubridor de la teoría de la selección natural, con independencia de Darwin y que compartió la gloria con él, provenía de esa tradición de ciencia artesana y radicalismo que jugó un papel tan importante en los primeros años del siglo XIX, y que halló tan acorde consigo misma «la historia natural». Formado en el medio cartista, y owenista de los *Halls of Science* (salones científicos), Russel Wallace siguió siendo un hombre de extrema izquierda, que volvió, al final de su vida, a la militancia en apoyo de la nacionalización de la tierra, e incluso al socialismo, al tiempo que mantenía sus creencias en aquellas otras teorías características de la ideología heterodoxa y plebeya, como la frenología y el espiritismo (véase p. 281). Marx dio una inmediata bienvenida a *El origen* como «la base de nuestras ideas en ciencias naturales»,[9] y la socialdemocracia —y con ella algunos de los discípulos de Marx, como hizo en demasía Kautsky— se hizo firmemente darwinista.

La evidente afinidad de los socialistas con el darwinismo biológico no evitó que la clase media liberal, dinámica y progresiva, le diese la bienvenida y lo defendiese. Aquél triunfó rápidamente en Inglaterra y en la autoconfiada atmósfera liberal alemana, durante la década de la unificación. En Francia, donde la clase media prefería la estabilidad del imperio napoleónico y los intelectuales de izquierda no necesitaban ideas importadas de pensadores no franceses, y por ello mismo retrógrados, el darwinismo no avanzó con rapidez hasta después del fin del imperio y de la derrota de la Comuna de París. En Italia, sus defensores, aunque confiando bastante en él, estuvieron más preocupados por sus implicaciones social-revolucionarias que por los denuestos papales. En Estados Unidos no sólo triunfó rápidamente, sino que pronto se convirtió en la ideología del capitalismo militante. Por el contrario, la oposición al evolucionismo darwinista, incluso entre los científicos, provino del conservadurismo social.

II

El evolucionismo relaciona las ciencias naturales con las ciencias humanas o sociales, aunque este último término es anacrónico. No obstante, por primera vez, se hizo sentir la necesidad de una ciencia específica y general (distinta de las diversas e importantes disciplinas especiales que ya se ocupaban de los asuntos humanos). La Asociación Británica para la Promoción de la Ciencia Social (1857) simplemente tenía por único y modesto objetivo aplicar los métodos científicos a la reforma social. Sin embargo, la sociología, término inventado por Auguste Comte en 1839, y popularizado por Herbert Spencer (que ya había escrito anteriormente un libro sobre los principios de esta y otras muchas ciencias, 1876), fue objeto de muchos comentarios. Hacia finales de este período no había dado lugar ni a una disciplina reconocida, ni a un tema de enseñanza universitaria. Por otra parte, el amplio y análogo campo de la antropología surgió con rapidez, como ciencia reconocida, independiente del derecho y la filosofía, la etnología y la literatura de viajes, y del estudio del lenguaje, del folklore y de la ciencia médica (a través de la entonces popular «antropología física», que trajo consigo la moda de medir y coleccionar los cráneos de diversos pueblos). Quizá el primero que enseñó esta disciplina oficialmente fue Quatrefages en 1855, en la cátedra dedicada a esta materia en el Museo Nacional de París. La fundación de la Sociedad Antropológica de París (1859) fue seguida de una notable explosión de interés en la década de 1860, cuando se formaron asociaciones similares en Londres, Madrid, Moscú, Florencia y Berlín. La psicología (otro vocablo de reciente acuñación, esta vez por John Stuart Mill) se encontraba aún ligada a la filosofía —la *Mental and Moral Science*, de A. Bain (1868) la relacionaba aún con la ética—, pero fue tomando una creciente orientación experimental con W. Wundt (1832-1920), que había sido ayudante del gran Helmholtz. En la década de 1870 era ya una disciplina aceptada sin discusión en las universidades alemanas. Entrando asimismo en los campos social y antropológico, ya en 1859 se fundó un periódico especial que la relacionaba con la lingüística.[10]

Para los patrones de las ciencias «positivas» y experimentales, la historia de estas nuevas ciencias sociales no era significativa, aunque, antes de 1848, tres de ellas ya podían reivindicar logros científicos genuinos y sistemáticos: la economía, la estadística y la lingüística (véase *La era de la revolución*, capítulo 15, pp. 287-291). La unión entre las ciencias económicas y las matemáticas se hizo ahora estrecha y directa (con A. A. Cournot [1801-1877] y L. Walras [1834-1910], ambos franceses), y la aplicación de la estadística a los fenómenos sociales estaba ya suficientemente avanzada como para estimular su aplicación a las ciencias físicas. Al menos así lo habían sostenido los estudiosos de los orígenes de la mecánica estadística, encabezados por Clerk Maxwell. Verdaderamente la estadística social se desarrolló como nunca antes lo había hecho, y quienes la utilizaban encontraron gran cantidad de

empleos estatales. A partir de 1853 comenzaron a celebrarse periódicamente congresos internacionales de estadística, y su categoría científica fue reconocida cuando el celebrado y admirable doctor William Farr (1807-1883) fue elegido para la Royal Society. Como veremos, la lingüística seguirá una línea de desarrollo diferente.

Y, sin embargo, en general estas conclusiones no fueron decisivas excepto metodológicamente. La escuela de la utilidad marginal en economía, que se desarrolló simultáneamente en Gran Bretaña, Austria y Francia, hacia 1870, era, formalmente, distinguida y sofisticada, pero, sin duda, considerablemente más restringida que la vieja «economía política» (o incluso que la recalcitrante «escuela histórica de economía» alemana), y en este sentido resultó un método de aproximación a los problemas económicos menos realistas. Al contrario que las ciencias naturales, las ciencias sociales aún no contaban en la sociedad liberal con el estímulo del progreso tecnológico. Ya que el modelo básico de la economía parecía absolutamente satisfactorio, no dejó grandes problemas sin resolver, como los relacionados con el crecimiento, con una posible depresión económica o con la distribución de los beneficios. Tales problemas aún no habían sido resueltos, pero las operaciones automáticas de la economía de mercado (sobre la que, por consiguiente, se concentrarían los análisis, en lo sucesivo) podrían hacerlo en la medida en que no estuvieron más allá de las posibilidades humanas. En cualquier caso, es evidente que las cosas estaban mejorando y progresando, situación poco adecuada para que los economistas se concentrasen en los aspectos más profundos de su ciencia.

Las reservas que los pensadores burgueses tenían sobre su mundo eran más de carácter social y político que económicas, especialmente donde no se había olvidado el peligro de la revolución, como en Francia, o donde estaba surgiendo con el nacimiento del movimiento obrero, como en Alemania. Pero los pensadores alemanes, que nunca asumieron por completo las teorías liberales extremadas, y que como todos los conservadores temían que la sociedad fruto del capitalismo liberal resultase peligrosa e inestable, no propusieron nada nuevo excepto reformas sociales preventivas. La imagen básica que el sociólogo se hacía era biológica, ya que consideraba a la sociedad como un «organismo social», es decir, la cooperación funcional de todos los grupos de la sociedad, tan diferente de la lucha de clases. Se trataba del viejo conservadurismo vestido con ropajes del siglo XIX, y, digámoslo de pasada, era difícil de combinar con la otra imagen biológica del siglo que tendía al cambio y al progreso, a saber, la «evolución». De hecho, resultó una base más apropiada para la propaganda que para la ciencia.

De ahí que el único pensador del período que desarrolló una teoría comprehensiva de la estructura y el cambio social, que aún impone respeto, fue el revolucionario social Karl Marx, que goza de la admiración, o al menos del respeto, de economistas, historiadores y sociólogos. Se trata de una hazaña notable, puesto que sus contemporáneos han sido olvidados, incluso por hombres y mujeres de gran educación (excepto por algunos economistas), o

bien han sobrevivido un siglo de tan mala manera que los arqueólogos intelectuales pueden, siempre, descubrir méritos olvidados en sus obras. Pero lo más sorprendente no es tanto el hecho de que Auguste Comte y Herbert Spencer fuesen, después de todo, personas con una cierta altura intelectual, como que hombres que fueron considerados los Aristóteles del mundo moderno hayan desaparecido prácticamente de la escena. En su época fueron incomparablemente más famosos e influyentes que Marx, cuyo *El capital* fue descrito en 1875 por un experto alemán anónimo, como la obra de un hombre autodidacta, ignorante del progreso de los últimos veinticinco años.[11] Ya que, en esta época, en Occidente, Marx era considerado, con seriedad, sólo en el seno de los movimientos obreros internacionales, y especialmente en el cada vez más importante movimiento socialista de su propio país, e incluso aquí su influencia intelectual era débil. Sin embargo, los intelectuales rusos, en un país crecientemente revolucionario, le leyeron, inmediatamente, con avidez. La primera edición alemana de *El capital* (1867) —mil ejemplares— tardó cinco años en venderse, pero en 1872 las primeras mil copias de la edición rusa se vendieron en menos de dos meses.

El problema que abordó Marx fue el mismo que trataron de afrontar otros científicos sociales: la naturaleza y mecánica de la transición de un precapitalismo a una sociedad capitalista, sus formas específicas de operar y las tendencias de su futuro desarrollo. Como sus respuestas nos son relativamente conocidas, no necesitamos recapitularlas aquí, aunque hay que resaltar que Marx resistió a la tendencia, que se acentuaba poderosamente por doquier, de separar el análisis económico de sus contextos histórico y social. El problema del desarrollo histórico de la sociedad del siglo XIX condujo a los teóricos, e incluso a los hombres de acción, a un pasado mucho más remoto. Pues tanto en el seno de los países capitalistas como en aquellos lugares donde la sociedad burguesa en expansión chocaba con otras sociedades y las destruía, el pasado que aún perduraba y el presente en continua formación entraron en abierto conflicto. Los pensadores alemanes vieron que el orden jerárquico de los «estamentos» en su propio país daba paso a una conflictiva sociedad de clases. Los legisladores británicos, especialmente aquellos que habían adquirido experiencia en la India, contrapusieron la antigua sociedad del estatus con la nueva del «contrato» y consideraron la transición de la primera a la segunda como el modelo principal de desarrollo histórico. Los escritores rusos vivirían, sin duda, simultáneamente en los dos mundos: el del antiguo comunalismo campesino, que muchos de ellos conocían gracias a sus largos veranos en sus haciendas señoriales, y el mundo de los intelectuales occidentalizados y cosmopolitas. Para el observador decimonónico toda la historia coexistía al mismo tiempo, excepto en lo que concernía a las civilizaciones e imperios del pasado, como las de la Antigüedad clásica, que habían sido enterrados (literalmente), en espera de las palas de H. Schliemann (1822-1890), en Troya y Micenas, o de Flinders Petrie (1853-1942), en Egipto.

Era de esperar que una disciplina tan estrechamente conectada con el pasado realizase una contribución especialmente importante al desarrollo de las ciencias sociales, pero de hecho la historia, como especialización académica, fue de poquísima ayuda. Los historiadores estaban interesados, fundamentalmente, por los gobernantes, las batallas, los tratados, los acontecimientos políticos o las instituciones político-legales; en pocas palabras, por la política retrospectiva, es decir, por la política actual con disfraz de historia. Elaboraron la metodología de la investigación sobre la base de los documentos contenidos en los entonces admirablemente ordenados y conservados archivos públicos, y crecientemente (siguiendo el liderazgo alemán) centraron sus publicaciones alrededor de dos polos, el de las tesis académicas y el de la publicación universitaria especializada: el *Historische Zeitschrift* se publicó, por primera vez, en 1858, la *Revue Historique*, en 1876, la *Historical Review*, en 1886, y la *American Historical Review*, en 1895. Pero, en el mejor caso, produjeron monumentos de erudición permanentes, que aún nos interesan, y, en el peor, gigantescos panfletos que leemos sólo por su interés literario. La historia académica, a pesar del liberalismo moderado de algunos historiadores, tenía una predisposición natural hacia la conservación del pasado y la desconfianza, cuando no el malestar, hacia el futuro. Este punto no era compartido por las ciencias sociales.

No obstante, si los historiadores académicos seguían el erróneo camino de la erudición, la historia seguía siendo el principal componente de las nuevas ciencias sociales. Esto fue especialmente evidente en el enormemente floreciente campo de la lingüística —como en otras disciplinas científicas, sobre todo en Alemania—, o más bien, para utilizar el término contemporáneo, en el de la filología. Su principal interés reside en la reconstrucción de la evolución histórica de los idiomas indoeuropeos, que quizá porque en Alemania se conocían como indogermánicos atrajeron la atención nacional e incluso nacionalista del país. También se realizaron esfuerzos para establecer una tipología evolucionista de los idiomas mucho más amplia, es decir, para descubrir los orígenes y el desarrollo histórico del lenguaje y el idioma —por ejemplo, por parte de H. Steinthal (1823-1899) y de A. Schleicher (1821-1868)—, pero el árbol genealógico así construido siguió siendo altamente especulativo, y las relaciones entre los diversos «géneros» y «especies», extremadamente dudosas. En realidad, con la excepción del hebreo y de otras lenguas semíticas afines, que interesaron a los judíos o estudiosos de la Biblia y de algunos trabajos sobre los idiomas finougros (que tenían un ejemplo centroeuropeo en Hungría), no se estudiaron sistemáticamente otros idiomas, con excepción de los indoeuropeos, en los países en que prosperó la filología en el siglo XIX.* Por otra parte, los conocimientos fundamentales de la primera mitad del siglo se aplicaron (y desarrollaron) sistemáticamente en la lingüística evolucionista indoeuropea. Los modelos uniformes del cambio de los sonidos en alemán, descubiertos por Grimm, se investigaron y concretaron entonces con mayor atención, se establecieron métodos para

* Aún no se había desarrollado la escuela americana de lingüística, basada en el estudio de los idiomas amerindios.

reconstruir las primeras formas no escritas de las palabras, y para construir modelos de «árboles genealógicos» lingüísticos, se propusieron nuevos modelos de cambio evolucionista (como la «teoría de las ondas sonoras», de Schmidt), así como del uso de la analogía —especialmente de la analogía gramatical—; pues la filología fue, sobre todo, comparativa. Hacia la década de 1870, la importantísima escuela de los *Junggrammatiker* (jóvenes gramáticos) se creía capaz de reconstruir, realmente, el idioma indoeuropeo original del que descendían numerosos idiomas, entre los que se contaban el sánscrito en Oriente y el celta en Occidente, y el sorprendente Schleicher escribió libros en este idioma reconstruido. La lingüística moderna ha tomado un camino totalmente distinto, rechazando, quizá con excesiva violencia, el interés historicista y evolucionista del siglo XIX, y, hasta cierto punto, el principal progreso de la filología en este período se centró sobre principios conocidos, más que en el descubrimiento de otros nuevos. Pero la lingüística fue, típicamente, una ciencia social evolucionista y, según los patrones contemporáneos, enormemente fructífera, tanto entre los eruditos como entre el público. Por desgracia, entre este último (a pesar de las negativas específicas de un sabio como F. Max-Muller [1823-1900], de Oxford) fomentó las creencias racistas, identificando a aquellos que hablaban idiomas indoeuropeos (concepto puramente lingüístico) con la «raza aria».

El racismo jugó un papel central en otra ciencia social de rápido desarrollo, la antropología; resultante de la unión de dos disciplinas originalmente distintas, la «antropología física» (derivada principalmente de los estudios anatómicos y similares) y la «etnografía» o descripción de las diversas comunidades, por lo general atrasadas o primitivas. Inevitablemente, ambas se enfrentaron, y realmente resultaron dominadas, por el problema que planteaban las diferencias entre los distintos grupos humanos y (en la medida en que fueron atraídos por el modelo evolucionista) por el problema del origen del hombre y de los diferentes tipos de sociedad, entre los que el mundo de la burguesía aparecía, indiscutiblemente, como el mejor y más elevado. La antropología física condujo, automáticamente, al concepto de «raza», ya que eran innegables las diferencias físicas entre los pueblos blancos, amarillos y negros, negroides, mongoloides o caucásicos (o cualquiera otra que fuese la clasificación utilizada). Lo que no implicaba, en sí mismo, ninguna creencia sobre la desigualdad, la superioridad o la inferioridad racial, aunque ocurrió lo contrario al unirse al estudio de la evolución humana sobre las bases de los datos fósiles prehistóricos. Ya que los primeros antepasados humanos identificables —en especial, el hombre de Neandertal— eran evidentemente más parecidos al simio y con una cultura inferior que sus descubridores. Así pues, si podía demostrarse que algunas de las razas existentes estaban más próximas al mono que otras, ¿no era esto prueba de su inferioridad?

La demostración carece de consistencia, pero resultó atractiva para aquellos que deseaban probar la inferioridad racial de, por ejemplo, los negros con respecto a los blancos, o en realidad de cualquier raza respecto a la blanca. (Observando con mirada parcial podrían distinguirse aspectos simiescos incluso en chinos y japoneses, como prueban muchas caricaturas modernas.) Pero si la evolución biológica de Darwin sugería una jerarquía racial, también lo hizo el método comparativo, tal como fue aplicado a la «antropología cultural», de la que el libro de E. B. Tylor, *Primitive Culture* (1871), fue el punto culminante. Para E. B. Tylor (1832-1917), así como para muchos creyentes en el «progreso» que estudiaban las comunidades y culturas que a diferencia del hombre fósil no habían desaparecido, aquéllas no eran por naturaleza demasiado inferiores como representantes de un primer estadio evolutivo en el camino de la civilización moderna. Tales sociedades humanas eran situadas en un estadio infantil y juvenil en la vida del individuo. Esto implicaba teorías como la de los estadios (Tylor fue influido por la teoría de Comte), que Tylor aplicó a la religión (con la lógica precaución de los hombres respetables interesados por estos temas aún explosivos). El camino llevaba desde el «animismo» primitivo (término inventado por él) a las religiones monoteístas superiores y, finalmente, al triunfo de la ciencia que, al ser capaz de explicar con creces grandes sectores de la experiencia sin hacer referencia al espíritu, podía «ir sustituyendo en un comportamiento tras otro el resultado de las leyes sistemáticas por la acción voluntaria independiente».[12] Sin embargo, mientras tanto, podían distinguirse, por todas partes, «supervivencias» históricamente modificadas de los primeros estadios de la civilización, incluso en las regiones evidentemente «atrasadas» de las naciones civilizadas, por ejemplo, en el caso de las supersticiones y costumbres del campo. Así, el campesino se convirtió en el vínculo entre el salvaje y la sociedad civilizada. Tylor, que pensaba que la astrología era «esencialmente una ciencia de reformadores», no creía, por supuesto, que esto indicase una incapacidad de los campesinos para convertirse en miembros plenamente integrados de la sociedad civilizada. Pero ¿acaso no era más fácil pensar que los que representaban el estadio infantil o adolescente en el desarrollo de la civilización no eran ellos mismos «como niños» y, por lo tanto, debían ser tratados como tales por sus juiciosos «padres»?

> Así como el tipo negroide es fetal [comentaba la *Anthropological Review*], el mongoloide es infantil. Y en estricto acuerdo con ello encontramos que su gobierno, literatura y arte también son infantiles. Son pequeños imberbes cuya vida es una tarea y cuya principal virtud consiste en una obediencia ciega.[13]

O como expuso el capitán Osborn, en 1860, de una forma algo descarnada: «Tratadlos como a niños. Hacedles creer que lo que sabemos es en su beneficio y en el nuestro. Hacedlo así y todas las dificultades de China habrán terminado».[14]

De ahí que las demás razas fuesen inferiores, porque representaban el estadio más primitivo de la evolución biológica o de la evolución sociocultural, o ambas cosas a la vez. Y su inferioridad quedaba demostrada porque, de hecho, la «raza superior» era superior según los criterios de su propia

sociedad: tecnológicamente más avanzada, militarmente más poderosa, más rica y «próspera». Este argumento era, a un mismo tiempo, lisonjero y conveniente; tan conveniente que la clase media se sintió inclinada a arrebatárselo a la aristocracia (que durante largo tiempo se había creído una raza superior) para aplicarlo a fines tanto internos como externos: los pobres eran pobres porque biológicamente eran inferiores, y a la inversa, si los ciudadanos pertenecían a las razas inferiores no era sorprendente que permaneciesen sumidos en la pobreza y el atraso. El argumento no estaba revestido aún con los ropajes de la genética moderna, que no se había descubierto todavía: los ahora famosos experimentos del monje Gregor Mendel (1822-1884) sobre los guisantes dulces del jardín de su monasterio en Moravia (1865), pasaron totalmente desapercibidos hasta que fueron descubiertos hacia 1900. Aunque de modo primario se aceptó ampliamente el punto de vista según el cual las clases altas pertenecían a un tipo de humanidad superior, que desarrollaba dicha superioridad mediante la endogamia y que estaba amenazada por la mezcla de las clases bajas, y aún más por el crecimiento más rápido de los estratos inferiores. Por el contrario, tal como la escuela de «antropología criminal» (principalmente italiana) daba a entender como prueba, el criminal, el antisocial, el socialmente menesteroso, pertenecía a un linaje humano diferente e inferior respecto a la raza «respetable» y podía reconocerse por signos tales como la medida del cráneo u otras formas igualmente sencillas.

El racismo invadió el pensamiento del período que estudiamos, hasta un límite difícil de apreciar hoy día, y no siempre fácil de comprender. (Por ejemplo, ¿por qué ese horror generalizado a la mezcla de razas, y cuál es el motivo de la casi universal creencia existente entre los blancos de que los «mestizos» heredan, precisamente, los *peores* caracteres de la raza de sus padres?) Aparte de su utilidad como legitimación del gobierno de los blancos sobre los individuos de color, y de los ricos sobre los pobres, quizá esto pueda describirse mejor como un mecanismo mediante el cual una sociedad fundamentalmente no igualitaria, basada sobre una ideología fundamentalmente igualitaria, racionalizaba sus desigualdades e intentaba justificar y defender aquellos privilegios que la democracia implícita en sus instituciones debería cambiar inevitablemente. Ya que el liberalismo no podía defenderse de manera lógica contra la igualdad y la democracia, erigió la barrera ilógica de las razas: sería la propia ciencia, baza del liberalismo, la que probaría que los hombres no eran iguales.

Pero, por supuesto, la ciencia de este período no pudo demostrarlo, aunque algunos científicos hubieran deseado hacerlo. La tautología darwinista («el triunfo de los más aptos», siendo la supervivencia la demostración de esa aptitud) no pudo probar que los hombres fuesen superiores a las lombrices, ya que ambos habían sobrevivido con éxito. La «superioridad» fue revalidada mediante el supuesto de igualar la historia evolucionista con el «progreso». Y aunque la historia evolutiva del hombre distinguía bastante bien el progreso de ciertas cuestiones importantes —en especial, en la ciencia y la tecnología—, no prestaba atención a las demás, y no hizo, y realmente no podía haberlo hecho, que el «atraso» fuese permanente e irremediable. Pues se basaba en la creencia de que los seres humanos, al menos desde el surgimiento de *Homo sapiens*, eran los mismos, y que su comportamiento obedecía a las mismas leyes uniformes, aunque en circunstancias históricas distintas. El inglés era diferente del indoeuropeo originario, pero ello no se debía a que los ingleses modernos operasen, lingüísticamente, de manera diferente a la de sus antepasados tribales localizados, como se creía comúnmente, en Asia central. El paradigma básico del árbol «genealógico», que aparece tanto en filología como en antropología, implica lo contrario de la genética o de otras formas permanentes de desigualdad. Los sistemas de parentesco de los aborígenes australianos, de los isleños del Pacífico y de los indios iroqueses, que entonces comenzaban a ser estudiados seriamente por Lewis Morgan (1818-1881), antepasado de los modernos antropólogos sociales —aunque el tema se estudiaba aún preferentemente en las bibliotecas, más que en el campo—, eran considerados «supervivientes» de los primeros estadios evolutivos de lo que ahora era la familia decimonónica. Pero lo importante consistía en que eran comparables a los europeos: diferentes, pero no necesariamente inferiores.* El «darwinismo social», la antropología y la biología racistas no pertenecían a los intereses científicos del siglo XIX, sino a los políticos.

Si reflexionamos sobre las ciencias naturales y sociales del período, nos llamará enormemente la atención su confianza en sí mismas. Lo que, obviamente, tiene mayor justificación en las ciencias naturales que en las sociales, aunque en ambas era igualmente notable. Los físicos que pensaban que sus sucesores tendrían ya poco que hacer, excepto aclarar algunos puntos de poca importancia, evidenciaban la misma actitud que August Schleicher, que estaba seguro que los antiguos arios habían hablado exactamente la misma lengua que él les había reconstruido. Este sentimiento no se basaba tanto en los resultados —los de las disciplinas evolucionistas difícilmente serían capaces de falsificaciones experimentales—, como en la creencia en la infalibilidad del «método científico». La ciencia «positiva», al operar sobre hechos objetivos y determinados, conectados por rígidas relaciones de causa y efecto, y al producir «leyes» generales, uniformes e invariables, más allá de toda duda o modificación voluntaria, era la llave maestra del universo, y el siglo XIX era su dueño. Y aún más, con el surgimiento del mundo del siglo XIX, los estadios primitivos e infantiles del hombre, caracterizados por la superstición, la teología y la especulación, desaparecieron; había llegado el «tercer estadio» de Comte, el de la ciencia positiva. En la actualidad es fácil burlarse de esta confianza en la suficiencia del método, y en la estabilidad de los modelos teóricos, pero como algunos de los viejos filósofos podrían haber señalado, aquélla no era tan débil como para ser olvidada. Y si los científicos pensaban que podían hablar con certidumbre, con mayor

* Por supuesto, esto se aceptó con respecto a los pueblos de la Antigüedad clásica, cuyos sistemas de parentesco formaron las bases de los primeros estudios sobre la evolución histórica de la familia, como el *Mutterrecht* (Derecho matriarcal), de J. J. Bachofen (1861).

motivo lo hacían los publicistas e ideólogos de menor importancia, que resultaron ser los más seguros respecto a la afirmación de los expertos, porque podían comprender la mayor parte de las afirmaciones de los mismos, al menos en la medida en que aún podían expresarse sin la ayuda de las matemáticas superiores. Incluso en el campo de la química y de la física, parecían estar aún en las garras de los «hombres prácticos», según decía un ingeniero. *El origen de las especies*, de Darwin, era plenamente accesible a los profanos instruidos. Nunca jamás volverá a ser tan fácil para el más obtuso sentido común, que de todos modos sabía que el mundo triunfante del progreso capitalista liberal era el mejor de los mundos posibles, movilizar el universo sobre la creencia de sus prejuicios.

En este tiempo los publicistas, divulgadores e ideólogos están ya repartidos por todo el mundo occidental y allí donde existía una elite local seducida por la «modernización». Los primeros científicos y estudiosos —en todo caso, aquellos que gozaban, y aún gozan, de una reputación fuera de sus fronteras— estaban distribuidos más desigualmente. De hecho, se hallaban virtualmente restringidos a algunas zonas de Europa y Norteamérica.* Se producían obras de una considerable calidad y de un interés internacional, en cantidades significativas, en la Europa central y oriental, especialmente en Rusia, y probablemente este sea el cambio más sorprendente en el mapa «académico» del mundo occidental de este período, aunque no pueda escribirse ninguna historia de la ciencia, en estos años, sin hacer referencia a algunos eminentes estadounidenses, en especial el físico Willard Gibbs (1839-1903). Aunque sería difícil negar que lo que ocurría en 1875 en las universidades de Kazán y Kiev era más importante que lo que ocurría en Yale o Princeton.

Pero la simple distribución geográfica no basta para resaltar un aspecto dominante en la vida académica del período que estudiamos, es decir, la hegemonía de los alemanes, respaldados por las numerosas universidades germanoparlantes (entre las que se encontraban la mayoría de las de Suiza, la mayoría de las del imperio de los Habsburgo y las de las regiones bálticas de Rusia), y por la poderosa atracción que ejercía la cultura alemana sobre Escandinavia y el este y sureste de Europa. El modelo universitario alemán fue adoptado de manera general, excepto en el mundo latino y en Gran Bretaña (e incluso aquí tuvo una leve influencia). El predominio alemán fue, ante todo, cuantitativo: es probable que en este período apareciesen mayor número de nuevas publicaciones científicas en este idioma que la totalidad de las aparecidas en francés e inglés. Fuera de determinados campos de las ciencias naturales, como la química y probablemente las matemáticas, en los que tenían claro predominio, sus extremadamente elevados progresos cualitativos fueron quizá menos evidentes, ya que (a diferencia que a comienzos del siglo XIX) en esta época no existió un tipo de filosofía natural específicamente alemán. Mientras que los franceses se adherían a su propio estilo, quizá por razones

* En Europa, las penínsulas ibérica y balcánica permanecieron algo atrasadas a este respecto.

nacionalistas —con el consiguiente aislamiento de las ciencias naturales francesas (aunque este no fue el caso de las matemáticas)—, a excepción de algunos individuos conocidos, en Alemania no ocurría así. Quizá su estilo, que llegaría a ser dominante en el siglo XX, no surgió como tal hasta que las ciencias no entraron en la fase de la teoría y la sistematización, que (por razones algo oscuras) resultaría muy adecuado. De cualquier modo, las ciencias naturales británicas, con bases mucho más restringidas —y que gozaban reconocidamente de las ventajas de un foro público impresionante de especialistas, burgueses profanos e incluso artesanos—, siguieron produciendo científicos de enorme fama como Thompson y Darwin.

Excepto en la historia tradicional y en la lingüística, en las ciencias sociales no se dio el mismo predominio alemán. La economía continuó siendo británica en gran medida, aunque retrospectivamente podemos detectar trabajos analíticos de importancia en Francia, Italia y Austria. (Aunque, en cierto sentido, el imperio de los Habsburgo se encontraba dentro del área cultural alemana, seguía una trayectoria intelectual muy diferente.) Con respecto a la sociología, por poca valía que tuviese, estuvo asociada en primer lugar a Francia y a Gran Bretaña, y fue acogida entusiásticamente en el mundo latino. Las relaciones que los británicos mantenían con todo el mundo les proporcionaron, en el campo de la antropología, una considerable ventaja. Por lo general, «la evolución» —ese puente entre las ciencias naturales y las sociales— tuvo su centro de gravedad en Gran Bretaña. Lo cierto es que las ciencias sociales reflejaban los prejuicios y problemas del liberalismo burgués en su forma clásica, lo cual no ocurría en Alemania, donde la burguesía se insertaba en el entramado bismarckiano de los aristócratas y burócratas. El principal científico social del período, Karl Marx, trabajó en Gran Bretaña, extrayendo el esquema de sus análisis concretos de la ciencia y la economía no alemanas, y las bases empíricas de su trabajo del modelo «clásico» de sociedad burguesa, la inglesa, aunque pronto dejaría de ser la única existente.

III

La «ciencia» fue el núcleo de esta ideología secular del progreso, en parte liberal y en menor medida (aunque en continua expansión) socialista; lo que no requiere ser discutido especialmente, ya que su naturaleza general debería haber quedado ya clara en estas páginas.

En relación con la ideología secular, la religión en el período que estudiamos tiene un interés comparativamente menor, y no merece un extenso tratamiento. Sin embargo, sí merece alguna atención no porque aún formase parte del lenguaje en que pensaba la abrumadora mayoría de la población mundial, sino porque la propia sociedad burguesa, a despecho de su creciente secularización, estaba muy preocupada por las posibles consecuencias de esta osadía. El agnosticismo público llegó a ser relativamente frecuente en el siglo XIX y, en cualquier caso, en el mundo occidental, ya que gran parte de las

aseveraciones verificables de las sagradas escrituras judeocristianas habían sido socavadas o realmente rechazadas por las ciencias históricas, sociales y, sobre todo, naturales. Si Lyell (1797-1875) y Darwin tenían razón, el libro del Génesis estaba equivocado sin más, en el sentido literal de la palabra, y los oponentes intelectuales de Darwin y Lyell estaban siendo visiblemente derrotados. El librepensamiento de las clases altas era corriente desde hacía mucho tiempo, al menos entre los caballeros. Tampoco eran nuevos el ateísmo intelectual y de clase media, que se convirtió en militante con la creciente importancia política del anticlericalismo. El librepensamiento de la clase obrera, aunque asociado con las ideologías revolucionarias, asumió una forma específica, tanto en el caso del declive de las antiguas ideologías revolucionarias, que dejaron tras de sí sólo sus aspectos menos políticos, como cuando ganaron terreno las otras ideologías de este tipo, firmemente basadas en la filosofía materialista. En Gran Bretaña, el movimiento «secularista» derivaba directamente de los viejos movimientos obreros radicales, como el cartismo y el owenismo, pero que ahora se daba de forma independiente y era especialmente atractivo para aquellos individuos que reaccionaban contra un medio religioso, desusadamente intenso. Dios no sólo fue olvidado sin más, sino activamente atacado.

Este virulento ataque coincidió (aunque no fue absolutamente idéntico) con la igualmente virulenta corriente de anticlericalismo que abarcaba a todas las corrientes intelectuales, desde los liberales moderados, a los marxistas y anarquistas. Los ataques contra las iglesias y, obviamente, contra las iglesias oficiales y la Iglesia católica —que reivindicaban el derecho a definir la verdad o a ostentar el monopolio de ciertas funciones que afectaban a los ciudadanos (como el matrimonio, los entierros y la educación)— no implicaban, en sí mismos, el ateísmo. En los países con más de una religión, tales ataques podían ser obra de los miembros de una determinada confesión religiosa contra los miembros de otra. En Gran Bretaña, la ofensiva fue desencadenada, en primer lugar, por los miembros de las sectas inconformistas contra la Iglesia anglicana; en Alemania, Bismarck, que inició una dura *Kulturkampf* contra la Iglesia católica entre 1870 y 1871, no pretendía, como luterano oficial que era, que la existencia de Dios o la divinidad de Jesucristo eran fruto del azar. Por otra parte, en los países con una sola fe monolítica y única —en los países católicos obviamente— el anticlericalismo implicaba, normalmente, el rechazo de toda religión. Realmente, existía una débil corriente «liberal» dentro del catolicismo que se resistía al ultraconservadurismo, de creciente rigidez, de la jerarquía de Roma, formulada en los años sesenta (véase el capítulo 6, con respecto al *Syllabus*) y que triunfó oficialmente en el Concilio Vaticano de 1870, con la declaración de la infalibilidad papal. Sin embargo, este «liberalismo» fue fácilmente derrotado dentro de la Iglesia, aunque recibió el apoyo de ciertos eclesiásticos que aspiraban a preservar una relativa autonomía para sus iglesias católicas nacionales, lo que probablemente tuvo más fuerza en Francia. Pero el «galicanismo» no puede ser llamado «liberal», en el sentido aceptado del término, incluso en el caso de que estuviese más dispuesto, sobre bases pragmáticas y antirromanas, a adecuarse a los modernos gobiernos seculares y liberales.

El anticlericalismo fue belicosamente secularista, en la medida en que deseaba arrebatar a la religión cualquier posición oficial en la sociedad («privatización del apoyo estatal a la Iglesia» y «separación de la Iglesia y el estado»), dejándola reducida a un asunto meramente privado. Debía transformarse en una o varias organizaciones puramente voluntarias, análogas a las de los clubs filatélicos, aunque presumiblemente mayores. Pero esto no se basaba tanto en la falsedad de la creencia en Dios, o en cualquier versión particular de dicha creencia, como en la creciente capacidad, ámbito y ambición administrativos del estado secular —incluso en su forma más liberal y basada en el *laissez-faire*— que estaba decidido a expulsar a las organizaciones privadas de lo que entonces consideraba su campo de acción. Sin embargo, el anticlericalismo era, básicamente, político, ya que la principal pasión que lo movía era la creencia de que las religiones establecidas eran hostiles al progreso. Y realmente lo eran, al ser instituciones muy conservadoras, tanto sociológica como políticamente. Era cierto que la Iglesia católica mostraba hostilidad a todo aquello que el siglo XIX utilizaba para asegurar sus mástiles. Las sectas o los heterodoxos podían ser liberales o incluso revolucionarios, las minorías religiosas podían resultar atraídas por la tolerancia religiosa, pero esto no ocurría con la Iglesia y la ortodoxia. Y en la medida en que las masas —especialmente las masas rurales— estaban aún en manos de las fuerzas del oscurantismo, el tradicionalismo y la reacción política, su poder debía ser destruido si el progreso no quería verse comprometido. De ahí que el anticlericalismo fuese más belicoso y apasionado cuanto mayor fuera el «atraso» del país. En Francia los políticos discutían sobre la situación de las escuelas católicas, pero en México se arriesgaba mucho más en la lucha de los gobiernos laicos contra los sacerdotes.

Así pues, el «progreso», es decir, la emancipación respecto de la tradición —tanto en lo que se refiere a la sociedad como a los individuos— parecía implicar una ruptura radical con las antiguas creencias, lo que encontró apasionada expresión en el comportamiento de los militantes de los movimientos populares, así como en los intelectuales de clase media. Un libro titulado *Moisés o Darwin* fue más leído en las bibliotecas de los obreros socialdemócratas alemanes que los escritos del propio Marx. Al estar a la cabeza del progreso —incluso del progreso socialista— allí estaban también, en la mente del hombre común, los grandes educadores y emancipadores, y la ciencia (desarrollada, lógicamente, en el seno del «socialismo científico») fue la llave de la emancipación intelectual de las cadenas de un pasado supersticioso y de un presente opresivo. Los anarquistas del occidente europeo, que reflejaban las tendencias espontáneas de tales militantes con gran exactitud, eran violentamente anticlericales. No fue por casualidad que un herrero radical de la Romaña, apellidado Mussolini, llamase a su hijo Benito, en homenaje al anticlerical presidente mexicano Benito Juárez.

Con todo, incluso entre los librepensadores, subsistía cierta nostalgia por la religión. Los ideólogos de clase media que apreciaban el papel de la religión como institución mantenedora de un estado de adecuado recato entre los pobres y como garantía del orden, en ocasiones experimentaban con nuevas religiones, como la «religión de la humanidad», de Auguste Comte, que sustituía al Panteón o al calendario de santos por una relación de grandes hombres, pero dichos experimentos no tuvieron mucho éxito. Se dio también una genuina tendencia a revalorizar el consuelo de la religión en una era científica. La «ciencia cristiana», fundada por Mary Baker Eddy (1821-1910), que publicó sus Escrituras en 1875, es uno de tales intentos. Probablemente se deba a esto la notable popularidad del espiritismo, que se puso de moda hacia 1850, que tenía afinidades políticas e ideológicas con el progreso, la reforma y la izquierda radical, así como la emancipación femenina, especialmente en Estados Unidos, que fue su principal centro difusor. Pero aparte de sus otros atractivos, representaba la considerable ventaja de situar la supervivencia después de la muerte sobre las sólidas bases de la ciencia experimental, y quizá incluso sobre las de la imagen objetiva (como intentaba probar el nuevo arte de la fotografía). En un tiempo en que ya no se aceptaban los milagros, la parapsicología vio aumentar su público potencial. Sin embargo, en ocasiones esto no indicaba más que el general deseo humano de rituales coloristas que la religión tradicional cumplía, normalmente, con tanta eficacia. A mediados del siglo XIX existían gran número de nuevos rituales seculares, especialmente en los países anglosajones, donde los sindicatos ideaban elaboradas banderas alegóricas y certificados; donde las sociedades de ayuda mutua (*friendly societies*) se rodeaban de los atavíos de la mitología y del ritual de sus «logias», y los integrantes del Ku-Klux-Klan, los orangistas o los miembros de otras órdenes «secretas» menos políticas exhibían sus ropajes. La francmasonería era el más antiguo, y en todo caso el más influyente de estos grupos secretos, ritualizados y jerárquicos, y fuera de los países anglosajones se hallaba realmente comprometida con los librepensadores y el anticlericalismo. No sabemos si, en este período, aumentó el número de sus miembros, aunque es probable; pero con certeza lo que sí aumentó fue su importancia política (véase p. 253).

Pero si incluso los librepensadores ansiaban, al menos, algún consuelo espiritual tradicional, estaban persiguiendo, no obstante, a un enemigo en retirada. Pues —como prueban elocuentemente los escritos victorianos de la década de 1860—, el «creyente» tenía dudas, especialmente si era intelectual. Indiscutiblemente, la religión estaba en declive, no sólo entre los intelectuales, sino en las grandes ciudades en rápido crecimiento, donde las medidas para el culto religioso, como ocurría con la sanidad, se quedaron muy atrás con respecto a las necesidades de la población y apenas se percibían las presiones comunitarias para conformarse a las prácticas y a la moral religiosa.

Y, no obstante, a mediados del siglo XIX no se percibió un declive de la religión de masas comparable a la derrota intelectual de la teología. El grueso de la clase media anglosajona siguió siendo creyente, en general, practicante y, en cualquier caso, hipócrita. De los grandes millonarios estadounidenses, sólo uno (Andrew Carnegie) era públicamente no creyente. La tasa de la expansión de las sectas protestantes no oficiales descendió, pero al menos en Gran Bretaña la «conciencia inconformista» que representaban se hizo políticamente más influyente, a medida que se convertían en un fenómeno de clase media. En cambio, la religión no decayó en las nuevas comunidades de emigrantes de ultramar: en Australia el porcentaje de asistencia a la iglesia entre la población de más de quince años creció de 36,5 en 1850 a casi 59 en 1870, asentándose en una media de 40 en las últimas décadas del siglo.[15] Estados Unidos, a pesar del famoso ateo coronel Ingersoll (1833-1899), era un país mucho más creyente que Francia.

En la medida en que interesaba a la clase media, como hemos observado, el declive de la religión se vio inhibido, no sólo por la tradición y el evidente fracaso del racionalismo liberal para proporcionar un sustituto emocional al culto y al ritual colectivos de la religión (excepto quizá a través del arte, véase el capítulo 15), sino también por su repugnancia a abandonar tan valiosos, y quizá tan indispensables, pilares de estabilidad, moralidad y orden social. En la medida en que interesaba a las masas, su expansión pudo muy bien deberse a esos factores demográficos, sobre los que crecientemente se apoyaba la Iglesia católica para su triunfo final: la emigración masiva desde ambientes más tradicionales, es decir, más píos, a las nuevas ciudades, regiones y continentes, y la elevada fertilidad de los piadosos pobres en comparación con los ateos corrompidos por el progreso (incluyendo el control de la natalidad). No hay pruebas de que los irlandeses se hiciesen más religiosos en este período, pero sí las hay de que la emigración debilitó la influencia de la fe: sin embargo, su dispersión y su tasa de natalidad hicieron que la Iglesia católica, indiscutiblemente, creciese relativa y absolutamente en toda la cristiandad. Y, con todo, ¿acaso no había fuerzas en el seno de la religión para revigorizarla y difundirla?

Es cierto que en este período el empeño misionero cristiano no era especialmente afortunado, bien se dirigiese hacia la recuperación del proletariado en el interior de su propio país o a los paganos en el extranjero, y aún lo era menos si se dirigía hacia los creyentes de otras religiones mundiales rivales. Considerando los muy sustanciales gastos realizados a este respecto, los resultados fueron extremadamente modestos: entre 1871 y 1877 los británicos contribuyeron a las misiones con 8 millones de libras.[16] El cristianismo en cualquiera de sus acepciones fracasó en su intento de convertirse en un serio competidor de la única religión que, sin lugar a dudas, se estaba expandiendo, es decir el islam. Que continuó difundiéndose irresistiblemente (sin las ventajas de las organizaciones misioneras, del dinero o del apoyo de las grandes potencias) por el interior de África y en ciertas regiones de Asia; apoyada, sin duda, no sólo por su igualitarismo, sino también por la conciencia de su superioridad sobre los valores de los conquistadores europeos. Los misioneros nunca hicieron mella en la población musulmana. Únicamente consiguieron débiles progresos en las no islámicas, debido a que, por lo general,

todavía no poseían el arma principal de penetración del cristianismo, es decir, la conquista colonial, o al menos la conversión oficial de los gobernantes, que arrastraban a sus súbditos tras de sí, como ocurrió en Madagascar que se declaró cristiana en 1869. El cristianismo realizó algunos progresos en el sur de la India (en su mayor parte en los estratos inferiores del sistema de castas), a pesar de la falta de entusiasmo del gobierno colonial inglés, y en Indochina a raíz de la conquista francesa, pero no obtuvo resultados importantes en África hasta que el imperialismo multiplicó el número de misioneros (de unos 3.000 pastores protestantes, a mediados de los años ochenta, a unos 18.000 en 1900) y puso un mayor poder material en manos del poder espiritual de los redentoristas.[17] Realmente, en el apogeo del liberalismo, la labor misionera pudo haber perdido algo de su ímpetu. Entre 1850 y 1880 sólo se fundaron en África tres o cuatro nuevos centros de misioneros católicos, en comparación con los seis que se abrieron en la década de 1840, los 14 de la de 1880 y los 17 de 1890.[18] El cristianismo era más efectivo cuando sus elementos eran absorbidos por la ideología local, en forma de cultos sincréticos «nativistas». El movimiento de los Taiping en China (véase el capítulo 7) fue, con mucho, el mayor y más importante de dichos fenómenos.

Y, sin embargo, en el seno del cristianismo hubo indicios de un contraataque contra el avance de la secularización. No tanto en el mundo protestante, donde la formación y expansión de las sectas no oficiales parecía haber perdido gran parte del dinamismo que las había caracterizado antes de 1848 —con la posible excepción de los negros de la Norteamérica anglosajona—, como entre los católicos. El culto milagroso de Lourdes en Francia, que comenzó con la visión de una pastorcilla en 1858, se extendió con enorme rapidez; quizá al principio fue espontáneo, pero rápidamente recibió un activo apoyo eclesiástico. Hacia 1875 se fundó en Bélgica una institución sucursal de la de Lourdes. Menos aparatosamente el anticlericalismo originó un movimiento considerable de evangelización entre los ya fieles, y un refuerzo mayor de la influencia clerical. En América Latina la población rural había sido en su mayoría cristiana, pero sin sacerdotes: hasta después de 1860 la mayor parte del clero mexicano era urbano. Contra el anticlericalismo oficial, la Iglesia captó o ganó prosélitos de nuevo sistemáticamente en el campo. En cierto sentido, enfrentada a la amenaza de la reforma secular, reaccionó, como lo había hecho en el siglo XVI, con la contrarreforma. El catolicismo, absolutamente intransigente, ultramontano y rechazando todo acuerdo intelectual con las fuerzas del progreso, de la industrialización y del liberalismo, se convirtió en una fuerza aún más formidable, tras el Concilio Vaticano de 1870, pero a costa de ceder mucho terreno a sus adversarios.

Fuera del mundo cristiano, las religiones siguieron basándose principalmente en el tradicionalismo, con el fin de resistir la erosión provocada por la era liberal o por las confrontaciones con Occidente. Los intentos de «liberalizarlas» interesaron a la burguesía semiasimilada (como el judaísmo reformado que surgió a finales de la década de 1860), pero fueron rechazados por los ortodoxos y despreciados por los agnósticos. Las fuerzas de la tradición eran

aún extraordinariamente poderosas, y con frecuencia estaban apoyadas por la resistencia al «progreso» y a la expansión europea. Como hemos visto, Japón creó incluso una religión estatal, el sintoísmo, carente de elementos tradicionales y en gran parte con fines antieuropeos (véase el capítulo 8). Incluso a los más occidentalizados y revolucionarios individuos del Tercer Mundo parecería que la forma más fácil de triunfar como políticos entre las masas era adquirir el papel, o al menos el prestigio, del monje budista o del santón hinduista. Y, sin embargo, aunque el número de no creyentes declarados en el período que estudiamos siguió siendo relativamente pequeño (después de todo incluso en Europa la mitad de sus habitantes —las mujeres— apenas se vieron afectadas por el agnosticismo), dominaron el mundo esencialmente secular. Todo lo que pudo hacer la religión contra ellos fue retirarse a sus reconocidamente vastas y poderosas fortificaciones y prepararse para sufrir un largo asedio.

15. LAS ARTES

Hemos de convencernos, cabalmente, de que nuestra historia actual es producto de los mismos *seres humanos* que una vez realizaron las obras de arte griegas. Pero, una vez hecho esto, nuestro deber es descubrir *qué* es lo que ha cambiado tan profundamente a los seres humanos, que *nos* lleva a producir objetos de lujo, mientras ellos creaban obras de arte.

RICHARD WAGNER[1]

¿Por qué escribís en verso? Ya nadie se preocupa de esto ... En nuestra época de escéptica madurez, e independencia republicana, el verso es una forma anticuada. Preferimos la prosa, que, en virtud de su libertad de movimiento, se adecua más a los instintos de la democracia.

EUGÈNE PELLETAN, diputado francés, hacia 1877[2]

I

Si el triunfo de la sociedad burguesa parecía ser paralelo al de la ciencia, esto no ocurría en igual medida con el arte. Siempre ha sido enormemente subjetiva la imposición de valores con respecto a las artes creativas, pero difícilmente podemos negar que la era que contempla dos revoluciones (1789-1848) había visto logros asombrosamente relevantes y generalizados, llevados a cabo por individuos de dotes extraordinarias. La segunda mitad del siglo XIX, y especialmente las décadas estudiadas en este libro, no producen la misma arrolladora impresión, excepto en uno o dos países relativamente atrasados, entre los que Rusia destacó notablemente. Con ello no queremos decir que los logros creativos de este período fuesen mediocres, aunque al observar a quienes realizaron sus obras maestras o recibieron el favor del público entre 1848 y la década de 1870, no debemos olvidar que muchos de ellos ya eran personas maduras, que contaban con una producción impresionante antes de 1848. Después de todo —y examinando solamente tres de los indiscutiblemente grandes—, por entonces la *oeuvre* de Charles Dickens (1812-1870) se encontraba casi a la mitad de su camino;

Honoré Daumier (1808-1879) había sido un activo artista gráfico desde la revolución de 1830, e incluso Richard Wagner (1813-1883) contaba ya con varias óperas: *Lohengrin* fue escrita ya en 1851. Aun así, no hay duda de que la literatura en prosa y especialmente la novela experimentaron un notable auge, gracias, principalmente, a la ya larga fama de franceses y británicos y a los nuevos éxitos de los rusos. Evidentemente, en la historia de la pintura hubo un período interesante y realmente relevante, gracias fundamentalmente a los franceses. En música, la era de Wagner y Brahms sólo puede considerarse inferior a la era precedente de Mozart, Beethoven y Schubert.

No obstante, si observamos más de cerca el panorama creativo, adquiere un tinte menos alentador. Ya hemos señalado su dispersión geográfica. Para Rusia esta fue una época de triunfos sorprendentes en música y sobre todo en literatura, por no hablar de las ciencias naturales y sociales. Una década como la de los setenta, que presenció el triunfo simultáneo de Dostoievski y Tolstoi, P. Chaikovski (1840-1893), M. Musorgski (1835-1881) y el Ballet Imperial clásico, tenía poco que temer de una posible competencia. Como hemos visto, Francia e Inglaterra conservaban un nivel muy notable, la primera principalmente en literatura en prosa, la segunda en pintura y en poesía.* Estados Unidos, aunque poco importante en las artes plásticas y en música clásica, comenzaba a revelarse como potencia literaria en el este del país con Melville (1819-1891), Hawthorne (1804-1864) y Whitman (1819-1891), y en el oeste con una nueva cosecha de escritores populistas provenientes del periodismo, entre los que Mark Twain (1835-1910) iba a ser el más importante. Con todo, según unos patrones globales, se trató de un logro provinciano, en muchos aspectos menos impresionante, y con menor influencia internacional, que el trabajo creativo que entonces producían algunas pequeñas naciones que trataban de consolidar su identidad nacional (curiosamente varios de los escritores norteamericanos menos prestigiosos de la primera mitad de siglo habían originado más de una conmoción en el extranjero). A los compositores checos (A. Dvořák, 1841-1904; B. Smetana, 1824-1884) les fue más fácil obtener la aceptación internacional que a los escritores checos, aislados por un idioma que pocos, fuera de su propio país, podían leer o molestarse en aprender. Las dificultades idiomáticas también emplazaron la fama de los escritores originarios de otras regiones, algunos de los cuales ocupan una posición clave en la historia de la literatura de sus pueblos: por ejemplo, los holandeses y flamencos. Sólo los escandinavos comenzaron a captar un público más amplio, quizá debido a que su representante más encomiado —Henrik Ibsen (1828-1906), que alcanzó su madurez al finalizar el período que estudiamos— escribía obras de teatro.

En contraste con ello debemos constatar un declive distinto, y en cierta forma espectacular, en la calidad de las principales obras de los dos grandes

* En poesía inglesa, los logros de Tennyson, Browning y otros son menos impresionantes que los de los grandes románticos de la época revolucionaria; cosa que no ocurre en Francia con la de Baudelaire y Rimbaud.

centros de actividad creativa: los pueblos germanoparlantes y los italianos. Algo puede alegarse a favor de la música, aunque en Italia no hay gran cosa, excepto la figura de G. Verdi (1813-1901), cuya carrera ya estaba en auge antes de 1848, y en Austria y Alemania, entre los grandes compositores conocidos, sobresalen sólo en este período Brahms (1833-1897) y Bruckner (1824-1896), pues Wagner era ya casi maduro. Con todo, tales nombres son bastante importantes, sobre todo el de Wagner, genio descollante, aunque personalmente intratable, y un fenómeno cultural. Pero en estos países las artes creativas se limitan, casi por completo, a la música, aunque puede que no haya argumentos serios para afirmar que su literatura y sus artes plásticas son inferiores a las del período anterior a 1848.

Analizando separadamente las distintas artes, es evidente, en algunas, el descenso general del nivel, siendo indiscutiblemente nula su superioridad sobre el período precedente. Como hemos visto, la literatura progresó principalmente gracias a ese medio tan idóneo que fue la novela. Debe considerarse como el único género que pudo adaptarse a la sociedad burguesa, cuyo surgimiento y crisis formaban su tema principal. Se han realizado intentos de salvar la reputación de la arquitectura decimonónica, y, sin duda, hubo logros notables. Sin embargo, si consideramos la orgía de edificaciones a la que se lanzó la próspera sociedad burguesa, a partir de la década de 1850, nos encontraremos con que no son ni relevantes ni especialmente numerosas. El París reconstruido por Haussman es impresionante por su planificación, pero no por los edificios que bordean sus plazas y bulevares. Viena, que aspiraba a lograr obras maestras más sinceras, consiguió sólo éxitos más que dudosos. La Roma del rey Víctor Manuel, cuyo nombre está relacionado con el mayor número de edificios de mediocre arquitectura, que cualquier otro soberano, es un desastre. Comparados con los admirables logros de, digámoslo así, el neoclasicismo —el último estilo arquitectónico uniforme anterior al triunfo de la «moderna» ortodoxia del siglo XX—, los edificios de la segunda mitad del siglo XIX son aún más propicios para estimular una apología que para provocar la admiración universal. Por supuesto, esto no es aplicable al trabajo de los brillantes e imaginativos ingenieros, aunque este aspecto tendía cada vez con más frecuencia a ser escondido tras fachadas «artísticas».

Incluso los apologistas encontraban dificultades, hasta hace poco, para decir algo en favor de la mayoría de los pintores de este período. La obra que ha pasado a formar parte del museo imaginario de los hombres del siglo XX es casi sin excepción francesa: los supervivientes de la era revolucionaria como Daumier y G. Courbet (1819-1877) y la escuela de Barbizon, y el grupo impresionista de *avant-garde* (vanguardia) —etiqueta indiscriminada que, por el momento, no precisa de mayor análisis— que surgió en los años sesenta. Realmente, este logro es profundamente grandioso, y un período que contempló el surgimiento de E. Manet (1832-1883), E. Degas (1834-1917) y del joven Cézanne (1839-1906) no necesita preocuparse por su reputación. Sin embargo, estos pintores no sólo no fueron representativos de lo que en aquella época se pintaba en cantidades cada vez mayores, sino que fueron bastante sospechosos para el arte respetable y para el gusto del público. Sobre el arte oficial y popular de todos los países en este período, lo más que podemos decir, dentro de límites razonables, es que no presentó un carácter uniforme, que su grado de habilidad fue elevado y que pueden descubrirse, aquí y allá, algunos méritos modestos. La mayor parte del mismo fue y es, horrible.

Puede que la escultura de mediados y finales del siglo XIX, ampliamente expuesta en innumerables obras monumentales, merezca un poco más de atención que la que hasta ahora se le ha prestado —después de todo dio lugar al joven Rodin (1840-1917). Sin embargo, cualquier colección de obra plástica victoriana *en masse*, como las que aún pueden contemplarse en las casas de los bengalíes acomodados que acapararon el mobiliario barato en subastas, constituye un espectáculo deprimente.

II

En cierto modo, se trataba de una situación tragicómica. Pocas sociedades han estimado tanto las obras del genio creativo (en sí mismo invención burguesa como fenómeno social —véase *La era de la revolución*, capítulo 14) como la de la burguesía del siglo XIX. Pocas han estado dispuestas a gastar su dinero tan libremente en el arte, y en términos puramente cuantitativos, ninguna sociedad anterior gastó tantas cantidades en libros nuevos y viejos, objetos, pinturas, esculturas, molduras de albañilería decoradas y billetes para representaciones musicales o teatrales. (Sólo el crecimiento de la población pondría coto a esta situación.) Y paradójicamente, ante todo, pocas sociedades habían estado tan convencidas de que vivían en una edad de oro para las artes creativas.

El gusto del período únicamente atendía a la contemporaneidad, como era natural en una generación que creía en el progreso universal y constante. Herr Ahrens (1805-1881), industrial del norte de Alemania, que se estableció en el ambiente vienés, más propicio culturalmente, y que inició sus colecciones cuando contaba cincuenta años, solía comprar, naturalmente, pintura moderna más que antigua, y fue un ejemplo típico en su género.[3] Bolckow (del hierro), Holloway (píldoras patentadas) y Mendel, «el príncipe comerciante» (del algodón), que competían entre sí para elevar el precio de las pinturas al óleo en Gran Bretaña, hicieron las fortunas de los pintores académicos contemporáneos.[4] Los periodistas y prohombres de la ciudad, que tan orgullosamente registraban la inauguración y los costos de aquellos mastodónticos edificios públicos que, después de 1848, comenzaron a desfigurar el paisaje ciudadano del norte, sólo encubierto de forma incompleta por el hollín y el humo que los cubrieron de inmediato, creían realmente estar celebrando un nuevo renacimiento, financiado por los príncipes de los negocios, comparables a los Médicis. Desgraciadamente la conclusión más evidente que pueden extraer los historiadores sobre los últimos años del siglo XIX es que sólo el gasto de dinero no garantiza una edad de oro en el arte.

Sin embargo, el monto de los capitales empleados resultó impresionante desde cualquier punto de vista, excepto desde la nunca vista capacidad productiva del capitalismo. Sin embargo, el dinero no fue gastado siempre por las mismas personas. La revolución burguesa resultó victoriosa incluso en el campo de actividades características de príncipes y nobles. Ninguna de las grandes reconstrucciones de las ciudades, entre 1850 y 1875, convertiría a un palacio real o imperial, o incluso a un conjunto de palacios aristocráticos, en el rasgo dominante del paisaje urbano. Donde la burguesía era débil, como en Rusia, el zar y los grandes duques podían seguir siendo los principales patronos individuales, pero, desde luego, su papel, incluso en dichos países, estaba lejos de ser todo lo importante que había sido antes de la Revolución francesa. Por otra parte, un príncipe secundario, excéntrico y tan poco común como Luis II de Baviera o una aristócrata algo menos excéntrica como la marquesa de Hertford pondrían toda su pasión en comprar arte y artistas, pero, en conjunto, los caballos, el juego y las mujeres les hicieron contraer deudas, con más frecuencia, que el patronazgo de las artes.

Así pues, ¿quién pagaba el arte? Los gobiernos y otras entidades públicas, la burguesía y —es justo mencionarlo— un sector cada vez mayor de las «clases inferiores», a quienes los procesos tecnológicos e industriales hacían accesibles los productos de mentes creativas en cantidades crecientes y a precios cada vez más bajos.

Las autoridades públicas seculares eran casi los únicos clientes de gigantescos edificios monumentales, cuyo propósito era testimoniar la riqueza y esplendor de la época en general y de la ciudad en particular. Su propósito rara vez era utilitario. En la era del *laissez-faire* los edificios gubernamentales no eran indebidamente llamativos. Normalmente no se trataba de oficios religiosos, excepto en los países católicos y cuando se construían para el uso interno de grupos religiosos (minorías), como los judíos o los inconformistas británicos, que deseaban mostrar su creciente bienestar y satisfacción. La pasión por «restaurar» y terminar las grandes iglesias y catedrales de la Edad Media, que invadió la Europa de mediados del siglo XIX como una enfermedad contagiosa, tuvo carácter cívico más que espiritual. Incluso en las monarquías más espléndidas este afán pertenecía, cada vez más, al «público» y menos a la corte: las colecciones imperiales se convertían en museos, la ópera abría sus taquillas. De hecho, fueron los símbolos característicos de la gloria y la cultura, pues incluso los titánicos edificios de los ayuntamientos que, en estrecha competencia, mandaban construir los concejales, eran enormemente desproporcionados para las modestas necesidades de la administración municipal. Los tercos hombres de negocios de Leeds rechazaron deliberadamente los cálculos utilitarios para la construcción de su ayuntamiento. ¿Qué importaba un poco más de dinero, cuando la cuestión era demostrar que «en el ardor de las actividades mercantiles, los habitantes de Leeds no habían olvidado cultivar la percepción de la belleza y el gusto por las bellas artes»? (De hecho, su coste fue de 122.000 libras, cerca de tres veces el coste original calculado, equivalente a casi el 1 por 100 del beneficio *total* del impuesto sobre la renta para *todo* el Reino Unido en 1858, año de su inauguración.)[5]

Un ejemplo servirá para ilustrar el carácter general de tales edificios. La ciudad de Viena derruyó sus antiguas fortificaciones en la década de 1850, y en su lugar edificó, en décadas posteriores, un magnífico bulevar circular flanqueado por edificios públicos, que representaban lo siguiente: los negocios (la bolsa), la religión (la Votivkirche), la enseñanza superior, la dignidad pública y los asuntos públicos (el ayuntamiento, el palacio de justicia y el parlamento) el arte (teatros, museos, academias, etc.).

Individualmente, las exigencias burguesas eran más modestas, pero colectivamente mucho mayores. Probablemente su mecenazgo individual en este período no fuese tan importante como llegaría a ser en la generación anterior a 1914, cuando los millonarios estadounidenses elevaron el precio de ciertas obras de arte a niveles que nunca se habían alcanzado antes ni se alcanzarían. (Incluso a finales del período que estudiamos, los «magnates ladrones» estaban aún demasiado ocupados robando, como para lanzarse de todo corazón a exhibir el producto de su bandolerismo.) Con todo, especialmente desde 1860 en adelante, fue evidente que el dinero abundaba por doquier. En la década de 1850 se presentó al público un solo artículo de mobiliario francés del siglo XVIII (símbolo internacional del estatus y del bienestar interno), que alcanzaría en una subasta el precio de unas 1.000 libras, en la década de 1860, fueron ocho; en los setenta, catorce, incluyendo un lote que llegó a 30.000 libras; artículos como grandes jarrones de Sèvres (también símbolo del estatus) alcanzaron más de 1.000 libras por tres veces en los años cincuenta, siete veces en los años sesenta y once veces en los años setenta.[6] Un puñado de príncipes comerciantes en competencia es suficiente para hacer las fortunas de un puñado de pintores y traficantes de arte, pero incluso un público numéricamente modesto es suficiente para mantener una producción artística sustancial, si los precios no son muy altos. Lo prueban el teatro y en cierto modo los conciertos de música clásica, pues ambos prosperaron gracias a un número de espectadores bastante reducido. (La ópera y el ballet clásico, de cuando en cuando, se basaban en los subsidios de los gobiernos o de los ricos en busca de prestigio social, no siempre desatentos a la facilidad de acceso a las bellas bailarinas y cantantes que esto les proporcionaba.) El teatro prosperó, al menos financieramente, y lo mismo hicieron los editores de libros sólidos y caros, destinados a un mercado limitado, cuyas dimensiones quizá estén indicadas por la circulación del *Times* londinense, que tiraba entre 50.000 y 60.000 ejemplares en las décadas de 1850 y 1860, aunque en ciertas ocasiones alcanzaba los 100.000. ¿Quién podría lamentarse cuando en seis años se vendieron 30.000 ejemplares, al precio de una guinea, de los *Viajes*, de Livingstone (1857)?[7] De cualquier modo, los negocios y necesidades domésticas de los burgueses hicieron la fortuna de gran cantidad de arquitectos que construyeron y reconstruyeron para aquéllos importantes zonas de la ciudad.

El mercado burgués era una novedad sólo en la medida en que ahora era desusadamente amplio y cada vez más próspero. Por otra parte, hacia me-

diados de siglo se produjo un fenómeno relativamente revolucionario: por primera vez, gracias a la tecnología y a la ciencia, ciertas formas de trabajo creativo pudieron reproducirse técnicamente a precios baratos y a una escala sin precedentes. Sólo uno de tales procesos estuvo relacionado, realmente, con el acto de creación artística, la fotografía, que llegó a su mayoría de edad en la década de 1850. Como veremos, su efecto sobre la pintura fue inmediato y profundo. Los demás procesos sólo produjeron versiones mediocres de algunos productos y las pusieron al alcance del público: la literatura, a través de la multiplicación de los libros baratos en rústica, estimulados notablemente por los ferrocarriles (las series principales se denominaron «bibliotecas de ferrocarril» o «ambulantes»); el dibujo por medio del grabado en acero con el nuevo proceso de electrotipo (1845) hizo posible la reproducción en grandes cantidades sin que se perdiese ningún detalle o matiz, todo ello a través del desarrollo del periodismo, de la literatura o del autodidactismo a plazos, etc.*

El sentido económico evidente de este primer mercado de masas suele ser menospreciado. Los ingresos de los principales pintores, enormes incluso para los niveles actuales —Millais obtenía una media anual de 20.000 a 25.000 libras esterlinas de la época, entre 1868 y 1874—, se basaban principalmente en los grabados de dos guineas y en los marcos de cinco chelines, editados por Gambart y Flatou u otros empresarios similares. La *Estación de ferrocarril* de Frith (1860) produjo 4.500 libras de derechos subsidiarios más 750 libras de derechos de exposición.[8] Empresarios de este tipo arrancaron a Rosa Bonheur (1822-1899) de las montañas escocesas a fin de persuadirla para que añadiese ciervos y riscos a sus cuadros que, como había demostrado Landseer, eran tan vendibles como los caballos y las vacas que ya habían hecho su fortuna entre los británicos amantes de los animales. Igualmente en la década de 1860 dirigieron la atención de L. Alma Tadema (1836-1912) hacia la Roma antigua, con sus desnudeces y orgías históricas, para obtener unos beneficios mutuos considerables. Ya en 1853 E. Bulwer-Lytton (1808-1873), que era un escritor que olvidaba sus propios intereses económicos, vendió los derechos editoriales de diez años por menos de 5.000 libras —de las novelas que ya había escrito para la Railway Library de Routdledge, por 20.000 libras.[9] Excepto en lo que respecta a *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe (1852), de la que pueden haberse vendido 1.500.000 ejemplares en un año, en el imperio británico, en cuarenta ediciones (la mayor parte de ellas piratas), el mercado artístico de masas no puede compararse con el actual. Aunque éste existió y tuvo una importancia innegable.

Debemos hacer dos observaciones al respecto. La primera es señalar la notable desvalorización de las artes tradicionales, que fueron las más directamente afectadas por el avance de la reproducción mecánica. Lo cual daría lugar en el transcurso de una generación, especialmente en Gran Bretaña,

* Estos progresos habían comenzado ya en las décadas de 1830 y 1840, lo cual no disminuye el significado de su expansión cuantitativa a partir de la de 1850.

cuna del industrialismo, a la reacción político-ideológica del movimiento de artes y oficios (en gran parte socialista) cuyos orígenes antiindustrialistas, e implícitamente anticapitalistas, se remontan desde la empresa proyectista de William Morris en 1860 hasta los pintores prerrafaelitas de los años cincuenta. La segunda se refiere a la clase de público que influía en los artistas. No se trataba sólo de una clientela aristocrática o burguesa, como la que evidentemente formaba el contenido del West End londinense o del teatro de bulevar de París. En última instancia, también contaba la masa de la modesta clase media baja y demás estratos sociales, incluyendo entre ellos a los obreros especializados, que aspiraban a la respetabilidad y a la cultura. En todos los sentidos, el arte del tercer cuarto del siglo XIX fue *popular*, como sabían los nuevos publicitarios de masas de la década de 1880 cuando compraron algunas de las pinturas más lamentables y caras para imprimirlas en sus carteles.

El arte gozaba de gran prosperidad, y lo mismo les sucedía a los talentos creativos que interesaban al público —que no tenían por qué ser los peores. Es un mito que a los mejores talentos de la época se los dejase morir de hambre en la bohemia por los incultos que no los apreciaban. Realmente podemos encontrar algunos que, por diversas razones, resistieron o trataron de escandalizar al público burgués, o simplemente fracasaron en su intento de conseguir compradores; la mayor parte de los cuales eran franceses (G. Flaubert, 1821-1880, los primeros simbolistas, los impresionistas), pero también de otros lugares. Sin embargo, lo más frecuente es que los individuos cuya reputación sería puesta a prueba en el siglo siguiente, fuesen personas cuya reputación entre sus contemporáneos oscilaba entre un gran respeto y la idolatría y cuyos ingresos profesionales les permitían alcanzar una posición que iba desde una situación de clase media acomodada hasta la opulencia. La familia de Tolstoi vivía holgadamente gracias al producto de un puñado de novelas, cuando el gran hombre había dado por perdidas sus posesiones. Charles Dickens, sobre cuyas finanzas poseemos una información poco frecuente, pudo reunir 10.000 libras anuales a partir de 1848, mientras que en los años sesenta sus ingresos anuales aumentaron, alcanzando en 1868 unas 33.000 libras (la mayor parte de las cuales provenían del ya enormemente lucrativo mercado norteamericano).[10] Hoy día 150.000 dólares podrían constituir unos ingresos muy sensacionales, pero hacia 1870 situaban a un individuo en la categoría de los muy ricos. Así pues, de una forma general, el artista estaba bien avenido con el mercado, e incluso aquellos que no se hicieron ricos eran respetados. Dickens, W. Thackeray (1811-1863), George Eliot (1819-1880), Tennyson (1809-1892), Victor Hugo (1802-1885), Zola (1840-1902), Tolstoi, Dostoievski, Turgueniev, Wagner, Verdi, Brahms, Liszt (1811-1886), Dvořák, Chaikovski, Mark Twain, Henrik Ibsen son nombres de individuos a los que, a lo largo de su vida, nos les faltó el éxito ni el aprecio.

da de 1870, éstos llegaban casi a 400.000. Hacia esta época sus «exposiciones privadas» se habían convertido en acontecimientos de moda para las clases altas, como signo seguro del creciente rango social de la pintura y de la brillantez social de los «estrenos» teatrales, en los que, después de 1870, Londres comenzaba a competir con París; en ambos casos, todo ello tuvo efectos desastrosos para dichas artes. Ahora los turistas burgueses difícilmente podían evitar ese peregrinaje inevitable y sin sentido a los santuarios del arte, que hoy día continúan a lo largo de los duros suelos del Louvre, de los Ufizzi o de San Marco. Los mismos artistas, reducidos a las hasta entonces dudosas funciones teatrales y operísticas, llegaron a ser respetados y respetables, aceptables candidatos a ser caballeros o a la nobleza.* Ni siquiera tenían que ajustarse a las costumbres de la burguesía normal, sólo en la medida en que sus corbatas, boinas y capas de terciopelo estuviesen confeccionadas con un material suficientemente caro. (De nuevo, en este caso, Richard Wagner demostró un perfecto conocimiento del público burgués: incluso sus escándalos formaron parte de su imagen artística.) A finales de los sesenta, Gladstone fue el primer *premier* que invitó a las lumbreras de la vida artística e intelectual a sus cenas oficiales.

Pero ¿el público burgués *disfrutaba*, realmente, con el arte que patrocinaba y estimaba con creciente prodigalidad? La pregunta es anacrónica. Es cierto que algunos tipos de creación artística mantenían una sincera relación con el público, al que simplemente deseaban entretener. Entre ellos, el principal era la «música ligera», que quizá fue el único arte en gozar de una edad de oro en estos años. La palabra «opereta» aparece por primera vez en 1856, y la década de 1865 a 1875 vería el período álgido de las realizaciones de Jacques Offenbach (1819-1880), Johann Strauss, hijo (1825-1899) —el *Vals del Danubio Azul* data de 1867, *Die Fledermaus*, de 1874—, la *Caballería Ligera*, de Suppé (1820-1995) y de los primeros éxitos de Gilbert y Sullivan (1836-1911, 1842-1900). Hasta que el peso de artes más elevadas las abrumó, incluso la ópera mantuvo su *armonía* con un público que buscaba sinceramente distraerse (*Rigoletto*, *Il Trovatore*, *La Traviata* —obras, reconocidamente, poco posteriores a 1848), y el teatro comercial multiplicó sus bien construidos dramas y sus intrincadas farsas, de las que sólo las últimas han resistido la erosión del tiempo (Labiche, 1815-1888; Meilhac, 1831-1897, y Halévy, 1834-1908). Pero, desde el punto de vista cultural, estos pasatiempos eran considerados inferiores, como los diversos «espectáculos con señoritas», que aparecieron en París en la década de 1850,[12] con los que, evidentemente, tenían mucho en común.** El verdadero arte no fue un

* Hacía mucho tiempo que en Gran Bretaña se concedían a los pintores títulos nobiliarios, pero Henry Irving, que alcanzó la fama en esta época, fue el primer actor que accedió a ese estatus, y Tennyson fue el primer poeta —en realidad el primer artista— que fue elevado a la categoría de par. Sin embargo, a pesar de la influencia cultural del príncipe consorte (que era alemán), tales honores aún eran poco frecuentes en esta época.

** Los ingresos del Folies Bergère eran sólo inferiores a los de la Ópera y superaban bastante a los de la Comédie Française.

asunto de simple diversión, ni siquiera de algo que pudiese reducirse a «sensibilidad artística».

El «arte por el arte» era un fenómeno minoritario que se dio entre los últimos artistas románticos, una reacción contra el ardiente compromiso político y social de la era revolucionaria, intensificado por los amargos desengaños de 1848, movimiento que había arrastrado consigo tantos espíritus creativos. El esteticismo no se convirtió en moda burguesa hasta finales de la década de 1870 y la de 1880. Los artistas creativos eran sabios, profetas, maestros, moralistas, fuentes de *verdad*. El esfuerzo era el precio que pagaba por sus beneficios una burguesía demasiado dispuesta a creer que todo lo de valor (monetario o espiritual) requería una abstención inicial del placer. El arte formaba parte de este esfuerzo humano, su cultivo era su punto culminante.

IV

¿Cuál fue la índole de esta verdad? Aquí debemos separar la arquitectura de las demás artes, ya que carecía de un rasgo que le proporcionase un aspecto unitario. Realmente, lo más característico a este respecto es la desaparición de los «estilos» morales, ideológicos y estéticos aceptados que, en tiempos pasados, siempre imprimieron su sello. Dominaba el eclecticismo. Como ya en los años cincuenta observó Pietro Selvatico en su *Storia dell' Arte del Disegno*, no había un solo estilo o modelo de belleza. Cada estilo estaba adaptado a un fin. Así, de los nuevos edificios que flanqueaban la Ringstrasse vienesa, la iglesia era, obviamente, gótica; el parlamento, griego; el ayuntamiento, una mezcla de renacimiento y gótico; la bolsa (como muchas otras de su tipo en esta época), de un clasicismo moderadamente opulento; los museos y las universidades, de un renacimiento primitivo; el Burgtheater y la ópera pueden describirse como pertenecientes al estilo operístico del Segundo Imperio, en el que predominaban los elementos eclécticos del renacimiento.

El gusto por la pompa y el esplendor hallaban su expresión más adecuada, generalmente, en el renacimiento primitivo y el gótico tardío. (El barroco y el rococó fueron menospreciados hasta el siglo XX.) Naturalmente, el renacimiento, época de príncipes mercaderes, fue el estilo más adecuado para hombres que se consideraban a sí mismos sus sucesores, pero se utilizaron libremente otras reminiscencias estilísticas adecuadas. Así, los aristócratas terratenientes de Silesia, que se convirtieron en millonarios capitalistas gracias al carbón de sus haciendas, y sus colegas burgueses invadieron toda la historia arquitectónica de siglos. El *Schloss* (castillo) del banquero Von Eichborn (1857) continuó siendo, naturalmente, neoclásico prusiano, un estilo que, a finales de este período, aún gozaba del favor de los burgueses más ricos. El gótico, con sus sugerencias sobre la gloria de los burgueses medievales y la fama de los caballeros, tentó inmediatamente a los más aristocráticos y opulentos, como ocurrió en Koppitz (1859) y Miechowitz (1858). La

experiencia del París de Napoleón III, en el que habían dejado su señal conocidos magnates de Silesia, como el príncipe Henckel von Donnersmarck, aunque sólo fuese por su matrimonio con la Païva, una de las principales cortesanas parisinas, inspiró, como es natural, otros modelos de esplendor, al menos a los príncipes de Donnersmarck, Hohenlohe y Pless. El renacimiento italiano, holandés y nortealemán, proporcionaron otros modelos igualmente aceptables, pero menos grandiosos, tanto individualmente como en conjunto.[13] Aparecieron incluso los motivos menos esperados. Así, los judíos ricos de estos años adoptaron preferentemente un estilo morisco-islámico para sus cada vez más opulentas sinagogas, como afirmación (que fue recogida por las novelas de Disraeli) de que su aristocracia oriental no tenía por qué competir con la occidental,[14] y fue casi el único ejemplo de la utilización deliberada de modelos no europeos en el arte de la burguesía occidental, hasta la moda de los motivos japoneses de finales de la década de 1780 y la de 1880.

En pocas palabras, la arquitectura no expresaba ninguna clase de «verdad», sino, únicamente, la confianza y autoconfianza de la sociedad que construía los edificios, y este sentido de la inmensa e incuestionable fe de la burguesía en su destino es lo que hace que sus mejores ejemplos sean impresionantes, aunque sólo sea por su tamaño. Se trataba de un lenguaje de símbolos sociales. De ahí proviene el encubrimiento deliberado de lo realmente nuevo e interesante, es decir, la magnífica tecnología e ingeniería que apenas se mostraban públicamente, excepto cuando había que simbolizar lo que significaba en sí mismo, el progreso técnico: como el Crystal Palace londinense de 1851, la Rotonda de la exposición de Viena de 1873 y, posteriormente, la torre Eiffel (1889). Por otra parte, incluso el glorioso funcionalismo de los edificios utilitarios resultó cada vez más desfigurado, como ocurrió en las estaciones del ferrocarril: de un insensato eclecticismo como London Bridge (1862), de un neogótico civil como la de St. Pancras, en Londres (1868), y renacentistas como la Südbanhof de Viena (1869-1873); sin embargo, algunas estaciones importantes resistieron, afortunadamente, los exuberantes gustos de la nueva era. Únicamente los puentes exhibieron su belleza de ingeniería —aunque quizá, para nuestro gusto actual, algo pesada, debido a la abundancia y bajo precio del hierro—, aunque ese curioso fenómeno que es el puente colgante gótico del Tower Bridge de Londres, fue casi uno de sus últimos ejemplos. Y, sin embargo, técnicamente, tras aquellas fachadas renacentistas y neogóticas, iban a parecer las cosas más avanzadas, originales y *modernas*. La decoración de las casas de apartamentos parisinas del Segundo Imperio comenzaron ya a disimular esa invención tan notable y original que fue el ascensor o elevador. Quizá la única pieza que justificaba un alarde técnico y que los arquitectos rara vez rechazaban, incluso en edificios con fachadas «artísticas», fue la bóveda gigante o cúpula: como las de los mercados, salas de lectura de las bibliotecas y soportales comerciales, tan vastos como la Galería de Víctor Manuel de Milán. Pero, por lo demás, ninguna época ha ocultado sus méritos con tanta insistencia.

La arquitectura, por sí misma, no tenía «verdades», ya que carecía de un

significado que pudiese expresarse con palabras. Las demás artes sí las tenían, porque podían hacerlo. Para las generaciones de mediados del siglo XX, educadas según un dogma crítico muy distinto, lo más sorprendente es la creencia existente, a mediados del siglo XIX, de que la forma en el arte no tenía importancia, pero sí el contenido. Sería erróneo sacar simplemente la conclusión de que las restantes artes estaban subordinadas a la literatura, aun cuando se creía que su contenido podía expresarse mediante palabras, con diversos grados de adecuación, y aunque la literatura era, realmente, el arte clave del período. Si «toda imagen cuenta algo» e incluso, sorprendentemente, la música solía hacerlo así —después de todo, este fue el período álgido de la ópera, de la música de ballet y las suites descriptivas—, la música de programa estaba destinada a destacarse.* Lo más acertado sería pretender que cada arte fuese expresable en los términos de las demás, de modo que las uniese el ideal de la «obra de arte total» (la *Gesamtkunstwerk*, de la que, como era usual, Wagner se hizo portavoz). Sin embargo, las artes que podían expresar su sentido con precisión, por ejemplo, verbalmente o mediante la representación plástica, tenían ventaja sobre las que no podían hacerlo. Era más fácil convertir una historia en ópera (por ejemplo, *Carmen*), o incluso transformar unas pinturas en una composición musical (*Los cuadros de una exposición*, de Musorgski, 1874), que hacerlo a la inversa y convertir una composición musical en pintura o incluso en poesía.

Por consiguiente, la pregunta ¿de qué se trata? no sólo era legítima, sino fundamental para todo juicio sobre arte a mediados de siglo. La respuesta, por lo general, era: «realidad» y «vida». «Realismo» es el término que acudía, de modo natural, a los labios de observadores contemporáneos o no de este período, cuando se enfrentaban a la literatura y a las artes plásticas. No hay término más ambiguo. Implica el intento de describir, representar o, en todo caso, encontrar un equivalente preciso de los hechos, imágenes, ideas, sentimientos o pasiones —el caso extremo es el de Wagner, con sus *leitmotive* musicales específicos, cada uno de los cuales representa una persona, situación o acción, o sus recreaciones musicales del éxtasis sexual (*Tristán e Isolda*, 1865). Pero ¿cuál era la realidad así representada, la vida «que el arte» debe representar? La burguesía de mediados de siglo estuvo atormentada por un dilema que su triunfo hizo aún más agudo. La imagen que de sí misma deseaba no representaba *toda* la realidad, en la medida en que la realidad era pobreza, explotación y miseria, materialismo, pasiones y aspiraciones, cuya existencia amenazaba una estabilidad que, a pesar de toda la confianza que tenían en sí mismos, encontraban precaria. Era, citando la divisa periodística del *New York Times*, la diferencia existente entre las noticias en

* La inspiración literaria de la música fue especialmente notable. Goethe inspiró obras a Liszt, Gounod, Boito y Ambroise Thomas, por no hablar de Berlioz; Schiller inspiró a Verdi; Shakespeare a Mendelssohn, a Chaikovski, a Berlioz y a Verdi. Wagner, que creó sus propios dramas poéticos, consideraba que su música les estaba subordinada, aunque sus presuntuosos versos pseudomedievales estaban muertos sin el apoyo de la música, que había llegado a formar parte del repertorio de los conciertos, incluso sin ayuda de las palabras.

general, y «todas las noticias que son adecuadas para imprimirse». Por el contrario, la realidad en una sociedad dinámica y progresiva no era, después de todo, estática. De lo que se trataba no era de una representación realista del presente necesariamente imperfecto, sino de la mejor situación, a la que los hombres aspiraban y para la que, con seguridad, habían sido creados. El arte tenía una dimensión futura (como era frecuente, Wagner se erigió como su representante). En pocas palabras, las imágenes artísticas «reales» y «como la vida misma» cada vez se apartaron más de la estilización y del sentimentalismo. En el mejor de los casos, la versión burguesa del «realismo» resultó ser una selección socialmente satisfactoria, como la del famoso *Angelus* de J. F. Millet (1814-1875), donde la pobreza y el trabajo duro resultaban admisibles gracias a la piedad obediente de los pobres, y en el peor, se volcó hacia el sentimental halago del retrato familiar.

En las artes plásticas había tres formas de escapar a este dilema. Una de ellas insistía en representar toda la realidad, incluyendo la desagradable o peligrosa. El «realismo» se convertía en «naturalismo» o «*verismo*». Lo que normalmente implicaba una crítica consciente de la sociedad burguesa, como la que realizó Courbet en pintura, y Zola y Flaubert en literatura: pero incluso los trabajos que no implicaban ninguna de estas intenciones deliberadamente críticas, como la obra maestra de Bizet (1838-1875), la ópera de bajos fondos *Carmen* (1875), fueron acogidas por el público y la crítica como si su intención hubiese sido política. La alternativa era abandonar por completo lo contemporáneo o toda realidad, bien rompiendo los lazos entre el arte y la vida, o con más exactitud, la vida contemporánea (el arte por el arte), o escogiendo deliberadamente la opción de los visionarios (como en el *Bateau Ivre*, 1871, del joven revolucionario Rimbaud), o, de otra forma, siguiendo la fantasía evasiva de humoristas como Edward Lear (1812-1888) y Lewis Carroll (1832-1898) en Gran Bretaña y Wilhelm Busch (1832-1908) en Alemania. Pero, en la medida en que el artista no se refugiaba en una fantasía deliberada, se suponía que las imágenes básicas eran «como la vida misma». Y, en este aspecto, las artes visuales sufrieron un profundo *shock* traumático: la competencia de la tecnología a través de la fotografía.

La fotografía, inventada en la década de 1820, y adoptada públicamente en Francia a partir de la de 1830, se convirtió en un medio viable para la reproducción masiva de la realidad, y conoció un rápido desarrollo como negocio en la Francia de los años cincuenta, impulsada en especial por los fracasados miembros de la *bohemia* artística, como Nadar (1820-1911), para quien sirvió de sustituto al éxito artístico y consagró su éxito monetario, así como el de otros insignificantes empresarios que se introdujeron en un comercio abierto y relativamente económico. La insaciable demanda de la burguesía, y especialmente de la ambiciosa pequeña burguesía, de retratos baratos, proporcionó las bases de dicho éxito. (La fotografía inglesa siguió estando, durante mucho tiempo, en manos de señoritas y caballeros que la practicaban con fines experimentales y como *hobby*.) Resultó evidente de inmediato que esto destruía el monopolio de las artes plásticas. Un crítico conservador observó ya en 1850 que ello podía poner en peligro la existencia de «ramas enteras del arte, como grabados (*gravures*), litografías, pintura de género y retratos».[15] ¿Cómo podía competir con la simple representación de la naturaleza (excepto en lo que respecta al color) con un sistema que trasladaba los mismos «hechos» directamente a la imagen y, por decirlo así, lo hacía científicamente? Así pues, ¿podía la fotografía sustituir al arte? Los neoclasicistas y los (por entonces) románticos reaccionarios se inclinaron a pensar que sí podía y que, por lo tanto, era pernicioso. J. A. D. Ingres (1780-1867) la consideraba como una indecorosa invasión del progreso industrial en el reino del arte. C. Baudelaire (1821-1867), desde un punto de vista muy distinto, pensaba lo mismo: «¿Qué hombre, digno del nombre de artista, qué genuino amante del arte ha confundido nunca la industria con el arte?».[16] Para ambos, el papel correcto de la fotografía era el de una técnica subordinada y neutral, análoga a la impresión o la taquigrafía en literatura.

Pero, curiosamente, los realistas, que resultaron los más directamente afectados por ella, no fueron tan absolutamente hostiles. Aceptaron el progreso y la ciencia. ¿Acaso no pintaba Manet —como observó Zola— como sus propias novelas, inspirado por el método científico de Claude Bernard? (véase el capítulo 14).[17] Y, sin embargo, aunque defendían la fotografía, se resistían a la mera identificación del arte con la reproducción exacta y naturalista que parecía implicar su teoría. Según el crítico naturalista Francis Wey: «Ni el dibujo, ni el color, ni la exactitud de la representación, hacen al artista: es su *mens divina*, la inspiración divina ... Lo que hace al pintor no es la mano, sino el cerebro: la mano simplemente obedece».[18] La fotografía resultó útil porque ayudó a los pintores a superar la simple copia mecánica de los objetos. Divididos entre el idealismo y el realismo del mundo burgués, los realistas también rechazaron la fotografía, pero con una cierta perplejidad.

El debate resultó apasionante, pero finalizó con el recurso más característico de la sociedad burguesa, los derechos de propiedad. El derecho francés, que protegía específicamente la «propiedad artística» contra el plagio y la copia, según una ley de la Gran Revolución (1793), dejó a los productos industriales bajo la protección mucho más vaga del artículo 1.382 del Código Civil. Todos los fotógrafos afirmaron resueltamente que los modestos clientes que compraban sus productos, no sólo compraban imágenes baratas y reconocibles, sino los valores espirituales del arte. Al mismo tiempo, los fotógrafos que no conocían lo suficiente a las celebridades como para tener sus enormemente vendibles retratos no resistieron la tentación de piratear sus copias, lo cual implicaba que las fotografías originales no estaban legalmente protegidas como arte. Se acudió a los juzgados para decidir sobre el caso de los señores Mayer y Pierson, cuyas empresas rivales entablaron pleito por la edición pirata de sus fotografías del conde Cavour y lord Palmerston. En el transcurso de 1862 el caso pasó por todos los tribunales hasta llegar a la Corte de Casación, que decidió que, después de todo, la fotografía era un arte, pues este era el único medio de proteger con efectividad sus derechos de propiedad. Y, sin embargo, teniendo en cuenta la complejidad que la tecnología

había introducido en el mundo del arte, ¿podía la ley, en su majestad, opinar en una sola dirección? ¿En cuál, si las exigencias de la propiedad chocaban con las de la moralidad?, como ocurrió, inevitablemente, cuando los fotógrafos descubrieron las posibilidades comerciales del cuerpo femenino, especialmente en forma de tarjeta de visita, cuyo formato era fácilmente manejable.

Que tales «fotografías de desnudos femeninos, en posición vertical o postrada, pero provocativos a la vista por su desnudez total»,[19] eran obscenas no admite ninguna duda: así lo declaró una ley en la década de 1850. Pero como harían sus considerablemente más atrevidos sucesores los fotógrafos «de chicas» de mediados del siglo XIX, podían rebatir —aunque en esta época en vano— los argumentos de la moralidad con los del arte: el arte radical del realismo. La tecnología, los intereses comerciales y la vanguardia formaron una alianza tácita, reflejando la alianza oficial del dinero y de los valores espirituales. El punto de vista oficial difícilmente podía prevalecer. Al condenar a uno de dichos fotógrafos, el fiscal público también condenaba «la escuela de pintura que se denominaba realista y omitía la belleza ... que sustituía esas graciosas ninfas de Grecia e Italia por las ninfas de la raza, hasta entonces desconocida, tristemente notorias en las orillas del Sena».[20] Su alocución fue recogida en *Le Moniteur de la Photographie*, en 1863, el año del *Déjeuner sur l'herbe* de Manet.

Por consiguiente, el realismo fue ambiguo y contradictorio. Sus problemas podían haberse evitado únicamente al precio de la trivialización realizada por los artistas «académicos» que pintaban lo aceptable y vendible, sin preocuparse de las relaciones entre ciencia e imaginación, hecho e ideal, progreso y valores eternos, y demás. Los artistas sinceros, ya fuesen críticos hacia la sociedad burguesa o lo suficientemente lógicos como para asumir sus pretensiones con seriedad, se hallaban en una posición más difícil y la década de 1850 inició una fase de desarrollo que demostró que el problema no sólo era difícil, sino irresoluble. Con el «realismo» programático, es decir, naturalista de Courbet, la historia de la pintura occidental, compleja, pero coherente desde el renacimiento italiano, llega a su fin. Un historiador de arte, el alemán Hildebrand, concluyó significativamente con aquel su estudio sobre la pintura del siglo XIX. Lo que vino después —o más bien, lo que ya estaba apareciendo al mismo tiempo que el impresionismo— fue difícil relacionarlo por más tiempo con el pasado, ya que anticipaba el futuro.

El dilema fundamental del realismo fue, al mismo tiempo, el tema y la técnica, así como las relaciones entre ambos. Con respecto al tema, el problema no era simplemente el de la elección de un asunto común contra lo «noble» y lo «distinguido», o la selección de los tópicos intocables por los artistas «respetables», para emplearlos contra los que formaban el grueso de las academias, como estuvieron inclinados a hacer los artistas francamente politizados de la izquierda, por ejemplo, el revolucionario y *communard* Courbet.[21] Ya que, por supuesto, en cierto sentido, todos los artistas que asumieron sinceramente el realismo naturalista debían pintar lo que veían realmente, es decir, cosas o, más bien, impresiones sensoriales, en vez de ideas,

cualidades o juicios de valor. Evidentemente, *Olympia* no era una Venus idealizada, sino —según Zola—, «sin duda, una modelo a la que Édouard Manet ha copiado tranquilamente, tal cual era ... en su juvenil desnudez, apenas velada»,[22] pero lo más sorprendente era que, formalmente, se hacía eco de la Venus de Tiziano. Pero se entendiese o no como manifiesto político, el hecho es que el realismo *no podía* pintar a Venus, sino sólo a jóvenes desnudas, del mismo modo que no podía pintar la majestad, sino únicamente individuos coronados; por ello es por lo que Kaulbach, en la proclamación de Guillermo I, como emperador alemán en 1871, resultó mucho menos efectivo que los *iconos* de David o Ingres sobre Napoleón I.

Pero, aunque el realismo nos parezca políticamente radical, porque estaba más a sus anchas con temas contemporáneos y populares,* el hecho es que limitó y quizá hizo imposible la actividad artística comprometida política e ideológicamente, que había dominado el período anterior a 1848, pues la pintura política no podía hacerse sin ideas y juicios. Lo cual, sin duda, eliminó del arte serio la modalidad más común de pintura política utilizada en la primera mitad del siglo, es decir, el cuadro histórico, que había entrado en rápido declive desde mediados de siglo. El realismo naturalista de Courbet, republicano, demócrata y socialista, no sirvió de base para el arte políticamente revolucionario, ni siquiera en Rusia, donde los *Peredvizhniki* (alumnos del teórico revolucionario Chernishevski) subordinaron la técnica naturalista al aspecto literario, por lo que estos pintores no se diferencian en nada, excepto en el tema, de los pintores académicos. Esto marcó el fin de una tradición, no el comienzo de otra.

Así, la revolución en el arte y el arte de la revolución comenzaron a distanciarse, a pesar de los esfuerzos de teóricos y propagandistas para mantenerlos unidos, como los «48» de Théophile Thoré (1807-1869) y los del radical Émile Zola. La importancia de los impresionistas no radica en la popularidad de sus temas —paseos dominicales, bailes populares, paisajes ciudadanos, escenas callejeras, carreras de caballos y burdeles del *demi-monde* de la sociedad burguesa—, sino en sus innovaciones en cuanto al método. Éste consistió simplemente en intentar conseguir una representación más total de la naturaleza, «de lo que se ve», mediante técnicas análogas y copiadas de las de la fotografía e incluso de las de las ciencias naturales, en continuo progreso. Lo cual implicaba abandonar los códigos convencionales de la pintura anterior, porque, ¿podía «realmente» el ojo ver cómo la luz caía sobre los objetos? Con seguridad no, con el código de señales aceptado para representar un cielo azul, unas nubes blancas o un rostro. Sin embargo, el intento de hacer más «científico» el realismo, lo apartó inevitablemente del

* «Cuando otros artistas corregían a la naturaleza al pintar a Venus, mentían. Manet se preguntó por qué debía mentir. ¿Por qué no decir la verdad? Así, nos presentó a *Olympia*, una joven de nuestro tiempo, a quien encontramos en las calles llevando un fino chal de lana descolorida sobre sus estrechos hombros.» (Zola, que prosigue su relato en el mismo tono.)[23]

sentido común, hasta que, a su debido tiempo, las nuevas técnicas se convirtieron, a su vez, en un código convencional. Así, ahora podemos leerlo sin dificultad, al admirar a Manet, a A. Renoir (1841-1919), a Degas, a C. Monet (1840-1926) o a C. Pissarro (1830-1903). En su época, su obra era incomprensible, «un bote de pintura arrojado al rostro del público», según las palabras de Ruskin sobre James MacNeill Whistler (1834-1903).

Este problema demostró ser temporal, pero otros dos aspectos del nuevo arte fueron menos tratables. En primer lugar, colocó a la pintura en los límites inevitables de su carácter «científico». Por ejemplo, el impresionismo implicaba, lógicamente, no sólo la pintura, sino una película en color y preferiblemente en tres dimensiones, capaz de reproducir el cambio constante de la luz sobre los objetos. En su serie de cuadros sobre la fachada de la catedral de Ruán, Claude Monet fue tan lejos como le fue posible con el apoyo de la pintura y el lienzo, lo que no era mucho. Pero si la búsqueda de la ciencia en el arte no produjo ninguna solución definitiva, todo lo que consiguió fue la destrucción de un código de comunicación visual convencional y generalmente aceptado, que no fue reemplazado ni por la «realidad», ni por ningún otro código único, sino por una multiplicidad de convencionalismos igualmente posibles. En último análisis —pero en las décadas de 1860 y 1870 aún quedaba un largo camino por recorrer antes de llegar a esta conclusión— no hubo forma de elegir entre las visiones subjetivas de ningún individuo; y al alcanzar este punto, la búsqueda de una objetividad perfecta de la información visual se transformó en el triunfo de la subjetividad total. El camino era tentador, pues si la ciencia era un valor básico de la sociedad burguesa, el individualismo y la competición también lo eran. Los bastiones de la disciplina y de la competencia académicas en el arte fueron sustituyendo, en este período, y a veces inconscientemente, el viejo criterio de «perfección» y «exactitud» por el nuevo de «originalidad», abriendo la vía a su consiguiente sobreseimiento.

En segundo lugar, si el arte era análogo a la ciencia, debía compartir con ella la característica del *progreso* que (con alguna salvedad) identificaba lo «nuevo» o «último» con lo «superior». Esto no provocó dificultades en la ciencia, pues, en 1875, los más pedestres científicos comprendían la física, evidentemente mejor que Newton o Faraday. Pero esto no puede aplicarse al arte: Courbet era mejor que, pongamos por caso, el barón Gross, pero ello no se debía a que fuese posterior o realista, sino a que tenía más talento. Además, la palabra progreso, en sí misma, era ambigua, ya que podía aplicarse por un igual a cualquier cambio históricamente observado, y de hecho así se hacía, que significase una mejora (o que se considerase como tal), pero también se aplicaba al intento de llevar a cabo cambios deseables en el futuro. El progreso podía ser o no una realidad, pero lo «progresivo» era una afirmación de intención política. Lo revolucionario en arte podía confundirse, fácilmente, con lo revolucionario en política, especialmente por mentes confusas como la de P.-J. Proudhon, y ambas cosas podían, a su vez, confundirse con igual

facilidad con algo muy distinto, es decir, con la «modernidad», término que apareció por primera vez hacia 1849.*

En este sentido, ser «contemporáneo» tenía también implicaciones en el cambio y en las innovaciones técnicas, lo mismo que respecto al tema. Pues si, como Baudelaire había observado sensiblemente, el placer de representar el presente no sólo proviene de su posible belleza, sino de su «carácter esencial de ser presente», entonces cada «presente» venidero podía hallar su forma de expresión característica, ya que, después de todo, ninguna otra cosa podía expresarlo adecuadamente. Esto podía ser o no el «progreso» en su sentido de mejora objetiva, pero ciertamente era «progreso» en la medida en que las formas de aprehender el pasado debían, inevitablemente, dar paso a aquellas destinadas a aprehender el tiempo presente, que eran mejores por el mero hecho de ser contemporáneas. El arte debe renovarse constantemente. E inevitablemente, al hacerlo así, cada serie de innovadores perdería —al menos temporalmente— el apoyo de la masa de los tradicionalistas, de los «filisteos», de aquellos que carecían de lo que el joven Arthur Rimbaud (1854-1891) —que formuló tantos elementos de este futuro arte— denominó «la visión». En pocas palabras, comenzamos a encontrarnos en el ahora familiar mundo de la *avant-garde* —aunque este término aún no era popular. No se debe a la casualidad que la genealogía retrospectiva de las artes de *avant-garde* no nos remonte más allá del Segundo Imperio francés: es decir, a Baudelaire y Flaubert en literatura y a los impresionistas en pintura. Históricamente esto es un mito, pero la fecha es significativa. Señala el colapso del intento de producir un arte intelectualmente coherente (aunque con frecuencia crítico) de la sociedad burguesa; es decir, un arte que comprendiese la realidad física del mundo capitalista, del progreso y de las ciencias naturales, tal como las concebía el positivismo.

V

Esta ruptura afectó más a los estratos marginales del mundo burgués que a su núcleo central: los estudiantes e intelectuales jóvenes, los escritores y artistas noveles, los *bohemios* en general y aquellos que rehusaban, aunque temporalmente, adoptar las costumbres propias de la respetabilidad burguesa, y que se confundían con facilidad con los incapaces o con aquellos a los que su forma de vida se lo impedía. Los distritos cada vez más especializados de las grandes ciudades —como el Barrio Latino o Montmartre—** se

* «En suma, Courbet ... expresa el talante de su época. Su obra coincide con la *Filosofía positiva* de Auguste Comte, con la *Metafísica positiva* de Vacherot y con mis propias *Derecho humano* o *Justicia inmanente*; con los derechos del trabajo y los derechos del trabajador, que anuncian el fin del capitalismo y la soberanía de la clase obrera; con la frenología de Gall y Spurzheim; con la fisiognomía de Lavater.» (P.-J. Proudhon.)[34]

** La moda de la pintura realista —es decir, al aire libre— originó también estas curiosas y, con frecuencia temporales, pequeñas colonias de artistas en los alrededores de París, en la cos-

convirtieron en los centros de dichas *avant-gardes* y gravitaban a su alrededor los jóvenes provincianos rebeldes como el joven Rimbaud, que leían ávidamente las revistillas o la poesía heterodoxa en lugares como Charleville. Proporcionaban tanto los productores como los consumidores de lo que, un siglo después, se llamaría *underground* o «contracultura», que era un mercado de una cierta entidad, pero sin la solvencia suficiente para proporcionar a los vanguardistas un medio de vida. El creciente deseo de la burguesía de cobijar a todas las artes en su regazo multiplicó los candidatos a este abrazo: estudiantes de arte, escritores noveles, etc. Las *Escenas de la vida bohemia* de Henry Murger (1851) dieron lugar a una gran pasión por lo que podría llamarse el equivalente urbano en la sociedad burguesa de la *fête champêtre* del siglo XVIII; es decir, se vivía en lo que era ya el paraíso secular y centro artístico del mundo occidental —con el que no podía competir ni siquiera Italia—, pero sin pertenecer a él. En la segunda mitad del siglo quizá hubiese en París entre 10.000 y 20.000 personas que se autodenominaban «artistas».[25]

Aunque algunos movimientos revolucionarios de la época se limitaron, casi por entero, al ambiente del Barrio Latino —por ejemplo, los blanquistas— y, aunque los anarquistas identificarían la simple pertenencia a la contracultura con la revolución, la vanguardia como tal no tenía ninguna política específica. Entre los pintores, los ultraizquierdistas Pissarro y Monet huyeron a Londres en 1870, para evitar tomar parte en la guerra franco-prusiana; pero Cézanne, en su refugio provinciano, no se tomó verdadero interés por las opiniones políticas de su amigo más íntimo, el novelista radical Zola. Manet y Degas —burgueses con medios propios—, así como Renoir, fueron a la guerra tranquilamente y eludieron la Comuna de París; por el contrario, Courbet jugó un destacado papel en la misma. Fue la pasión por los grabados japoneses —uno de los subproductos culturales más significativos de la apertura del mundo al capitalismo— lo que unió a los impresionistas al ferozmente republicano Clemenceau —alcalde de Montmartre durante la Comuna— y a los hermanos Goncourt, que eran históricamente contrarios a la Comuna. Estuvieron unidos, como lo habían estado los románticos antes de 1848, sólo por un rechazo común de la burguesía y su régimen político —en este caso el Segundo Imperio— y del reino de la mediocridad, de la hipocresía y del beneficio.

Hasta 1848 estos barrios latinos espirituales de la sociedad burguesa tenían aún esperanza —en una república o en la revolución social— y quizá, incluso, con todo su odio, experimentaban una cierta admiración envidiosa hacia el dinamismo de los más activos magnates ladrones del capitalismo, que se abrían camino a través de las barreras de la sociedad aristocrática tradicional. *La educación sentimental* de Flaubert (1869) es la historia de esta esperanza en el corazón de los jóvenes revolucionarios de la década de 1840, y su doble rechazo hacia la revolución de 1848 y hacia la era siguiente, en la

ta normanda o, algo más tarde, en Provenza, lo cual parece que no se dio mucho antes de mediados del siglo XIX.

que la burguesía triunfó a costa de abandonar incluso los ideales de su propia revolución, es decir, «libertad, igualdad, fraternidad». En cierto sentido, el romanticismo de 1830 a 1848 fue la principal víctima de esta desilusión. Su realismo visionario se transformó en realismo «científico» o positivista, conservando —y quizá desarrollando— los elementos de la crítica social * o al menos del escándalo, pero perdiendo la perspectiva. Esto, a su vez, se transformó en «el arte por el arte» o en la preocupación por los formalismos del idioma, del estilo y de la técnica. «Todo el mundo tiene inspiración», le dijo a un joven el viejo poeta Gautier (1811-1872). «Todo burgués se conmueve ante el amanecer y ante el ocaso. El poeta tiene oficio.»[26] Cuando una nueva forma de arte visionario surgió entre los que aún eran niños o no habían nacido en 1848 —la obra cumbre de Arthur Rimbaud apareció en 1871-1873, e Isidore Ducasse, «el conde de Lautréamont» (1846-1870), publicó sus *Cantos de Maldoror* en 1869—, éste fue esotérico, irracionalista y, cualesquiera que fuesen las intenciones de sus autores, alejado de la política.

Con el fin del sueño de 1848 y con el triunfo de la realidad de la Francia del Segundo Imperio, la Alemania de Bismarck, la Inglaterra de Palmerston y Gladstone y la Italia de Víctor Manuel, el arte burgués occidental, empezando con la pintura y la poesía, se bifurca en dos direcciones, hacia la masa y hacia una minoría definida. Sin estar tan proscritos por la sociedad burguesa como presenta la historia mitológica del arte de vanguardia, en conjunto, es innegable que los pintores y poetas, que aún admiramos, no llamaron la atención en el mercado contemporáneo, y fueron famosos, en todo caso, por sus escándalos: Courbet y los impresionistas, Baudelaire y Rimbaud, los primeros prerrafaelitas, A. C. Swinburne (1837-1909) y Dante Gabriel Rossetti (1828-1882). Pero, evidentemente, este no fue el caso de todo el arte, incluso de aquellas ramas que dependían por completo del mecenazgo burgués, con la excepción del drama hablado, del que es mejor no hablar. Esto quizá se deba a que las dificultades que acosaban al «realismo» en las artes plásticas eran más «manejables» en las demás.

VI

Tales problemas apenas afectaron a la música, ya que es muy difícil lograr algún tipo de realismo representativo en este arte, y el intento más apropiado para introducirlo debía ser metafórico, o bien dependiente de las palabras o de un drama. Con excepción de la fusión realizada en las *Gesamtkunstwerk* wagneriana (el arte totalizador de sus óperas), o en las canciones populares, el realismo en música significó la representación de emociones identificables: incluyendo entre ellas las del sexo, como hizo Wagner en su *Tristán* (1865). Por lo general, como en las florecientes escuelas nacionales de compositores

* Monseñor Dupanloup observaba que todo sacerdote de provincias, con experiencia de confesionario, reconocía la exactitud de la *Madame Bovary* de Flaubert.

—Smetana y Dvořák en Bohemia; Chaikovski, N. Rimski Korsakov (1844-1908), Musorgski, etc., en Rusia; E. Grieg (1843-1907) en Noruega, y, por supuesto, los alemanes, pero no los austríacos—, se trataba de las emociones nacionalistas, para las que existían símbolos adecuados, en forma de motivos extraídos de la música folklórica, etc. Pero, como ya hemos indicado, la música seria apenas se desarrolló, no tanto porque sugería el mundo real, como porque sugería sentimientos espirituales y así proporcionaba, entre otras cosas, un sustituto a la religión, como antaño le había proporcionado un poderoso apoyo. Si deseaba verse representada debía recurrir a los patronos o al mercado. En este punto, únicamente podía oponerse al mundo burgués desde dentro, tarea fácil, ya que no era probable que la burguesía supiese cuándo era objeto de críticas. Esta podía sentir, perfectamente, que lo que se expresaban eran sus propias aspiraciones y la gloria de su cultura. Así, la música progresó, utilizando un idioma más o menos romántico y tradicional. Su vanguardista más belicoso, Richard Wagner, fue también su figura pública más elaborada, ya que sin duda triunfó (gracias al mecenazgo del rey loco Luis de Baviera) al convencer a las autoridades culturales más solventes económicamente y al público burgués de que pertenecían a una elite espiritual —muy por encima de las masas incultas—, única merecedora del arte del futuro.

La literatura en prosa y especialmente la novela, esa forma artística característica de la era burguesa, progresaron exactamente por la razón opuesta. Las palabras, al contrario que las notas, podían representar la «vida real» y las ideas y, a diferencia de las artes plásticas, su técnica no las obligaba a imitar a aquéllas. Por consiguiente, el «realismo» en la novela no provocó contradicciones inmediatas e irresolubles como las que introdujo la fotografía en la pintura. Algunas novelas podían tratar de plasmar una verdad más rigurosamente documentada que otras, algunas podían extenderse a campos considerados indecorosos o impropios para un público respetable (los naturalistas franceses cultivaron ambos); pero ¿quién podría negar que incluso los individuos con mente menos literaria, los más subjetivos, escribieron historias sobre el mundo real y, con más frecuencia, sobre la sociedad contemporánea real? No hay un novelista de este período cuyas obras no puedan convertirse en seriales dramáticos para la televisión. De ahí la popularidad y flexibilidad de la novela como *género* y sus sorprendentes logros. Con raras excepciones —Wagner en la música, los pintores franceses y quizá algún poeta—, los logros supremos del arte en nuestro período correspondieron a la novela, y en especial a la rusa, a la inglesa, a la francesa y quizá (si incluimos el *Moby Dick* de Melville) a la norteamericana. Y (con la excepción de Melville) las mayores obras de los mayores novelistas obtuvieron un reconocimiento absoluto e inmediato, aunque no siempre las acompañó la comprensión.

El gran poder de la novela reside en su esfera de acción; los temas más vastos y ambiciosos caían entre las garras de los novelistas: *Guerra y paz* (1869) tentó a Tolstoi; *Crimen y castigo* (1866), a Dostoievski; *Padres e hijos* (1862), a Turgueniev. La novela pretendió apresar la realidad de toda la sociedad, aunque, curiosamente, los intentos deliberados en esa dirección, a través de seriales según el modelo de Scott y Balzac, no atrajeron a los principales talentos: incluso Zola comenzó su gigantesco retrato retrospectivo del Segundo Imperio (las series Rougon-Macquart) en 1871, Pérez Galdós (1843-1920) inició sus *Episodios Nacionales* en 1873 y Gustav Freytag (1816-1895) —descendiendo ya a niveles más bien bajos—, sus *Die Ahnen* (*Los antepasados*), en 1872. El éxito de estos titánicos esfuerzos fue de variada entidad, excepto en Rusia, donde obtuvieron una aceptación casi uniforme, aunque una época que incluye al Dickens maduro, a Flaubert, George Eliot, Thackeray y Gottfried Keller (1819-1890) no tiene por qué tener ningún tipo de rivalidad. Pero la característica de la novela y lo que constituyó la forma artística de esta época es que sus logros más ambiciosos se consiguieron sin recurrir al mito y a la técnica (como fue el caso del *Anillo* de Wagner), sino gracias a la simple descripción de la realidad diaria. No se trataba tanto de tomar al asalto los paraísos de la creatividad como de adentrarse penosa e inexorablemente en ellos. Por esta razón, también se prestaban a ser traducidos con pérdidas mínimas. Al menos uno de los principales novelistas de la época llegó a ser una figura genuinamente internacional: Charles Dickens.

Sin embargo, por ello sería injusto limitar la discusión sobre el arte de la época del triunfo burgués a los maestros y a las obras maestras, especialmente aquellas destinadas a una minoría. Como hemos visto, fue un período de arte para las masas, gracias a la reproducción tecnológica que posibilitó la multiplicación ilimitada de imágenes, al maridaje entre tecnología y comunicaciones, que dio lugar a los diarios y periódicos —en especial a las revistas ilustradas— y a la educación de masas, que hizo todo ello accesible a un nuevo público. Las obras de arte contemporáneas que ya eran ampliamente reconocidas en este período —es decir, eran conocidas fuera de los límites de una minoría «culta»— no fueron, excepto raras excepciones, las que hoy día son más admiradas; aunque probablemente Charles Dickens sea la única personalidad descollante.* La literatura más vendida era el diario popular, que alcanzó una circulación sin precedentes de un cuarto e incluso de medio millón de ejemplares en Gran Bretaña y Estados Unidos. Los retratos que se encontrarían en las paredes de las cabañas de los pioneros del Oeste norteamericano o de las casitas de los artesanos en Europa, fueron impresos en *Monarch of the Glen* de Landseer (o en sus equivalentes nacionales), así como los retratos de Lincoln, Garibaldi o Gladstone. Las composiciones de «música clásica» que penetraron en el ánimo popular fueron los estribillos de Verdi interpretados por los omnipresentes organillos, o los cortos de Wagner que podían adaptarse como música nupcial; pero no las óperas en sí mismas.

* Sin embargo, Dickens escribía como un periodista —publicaba sus novelas por entregas— y se comportaba como un actor, siendo conocido por miles de personas gracias a las lecturas teatrales de las escenas dramáticas de sus obras.

Pero esto implicaba una revolución cultural. Con el triunfo de la ciudad y de la industria se desarrolló una división, cada vez más acentuada, entre los sectores «modernos» de las masas, es decir, los urbanizados, alfabetizados y los que aceptaban el contenido de la cultura hegemónica —la de la sociedad burguesa— y los sectores «tradicionales», cada vez más débiles. La división se fue acentuando, pues la herencia del pasado rural se hacía progresivamente irrelevante con respecto al modo de vida de la clase obrera urbana: en las décadas de 1860 y 1870, los obreros industriales de Bohemia cesaron de expresarse mediante canciones populares y pasaron a hacerlo con las canciones del *music-hall* y con las coplas de ciego, que tenían poco en común con las de sus padres. Este fue el vacío que empezaron a cubrir los antecesores de la música moderna popular y del negocio del espectáculo, atendiendo a las demandas de individuos con modestas ambiciones culturales y que las mutualidades cubrían —cada vez más, a finales de esta época, a través de los movimientos políticos—, en atención a los más activos, conscientes y ambiciosos. En Gran Bretaña, la época en que en las ciudades se multiplicaban los *music-hall*, era también la de la multiplicación, en las comunidades industriales, de las sociedades corales y las bandas musicales obreras, con un repertorio de «clásicos» populares, derivados de la cultura dominante. Pero estas décadas se caracterizan porque la corriente cultural siguió una dirección única, de la clase media hacia abajo, al menos en Europa. Incluso en lo que sería la expresión más típica de la cultura proletaria, los deportes como espectáculo de masa, el patrón de la época —como el de los clubs de fútbol— fue establecido por los jóvenes de clase media, que fundaron sus clubs y organizaron las competiciones. Hasta finales de la década de 1870 y principios de la de 1880, los deportes no fueron acaparados y disfrutados por la clase obrera.*

Pero incluso los patrones de la cultura rural más tradicional resultaron minados, más como consecuencia de la educación que por la migración. Al fin la educación primaria resultó accesible a las masas, e inevitablemente la cultura tradicional cesó de ser básicamente oral, y de difundirse «cara a cara», y se dividió entre la cultura superior o dominante de los alfabetizados y la cultura inferior o recesiva de los analfabetos. La educación y la burocracia nacional convirtieron a las aldeas en un esquizofrénico conjunto de personas, divididas entre los diminutivos y apodos por los que las conocían sus vecinos y parientes («Paquito el Tullido») y los nombres oficiales de la escuela y el estado, por los que las conocían las autoridades («Francisco González López»). En realidad las nuevas generaciones fueron bilingües. Los numerosos y crecientes intentos por salvar los viejos idiomas, en forma de «literatura dialectal» (como los dramas rurales de Ludwig Anzengruber, 1839-1889; los poemas en el dialecto de Dorset, de William Barnes, 1800-1886; las autobiografías *plattdeutsch* de Fritz Reuter, 1810-1874, o, algo después, el intento de revivir la literatura provenzal por el movimiento *Félibrige*, 1854), atrajeron la atención de la nostalgia romántica de clase media y del populismo o «naturalismo».*

* En Gran Bretaña, el «país deportivo» por excelencia, el período observó un declive de las normas de los deportes plebeyos puramente profesionales, que habían sido los primeros en iniciar su desarrollo, por ejemplo, el críquet. Diversas actividades, que entonces eran bastante importantes, casi desaparecieron, por ejemplo, el pedestrismo profesional, las marchas y las competiciones a remo.

Según nuestros patrones, este declive no fue muy grande. Pero sí significativo porque, durante aquellos años, todavía no resultó contrapesado por el desarrollo de lo que podríamos llamar la nueva contracultura proletaria y urbana. (En el campo jamás se dio un fenómeno de esta clase.) La hegemonía de la cultura oficial, inevitablemente identificada con la clase media triunfante, hizo valer sus derechos sobre las masas subordinadas. En esta época hubo pocas cosas que mitigasen dicha subordinación.

* La principal excepción la constituyeron los contraataques populista-democráticos contra la cultura clásica (en este caso «extranjera») por parte de los humoristas y periodistas del oeste y del sur de Estados Unidos, que sistemáticamente utilizaron, como base, el idioma que se hablaba en la realidad; su principal monumento es el *Huckleberry Finn* (1884) de Mark Twain.

16. CONCLUSIÓN

Haced lo que queráis, el destino tiene la última palabra en lo referente a los asuntos humanos. Hay una tiranía real para vosotros. Según los principios del Progreso, el destino debería haber sido abolido hace mucho tiempo.

JOHANN NESTROY, dramaturgo cómico vienés, 1850[1]

La era del triunfo liberal se inició con una revolución fracasada y terminó con una prolongada depresión. La primera constituye un hito más apropiado que la segunda para indicar el comienzo o el fin de una era, pero la historia no tiene en cuenta el interés de los historiadores, aunque algunos de ellos no siempre son conscientes de ello. Las exigencias del drama podían sugerir que la conclusión de este libro debería ser un acontecimiento corrientemente espectacular —quizá la proclamación de la unidad alemana y la Comuna de París de 1871, o incluso la gran caída de la Bolsa de 1873—, pero las exigencias del drama y la realidad con frecuencia no coinciden. El camino no finaliza con el espectáculo de una cumbre o una cascada, sino con el menos identificable paisaje de una vertiente: un período situado entre 1871 y 1879. Si hemos de elegir una fecha, permítasenos escoger una que simbolice el «a mediados» de la década de 1870, que no se identifica con ningún acontecimiento suficientemente descollante que constituya un obstáculo innecesario, es decir, 1875.

La nueva era que sigue al triunfo del liberalismo va a ser muy distinta. En economía se alejará con rapidez de la desenfrenada competencia entre empresas privadas, de la no injerencia gubernamental en los asuntos económicos, y de lo que los alemanes llamaban *Manchesterismus* (la ortodoxia del libre comercio de la Inglaterra victoriana), para pasar a las grandes corporaciones industriales (cárteles, trusts y monopolios), a la injerencia gubernamental en grados considerables, y a las muy diferentes ortodoxias de la política, aunque no necesariamente las de la teoría económica. La era del individualismo finalizó en 1870, de lo que se lamentaba el abogado inglés A. V. Dicey, y se iniciaba la del «colectivismo», y si bien la mayor parte de lo que él consideraba, lúgubremente, avances del «colectivismo» nos parecen insignificantes, no le faltaba razón en cierto sentido.

La economía capitalista cambiaría en cuatro aspectos significativos. En primer lugar, entramos en una nueva era tecnológica, ya no determinada por las invenciones y métodos de la primera revolución industrial: una era con nuevas fuentes de energía (la electricidad y el petróleo, las turbinas y el motor de explosión), de nuevas maquinarias basadas en los nuevos materiales (acero, aleaciones y metales no férricos) y de nuevas industrias con bases científicas, como la industria, en plena expansión, de la química orgánica. En segundo lugar, entramos, de manera creciente, en la economía de mercado dirigida al consumidor doméstico, iniciada en Estados Unidos y fomentada (en Europa, modestamente) no sólo por los crecientes ingresos de las masas, sino, sobre todo, por el evidente crecimiento demográfico de los países desarrollados. De 1870 a 1910, la población de Europa pasó de 290 a 435 millones y las de Estados Unidos de 38,5 a 92 millones. En otras palabras, entramos en el período de la producción en serie, incluyendo la de algunos productos duraderos para el consumo.

En tercer lugar —y en ciertos aspectos esto constituyó el progreso más decisivo— tuvo lugar un paradójico cambio de sentido. La era del triunfo liberal había sido la del monopolio industrial británico, *de facto*, a nivel internacional, en el que (con algunas notables excepciones) los beneficios estaban asegurados, con pocos problemas, gracias a la competencia de la pequeña y mediana empresa. La era posliberal se caracterizó por la existencia de una competencia internacional entre economías industriales nacionales rivales: la británica, la alemana y la norteamericana; competencia agudizada por las dificultades que las empresas de cada una de esas economías encontraban, durante el período de depresión, para obtener los beneficios adecuados. Así, la competencia desembocó en la concentración económica, en el control y en la manipulación del mercado. Citemos a un excelente historiador:

> El crecimiento económico ahora también significaba lucha económica —lucha que separaba a los fuertes de los débiles, que desanimaba a unos y endurecía a otros, para favorecer a las nuevas y hambrientas naciones a expensas de las viejas. El optimismo sobre un futuro de progreso indefinido dio paso a una incertidumbre y a un sentido agónico, en el sentido más clásico del término. Todo lo cual robusteció y, a su vez, fue robustecido por agudas rivalidades políticas: ambas formas de competencia quedaron fundidas en esa oleada final de hambre de tierra y de acaparamiento de esferas de influencia que se ha llamado el nuevo imperialismo.[7]

El mundo entraba en el período imperialista, en el sentido más amplio del término (que incluye los cambios acontecidos en la estructura de la organización, por ejemplo, el «capital monopolista»), pero también en su sentido más restringido: es decir, la nueva integración de los países «subdesarrollados» como dependencias de una economía mundial dominada por los países «desarrollados». Esto se debió no sólo a la rivalidad de los mercados y de los capitales de exportación (que llevó a las potencias a dividirse el mundo en reservas formales e informales para sus propios hombres de negocios), sino

a la creciente importancia de las materias primas que no podían obtenerse en la mayoría de los países desarrollados por razones climáticas o geológicas. Las nuevas industrias tecnológicas requerían estas materias: petróleo, caucho y metales no férricos. Hacia finales del período, Malaysia era famosa por su producción de estaño; Rusia, la India y Chile, por el manganeso; Nueva Caledonia, por el níquel. La nueva economía comunista requería cantidades crecientes, no sólo de las materias que también producían los países desarrollados (por ejemplo, cereales y carne), sino de aquellas que no producían (por ejemplo, bebidas y frutas tropicales o subtropicales o aceite vegetal «ultramarino» para jabón). Las «repúblicas bananeras» llegaron a formar parte de la economía del mundo capitalista, en la misma medida que las colonias productoras de estaño, de caucho o de cocos.

A escala global, esta dicotomía entre zonas desarrolladas y subdesarrolladas (teóricamente complementarias), aunque en sí misma no era nada nuevo, iba a asumir un aspecto moderno. La aparición del nuevo patrón de desarrollo-dependencia continuaría sólo con breves interrupciones hasta la depresión de 1930, y constituye el cuarto cambio principal experimentado por la economía mundial.

En política, el fin de la era liberal representa, literalmente, lo que sus palabras implican. En Gran Bretaña, los *whigs* (en el sentido amplio de que no fuesen *tories*) habían estado ocupando cargos, con dos breves excepciones, a lo largo del período que va de 1848 a 1874. En el último cuarto de siglo iban a seguir en sus cargos por no más de ocho años. En Alemania y Austria, los liberales dejaron, en la década de 1870, de constituir la principal base parlamentaria de los gobiernos, en la medida en que los gobiernos necesitaban tal base. Resultaron debilitados, no sólo por el fracaso de su ideología del libre comercio y sobria administración (es decir, relativamente inactiva), sino por la democratización de la política electoral (véase el capítulo 6), que destruyó la ilusión de que su política representaba a las masas. Por una parte, la depresión aumentó la fuerza de los intereses proteccionistas de algunas empresas y de los intereses nacionales agrarios. La tendencia hacia el libre comercio fue trastocada en Rusia y Austria en 1874-1875, en España en 1877, en Alemania en 1879, y, prácticamente, en todas partes, excepto en Gran Bretaña: e incluso, en este país, el libre comercio sufrió fuertes presiones a partir de la década de 1870. Por otra parte, la exigencia desde abajo de protección contra los «capitalistas», por parte de los «económicamente débiles», de seguridad social, de medidas públicas contra el desempleo y de un salario mínimo por parte de los obreros, llegaron a ser oral y políticamente efectivas. La clase obrera pasó a ser la «clase mejor», pues la antigua nobleza jerárquica y la nueva burguesía no pudieron seguir denominándola «clase baja», o, sobre todo, basarse en su apoyo, prestado sin contrapartida.

Estaba surgiendo un nuevo estado increíblemente poderoso e interventor, y en su seno se estaban desarrollando nuevos patrones políticos, ya previstos con pesimismo por los pensadores antidemocráticos. «La versión moderna de

los Derechos del Hombre —afirmaba el historiador Jacob Burckhardt en 1870— incluyen el derecho al trabajo y a la subsistencia. Pues los hombres ya no quieren dejar los asuntos vitales a la sociedad, porque quieren lo imposible e imaginan que sólo están seguros bajo la compulsión del estado.»[3] Lo que les preocupaba no era sólo la exigencia, supuestamente utópica, de los pobres a vivir decentemente, sino la capacidad de esos mismos pobres para imponer este derecho. «Las masas quieren su tranquilidad y su recompensa. Si las consiguen de una república o de una monarquía se adherirán indiferentemente a una u otra. O bien, sin mucho esfuerzo, apoyarán la primera constitución que les prometa lo que ellos quieren.»[4] Y el estado, que ya no estaba controlado por la autonomía moral y por la legitimidad que le confería la tradición, o por la creencia en la indestructibilidad de las leyes económicas, se convertiría cada vez más, en la práctica, en un Leviatán todopoderoso, aunque en teoría sería un simple instrumento para conseguir los propósitos de las masas.

Según los patrones modernos, la ampliación del papel y de las funciones del estado siguió siendo bastante modesta, aunque su gasto per cápita (es decir, sus actividades) habían aumentado casi por doquier en estos años, en especial como consecuencia del gran aumento de la deuda pública (excepto en los bastiones del liberalismo, de la paz y de la empresa privada no subvencionada, como Gran Bretaña, Holanda, Bélgica y Dinamarca).* En cualquier caso, el gasto social, excepto en el capítulo educativo, siguió siendo bastante insignificante. Por otra parte, en política, tres nuevas tendencias surgieron de las confusas tensiones de esta nueva era de depresión económica que, casi en todas partes, se había convertido en una era de agitación y descontento.

La primera, y en apariencia la más nueva, fue la aparición de los partidos y movimientos obreros independientes, generalmente con una orientación socialista (es decir, cada vez más marxista), de la que el Partido Socialdemócrata alemán fue el primer y más brillante ejemplo. Aunque los gobiernos y la clase media de la época consideraban a esos partidos como los más peligrosos, de hecho compartían los valores y presupuestos del racionalismo ilustrado sobre el que se basaba el liberalismo. La segunda tendencia no compartía esta herencia, y, en realidad, se le opuso categóricamente. Los partidos demagógicos antiliberales y antisemitas surgieron en las décadas de 1880 y 1890, ambos a la sombra de su antigua filiación liberal —como en el caso de los nacionalistas antisemitas y pangermanistas que serían los antecesores del hitlerismo—, o bajo el ala de las hasta entonces políticamente inactivas iglesias, como el movimiento «socialcristiano» de Austria.** La tercera

* El incremento del gasto educativo siguió siendo mucho más importante en los países en desarrollo extraeuropeos, que se encontraban en trance de construir la infraestructura de su economía, gracias a la importación de capital, como Estados Unidos, Canadá y Argentina.

** Por varias razones, entre las cuales se cuenta la autorreconocida posición ultrarreaccionaria del Vaticano en tiempos de Pío IX (1846-1878), la Iglesia católica fracasó al tratar de utilizar con efectividad su enorme poder en la política de masas, excepto en algunos países occidentales, en los que era una minoría, y se vio obligada a organizarse como grupo de presión: como en el «Partido del Centro» alemán, a partir de la década de 1870.

tendencia era la de la emancipación de los partidos y movimientos nacionalistas de masas de su primitiva identificación ideológica con el liberal-radicalismo. Ciertos movimientos en favor de la autonomía nacional o la independencia tendieron a inclinarse, al menos teóricamente, hacia el socialismo, especialmente cuando la clase obrera desempeñaba un papel significativo en los diferentes países; se trataba de un socialismo nacional más que internacional (como los así llamados socialistas del pueblo checo, o el Partido Socialista polaco) y el elemento nacionalista tendió a prevalecer sobre el socialista. Otros se inclinaron hacia una ideología basada en el linaje, la tierra y el idioma, concebida más bien como tradición étnica o poco más.

Todo ello no alteró el patrón político básico de los estados desarrollados, surgidos en los años sesenta: es decir, un acercamiento más o menos gradual y renuente al constitucionalismo democrático. No obstante, la aparición de una política de masas no liberal, aunque teóricamente aceptable, atemorizó a los gobiernos. Antes de que aprendiesen a «manejar» el nuevo sistema, estuvieron inclinados en ocasiones —en especial durante la Gran Depresión— a caer en el pánico o la coerción. La Tercera República no readmitió en la política a los supervivientes de la masacre de la Comuna, hasta los primeros años de la década de 1880. Bismarck, que sabía cómo manejar a los liberales burgueses, pero que no sabía hacerlo con partidos de masas, como el socialista y el católico, declaró ilegales a los socialdemócratas en 1879. Gladstone utilizó la coerción en Irlanda. Sin embargo, esto demostró ser una fase temporal, más que una tendencia permanente. El entramado de la política burguesa (allí donde existía) no fue llevado a un punto de ruptura hasta bien avanzado el siglo XX.

En realidad, aunque nuestro período se prolonga hasta la agitada época de la Gran Depresión, sería erróneo ofrecer una imagen demasiado exagerada de la misma. Excepto en lo que respecta a la quiebra de 1930, las dificultades económicas por sí mismas eran tan complejas y diluidas que los historiadores han dudado incluso en encontrar justificable el término «depresión» para describir los veinte años posteriores al período estudiado en este volumen. Se equivocan, pero sus dudas bastan para ponernos en guardia contra estimaciones excesivamente dramáticas. La estructura del mundo capitalista de mediados del siglo XIX no fracasó ni política ni económicamente. Entró en una nueva fase, pero, incluso bajo el aspecto de un liberalismo económico y político, lentamente modificado, había perdido numerosos campos de acción. El problema fue diferente en los países dominados, subdesarrollados, atrasados y pobres, o en aquellos como Rusia, a caballo entre el mundo de los vencedores y el de las víctimas. Entre ellos la Gran Depresión abrió una era en que la revolución era inminente. Pero para una o dos generaciones posteriores a 1875, el mundo de la burguesía triunfante parecía seguir siendo bastante firme. Quizá tenía una menor confianza en sí mismo, por lo que sus afirmaciones de autoconfianza resultaban algo estridentes, y quizá se encontrase algo más preocupado por su futuro. Quizá aumentó un poco su perplejidad ante la quiebra de sus antiguas certidumbres intelectuales, que

(especialmente después de los años cincuenta) intelectuales, artistas y científicos subrayaron con sus incursiones en nuevos y turbadores campos del pensamiento. Pero, sin duda, el «progreso» continuó inevitablemente y bajo la forma de sociedades burguesas, capitalistas y, en un sentido general, liberales. La Gran Depresión fue sólo un entreacto. ¿No había acaso crecimiento económico, avance técnico y científico, progreso y paz? ¿No sería el siglo XX una versión más gloriosa y afortunada del XIX?

Hoy sabemos que no fue así.



CUADROS Y MAPAS

CUADRO 1

Europa y Estados Unidos: estados y recursos

	1847-1850			1876-1880		
	Población (millones)	Potencia de vapor (miles de C.V.)	Número de ciudades, 50.000 y más	Población (millones)	Potencia de vapor (miles de C.V.)	Envíos por correo per cápita
Reino Unido	27	1.290	32	32,7	7.600	48,2
Francia	34,1	370	14	36,9*	3.070	29,5
Alemania	–	–	17	42,7	5.120	28,7
Prusia	11,7	92				
Baviera	4,8					
Sajonia	1,8					
Hannover	1,8					
Würtemberg	1,7					
Baden	1,3					
Otros 32 estados entre 0,02 y 0,9						
(Austria)	**					
Rusia	66,0	70	8	85,7	1.740	2,6
Austria con Hungría	37,0	100	13	37,1*	1.560	12,0
Italia	–	–		27,8	500	13,4
Dos Sicilias	8,0		4			
Cerdeña	4,0		2			
Estados Pontificios	2,9		1			
Toscana	1,5		2			
Otros 3 estados entre 0,1 y 0,5 (Austria)						
España	12,3	20	8	16,6	470	7,1
Portugal	3,7	0	2	4,1	60	5,4
Suecia (con Noruega)	3,5	0	1	4,3	310	12,5
Dinamarca	1,4	0	1	1,9*	90	29,5
Holanda	3,0	10	5	3,9	130	29,5
Bélgica	4,3	70	5	5,3	610	35,5
Suiza	2,4	0	0	2,8	230	46,1
Imperio otomano	c. 30***	0	7	28 (1877)*	–	?
Grecia	c. 1,0	0	–	1,9	0	2,3
Serbia	c. 0,5	0	–	1,4	0	0,7
Rumania	–	–	–	5,0	0	1,5
Estados Unidos	23,2	1.680	7	50,2*	9.110	47,7

* Pérdidas o ganancias significativas de población-territorio, 1847-1876.
** Partes del imperio austríaco incluidas en la «Confederación Alemana» hasta 1866.
*** Sólo territorio europeo.

Cuadro 2

I. *Densidad de las redes ferroviarias, 1880**

Km² (por 10.000)	País
Más de 1.000	Bélgica
Más de 750	Reino Unido
Más de 500	Suiza, Alemania, Holanda
250-499	Francia, Dinamarca, Austria-Hungría, Italia
100-249	Suecia, España, Portugal, Rumania, Estados Unidos, Cuba
50-99	Turquía, Chile, Nueva Zelanda, Trinidad, Victoria, Java
10-49	Noruega, Finlandia, Rusia, Canadá, Uruguay, Argentina, Perú, Costa Rica, Jamaica, India, Ceilán, Tasmania, Nueva Gales del Sur, Australia (sur), Colonia del Cabo, Argelia, Egipto, Tunicia

II. *Ferrocarriles y buques de vapor, 1830-1876**

	Km de ferrocarril	Tm de buques de vapor
1831	332	32.000
1841	8.591	105.121
1846	17.424	139.973
1851	38.022	263.679
1856	68.148	575.928
1861	106.886	803.003
1866	145.114	1.423.232
1871	235.375	1.939.089
1876	309.641	3.293.072

* F. X. von Neumann Spallart, *Übersichten der Weltwirtschaft*, Stuttgart, 1880, pp. 335 y ss.

III. *Tráfico marítimo del mundo. Distribución geográfica del tonelaje, 1879**

Área	Tonelaje total (en millares)	Área	Tonelaje total (en millares)
EUROPA		RESTO DEL MUNDO	
Mar Ártico	61	América del Norte	3.783
Mar del Norte	5.536	América del Sur	138
Báltico	1.275	Asia	700
Atlántico, incluido el mar de Irlanda y el Canal	4.553	Australia y Pacífico	359
Mediterráneo occidental	1.356		
Mediterráneo oriental, incluido el Adriático	604		
Mar Negro	188		

* A. N. Kiaer, *Statistique International de la Navigation Maritime*, Cristianía, 1880, 1881.

Cuadro 3

*Producción mundial de oro y de plata, 1830-1875 (miles de kg)**

	Oro	Plata
1831-1840	20,3	596,4
1841-1850	54,8	780,4
1851-1855	197,5	886,1
1856-1860	206,1	905,0
1861-1865	198,2	1.101,1
1866-1870	191,9	1.339,1
1871-1875	170,7	1.969,4

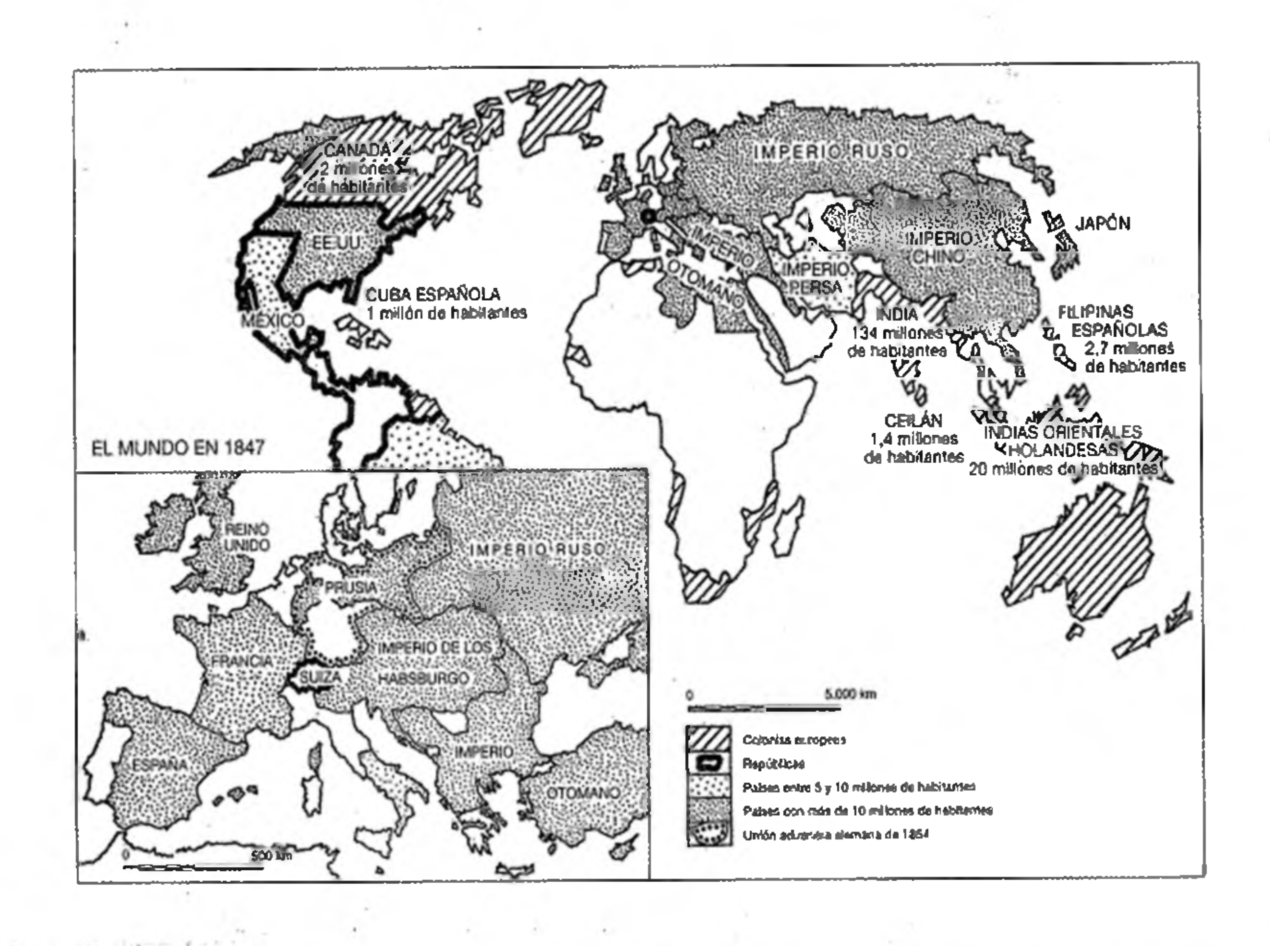
* Neumann-Spallart, *op. cit.*, 1880, p. 250.

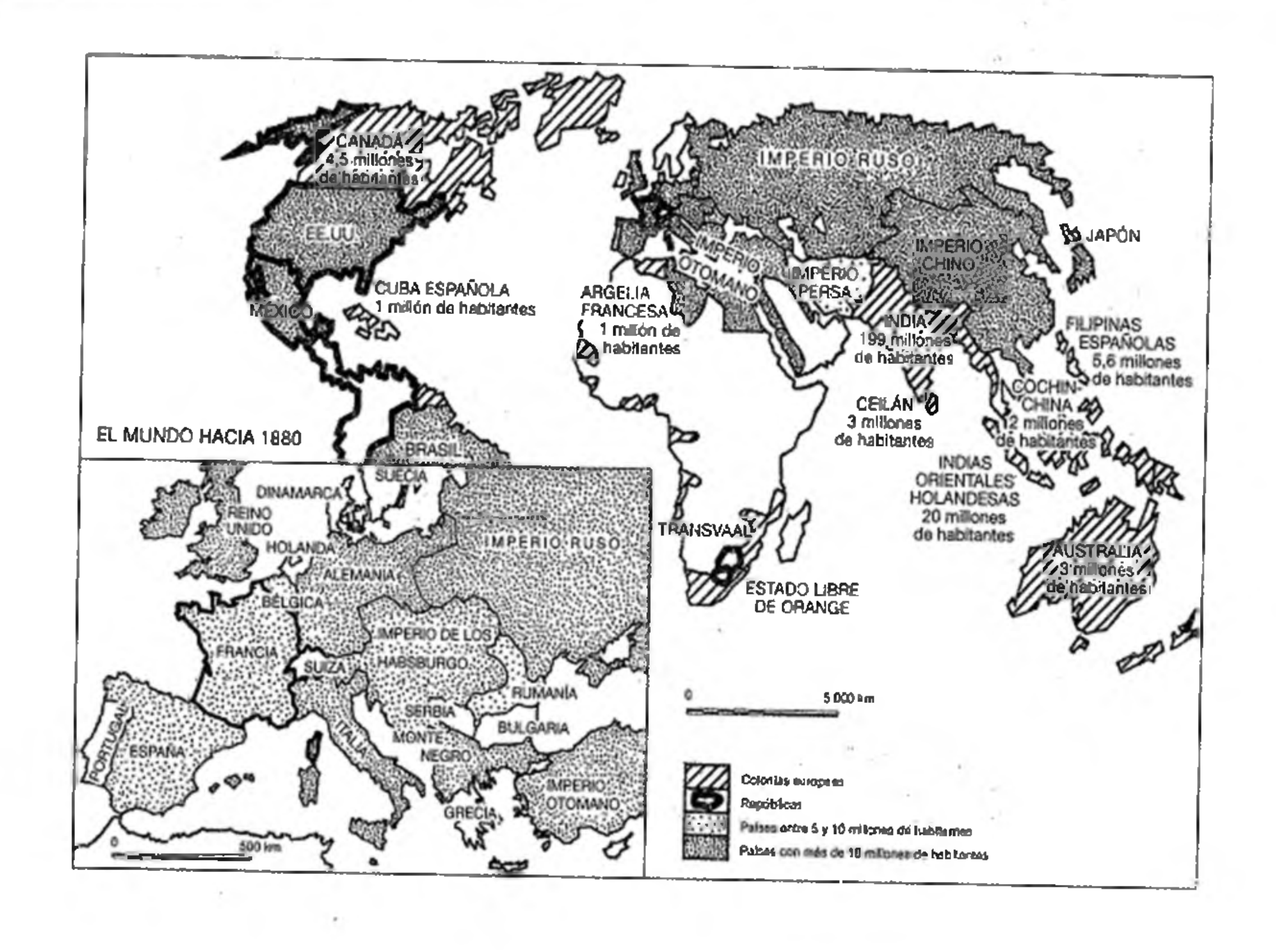
Cuadro 4

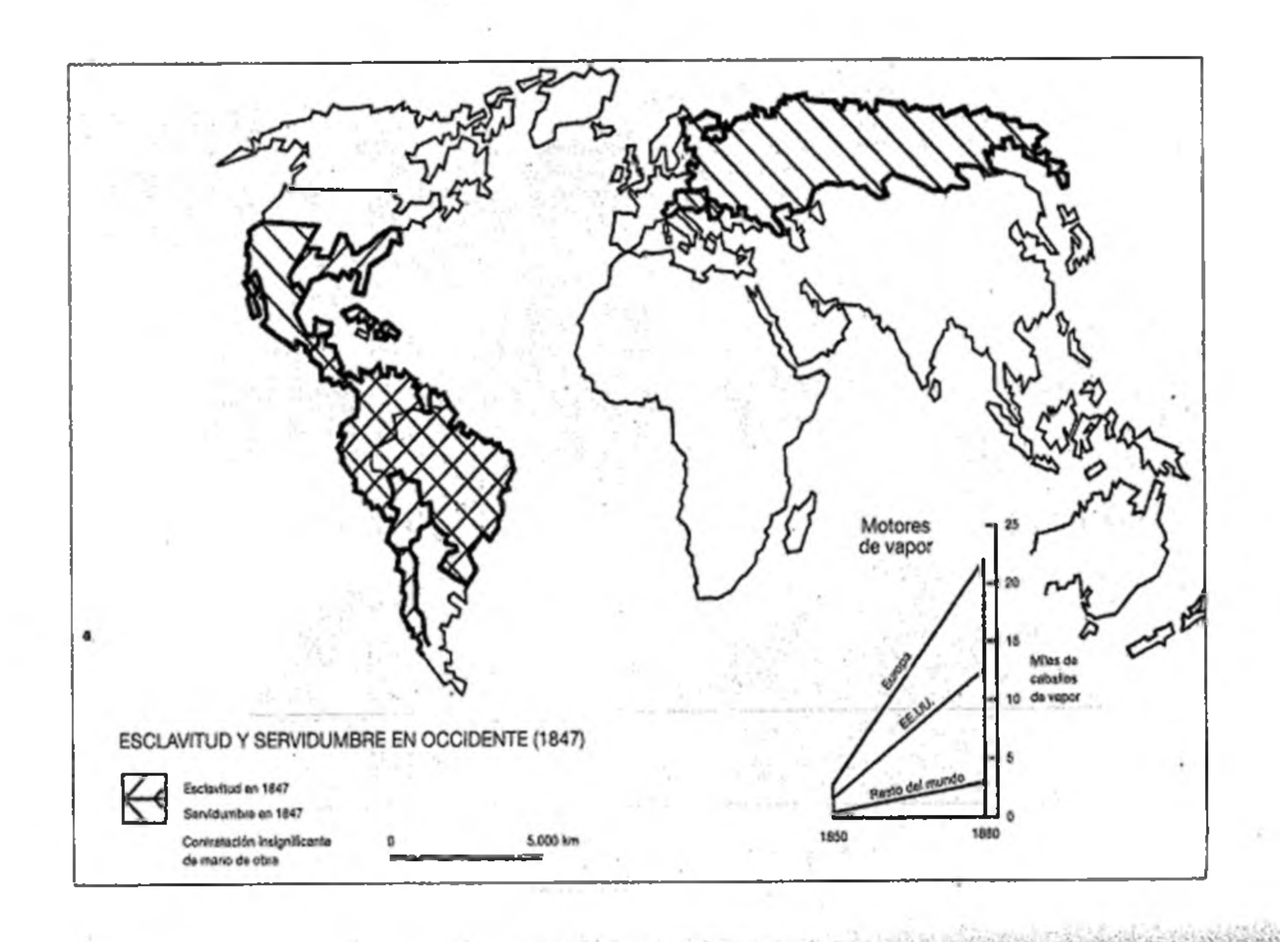
*Agricultura mundial, 1840-1887**

	Valor de la producción (miles de libras)		Número de empleados (en miles)	
	1840	1887	1840	1887
Gran Bretaña	218	251	3.400	2.460
Francia	269	460	6.950	6.450
Alemania	170	424	6.400	8.120
Rusia	248	563	15.000	22.700
Austria	205	331	7.500	10.680
Italia	114	204	3.600	5.390
España	102	173	2.000	2.720
Portugal	18	31	700	870
Suecia	16	49	550	850
Noruega	8	17	250	380
Dinamarca	16	35	280	420
Holanda	20	39	600	840
Bélgica	30	55	900	980
Suiza	12	19	300	440
Turquía, etc.	98	194	2.000	2.900
Europa	1.544	2.845	50.430	66.320
Estados Unidos	184	776	2.550	9.000
Canadá	12	56	300	800
Australia	6	62	100	630
Argentina	5	42	200	600
Uruguay	1	10	50	100

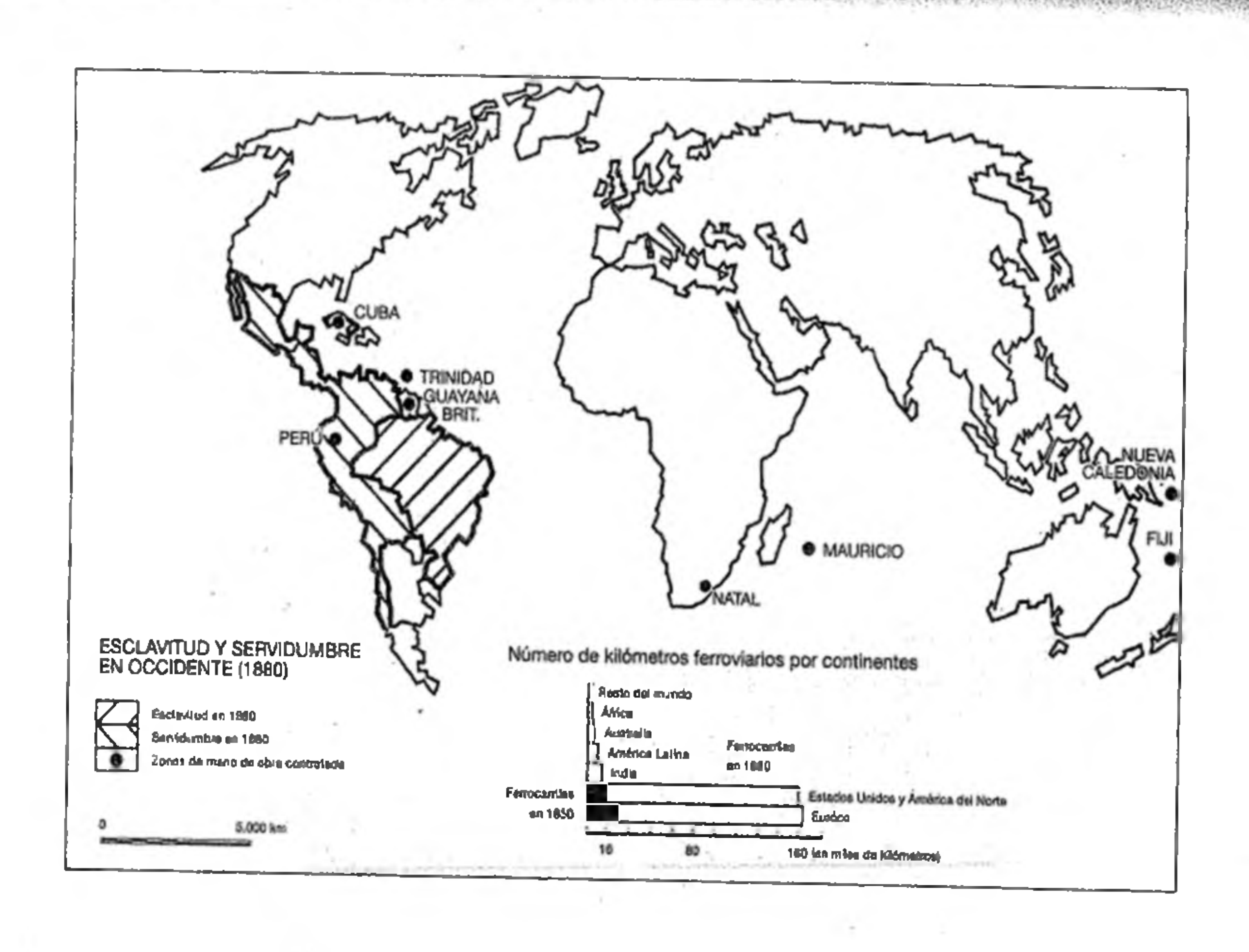
* M. Mulhall, *A Dictionary of Statistics*, Londres, 1892, p. 11.


EL MUNDO EN 1847
CANADÁ
2 millones de habitantes
EE.UU.
MÉXICO
CUBA ESPAÑOLA
1 millón de habitantes
IMPERIO RUSO
JAPÓN
IMPERIO CHINO
IMPERIO OTOMANO
IMPERIO PERSA
INDIA
134 millones de habitantes
FILIPINAS ESPAÑOLAS
2,7 millones de habitantes
CEILÁN
1,4 millones de habitantes
INDIAS ORIENTALES HOLANDESAS
20 millones de habitantes
REINO UNIDO
PRUSIA
IMPERIO RUSO
FRANCIA
SUIZA
IMPERIO DE LOS HABSBURGO
ESPAÑA
IMPERIO OTOMANO
0 500 km
0 5.000 km
Colonias europeas
Repúblicas
Países entre 5 y 10 millones de habitantes
Países con más de 10 millones de habitantes

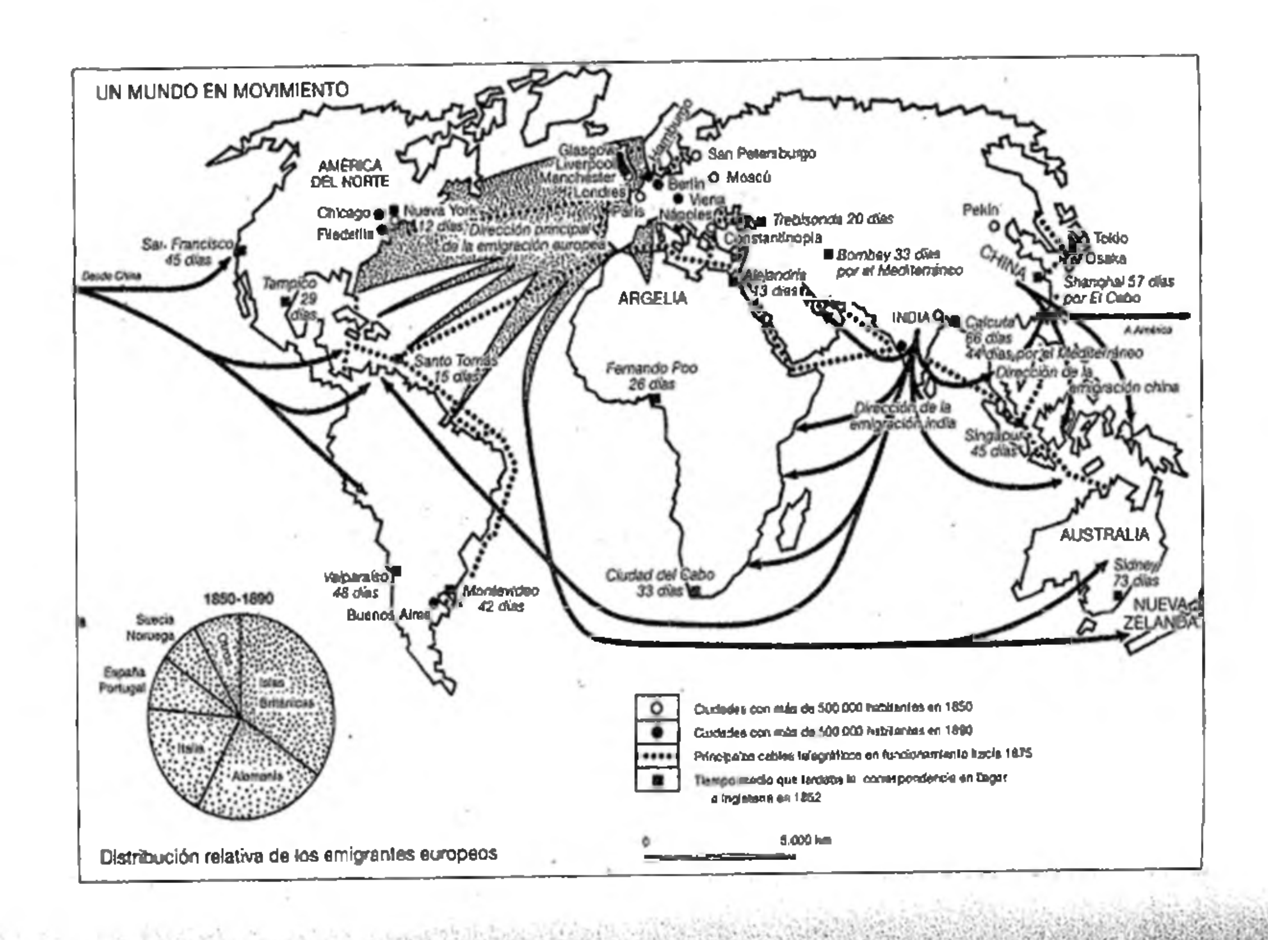

EL MUNDO HACIA 1880
CANADÁ
4,5 millones de habitantes
EE.UU.
MÉXICO
CUBA ESPAÑOLA
1 millón de habitantes
BRASIL
ARGELIA FRANCESA
1 millón de habitantes
IMPERIO RUSO
JAPÓN
IMPERIO CHINO
IMPERIO OTOMANO
IMPERIO PERSA
INDIA
199 millones de habitantes
FILIPINAS ESPAÑOLAS
5,6 millones de habitantes
COCHINCHINA
2 millones de habitantes
CEILÁN
3 millones de habitantes
INDIAS ORIENTALES HOLANDESAS
20 millones de habitantes
AUSTRALIA
3 millones de habitantes
TRANSVAAL
ESTADO LIBRE DE ORANGE
DINAMARCA
SUECIA
REINO UNIDO
HOLANDA
ALEMANIA
BÉLGICA
IMPERIO RUSO
FRANCIA
SUIZA
IMPERIO DE LOS HABSBURGO
RUMANÍA
SERBIA
BULGARIA
MONTENEGRO
PORTUGAL
ESPAÑA
ITALIA
GRECIA
IMPERIO OTOMANO
0 500 km
0 5 000 km
Colonias europeas
Repúblicas

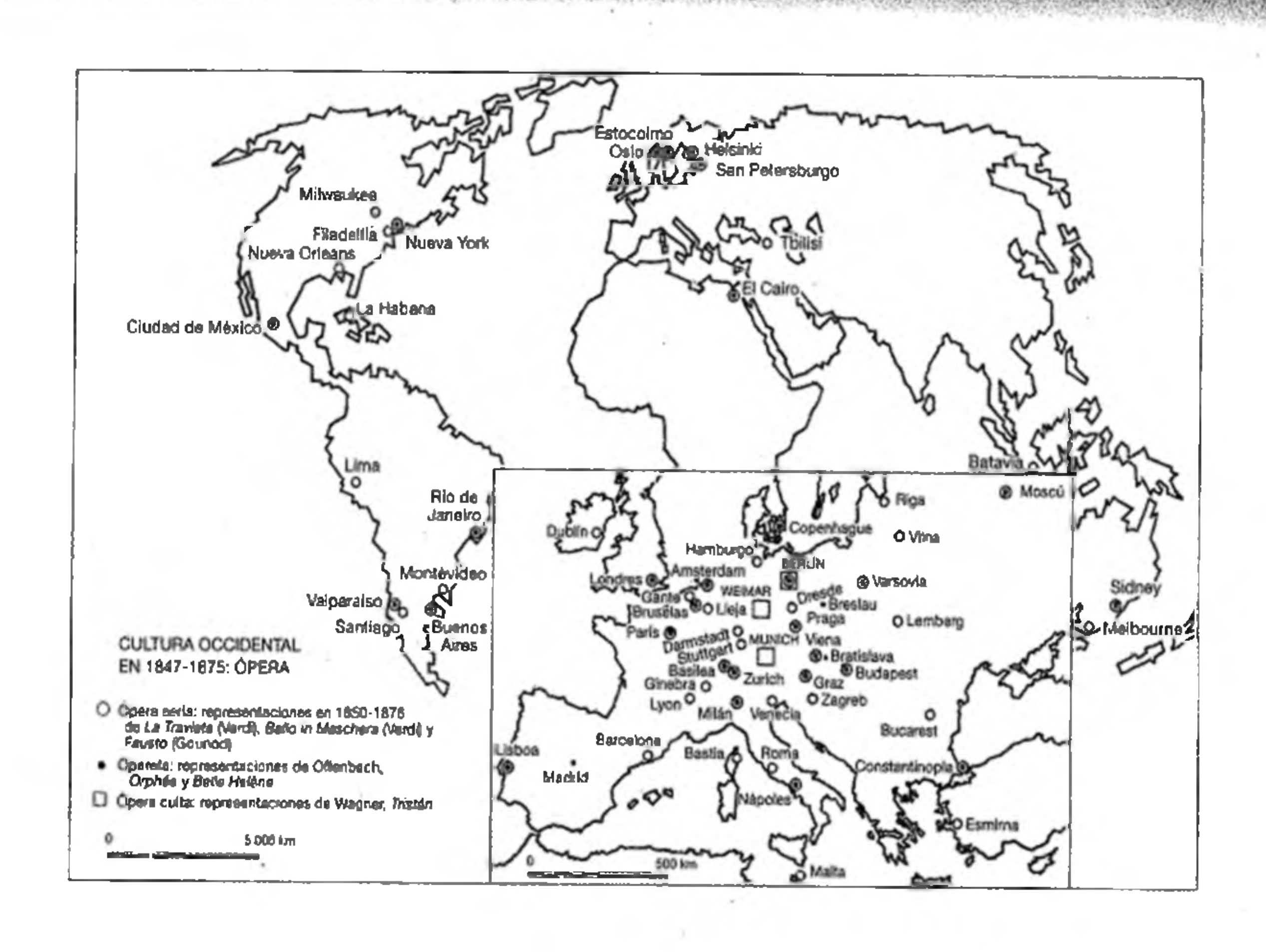


Motores
de vapor
Europa
EE.UU.
Resto del mundo
25
20
15
10
5
0
Miles de
caballos
de vapor
1850
1880
ESCLAVITUD Y SERVIDUMBRE EN OCCIDENTE (1847)
Esclavitud en 1847
Servidumbre en 1847
Contratación insignificante
de mano de obra
0
5.000 km



CUBA
TRINIDAD
GUAYANA
BRIT.
PERÚ
MAURICIO
NATAL
NUEVA
CALEDONIA
FIJI
ESCLAVITUD Y SERVIDUMBRE
EN OCCIDENTE (1880)
Esclavitud en 1880
Servidumbre en 1880
Zonas de mano de obra contratada
0
5.000 km
Número de kilómetros ferroviarios por continentes
Resto del mundo
África
Australia
América Latina
India
Ferrocarriles
en 1880
Ferrocarriles
en 1850
Estados Unidos y América del Norte
Europa
10
80
160 (en miles de kilómetros)


UN MUNDO EN MOVIMIENTO
AMÉRICA DEL NORTE
Chicago
Filadelfia
Nueva York 12 días
Dirección principal de la emigración europea
San Francisco 45 días
Desde China
Tampico 29 días
Santo Tomás 15 días
Glasgow
Liverpool
Manchester
Londres
París
Hamburgo
Berlín
Viena
Nápoles
San Petersburgo
Moscú
Trebisonda 20 días
Constantinopla
Bombay 33 días por el Mediterráneo
Alejandría 13 días
ARGELIA
Fernando Poo 26 días
INDIA
Calcuta 66 días 44 días por el Mediterráneo
Dirección de la emigración china
Dirección de la emigración india
Singapur 45 días
Pekín
CHINA
Tokio
Osaka
Shanghai 57 días por El Cabo
A América
AUSTRALIA
Sidney 73 días
NUEVA ZELANDA
Ciudad del Cabo 33 días
Valparaíso 48 días
Montevideo 42 días
Buenos Aires
1850-1890
Suecia Noruega
España Portugal
Islas Británicas
Italia
Alemania
Distribución relativa de los emigrantes europeos
Ciudades con más de 500 000 habitantes en 1850
Ciudades con más de 500 000 habitantes en 1890
Principales cables telegráficos en funcionamiento hacia 1875
Tiempo medio que tardaba la correspondencia en llegar a Inglaterra en 1852
0
5.000 km


Estocolmo
Oslo
Helsinki
San Petersburgo
Milwaukee
Filadelfia
Nueva York
Nueva Orleans
Ciudad de México
La Habana
Tbilisi
El Cairo
Batavia
Lima
Río de Janeiro
Montevideo
Valparaíso
Santiago
Buenos Aires
Sidney
Melbourne
CULTURA OCCIDENTAL EN 1847-1875: ÓPERA
Ópera seria: representaciones en 1850-1875 de La Traviata (Verdi), Ballo in Maschera (Verdi) y Fausto (Gounod)
Opereta: representaciones de Offenbach, Orphée y Belle Hélène
Ópera culta: representaciones de Wagner, Tristán
0
5.000 km
Dublín
Riga
Moscú
Copenhague
Vilna
Hamburgo
BERLÍN
Amsterdam
Londres
Varsovia
Gante
WEIMAR
Dresde
Breslau
Bruselas
Lieja
Praga
Lemberg
París
Darmstadt
MUNICH
Viena
Stuttgart
Bratislava
Basilea
Zurich
Budapest
Ginebra
Graz
Lyon
Zagreb
Milán
Venecia
Bucarest
Lisboa
Barcelona
Bastia
Roma
Constantinopla
Madrid
Nápoles
Esmirna
Malta
0
500 km

NOTAS

Introducción (pp. 13-17)

1. J. Dubois, *Le Vocabulaire politique et social en France de 1869 à 1872*, París, 1963.
2. D. A. Wells, *Recent Economic Changes*, Nueva York, 1889, p. 1.

1. *«La primavera de los pueblos»* (pp. 21-38)

1. P. Goldammer, ed., *1848 Augenzeugen der Revolution*, Berlín Oriental, 1973, p. 58.
2. Goldammer, *op. cit.*, p. 666.
3. K. Reppen, *Märzbewegung und Mainwahlen des Revolutionsjahres 1848 im Rheiland*, Bonn, 1955, p. 118.
4. *Reinascità, Il 1848, Raccolta di Saggi e Testimonianze*, Roma, 1948.
5. R. Hoppe y J. Kuczynski, «Eine... Analyse der Märzgefallenen 1848 in Berlin», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, 1964, IV, pp. 200-276; D. Cantimori en F. Fejtö, ed., *1848-Opening of an Era*, 1948.
6. Roger Ikor, *Insurrection ouvrière de juin 1848*, París, 1936.
7. K. Marx y F. Engels, Alocución a la Liga Comunista (marzo de 1850), *Werke*, VII, p. 247.
8. Paul Gerbod, *La Condition universitaire en France au 19ᵉ siècle*, París, 1965.
9. Karl Marx, *Luchas de clases en Francia, 1848-1850* (*Werke*, VII, pp. 30-31).
10. Franz Grillparzer, *Werke*, Munich, 1960, I, p. 137.
11. Marx, *Luchas de clases en Francia* (*Werke*, VII, p. 44).

2. *El gran «boom»* (pp. 41-59)

1. Citado en *Ideas and Beliefs of the Victorians*, Londres, 1949, p. 51.
2. Debo esta referencia al profesor Sanford Elwitt.
3. «Philoponos», *The Great Exhibition of 1851; or the Wealth of the World in its Workshops*, Londres, 1850, p. 120.
4. T. Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain*, Londres, 1886, pp. 63 y 66.
5. Horst Thieme, «Statistische Materialien zur Konzessionierung der Aktiengesellschaften in Preussen bis 1867», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, 1960, II, p. 285.
6. J. Bouvier, F. Furet y M. Gilet, *Le Mouvement du profit en France au 19ᵉ siècle*, La Haya, 1955, p. 444.
7. Engels a Marx (5 de noviembre de 1857) (*Werke*, XXIX, p. 211).
8. Marx a Danielson (10 de abril de 1879) (*Werke*, XXXIV, pp. 370-375).
9. Calculado de Ellison, *op. cit.*, cuadro II, usando el multiplicador de la p. 111.
10. F. S. Turner, *British Opium Policy and its Results to India and China*, Londres, 1876, p. 305.

11. B. R. Mitchell y P. Deane, *Abstract of Historical Statistics*, Cambridge, 1962, pp. 146-147.
12. C. M. Cipolla, *Literacy and Development in the West*, Harmondsworth, 1969, cuadro I, apéndice II, III.
13. F. Zunkel, «Industriebürgertum in Westdeutschland», en H. U. Wehler, ed., *Moderne Deutsche Sozialgeschichte*, Colonia, Berlín, 1966, p. 323.
14. L. Simonin, *Mines and Miners or Underground Life*, Londres, 1868, p. 290.
15. Daniel Spitzer, *Gesammelte Schriften*, Munich y Leipzig, 1912, II, p. 60.
16. J. Kuczynski, *Geschichte der Lage der Arbeiter unter dem Kapitalismus*, Berlín Oriental, 1961, XII, p. 29.

3. *La unificación del mundo* (pp. 60-79)

1. K. Marx y F. Engels, *Manifesto of the Communist Party*, Londres, 1848 (hay trad. bilingüe castellano-alemán, Crítica, Barcelona, en prensa, con introducción de Eric Hobsbawm).
2. U. S. Grant, Mensaje inaugural al Congreso, 1873.
3. I. Goncharov, *Oblomov*, 1859.
4. J. Laffey, «Racines de l'imperialisme français en Extrême-Orient», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XVI (abril-junio de 1969), p. 285.
5. Muchos de estos datos están tomados de W. S. Lindsay, *History of Merchant Shipping*, 4 vols., Londres, 1876.
6. M. Mulhall, *A Dictionary of Statistics*, Londres, 1892, p. 495.
7. F. X. von Neumann-Spallart, *Übersichten der Weltwirtschaft*, Stuttgart, 1880, p. 336; «Eisenbahnstatistik», *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, Jena, 1900¹.
8. L. de Rosa, *Iniziativa e capitale straniero nell' industria metalmeccanica del Mezzogiorno, 1840-1904*, Nápoles, 1968, p. 67.
9. Sir James Anderson, *Statistics of Telegraphy*, Londres, 1872.
10. Engels a Marx (24 de agosto de 1852) (*Werke*, XXVIII, p. 118).
11. *Bankers Magazine*, V (Boston, 1850-1851), p. 11.
12. *Bankers Magazine*, IX (Londres, 1849), p. 545.
13. *Bankers Magazine*, V (Boston, 1850-1851), p. 11.
14. Neumann-Spallart, *op. cit.*, p. 7.

4. *Conflictos y guerra* (pp. 80-92)

1. Príncipe Napoleón Luis Bonaparte, *Fragments historiques, 1688 et 1830*, París, 1841, p. 125.
2. Julio Verne, *De la Tierra a la Luna*, 1865.

5. *La construcción de naciones* (pp. 93-108)

1. Ernest Renan, «What is a Nation», en A. Zimmern, ed., *Modern Political Doctrines*, Oxford, 1939, pp. 191-192.
2. Johann Nestroy, *Haeuptling Abendwind*, 1862.
3. Shatov en F. Dostoievski, *Los endemoniados*, 1871-1872.
4. Gustave Flaubert, *Dictionnaire des idées reçues*, c. 1852.
5. Walter Bagehot, *Physics and Politics*, Londres, 1873, pp. 20-21.
6. Citado en D. Mack Smith, *Il Risorgimento Italiano*, Bari, 1968, p. 422.
7. Tullio de Mauro, *Storia linguistica dell'Italia unita*, Bari, 1963.
8. J. Kořalka, «Social problems in the Czech and Slovak national movements», en Commission Internationale d'Histoire des Mouvements Sociaux et des Structures Sociales, *Mouvements Nationaux d'Indépendance et Classes Populaires*, París, 1971, I, p. 62.

9. J. Conrad, «Die Frequenzverhältnisse der Universitaten der hauptsäch lichsten Kulturländer», *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, 3.ª ser., I, 1891, pp. 376 ss.
10. Estoy agradecido al doctor R. Anderson por estos datos.

6. *Las fuerzas de la democracia* (pp. 109-126)

1. H. A. Targé, *Les Déficits*, París, 1868, p. 25.
2. Sir T. Erskine May, *Democracy in Europe*, Londres, 1877, I, p. LXXI.
3. Karl Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (*Werke*, VIII, pp. 198-199).
4. G. Procacci, *Le elezioni del 1874 e l'opposizione meridionale*, Milán, 1956, p. 60; W. Gagel, *Die Wahlrechtsfrage in der Geschichte der deutschen, Liberalen Parteien 1848-1918*, Düsseldorf, 1958, p. 28.
5. J. Ward, *Workmen and Wages at Home and Abroad*, Londres, 1868, p. 284.
6. J. Deutsch, *Geschichte der österreichischen Gewerkschaftsbewegung*, Viena, 1908, pp. 73-74; Herbert Steiner, «Die internationale Arbeiterassoziation und die österr. Arbeiterbewegung», *Weg und Ziel*, Viena, Sondernummer, enero de 1965, pp. 89-90.

7. *Los perdedores* (pp. 127-144)

1. Erskine May, *op. cit.*, I, p. 29.
2. J. W. Kaye, *A History of the Sepoy War in India*, 1870, II, pp. 402-403.
3. Bipan Chandra, *Rise and Growth of Economic Nationalism in India*, Delhi, 1966, p. 2.
4. Chandra, *op. cit.*
5. E. R. J. Owen, *Cotton and the Egyptian Economic 1820-1914*, Oxford, 1969, p. 156.
6. Nikki Keddie, *An Islamic Response to Imperialism*, Los Ángeles, 1968, p. 18.
7. Hu Sheng, *Imperialism and Chinese Politics*, Pekín, 1955, p. 92.
8. Jean A. Meyer, en *Annales É.S.C.*, 25, 3 (1970), pp. 796-797.
9. Karl Marx, «British Rule in India», *New York Daily Tribune* (25 de junio de 1853) (*Werke*, IX, p. 129).
10. B. M. Bhatia, *Famines in India*, Londres, 1967, pp. 68-97.
11. Ta Chen, *Chinese Migration with Special Reference to Labour Conditions*, US Bureau of Labor Statistics, Washington, 1923.
12. N. Sánchez Albornoz, «Le Cycle vital annuel en Espagne, 1863-1900», *Annales É.S.C.*, 24, 6 (noviembre-diciembre de 1969); M. Emerit, «Le Maroc et l'Europe jusqu'en 1885», *Annales É.S.C.*, 20, 3 (mayo-junio de 1965).
13. P. Leroy-Beaulieu, *L'Algérie et la Tunisie*, 2.ª ed., París, 1897, p. 53.
14. *Almanach de Gotha*, 1876.

8. *Los ganadores* (pp. 145-164)

1. Jacob Burkhardt, *Reflections on History*, Londres, 1943, p. 170.
2. Erskine May, *op. cit.*, I, p. 25.
3. Citado en Henry Nash Smith, *Virgin Land*, Nueva York, ed. 1957, p. 191. Estoy reconocido al valioso estudio acerca de la tensión producida por la utopía agraria en Estados Unidos, así como también a Eric Foner, *Free Soil, Free Labor, Free Men*, Oxford, 1970.
4. Herbert G. Gutman, «Social Status and Social Mobility in Nineteenth Century America: The Industrial City. Paterson, New Jersey» (mimeografiado), 1964.
5. Martin J. Primack, «Farm construction as a use of farm labor in the United States 1850-1910», *Journal of Economic History*, XXV (1965), pp. 114 ss.
6. Rodman Wilson Paul, *Mining Frontiers of the Far West*, Nueva York, 1963, pp. 57-81.
7. Joseph G. McCoy, *Historic Sketches of the Cattle Trade of the West and South-west*, Kansas City, 1874; Glendale, California, 1940. El autor fundó Abilene como centro ganadero y llegó a ser su alcalde en 1871.
8. Charles Howard Shinn, en R. W. Paul, ed., *Mining Camps, A Study in American Frontier Government*, Nueva York, Evanston y Londres, 1965, capítulo XXIV, pp. 45-46.
9. Hugh Davis Graham y Ted Gurr, eds., *The History of Violence in America*, Nueva York, 1969, capítulo V, especialmente p. 175.
10. W. Miller, ed., *Men in Business*, Cambridge (Mass.), 1952, p. 202.
11. Estoy agradecido al doctor William Rubinstein de la Johns Hopkins University por los datos sobre los que se basa esta tesis.
12. Herbert G. Gutman, «Work, Culture and Society in Industrializing America 1815-1919», *American Historical Review*, 78, 3 (1973), p. 569.
13. John Whitney Hall, *Das Japanische Kaiserreich*, Frankfurt, 1968, p. 282.
14. Nakagawa, Keiichiro y Henry Rosovsky, «The Case of the Dying Kimono», *Business History Review*, XXXVII (1963), pp. 59-80.
15. V. G. Kiernan, *The Lords of Human Kind*, Londres, 1972, p. 188.
16. Horace Capron, «Agriculture in Japan», en *Report of the Commissioner for Agriculture, 1873*, Washington, 1874, pp. 364-374.
17. Kiernan, *op. cit.*, p. 193.

9. *Una sociedad en transformación* (pp. 165-178)

1. Erskine May, *op. cit.*, I, pp. LXV-LXVI.
2. *Journaux des Frères Goncourt*, París, 1956, II, p. 753.
3. *Werke*, XXXIV, pp. 510-511.
4. *Werke*, XXXII, p. 669.
5. *Werke*, XIX, p. 296.
6. *Werke*, XXXIV, p. 512.
7. M. Pushkin, «The professions and the intelligentsia in nineteenth-century Russia», *University of Birmingham Historical Journal*, XII, 1 (1969), pp. 72 ss.
8. Hugh Seton Watson, *Imperial Russia 1861-1917*, Oxford, 1967, pp. 422-423.
9. A. Ardao, «Positivism in Latin America», *Journal of the History of Ideas*, XXIV, 4 (1963), p. 519, indica que la auténtica constitución de Comte fue impuesta en el estado de Rio Grande do Sul (Brasil).
10. G. Haupt, «La Commune comme symbole et comme exemple», *Mouvement Social*, 79 (abril-junio de 1972), pp. 205-226.
11. Samuel Bernstein, *Essays in Political and Intellectual History*, Nueva York, 1955, capítulo XX, «The First International and a New Holy Alliance», especialmente pp. 194-195 y 197.
12. J. Rougerie, *Paris Libre 1871*, París, 1971, pp. 256-263.

10. *La tierra* (pp. 181-201)

1. Citado en Jean Meyer, *Problemas campesinos y revueltas agrarias (1821-1910)*, México, 1973, p. 93.
2. Citado en R. Giusti, «L'agricoltura e i contadini nel Mantovano (1848-1866)», *Movimento Operaio*, VII, 3-4 (1955), p. 386.
3. Neumann-Spallart, *op. cit.*, p. 65.
4. Mitchell y Deane, *op. cit.*, pp. 356-357.
5. M. Hroch, *Die Vorkämpfer der nationalen Bewegung bei den kleinen Völkern Europas*, Praga, 1968, p. 168.
6. «Bauerngut», *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, 2.ª ed., II, pp. 441 y 444.
7. «Agriculture» en Mulhall, *op. cit.*, p. 7.

8. I. Wellman, «Histoire rurale de la Hongrie», *Annales É.S.C.*, 23, 6 (1968), p. 1.203; Mulhall, *loc. cit.*

9. E. Sereni, *Storia del paesaggio agrario italiano*, Bari, 1962, pp. 351-352. Tampoco deberíamos pasar por alto la desforestación causada por la industria. «La enorme cantidad de combustible que exigían [los hornos de Lake Superior, Estados Unidos] ha dejado una señal clarísima en los bosques de los alrededores», escribió H. Bauermann en 1868 (*A Treatise on the Metallurgy of Iron*, Londres, 1872, p. 227); la provisión diaria de un solo horno obligaba a aclarar un acre de bosque.

10. Elizabeth Whitcombe, *Agrarian Conditions in Northern India, I, 1860-1900*, Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1972, pp. 75-85, trata de manera crítica las consecuencias de las obras de regadío a gran escala en las Provincias Unidas.

11. Irwin Feller, «Inventive activity in agriculture, 1837-1900», *Journal of Economic History*, XXII (1962), p. 576.

12. Charles McQueen, *Peruvian Public Finance*, Washington, 1926, pp. 5-6. El guano suponía el 75 por 100 de todos los ingresos del gobierno peruano entre 1861 y 1866, y el 80 por 100 entre 1869 y 1875 (Heraclio Bonilla, *Guano y burguesía en el Perú*, Lima, 1974, pp. 138-139, citando a Shane Hunt).

13. «Bauerngut», *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, 2.ª ed., II, p. 439.

14. Véase el relato corto de G. Verga, «Liberty», basado en la rebelión de Bronte, una de las tratadas en D. Mack Smith, «The peasants' revolt in Sicily in 1860», en *Studi in Onore di Gino Luzzatto*, Milán, 1950, pp. 201-240.

15. E. D. Genovese, *In Red and Black, Marxian Explorations in Southern and Afro-American History*, Harmondsworth, 1971, pp. 131-134.

16. R. W. Fogel y S. Engermann, *Time on the Cross*, Boston y Londres, 1974.

17. T. Brassey, *Works and Wages Practically Illustrated*, Londres, 1872.

18. H. Klein, «The Coloured Freedmen in Brazilian Slave Society», *Journal of Social History*, 3, 1 (1969), 36 pp.; Julio Le Riverend, *Historia económica de Cuba*, La Habana, 1956, p. 160.

19. P. Lyashchenko, *A History of the Russian National Economy*, Nueva York, 1949, p. 365.

20. Lyashchenko, *op. cit.*, pp. 440 y 450.

21. D. Wells, *Recent Economic Changes*, Nueva York, 1889, p. 100.

22. Jaroslav Purš, «Die Entwicklung des Kapitalismus in der Landwirtschaft der böhmischen Länder, 1849-1879», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, III (1963), p. 38.

23. I. Orosz, «Arbeitskräfte in der ungarischen Landwirtschaft», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, II (1972), p. 199.

24. J. Varga, *Typen und Probleme des bäuerlichen Grundbesitzes, 1767-1849*, Budapest, 1965, citado en *Annales É.S.C.*, 23, 5 (1968), p. 1.165.

25. A. Girault y L. Milliot, *Principes de Colonisation et de Législation Coloniale. L'Algérie*, París, 1938, pp. 383 y 386.

26. Raymond Carr, *Spain, 1808-1939*, Oxford, 1966, p. 273.

27. José Termes Ardevol, *El movimiento obrero en España. La Primera Internacional (1864-1881)*, Barcelona, 1965, «Apéndice: Sociedades Obreras creadas en 1870-1874».

28. A. Dubuc, «Les sobriquets dans le Pays de Bray en 1875», *Annales de Normandie* (agosto de 1952), pp. 281-282.

29. Purš, *op. cit.*, p. 40.

30. Franco Venturi, *Les Intellectuels, le peuple et la révolution. Histoire du populisme russe au XIX siècle*, París, 1972, II, pp. 946-948. Este excelente libro, del que se tradujo al inglés una de las primeras ediciones (*Roots of Revolution*, Londres, 1960), es la obra clásica sobre el tema.

31. M. Fleury y P. Valmary, «Les Progrès d'instruction élémentaire de Louis XIV à Napoléon III», *Population*, XII (1957), pp. 69 ss.; E. de Laveleye, *L'Instruction du Peuple*, París, 1872, pp. 174, 188, 196, 227-228 y 481.

11. *Las migraciones* (pp. 202-216)

1. Scholem Alejchem, *Aus den nahen Osten*, Berlín, 1922.

2. F. Mulhauser, *Correspondence of Arthur Hugh Clough*, Oxford, 1957, II, p. 396.

3. I. Ferenczi, ed. F. Willcox, *International Migrations*, vol. I, *Statistics*, National Bureau of Economic Research, Nueva York, 1929.

4. Ta Chen, *Chinese Migration with Special Reference to Labor Conditions*, United States Bureau of Labor Statistics, Washington, 1923, p. 82.

5. S. W. Mintz, «Cuba: Terre et Esclaves», *Études Rurales*, 48 (1972), p. 143.

6. *Bankers Magazine*, V (Boston, 1850-1851), p. 12.

7. R. Mayo Smith, *Emigration and Immigration, A Study in Social Science*, Londres, 1890, p. 94.

8. M.-A. Carron, «Prélude à l'exode rural en France: les migrations anciennes des travailleurs creusois», *Revue d'histoire économique et sociale*, 43 (1965), p. 320.

9. A. F. Weber, *The Growth of Cities in the Nineteenth Century*, Nueva York, 1899, p. 374.

10. Herbert Gutman, «Work, Culture and Society in industrializing America, 1815-1919», *American History Review*, 78 (3 de junio de 1973), p. 533.

11. Barry E. Supple, «A Business Elite: German-Jewish Financiers in Nineteenth Century New York», *Business History Review*, XXXI (1957), pp. 143-178.

12. Mayo Smith, *op. cit.*, p. 47; C. M. Turnbull, «The European Mercantile Community in Singapore, 1819-1867», *Journal of South East Asian History*, X, 1 (1969), p. 33.

13. Ferenczi, ed. Willcox, *op. cit.*, vol. II, p. 270 n.

14. K. E. Levi, «Geographical Origin of German Immigration to Wisconsin», *Collections of the State Historical Society of Wisconsin*, XIV (1898), p. 354.

15. Carl F. Wittke, *We who built America*, Nueva York, 1939, p. 193.

16. Egon Erwin Kisch, *Karl Marx in Karlsbad*, Berlín Oriental, 1968.

17. C. T. Bidwell, *The Cost of Living Abroad*, Londres, 1876, «Apéndice». Suiza era el objetivo principal de este viaje.

18. Bidwell, *op. cit.*, p. 16.

19. Georg v. Mayr, *Statistik und Gesellschftslehre*; II, *Bevoelkerungsstatistik*, 2. Lieferung, Tubinga, 1922, p. 176.

20. E. G. Ravenstein, «The Laws of Migration», *Journal of the Royal Statistical Society*, 52 (1889), p. 285.

12. *Ciudad, industria y clase obrera* (pp. 217-238)

1. J. Purš, «The working class movement in the Czech lands», *Historica*, X (1965), p. 70.

2. M. May, *Die Arbeitsfrage* (1848), citado en R. Engelsing, «Zur politischen Bildung der deutschen Unterschichten, 1789-1863», *Hist. Ztschr.*, 206, 2 (abril de 1968), p. 356.

3. *Letters and Private Papers of W. M. Thackeray*, ed. Gordon N. Ray, Londres, 1945, II, p. 356.

4. J. Purš, «The industrial revolution in the Czech Lands», *Historica*, II (1969), pp. 210 y 220.

5. Citado en H. J. Dyos y M. Wolff, eds., *The Victorian City*, Londres y Boston, 1973, I, p. 110.

6. Dyos y Wolff, *op. cit.*, I, p. 5.

7. A. F. Weber (1898), citado en Dyos y Wolff, *op. cit.*, I, p. 7.

8. H. Croon, «Die Versorgung der Staedte des Ruhrgebietes im 19. u. 20. Jahrhundert» (mimeografiado) (International Congress of Economic History, 1965), p. 2.

9. Dyos y Wolff, *op. cit.*, I, p. 341.

10. L. Henneaux-Depooter, *Misères et Luttes Sociales dans le Hainaut 1860-1896*, Bruselas, 1959, p. 117; Dyos y Wolff, *op. cit.*, p. 134.

11. G. Fr. Kolb, *Handbuch der vergleichenden Statistik*, Leipzig, 1879.

12. Dyos y Wolff, *op. cit.*, I, p. 424.
13. Dyos y Wolff, *op. cit.*, I, p. 326.
14. Dyos y Wolff, *op. cit.*, I, p. 379.
15. J. H. Clapham, *An Economic History of Modern Britain*, Cambridge, 1932, II, pp. 116-117.
16. Erich Maschke, *Es entsteht ein Konzern*, Tubinga, 1969.
17. R. Ehrenberg, *Krupp-Studien* (Thünen-Archiv II, Jena, 1906-1909), p. 203; C. Fohlen, *The Fontana Economic History of Europe, 4: The Emergence of Industrial Societies*, Londres, 1973, I, p. 60; J. P. Rioux, *La Révolution Industrielle*, París, 1971, p. 163.
18. G. Neppi Modona, *Sciopero, potere politico e magistratura 1870-1922*, Bari, 1969, p. 51.
19. P. J. Proudhon, *Manuel du Spéculateur à la Bourse*, París, 1857, pp. 429 ss.
20. B. Gille, *The Fontana Economic History of Europe, 3: The Industrial Revolution*, Londres, 1973, p. 278.
21. J. Kocka, «Industrielles Management: Konzeptionen und Modelle vor 1914», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgesch*, 56/3 (octubre de 1969), p. 336, citado de Emminghaus, *Allgemeine Gewerbslehre*.
22. P. Pierrard, «Poesie et chanson ... à Lille sous le 2e Empire», *Revue du Nord*, 46 (1964), p. 400.
23. G. D. H. Cole y Raymond Postgate, *The Common People*, Londres, 1946, p. 368.
24. H. Mottek, *Wirtschaftsgeschichte Deutschlands*, Berlín Oriental, 1973, II, p. 235.
25. E. Waugh, *Home Life of the Lancashire Factory Folk during the Cotton Famine*, Londres, 1867, p. 13.
26. M. Anderson, *Family Structure in Nineteenth Century Lancashire*, Cambridge, 1973, p. 31.
27. O. Handlin, ed., *Immigration as a Factor in American History*, Englewood Cliffs, 1959, pp. 66-67.
28. J. Hagan y C. Fisher, «Piece-work and some of its consequences in the printing and coal mining industries in Australia, 1850-1930», en *Labour History*, 25 (noviembre de 1973), p. 26.
29. A. Plessis, *De la fête impériale au mur des Fédérés*, París, 1973, p. 157.
30. E. Schwiedland, *Kleingewerbe uber Hausindustrie in Osterreich*, Leipzig, 1894, II, pp. 264-265 y 284-285.
31. J. Saville y J. Bellamy, eds., *Dictionary of Labour Biography*, I, p. 17.
32. Engelsing, *op. cit.*, p. 364.
33. Rudolf Braun, *Sozialer und kultureller Wandel in einem ländlichen Industriegebiet im 19. u. 20. Jahrhundert*, Erlenbach-Zurich y Stuttgart, 1965, p. 139, utiliza este término específicamente para este período. Nunca habrá elogios suficientes para sus inestimables obras (véase también *Industrialisierung und Volksleben*, 1960).
34. *Industrial Remuneration Conference*, Londres, 1885, p. 27.
35. *Industrial Remuneration Conference*, pp. 89-90.
36. Beatrice Webb, *My Apprenticeship*, Harmondsworth, 1938, pp. 189 y 195.
37. *Industrial Remuneration Conference*, pp. 27 y 30.

13. *El mundo burgués* (pp. 239-259)

1. Citado en L. Trénard, «Un Industriel roubaisien du XIX siècle», *Revue du Nord*, 50 (1968), p. 38.
2. Martin Tupper, *Proverbial Philosophy*, 1876.
3. Véase Emanie Sachs, *The Terrible Siren*, Nueva York, 1928, especialmente pp. 174-175.
4. G. von Mayr, *Statistik und Gesellschaftslehre III Sozialstatistik*, Erste Lieferung, Tubinga, 1909, pp. 43-45. Acerca de la poca fiabilidad de las cifras sobre la prostitución, véase *ibid.*, 5. Lieferung, p. 988. Para la marcada relación entre la prostitución y las enfermedades venéreas, Gunilla Johansson, «Prostitution in Stockholm in the latter part of the 19th century» (mimeografiado), 1974. Para las cifras de la frecuencia y la mortalidad por sífilis en Francia, véase T. Zeldin, *France 1848-1945*, Oxford, 1974, I, pp. 304-306.

5. En el apartado correspondiente del capítulo dedicado a los extranjeros en París de la excelente *Guide de Paris* de 1867, 2 vols., se llama la atención sobre la libertad de la que disfrutan las jóvenes norteamericanas.
6. Para Cuba, Verena Martínez Alier, «Elopement and seduction in 19th century Cuba», *Past and Present*, 55 (mayo de 1972); para Suramérica, E. Genovese, *Roll Jordan Roll*, Nueva York, 1974, pp. 413-430, y R. W. Fogel y Stanley Engermann, *op. cit.*
7. Sacado de «Maxims for Revolutionists», en *Man and Superman*: «Un hombre discretamente honrado, con una esposa discretamente fiel, ambos bebedores discretos, en una casa discretamente sana: esta es la verdadera unidad de la clase media».
8. Zunkel, *op. cit.*, p. 320.
9. Zunkel, *op. cit.*, p. 526, n. 59.
10. Tupper, *op. cit.*: «Of Home», p. 361.
11. Tupper, *op. cit.*, p. 362.
12. John Ruskin, «Fors Clarigera», en E. T. Cook y A. Wedderburn, eds., *Collected Works*, Londres y Nueva York, 1903-1912, vol. 27, carta 34.
13. Tupper, *op. cit.*: «Of Marriage», p. 118.
14. H. Bolitho, ed., *Further Letters of Queen Victoria*, Londres, 1938, p. 49.
15. «En mi opinión, si se obliga a trabajar a una mujer, pierde de inmediato (aunque sea cristiana y bien educada) esa peculiar posición designada por convención con la palabra "dama"», carta al *Englishwoman's Journal*, VIII (1886), p. 59.
16. Trénard, *op. cit.*, pp. 38 y 42.
17. Tupper, *op. cit.*: «Of Joy», p. 133.
18. J. Lambert-Dansette, «Le Patronat du Nord. Sa période triomphante», en *Bulletin de la Société d'histoire moderne et contemporaine*, 14, serie 18 (1971), p. 12.
19. Charlotte Erickson, *British Industrialists: Steel and Hosiery, 1850-1950*, Cambridge, 1959.
20. H. Kellenbenz, «Unternehmertum in Südwestdeutschland», *Tradition*, 10, 4 (agosto de 1965), pp. 183 ss.
21. *Nouvelle Biographie Générale*, 1861; entrada: «Koechlin», p. 954.
22. C. Pucheu, «Les Grands notables de l'Agglomération Bordelaise du milieu du XIXe siècle à nos jours», *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, 45 (1967), p. 493.
23. P. Guillaume, «La Fortune Bordelaise au milieu du XIXe siècle», *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, 43 (1965), pp. 331-332 y 351.
24. E. Gruner, «Quelques reflexions sur l'élite politique dans la Confédération Helvetique depuis 1848», *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, 44 (1966), pp. 145 ss.
25. B. Verhaegen, «Le groupe Libéral à la Chambre Belge (1847-1852)», *Revue Belge de Philologie et d'histoire*, 47 (1969), 3-4, pp. 1176 ss.
26. Lambert-Dansette, *op. cit.*, p. 9.
27. Lambert-Dansette, *op. cit.*, p. 8; V. E. Chancellor, ed., *Master and Artisan in Victorian England*, Londres, 1969, p. 7.
28. Serge Hutin, *Les Francs-Maçons*, París, 1960, pp. 103 ss., y 114 ss.; P. Chevallier, *Histoire de la Francmaçonnerie francaise*, II, París, 1974. Para el ámbito de la península ibérica, véase Iris M. Zavala, *Masones, comuneros y carbonarios*, Madrid, 1971, p. 192, donde se afirma que la francmasonería de aquel período no era otra cosa que la conspiración universal de la clase media revolucionaria contra la tiranía feudal, monárquica y divina. Era la Internacional de aquella clase.
29. T. Mundt, *Die neuen Bestrebungen zu einer wirtschaftlichen Reform der unteren Volklassen* (1855), citado en Zunkel, *op. cit.*, p. 327.
30. Rolande Trempé, «Contribution à l'étude de la psychologie patronale: le comportement des administrateurs de la Société des Mines de Carmaux (1856-1914)», *Mouvement Social*, 43 (1963), p. 66.

31. John Ruskin, *Modern Painters*, citado en W. E. Houghton, *The Victorian Frame of Mind*, New Haven, 1957, p. 116. Samuel Smiles, *Self Help* (1859), cap. 11, pp. 359-360.
32. John Ruskin, «Traffic», *The Crown of Wild Olives* (1866), *Works*, 18, p. 453.
33. Trempé, *op. cit.*, p. 73.
34. W. L. Burn, *The Age of Equipoise*, Londres, 1964, p. 244 n.
35. H. Ashworth, en 1853-1854, citado en Burn, *op. cit.*, p. 243.
36. H. U. Wehler, *Bismarck und der Imperialismus*, Colonia-Berlín, 1969, p. 431.

14. *Ciencia, religión e ideología* (pp. 260-285)

1. Francis Darwin y A. Seward, eds., *More Letters of Charles Darwin*, Nueva York, 1903, II, p. 34.
2. Citado en Engelsing, *op. cit.*, p. 361.
3. *Anthropological Review*, IV (1866), p. 115.
4. R Benaerts *et al.*, *Nationalité et Nationalisme*, París, 1968, p. 623.
5. Karl Marx, *El capital*, I, posdata a la segunda edición.
6. En la obra *Electromagnetic Theory*, de Julius Stratton, del Instituto Tecnológico de Massachusetts. El doctor S. Zienau, a quien mis alusiones a la física deben mucho, me ha hecho saber que esto ocurrió en un momento propicio para los esfuerzos de guerra anglosajones en el campo del radar.
7. J. D. Bernal, *Science in History*, Londres, 1969, II, p. 568.
8. Bernal, *op. cit.*
9. Marx a Engels (19 de diciembre de 1860) (*Werke*, XXX, p. 131).
10. H. Steinthal y M. Lazarus, *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft*.
11. F. Mehring, *Karl Marx, The Story of his Life*, Londres, 1936, p. 383.
12. E. B. Tylor, «The Religion of Savages», *Fortnightly Review*, VI (1866), p. 83.
13. *Anthropological Review*, IV (1866), p. 120.
14. Kiernan, *op. cit.*, p. 159.
15. W. Philips, «Religious profession and practice in New South Wales 1850-1900», *Historical Studies* (octubre de 1972), p. 388.
16. *Haydn's Dictionary of Dates* (ed. de 1889); entrada: «Missions».
17. Eugene Stock, *A Short Handbook of Missions*, Londres, 1904, p. 97. Las cifras de este manual parcial y prestigioso están tomadas de J. S. Dennis, *Centennial Survey of Foreign Missions*, Nueva York y Chicago, 1902.
18. *Catholic Encyclopedia*; entrada: «Missions, Africa».

15. *Las artes* (pp. 286-311)

1. R. Wagner, «Kunst und Klima», *Gesammelte Schriften*, Leipzig, 1907, III, p. 214.
2. Citado en E. Dowden, *Studies in Literature 1789-1877*, Londres, 1892, p. 404.
3. T. v. Frimmel, *Lexicon der Wiener Gemäldesammlungen* (A-L, 1913-1914); entrada: «Ahrens».
4. G. Reitlinger, *The Economics of Taste*, Londres, 1961, capítulo 6. He confiado mucho en esta obra tan valiosa, que aporta al estudio del arte un práctico realismo económico, muy adecuado para nuestro periodo.
5. Asa Briggs, *Victorian Cities*, Londres, 1963, pp. 164 y 183.
6. Reitlinger, *op. cit.*
7. R. D. Altick, *The English Common Reader*, Chicago, 1963, pp. 355 y 388.
8. Reitlinger, *op. cit.*
9. F. A. Mumby, *The House of Routledge*, Londres, 1934.
10. M. V. Stokes, «Charles Dickens: A Customer of Coutts & Co.», *The Dickensian*, 68 (1972), pp. 17-30. Agradezco a Michael Slater esta referencia.

11. Mulhall, *op. cit.*; entrada: «Libraries». Deberíamos hacer una nota especial sobre el movimiento de las bibliotecas públicas británicas. Las ciudades decimonónicas abrieron estas bibliotecas gratuitas en la década de 1850; había once en la década de 1860 y cincuenta y una en la de 1870 (W. A. Munford, *Edward Edwards*, Londres, 1963).
12. T. Zeldin, *France 1848-1945*, Oxford, 1974, I, p. 310.
13. G. Grundmann, «Schlösser und Villen des 19. Jahrhunderts von Unternehmern in Schlesien», *Tradition*, 10, 4 (agosto de 1965), pp. 149-162.
14. R. Wischnitzer, *The Architecture of the European Synagogue* (Filadelfia, 1964), capítulo X, especialmente pp. 196 y 202-206.
15. Gisèle Freund, *Photographie und bürgerliche Gesellschaft*, Munich, 1968, p. 92.
16. Freund, *op. cit.*, pp. 94-96.
17. Citado en Linda Nochlin, ed., *Realism and Tradition in Art*, Englewood Cliffs, 1966, pp. 71 y 74.
18. Gisèle Freund, *Photographie et Société*, París, 1974, p. 77.
19. Freund, *op. cit.* (1968), p. 111.
20. Freund, *op. cit.* (1968), pp. 112-113.
21. Para la cuestión de los artistas y la revolución en este periodo, véanse T. J. Clark, *The Absolute Bourgeois*, Londres, 1973, e *Image of the People: Gustave Courbet*, Londres, 1973.
22. Nochlin, *op. cit.*, p. 77.
23. Nochlin, *op. cit.*, p. 77.
24. Nochlin, *op. cit.*, p. 53.
25. Incluso en Munich, un centro menor de artistas bohemios, el Müncher Kunstverein tenía unos 4.500 afiliados a mediados de la década de 1870. P. Drey, *Die wirtschaftlichen Grundlagen der Malkunst. Versuch einer Kunstökonomie*, Stuttgart y Berlín, 1910.
26. «En arte, la destreza lo es casi todo. La inspiración... sí, la inspiración es algo bonito pero un tanto *banale*: es tan universal. A cualquier burgués le impresiona más o menos un amanecer o una puesta de sol. Tiene un cierto sentido de la inspiración.» Citado en Dowder, *op. cit.*, p. 405.

16. *Conclusión* (pp. 312-317)

1. Johann Nestroy, *Sie Sollen Nicht Haben* (1850).
2. D. S. Landes, *The Unbound Prometheus*, Cambridge, 1969, pp. 240-241.
3. Burckhardt, *op. cit.*, p. 116.
4. Burckhardt, *op. cit.*, p. 171.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

Las siguientes notas, a excepción de unas pocas, sólo hacen referencia a libros, y a libros en inglés. Esto no significa que sean los mejores a nuestro alcance, aunque a menudo se dé el caso; es una concesión al desconocimiento de idiomas de la mayoría de los lectores del mundo anglosajón.

La bibliografía del período es tan extensa que no podemos intentar cubrir todos los aspectos, ni siquiera de una manera selectiva, y las opciones sugeridas son personales y, a veces, fortuitas. *A Guide to Historical Literature*, que periódicamente revisa la Asociación Histórica Norteamericana, contiene guías de lectura para casi todos los temas. La bibliografía del volumen VI de la *Cambridge Economic History of Europe* es más amplia de lo que da a entender el título. También se puede consultar, con prudencia, J. Roach, ed., *A Bibliography of Modern History*, 1968. Muchos de los libros que citaremos ahora poseen referencias bibliográficas en las notas a pie de página o en capítulo aparte.

Entre los manuales de historia para consulta, la *Encyclopedia of World History* de W. Langer proporciona las fechas básicas (hay trad. cast.: *Enciclopedia de historia universal*, Alianza, Madrid, 1988-1990), al igual que la obra de Neville Williams, *Chronology of the Modern World*, 1966. Alfred Mayer, *Annals of European Civilization 1500-1900*, 1949, trata de las artes y las ciencias. M. Mulhall, *A Dictionary of Statistics*, 1892, continúa siendo el mejor compendio de cifras. Para una consulta general sobre el siglo XIX, la undécima edición de la *Encyclopaedia Britannica*, que todavía se puede encontrar en las buenas bibliotecas universitarias, es con mucho superior a sus sucesoras, lo que también ocurre, para nuestros propósitos, con la edición de 1931 de la *Encyclopaedia of the Social Sciences* respecto a la de 1968. Hay demasiados tratados biográficos y manuales sobre temas específicos para mencionarlos. Entre los atlas de historia, recomendamos el de J. Engel *et al.*, *Grosser Historischer Weltatlas*, 1957; el de Rand-McNally, *Atlas of World History*, 1957, y el *Penguin Historical Atlas*, 1974.

Pueden servirnos de introducción a la historia del periodo en general las obras de G. Barraclough, *An Introduction to Contemporary History*, 1967 (hay trad. cast.: *Introducción a la historia contemporánea*, Gredos, Madrid, 1993), y de C. Morazé, *The Triumph of the Middle Classes*, 1966; esta última cuenta con unos mapas muy bien diseñados. El libro elegante y erudito de V. G. Kiernan, *The Lords of Human Kind*, 1969, 1972, examina las actitudes europeas hacia el mundo exterior. Tanto el volumen X de la *New Cambridge Modern History* (J. P. T. Bury, ed., *The Zenith of European Power 1839-1870*), como las dos partes del volumen VI de la *Cambridge Economic History* (*The Industrial Revolutions and After*) trascienden el marco europeo. Se pueden consultar ambos continuamente y con provecho. En cuanto a estudios más estrictamente

europeos, M. S. Anderson, *The Ascendancy of Europe 1815-1914*, 1972, y E. J. Hobsbawm, *The Age of Revolution, Europe 1789-1848*, 1962 (hay trad. cast.: *La era de la revolución, 1789-1848*, Crítica, Barcelona, 1997), sobrepasan el continente. El libro de W. E. Mosse, *Liberal Europe 1848-1875*, 1974, cubre exactamente el mismo periodo que éste. William L. Langer, *Political and Social Upheaval 1832-1852*, 1969, con una bibliografía utilísima, es el mejor de los volúmenes cronológicamente pertinentes de la colección *The Rise of Modern Europe* dirigida por el mismo autor.

Acerca de obras generales sobre terrenos más especializados, la de C. Cipolla, ed., *The Fontana Economic History of Europe*, 1973, vols. 3 y 4, partes 1 y 2, resulta muy práctica (hay trad. cast.: *Historia económica de Europa*. 3. *La revolución industrial*; 4. *El surgimiento de las sociedades industriales*, Ariel, Barcelona, 1979), pese a que la mejor introducción de todas a la historia económica del período es el magnífico libro de D. S. Landes, *The Unbound Prometheus*, 1969, ampliación de la contribución que este autor hiciera a la *Cambridge Economic History*. Los pertinentes volúmenes de C. Singer *et al.*, *A History of Technology*, son obras de consulta. G. L. Mosse, *The Culture of Western Europe: the nineteenth and twentieth centuries*, 1963, es una práctica introducción al tema. J. D. Bernal, *Science in History*, 1965, es una obra brillante, pero no se deberían leer sin espíritu crítico las secciones que tratan sobre nuestro período (hay trad. cast.: *Historia social de la ciencia*, Península, Barcelona, 1989[8], 2 vols.), como tampoco las de A. Hauser, *The Social History of Art*, 1952 (hay trad. cast.: *Sociología del arte*, vol. 1, Guadarrama, 1982[2]; vols. 2 a 5, Labor, Barcelona 1977-1982). Varios de los volúmenes de la *Penguin History of Art* cubren el siglo XIX. Peter Stearns, *European Society in Upheaval*, edición de 1975, es un intento, tal vez prematuro, de examinar la historia social del continente. Dos obras de C. Cipolla, *The Economic History of World Population*, 1962 (hay trad. cast.: *Historia económica de la población mundial*, Crítica, Barcelona, 1989), y *Literacy and Development in the West*, 1969 (hay trad. cast.: *Educación y desarrollo en Occidente*, Ariel, Barcelona, 1983), son introducciones breves y útiles. Desde su publicación, A. F. Weber, *The Growth of Cities in the 19th century*, 1899 y reimpresiones, ha sido un tratado de valor incalculable.

No de todos los países tenemos en inglés historias nacionales sobre nuestro período que sean modernas, generales y con el tamaño apropiado. No al menos de Gran Bretaña, aunque H. Perkin, *The Origin of Modern English Society 1780-1880*, 1969, y Geoffrey Best, *Midvictorian Britain 1850-75*, 1971, son válidas para la historia social, y la obra de J. H. Clapham, *An Economic History of Modern Britain*, II (*1850-1880*), 1932, sigue siendo extraordinaria. La mejor historia de Francia, con mucho, son los volúmenes 8 y 9 de la *Nouvelle Histoire de la France Contemporaine*: M. Agulhon, *1848 ou l'apprentissage de la Republique*, y Alain Plessis, *De la fête imperiale au mur des fédérés*, ambos editados en 1973 y no traducidos al inglés. El de Hajo Holborn, *A History of Modern Germany 1840-1945*, 1970, es un buen libro, pero para nuestro período son idóneos los dos de T. S. Hamerow: *Restoration, Revolution, Reaction, Economics and Politics in Germany 1815-1871*, 1958, y *Social Foundations of German Unification*, 1969. C. A. Macartney, *The Habsburg Empire 1790-1918*, 1969, y Raymond Carr, *Spain 1808-1939*, 1966, una obra deslumbrante (hay trad. cast. ampliada: *España, 1808-1975*, Ariel, Barcelona, 1992[4]), contienen todo lo que a la mayoría de nosotros nos hace falta saber sobre estos países; más si cabe encontraremos en B. J. Hovde, *The Scandinavian Countries 1720-1865*, 1943, 2 vols. Hugh Seton Watson, *Imperial Russia 1801-1917*, 1967, da muchísima información; otro tanto ocurre con P. Lyashchenko, *A History of the Russian National Economy*, 1949.

G. Procacci, *History of the Italian People*, II, 1973, es una buena introducción, aunque muy comprimida; D. Mack Smith, *Italy, A Modern History*, 1959, es uno de los primeros trabajos de uno de los especialistas más destacados en este período de la historia de Italia. L. S. Stavrianos, *The Balkans since 1453*, 1958, es un estudio excelente.

Para el mundo no europeo, la mayoría de los lectores necesitarán no sólo historias de este período, sino también introducciones generales a unos entornos poco familiares. Para China, podemos encontrar esta información en China Readings, I, Franz Schurmann y O. Schell, eds., *Imperial China*, 1967; para Japón, en The Japan Reader, I, J. Livingston, J. Moore y F. Oldfather, eds., *Imperial Japan 1800-1945*, 1973; para el mundo islámico, véase G. von Grunebaum, ed., *Unity and Variety in Muslim Civilization*, 1955; para América Latina, parte de Lewis Hanke, ed., *Readings in Latin American History II: Since 1810*, 1966; para la India, Elizabeth Whitcombe, *Agrarian Conditions in Northern India, I: The United Provinces under British Rule*, 1972; para Egipto, E. R. J. Owen, *Cotton and the Egyptian Economy 1820-1914*, 1969. Véanse M. Franz, *The Taiping Rebellion*, 1966, y W. G. Beasley, *The Meiji Restoration*, 1972, para acontecimientos señalados en aquellos países.

La bibliografía sobre la historia norteamericana es ilimitada. Cualquier historia general puede ser de utilidad a aquellos que estén poco familiarizados con ese país: por ejemplo, E. C. Rozwenc, *The Making of American Society I; to 1877*, 1972, complementada con R. B. Morris, *Encyclopaedia of American History*, 1965. No están al día del avance de las investigaciones.

El tema principal de este libro es la creación de un mundo único bajo la hegemonía capitalista. Para el proceso de las exploraciones, véase J. N. L. Baker, *A History of Geographical Discovery and Exploration* (1931); para los mapas, comandante L. S. Dawson de la Royal Navy, *Memoirs of Hydrography II*, reimpresión de 1969, que cubre el período entre 1830 y 1880; para los transportes, véanse una breve introducción en M. Robbins, *The Railway Age*, 1962, y la crónica abultada y de tono triunfante de W. S. Lindsay, *History of Merchant Shipping*, 1876, 4 vols. La expansión de la colonización y las empresas es inseparable de la historia de las migraciones (véase el capítulo 11): véase Brinley Thomas, *Migration and Economic Growth*, 1954; para la vertiente humana, M. Hansen, *The Immigrant in American History*, 1940, y C. Erickson, *Invisible Immigrants: The Adaptation of English and Scottish Immigrants in 19th Century America*, 1972, mientras que Hugh Tinker, *A New System of Slavery*, 1974, se ocupa de la exportación de mano de obra ligada por contrato. Para el avance de la frontera, véanse R. A. Billington, *Westward Expansion*, 1949, y Rodman Wilson Paul, *Mining Frontiers of the Far West*, 1963. Para las empresas capitalistas en el extranjero, el libro espléndido de D. S. Landes, *Bankers and Pashas: International Finance and Modern Imperialism in Egypt*, 1958; L. H. Jenks, *The Migration of British Capital to 1875*, 1927; H. Feis, *Europe, The World's Banker*, 1930; A. T. Helps, *The Life and Labours of Mr Brassey*, 1872, reimpreso en 1969, y W. Stewart, *Henry Meiggs, A Yankee Pizarro*, 1946. Los dos últimos tratan de grandes personajes de la construcción del ferrocarril. Una ojeada interesante a las actitudes coetáneas podemos encontrarla en Jean Chesneaux, *Las ideas sociales y políticas de Jules Verne* (1972), el autor de *La vuelta al mundo en ochenta días*.

Aún está por escribir, al menos en inglés y de una manera en general accesible, la historia de la burguesía, la clase clave de nuestro período. Asa Briggs, *Victorian People*, 1955, es una introducción útil, pero encontraremos una guía mejor en las novelas de Émile Zola de la colección Rougon-Macquart, las cuales analizan la sociedad francesa del Segundo Imperio y son de una gran fiabilidad documental. Véase además la introducción de Mario Praz a G. S. Métraux y F. Crouzet, eds., *The Nineteenth-Century World*, 1968. Entre las monografías que debemos mencionar están Adeline Daumard, *La Bourgeoisie parisienne 1815-1848*, de la que hay una versión abreviada de 1970; A. Tudesq, *Les Grands Notables en France*, 1964, 2 vols., válida para la formación de la conciencia política durante la revolución de 1848, y F. Zunkel, «Industriebürgertum in Westdeutschland», en H. U. Wehler, ed., *Modern Deutsche Sozialgeschichte*, 1966. Para las aspiraciones de la clase media baja, y aplicables a todo, véase Samuel Smiles, *Self Help*, 1859, seguido de numerosas ediciones. W. L. Burn, *The Age of Equipoise*, 1964, es una excelente disección de la sociedad burguesa (inglesa), y T. Zeldin, *France 1848-1945*, 1974, vol. I, una muy buena guía a la sociedad burguesa francesa, incluidas la familia y el sexo. J. R. Vincent, *The Formation of the British Liberal Party 1857-68*, 1972, es estimulante.

Aunque hay libros excelentes sobre la ciudad decimonónica aparte del de A. F. Weber (véanse, por ejemplo, Asa Briggs, *Victorian Cities*, 1963, y la obra enciclopédica de H. J. Dyos y M. Wolff, eds., *The Victorian City*, 1973, 2 vols.), escasean las guías generales al mundo de los obreros, tan distinto de las historias de sus organizaciones. John Burnett, ed., *Useful Toil*, 1974, recopila autobiografías de obreros británicos, con las introducciones adecuadas, y Henry Mayhew, *London Labour and the London Poor*, edición original de 1861-1862, 4 vols., es un genial reportaje sobre la más espléndida de las ciudades occidentales. E. J. Hobsbawm, *Labouring Men* (1964), contiene algunos estudios pertinentes (hay trad. cast.: *Trabajadores*, Crítica, Barcelona, 1979). Es una pena que no se hayan traducido al inglés varios estudios valiosos de países concretos, en especial de Francia. Podemos seleccionar los de Michelle Perrot, *Les Ouvriers en grève, 1871-90*, 1974, vol. 2; Rolande Trempé, *Les Mineurs de Carmaux*, 1971, y Rudolf Braun, *Sozialer und kultureller Wandel in einem ländlichen Industriegebiet*, 1965, cuya importancia trasciende su estrecha base local en Suiza. Hay que mencionar la ingente obra de J. Kuczynski, *Geschichte der Lage der Arbeiter unter dem Kapitalismus*, 1960-1972, 40 vols. Los volúmenes 2, 3 y 18-20 tratan de los obreros alemanes durante este período.

Además de las obras generales ya comentadas, podemos estudiar la tierra, la agricultura y la sociedad agraria en T. Shanin, ed., *Peasants and Peasant Societies*, 1971; Jerome Blum, *Lord and Peasant in Russia*, 1961; Geroid T. Robinson, *Rural Russia under the Old Regime*, 1932; F. M. L. Thompson, *English Landed Society in the 19th Century*, 1963, y F. A. Shannon, *The Farmer's Last Frontier*, 1945. Para la cuestión tan debatida de la última era del esclavismo, véanse Eugene G. Genovese, *The World the Slaveholders made*, 1969, y *Roll, Jordan Roll: the World the Slaves Made*, 1974, así como la obra polémica de R. W. Fogel y S. Engermann, *Time on the Cross*, 1974, 2 vols. (hay trad. cast.: *Tiempo en la cruz: la economía esclavista en Estados Unidos*, Siglo XXI, Madrid, 1981). Para la economía de la mano de obra ligada por contrato, un tema menos conocido, véase Alan Adamson, *Sugar without Slaves*, 1972. *La Terre* de Zola combina la exactitud y los prejuicios urbanos acerca de los campesinos. Para los campesinos desarraigados, O. Handlin, ed., *Immigration as a Factor in American History*, 1959.

Para introducirnos en la historia de las relaciones internacionales nos servirán A. J. P. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*, 1954, y W. E. Mosse, *The European Powers and the German Question 1848-1871*, 1969; y en la de las guerras, A. Vagts, *A History of Militarism*, 1938; E. A. Pratt, *The Rise of Rail Power in War and Conquest*, 1915, y H. Nickerson, «Nineteenth Century Military Techni-

ques», *Journal of World History*, IV (1957-1958). Un modelo de monografía es la de Michael Howard, *The Franco-Prussian War*, 1962.

Para las actitudes de la época sobre los dos grandes temas del gobierno nacional y popular, véanse Walter Bagehot, *Physics and Politics*, 1873, y *The British Constitution*, de 1872, seguida de numerosas ediciones. La historiografía y la discusión del nacionalismo no son satisfactorias. Un punto de partida es Ernest Renan, *Qu'est-ce qu'une nation*, París, 1889 (hay trad. cast.: *¿Qué es una nación?*, Alianza, Madrid, 1988). El mejor libro es el de M. Hroch, *Die Vorkämpfer der nationalen Bewegung bei den kleinen Völkern Europas*, Praga, 1968; cf. además la Commission Internationale d'Histoire des Mouvements Sociaux et des Structures Sociales, *Mouvements Nationaux d'Indépendance et Classes Populaires aux 19ᵉ et 20ᵉ siècles*, 1971, vol. I. Sobre la ampliación del voto en Gran Bretaña en 1867, Royden Harrison, *Before the Socialists*, 1965, caps. III-IV; en Alemania, G. Mayer, «Die Trennung der proletarischen von der bürgerlichen Demokratie in Deutschland 1863-70», *Grünberg's Archiv*, II (1911), pp. 1-67. Véase también los trabajos de J. R. Vincent, T. S. Hamerow y T. Zeldin, *The Political System of Napoleon III*, 1958. Para las revoluciones del período, V. G. Kiernan, *The Revolution of 1854 in Spanish History*, 1966; C. A. M. Hennessy, *The Federal Republic in Spain 1868-74*, 1962; y, entre una vasta literatura sobre la Comuna de París en la que está incluida la famosa obra de Marx *Guerra civil en Francia*, J. Rougerie, *Paris Libre 1871*, 1971. W. L. Langer, *Political and Social Upheaval 1832-52*, 1969, y Peter Stearns, *The 1848 Revolution*, 1974, pueden introducir a los lectores en la mayor revolución de nuestro período, sobre la cual Marx escribió dos opúsculos en la época (*Luchas de clases en Francia* y *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*); Engels, uno (*Revolución y contrarrevolución en Alemania*); y A. de Tocqueville, algunos pasajes memorables de sus *Memorias*. El mayor combatiente por la libertad del período es el tema de J. Ridley, *Garibaldi*, 1974, mientras que los revolucionarios rusos lo son de una obra clásica, F. Venturi, *Les Intellectuels, le peuple et la révolution. Histoire du populisme russe au XIXᵉ siècle*, 1972.

H. K. Girvetz, *From Wealth to Welfare: The Evolution of Liberalism*, 1963, describe los distintos significados que va tomando la ideología burguesa prevalente; Henry Nash Smith, *Virgin Land*, 1957, es una guía excelente a la ideología del radicalismo, que halló su expresión más pura en la frontera (véase además Eric Foner, *Free Soil, Free Labor, Free Men*, 1970). G. Lichtheim, *The Origins of Socialism*, 1969, es la mejor introducción a este tema. G. D. H. Cole, *A History of Socialist Thought, II: Marxism and Anarchism 1850-1890*, 1954, continúa siendo el trabajo general más extenso (hay trad. cast.: *Historia del pensamiento socialista*, FCE, México, 1964). Para una crítica no socialista al capitalismo, véase quizá al más grande de los contemporáneos: J. Burckhardt, *Reflexions on World History*, 1945 (hay trad. cat.: *Consideracions sobre la història universal*, Edicions 62, Barcelona, 1983). El libro de E. Roll, *A History of Economic Thought*, es conciso e inteligente, y en las ediciones posteriores el autor se ha ido alejando de sus primeras posiciones radicales. W. M. Simon, *European Positivism in the 19th Century*, 1963, trata de una corriente ideológica importante durante este período. Franz Mehring, *Karl Marx, The Story of His Life*, 1936, es preferible a las introducciones más tardías a la vida y el pensamiento de Marx, ya que el autor refleja lo que aquél significó para la generación immediata de sus discípulos y seguidores. Por las mismas razones vale la pena consultar A. D. White, *A History of the Warfare of Science and Theology*, 1896. Sobre el darwinismo, véanse J. Burrow, *Evolution and Society: A Study in Victorian Social Theory*, 1966; la introducción de este mismo autor a la edición de Penguin de *The Origin of Species*, 1968; R. Hofstadter, *Social Darwinism in American Thought*, 1955, y W. Bagehot, *Physics and Politics*, 1873.

J. T. Merz, *A History of European Thought in the 19th Century*, 1896-1914, 4 vols., continúa siendo esencial para el estudio de la ciencia en el siglo XIX. S. P. Thompson, *The Life of William Thompson*, 1910, 2 vols., estudia una figura central. J. D. Bernal, *Science and Industry in the 19th Century*, 1953, es una monografía brillante; del mismo autor, ya hemos mencionado antes su libro *Science in History*. A. Findlay, *A Hundred Years of Chemistry*, 1948, es un tratamiento útil de una ciencia crucial. Respecto al arte, además de las obras de carácter general ya citadas, están G. Reitlinger, *The Economics of Taste*, 1961, 1963, vols. I y II, que discute la naturaleza del mercado artístico; T. J. Clark, *The Absolute Bourgeois* e *Image of the People*, 1973, sobre el arte y la revolución; Linda Nochlin, *Realism*, 1971, cuyo título ya lo dice todo (de la misma autora, véase también «The invention of the Avant-Garde: France 1830-1880», *Art News Annual*, 34); y otro título explícito es el de Gisèle Freund, *Photographie und bürgerliche Gesellschaft*, 1968. El artículo de Walter Benjamin, «Paris-Capital of the 19th Century», *New Left Review*, 48 (1968), es conciso pero profundo. G. Lukács, *Studies in European Realism*, 1950, es el trabajo de un notable crítico literario. Georg Brandes, *Main Currents in Nineteenth Century Literature*, 1901-1905, 6 vols., ofrece una visión casi coetánea. Bryan Magee, *Aspects of Wagner*, 1972, defiende a un compositor genial pero desagradable.

Sobre la crisis que cierra nuestro período, véanse Hans Rosenberg, *Grosse Depression und Bismarckzeit*, 1967, y David Wells, *Recent Economic Changes*, 1889.

Para terminar podemos citar una obra general de considerable interés: Barrington Moore, *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, 1967; Penguin, 1973.

ÍNDICE ALFABÉTICO

ÍNDICE